



Josef de Acosta

Historia Natural y Moral de las Indias

Edición crítica de Fermín del Pino-Díaz



HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS



Nº 2

La colección DE ACÁ Y DE ALLÁ. Fuentes Etnográficas pretende poner al alcance del lector aquellos textos de especial relevancia para un mejor conocimiento de la etnografía realizada en el ámbito hispánico, y también en otros pueblos y culturas relacionados con él. Así, tendrán cabida aquí las obras "clásicas", de difícil adquisición, y los documentos o compendios inéditos, con una cuidada edición y la aspiración de convertirse en referencia para el futuro. Esta vocación de permanencia e internacionalidad se articula en torno a una doble mirada: la hispánica sobre lo no hispano y la foránea sobre nosotros.

La responsabilidad sobre la redacción y contenidos de los textos y su documentación gráfica, corresponde a los autores que firman cada uno de los trabajos integrados en este volumen.

Josef de Acosta

HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS

Edición crítica de Fermín del Pino-Díaz

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
Madrid, 2008

Catálogo general de publicaciones oficiales
http://www.060.es



MINISTERIO
DE CIENCIA
E INNOVACIÓN











Imagen de cubierta: El modo de bailar de los mexicanos (códice Tovar)

NIPO: 653-07-147-6
ISBN: 978-84-00-08677-0
Depósito Legal:
Edición a cargo de Cyan, Proyectos y Producciones Editoriales, S.A.
Impreso en España. *Printed in Spain*

Índice

[1] Resaltamos tipográficamente éste y otros capítulos de este libro, por creerlos interpolados por el propio autor, prevenido ante la posible intervención inquisitorial por tratar en lengua vernacular de temas idolátricos.

ESTUDIO INTRODUCTORIO

La obra que se edita forma parte hace tiempo de mis libros de cabecera, al menos desde mis lecturas obligadas para la tesis doctoral (Madrid, 1975). Fue seleccionada como la más adecuada para mi meditada estrategia histórico-antropológica de construir un panteón hispánico de héroes que amparase el nuevo desarrollo de la disciplina en España, al cual me había asociado desde que terminé la licenciatura en Ciencias Políticas. Mi entonces joven director de tesis (1568-1573) D. Juan Pérez de Tudela, recientemente desaparecido de entre nosotros tras una larga carrera de indagaciones textuales alrededor de diversas figuras del americanismo temprano (Colón en primer lugar, Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas, etc.), consideró bueno complementar con un acercamiento escolar a la Antropología mi temprano interés histórico-político por el venerado obispo de Chiapas —hoy consagrado como figura hispánica, pero por mucho tiempo tenido como padre de la Leyenda negra—. Me recomendó matricularme en el Centro Iberoamericano de Antropología que dirigía Claudio Esteva, exilado español venido de México con nuevas ideas de la profesión y activo organizador institucional. Éste me incorporó luego a su antiguo puesto de profesor de Antropología Americana en la Complutense y a sus intereses histórico-antropológicos, de modo que pronto elegí como tema doctoral la presencia antropológica en las crónicas tempranas de Indias.

Tras un moroso repaso de las opiniones expresadas en todos los manuales e historias profesionales que pude hallar, construí un aparato argumental (todavía en gran parte inédito) para defender el valor antropológico de esa literatura hispana, la crónica de Indias. Ésta se había consagrado como «fuente tradicional» en la historiografía americanista, y luego también en el seno de la literatura de creación como obra de amplia imaginación y madre originaria de la posterior gran literatura latino-americana. También era tradición de la comunidad antropológica —sobre todo de la norteamericana— ubicar en algunas de estas obras el origen de la profesión actual de la Antropología, pero resultaba evidente que no era opinión dominante, ni tampoco se les había aplicado en general a las crónicas de Indias una metodología rigurosa de análisis histórico-antropológico. Yo he contribuido, en la medida de mis fuerzas, a sustentar esta argumentación historicista durante algunos años (a través de cursos de doctorado y maestría, dirección de tesis doctorales, conferencias y publicaciones varias), amparándome algo en el edificio institucional ofrecido por la Sociedad Española de Historia de las Ciencias, fundada poco después de terminar mi tesis doctoral, ya muy avanzados los años 70.

En esta empresa, la obra del P. Acosta se prestaba muy bien para hacer de prueba sólida, y casi cimiento, dada su fama de naturalista (daba nombre al instituto del CSIC ligado al Museo de Nacional de Ciencias Naturales). A nivel internacional incluso, su fama como recolector serio de noticias etnográficas de México y Perú, así como de Japón y China, al mismo tiempo que su curiosidad por las novedades de la naturaleza del Nuevo Mundo —frente al viejo mundo clásico, que conocía perfectamente desde su dominio temprano del latín, adecuado al programa jesuita—, había terminado produciendo una cita frecuente en algunos manuales de historia de la antropología, e incluso en otros textos influyentes de historia del pensamiento hispano-americano (Marcel Bataillon, Edmundo O'Gorman, John Elliott, Anthony Pagden, Rolena Adorno, etc.). Sin embargo, en este proceso de recuperación intelectual y

antropológica, del que me aprovechaba para aplicarlo a mi estrategia nacional, persistía el defecto fundamental que denunciaba más insistentemente George W. Stocking, Jr. (devenido poco a poco el patrón de la historiografía antropológica profesional, primero norteamericana y luego mundial): el llamado por él «presentismo» historiográfico. Yo también terminaba «construyendo» un personaje falso, más a la medida de mis necesidades presentes que de las que realmente gobernaron la vida del autor: afortunadamente, mi afán de responder a la más estricta «corrección» metodológica, me fue haciendo cada vez más incongruente mi argumentación. Tal vez fuera cierto, y de hecho fueron conmigo coincidiendo cada vez más gente, que mi personaje había destacado sobre otros en «poner la primera piedra» —o una de ellas— de la disciplina antropológica; pero esa consagración de *precursor* se lograba a costa de ofrecer un cuadro demasiado amañado del pasado, demasiado parecido al presente.

Efectivamente, las afirmaciones dignas de consenso que iban apareciendo en la comunidad científica respecto del autor se parecían cada vez menos a lo que ofrecía el estudio detallado de los textos, y del contexto real de ellos: unos hacían Acosta precursor de la teoría evolucionista, *tout tourt*, atribuyéndole incluso un concepto de «evolución de especies» protodarwiniano (Emiliano Aguirre, José Alcina, Leandro Sequeiros); otros como Ronald Meek simplemente le acercaban a los orígenes de «la teoría de los cuatro estadios» atravesados por la humanidad (recolectores, cazadores, pastores y agricultores); algunos otros también le hacían patrono de la aviación (sic, con dibujo de su figura en aeropuertos) por su descripción del «soroche» o mal de montaña; casi todos le atribuyen la autoría de teorías y observaciones modernas acerca del Nuevo Mundo, como la «corriente del Humboldt» en la costa pacífica —de hecho Humboldt se deshizo en elogios del autor por su concepción unificada de la «física del globo», integrando plantas, animales y entorno físico—, e incluso hay un acuerdo casi absoluto en que predijo el poblamiento originario de América por el estrecho de Behring (teoría preferente de la comunidad norteamericana que nos recobró José Alcina); algunos finalmente le atribuyen la elaboración de la moderna «teología de la liberación» (tesis doctoral de Ernesto Cabassa, S. J.) o —al contrario— le hacen abanderado del gobierno imperial opuesto al P. las Casas (Vidal Abril, D. Brading, J. Lafaye, Gustavo Gutiérrez…).

Todas estas aseveraciones se apoyan parcialmente en aspectos fiables y realmente presentes en el autor, pero prescindiendo mucho del texto comentado o sacándolo casi totalmente de contexto, lo que me parecía un delito historiográfico grave. Tal vez se piense que, teniendo en cuenta estas limitaciones interpretativas, pueda yo conectar menos al autor con mi propio tiempo. Por el contrario, un estudio desapasionado de los textos descubre otro panorama, en parte más humilde y en parte más impresionante, habida cuenta de las circunstancias y dificultades diversas que debió superar el personaje real. Más humilde, pero más atenido a las coordenadas de su tiempo; y a la vez más impresionante, porque es en esas circunstancias propias donde tiene sentido y verdadera trascendencia el mensaje textual. No tendría mérito alguno real hacerle decir al autor otra cosa diferente de lo que dijo: a la larga, es un premio fugaz destinado al ridículo. En efecto, si sometemos el texto pasado a su contexto propio es como logramos valorar más la originalidad de su respuesta y, además tal vez, captar mejor nuestra evolución respecto de ese precedente. En caso de que nuestro precursor predijera con precisión nuestros asertos actuales, aunque creyéramos hallar un precedente, simplemente ocurriría que no ha pasado el tiempo suficiente entre nosotros; o peor aún, que lo hemos convertido en un contemporáneo falso. Como diría Heráclito, no pasa por el río la misma agua cada minuto: es decir, nuestros precursores no dijeron necesariamente las mismas cosas con las mismas palabras, y nos conviene mucho descifrarlas bien si queremos establecer un parentesco real con ellos.

Esta sensibilidad textual y contextual es la que fui desarrollando, a medida que afirmaba mi actitud historicista hacia los textos antropológicos del pasado, de la mano del maestro Stocking. Hasta entonces no había apreciado en mi dedicación historiográfica el mérito de las reediciones, y mucho menos de las ediciones críticas. Por ello no apreciaba la intermitente invitación a la edición de la obra de Acosta de parte de mi director Pérez de Tudela, que no comprendía bien que yo usase indiferentemente las versiones ajenas, del FCE (1940) o de la BAE (1954). Pero para mí solamente importaba el uso intelectual que pudiese hacer por mí mismo de los textos en bruto, embebido como estaba en usar al héroe Acosta en la tarea de construir un pasado antropológico sólido en España (convirtiéndolo en evolucionista cultural temprano, funcionalista consciente de las interconexiones institucionales entre la economía y la religión, comparatista perspicaz entre el pasado y el presente y entre varios modelos culturales presentes, etc.). A ésa y otras metas «presentistas» sobre Acosta dediqué una docena larga de artículos a partir de 1978, y no alteré mi punto de vista sobre el tema hasta que, a mediados de los 80, dirigí también mi atención a materiales antropológicos hispanos posteriores, de los siglos XVIII, XIX y XX. Creía estar ofreciendo en cada caso —cualquiera que fuese el siglo o personaje estudiado— un servicio valioso a mi

comunidad gremial, para su identidad presente, sin darme cuenta que son las ediciones críticas y ubicadas en su tiempo —que enfatizan lo específico de cada texto, excavando en sus secretos— las que mejor «construyen» para sus herederos el verdadero control del pasado. Aunque sea paradójico que esa inmersión progresiva en el pasado, que cada tiempo realiza, recurre cada vez a nuevos recursos. Lo mismo que los novedosos programas informáticos enriquecen sin cesar sus versiones de uso (con nuevos recursos, textuales o visuales), el mundo de la lectura no deja de requerir también que renovemos nuestra trascripción de textos con nuevos signos diacríticos, nuevas precisiones lexicales y glosarios, nuevas notas, etc., conduciendo todo ello a nuevas interpretaciones de los mismos textos pasados, que son las que permiten seguir considerando hoy con sentido ese pasado. Tradición y Modernidad se daban la mano necesariamente.

El escrúpulo historicista —que persistió en mí, por algún tiempo— al respecto de que la modernización editorial conllevaba cierto presentismo historiográfico, no desapareció del todo hasta tener un contacto directo con el mundo de los editores de textos del Siglo de Oro, en particular con Ignacio Arellano. Ellos tenían claves que a mí me faltaban para resolver la distancia actual con esos textos. Cuando leí las actas de los congresos por él convocados,[1] pude percibir que la modernización textual de los textos pasados —de su grafía, no de su fonética— podía conllevarse bien —e incluso reforzarse mutuamente— con la mejor comprensión hermenéutica de los mismos, comenzando yo así a resolver problemas insolubles hasta ahora en la edición de Acosta.[2] Es decir, que era posible obtener una buena certeza hermenéutica en la lectura crítica de un autor del pasado, sin tener que conformarme con todas las deficiencias que tienen las ediciones anteriores, de las cuales ha dependido muchas veces nuestra interpretación presente. Hace falta simplemente una buena crítica —textual y contextual— que nos permita trascender nuestras limitaciones, no conformándonos con proyectar nuestros esquemas al pasado, y para ello no hay otro camino que usar los recursos a disposición de cualquier crítico: el minucioso cotejo textual entre diferentes versiones, la resolución coherente de las contradicciones e incoherencias internas... Cuando logramos así «establecer» el texto actual que cabe atribuir a un autor del pasado no hay miedo a que las transformaciones formales requeridas falseen el resultado, por muchas modificaciones que se introduzcan. En todo caso, si aún quedan ocultos secretos hermenéuticos que no percibimos todavía, debemos señalarlos y dejarlos como tarea futura de nuestros sucesores: solamente debemos resolver las anomalías patentes a nuestra consciencia crítica alertada por la crítica normal, pero no podemos prever todo, debiendo en todo caso controlar que la impresión de cercanía y contemporaneidad no nos engañe.

Así fue —al cabo del tiempo, cuando tenía casi abandonada mi dedicación al siglo de oro— como la edición de la obra de Acosta ha empezado a ocupar ya un espacio que nunca tuvo en mis proyectos de historiografía antropológica: justo cuando fue evidente que era imposible tomar decisiones ciertas prescindiendo de la documentación, aunque ésta presentase incoherencias —o precisamente por ello—. He procurado proceder con toda la información de que disponía entonces a la mano para, al fin, confiar en comprender todo sin dejar cabos sueltos, en lo que me parece seguir el consejo de Arellano (1991: 575):

> «La ecdótica… no puede separarse de la hermenéutica, lo que significa que el editor está obligado a tomar, a veces incómodamente, partido, y que una postura conservadora a ultranza en este terreno puede equivaler a veces a una inhibición de poco valor crítico [...] toda enmienda de un texto exige comprensión perfecta [...].»

Procederemos ahora, pues, a exponer una porción suficiente del contexto vital del autor para, a continuación, detenernos en algunos pocos apartados de su obra que requieren alguna explicación mayor. No es el momento de hacer una biografía independiente del autor editado, ni de tratar por separado las diferentes facetas unidas en la obra: intentaremos solamente favorecer la lectura cómoda y controlada del texto editado haciendo ahora en la introducción

[1] Ignacio ARELLANO y Jesús CAÑEDO (Eds.), *Crítica textual y anotación filológica*, Editorial Castalia (Madrid, 1991) en su «Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica», en especial su ensayo final «Edición crítica y anotación filológica en textos del siglo de oro. Notas muy sueltas». Asistí luego a dos congresos coordinados por él sobre textos latinoamericanos (Lima, 1997 y Harvard, 1999) e incluso coordiné con él en Madrid un tercero sobre Crónicas de Indias, presenciando de cerca el proceso editorial en manos de críticos literarios, y de otros profesionales que editaban sus textos. Se publicó en Iberoamericana, como los otros, bajo el título de *Lecturas y Ediciones de Crónicas de Indias, una propuesta interdisciplinaria.* Madrid, 2004, 500 pp., con una treintena de participaciones. En ellos hacía mis propuestas para editar mejor al P. Acosta y otros autores andinos.

[2] Efectivamente, en este proceso de acomodación presentista, se ha terminado por imponer la opinión peregrina de que Acosta es, al mismo tiempo, un espíritu moderno en lo que concierne a la historia natural y otro más bien arcaico en su historia moral, especialmente en el apartado religioso; solución de verdadero compromiso, aunque inestable, como si pudiésemos conformarnos con que fuese solamente tuerto de un ojo (tal vez los tuertos seamos nosotros). Todo esto ocurre por la importancia que se le concede al demonio en su libro religioso (el nº V), de lo cual hablaremos particularmente en este prólogo. Véase un ejemplo de ello en la obra de Fernando Cervantes, *El diablo en el Nuevo Mundo. El Impacto del diabolismo a través de la colonización de Hispanoamérica.* Madrid, Ed. Herder, 1996 (original de 1994 en Yale Univ. Press).

las mínimas advertencias necesarias, y contando para aclaraciones particulares con el amplio apartado de notas de que va acompañada esta edición. Finalmente procederemos a exponer el criterio editorial seguido para facilitar el manejo general de la obra, que goza además de índices y glosarios oportunos. Hemos hecho, no obstante, un notable esfuerzo por no interrumpir al lector su lectura, llevando al final de cada libro nuestras observaciones sólo pertinentes al contexto y dejando en la misma página las advertencias más imprescindibles, generalmente textuales, aparte las notas bibliográficas del propio autor (que se marcan como *nota del autor,* para diferenciarlas de las mías).

Biografía del autor[3]

Nace en Medina del Campo (Valladolid) a comienzos de octubre de 1540, hijo menor del comerciante Antonio Acosta y de Ana de Porres, de familia aparentemente acaudalada y conversa, y muere en Salamanca el 15 febrero de 1600, rector del colegio jesuita. En total, tiene tres hermanas y cinco hermanos mayores, de los cuales cuatro ingresaron con él como jesuitas (Jerónimo, Cristóbal, Diego, Bernardino) y dos son religiosas (María y otra). Su hermano Diego es uno de los jóvenes brillantes enviados tempranamente a Roma, Cristóbal era el más atrasado (muere pronto, como hermano jesuita, no padre), Jerónimo y Bernardino ocupan cargos de responsabilidad en Castilla y en Nueva España respectivamente, y su hermana María es nombrada en 1592 abadesa perpetua del convento Jesús María, de Valladolid. Su propio padre fue un generoso patrón con los jesuitas, a quienes hace préstamos cuando ingresan sus hijos en la Compañía (1552-1556). El hermano que quedó en la vida civil es militar de fama (en Italia, Países Bajos y Aragón), a quien honra Felipe II a su muerte en 1595.

Acosta ingresó muy joven en la Compañía de Jesús en 1552 (10 septiembre) a la edad de 12 años, junto con 2 hermanos mayores, pero enseguida hizo notar su progreso: su excelente dominio del latín le permite a los 15 años ser profesor de latín de sus compañeros, redactar en esa lengua varias de las cartas cuatrimestrales al P. General (San Ignacio) desde su colegio de Medina del Campo, y componer varias comedias y autos bíblicos en latín antes de los 17, para ser representados en días festivos por sus compañeros y alumnos (sobre la historia de José y la de Jefté). Antes de pasar al grado siguiente de estudios (Filosofía), y de acuerdo al proceder jesuita, pasa de 1557 a 1559 por varios colegios de Castilla y Portugal enseñando Humanidades y gramática latina. Con ello tiene ocasión de conocer en Lisboa y Coimbra a algunos misioneros que parten para la India, Japón o Brasil: nace entonces su proyecto personal de actividad misional.

De 1559 a 1567 residirá largo tiempo en Alcalá de Henares superando sin interrupción los cursos de Filosofía y de Teología, con varios maestros de la Escuela de Salamanca. Los catálogos jesuitas de Alcalá hablan sistemáticamente bien de sus estudios, pero advierten todavía de sus problemas de salud (dolor de pecho). Sobre sus aficiones personales de esta época, declaró en 1561 al P. Jerónimo Nadal estar inclinado «más a Filosofía que a letras humanas», lo que puede ser significativo para entender sus intereses marcadamente teóricos y generales dentro de la misionología y de la etnografía americanas. Sacerdote en 1567, es destinado como profesor de teología a los colegios jesuitas de Ocaña y Plasencia: y todos hablan ya de sus méritos sobresalientes en enseñar, predicar y confesar. Por ello se le propone en 1570 como profesor en el colegio jesuita romano, pero Acosta vuelve a pedir ser destinado a misiones americanas (así lo dice en su «Descargo o apología al Papa» de 1593, como un rasgo digno de mérito).

También la nueva situación jesuita en Perú (enredada desde los años 40 en graves problemas morales, en relación con las reformas pedidas por el P. Las Casas) demandaba una buena cabeza para afrontar difíciles asuntos misionales. El nuevo virrey peruano Francisco de Toledo (antiguo miembro del séquito imperial, como su amigo el general jesuita) le solicita desde 1568 la activa colaboración misional de su orden, de ahí que el P. Francisco de Borja diga que le envía con Acosta personas «que tengan las cualidades que para esa misión tan importante se requieren; y… aun de los que acá nos hacen falta». Esta amplísima región andina del Perú era la provincia jesuita primeramente establecida en América, desde 1568. A su llegada, había ya cambiado notablemente el panorama misional americano desde su descubrimiento (1492 las Antillas, 1519 Nueva España y 1532 en Perú), pues se habían acabado las conquistas y las encomiendas perpetuas de indios tras varias crisis coloniales que condujeron a las Leyes Nuevas de 1542 y a las guerras civiles del Perú, nacidas contra su cumplimiento. El requerimiento nuevo de jesuitas (además de los franciscanos, dominicos, agustinos y mercedarios) formaba parte de

[3] Para una ampliación biográfica, debe verse la tesis doctoral del P. Lopetegui (1942), así como la del P. Burgaleta, la introducción del P. Mateos a su edición de Acosta y el artículo del autor, en el *Diccionario biográfico de la Real Academia de la Historia*, 2007. Aún está por hacerse una biografía adecuada usando toda la correspondencia y documentación conocida, aunque esta obra indiana está también llena de confidencias biográficas, que procuramos señalar en notas finales.

este programa de reforma, que incluye en lugar preeminente nuevos colegios bajo el espíritu de Trento (donde también hubo participación notable de jesuitas, como Salmerón y Laínez).

Acosta llega a Lima el 28 de abril 1572 y permanece hasta mayo del 73 en la capital del virreinato (a pesar de residir el virrey al sur del Perú, visitando el interior del gran país) realizando su cometido previsto: predicando, dictando clases de teología y realizando «disputationes» públicas en el colegio jesuita, junto con sus dos compañeros de viaje. Los testimonios que nos quedan de estos primeros tiempos de Acosta son muy positivos, aunque escasos; al semestre de su llegada dice el P. Zúñiga, rector del colegio jesuita de Lima: «aunque predicase tres veces al día, no se cansarían de oírle… El los confiesa a todos y hace oficio de maestro de novicios».

Finalmente viaja al sur andino de junio del 73 a octubre del 74, donde puede ver así de primera mano las ciudades indígenas de Cuzco (4 meses), Chuquisaca (Sucre, 2 meses), y períodos menores en Chuquiabo (La Paz), Andahuaylas, etc., así como también las nuevas reducciones de indios que está formando el virrey, y ya en funcionamiento progresivo las minas de Potosí (que describirá en su tratado misional de 1576)... En general, conocerá por sí mismo en estos dos viajes primeros la complicada naturaleza peruana, que describe luego en sus obras: atraviesa la puna andina a más de 4.000 metros y sufre por ello el «soroche» o mal de montaña, pero también debe salvar a hombros de indios o de bestias ríos tumultuosos, como son los peruanos (que descienden en poco espacio de las altas cumbres al mar), y puede conocer por sí mismo antiguos monumentos indianos (midiendo de largo el puente de Desaguadero y las ruinas de Tiahuanaco).

En este viaje se encontrará sobre todo con el famoso corregidor de Sucre (Chuquisaca) Polo Ondegardo, paisano de Valladolid y su fuente principal para la etnografía peruano/boliviana, que morirá poco después (1575). Pero afortunadamente pueden ambos conversar abundantemente de su amplia experiencia en el gobierno de Cuzco y Alto Perú, recibiendo copia de varios informes realizados (religiosos, socio-familiares y tributarios), que luego aprovechará. En realidad la obra de Polo se conocerá durante mucho tiempo a través de las citas y resúmenes de Acosta, directa o indirectamente. En este primer viaje al interior conocerá también al virrey, que le acoge afectuosamente en Chuquisaca e incluso le invita a acompañarle a su excursión al lejano río Pilcomayo, contra los temibles chiriguanos.

Regresado a Lima, vuelve a sus ocupaciones de cátedra y púlpito, pero ahora además es incorporado como asesor a la Inquisición, desde septiembre del 75, en el juicio incoado al dominico Fr. Francisco de Cruz, que termina sus días americanos en la hoguera acusado de herejía y rebelión política.[4] En realidad su actuación inquisitorial es más como teólogo consultor que como juez inquisidor, pero sus relaciones familiares con la Inquisición serán útiles a la Compañía, tanto en Perú como luego en España. En ese tiempo el virrey persigue a varios jesuitas: Portillo, Fuentes y al propio visitador P. Plaza (que solamente en 1579 dejará al propio Acosta libre de su vigilancia, al marchar a México). El virrey quiere ver a los jesuitas bien incorporados en el sistema misional y colonial, lo que produce entre ellos dos —virrey y provincial jesuita— una primera división de opiniones en 1576, que va a durar varios años, coincidiendo casi exactamente con el provincialato de Acosta (1576-1581). Éste coincide también totalmente con la ausencia de superior eclesiástico en el virreinato peruano (muerte del arzobispo Loaysa en 1576, y llegada de Fr. Toribio de Mogrobejo en 1581), y mientras tanto está en manos del virrey todo el gobierno peruano, como autoridad omnímoda que quiere invadir ese ámbito eclesial.

En medio de todo ello tendrá que desplegar Acosta una enorme actuación predicando, resolviendo casos de conciencia, dirigiendo el colegio jesuita de Lima (rector desde el 1 sept. 75), y visitando cada año (1576-7 y 1578-9) los diversos enclaves, en su visita bianual de Provincial («más que cuatro hombres», dirán de su eficacia los informes de la crónica jesuita anónima del Perú, en 1600).

No deja por ello de producir material teológico, especialmente sobre cuestiones misionales: a este tema se dirige la primera congregación provincial de 1576, convocada por Acosta y convertida en un pequeño congreso misional, base de su tratado misional de ese año: «la minuta… de su libro, fruto en parte de estas reuniones» (Lopetegui, 157). Las discusiones y decisiones principales de esta congregación provincial convocada por Acosta preludian a su vez gran parte del próximo concilio limense de 1582/83. A nivel genérico, logra seleccionar para la Compañía un método misional propio: no el común de las doctrinas estables con un misionero aislado, sino otro de «misiones» periódicas, a combinar con el sistema de colegios y seminarios de indios nobles (Juli, Huarochiri o Cercado de Lima) o con el de Potosí, que son residencias estacionales (ni parroquias ni colegios), donde asisten centenares de indígenas de comunidades

[4] Hay una edición completa del proceso, con diversos estudios introductorios de un equipo dirigido por Vidal Abril Castelló (1992-1997), *Francisco de la Cruz, Inquisición, Actas I (1992), Actas II,1 (1996) y Actas II,2 (1997).* Madrid, CSIC, Colección «Corpus Hispanorum de Pace», vols. XXIX-XXXI.

lejanas por una temporada de varios meses, y a quienes ellos atienden como lo hacen con la población esclava, reclusa o en galeras, a quienes pueden atender desde sus colegios. El nuevo centro estable de Juli (Chucuito, a orillas del lago Titicaca), a que obliga el virrey, se acepta primeramente sólo a título de ensayo provisional, para abrir camino luego a otros sacerdotes; pero con condiciones especiales: aislando a la comunidad indígena de la «república de los españoles», y ensayando un gobierno autónomo que preludia el experimento del Paraguay. La opinión posterior de Acosta y de otros (Torres Rubio) es conservarlo más tiempo como campo de aprendizaje de lenguas y formación de misioneros que vayan a otras fronteras (Paraguay), abierta por algunos de sus discípulos directos o indirectos (Montoya, Torres Bollo, etc.). Hay un marcado interés en el «indirect rule», o sea que los propios indígenas tomen el control misional: son muy interesantes a este respecto algunos capítulos de su HNMI, en especial su cap. 28 del libro VI.

Para la fecha en que se envían las actas de la congregación tiene listo también su tratado misional el P. Acosta, que dedica al general P. Mercuriano (24 de febrero, 1577), donde le explica lo que ha trabajado y aprendido sobre la salvación indiana, agradeciendo la ayuda externa de sus compañeros de religión. Sin embargo (como argumenta Lopetegui, 212) no se puede negar que, efectivamente, el autor convirtió una información meramente local en algo más valioso y general. El proemio de su tratado misional —de composición tardía (1582), donde se expone la diversidad de métodos misionales en función de la diversidad cultural indígena— ha tenido mucha circulación, incluso en los circuitos antropológicos (traducción especial de J. H. Rowe en 1964).

De otra parte, la contribución teológico-pastoral de Acosta en Perú no se agota en sus escritos, siendo obligado completarlos con su notable actuación conciliar. El concilio III de Lima es famoso porque —por excepción— sus actas serán aprobadas civil y eclesiásticamente con rapidez —en menos de un decenio (1583-1591)— y quedarán vigentes por más de dos siglos, hasta casi la Independencia (según Guillermo Durán, 1982 y Lopetegui, p. 503). En todo ello puede considerarse clave la actuación del P. Acosta, por todos reconocido como «alma del III concilio», ya que no solamente fue el teólogo más activo en toda su duración (15 agosto 1582-18 octubre 83) y predicador solemne en dos de las cinco sesiones públicas, sino el redactor personal de las actas (1583-4), el director de las publicaciones de los otros documentos conciliares publicados en Lima de interés misional en 1584-86 (doctrina cristiana, confesionario, catecismos, vocabulario y gramática) y su defensor contra los contrarios solicitantes en Madrid y Roma. E incluso también el coordinador de la edición de las actas con aprobación papal y real, solicitadas personalmente por él en Roma y Madrid (Madrid, 1590).

En el concilio se debatieron muchas cuestiones urgentes que no hacen al caso (eclesiales, económicas, sacramentales…) pero nos importa decir que los principales instrumentos oficiales de evangelización preparados se tradujeron al quechua y aymara, y que con ellos se publicaron excelentes documentos de interés etnográfico (Polo de Ondegardo, en particular). Creo que el prestigio «misional» que rodeaba a los jesuitas cuando se celebra el III concilio limense (recibiendo el encargo de imprimir los catecismos y doctrinas en su casa y eligiendo sus traductores, por exigencia de la Audiencia limeña) tiene que ver con la experiencia exitosa de Juli: el propio Acosta sumó un gran mérito a su prestigio por apadrinar este ensayo misional en 1576 presidiendo como provincial la 1ª congregación provincial jesuita, donde se ensayaron los métodos de Juli (asumidos por el concilio) y se comenzaron a preparar los documentos misionales luego aprobados por el concilio.

Es verdad que los anteriores concilios limenses (1555 y 1567) habían elaborado también sus catecismos, doctrinas y confesionarios, y fomentado la traducción a las lenguas locales; pero no se publicaron y, a veces, ni siquiera se conservaron. Es decir, que la iniciativa jesuita tenía especial originalidad por su empeño final en llevarlos a la práctica, bajo la dirección de su provincial y teólogo Acosta. Los trabajos de impresión durarán hasta el verano del 85, lo que impidió al P. Acosta embarcar con la flota de regreso en marzo del 85, como se pensaba hacer. Por delegación del arzobispo, como portador de las actas, preparó Acosta la defensa de los cánones aprobados por el concilio para responder a las reclamaciones del clero peruano en la corte de Madrid, y luego en Roma. Éstas son las palabras que decía Mogrobejo de Acosta, en carta al papa:

> «En cuanto al portador de las presentes [actas del concilio], hijo de V. S. y del mismo modo carísimo a Nosotros, el Padre José de Acosta, cuya doctrina e integridad tiene muy aprobada toda esta provincia nuestra, podrá referir más copiosamente a V. Beatitud tanto lo que toca al mencionado concilio como cualesquier otras cosas que serán oportunas a la salvación de los neófitos, puesto que no solo asistió a todas las cosas sino que por experiencia y fe, digna de elogio en Cristo, produjo no poca utilidad a esta iglesia [Cajamarca, 1 enero 1586]».

Al término del concilio, se empeña en crear un colegio destinado a naturales y criollos (llamado «San Martín» en honor del virrey Martín Enríquez, trasladado de México a

Perú). Colegio que logrará en efecto aglutinar gran cantidad de futuras personalidades, para el que luego va a lograr en Madrid y Roma todo género de ayudas (becas, festividad local, etc.): esto coincide con su apoyo a la educación de los hijos de caciques, ya defendida en Juli y en el concilio limense.[5] Acosta va a mostrar luego otra vez, anónimamente, su apoyo personal al clero indiano ayudando a que se revoque en Madrid (verano del 88) la cédula real de 1578 contra la ordenación de mestizos: lo hace aprovechando sus buenas relaciones con el rey, y apoyando las tendencias favorables del papa (a quien lo habían rogado directamente en latín sus alumnos jesuitas de Cuzco, y también de otros lugares del Perú unidos a los de Lima, que le entrevistaron a él durante el concilio límense).

En cuanto al campo misional, el mérito principal de Acosta no fue como misionero de a pie (él mismo reconoce en cartas a sus compañeros su torpeza personal) sino como teólogo y teorizador, por lo que no tiene sentido tratar su regreso a España a los 14 años como una crisis de su vocación misional (como hacen algunos estudiosos jesuitas: Lopetegui, Mateos). Sus superiores le enviaron a Indias para resolver conflictos morales y de jurisdicción misional, y luego en los 80 le pidieron volver para librarles en España de la persecución inquisitorial, y también para permitirle promover en Roma y Madrid la aprobación oficial de las actas conciliares. Sin contar por otro lado el agotamiento físico de su cuerpo, de por sí pesado, tras sus tres visitas de varios años a los Andes (1573-1574, 1576-1577, 1578-1579): caso no infrecuente para el corazón de otros más fuertes, todavía en nuestros días. También se quejaba de la tensión espiritual desarrollada en medio de una actividad imparable contra un virrey tozudo y poderoso como Toledo por cerca de 6 años, y una sociedad colonial llena de prejuicios e intereses.

Pero, antes de llegar en Madrid para defender la obra del concilio, Acosta residirá casi un año en México donde también se había celebrado en 1585 un tercer concilio mexicano —cuyas actas consulta y compara con las limeñas—, y donde reside su hermano Bernardino (rector del colegio de Oaxaca, llegado en 1579). Como en Perú, Acosta busca entonces informarse de las novedades locales —así como de las Indias Orientales, cuyas noticias venían a España por México—, y continúa preparando sus obras a publicar en Madrid, en particular la *Historia natural y moral de las Indias* (Sevilla, 1590). En esta obra va a destacar especialmente —aunque ya estaba sugerido en el proemio al tratado misional de 1582— el doble modelo mexicano/peruano donde aplicar mejor su método misional «apostólico», que substituía la fuerza por la convicción y adaptación (siendo para ello idóneas las dos sociedades más «políticas» o civilizadas del Nuevo Mundo, como en Asia lo son China, la India y Japón).

Método jesuita basado en la tolerancia cultural respecto de elementos laicos compatibles con la fe católica, luego famoso por sus radicales aplicaciones jesuitas en China (los «ritos chinos» tolerados en la nueva fe por los jesuitas durante todo el siglo XVII, e impugnados por franciscanos y dominicos). Puede seguirse su estancia en México, enormemente fecunda, no solamente por la carta ánua del 86 y otras jesuitas conservadas, sino especialmente por sus muchas alusiones en la HNMI. Acosta toma noticias directas de China a través de su compañero de viaje a España el P. Sánchez y de los propios chinos tratados en México; pero sobre todo se relaciona localmente con otros jesuitas como el P. Tovar —su informante principal sobre México, como lo fue Polo sobre Perú— para conocer las antigüedades mexicanas de su boca, y a través de un códice náhuatl que llevó consigo junto con un calendario indígena.[6]

El enviado limeño logrará en Madrid el éxito conciliar perseguido, y prosigue más tarde su camino a Roma. De hecho, se presenta en 1588 al Papa como enviado real para presentar los papeles del concilio limeño: así lo confiesa orgullosamente ante el prepósito Acquaviva en 1592, en su segunda visita (donde va de nuevo como enviado real, esta vez sin permiso previo de su prepósito). Sospecha con razón Lopetegui (505) que Acosta está detrás de la cédula real de 2.XII.1587 al embajador español en Roma (conde Olivares) para favorecer el concilio, y de la carta al mismo embajador de 28 de mayo 88 sobre «que se aprueben los decretos del citado concilio, aun en la parte de que ha reclamado el clero del Perú, por estar en conformidad con lo proveído» (*Arch. Emb. Esp. Roma*, leg. 7, f. 270). Acosta logra ser escuchado en Roma con la misma eficacia que en Madrid, como se deduce de su prólogo al tratado *De Christo revelato*, dedicado al secretario de estado pontificio Mor. Caraffa, y de la carta de Caraffa a Mogrobejo de octubre de 1588. La edición de las actas del concilio se hace inmediatamente en Madrid, en 1590.[7]

[5] «Porque enseñándose… llegarán no sólo a ser buenos cristianos y ayudar a los suyos a que lo sean, sino también a ser aptos y suficientes para estudios y para servir a la Iglesia, y aun a ser ministros de la palabra de Dios en su nación». Cf. Lopetegui, 400.

[6] Códice Tovar y calendario Tovar, ahora en la biblioteca norteamericana John Carter Brown, comprados de un archivo inglés en venta a fines del siglo XIX.

[7] *Concilium Provinciale Limense celebratum in Civitate regum…* Typis excusum atque ad Indos transmisum. Apud Petrum Madrigal, Anno MDXC (4º, 88 hs + 13 sin numerar). La carta dedicatoria al presidente del Consejo de Indias es de Acosta («S.I. theologus»), y poco después se emite la cédula real de Felipe II de 18-IX-1591, ordenando su cumplimiento.

A su nuevo regreso a España va a desplegar Acosta otra vez una actividad desbordante, de la cual nos vamos a ocupar de pasada, centrándonos más en sus obras de cierto interés etnográfico. Aunque pertenece propiamente a otro lugar (un estudio global de su obra, dentro de su contexto nacional e internacional propio), debe decirse brevemente que el P. Acosta logró la confianza amplia del rey, que le recibió lo menos una docena de veces llamándole también a la consulta de temas diferentes de gobierno peninsular (por ejemplo, para evangelizar a los moriscos del reino de Valencia, Castellón y Alicante, poniéndole a la cabeza de un gran equipo de 36 misioneros). El rey acepta en 1587 la dedicatoria directa de su tratado misional, así como la indirecta de su obra histórica en 1588, a través de su hija predilecta Isabel Clara Eugenia —futura gobernadora de los Países Bajos, propuesta como heredera del trono de Francia, y tierna corresponsal de su padre, como ahora se sabe—.

No merece la pena detenerse en un incidente político que amargó los días finales del autor, con relación a su general el famoso P. Claudio Acquaviva, separados ambos por una diferente manera de proceder ante un conflicto interno de la orden (las protestas ante el rey contra el gobierno del nuevo prepósito, emitidas por un grupo de jesuitas españoles descontentos) que ambos querían resolver sin intromisión externa. Acosta logró que el rey delegase en la propia Compañía su solución, y con el apoyo papal presionó al prepósito a reunir la V Congregación general de Roma (1593) donde finalmente se resolvió el problema autónomamente, como había previsto Acosta. Finalmente se retiraría de la intensa vida pública que le había entretenido desde 1576 hasta entonces, centrando su atención en la dirección de casa profesa en Valladolid y del colegio de Salamanca, así como en los estudios escriturísticos, hasta su muerte relativamente temprana en febrero de 1600, antes de cumplir los 60.

2. Bibliografía fundamental de Acosta

Tal vez tenga más interés ahora dedicar nuestra atención al análisis de su obra histórica aquí editada, aprovechando su difusión inmediata en toda Europa (como veremos). El manifiesto éxito nacional e internacional en versiones castellanas y europeas (en el siglo XX, particularmente mexicanas) que se acercan al medio centenar de ediciones —seguramente más, si contamos los resúmenes en libros de viaje italianos, franceses, alemanes e ingleses— le garantiza un puesto en cualquier biblioteca de importancia, antigua o moderna. No vamos a contar ahora la influencia ejercida sobre su tiempo y la posteridad (mucha de ella escondida en el anonimato de la imitación de modas triunfantes), pero las citas de su obra son frecuentes entre los historiadores de los siglos XVII y XVIII que se ocuparon de las culturas americanas. Incluso en el siglo XIX alguno tan importante como A. F. Bandelier —asesor etnohistórico del famoso abogado de Rochester, L. H. Morgan, y profesor de lo mismo en el departamento de Antropología creado por F. Boas en la Univ. de Columbia, a comienzos del siglo XX— aprendió castellano con su obra; y hoy mismo sigue siendo un referente inexcusable en el ejército de crónicas de Indias, siendo en este momento posiblemente la más editada y conocida en castellano (BAE, FCE, Historia 16, Fundación Tavera, Virtual Cervantes, AECI, 3 facsímiles —1590, 1792, 1894—, etc.). Incluso en el gremio profesional de la Etnohistoria, tanto andina como mexicana, su obra significa una variante digna de tenerse en cuenta, además de una obra bien escrita y llena de inteligencia.

Acosta escribió otras obras pero quedaron inéditas, hasta mucho después, o se perdieron: así ocurrió con casi todas las de interés humanístico como las comedias y autos bíblicos, las poesías latinas y castellanas para sus alumnos, sus diálogos universitarios para «disputationes», algunos informes oficiales jesuitas y de la administración española, algunos tomos de sermones escritos a lo largo de su vida, la traducción de la *Ciropedia* de Jenofonte para el príncipe Felipe III o incluso una «Vida del hermano Lorenzo», recogida de viva voz en Lima y publicada luego de su muerte. Se publicaron en vida, sin embargo, muchos de los sermones latinos preparados y emitidos en Lima sobre el Apocalipsis y temas acerca del mensaje cristiano (*De Cristo revelato* y *De temporibus novissimis,* Roma, 1590*)*, y otros preparados en Salamanca, al final de su vida y ya retirado como director de la casa profesa jesuita (*Conciones…)*. Los dos más importantes escritos suyos son el tratado misional *De procuranda Indorum salute* (Salamanca, 1588/1589), y la *Historia natural y moral de las Indias* (Sevilla, 1590): ambos han tenido varias ediciones europeas —principalmente francesas y alemanas— y en ambos se sustentan ideas conexas acerca de las sociedades americanas sujetas al proceso de evangelización cristiana.

El tratado misional es resultado —como se dijo— de la congregación jesuita en Lima Cuzco de 1576, donde se abordaron problemas derivados de la conquista española, de la capacidad indígena para el evangelio, de la necesidad teológica de las misiones y de los sacramentos cristianos, y en general de los métodos misionales a emplear por los católicos en función del nivel cultural de los evangelizados. Esta idea «condicional», de sabor claramente antropológico, se desarrolla sobre todo en el proemio al lector, redactado poco después y más personalmente por el autor principal, el P. Acosta.

Pero donde tal idea se defiende mejor, y está más claramente relacionada con la mentalidad de su autor individual, es en la «Historia». Se trata —como se verá— de una obra formalmente bien escrita, en estilo claro y ameno, una de las pocas redactadas en castellano por su autor: mereció incluirse en el *Diccionario de autoridades* de la Real Academia de la Lengua (Madrid, 1729a) y en uno de los primeros tomos de la nueva «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra (BAE, 73, 1954). No solamente es claro y accesible su lenguaje, sino que el desarrollo de los temas se ofrece con brevedad y orden interno, de modo que su lectura resulta agradable y siempre aleccionadora. Es probablemente la razón de su éxito editorial permanente.

Esta obra se divide en dos partes principales, como indica el título de «historia natural y moral», cada una de ellas con varios libros: la llamada «historia natural» ocupa los 4 primeros libros, de los cuales los dos primeros fueron previamente publicados en latín junto con el tratado misional *(De natura Novi Orbis libri duo).* Esos dos primeros tratan en realidad de los fenómenos geográficos más llamativos para los europeos, en función de la ubicación tropical de la mayor parte del Nuevo Mundo: que en el trópico llueve y hace frío, que ha sido poblada desde el exterior —se debe «conjeturar» que por tierra y no por mar—, que tanto el cielo como la tierra son diferentes en el hemisferio sur —aunque sometida a las mismas leyes generales—, etc. En los otros dos libros de historia natural, se describen los fenómenos derivados de los llamados por Aristóteles «elementos simples» (relacionados con aire, agua, tierra y fuego) y «compuestos» (minerales, plantas y animales). En la primera parte se ocupa de vientos, ríos, lagunas y mares, orografía y volcanes, y en la segunda de la «historia natural» americana, por orden de menor complejidad a mayor y dividiendo todas ellas en cosas viejas, nuevas e importadas.

Propiamente a efectos etnográficos, lo que importa de este orden cuasi ecológico es la justificación «naturalista» que ofrece para tratar las cosas propiamente humanas: dado que el hombre está metido en la naturaleza y ésta se puede sujetar a razón, también lo debe estar aquél, y de este modo deben explicarse «razonablemente» sus costumbres. Por otro lado, al igual que las cosas naturales proceden entre sí en orden de complejidad y evolución mayor, así pueden plantearse también las costumbres humanas y las instituciones sociales como adaptadas a diferentes niveles de complejidad cultural (Del Pino, 1978).

Este orden temático riguroso lleva a una continua comparación, que es el procedimiento empleado habitualmente en la «historia moral», aunque se trate fundamentalmente de las culturas de Perú y México, muchas veces ofrecidas en forma paralela (Del Pino, 1979). De otra parte, al igual que en la historia natural importan todos los individuos de la «cadena del ser» —metáfora sumamente importante en la historia intelectual, como mostró Arthur Lovejoy—, en la moral no le importan solo las cualidades de las sociedades más civilizadas sino como parte de un todo, como culminación de la historia humana:

> «[…] como en las cosas naturales vemos que no sólo de animales generosos, y de las plantas insignes y piedras preciosas, escriben los autores, sino también de animales bajos, y de yerbas comunes, y de piedras y cosas muy ordinarias; *porque allí también hay propiedades dignas de consideración»* (Libro VII, cap. 1, cursivas mías).

Esto hace que su evolucionismo evidente no sea del todo etnocéntrico y prejuiciado contra los habitantes «sin estado» de América, en lo cual preludia tanto el evolucionismo decimonónico o ilustrado como el comparatismo funcionalista (Del Pino, 1978). Lo que nos importa más en esta obra de Acosta es la actitud propiamente «antropológica» del autor, al apostar por la defensa de la racionalidad y creatividad cultural indígena, y en contra de los prejuicios europeos ante todo tipo de bárbaros. Esta actitud es la que le lleva a comparar positivamente a los americanos con los pueblos clásicos del Mediterráneo, griegos y romanos, y de Asia (China y Japón) cuyas instituciones analiza comparadamente (Del Pino, 1982, 1985). A este respecto, es digna de mención su sutil valoración de las instituciones políticas y religiosas americanas, llegando incluso a tener en cuenta la posibilidad de entender el canibalismo azteca como la comunión eucarística cristiana, en base a esta comparatividad de costumbres extrañas de uno y otro lado de la humanidad (Del Pino, 1992). En base a ello, cabe excusar algunas de las insistencias en el papel negativo del demonio que, por necesidades inquisitoriales, se vio Acosta obligado a introducir (Del Pino, 2002b).

Esta visión de la obra, tal vez un poco comprimida y ciertamente enfática en sus logros positivos, reclama algunas explicaciones de sus otros aspectos menos bien iluminados, de lo que nos ocupamos a continuación.

3. Insistencias e incoherencias textuales en la obra

Merece la pena señalar algunas cualidades de la obra, y de su contexto histórico, que ayuden a explicar las presencias reiteradas de algunos elementos, en particular los énfasis del autor. Algunos de éstos son voluntarios y otros forzados:

como se verá, tiene interés para mí hacer esta distinción para tratar de algunas cosas reiteradas por el autor, y sobre las cuales se ha puesto mucha atención, no siempre muy acertada. Prefiero abordar en mi análisis las insistencias del autor, más que las ausencias: no quiero profundizar como algún otro editor contemporáneo de Acosta en las ausencias de la obra,[8] aprovechando nuestro nicho histórico posterior —como enanos que miramos por encima del hombro, del gigante que nos transporta— para notar olvidos o defectos: porque además de ser infantil, este procedimiento olvida que las «ausencias» no son debidas generalmente al autor ni son necesariamente su responsabilidad. Y, en todo caso, las que lo son nunca son seguras de explicar: ¿cómo podemos saber cuáles son «silencios» voluntarios y cuáles son «olvidos» insuperables? En la búsqueda nuestra de lo ausente y minusvalorado en las obras pasadas que editamos puede ocurrir luego, a cambio, que no veamos bien las presencias y énfasis del autor, único sentido que tiene editarlas; como decía el poeta-filósofo indio Rabindranagh Tagore que le pasa al que llora porque el sol se pone, que no tiene la mejor disposición para gozar del espectáculo estelar y lunar.

En este tratamiento nuestro preferente sobre los énfasis y presencias en la obra, seguramente, dejaremos algunas cosas por tratar. Tampoco se nos puede pedir a nosotros los editores que tratemos previamente de cada cosa contenida en esta obra: ni sabemos nunca todo lo que contiene ni, de lo que sabemos, podemos tratar cada cosa con la misma autoridad. Por otro lado, una introducción no debe aspirar a ser una monografía independiente sino meramente un prólogo a su lectura, y un prólogo debe ser sincero y sobrio si se quiere dejar a solas al lector con el autor. La mejor edición, a mi entender, es la que logra colocar al lector a solas con el autor, dejando que se entiendan entre ellos. Para lo cual debe el lector poder situarse «en el mismo horizonte» del autor, «fundirse» con él —como nos invitaba Hans-George Gadamer en su famosa obra—:[9] es decir, ambos deben ver las cosas del mismo modo, como se hace normalmente entre dos seres contemporáneos y de la misma cultura.

Para que el lector hable directamente con el autor del pasado, esto es para acercar a nivel formal el pasado al presente, eso puede requerir ciertas transformaciones del texto originario. A nivel de contenido, también significa que el lector debe compartir algunas claves del autor, es decir, acercar el presente al pasado. Ojalá pudiera yo dar con la *clave general* en que está escrita toda la obra (como se diría de una partitura musical, imprescindible para ajustarse al tono de la obra, sintonizándolo), pero al menos me está permitido conocer algunas de ellas: esas claves pasadas y concretas, sin ánimo de exhaustividad, son las que quiero comunicar en estas páginas iniciales al lector tras haber expuesto someramente su biografía, prefiriendo las que el propio autor nos indica con sus énfasis y reiteraciones. Estoy pensando en cosas como las siguientes:

a) Su afán de novedad, a pesar de que se trata de una obra ya antigua.
b) Su afán de ser creído, aportando siempre que puede su testimonio personal, el testimonio directo de un observador, la prueba de su nombre genuino (si son aborígenes), así como el texto canónico pasado (sacro o clásico) que revalida su interpretación.
c) Su sabor general de buena imagen —incluso apologética— respecto del Nuevo Mundo, sus producciones y sobre todo sus sociedades.
d) Su fe misionera y sus estrategias «político-religiosas», campo donde creo tenemos más dificultad de entenderlo, porque todo indica que se vio obligado a disimular algunas de sus propuestas.

a) Novedad, sencillez, orden y amenidad: sus marcas de autor

Es un hecho que se trata de una crónica tardía, escrita a finales de siglo, cuya experiencia indiana corresponde claramente a una segunda o tercera generación de indianos. Ya se han escrito —cuando él nace en 1540, y cuando inicia sus estudios en 1553— varias de las crónicas de Indias importantes, incluso peruanas (Jerez, Estete, Mena, Oviedo, Zárate, Cieza, Gómara, etc.) y él se refiere incluso a varias de ellas (Zárate, Sarmiento, Cortés, Cabeza de Vaca, Monardes..., sin contar infinidad de informes manuscritos). Su propia obra es respuesta a los intereses de una sociedad europea ya asentada y acostumbrada a las novedades de Indias, que quiere ahora informes minuciosos y envía al terreno cuestionarios, e incluso visitantes expertos y bien

[8] Cfr. la introducción y larguísimo comentario de W. Mignolo a *Natural and Moral History of the Indies,* by José de Acosta. Edited by Jane E. Mangan, Durham and London, Duke University Press, 2002. Mi reseña, en *Colonial Latin American Review*, 2006, December. Mignolo sostiene hace tiempo una equívoca batalla contra el padre Acosta, y se ha lanzado al galope numerosas veces contra los molinos de viento del Renacimiento y la letra escrita (como si fueran descomunales «gigantes» enemigos de la cultura oral americana), pero tal vez debió evitar comportarse con un indefenso autor del pasado —a quien se le encargó editar- como dice y sostiene se comportaron los cronistas —incluidos Acosta y Sahagún- con los indefensos indígenas, dejándolos *nepantla,* en el limbo cultural. La crítica post-colonial no debiera amparar el colonialismo hermenéutico sobre el pasado: los delitos históricos ajenos podemos denunciarlos, pero podemos quedar desautorizados si cometemos otros en nuestro trabajo literario.

[9] *Verdad y Método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica,* Ediciones Sígueme, Salamanca, 1977.

informados: Acosta cita admirado al médico anciano Francisco Hernández que viaja a México en el año 1571, casi al mismo tiempo que él, pero que regresó antes de un decenio y muere al poco tiempo. Acosta alude igualmente a los trabajos peruanos de la generación anterior de Polo y Sarmiento realizados a petición del virrey Toledo, o a los del P. Tovar en N. España, a petición del virrey Enríquez: con ambos tuvo que ver estrechamente Acosta en Perú, y terminará beneficiándose de sus indagaciones. Sin contar una buena porción de minuciosos informes náuticos, mineros, etc. que va señalando oportunamente.

En cierto sentido, su obra se corresponde perfectamente con el papel representado por su orden jesuita, que llega tarde a la conquista espiritual del Vicariato hispano-americano, pero que no pierde el tiempo y en pocos años tiene reunida una amplia información de primera mano (en el campo lingüístico, en el misional, en el de la etnografía, vía cartas anuas...), de modo que pronto se convierte en protagonista de primera línea. Es decir, a nivel misional los jesuitas llegan tarde, pero introducen innovaciones considerables. Dadas sus reglas «institucionales», que vigilan mucho la solidaridad corporativa interna, los jesuitas no quieren aceptar «doctrinas de indios» que les aíslen por largas temporadas de su comunidad: como hemos explicado en la biografía de Acosta, prefieren tener «doctrinas de indios» cerca de sus colegios desde donde se desplazan intermitentemente.

Por otro lado son religiosos especiales, dedicados en particular a la enseñanza, en cuyos colegios aspiran a entrar los niños de todas las clases sociales, pero especialmente los hijos de la «nobleza» local (tanto española como indígena). Esta situación les pone en contacto con el campo de los estudios, y da lugar a unos «escritores de Indias» muy bien formados: tienen fama sus informes de estar bien escritos y ordenados, e incluso la llamada «letra jesuita» en la documentación administrativa es una letra clara y generalmente cursiva, como es el caso notable de Acosta [ver lámina 1 de letra de Tovar a Acosta, en pág. LVI].

Por lo que respecta a su valoración antropológica como tal comunidad de estudios, al menos en la América del Sur, ya lo declaró oportunamente y con algún énfasis un gran experto mientras reunía los materiales para el famoso *Handbook of South American Indians*, de la Smithsonian Institution:

> «Solamente a fines del siglo XIX habrá obras que puedan ser comparadas en valor con las descripciones de costumbres nativas e instituciones escritas por los jesuitas, durante los doscientos años que duró su conquista espiritual del continente. De no haber sido por la inteligente curiosidad y el espíritu científico de tantos misioneros jesuitas, nuestro conocimiento de los indios sudamericanos habría sido más magro y superficial... Quienquiera que haya manejado las fuentes sobre Sudamérica de los siglos XVII y XVIII no puede evitar ser tocado por las cualidades literarias que caracterizan los documentos jesuitas. La mayoría de ellos están escritos en un lenguaje elegante y claro, y raramente sufren de las oscuridades de estilo que estropean tan frecuentemente otras fuentes. También echaron los jesuitas los fundamentos de los estudios lingüísticos en América del Sur».[10]

Lo que nos importa ahora es su lado «discursivo», más que su lado literario, aunque reconocemos que este mérito no puede despreciarse en algunos pasajes de la *Historia*, por ejemplo los retomados de la «historia de vida y milagros» del Hermano Lorenzo (Ver libro IV, a partir del cap. 30). Es decir, que el autor (como letrado, con suficiente formación latina y «filosófica») pretende seducir al lector culto europeo y al gran público, al mismo tiempo. Por eso procura ofrecer una obra que pueda ser llamada «nueva» —si no por su fecha— por su contenido filosófico, científico, que incluye aspectos naturalistas —como no podía por menos en su tiempo—, aunque se tratase del prólogo a su tratado misional. Aquí hay que citar sus propias palabras al comienzo del libro (en el Proemio al lector), señalando su orgullo de autor «novedoso»:

> «Del Nuevo Mundo e Indias Occidentales han escrito muchos autores diversos libros y relaciones en que dan noticia de las cosas nuevas y extrañas que en aquellas partes se ha descubierto, y de los hechos y sucesos de los españoles que las han conquistado y poblado. Mas hasta agora no he visto autor que trate de declarar las causas y razón de tales novedades y extrañezas de naturaleza, ni que haga discurso e inquisición en esta parte; ni tampoco he topado libro cuyo argumento sea los hechos e historia de los mismos indios, antiguos y naturales habitadores del nuevo orbe. [...] Y los que han escrito de Indias Occidentales no han hecho profesión de tanta filosofía, ni aún los más dellos han hecho advertencia en tales cosas... Tratar los hechos e historia propia de los indios requería mucho trato y muy intrínseco con los mismos indios, del cual carecieron los más que han escrito de Indias: o por no saber su lengua o por no curar de saber sus antigüedades. Así, se contentaron con relatar algunas de sus cosas superficiales.»

[10] Alfred Metraux «The contribution of the Jesuits to the Exploration and Anthopology of South America», *Mid-America. An Historical Review* (Loyola University, Chicago), July, 1944, 183-191, *passim*, traducción nuestra.

Esta pretensión de novedad es común en la literatura indiana, pero cada uno la ofrecía a su modo: como se ve, la novedad que ofrece nuestro autor no reside tanto en las cosas mismas que ofrece como en la manera de ofrecerlas, mezclando lo natural y lo moral como materias de indagación, y ofreciéndolas con todo tipo de comprobaciones y razonamientos de estilo «filosófico» (en sus propias palabras). Es evidente para cualquier lector su familiaridad con la historia natural clásica, que le permite comparar el Nuevo con el Viejo Mundo, y darse cuenta de sus verdaderas novedades. Tal vez por ello, llame menos la atención su novedad por lo que respecta a la etnografía sobre las culturas americanas, lo que él define como «historia moral»: nombre original pero antiguo —de origen aristotélico— porque *stricto sensu* no se trata para nada de «historiografía», sino de «historia de las costumbres» americanas. En realidad su componente histórico es sólo del lado indígena, no del lado español, como precisa el autor varias veces (VI, 23, VII, 22 y 25). Así, por ejemplo, cuando trata de la historia antigua de México y llega a tocar la conquista española, se interrumpe al final para decir:

> «No pretendo tratar los hechos de los españoles que ganaron a la Nueva España, ni los sucesos extraños que tuvieron [...]. Sólo, para cumplir con mi intento, resta decir lo que los indios refieren de este caso, que no anda en letras españolas hasta el presente» (libro VII, cap. 25, subrayados míos).

No es una obra histórica, pues, sino naturalista y etnográfica. O, si se quiere usar sus términos, «filosófica», como también lo reconocieron la mayor parte de sus seguidores contemporáneos, y después los ilustrados. En su época también Dávila Padilla la llamó así, «Filosofía natural y moral», por un *lapsus* de título que creemos significativo, no mero error.[11] Y posteriormente el importante coleccionista Obadiah Rich afirmará, «Acosta is one of the earliest writers, who has treated philosophically of America and its productions».[12] Tal vez no merezca la pena profundizar más ahora en un tema que nos llevaría demasiado lejos, por referirse no solamente a la organización de conocimientos del tiempo de Acosta sino de la posteridad, pero no dejaré de decir que justamente esa «dosis» filosófica es lo que creyeron las historias ilustradas añadir a las anteriores relaciones de Indias españolas, llamándole «nuevo arte de leer».[13]

Lo curioso es que una obra que se quería selecta y filosófica lograse ser también una obra de gran éxito, precisamente accesible al público medio (no al popular, seguramente). Tal vez se deba también a otras cualidades de la obra, como su vocabulario sencillo e incluso ameno, su claridad de expresión, y sobre todo su orden temático y discursivo. En general hay en todo lo que trata un gran orden, casi sistemático, y este orden conlleva normalmente brevedad y no muchas digresiones. Sin embargo de la brevedad, el orden temático sostenido a la largo de la obra le produce al lector la impresión de exhaustividad y fiabilidad, lo cual puede parecer una cosa paradójica: que sea tan breve en su desarrollo particular de cada cosa y, sin embargo, dé la impresión de exhaustividad. Hay un juicio de su traductor francés, que creo ha tenido una cierta repercusión posterior, aunque sólo fuera porque en francés es donde se hicieron más traducciones —incluso ediciones— durante los siglos XVI-XVII, llegando a repetirse dos en el siglo XX. Justamente la define así en la dedicatoria al rey Enrique IV:

> «[traducimos] una joya tan rica y una historia tan agradable, que el autor ha compuesto mayormente sobre el terreno y a la luz de sus observaciones personales, con tal orden y brevedad que con buena razón puede llamársele el Heródoto y el Plinio de este mundo nuevo descubierto».[14]

Su positiva opinión fue recogida por el benedictino Feijóo, comentarista tan atento a la literatura francesa, en su discurso XIV de las *Glorias de España*: «se le pudiera llamar con propiedad el Plinio del Nuevo Mundo. En cierto modo, más hizo que Plinio… [por su originalidad y] el tiento en creer, y circunspección en escribir, que faltó al romano». Esta opinión de Regnault y Feijóo es recogida literalmente también por el ilustrado prologuista anónimo de la edición castellana de 1792, que la encomia en su estilo filosófico: «explicándonos menudamente, con el orden que pedía la materia, con dicción pura y propia, estilo claro

[11] *Historia de la Fundación y discurso de la provincia de Santiago de México,* 1596, p. 814. Es un párrafo que ha solido citarse varias veces para acusar a Acosta de usar los materiales ajenos del P. Durán, como señala el dominico sin percibir su novedad verdadera; o tal vez llevado de la rivalidad entre órdenes religiosas vecinas.

[12] La biblioteca John Carter Brown Library ha puesto esta calificación de Rich en la hoja enfrente de la portada, de su ejemplar de la príncipe castellana.

[13] Cf. Jorge CAÑIZARES-ESGUERRA: «Spanish America in Eighteenth-Century European travel Compilations: A New «Art of Reading» and the Transition to Modernity». *Journal of early modern History*, 2 (4) 1998: 329-249.

[14] «un si riche ioyau, et un si gentille histoire, que l'Auteur a composee, la plus grand´ parte, a veue d'oeil, et sur les mesmes lieux, d'un tel ordre et brieveté, qu'avec bonne raison il peut estre appellé l'Herodote et le Pline de ce monde nouvellement descouvert» (*Histoire naturelle et moralle de Indes, tant orientalles qu'Occidentalles...* Composée en castillan...& traduite... par Robert Regnault... Derniere edition, reveuë & corrigée de nouveau. Paris: M. Orry, 1598). Las siguientes ediciones francesas son de 1600, 1606, 1616, 1617; y en el siglo XX, 1979 y 1989.

y elegante, y un candor y sencillez gustosa y dignamente loable en el modo de narrar y discurrir» (Prólogo del editor, s./p.). El propio Menéndez Pelayo —alérgico a los gustos ilustrados— destacaba estas cualidades en su informe a la Academia, entre todas las crónicas de Indias, cuando recomendaba la edición del siglo XIX:

> «su libro, considerado como composición literaria y como tipo muy original entre nuestras historias de Indias, a todas puede considerarse como necesario preámbulo… El libro del P. Acosta, que con sencilla ordenación y método lúcido incluye tantas curiosidades, ya del reino natural ya de la cultura americana que precedió al descubrimiento, puede considerarse como un aparato preliminar a ella, y en tal concepto ninguno de los publicados antes de fines del siglo XVI, y quizás ninguno de los que después se imprimieron en nuestra lengua puede substituirle, así por el interés constante de la exposición y elucidado de evitar cosas superfluas como por la castiza limpieza de estilo y la sencillez con que su autor narra las cosas más extraordinarias».[15]

b. La voluntad de ser creído. Entre la experiencia propia y la autoridad antigua

Siempre que puede, el autor ofrece su testimonio personal, el testimonio directo de un observador de primera línea («composée la plus grand´ parte a veue d'oeil», como destacaba el primer traductor francés), o da incluso la prueba de conocer su nombre genuino (averiguando si se trataba de un fenómeno familiar en el nuevo mundo— y por tanto con nombre propio— o por el contrario era importado). Muchos han creído necesario enfatizar su carácter empírico, y de hecho el autor se muestra siempre curioso del detalle en las novedades americanas, dispuesto a dar razón de cada fenómeno en sus propios términos, lo que parece digno de un hombre experimentado.

También es un carácter típico de los textos indianos este énfasis de pasar su autor por experimentado, como propio de cualquier otra literatura de viajero. Desde luego se trata, en este caso, de un hombre observador que va dejando huella de sus innumerables experiencias a lo largo del libro, tanto da si habla de montañas, ríos, volcanes, vientos, minas, eclipses, distancias y direcciones marinas, etc. No digamos nada cuando se trata de plantas, comidas y frutas, en lo cual revela —sin posible disimulo— el placer que le causaban los sabores del Nuevo Mundo (con alguna excepción rara, como el chocolate). Se ganó con mucho mérito propio la fama de goloso y glotón de que le acusaron sus enemigos al fin de sus días, y él mismo confiesa su naturaleza obesa llamándose a sí mismo «pesado» (por ejemplo, en el Memorial al papa de 1592).[16] El P. Marzal, en la biografía publicada recientemente en Lima, le ha hecho dibujar con una cara y cuello generoso.[17]

Pero, tal vez, no convenga exagerar su compromiso con el empirismo hasta el punto de convertirlo en un paradigma de la ciencia experimental.[18] A veces es, más bien, un hombre que quiere dejar testimonio de su paso por aquellas tierras, y de sus íntimas y personales sensaciones, que no pretenden abarcar todo. En cualquier caso, recogiendo algunas citas de su obra se nos revela su propia conciencia limitada de saber, en que se basa su experimentalismo moderado. Así, por lo que hace a su historia natural, declara al comienzo:

> «[…] porque tratar esto exactamente sería obra muy grande y que requiere mayor conocimiento que el mío y mucha más desocupación de la que tengo, digo que solamente pienso tratar sucintamente algunas cosas que por experiencia o por relación verdadera he considerado cerca de las tres cosas que he propuesto [minerales, plantas y animales], dejando para otros más curiosos y diligentes la averiguación más larga de estas materias» (IV, 1: «De los tres géneros de mixtos que se han de tratar en esta historia»).

Otra cita posible se refiere ya no a la historia natural sino a la otra, a sus indagaciones sobre los sistemas diversos de escritura hallados en las Indias (el quipu peruano, los jeroglifos mexicanos o sinojaponeses, los recitadores orales…), que resultan de indudable importancia en su esquema interpretativo ya que le permiten más o menos confianza testimonial en las propias historias indianas y, sobre todo, juzgar de la dignidad civil de cada cultura. Enfrentado a las dificultades de la escritura china, a lo que dedica varios capítulos en su libro VI (caps. 5 y 6), nos cuenta

[15] Madrid, informe de mayo de 1895, publicado en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 78 (1921), pp. 274-276.

[16] «Si llaman regalo no usar de algunas cosas que otros usan y relevarme de algunos trabajos de comunidad… o si padezco necesidad a ratos muy grande causada de indisposiciones que por largos trabajos he padecido… en las visitas de Andalucía, en que no he podido excusar de andar con alguna más comodidad de buenas bestias y dos compañeros, por ser yo pesado y padecer en los caminos mucho trabajo… ultra de ser de mío muy cargado y poco hábil para el camino» (Mateos, 1954, 372-373).

[17] *José de Acosta*, Lima, Colección Forjadores del Perú 1995.

[18] La profesora Monique Moustapha reaccionó a ese estereotipo que tenemos de él, tal vez con excesivo rigor, en su tesis doctoral inédita *Humanisme et Nouveau Monde. Études sur la pensée de José de Acosta.* Thèse présentée en vue de l'obtention du Doctorat d'Etat. 1989, 2 tomes. Université Sorbonne Nouvelle, Paris III.

cómo pudo verificar en persona su funcionamiento a la primera oportunidad —nada más toparse con el primer chino— al desembarcar a su llegada de Perú en el puerto mexicano de Guatulco:

> «Más dificultad tiene entender cómo pueden escribir en su lengua nombres propios, especialmente de extranjeros, pues son cosas que nunca vieron ni pudieron inventar figura para ellos: yo quise hacer experiencia de esto, hallándome en México con unos chinas, y pedí que escribiesen en su lengua esta proposición: «Josepf de Acosta ha venido del Pirú», u otra semejante» (VI, 5).

Sobre la importancia concedida a este asunto de las escrituras no fonéticas, en el caso de la escritura mexicana o peruana, da fe la carta que le escribió a su informante el P. Juan de Tovar —conservada junto con su respuesta y el códice Tovar en la biblioteca John Carter Brown, de Providencie (USA)— pidiéndole que le certificase cómo era posible que los mexicanos actuales conservasen en la memoria oraciones solemnes que acostumbraban en sus rituales y discursos, no teniendo posibilidad en su escritura de transcribirlos literalmente (puesto que su escritura no contenía «letras» sino signos de cosas): «A esta duda me satisfaga V. R. para que el gusto de esta *Historia* no se deshaga con la sospecha de no ser tan verdadera y cierta que se deba tener por historia».[19] La respuesta obtenida del P. Tovar la da él mismo, en su historia:

> «[…] porque sus figuras y caracteres no eran tan suficientes como nuestra escritura y letras, por eso no podían concordar tan puntualmente en las palabras sino solamente en lo sustancial de los conceptos. Mas, porque también usan referir de coro arengas y parlamentos que hacían los oradores y retóricos antiguos, y muchos cantares que componían sus poetas —lo cual era imposible aprenderse por aquellos hieroglíficos y caracteres— es de saber que tenían los mexicanos grande curiosidad en que los muchachos tomasen de memoria los dichos parlamentos y composiciones, y para esto tenían escuelas y como colegios o seminarios adonde los ancianos enseñaban a los mozos éstas y muchas otras cosas, que por tradición se conservan tan enteras como si hubiera escritura de ellas: especialmente las oraciones famosas hacían —a los muchachos que se imponían para ser retóricos y usar oficio de oradores— que las tomasen palabra por palabra. Y muchas de éstas, cuando vinieron los españoles y les enseñaron a escribir y leer nuestra letra, los mismos indios las escribieron, como lo testifican hombres graves que las leyeron. Y esto se dice porque quien en la historia mexicana leyere semejantes razonamientos largos y elegantes, creerá fácilmente que son inventados de los españoles, y no realmente referidos de los indios; mas, entendida la verdad, no dejará de dar el crédito que es razón a sus historias.
> También escribieron a su modo por imágenes y caracteres los mismos razonamientos: y yo he visto —para satisfacerme en esta parte— las oraciones del Páter noster y Ave María, y símbolo y la confesión general en el modo dicho de indios, y cierto se admirará cualquiera que lo viere» (VI, 7).

Bien se ve la importancia que tienen sus «experiencias» para, finalmente, certificarse a sí mismo y al lector de sus diversas afirmaciones. Ahora bien, nuestro autor no persigue solamente una certeza fáctica —física, material, cruda— en la existencia de los fenómenos como tales, debido a la extrañeza y novedad de su procedencia indiana. Lo que le preocupa más al autor normalmente son las interpretaciones acertadas que se hagan de los mismos, y a ello se refiere en la cita que hicimos de su Proemio, cuando señala lo que considera su «originalidad»:

> «hasta agora no he visto autor que trate de declarar las causas y razón de tales novedades y extrañezas de naturaleza, ni que haga discurso e inquisición en esta parte […] por ser cosas de naturaleza que salen de la filosofía antiguamente recibida y platicada: como es ser la región que llaman tórrida muy húmeda y en partes muy templada, llover en ella cuando el sol anda más cerca y otras cosas semejantes». (Proemio al lector.)

De otro lado, no depende su interés empírico solamente de sus preocupaciones científicas —«filosóficas», *lato sensu*— sino de su propia formación intelectual, como latinista. Tal vez no se ha insistido suficientemente en lo mucho que esta filosofía experimental depende de su formación clásica y, en general, de su formación humanista. Al lector le aparecerá esto evidente poco a poco, a medida que avance en la lectura de la obra, al ver a un autor tan interesado en hablarle de sus experiencias personales como recopilador y seguidor cuidadoso de las sentencias de los sabios antiguos. Como, por ejemplo, cuando confiesa su dependencia de Aristóteles:

> «Pero, agora sea así agora de otra manera (porque *no me determino a contradecir a Aristóteles,* si no es cosa muy cierta), al fin todos convienen en que la región media del aire es mucho

[19] Juan de Tovar, *Historia y creencias de los indios de México*. Edición, prólogo, notas y comentarios de José F. Fuente del Pilar… Madrid: Miraguano S.A. Ediciones, 2001, p. 55. De aquí tomamos la lámina 1, p. LVI.

más fría que la inferior, cercana a la tierra, como también la experiencia lo muestra» (II, 12, cursivas añadidas).

El testimonio que ofrece de sus observaciones de primera mano suele estar casi siempre «respaldado» por un paralelo correlato textual en el mundo antiguo o moderno, al que accede por sus reiteradas lecturas (sean bíblicas, patrísticas o clásicas, cuando no son de simple experiencia del Viejo Mundo). El lector quedará impresionado muchas veces no solamente por la anómala «convivencia» de frecuentes narraciones, sacadas del zurrón de la propia experiencia del autor, con las innumerables citas latinas que ofrece (clásicas, de los Santos Padres o bíblicas), sino además por su habilidad en sacar partido doble a cada uno de estos mundos, a uno con ayuda del otro. Sea que se trate de los métodos de extracción minera, del valor de las esmeraldas, de las características especiales de las plantas, o del valor de una institución humana del Nuevo Mundo (templos, rituales, sacrificios, gobierno, herencia, cómputos…) siempre saca partido el autor de su erudición inagotable sobre el mundo antiguo para interpretar las novedades adecuadamente: a veces es al contrario, la experiencia indiana reciente ilumina un punto oscuro del pasado. En realidad, no se trata de nada absolutamente nuevo, como ya lo dio a entender el P. Dainville al exponer el modo de proceder en la enseñanza «histórica» jesuita con «lecturas» clásicas: los alumnos jesuitas entendían las historias clásicas, en sus ejercicios de traducción, a veces con la ayuda de ejemplos recientes contados por las crónicas de Indias. Por otro lado, es evidente que los cronistas indianos en su mayor parte (especialmente los eruditos como Mártir, Zárate, Gómara o Acosta) no paraban de referirse a ejemplos del pasado para entender las novedades del presente.[20] Una cita del viejo maestro de historiadores J. A. Maravall nos recordará la lógica de este contrapunto, entre antigüedad y modernidad:

> «[…] lo que llama la atención es la constante presencia, en su recuerdo, del mundo de la Antigüedad y el vigor del mito clásico, aún en estos escritores que tratan de invalidarlo superponiendo el valor de las cosas americanas... Es una trasposición de los esquemas mentales con que se pensaban las cosas europeas, a las del nuevo mundo en lo que tal vez hay que ver la más colosal empresa intelectual española... Solo que su enérgico afán de hombres de la «modernidad», su vigoroso ethos renacentista, les impulsa a superar en todos los aspectos ese paradigma que les obsesiona».[21]

Pero no solamente ocurre esto en lo que se refiere a la historia natural, sino también en la moral. Al autor, para juzgar de las civilizaciones americanas, le da seguridad poder emplear el patrón clásico ya conocido, aunque sea para confirmar el mérito de las americanas. Valga como muestra de muchas otras citas posibles, su consciencia de que las sociedades americanas no eran inferiores a las antiguas del mundo clásico ni en religión ni en civilización, salvadas las distancias:

> «Si alguno se maravillare de algunos ritos y costumbres de los indios, y los despreciare por insipientes y necios o los detestare por inhumanos y diabólicos, mire que en los griegos y romanos que mandaron el mundo se hallan o los mismos u otros semejantes, y a veces peores, como podrá entender fácilmente no sólo de nuestros autores Eusebio Cesariense, Clemente Alejandrino, Teodoreto Cirense y otros, sino también de los mismos suyos, como son Plinio, Dionisio Halicarnaseo y Plutarco […]. Y en las más sabias repúblicas, como fueron la romana y la ateniense, vemos ignorancias dignas de risa, que cierto si las repúblicas de los mexicanos y de los incas se refirieran en tiempos de romanos o griegos, fueran sus leyes y gobierno estimado» (Prólogo a los libros siguientes, y libro VI, 1).

c. Indigenismo apologético y libertad de pensamiento

Podría hablarse en su caso enteramente de un indigenista (del «partido de los indios», como él se consideró en su tratado misional cuando quiso excusarse de su rigor, por exigir la fe concreta en el dogma cristiano del nativo para salvarse, en contra de la escuela de Salamanca),[22] pero se trata un indigenismo que quiere lograr la aprobación del hombre de letras europeo y, sobre todo, la confianza en su segura y posible salvación religiosa, sin dramatizar como el P. La Casas.

[20] He tratado este asunto con más detenimiento en mi articulo «Humanismo clasicista mediterráneo y concepción antropológica del mundo: el caso de los jesuitas», *Revista Hispania* (Madrid, CSIC), 1996, nº 192, pp. 29-50. Véase de F. Dainville, «L'enseignement de l'Histoire et de la Géographie et la «Ratio Studiorum», *Analecta Gregoriana* (Roma), vol LXX, 1954, pp. 126 y 129.

[21] José A. Maravall, *Antiguos y Modernos. La idea del progreso en el desarrollo inicial de una sociedad.* Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, pp. 438-439. En esta obra se dedica un capítulo a la conexión entre lo clásico y lo americano en la España del momento.

[22] Justamente, en el cap. III del libro V del tratado misional, aquel donde Acosta defiende la necesidad del mensaje evangélico para salvar a los indios, contra sus maestros dominicos de la Escuela de Salamanca, el autor demuestra paradójicamente la raíz amorosa de sus escrúpulos: «Bien a gusto haría mía la defensa que estos autores montan en pro de la salvación de los indios, sobre todo porque me proclamo especialmente adicto a la causa de los indios» (1987: 193).

En su programa indigenista cabe la posibilidad de llegar a acuerdos con la sociedad imperial cristiana: denuncia sus abusos evidentes, a veces con dramatismo incluso, pero su programa político tolera la codicia limitada y controlada de los conquistadores, ya que ve en ello un secreto plan divino para traer la civilización al Nuevo Mundo. Nuestro autor procede en materias de gobierno sin ceder a utopías (varias veces en su texto histórico se burla de los programas políticos inspirados por Platón),[23] no esperando lo que no es previsible esperar de la conducta humana ordinaria: al contrario, cree que es posible aprovecharse de los pecados y vicios privados, en beneficio de la salud pública y de los marginados, (según el programa luego exitoso de los moralistas escoceses del tipo de A. Smith, o Lord Greshan, que crean la moderna Economía Política).

Pero esta moderación indigenista no le limita a veces su expresión indignada ante los abusos que contempla. Él es un digno comunero castellano que denuncia la tiranía dentro de la sociedad, como hizo con el virrey Toledo, con los conquistadores y con su propio prepósito, el P. Acquaviva. Véase por ejemplo alguna frase de su tratado misional, que debió ser limada por la censura jesuita, antes de su publicación, por sus ribetes lascasianos:

> «La rudeza de los bárbaros procede no tanto de la naturaleza cuanto de la educación y las costumbres […] Reprenden algunos la naturaleza y las costumbres de los bárbaros, pero ellos no se preocupan más que de hacer uso de los siervos para su propio beneficio particular [...] ¿Por qué alegas, pues, que esos hombres criados como ganado no son aptos para recibir la doctrina de la fe? Si tú mismo hubieras tenido la misma formación, pregunto ¿qué diferencia habría entre ellos y tú?».[24]

Hay párrafos varios de este mismo tipo, algo sarcástico, en la *Historia* cuando describe la industria de las perlas en las Antillas o de la plata en Potosí; o cuando reprueba la quema de códices mayas por los españoles, y concluye que no es un comportamiento excepcional, pero es condenable:

> «Lo mismo ha acaecido en otras cosas: que, pensando los nuestros que todo es superstición, han perdido muchas memorias de cosas antiguas y ocultas que pudieran no poco aprovechar. Esto sucede de un celo necio que, sin saber ni aún querer saber las cosas de los indios, a carga cerrada d*icen que todas son hechicerías y que éstos son todos unos borrachos,* que ¿qué pueden saber ni entender?» (VI, 7, cursivas añadidas).

Unos capítulos antes vuelve a usar un tono lascasiano cuando, queriendo justificar el interés de su historia, dice que la escribe para contrarrestar

> «la falsa opinión que, comúnmente, se tiene dellos como de gente bruta y bestial y sin entendimiento, o tan corto que apenas merece el nombre. Del cual engaño se sigue hacerles muchos y muy notables agravios, *sirviéndose dellos poco menos que de animales,* y despreciando cualquier género de respeto que se les tenga» (VI, 1, cursivas añadidas).

Pero, en la práctica su estilo es normalmente más moderado. Él reclama una autonomía política del lado de los gobernados, pero no le gustan las proclamas libertarias radicales (así se deduce de sus actuaciones inquisitoriales, de su defensa de los mestizos y de su propio comportamiento en el *affaire* de los jesuitas memorialistas, aunque sus superiores no le entendieron bien, creyéndole más bien su pregonero). Pero menos le entienden hoy los lascasistas indigenistas, considerándole el prototipo del abogado del imperio hispano (Vidal Abril, Gustavo Gutiérrez, Jacques Lafaye, David Brading, Walter Mignolo…), que se opone a los intereses criollos, y expresa su mala opinión de la sociedad amerindia.[25] Por todos ellos podemos tomar la declaración de D. Brading en su conocida obra de conjunto, cuando cree ajustar las cuentas con la obra de Acosta (a quien ha colocado en el bando imperial, enfrentado a los criollos), diciendo que su libro V sobre la civilización contiene los mismos desfavorables juicios acerca de las sociedades estudiadas, fundamentalmente mexicas e incas, que el religioso: «El análisis del gobierno y ley de los indios está presidido por el mismo enfoque desfavorable [...todo lo cual expresa] la subordinación de los intereses religiosos y humanitarios de Acosta a la conveniencia política».[26]

Para nosotros, se trata más bien de otro autor —no de Acosta, desde luego— el personaje que describe Brading, quien más bien aplica a las cosas peruanas sus estereotipos mexicanos, algo más maniqueos que los peruanos en lo que respecta a las dos repúblicas, la española y la india (lo mismo ocurre con otros personajes, como el inca Garcilaso). Acosta debe ser considerado, en gran parte de su personalidad

[23] Véanse las muchas alusiones dudosas en el libro I y II, como cuando dice «Yo, por decir verdad, no tengo tanta reverencia a Platón, por más que le llamen divino» (en el I, 22). O en el IV, 8 del tratado misional, se expresa así de los utópicos: «a semejanza de la república de Platón, fabrican leyes que son solo palabras, cosa fácil; mas que si se llevan a la práctica son una fábula.»

[24] *De Procuranda Indorum salute*, libro I, Cap. 8, tomado de Pereña, 1984, tomo I.

[25] Tomo aquí algunas ideas expuestas antes, Del Pino 2002a.

[26] Brading, *Orbe indiano*. México, F.C.E, 1991, pp. 217-218.

intelectual, más bien como alguien que respira buen humor e ironía por sus cuatro costados, al mismo tiempo que sentido común, y no tiene la rigidez moral del obispo las Casas. Acosta emplea el color matizado para describir las diferencias y contrastes, y no siempre el blanco y negro —o el rojo intenso— del «abogado de los indios». El sabor que dejan en el lector ambas historias de Acosta —la natural y la moral, especialmente la primera— es el de un mundo agradable de visitar, un mundo divertido —como diría un «bon vivant», adjetivo que yo le concedería de buena gana— no el de un infierno/paraíso, un poco acartonado y teatral, que es la impresión que deja mi paisano Las Casas. Hay efectivamente algo de eterna prédica en su prosa, que la hace indigesta y —a ratos— aburrida (sobre todo en su *Apologética* y en sus tratados indigenistas, no tanto en *Historia de las Indias*).[27] Con Acosta aún no he logrado aburrirme, tras tantos años de lectura. Tal vez se deba a nuestra cercanía de puntos de vista, pero creo que influyen otros factores más generales, dado su éxito generalizado.

Pero tal vez para desmantelar esa supuesta *coherencia* imperial del P. Acosta, sugerida por los autores lascasistas, basten ahora sólo algunas declaraciones del propio autor. Al contrario que el libro V sobre la religión, lleno de cuidados y precauciones ante la censura inquisitorial, el libro VI es un análisis minucioso —y hasta entusiasta, a decir verdad— de los logros de la civilización indígena americana, tomando en su ayuda todas las noticias a su alcance, incluyendo dos capítulos enteros sobre la cultura china. Cuando comienza a hablar de la cultura amerindia no religiosa, desde el principio llama Acosta ignorantes a los que la desprecian: son los de siempre, dice, «los que piensan que saben mucho, que son de ordinario más necios y más confiados de sí» (VI, 1). Contra ellos totalmente piensan los informantes que ha usado (Polo y Tovar, y otros): «Los hombres más curiosos y sabios que han penetrado y alcanzado sus secretos, su estado y gobierno antiguo, muy de otra suerte lo juzgan, maravillándose que había tanto orden y razón entre ellos». Y vuelve a compararlos con los clásicos europeos, pero con una lucidez histórica que asombra: «si las repúblicas de los mexicanos y de los ingas se refirieran en tiempos de romanos y griegos, fueran sus leyes y gobierno estimados» (VI, 1). Y su método aculturador no es el de tabla rasa —contra la idea a veces expresada por expertos (Ricard, sobre todo: otro mexicanista)— sino el del control indirecto y la adaptación cultural, que se trasluce en toda su obra para quien lo quiera entender. Así, cuando enumera sus intenciones científicas para escribir su historia, resultan admirables para cualquier lector de hoy:

> «[Además de] deshacer la falsa opinión que comúnmente se tiene de ellos como de gente bruta, bestial y sin entendimiento [...] el otro fin que puede conseguirse con la noticia de las leyes y costumbres y policía de los indios es ayudarles y regirles por ellas mismas [...] que son como sus leyes municipales. Por cuya ignorancia se han cometido yerros de no poca consideración [...] Que, demás de ser agravio y sinrazón que se les hace, es en gran daño por tenernos aborrecidos [...]» (VI, 1, cursivas añadidas).

Yo me pregunto si estas frases del autor permiten los juicios apodícticos de Brading, escritos *qua* historiador profesional. Más que un escritor imperial, creo que Acosta merece el título de apologeta del Nuevo Mundo, tanto como las Casas; pero en Las Casas hay más alabanzas edulcoradas: todos los climas americanos son excelentes como todos los físicos humanos y todos los niveles culturales (unos por simples y otros por complejos, etc.). Acosta, por su lado, no ve una relación unívoca entre el medio ambiente y la sociedad humana, sino múltiple (por ello le destacó tanto como precursor de la «Física global» que patrocinaba, su lector Alejandro de Humboldt). Admira unas cosas y otras cosas no, a unas más que a otras, y a cada una por una razón, lo que termina por conducirnos a su sincera opinión, a una confesión autobiográfica, lo que produce en general una seducción, de naturaleza posiblemente retórica... Espigaremos, pues, algunas citas del campo natural y del moral, por atenernos a su modelo histórico. Así, por ejemplo, cuando quiere ponderar la buena influencia climática sobre la flora, apunta una idea luminosa:

> «Hay gran número de árboles que sola la naturaleza los ha producido. De éstos me doy a entender que en el nuevo orbe (que llamamos Indias) es mucho mayor la copia, así en número como diferencias, que no en el orbe antiguo [...] La razón es de ser las Indias de temple cálido y húmedo (como está mostrado en el libro segundo, contra la opinión de los antiguos) [...] de ahí proviene que las tierras de montañas [es decir, selvas] producen infinita arboleda, y las de campiña, que llaman sabana, infinita hierba» (IV, 30).

Está hablando de la cuenca del Amazonas y de las pampas argentinas, descubiertas desde el Perú, su tierra de arraigo como visitante prolongado. Esta naturaleza tropical no

[27] Ha contribuido a que regrese mi interés por la *Apologética* la excelente edición emprendida por Vidal Abril y un equipo de jóvenes investigadores conformado entonces, dentro de las *Obras completas de Fr. Bartolomé de las Casas* (tomos 6-8) dirigida en Alianza Editorial por Paulino Castañeda, Madrid, 1992.

deja de ser variada en sus manos, y eso produce para el autor efectos sobre las raíces cultivadas, más abundantes que en el Viejo Mundo. Como consecuencia de tanta variedad de temples, hay muchos productos medicinales «de que ninguna noticia tuvieron los antiguos de Europa», y cuya eficacia como drogas «bien aplicadas y a tiempo no las tienen por de menor eficacia que las drogas que vienen de Oriente» (IV, 29). El temple produce otra diferencia entre las Indias y Europa, que en general acepta mejor las plantas de Europa que al contrario, y ello produce una «disputa del Nuevo Mundo», que se culmina con un «empate» natural, inimaginable para Buffon:

> «Mejor han sido pagadas las Indias en lo que toca a plantas que en otras mercaderías: porque las que han venido de España son pocas y danse mal, las que han pasado de España son muchas y danse bien. No sé si digamos que lo hace la bondad de las plantas para dar la gloria a lo de acá, o si digamos que lo hace la tierra para que sea gloria de allá» (IV, 31).

En esta labor apologética del Nuevo Mundo emplea incluso sus saberes bíblicos para ello, no solamente su experiencia culinaria —que no es breve— o sus lecturas clásicas. Así, en el libro II en que define la zona tropical —o equinoccial, como dice otras veces al modo de Humboldt— comenta la posible situación del Paraíso Terrenal, en lo que se venía insistiendo desde Colón (por razones muy diversas, desde el encantamiento ecológico del verde inextinguible del trópico para hombres mediterráneos, hasta la apología interesada y propagandista). Pero la incertidumbre o duda con que nos lo dice, lo hace más creíble:

> «No parece que iban muy fuera de camino los que dijeron que el paraíso terrestre estaba debajo de la equinoccial, si no les engañara su razón, que para ser aquella región muy templada, les parecía bastante el ser allí los días y noches iguales [...] Si guiaran su opinión por aquí, los que dicen que el Paraíso Terrenal está por debajo de la Equinoccial [Luis Vives], aún parece que llevaran algún camino [...] porque, si algún paraíso se puede decir en la tierra, es donde se goza un temple tan suave y apacible [...]» (II, 13, 14).

En cuanto a la apología cultural de las gentes americanas —ya no de las cosas naturales— hay también cientos de pruebas donde verla, pero bastarán igualmente unas pocas en honor de la brevedad. Hablando de la escritura, no puede menos de notar que la escritura no alfabética es más bien *pintura* que no escritura, y que expresa los conceptos con más dificultad, aunque libre de las trabas ínter lingüísticas. Sin embargo, encuentra modo de ensalzar el ingenio americano en los jeroglíficos mexicanos, exhibiendo eruditamente una visión comparada de todas las «escrituras» existentes a la luz de lo cual resalta mejor la originalidad mexicana:

> «Los latinos y griegos escribieron de la parte izquierda a la derecha [...] Los hebreos, al contrario [...] Los chinos no escriben ni como los griegos ni como los hebreos, sino de alto abajo [...] Los de México, por la misma razón no escribían en renglón de un lado a otro, sino al revés de los chinos, comenzando de abajo iban subiendo [...] aunque cuando escribían en sus ruedas o signos comenzaban de en medio, donde pintaban al sol, y de allí iban subiendo por sus años hasta la vuelta de la rueda. Finalmente, todas cuatro diferencias se hallan en escrituras... que *tal es la diversidad de los ingenios de los hombres»* (VI, 9, cursivas añadidas).

Creo que no cabe un modo de expresarse un teólogo escolástico que más se aproxime a lo que hoy valoramos como moderno y plural. Emplea muchas veces esta conclusión sobre la «diversidad de ingenios» para fundar la variedad cultural sobre la tierra, incluso más que la variedad del medio natural. Cuando habla de los modos de contabilizar y guardar los peruanos sus memorias de sucesos (con cuentas de maíz o ábacos, y con hilos o *quipus*), tras describir minuciosamente sus recuerdos personales, concluye sobre su ingenio: «en aquello a que se aplican nos hacen grandes ventajas» (VI, 8). Si habla de edificios, señala la ausencia de arcos y de puentes de piedra, pero luego destaca el valor de su monumentalidad y ajuste entre piedras y del ingenio de los puentes de juncos sobre ríos profundos, que eran mejor que el de Triana sobre barcas:

> «El ingenio e industria de los indios halló cómo hacer puente muy firme y muy segura, siendo solo de paja, que parece fábula y es verdad [...] pues con cosa tan fácil hacen mejor y más segura puente que es la de barcos de Sevilla a Triana» (VI, 14).

Cuando describe el sistema de gobierno incaico, ocupando siempre a los indios y previendo todas las opciones posibles, comenta que para ellos es lo mejor. Cuando se ocupa del sistema tributario incaico (que consiste en el requerimiento de trabajos, no en bienes propios o bienes de producción, como en el sistema europeo es la tierra o los ganados), que les permitía producir para ellos mismos y libraba a los enfermos, niños y viejos, exclama enfervorizado:

> «Ningún hombre de consideración habrá que no se admire de tan notable y próvido gobierno pues, sin ser religiosos ni

> cristianos, los indios en su manera guardaban aquella tan alta perfección de no tener cosa propia y proveer a todos lo necesario, y sustentar tan copiosamente las cosas de su religión y las de su rey y señor» (VI, 15).

Hemos llegado con el caso incaico a la admiración utópica que los ilustrados detectaron en los jesuitas, por lo cual Raynal confesaba respetarlos, al aplicar las enseñanzas incaicas con sus experimentos en Paraguay.[28] Lo mismo admira Acosta al pueblo mexicano, y cuando se ocupa *in extenso* del códice Tovar y su minuciosa historia del Valle de México (que, según Lafaye, no le interesaba mucho) siempre lo hace comparando positivamente con el Viejo Mundo. Al modo de coronar al rey, tras el juramento, lo admira porque «tiene semejanza a la corona de la Señoría de Venecia» (VII, 8). Si se ocupa de las tiranías de los primeros reyes (lo que Brading ve indicativo de sus prejuicios etnocéntricos) los disculpa:

> «porque entre bárbaros fue siempre así, que cuanto ha sido el poder tanto ha sido el mandar. Y aún en nuestras historias de España, en algunos reyes antiguos, se halla el modo de reinar que estos tepanecas usaron; y aún los primeros reyes de los romanos fueron así» (VII, 11).

No es extraño que Acosta fuese seguido y leído multitudinariamente, tanto por misioneros como por naturalistas y filósofos, y tanto por hombres barrocos e ilustrados de Europa como por los criollos. Yo he podido constatar una larga lista de historiadores que siguieron su estela histórico-naturalista (imperiales y criollos) hasta el punto de poderse decir que con el P. Acosta se inicia una escuela, un canon: describir cada país de acuerdo a un patrón uniforme que obliga a inventariar los fenómenos del mundo natural (clima y corografía —o descripción puntual de la tierra—, minerales, plantas, animales) y el mundo moral (hombres naturales y hombres civilizados, hasta la llegada de la acción cristiana y occidental) como si se tratara de una cadena. La «cadena del ser» la ha llamado Arthur Lovejoy, intentando seguir la pista a un grupo de pensadores que se inicia con Aristóteles, pero que se constituye como tal con la escolástica nueva (iniciada con Santo Tomás, pero renovada con el impulso del P. Vitoria y los jesuitas renacentistas), y llega hasta el propio Humboldt, a mediados del siglo XIX.

d. Las materias idolátricas americanas y la edición vernacular de materias de fe

Como se ve, es fácil probar la vena apologista de Acosta en el tratamiento del mundo natural y moral porque, en ese terreno laico, toda la Escuela de Salamanca estaba de acuerdo en que el orbe cristiano podía respetarlo completamente, no estorbando a la fe. En cuanto a las materias de fe creo que es donde más dificultad tenemos de entender la tolerancia misionera, en sus diversas estrategias ante los diversos pueblos. Ya hemos tratado de comparar las posibles diferencias que establecen los expertos, en otra ocasión: no vamos a repetir otra vez los mismos argumentos, dados antes, para valorar la estrategia diferencial de Acosta con pueblos diferentes (a los que divide en el proemio a su tratado misional en salvajes, bárbaros y civilizados, y a los que vuelve a referirse a todo lo largo de su *Historia*, distinguiendo de todos los demás a los mexicanos e incas).[29] Pero lo que creo más interesante de percibir ahora es la diferencia de estilo que tienen a este respecto las diferentes órdenes religiosas, las cuales solemos tratar sin respeto de sus propias tradiciones intelectuales, contra la propuesta que hizo hace tiempo el geógrafo Horacio Capel.[30] No sólo se piensa ya entonces en la diferencia cultural, ante un mundo que se hace progresivamente más amplio, sino que se hace de modo diferente entre distintos colectivos.

Los que le llaman «imperialista» a nuestro autor subrayan su afición desmedida a las tesis inquisitoriales, y sus reiteradas referencias del demonio en el libro V, no entendiendo

[28] Sobre las relaciones entre jesuitas e ilustrados se ha escrito mucho, y son muy complejas a lo largo del tiempo y de los círculos intelectuales en diversas naciones. Interesante para estas diferencias el estudio minucioso del caso francés, por Catherine Northeast, *The Parisian Jesuits and the Enlightenment, 1700-1762*. Colección *Studies on Voltaire and the Enlightenment*, nº 288. London, 1991. En cuanto a las relaciones estrechas de tipo etnográfico entre jesuitas y filósofos franceses, merece leerse detenidamente el conocido libro de Michèle Duchet, traducido como *Antropología e Historia en el siglo de las Luces.* Madrid: siglo XXI, 1975. Su comparación con el caso español y portugués (los tres países que procedieron a su expulsión con pocos años de diferencia), o de otras monarquías europeas como la rusa o la prusiana (que no solo no les expulsaron sino que les acogieron como «filósofos» de nuevo cuño) daría mucha luz al problema, y afectaría tal vez a la historia intelectual y de la Etnografía europea.

[29] Cf. Del Pino 1978, mi primer trabajo sobre el P. Acosta, donde desarrollé las sugerencias del arqueólogo J. H. Rowe (1966), que ubicaba este esquema evolucionista en el tratado misional: su proemio y el tratadito *De Natura Novi orbis* que le acompañaba, traducido por el autor como libros I y II, cuyo cap. 25 recogía el esquema evolucionista. Yo localicé este esquema evolucionista entonces (y en mi ensayo de 1992a) más bien en los libros de Historia moral (11 y 19 del VI, y 2 y 3 del VII), claramente precursor de la teoría antropológica del siglo XIX; pero discutí entonces que hubiese evolucionismo biológico alguno en Acosta, siendo él partidario en ese campo de un esquema difusionista (que explicaría las especies del Viejo al N. Mundo como partes de un mismo origen creativo, a pesar de sus dudas sobre el diluvio y las irresolubles diferencias específicas entre los animales y plantas de ambos hemisferios).

[30] *La Física sagrada: creencias religiosas y teorías científicas en los orígenes de la geomorfología española. Siglos XVII-XVIII*. Barcelona, Ed. Serbal, 1983.

su «mundanidad» en la historia natural sino como una actitud «cínica», de doble verdad, de estrabismo —así lo he oído calificar recientemente a un supuesto experto en historia religiosa—. Pero no se trata de que entonces unos acertaran y otros no, o que unos fueran «sinceros» y otros «cínicos», sino de una diferente orientación temática o cultural o —si se quiere— de una diferente cultura. Cada orden religiosa tiene sus propias pautas «intelectuales», y por ellas —no por otras— hay que medirlos a todos. Ante todo, nos debemos remontar brevemente a la diferencia intelectual entre la Compañía y otras órdenes religiosas igualmente universitarias (nos referimos principalmente a los agustinos, y sobre todo a los dominicos), para intentar marcar la peculiaridad jesuita de su énfasis en la teoría del libre arbitrio, apoyada en la doctrina aristotélica defendida en la *Ética a Nicómaco*: es decir en el énfasis de la diferencia entre el hombre y los animales, a causa de su libertad moral. Los dominicos, más que los agustinos, cuestionaban las tesis molinistas (Luis de Molina, SJ.) como poco ortodoxas, no suficientemente respetuosas del peso del Demonio en la historia de la salvación del hombre: ellos cuestionaban también que los jesuitas pudieran leer libros prohibidos, que perdonasen a sus fieles de pecados de excomunión, que interpretasen la Biblia de acuerdo a la Vulgata (pero ya complementada por los originales judíos, que estudiaban con mucha atención los protestantes), o sobre todo que tradujesen éstos al idioma vernáculo.

En función de esa sagrada libertad del hombre ante el destino, bastaba para los jesuitas la ayuda divina obtenida por un hombre dotado de todas sus capacidades para superar al Demonio. Había solamente que reforzar para ello esas capacidades humanas, el control de sí mismo, y ejercitar la relación directa con Dios. Los jesuitas eran llamados con frecuencia —por esa «estrategia» confiada, sobre todo— a actuar de exorcistas en los casos de endemoniados, y en los juicios contra las brujas también se caracterizaron por extremar la benevolencia contra las acusadas, conscientes del substrato humano que las creaba (hambrunas, desgracias, odios, etc.), frente a los dominicos y especialmente frente a los franciscanos,[31] más partidarios del rigor. Así que la obsesión con el terrible e insuperable demonio (en las meditaciones y ejercicios espirituales, en las representaciones teatrales o pictóricas, etc.) no formaba parte de la cultura jesuita, quien aparecía como una figura histórica sometida, a Dios y al creyente confiado y voluntarioso.

Los jesuitas, quinta columna del papa desde su fundación, tenían por otra parte unos privilegios eclesiales que los Dominicos —antigua mano derecha del Papa, que les entregó el control inquisitorial— soportaban mal, y coadyuvaban a que la Inquisición se defendiese en España de sus privilegios: precisamente el affaire contemporáneo de los jesuitas «memorialistas» en los años «80 —quejándose al Rey español del control excesivo del prepósito jesuita de Roma sobre sus vidas, Claudio Acquaviva, contra las tradiciones implantadas por anteriores generales españoles (Ignacio, Laínez, Borja)— dio ocasión a que Acosta tuviera que intervenir en la disputa entre la Inquisición y la Compañía, aconsejando aceptar las propuestas españolas para no verse intervenidos (renunciando a algunas). Como vimos en su biografía, Acosta había actuado ya en Perú en el tribunal inquisitorial que juzgó y condenó a muerte en los 70 al dominico Fr. Francisco de la Cruz, y encausó también a varios jesuitas por delitos de solicitación y dudas morales sobre la conquista y los modos de evangelizar. Igualmente se comportó Acosta siempre en Madrid, Valladolid y Salamanca: en estrecha colaboración con la Inquisición y la orden dominica, que le invitaba a predicar en sus iglesias el día de Santo Tomás, y oponiéndose a las posiciones extremistas molinistas en Salamanca, bajo su rectorado. Acosta era un puente útil entre dominicos y jesuitas, aunque su actitud era susceptible de ambigüedades.

De otra parte, las materias idolátricas caían bajo la vigilancia inquisitorial y, junto con la traducción vernacular de la Biblia, estaba muy vigilada la publicación sobre materias de fe. La mayor parte de las investigaciones idolátricas llevadas a cabo por los religiosos en la Nueva España (Sahagún, Landa, Tovar, Olmos, etc.) quedaban sujetas a estricto control, no prohibidas taxativamente como se ha dado a entender: ante las discusiones sostenidas dentro de la orden franciscana sobre los trabajos de Sahagún, la reacción real fue mandar recoger los originales, para evitar su publicación en México. De hecho, el permiso para usar la imprenta en el Nuevo Mundo se redujo a los materiales evangélicos, y ello debido a la necesidad de hacerlo bajo su supervisión, sobre todo por el uso de traducciones a lenguas indígenas. El permiso real concedido para editar el Tercer Concilio Limeño promovió por fin el uso de la imprenta en Sudamérica, y la publicación de materiales conciliares (catecismos, doctrinas, confesionarios, gramáticas) pero bajo estricto control de la Audiencia, del obispo y del P. Acosta, en nombre del concilio. Los materiales publicados en Lima contenían informes idolátricos, pero se atenían al informe de especialistas (Polo de Ondegardo), lo mismo que la traducción al quechua y aymara de los materiales conciliares: se evitaba el uso de términos indígenas para figuras del panteón cristiano, substituidos por términos

[31] Véase Fernando Cervantes, *op. cit.* en nota 2, o los muchos estudios sobre las brujas de Zumarragurdi, en especial de J. Caro Baroja.

cristianos, para no dar lugar a supervivencias idolátricas, aunque el asunto dio lugar a múltiples discusiones entre entendidos.[32] El aprendizaje de latín para los nobles indígenas promovido por franciscanos en Tlatelolco —y proseguido por jesuitas en la Nueva España y Perú— fue cuestionado por muchos españoles temiendo fuesen motivo de usos contestatarios, o incluso heréticos. Acosta aprendería en carne ajena y propia la necesidad de la prudencia, a la hora de incorporar a la élite indígena a la sociedad cristiana.

Acosta logró pasar la censura de su tratado misional de 1588, dedicado al rey Felipe II, eliminando algunas críticas incluidas al comportamiento de los españoles y, animado por el éxito obtenido, decidió dedicar luego su historia indiana a la hija predilecta del Rey, Isabel Clara Eugenia: también dedicó al príncipe Felipe una traducción de la «Ciropedia» de Jenofonte. Lograba así su historia indiana ser casi el único de los informes etnográficos sobre idolatrías americanas publicado en su tiempo: algún texto histórico peruano como el de Zárate sufrió en su segunda edición una amputación de los materiales mitológicos recogidos en la primera edición, aunque entusiasmaron al sabio Páez de Castro. Acosta participaba en parte de este entusiasmo humanístico temprano: así, por ejemplo, se permitió incluir en su historia indiana algunas traducciones vernaculares de la Biblia que sobrepasaban la versión Vulgata, citando ediciones críticas de Fr. Luis y Arias Montano, y diciendo en algún caso que su maestro de hebreo era discípulo de Francis Watebled (cuestionado en el affaire del profesor Castro de Salamanca contra Fr. Luis, por reclamar la consulta de los originales rabínicos). Acosta se permite también opinar en algún momento que esta polémica de la Biblia sobre la antigua historia (que afectaba a la asociación entre historia bíblica y americana, y que el autor cuestionaba contra Arias Montano y otros) «tocaba a pericia de lenguas» (I, 13-15), no al dogma. Naturalmente, en sus traducciones bíblicas no suele decir siempre que emplea diferentes versiones a la Vulgata, pero es evidente muchas veces (y procuramos destacarlo nosotros).

Nuestra propuesta intelectual tiene consecuencias claras sobre la redacción del libro V,[33] que ahora se edita. Es evidente a todo lector atento que el tono del libro V difiere un poco del resto de los libros de la HNMI: cuando menciona la palabra «religión» añade sistemáticamente «o por mejor decir idolatría, o superstición«, mientras que ese término es usado libremente en el libro, incluso en el inmediato cap. I del libro VI, nada más terminar los 31 capítulos religiosos. El «demonio» sale con una inesperada asiduidad a lo largo del libro religioso, e incluso su nombre es empleado 9 veces en los títulos de capítulos (sin embargo, no aparece nunca más en los demás títulos de la obra). Por cierto, que las frecuentes comparaciones y similitudes suyas entre el ritual católico romano y el mexicano tuvieron consecuencias en alguna de sus versiones extranjeras: como en la traducción italiana que elimina párrafos e incluso algún capítulo del libro, advirtiendo al final que lo hace el traductor «por consejo de los superiores».

El tono de las reiteradas referencias demoníacas a lo largo del libro es relativamente variado, admitiendo varios sentidos de la figura demoníaca: ante todo, es el causante de las imitaciones chocantes y sistemáticas entre el ritual cristiano y el idolátrico en América, especialmente en Nueva España, o México: esta imitación demoníaca se debe a la envidia que tiene de Dios, en todo momento. En segundo lugar, el demonio es reconocible porque sus acciones son todas sucias, y en tercer lugar porque engaña al hombre. El autor sopesa en algún momento cierta contradicción entre los varios sentidos de la figura (envidioso imitador, sucio y mentiroso), como cuando resulta ser el creador de rituales relacionados con las monjas —caracterizadas por la limpieza y belleza— queriendo imitar a Dios, a pesar de que debiera dejar la firma de su suciedad tras él (V, 15).

Ahora bien, en todos los casos que aparece el Demonio, su figura no llega a hacer daño a los hombres, si éstos se confían a Dios y se resisten: esa garantía no estaba en manos de los idólatras americanos, que por ello necesitan ser evangelizados para salvarse y librarse de su poder nefasto. Incluso, en este caso, el Demonio ha hecho una labor positiva a la evangelización al haberle enseñado cosas difíciles de entender, que han preparado a los idólatras a entender misterios como la Trinidad, y sobre todo, a servir a señores sin cuestionar las órdenes. Justo donde el demonio ha dominado más ha sido en las sociedades más civilizadas, y tal vez por ello son las más fáciles de evangelizar (VII, 28). En algún momento, toma del abogado Polo el argumento de que los más civilizados aceptan la obediencia de los nuevos señores cristianos porque ya conocían las obligaciones derivadas del señorío, como tal (reflexión que a nivel laico había hecho anteriormente Cieza de León, comparando el distinto perfil de incas —fáciles de vencer— y popayanos,

[32] El clérigo Bartolomé Álvarez dedica varios capítulos de su libro, enviado a la Inquisición central de España, a criticar las traducciones del III concilio limense, así como la capacidad lingüística de los jesuitas, y tiene varias referencias críticas al P. Acosta, por su excesiva confianza en la conversión de los indios. Cf. Del Pino-1998.

[33] Hemos adelantado parte de esta tesis en Del Pino 1997, 1999 y especialmente en 2002b, un amplio monográfico dedicado a la figura del Demonio en el viejo y el Nuevo Mundo, en varias épocas y órdenes religiosas. Recogeremos aquí una versión abreviada, en cuanto afecta al modo de editar este libro V.

nunca vencibles). Pero Acosta emplea esta diferencia de comportamiento bélico para decir que hay una causa providencial, porque no entiende del todo cómo pueden ser más fáciles de vencer los más preparados, los incas (VII, 28).

De cualquier modo, la presencia del Demonio resulta apabullante en el libro V, no solamente en los títulos. Hay incluso cuatro capítulos de éstos que no son para nada informativos, sino meramente reflexivos: «Que la causa de la idolatría ha sido la soberbia y envidia del demonio» (c. 1); «De cómo el demonio ha procurado asemejarse a Dios en el modo de sacrificios y religión y sacramentos» (c. 11); «Cómo ya los mismos indios estaban cansados, y no podían sufrir las crueldades de sus dioses» (c. 22); y «Qué provecho se ha de sacar de la relación de las supersticiones de los indios» (c. 31). 1, 11, 22 y 31. Son casi justamente los números que inician cada decena de capítulos: lo que no deja de tener su utilidad para crear una impresión general de ortodoxia, en todo el libro. Curiosamente, todos ellos cuatro tratan de asuntos que no son descriptivos, como es la norma en todo el libro V —y en todo el volumen, como regla general—, lo que denuncia su naturaleza artificiosa. En conjunto, se trata de una obra eminentemente descriptiva, excepto ciertos fragmentos en forma de introducciones previamente incorporadas (Proemio, Nota tras el libro II, Nota a los libros siguientes…)

En principio, no deberíamos extrañarnos de esta cita reiterada del Demonio en un religioso de la Contrarreforma, y especialmente jesuita. Pero el autor no lo hace en toda la obra, en la cual da múltiples señales de «espíritu mundano» y de interés por el «lado natural» de todas las cosas, incluso las divinas —si cabe decir así de sus dudas sobre verdades bíblicas como el diluvio universal, el origen bíblico de todas las plantas y animales americanos, la explicación tomista o aristotélica de las leyes naturales, como la temperatura relativa según la altura, etc.—. Este *naturalismo* es el sentido dominante en esta obra de «historia natural y moral», que inaugura este modelo descriptivo, tan típico de la Ilustración jesuita (Gumilla, Clavigero, Velasco, Molina, Sánchez Labrador, etc.) ¿Cómo es posible, pues, que realice en este libro V —sobre la religión de México y Perú— esta operación tan llamativa de «énfasis» preventivo sobre una figura «religiosa», el demonio? Una figura instrumental, en realidad, de la que va a decir lo siguiente en el capítulo final, fuera de este libro pero coronación de toda la obra:

> «Y la misma servidumbre y sujeción [que tuvieron] al demonio y a sus tiranías, y yugo tan pesado, fue excelente disposición para la divina Sabiduría, que de los mismos males se aprovecha para bienes y coge el bien suyo del mal ajeno, que Él no sembró. Es llano que ninguna gente de las Indias occidentales ha sido, ni es, más apta para el evangelio, que los que han estado más sujetos a sus señores, y mayor carga han llevado, así de tributos y servicios, como de ritos y usos mortíferos. Todo lo que poseyeron los reyes mexicanos y del Perú, es hoy lo más cultivado de Cristiandad, y donde menos dificultad hay en gobierno político y eclesiástico. [...] *Y lo que tiene dificultad en nuestra ley, que es creer misterios tan altos y soberanos, facilitóse mucho entre éstos con haberles platicado el diablo otras cosas mucho más difíciles; y las mismas cosas que hurtó de nuestra ley evangélica* [...], a pesar del enemigo, sirvieron para que las recibiesen bien en la verdad los que en la mentira las habían recibido. En todo es Dios sabio y maravilloso, y con sus mismas armas vence al adversario» (cursivas añadidas).

Parece chocante que alguien que admite esta «función benéfica» del demonio tenga que andar en el libro de religión con tantas «recomendaciones» y cuidados al tratar de los ritos y sacrificios indianos, probando a cada paso su origen demoníaco y exclamando lleno de indignación ante sus múltiples inconvenientes y daños. Esta conducta aparentemente «ambigua» —que varía de modo sustancial dentro de la propia obra, según estén dentro o fuera del libro de la religión— sólo puede justificarse que se adopte específicamente en el libro religioso, con toda seguridad el que sería objeto de mayor atención inquisitorial. Al menos, eso es lo que sucede en un nivel más elemental, la mención tamizada del léxico: ya hemos dicho el uso que hace del propio término «religión», que en todo el libro V reiteradamente le pospone «o superstición», «o por mejor decir superstición» (eso ocurre, por ejemplo, en los mencionados caps. 1, 11, 22, 31, que son capítulos sin contenido informativo y que suponemos añadidos por causa inquisitorial también). A ese proceder editorial le llamaríamos «interpolación» de léxico y además, al mismo tiempo, interpolación de capítulos. Una prueba indirecta —según creo— de la «interpolación» real de capítulos en el libro V es que a la hora de su numeración se duplique el 26, en el cómputo de la edición princeps (duplicación que repiten todas las ediciones castellanas hasta la de 1792).[34] No creemos exagerar si, sumando estos indicios, proponemos que tal duplicación numérica puede muy bien deberse a que la tal interpolación de caps. (1, 11

[34] Aunque en el libro III y IV ocurre también una confusión numérica de capítulos, pero son simples *lapsus* de un número por otro (como ocurre a veces entre páginas, la 46 pospuesta a la 47), o todo lo más un salto: pero no de una repetición numérica, lo que no ocurre en todo el libro.

y 22) preceden todos al segundo numerado 26: que, tal vez por esa interpolación reiterada, ha olvidado una vez correr la numeración. La 4ª interpolación sería a final del libro, el cap. 31.

No suponemos que sean estos cuatro capítulos interpolados solamente porque traten temas de reflexión, en medio de otros meramente descriptivos. Es que incluso la redacción lo da a entender: así, por ejemplo, al comienzo del cap. 11 se interrumpe el hilo narrativo, de este modo: «Pero, antes de venir a eso, se ha de advertir una cosa que es muy digna de ponderar...». Y, como final del cap., se dice con intención de «coser» unidades narrativas: «de los ritos y ceremonias de que vamos tratando en este libro». Del mismo modo, se ve obligado a «coser» el final del 22 con el siguiente, y concluir el párrafo anterior, meramente considerativo: «dejando por ahora la disputa de cómo se compadezca esto con la naturaleza, lo que hace al intento es ver cuan insufrible servidumbre...». El carácter interpolado del último capítulo puede verse igualmente al principio del capítulo final, pues se inicia con «Baste lo referido para entender el cuidado que los indios ponían en servir y honrar a sus ídolos, y al demonio, que es lo mismo».[35] Pues, si bastaba lo referido hasta el cap. 30, ¿por qué añadir otro capítulo? Quien haya leído cualquier otra sección del libro, por otra parte, advertirá enseguida la anomalía que una obra descriptiva, reflexiva y cuasi filosófica concluya con una oración, y la fórmula «amén».[36]

Nuestra explicación de «lector crítico» del libro V, o religioso de esta obra, es que contiene interpolaciones (de términos como «demonio o superstición», e incluso de capítulos) para tranquilizar a la censura inquisitorial del rey (patrono celoso de la ortodoxia), y de las órdenes rivales a la Compañía, alguna de las cuales como la dominica controla bastante del aparato inquisitorial y se opone particularmente a sus rivales intelectuales, los jesuitas. ¿Qué se habría de hacer con estos capítulos 1, 11, 22 y 31 en una edición moderna, sabiendo que muchos lectores (casi todos, e incluso especialistas como Brading, Gruzinski, Cervantes…) pueden tomarlos como la tónica de la obra, como un alegato anti-demoníaco? Hace tiempo que pienso que una edición verdaderamente crítica debiera marcar de alguna manera estos capítulos (en letra más pequeña, tachado o de alguna manera, por ejemplo con un coloreado menor, como hacemos nosotros), y no dejar pasar la ocasión de evitar que el lector cayese en la «trampa de la sencillez» (Francisco Rico, 1990) dejando las cosas como están.[37]

4. Criterio de esta edición

Procedemos ahora a especificar un poco más nuestro criterio editorial, tratando de establecer para el lector moderno lo que quiso ofrecer el autor, en forma y fondo.[38] Procederemos a establecer primeramente las reglas generales que valen para todos los casos, dejando lo particular para las notas (a pie de página, o al final). Los glosarios finales contendrán las definiciones que se hacen más de una vez, y que a partir de la segunda mención han sido substituidas por un asterisco (*). En este apartado general diremos primero lo que mudamos respecto de la edición príncipe (puntuación y grafía ortográfica), siendo en lo demás la regla dejar todo aquello que corresponde a la lengua hablada del autor, ayudando con nuestras notas a que pueda ser comprendido, pero dejando algunas grafías arcaicas que señalan alguna característica del autor (latinismo o helenismo, sobre todo).

Mi conciencia historicista —inducida por el ejemplo de George Stocking, ya citado— me llevaba a entender el texto «desde el autor», pero eso implicaba a veces una imposible adaptación total al presente, compensada por una traducción libre de sus formas gráficas: la medida de exactitud de esa «traducción» era algo mudable dependiendo de los temas y, a veces, del lector a que iba destinado. Obviamente, yo trabajo para americanistas y gente con interés por el mundo aborigen, pero entiendo que hay varios gremios concernidos en este caso (naturalistas, historiadores, estudiosos de la literatura hispano-americana, lectores de viajes…)

[35] En su debido lugar, como nota del cap. 31 de ese libro, ofrecemos otros finales típicos de la obra, en que se demuestra lo anómalo de ese libro añadido.

[36] Esta ritual fórmula final ocurre también al final de sus dos partes principales, del libro natural (cap. 42 del libro IV) y al final de libro moral (cap. 28 del libro VII), como finales temáticos de las unidades principales del libro, pero no tiene este mismo sentido al fin del libro V.

[37] Así quería yo realizar (Del Pino, 1999) la propuesta de F. Rico de «notas paráfrasis», que se referían a un conjunto textual amplio, «frente a las notas meramente léxicas que se ocupan de la literalidad de un microtexto, pero dejan oscuro el sentido de un fragmento, escena, estrofa, etc.» (I. ARELLANO, 1991, p. 578). En realidad, se trataría más bien de la detección de un texto «impostado», a resultas de un análisis textual en profundidad, que recordaría más bien a lo que llamaba Clifford Geertz «descripción densa». Ésta constituye un oficio de la etnografía que le acerca al crítico literario, en el sentido de «tratar de leer un manuscrito… plagado de elipsis, de incoherencias, de sospechosas enmiendas y de comentarios tendenciosos» (Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, 1992, p. 24).

[38] Ésa sería la meta legítima de una edición crítica, según las normas de Griso (Grupo de Investigación sobre el siglo de oro): «Normalmente se suele definir como edición crítica aquella que refleja de la manera más fiel las intenciones del escritor. Saber cuáles son estas intenciones sigue siendo a menudo un verdadero problema». Es lo que pretendemos, aunque sea siempre difícil de establecer.

y debo pretender que la edición les tenga a todos en cuenta: por tanto, debo conservar el máximo del estilo del autor, pero explicándolo a los no expertos. Eso conllevaba al principio para mí una inevitable modernización, razón por la cual asumí de buen grado la propuesta de Ignacio Arellano. Mi primer proyecto modernizador en cuanto al léxico —ofreciendo el término original en nota o lista aparte, y substituyéndolo por el moderno (como hizo el inteligente y anónimo autor de la edición de 1792)— ha ido cediendo con el tiempo a una solución de compromiso, en que mantengo todo lo que tiene un valor fonético original creyendo que el lector no familiarizado puede superarlo con nuestra ayuda, y que de este modo respetamos la lectura interesada de los profesionales de la literatura y la filología. De acuerdo con las propuestas de Griso,[39] modernizamos solamente la grafía que no tiene valor fonético, justamente para no provocar el esfuerzo suplementario del lector, siendo un texto particularmente rico —en informes, propuestas y confidencias— cuyos elementos variados no queremos que de un modo u otro se pasen por alto.

Hablaré primero especialmente sobre la *puntuación*, el punto más decisivo del trabajo editor. Creo que es el apartado editorial en que he tenido más dudas, hasta el punto de cambiar más de cinco veces de criterio en relación a una frase determinada. He ido pasando por ello gradualmente de una ortodoxa puntuación gramatical a otra retórica y enfática, que simplificaba al máximo los signos diacríticos: dándome cuenta que un exceso de signos terminaba por anular el valor de cada uno,[40] he preferido dejar puntuadas incluso laxamente —o nada— algunas expresiones reconocibles (*sin embargo, sino, pero…*) para reforzar el valor de la puntuación conservada, en las frases que me parecían más enfatizadas por el autor. En mi proceso he ido acercándome cada vez más a una puntuación escasa, en general, dado que el autor hacía predominantemente frases cortas que no admitían una minuciosa puntuación gramatical: creo que me adapto así mejor al estilo de la obra. Siendo el autor un latinista amigo de ablativos absolutos, frases intercaladas y cambios retóricos de ritmo y tono, destaca sin embargo más generalmente su aliento directo y franco, amigo de expresiones populares en España, o tomadas de labios indianos.

Es evidente que, a lo largo de la obra, se aprecian varios estilos del autor según que relate un viaje o experiencia personal, ofrezca con glosa sentenciosa una cita literal o un diálogo erudito, aborde un largo razonamiento lleno de circunloquios o acometa una taxonomía de diversos fenómenos. Y lo mismo varia el tipo *discursivo*, no solamente en función del escenario en que ubique su texto el autor (emisor-referente-receptor) sino también en función del tema de que se trata (fenómenos naturales, morales, históricos, religiosos…). En cada caso, hemos procurado respetar este *arco* de estilos del mismo autor, dejando el libro a su medida aproximada: separando párrafos solamente con los puntos y seguidos o introduciendo nuevos puntos y aparte, sangrando las citas largas o llenándolas de acotaciones (guiones, paréntesis, comillas simples o dobles, interrogativas o admirativas…), e incluso agregando una ilustración (cuando lo pide el texto). Afortunadamente, el autor tiene una coherencia de ideas y una claridad expositiva tal que favorece este esfuerzo de puntuación múltiple, de parte del editor atento: en cada caso hemos creído poder respetar la voluntad del autor, de manera que nunca sintiéramos como un eco nuestra propia voz. Los puntos y aparte, los cambios de tipo de letra, las anotaciones o interpretaciones del texto de parte nuestra han sido las que nos parecieron imprescindibles. Abordaremos con un poco de detalle cada caso para justificar nuestro intento de coherencia entre el autor y el lector: respetar al autor, haciendo llegar lo máximo al lector presente.

La obra no tiene *puntos y aparte* dentro de cada capítulo, porque no se acostumbraba: de hecho, en el caso de las ediciones posteriores de Acosta no ha sido ensayado hasta 1954, con el P. Mateos, y me ha parecido que debía imitarse su «separación» de párrafos en honor de la claridad. Dejar un texto de unas 500 páginas sin puntos y aparte internos en cada capítulo —como hicieron todos sus editores antiguos, y decidieron recientemente respetar O'Gorman o Alcina— nos parecía ir contra la voluntad de claridad del autor. La mayoría de las veces que lo hacemos nosotros hemos obedecido al cambio objetivo de materia, al

[39] Agradezco la orientación recibida de Ignacio Arellano de la Universidad de Navarra, y de Abraham Madroñal del CSIC, por dejarme claros los criterios dominantes entre estudiosos de textos del siglo de oro. Mi tendencia histórico-antropológica me había llevado a no ver del todo la conveniencia de conservar la grafía con valor fonético del autor original en la disposición del texto para el lector actual, proponiendo una solución intermedia (dejando los términos y modos que creía eran accesibles al lector actual). Pero, siendo imposible determinar de antemano hasta dónde comprendería el lector actual el vocabulario y gramática del siglo de oro, dada su variedad real, es cierto que no merece la pena de hacer inviable esta edición para aquellos interesados en análisis formales del texto. Eso tampoco alargaría más la anotación, debido a que debemos indicar en cada caso las variantes de cada editor, cuando sean en este punto especialmente inconsecuentes.

[40] Dicen así los criterios editoriales de Griso: «Cuando la cantidad de detalles que se aportan supera la capacidad de captación del lector, la información se convierte en ruido». Me recuerda a este respecto la teoría —que Acosta reitera varias veces a lo largo de su obra- acerca del valor decreciente de las esmeraldas a medida que aumentaba su número, cosa que admiraba sobremanera a los ingenuos y ávidos conquistadores. Efectivamente era una ley ya conocida («teoría del valor marginal decreciente»), al parecer enunciada ya entre los moralistas escolásticos de Salamanca, precursores en esto de los filósofos morales de Escocia.

orden expositivo ofrecido en una serie o a la invitación explícita del autor a considerar una tipología ordenada dentro de una larga enumeración; pero otras veces hemos sido simplemente prácticos, y hemos saltado de línea para que el lector tenga un descanso —tras un párrafo extenso— o aprecie en todo su valor un desarrollo narrativo o retórico. Cuando el autor hacía referencia explícita a una parte distinta de la misma obra, *supra* o *infra*, la hemos buscado con precisión para ayudar al lector a buscar la referencia puntual (que el autor hubiera ofrecido, de controlar la edición).

Hemos respetado por lo demás los paréntesis del autor o las enumeraciones ilativas (y...y…y) de términos cargadas de énfasis, etc. (que casi nunca hace Mateos ni sus modelos de 1792 y 1894); pero otras veces hemos suprimido *signos* que nos parecían inadecuados, erróneos o simplemente ausentes (comas o signos interrogativos mal puestos) o los hemos agregado (falta de cursivas, ausencia de guiones o comillas, etc.). Respeté todos sus paréntesis (), pero le complemento poniendo yo los guiones (—) cuando veo una digresión o intercalamiento breve de datos que puede oscurecer la frase.

La obra no disponía de otras *notas* que las bibliográficas, que nosotros destacamos a pie de página (como *Nota del autor*), e incluso la ampliamos a veces a pie de página con el desarrollo de las citas bíblicas o clásicas sugeridas (labor ya iniciada por el anónimo editor de 1792, que añadió los versículos bíblicos precisos en notas a pie de página, y sobre todo por O'Gorman en 1940, que los transcribió en notas al fin de la obra). Nosotros ofrecemos nuestras notas de una doble manera, siguiendo indicaciones de los filólogos (que suelen distinguir entre notas textuales —consideradas más necesarias a la lectura— y contextuales o interpretativas): solamente dejamos a pie de página las imprescindibles, generalmente lexicológicas o de colación de las otras seis versiones castellanas (Príncipe, 1792, 1894, O'Gorman, Alcina y Mateos). Finalmente ofrecemos también a pie de página las diversas definiciones ofrecidas (o por el autor o por nosotros) a lo largo de la obra (cada vez que un término aparece por primera vez en un capítulo), las cuales pasan a incorporarse a un glosario, y lo marcamos oportunamente con un asterisco. Pero enviamos a fin de obra (con números romanos) las que no son imprescindibles para la intelección inmediata de la lectura (como prefirió hacer O'Gorman con todas), pero que consideramos útiles para una comprensión profunda, así como para explicar también mejor nuestras decisiones editoriales más personales, y para marcar al lector interesado los méritos o las razones probables de cada opción informativa del autor.

No nos ha parecido conveniente en las notas poner al lector al día acerca del estado de la cuestión en cada materia tratada por el autor —como suelen hacer otros editores de Acosta, y de otros cronistas de Indias—, lo que suele indicar solamente nuestro saber personal del caso, o nuestra ignorancia de todo lo demás. Abarcar la historia natural o la etnografía de una región ya sería una pretensión difícil en un editor moderno, y del todo imposible cuando la obra se refiere a varios países de las antiguas Indias —incluidas las orientales—. De otra parte, Acosta es solamente una de las muchas fuentes pasadas disponibles, y apenas puede controlarse su relación con sus fuentes declaradas (Polo para Perú, y Tovar para México). Solamente hemos señalado algún punto cuando hay sobre él especial consenso o debate, y nos parece que el lector debiera conocerlo. Pero no se trata en nuestras notas tanto de informaciones puntuales, como de actitud y de estilo personal. Nos ha parecido más importante dejar clara al lector la intención de Acosta, o la actitud particular suya en ciertos puntos, para que se pudiera valorar su testimonio especialmente, sin juicios tendenciosos que lo confundan de época o personalidad. Nos parece que hay sobre este autor demasiados prejuicios anacrónicos y vaguedades, tal vez producto —o, al menos, no corregido— de parte de ediciones menos cuidadas.

En el caso de los nombres nativos o novedosos (creados en las Indias y pasados de una región a otra, generalmente de las Antillas a Centroamérica y de allí a Sudamérica, siguiendo el orden de progresivo poblamiento europeo), el autor suele dar siempre una definición para ubicarlos culturalmente. Solemos recogerla en nota y pasarla al glosario. A veces esta definición se reduce a un término castellano ofrecido como optativo, por pares (como tantas veces se acostumbra en las crónicas de Indias). El autor, como buen jesuita, tiene conocimiento de lenguas y suele interesarse por las definiciones, ofreciendo a veces nombres alternativos en otras lenguas (generalmente de territorios americanos, pero también de lenguas del viejo mundo). Cuando no existe nombre indígena de algo, suele aprovecharlo para asegurarse de su novedad objetiva en el Nuevo Mundo, y este punto es relevante a su historia, que trata las cosas americanas con conciencia de «inventario» cultural (define minerales, plantas, animales y hombres, distinguiendo lo nuevo de lo conocido). Sea sobre estas definiciones, o sobre las experiencias personales con cada una, solemos anotar dónde se ubica una referencia complementaria en la obra.

Hemos empleado con mucha frecuencia el *Diccionario de la Real Academia Española (DRAE),* porque —aparte de estar accesible a todo el mundo, que no es el caso del Corominas, el de Covarrubias o el de Autoridades, más apropiados a un texto del siglo de oro— nos parece muy sobrio en sus definiciones, con la suficiente apertura para incluir las

variantes de uso y significado, y sobre todo para guiarme en cuanto a su versión moderna o regional. No hay que olvidar que el de Autoridades es obra también de la RAE, y que se le ha tenido en cuenta.

Las definiciones del autor proceden a veces claramente de un dibujo o cosa real a su alcance, que describe con pormenor y que cuesta seguir a un lector moderno, sin ayuda externa. Hemos aprovechado la serie de dibujos con que la acompañaron sus traductores centroeuropeos (alemanes y holandeses, que también anotaron la obra y fueron tal vez los mejores lectores contemporáneos, a juzgar por su sofisticación editorial: los famosos Teodoro De Bry y Juan Linschotten), para facilitar la lectura y hacernos eco de su recepción posterior. De otra parte, el autor usó para sus descripciones político-religiosas de México un códice local, elaborado por el jesuita Juan de Tovar y acompañado de dibujos con ayuda indígena, que hemos considerado no sólo útil sino representativo de su esfuerzo informativo. Finalmente incluimos algún mapa o ilustración puntual, pedida por la descripción original —no siempre clara hoy— del autor. Todas las veces que ofrecemos una *ilustración* es porque el texto de Acosta lo pide (el autor quiere «ilustrar» a su público con todo detalle generalmente), pero procuramos que sea contemporánea (de sus traducciones o de sus códices conocidos). El problema real en este campo es que la inclusión de todas las imágenes que consideraríamos apropiadas engendraría un encarecimiento excesivo del libro, pero creemos que las ofrecidas no sobran. Es verdad que el libro contiene un texto lo suficientemente rico y jugoso como para no haber perdido lectores, pero hoy día su ausencia de ilustración la consideramos una carencia, lo mismo que la no inclusión de puntos y aparte: una infidelidad al espíritu de su autor.

En cuanto a la *sintaxis,* nos atenemos en todo lo posible a la versión original. Respetamos las contracciones pronominales (destos, desos, esotros, estotros, aquestos…), pero no tiene sentido lo contrario (por no corresponder a un sonido diverso), la falta de contracción «de el mar del Sur» u otros casos con «a el», que simplemente lo advertiremos en nota. También respetamos alguna duplicación vocálica arcaica (veer), aunque quisimos primero no hacerlo por evitar luego confusiones actuales (prever, proveer): simplemente lo advertiremos en nota. Por supuesto, tenemos que aceptar grafías como «vía» = veía o «vido» = vio como conjugación del verbo.

Pero no cambiamos la *y* aislada por *e,* cuando le sigue vocal, y la *o* con la *u* ante otra *o,* ante la duda de que correspondan a sonidos reales, a pesar de la cacofonía que nos produce a los lectores modernos. En cuanto a las reglas de conjugación y concordancia, tenemos la misma actitud de respeto, con las siguientes matizaciones: 1) Los pronombres pospuestos que arrastran al verbo los conservamos (hacellos = hacerlos, decillas = decirlas). 2) No se modernizará tampoco la conjugación de futuros y potenciales, en que se invierten consonantes (pornán/ían: pondrán/ían, converná/ía= convendrá/ía, ternán/ían = tendrán, etc.). 3) El pronombre relativo «quien» se usaba en singular cuando indicaba una situación típica o genérica, aunque los referentes fueran varios («que los gentiles han usado por ocasión de sus difuntos a quien[es] querían bien», V, 6). Hoy se entiende mejor en plural, como advertimos. 4) El caso muy particular en que se combina un potencial y un pronombre pospuestos («estarse *ia* queda» = estaríase queda, en libro III, cap. 6) lo modernizamos advirtiéndolo, como «testigo» de una época pretérita de conjugación, porque solamente hay un caso.

Respetamos asimismo siempre en *la grafía* ofrecida los nombres indígenas y los términos castellanos arcaicos, añadiendo en esta introducción una lista inicial de los mismos, o a pie de nota cuando su mantenimiento ofreciese dificultad al lector actual. El autor es un buen latinista que llena su castellano de términos latinos (especialmente con muchas *ph* y algunas dobles consonantes *cc, ff, mm, nn* y *pp*),[41] que no indican otra cosa que la formación latina del autor) o arcaicos. Los nombres americanos, como los marcados en cualquier lengua no española, se ponen en cursivas para destacarlos: el autor no usa la cursiva en su edición príncipe sino para los textos preliminares, los títulos de capítulos y las citas bibliográficas. Creo que para Acosta tienen la misma relevancia los nombres quechuas que los latinos, como cosas diferentes y paralelas, idóneas para comprender la realidad a que se refieren. Ese relevamiento se hará en la primera cita, no sistemáticamente para evitar repeticiones y distraer al lector. Pero no debemos poner en cursiva nombres clásicos o americanos comunes (cancha, maíz, chicha, tomate, papa, etc.), si nos resultan ya familiares.

En general, *las citas* sobre obras clásicas latinas o griegas —o también de los santos Padres o del Evangelio— que ya fueron traducidas las ponemos en castellano. Pero las referencias latinas personales de Acosta las dejamos en original y luego las traducimos, aprovechando en ello la erudición de Mateos y O´Gorman. En este sentido las traducciones bíblicas de O'Gorman —cuya fuente calla— son a veces horribles, y las substituimos por las de Nacar/Colunga o la

[41] Creemos que normalmente no se pronunciaban, por lo que no tiene sentido conservar palabras como accomodar = acomodar, Anníbal = Aníbal, collación = colación, commulgar = comulgar, commun = común, communion = comunión, oppuesta = opuesta...

edición reciente de San Pablo. Además de latinismos o helenismos, la obra contiene muchas palabras y expresiones arcaicas, y de las principales retenemos un glosario final, sumado al topográfico y de palabras indígenas. Tenemos especial interés en conservar con sonido propio la grafía original de los nombres indígenas, porque puede corresponder de algún modo a su pronunciación contemporánea (Cajamalca, Guatimala, Ingas, Mechoacán, Pirú, Tezcuco, Tlatellulco …). Ponemos en mayúscula los nombres *propios* y grupales, pero no los tribales o nacionales (Inga, pero no en plural, ingas). Respetamos la irregular asignación de género a algunas palabras, de las cuales ofrecemos lista,[42] pero modificamos la letra de las fechas, que ponemos en número para evitar confusión de sentido, en muchos casos.

Para las mayúsculas, unión de palabras, acentos y ortografía nos atenemos a una versión modernizada. No respetamos necesariamente algunas formas gráficas: como la frecuencia de *y* griegas, la *u* con valor de v/b, la infrecuencia de la *h* inicial o intercalada, así como la *ç*, que suplimos siempre por z (con gran frecuencia hay términos indígenas errados en la Príncipe —*c* por *ç*,— por carecer la *c* de tilde inferior o haberla perdido en la edición o copia conservada).

Asimismo prescindimos generalmente de las frecuentes *x* con valor de g/j (por ej. xenxibre = jengibre, luxo = lujo), excepto en un caso. En mi afán por respetar en una edición actual el sonido real de las palabras transcritas, había decidido de modo un poco iconoclasta no respetar la *x* de México —un consenso americanista bastante extendido— sintiéndome más amigo de la verdad ecdótica, que nos obliga a escribir como se pronuncia: a eso creía que me obligaba el maestro Nebrija, conformador de nuestra ortografía moderna. Estaba dispuesto —a cambio— a respetar todo lo contemporáneo obedeciendo a la voluntad de nuestros amigos mexicanos (que hoy además conforman la comunidad hispanohablante más numerosa), pero no a todo cuanto afectaba a los términos coloniales o prehispánicos, como la obra que editamos: así lo había anunciado en una propuesta anterior (Del Pino, 1999). Pero he recapacitado, a la luz de las razones variadas ofrecidas en boca de hablantes hispanos y mexicanos (a través de los apasionados diálogos sostenidos en correos electrónicos, vía Google) y, sobre todo, de algunos artículos de peso leídos recientemente.[43] De otra parte, tengo en cuenta la preferencia implícita de la RAE por la forma de México sobre México a partir de su *DRAE* 2001, y luego explícita, en el *Diccionario panhispánico de dudas* (Madrid, 2005). Mi equívoco partía de creer que el respeto al sonido arcaico reclamaba la «j», puesto que se trataba de una pronunciación generalizada, deduciendo que su pronunciación posterior no obedecería a la evolución fonética del español (letra *x* aplicada al sonido de la fricativa velar sorda «sh», hasta el siglo XIX, aunque su sonido sonoro en «j» se hubiera impuesto casi desde fines del siglo XVI: justamente cuando se publica nuestra historia hoy editada).

La realidad es mucho menos fácil y simple, ya que en el propio México actual el sonido de la *x* escrita no se pronuncia del mismo modo en palabras diversas (México, Xochimilco, Texcoco, Xipe, etc.), y que incluso la misma x de México no se pronuncia igual en todo el país (siendo más suave o sordo el sonido, mientras más al sur se trate). De otra parte, si nos atenemos al sonido del nahuatl original, los propios misioneros nos informaron claramente que el sonido «j» no existía tampoco. Tal vez, la transcripción fonética correcta a ese término prehispánico seria «Méshico», «Méssico» o incluso «Méhico», pero esa elección nos obligaría a reconsiderar la grafía de todos los términos indianos, dejando totalmente de lado la propuesta del autor. Ante la necesidad de optar por una versión que no chocara frontalmente con la trascripción original del autor (como hemos pretendido a lo largo de la obra) nos hemos decidido a dejar la escritura de *México* como estaba en la príncipe, que además coincide con la voluntad nacional de escribir su propio nombre.

Queremos exponer finalmente algunas decisiones en donde la grafía del autor requiere conservarse, pero no tiene necesariamente consecuencias fonéticas. Estaría en primer lugar la escritura latinizada de nombres castellanizados, que posiblemente se pronunciaron alguna vez al modo moderno, cambiando a comienzo de palabra la *j* por la *I* (Hieremias, Hieronimo, Ierusalen, Iesus, hieroglificas, Ioan, Iob, Iudíos...). Sin embargo, no los respetamos porque expresan un latinismo residual del autor, que traduce la Vulgata al

[42] El abundancia, aguja, alegría, altura, Andalucía, arena, armada, aspereza, ayuda, azucena, doblez, tilde (indiferente hoy), ramo (=la rama). La África, arte, ave, avemaría, color, calor, guardas, hambre, origen, mar, puente, orden (hay dos significados hoy con diferente género, la orden = mandato, el orden = plan).

[43] Fernando Lázaro Carreter, «México, Texas» (1975), en *El dardo en la palabra*, Barcelona, Edición Círculo de Lectores, Galaxia Gutenberg, 1977, pp. 36-39. Muy erudito por su parte el ensayo de Rosario González Galicia, «Expediente X: Cuando las cosas no son lo que parecen (primera y segunda parte»), leído en Google, combatiendo mi afán previo de acercar escritura y habla, que estaba despreciando su evolución diferente, y además el valor emblemático de las escritura para los hablantes. Si cada cual defiende la grafía de su nombre propio con vigor, ocurre más aún cuando lo hace una comunidad nacional, y especialmente frente a los hablantes del país troncal, que creen simplemente defender la gramática sin importarles las emociones anexas a los nombres propios. Agradezco los consejos ofrecidos por mis colegas del CSIC José Carlos de Torres, Leonardo Gómez Torrego y Pedro Tomé.

castellano y normalmente pronunciaría así estos nombres bíblicos, usados vulgarmente en castellano. Lo mismo hacemos con otros cambios que no tendrían ninguna consecuencia fonética, sino mero arcaísmo gráfico, como la Y inicial por *Hi,* o la *G* por *H:* (yelo, yerba, güevo, güesos).

Otro caso de frecuente duda son las construcciones cultas con «ct» u otros compuestos consonánticos eliminados (efeto= efecto, seta = secta, escuro= obscuro) o lo contrario, conservadas, aunque no es seguro se pronunciasen (augmento, Augustin, baptizo, Arctico, Captivo, delictos, demonstración, distincto, districto, dubda, escripto, fructo, obscuro, psalmo, reprehender, respecto, sancto, sciencias, Subjeto, subtil). Nosotros respetamos en este caso la grafía del autor, porque es seguro que tienen correlato fonético, o al menos expresan latinismo vigente. A continuación ofrecemos alfabéticamente ordenada la lista de términos de la edición príncipe que incluiremos con su forma arcaica, y su correspondiente moderna.

Latinismos o helenismos hispanos consentidos

acepta = aceptable, aceptada
antípodes = antípodas
arctico = ártico
augmento = aumento
Augustin = Agustin
baptizo = bautizo
cancro = cáncer
captivo = cautivo
captiverio = cautiverio
cerca = acerca (circa)
cudicia = codicia
defunto = difunto
delictos = delito
demonstración = demostración
distilar = destilar
distincto = distinto
districto = distrito
dubda = duda
escriptura = escritura
Filipe = Felipe
fructo = fruto.
hanegas = fanegas
horada = horadada
humidad = humedad
humidecer = humedecer
imágines = imágenes
invidia = envidia
liquedámbar = liquidámbar
logares = lugares
Moisen = Moisés
proprio = propio
pluvias = lluvias
pluviosa = lluvios
psalmo = salmo
reprehender = reprender
respeto = respecto
sancto = santo
sanctuario = santuario
subjeto = sujeto
subjeción = sujeción
subtil = sutil
sumptuoso = suntuoso
trueco = trueque
urina = orina
vírgines = Vírgenes

En particular, los *nombres étnicos o personales* indios —o la toponimia— ponemos interés en no cambiarlos,

Cajamalca = Cajamarca.
Chicuito = Chucuito
Guatimala = Guatemala
Ingas = Incas
Mechoacán = Michoacán
Tezcatlipuca = Tezcatlipoca
Tescuco = Texcoco.
Tlascala = Tlaxcala
Tlatellulco = Tlatelolco.
Pirú = Perú.

Arcaismos conservados

acarreto = acarreo
adevinos = adivinos
alderredor = alrededor
alhombra = alfombra
ansí = así
apercebidos = apercibidos
arambre = alambre.
atambor = tambor
bacallaos = bacalaos
bozina = bocina
buchorno = Bochorno
cañutillo = canutillo
caracoles = caracolas
cerimonias = ceremonias.
cimbria = cimbra (arcos de)
cimenterios = cementerios
contino = continuo
contrecho = contrahecho
Criador = Creador
Chinas = chinos
decayendo = decayendo
destruición = destrucción
diminución = disminución
disfreces = disfraces
disgresion = digresión
docientas = doscientas
dura = duración
efeto = efecto.
eligido = elegido
emedar = enmendar.
encienso = incienso
encorporado = incorporado
escabelo = escabel
escalientan = calientan
escrebir = escribir
escura = oscuro
escurecer = oscurecer
especies = especias
fación = facción
Ginovesado = Genovesado
inciensar = incensar.
inquerir = inquirir
instrucion = instrucción
Japones = japoneses
llogares = lugares
Macan = Macao
manguey =maguey
mesmas = misma
otubre = octubre
percebir = percibir
perfición = perfección
perlados = prelados
polida = pulida
pulicia = policía
plático = práctico
Preste Ioan = Preste Juan
priesa = prisa.
recebir = recibir
seta = secta
terrapleno = terraplén
tiemplar = templar
tranzado = trenzado
trecientas = trescientas
usofruto = usufructo
vaguear =vagar.
ventecillo = vientecillo.
verisímil = verosímil
vía = veía
vido = vió
visorrey = virrey

Por lo que hace al *Glosario* final, a base de la lista de definiciones recogidas en notas, formamos un glosario de palabras (castellanas y de otras lenguas americanas), y las advertimos con asterisco tras la palabra. La primera aparición viene con la definición al pie.

En cuanto a la «Tabla de las cosas más principales que se contienen en estos libros…» ocupaban una buena extensión en la edición príncipe, las pp. 537-566 (pero sin numerar). La conservamos, modernizando la páginación porque creemos merece tenerse en cuenta las cosas que se «destacaron» originalmente, y el modo de hacerlo, aunque es posible que corresponda su elaboración a los censores o editores, no al autor. Para todas las indagaciones grecolatinas, agradezco la ayuda de mis colegas clasicistas del CSIC, en particular de Matilde Conde.

5. Edición crítica, modernización y detección de textos ocultos

En general, he procurado respetar «la voz del autor», ayudando al lector a entender su significado verdadero, sus cambios de sentido, sus ironías, incluso sus contradicciones. Hay un punto excepcional en el cual he intervenido personalmente, y es en aquel que está más lejos del lector actual, y donde tal vez sólo un lector contemporáneo suyo podría comprender mejor las soluciones elegidas por el autor. Todo lo que se imprimió lo firmaba el autor, pero algunas cosas respondían más bien a la presión del control editorial, especialmente de la Inquisición. Ya hemos explicado en la introducción su estrecha relación con la Inquisición, y la manera habilidosa como logró no ser obstaculizado por ésta. Sin embargo, la edición vernacular en materia idolátrica fue particularmente vigilada por la censura, teniendo en cuenta el posible mantenimiento en Indias de las religiones aborígenes, así como los debates peninsulares acerca de materias de fe objeto de censura teológica (especialmente entre jesuitas y dominicos, controladores éstos del poder inquisitorial).

En estos casos el P. Acosta supo quedarse a caballo entre unos y otros, en el filo de la navaja, apareciendo como más ortodoxo de lo que realmente era. La bibliografía actual que se ocupa del P. Acosta le ha ubicado —con alguna reiteración— en una posición imperialista e inquisitorial que no corresponde a su biografía real: creemos que esta interpretación biográfica sesgada ha llegado a postular la incoherencia textual de esta obra —con tal de mantener el estereotipo dominante acerca del autor—, asumiendo que hay dos autores en la misma (solución de compromiso de Fernando Cervantes,[44] identificando un Acosta imperial en el libro religioso, y otro liberal en el resto), lo que me resulta muy arriesgado como retrato del autor. La manera de resolver esta «aporía» hermenéutica —entre el autor y su obra— es señalar el posible «desdoblamiento» del autor solamente en la parte religiosa, por las «interpolaciones» claras que creemos contiene la obra, especialmente en el libro V o religioso. Hemos marcado oportunamente —en varias notas a pie de página o finales— nuestras razones en cada caso, subrayando los párrafos que nos parecen «intervenidos por el autor». Originalmente propusimos ofrecerlos tachados (Del Pino, 1999), pero lo hemos moderado con un leve cambio del color de la letra. Afortunadamente, diversos indicios avalan nuestro acierto (lapsus numéricos, cambios de tono, excusas de digresión temática, incoherencias fuera del libro V y dentro…), y esperamos ser entendidos por el lector crítico. Lo fácil para nosotros hubiera sido dejar estar lo que no comprendíamos, pero nuestro afán crítico no lo permite, a riesgo de equivocarnos: nuestra explicación creemos devuelve la lógica de una contradicción palmaria, no resuelta hasta ahora.

Nuestro respeto formal al autor no debe llegar a callarnos ante el lector las incoherencias ocultas de la obra, especialmente lo que puede inducirle a error. Lo mismo que ubicamos oportunamente los errores diversos hallados (lapsus del copista o del cajista, normalmente), creemos estar obligados a señalar al lector contemporáneo los «silencios» o «disimulos» que un lector del siglo XVI hubiera comprendido como «sesgo» ortodoxo, requerido por la corrección política. Gracias a este comportamiento, el autor pudo ver publicada su obra íntegra, si bien envuelta en velos púdicos, confiando en que el lector inteligente lo supliese (de hecho, al traductor italiano aún le pareció este libro tan atrevido como para suprimir algún capítulo. Pero el riesgo actual es que —sin las oportunas advertencias del editor crítico— la leamos hoy admitiendo estas incoherencias, como tales: para nosotros son solamente párrafos —generalmente «demonológicos— que camuflaron su osadía, pero que hoy podemos «desnudar» de tales velos ortodoxos. Una de dos: o admitimos esta intervención personal del autor —comportamiento perfectamente razonable en un intelectual como él— o aceptamos que es un autor de doble verdad y moral —lógica que a algunos intérpretes contemporáneos no parece repugnar, cuestionando así gravemente la capacidad de coherencia de un autor a quien se reconoce tan «razonable» y empírico.

Desde hace tiempo (Del Pino, 1978, nuestro primer ensayo sobre esta obra comentando la edición facsimilar de Valencia, 1977), he combatido a los intérpretes de Acosta que han «separado» artificialmente la historia natural de la moral (Chavero 1879, Rodríguez Carracido 1899, Bárbara Beddall 1977, etc.), como analistas metodológicamente equivocados: da igual se trate de naturalistas que quieren salvar especialmente esa parte de la obra de Acosta, que de historiadores de tendencia lascasista o indigenista que se ven obligados a denunciar a este misionero, por comparación con otros más éticos y más cercanos a nuestra corrección política (en su opinión) y sólo quieren concederle el mérito de sus precisiones en el campo de la historia natural. Los que sólo admiten al P. Las Casas como misionero indiano verdaderamente «liberal» creo que carecen de tipos o cajones conceptuales para ubicar otras opciones igualmente legítimas, y en todo caso coherentes. Hay siempre presente el peligro «presentista» a la hora de pretender aceptar o rechazar las proposiciones intelectuales de otra época, por su cercanía con la nuestra.

[44] *Op. cit.* en nota 2.

Pero lo peor del presentismo es usar una obra intelectual pasada al servicio de un programa presente, totalmente contrario, y encima para señalar sus deficiencias y vacuidades. La disponibilidad a admitir esa esquizofrenia intelectual, su tratamiento sesgado y negativo hacia la historia moral amerindia, frente a su Historia natural racionalista (consentida ya con Acosta con alguna reiteración) ha terminado invitando a algunos intérpretes posteriores a devaluar toda la obra del mismo: pienso en la escandalosa glosa con que se acompaña la reciente edición inglesa de Acosta (Duke University, 2002) por los profesores W. Mignolo y Jane E. Mangan, postulando el desprecio o ignorancia del autor tanto por la naturaleza como por la historia americana.

Espero haber acertado en mis «desvelamientos», iluminando los rincones religiosos del texto en que se esconde una enorme curiosidad personal y las imaginativas propuestas que el autor se atrevió a hacer en materias religiosas. Véase, por ejemplo cómo anima al lector a seguir leyendo su obra cuando se ocupa de asuntos tan vidriosos: «Y es cosa prodigiosa de contar las supersticiones que en esta parte tuvieron; *mas no será sin gusto referir algo de ellas*» (V, 9, cursivas nuestras). La razón principal por que acudía al demonio era para explicar las semejanzas religiosas entre el Nuevo y el Viejo mundo, cristianizado, pero postular tal semejanza le permitía también percibir su humanidad y racionalidad:

> «Otras innumerables ceremonias y ritos tuvieron los indios, y en muchas de ellas hay semejanza de las de la ley antigua de Moisén; en otras se parecen a las que usan los moros, y algunas tiran algo a las de la ley evangélica, como los lavatorios u opacuna que llaman, que era bañarse en agua para quedar limpios de sus pecados [...] En los matrimonios había su modo de contraerlos, de que escribió un tratado entero el licenciado Polo, y adelante se dirá algo y en otras cosas *también llevaban alguna manera de razón sus ceremonias y ritos*» (cap. 27. «De otras ceremonias y ritos de los indios, a semejanza de los nuestros», cursivas nuestras).

Dos capítulos más adelante, describe el trato cuidadoso que daban a sus vestidos y ropas religiosos («guardándolas *con tanta reverencia como nosotros tratamos los ornamentos, y aun más*») o cómo celebran sus fiestas devotamente («la fiesta del calendario, que ya dijimos se llamaba *toxcoatl* —que quiere decir «cosa seca»—, la cual fiesta toda se endereza a pedir agua del cielo, *al modo que nosotros hacemos las rogaciones»)*; o finalmente cómo «se disciplinaban, dándose grandes golpes en las espaldas *de la manera que acá se disciplinan el Jueves Santo*» (V, 29). Como la materia religiosa es oficio de sacerdote, y él lo es, es natural que perciba con seriedad la *legitimidad* del oficio sacerdotal, y por tanto quiera percibir «la teología pagana» o idolátrica: «En todas las naciones del mundo se hallan hombres particularmente diputados al culto de Dios *—verdadero o falso—,* los cuales sirven para los sacrificios y para declarar al pueblo lo que sus dioses les mandan (V, 14, *cursivas nuestras* siempre). Materia donde tal vez su entrenamiento teológico previo le capacitaba —no se lo impedía, no— para «dar razón» de hábitos y rituales paganos que el lector cristiano común de la época tardaría en comprender a la luz de nuestros ojos comparados, desprovistos de anteojeras ortodoxas. Creo que, si no hubiera yo propuesto este rescate «intelectual» del autor, habríamos perdido una parte esencial de la obra.

6. Modos de editar previos

Hemos hablado con alguna frecuencia de los modos usuales seguidos en cada edición, refiriéndonos particularmente a la edición ilustrada de 1792, la del XIX y las del siglo XX (O'Gorman 1940 y 1962, Mateos 1954 y Alcina 1987), que son las más conocidas. Mi consulta de las ediciones anteriores (1591, 1608 y 1684) no ha logrado averiguar modos de relevancia que difieran de la príncipe, a no ser la fe de erratas de 1608, que estuvo a cargo del censor Murcia de la Llana, pero que no corrigieron el texto del autor (ni en los errores de numeración siquiera). Cabía esperar de la de Barcelona, 1591, donde estuvo el autor al mismo tiempo que se imprimía (como ocurrió en la de Sevilla el año anterior), pero hemos observado que tampoco se corrigieron los errores anteriores (a pesar de la menor paginación y formato, en 8º). Un estudio más detenido de estas ediciones me permitirá en el futuro averiguar diferencias menores, y complementarlo con el estudio de las traducciones, pero por el momento no es pertinente para la edición crítica.

La Príncipe, y sus variantes (1591 —de menos páginas—, 1608 y 1684) tienen 535 pp. numeradas desde la portada, con un intercalamiento de dos entre la 4 y 5, para la tasa y la fe de erratas (la facsimilar de Valencia tiene una, del licenciado Cristóbal de Orduña, de 13 de abril 90, y en la página anterior —no numerada— la tasa de 30 de abril del 90, última fecha del libro).

Solamente queda decir ahora que la primera traducción, la italiana de 1596, censuró varias partes del libro V (especialmente por lo que afecta a las comparaciones entre la religión mexicana y la romana), advirtiéndolo al fin del libro en nota a pie de página. Tal vez sea esta traducción (que no

tuvo segunda edición) la mejor estudiada, siempre por especialistas italianos. Esta curiosidad filológica no volvió a ser empleada, que yo sepa, en las otras (francesa, inglesa, holandesa, alemana y latina: tal vez con la sola excepción de la alemana de De Bry, que ha sido muy estudiada). Por su parte, la versión francesa es la más repetida (1598, 1600, 1606, 1616 y 1617), y contiene un prólogo interesante del traductor, donde llama al autor «Plinio y Heródoto del nuevo Mundo» —i.e, las máximas autoridades en ese campo, los «maîtres à penser» de su tiempo— por su objetividad y orden expositivo (mención que heredará nuestro Feijóo en su *Teatro crítico universal*, y se transmitirá a las ediciones de 1792, 1894, etc.). En el prólogo del traductor se deja caer una mentira antiespañola, propia de los tiempos de guerra en que se inscribe, entre Francia y España: que los ejemplares españoles fueron todos quemados, y sólo se ha salvado la versión francesa. Me pregunto si esto da lugar precisamente a la inglesa inmediata: efectivamente, de la francesa sale la inglesa de 1604, pues el traductor sabia francés, no español (razón por la cual oculta su nombre en iniciales, E[dward] G[rinstone] y copia el mismo título de la francesa («Historia… de las islas orientales y occidentales»). La holandesa de 1598 está a cargo de Joan Linschotten, viajero católico neerlandés a la India oriental, que no solamente sabe castellano sino que escribe por su cuenta un famoso *Itinerario* (con el cual establece numerosas comparaciones en notas a la traducción), y tal vez ofrece la mejor traducción contemporánea. Formalmente, la traducción holandesa ofrece la mayor sofisticación (en el tamaño menor, papel y tinta, dos tipos de letra para texto y notas, llamadas al comienzo de página sobre libros contenidos, y las correspondientes notas). La 2ª edición de 1624 contiene lo mismo junto con una docena de ilustraciones xilográficas.

La traducción holandesa da lugar a la latina y alemana de Teodoro de Bry, que usa su nombre en lugar del autor, subsumido anónimamente en algún lugar por «un jesuita». Estas ediciones alemanas ocurren en Frankfurt an Main, mientras otra versión anterior alemana por parte católica se hace en Colonia, donde también sale su tratado misional, precedido del «De natura Novi Orbis» (que es empleado luego en la traducción de la HNMI). El interés enorme de la versión De Bry es que la obra de Acosta se inserta en una enciclopedia, exactamente en la primera mitad del tomo XI, y se acompaña de 14 dibujos en talla dulce, de cobre. Esta enciclopedia ha sido muy estudiada en otras partes (B. Bücher, M. Duchet…), acentuando el aspecto de crítica al catolicismo por sus crueldades militares, al mismo tiempo que se criticaba el canibalismo brasileño y mexicano. Nosotros conducimos nuestro análisis por otro lado (por la relación entre texto e imagen), y aprovechamos sus imágenes en nuestra edición. En varios países europeos se ha intentado una nueva versión traductora en el siglo XX (francés, italiano e inglés), que no nos sirve para nuestro propósito, excepto la inglesa, como verdadero «contramodelo» (como se ha visto). En el año 1964 se tradujo al japonés, y en 1992 se tradujo a la misma lengua su tratado misional, pero no ha salido que yo sepa en chino ni en portugués, dos países de los que habla el autor frecuentemente en su Historia. Estas traducciones son más importantes para estudiar la recepción de la obra, que para la obra misma. Solamente quiero agregar que la historia indiana de Acosta ha sido objeto de versiones abreviadas en los libros de viaje, especialmente en Purchas y en el célebre tratado politológico de Pierre d'Avity, que tradujo del francés al inglés el mismo E. Grimstone.

Pero las ediciones que nos importa analizar más como fuentes son las castellanas. Y de todas las antiguas, la más interesante es la de 1792 que por fin corrige los errores más groseros de numeración y lapsus. Pero no solamente hace eso, sino que lo divide en dos tomos (natural y moral), le introduce un índice en cada uno, le agrega un excelente prólogo explicando su interés y versiones anteriores, y le agrega los versículos en las citas bíblicas. Pero lo más importante es su esfuerzo de comprender al autor, que le lleva a modernizar el léxico (medida que influye considerablemente en los editores de los siglos XIX y XX). Él mismo lo expresa en su «prólogo del editor», de este modo: «Hemos mejorado… con cuidar de lo tocante a su impresión, corregir varias erratas que hemos notado en las anteriores; y últimamente con substituir algunas voces corrientes en vez de otras anticuadas: como *Perú* por *Pirú, Inca* por *Inga, ternan* por *tendran,* asaz por *bastante, y verná* por *vendrá* [y muchas más como *cuidar* por *curar, volver* por *tornar*…], por acomodarnos a lo que están hechos ahora nuestros oídos» (así acentuado y puntuado).

Los del XX lo reconocen paladinamente, pero el del XIX se esconde detrás de una mentira que engaña a todos, incluido al crítico Menéndez Pelayo: anuncia en la portada que su edición es «ahora fielmente reimpresa de la primera edición». Por el contrario, sigue fielmente —aunque con disimulo— la magnífica edición ilustrada, la divide en dos tomos con sus índices y notas iguales, aprovecha su prólogo y moderniza igualmente el texto. Es la única que antepone a su autor el apelativo «fray», que usan tantos erróneamente, dada su divulgación.

Pero realmente, las ediciones más cotejadas por mí son las del siglo XX. Mateos sigue el proceso modernizador de 1792-1894, cambiando incluso términos (cuidar por curar,

volver por tornar, temperamento por tempero, además de por ultra de, etc.), como haría Araníbar con Garcilaso. Suele elegir expresiones modernizadas (ahora, Perú, alrededor), conservando otras arcaicas (esotros, dello, de el mar del Sur...) y también moderniza las conjugaciones de futuro y potencial (terná, ternía) y las posposiciones de pronombres (hacellos, averiguallas). Es en estos casos que lo hacemos notar, como inconsecuencias. Elimina las y copulativas en las enumeraciones (menos la última), así como los paréntesis del autor, que substituye por comas. Pero a veces deja los arcaísmos, y con cierta frecuencia hay errores tipográficos. Le agrega una excelente introducción bio-bibliográfica, donde defiende en general los puntos de vista de la Compañía acerca de su miembro, en parte rebelde. Algo en que innova Mateos es en incluir los puntos y aparte interiores, bien relacionados con la temática, y añadirle un índice de autores y términos indígenas y topónimos. Al editar la historia con el tratado misional y otros «escritos menores» —como le llama— estos índices se enriquecen notablemente.

O'Gorman mantiene los puntos seguidos de la príncipe, y en general los términos y conjugaciones arcaicas, pero a veces moderniza sin advertir. Reconoce no haber llevado a cabo personalmente la edición, sino más bien los estudios introductorios y anexos (diferentes en 1940 y 1962): sus estudios de glosa acerca de varias crónicas han creado escuela, y son especialmente valorados como parte de una historia intelectual de altura acerca de la «invención de las Indias», no descubrimiento. De la edición de 1792, cuyas menciones de versículos usa, toma algunas de sus modernizaciones y decisiones. Los anexos ofrecidos en sus numerosas ediciones nos ayudan a ver con más detalle la recepción de la obra de Acosta por la posteridad, así como el uso por Acosta de una amplia bibliografía antigua, clásica y patrística. Aunque la creemos menos meritoria que la de Mateos, en general es más conocida la de O'Gorman (que lleva ya dos ediciones y 3 reimpresiones, sin contar 3 versiones abreviadas para uso universitario), especialmente en los países americanos, habiendo servido de base para la traducción inglesa de 2002.

Le sigue fielmente la edición de Alcina (1987), copiando la versión textual de O'Gorman, a la que añade algunos errores (puesto que no controló la edición, como era ordinario en la colección apresurada de Historia 16), que intentó a veces corregir en notas. Le adjunta un buen prólogo (siguiendo a O'Gorman, Mateos y Del Pino). En una reseña amplia nuestra intentamos responder adecuadamente, y aclarar varios malentendidos interpretativos (especialmente su concepto de evolución cultural y el del P. Las Casas, así como su teoría del poblamiento primitivo, que Acosta no pensó probablemente que fuera por el Norte). Creo que, dentro de la corrección general de sus notas interpretativas, se abandona aclarar al lector la intención del autor o —incluso— subrayar lo original o rescatable hoy, en favor de un «estado de la cuestión» muy moderno, especialmente en cuestiones etnográficas puntuales. Defecto típico de los editores «especialistas», que imita la reciente versión inglesa.

Personalmente, las de O'Gorman y Mateos son las dos ediciones más usadas, en que me entrené como lector, como la mayor parte del público universitario de nuestros días, apreciando las contribuciones de ambos y llevándome finalmente a la conclusión de la necesaria edición crítica que nunca se abordó, a pesar de la reiterada reimpresión facsimilar: justamente es con la primera reproducción facsimilar de 1977 —con largo prólogo de B. Beddall (que yo critiqué en 1978 por su preferencia por la historia natural)— como inicié mi tratamiento intelectual de Acosta. Hice en 1999 una comparación sistemática sobre sus sistemas ecdóticos, llegando a la conclusión de que la versión de O'Gorman contenía más errores por no haberse planteado personalmente la edición, y no haber procedido a modernización formal alguna. Sin embargo, el mayor interés intelectual del mexicano rescató para el autor un espacio internacional mucho mayor, mientras el P. Mateos se preocupaba más por la ortodoxia religiosa de su cofrade, controlando mejor su biografía personal por su mayor dominio documental.

7. Reconocimientos

En este cotejo con las ediciones del siglo XX he recibido en primer lugar la ayuda paciente de Pilar Romero de Tejada, colega y compañera vital que soportó interminables sesiones de repaso en sucesivos fines de semana de los últimos dos años, entregados a la colación de cada variante gráfica. A pesar de sus escrúpulos ante el lado puramente «literario» de mi labor etnohistórica, el resultado final le debe mucho: sin ella no lo hubiera concluido.

Debo luego comenzar de más atrás reconociendo la influencia inicial de mi maestro Juan Pérez de Tudela desde mediados de los 60, tanto de tipo práctico por sus sofisticados estudios introductorios en las ediciones que hizo en la BAE (en particular de Fernández de Oviedo y Las Casas) como a nivel téorico y general, por insistirme en editar a Acosta superando las ediciones de Mateos y O'Gorman, durante la dirección de mi tesis doctoral (1968-1973).[45]

[45] En 1973 renuncia como director a favor del profesor Carmelo Lisón, que orienta la fase final de la misma (mayo de 1975).

Ya comencé con él a estimar la labor editorial como algo verdaderamente intelectual, pero también debe ser tenido en cuenta el ejemplo del mexicano O'Gorman como historiador intelectual perceptivo, de alguien que quiere captar el espíritu de una época y del autor editado (ediciones numerosas de Acosta, Las Casas, Motolinía…). Mis «pinitos» posteriores como historiador de la antropología, siguiendo al maestro George W. Stocking, me harían recordar los debates historicistas de O'Gorman, sus referencias a Collingwood —a quien tradujo— o al exilado español Ramón Iglesia.

Pero, más que todos ellos, yo creo que fue el arqueólogo Rowe, de Berkeley, quien me inspiró un modelo «ecdótico» antes de descubrir la práctica alegre y liberadora de Arellano. Su «retraducción» inglesa del proemio al tratado misional en 1964 y su interés en general por las fuentes clásicas usadas por los cronistas y por sus gramáticas indígenas, estimuló mi curiosidad filológica como parte integrante de mi entrenamiento etnográfico. Fue la lectura de sus dos artículos de 1964 y 1965 la que me llevó a ubicar al P. Acosta como una baza importante en mi estrategia de historia antropológica en las crónicas de Indias: en realidad sucedió esto como subproducto o culminación de la escuela norteamericana, en general, a la que yo había distinguido en mi tesis doctoral como especialmente pertinente bregando con los manuales antropológicos europeos (alemanes, ingleses y especialmente franceses).

Terminada mi tesis, y a partir de los dos congresos de 1978 (homenaje a F. de Oviedo y en el I congreso de la Sociedad española de Historia de las ciencias, en que participé como organizador), fui enhebrando artículos sobre Acosta hasta sumar la veintena, siempre en defensa de su cientificidad. La fase siguiente me llevó a descubrir el método y el punto de vista historicista de Stocking, en torno al presentismo y las historias «whig» (que tienden a la *precursitis* y a la selección interesada —cuando no distorsionada— de precedentes) y, tras querer aplicarlo a mis trabajos del XVIII (conceptos de honor ilustrado, en la línea de N. Elías) y XIX (escuela de Costa, bien documentada por mi parte a través de los epistolarios y concursos), caí en la cuenta de aplicar las mismas coordenadas «historicistas» y postmodernas —en un ensamblaje «reflexivo» indudable— a la obra del P. Acosta. Ésta sería la etapa final de mi tratamiento de Acosta, ya como editor.

Mientras maduraba mis propios métodos (y antes de proponerme una edición crítica con Arellano), fui ejercitando en el proceso editorial a mis alumnos dentro de cursos de doctorado (1982-1998). Con ellos, durante los años 90 fui preparando diversos ensayos de edición poniendo a discusión de otros —de sucesivas hornadas de alumnos en fase doctoral— mis ejercicios con los capítulos religiosos (canibalismo y rituales) y de economía comparada (el pan de Indias). Con ellos me fue posible madurar mi proyecto puramente teórico, hallando soluciones parciales a diversos problemas de orden práctico. Agradezco su estímulo y crítica muy variada a esas varias docenas de alumnos de doctorado matriculados conmigo en «Lectura y Ethnohistoria de Crónicas» en los años 90.[46]

Agradezco especialmente a dos colaboradores directos y prolongados, uno por su esfuerzo para copiar la edición príncipe (Beatriz Vitar) y otro por proponerme un modelo editorial «conservador» y filológico (Carmen Díaz Margarit), repartiéndonos ella y yo a medias los libros de Acosta. En el primer caso supe lo que eran los *homoteleuton* (pues lo he ido advirtiendo posteriormente, cuando he procedido a una edición comparada, en contraste con el «scanner» que, por fin, a mediados de los 90 pude usar para el libro no copiado, el V); y en el segundo caso, me afirmé —frente a ella— en una opción modernizadora, que hallé justificada mucho más adelante a partir del conocimiento de Arellano, dando más importancia a la fidelidad de sentido que a la paleográfica (ortográfica y léxica) y sobre todo, permitiéndome dar prioridad a la comprensión plena actual sobre la fidelidad para gusto de especialistas. Es sorprendente la claridad con que quedan los textos cuando se explican a alumnos diversos y a lectores de interés general, como fue el público real al que se dirigía el autor. Es por ello, tal vez, por lo que pongo especial atención en mis notas en hacer notar el interés particular del autor, no el de los especialistas actuales (antropólogos, lingüistas, filósofos), como he visto hacer a algún editor reciente. No me importa tanto señalar en cada nota los estudios recientes sobre esa materia, que a fin de cuentas resulta imposible compendiarlos todos, como hacer notar la voluntad particular del autor, o su particular identidad, en contraste con otros. Especialmente reacciono contra algunas ediciones recientes (la inglesa) y la bibliografía lascasiana, que ha subrayado y tergiversado las posiciones interculturales del autor. Sin caer en la apología, creo que el editor debe ser un aliado del autor, nunca un enemigo.

[46] Sería para mí difícil mencionar a cada uno de ellos, aunque conservo al cabo de tanto tiempo las fichas personales y sus ejercicios anotados, porque en realidad se trató de una empresa colectiva e indirecta, en que no se sabía bien quién era el autor de cada idea. Pero, aún así, no podría dejar de reconocer la importancia de esta relación dialéctica entre nosotros como lectores simultáneos de una obra.

Naturalmente todo ello me ha llevado mucho tiempo, pero no me quejo, porque me encontraba siempre ante un autor que siempre he leido con gusto. Tras asumir un método propio a fines de los 90, he ensayado a transcribir el libro de Acosta lo menos cuatro veces[47]. En realidad, mi metodología ecdótica se ha ido puliendo con otros autores, que he publicado antes que Acosta. Mi primerísima experiencia editorial de textos fue la traducción en 1971-1974 del *Manual de Etnografía* de Marcel Mauss, que se me encargó primeramente revisar, para luego hacerla por mi cuenta agregándole 150 páginas de notas, revisión de bibliografía e ilustraciones numerosas. Luego se puso a punto en un equipo editorial formado a fines de los 80 bajo los auspicios de la Casa de Velázquez (por un número considerable de colegas franceses participantes: Saignes, Duviols, Mustapha y Bouisse-Casagne) para editar la obra completa de Polo de Ondegardo, justamente el informante peruano de Acosta. El aprendizaje en este caso fue intenso, al poder observar a miembros ancianos y jóvenes —americanistas de distintas generaciones— enfrentados con diversos criterios a los mismos problemas de documentación, transcripción y anotación. De todo ello no se ha publicado sino mi parte en la *Revista Histórica*, de Lima, tratándose de la edición de Polo que hizo Acosta en 1585, en el III concilio limense. Pero la utilidad para tomar decisiones en temas andinos, he podido aprovecharla para editar un inédito del P. Bartolomé Álvarez, en colaboración con dos expertos amigos: el olfato documental de Martín Rubio, la sistemática rigurosa de Villarías y mi propia iniciativa modernizadora han logrado llevar a cabo una edición que me parece ejemplar, siendo muy exitosa en el contexto andinista la recepción hacia esta nueva crónica indiana (Del Pino 1997).

Finalmente, una vez fracasado el proyecto urgente de Polo y concluido el Álvarez, pude dedicar mi energía ecdótica al P. Acosta de la mano del maestro Arellano, al que fui presentando en diversos congresos coordinados por él fases diversas de mi proceso editorial de Acosta (comparación de las ediciones de O'Gorman y Mateos, y edición de términos no castellanos), hasta organizar en diciembre de 2003 un congreso específico a la Edición y lectura de Crónicas de Indias: congreso pensado primeramente en los 90 con Ángel Delgado, como continuación de su exposición de ediciones castellanas en la John Carter Brown Library. Mi paso por esta anciana biblioteca americana me puso en contacto con todas las ediciones antiguas de Acosta, especialmente con las extranjeras, que hubiera sido imposible en otro repositorio cualquiera (ya lo intenté en 1982 en la British de Londres, analizando algunas traducciones inglesas de Acosta, además de la conocida de 1604). Afortunadamente, durante mi estancia en Brown conocí y colaboré con la traductora inglesa de Acosta, y con otros colegas del departamento de Estudios Hispánicos (Jose Amor y Vázquez, Antonio Carreño, Julio Ortega, Stephanie Merrim…). Asomarme a las traducciones de Acosta en forma comparada[48] me ha permitido una seguridad personal en mis procedimientos ecdóticos, de la que carecía.

La posibilidad ofrecida en el congreso de 2003 sobre *Lecturas y Ediciones de Crónicas de Indias* de combinar las diferentes corrientes americanistas (habituales entre antropólogos, historiadores, literatos y juristas) me permitió alcanzar un cierto «consenso» interdisciplinario, de modo que pudiese pensarse en que las ediciones futuras incorporaran procedimientos diversos ante un solo lector. He tratado por último de confirmar ese criterio interdisciplinario en algunas reuniones sostenidas en Lima en el otoño de 2005 y 2006, con motivo de la presentación de dos libros peruanistas coordinados por mí en la Editorial Iberoamericana: a partir de un curso abierto al público destinado a presentar mi edición de Acosta (Lima, octubre 2006), he dedicado luego el curso de maestría en Filología Hispánica de la Fundación Carolina (Madrid marzo 2007) al mismo problema. En ellos he podido escuchar y sostener nuevamente opiniones encontradas sobre el problema editorial, algunas de raíz disciplinar y otras personal, o de puntos de vista.

En fin, todos estos «precedentes» no son la causa única de mis propias decisiones editoriales, pero me han permitido elegir mejor entre diferentes opciones, de modo que creo haber enriquecido ampliamente mis inclinaciones previas. En todo caso, y aunque nunca dejo de aprender algo sobre el mismo proceso ecdótico, creo que por el momento no podría hacerlo de otro modo.

[47] En mis anotaciones del libro V, consta un repaso de lectura y corrección al menos en 1992 (copia de B. Vitar), para luego ser transcrito una 2ª vez hacia 1998-2001, con repaso final en agosto 2001 al 02, y finalmente concluido en marzo de 2006. He tardado, pues, 15 años en fijar mi posición ecdótica propia, en los cuales he usado esta edición para artículos y docencias diversas.

[48] Observando el caso de ediciones «indirectas» en inglés y alemán (que traducen respectivamente del francés o del holandés, no del castellano), el de los dibujos nuevos de la alemana y la holandesa, las notas inesperadas de la holandesa por un traductor entendido (Linschotten), las «licencias» correctoras de la versión italiana -eliminado capítulos- o francesas, inventando sucesos en el prólogo, así como creando una imagen ilustre de Plinio y Heródoto americanos para el futuro del autor (que nos transmitirá Feijóo en castellano).

7. Bibliografía de Acosta

a) Sobre Acosta

ÁLVAREZ DE TOLEDO, I.: *Culturas indígenas y evangelio en José de Acosta.* Pontificia Universitas Sanctae Crucis, Facultas theologiae, Thesis ad doctorandum in sacra Teología totaliter edita, Romae, 2000.

— «Acosta, Jose de, S.J., Missionar.», en *Biographisch-Bibliographisches Kirchenlexicon,* band XVII, spalten 4-13, Verlag Traugott Bautz, 2000 (www.bautz.de/bbkl).

ANADÓN, J.: «El Padre Acosta y la personalidad histórica del hermano Lorenzo», *Cuadernos Americanos* 12 (1988) 6, 12-38.

ANASAGASTI, P.: «Tres misionólogos frente a la vocación misionera: José de Acosta, Tomás de Jesús y Domingo de Gubernatis», *Misiones Extranjeras* (Madrid) 5 (1956) 71-96.

ARROM, J. J.: «Precursores coloniales de la narrativa hispanoamericana: José de Acosta o la ficción como biografía», en *Revista Iberoamericana* 44 (1978) 369-383.

BACIERO, C.: «La promoción y evangelización del indio en el plan de José de Acosta», en L. Pereña (coord.), *Doctrina Cristiana y catecismos para instrucción de los indios*, Madrid, CSIC, Corpus Hispanorum de Pace, XXVI-1, 1986, pp. 117-162.

— «Acosta y el Catecismo Limense: una nueva pedagogía», en L. Pereña (Ed.) *Inculturación del Indio.* Universidad Pontifica de Salamanca, 1988, pp. 201-262.

— «Presencia del P. José de Acosta en la evangelización de América», *Miscellanea Comillas, Madrid* 52 (1994) 331-352.

BASALISCO, L.: «La traduzione italiana cinquecentesca della "Historia natural y moral de las Indias", *Quaderni de lingua e letteratura* 18 (1993) 151-161.

BEDDALL, B.: «El P. José de Acosta y la posición de su Historia Natural y Moral de las Indias en la historia de la ciencia», Prólogo en J. de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Ed. facs. Valencia, Valencia Cultural, 1977, pp. 11-129.

BENSIMON, N.: *Le Père Acosta naturaliste: humanisme et expérience.* Diss. Institut d'études hispaniques de l'Université de Paris, 1957.

BURGALETA, C.: *José de Acosta, S. J. (1540-1600). His life and Thought.* Chicago, Loyola Press, 1999.

CARRACIDO, J. R.: *El P. José de Acosta y su importancia en la literatura científica española.* Madrid, Estab. tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1899.

CAVASSA CANESSA, E.: «Una metáfora teológica inculturada. La "Salvación de los indios" en José de Acosta», *Miscellanea Comillas,* 51 (1993) 89-123.

COELLO DE LA ROSA, A.: «Más allá del Incario: Imperialismo e historia en José de Acosta, SJ (1540-1600)», *Colonial Latin American Review*, vol. 14, nº 1, June, 55-81.

DAINVILLE, F.: *Les Jésuites et l'education de la société française. La Géographie des Humanistes.* Paris, Beauchesne et ses fils, 1940.

DE LA PINTA LLORENTE, M.: *Actividades diplomáticas del P. José de Acosta. En torno a una política y a un sentimiento religioso.* Madrid, Instituto Jerónimo Zurita, Escuela de Historia Moderna, CSIC, 1952.

DEL PINO DÍAZ, F.: «Contribución del Padre Acosta a la constitución de la etnología: su evolucionismo», *Revista de Indias* 38 (1978) 507-546.

— «Los reinos de México y Cuzco en la obra del P. Acosta», *Revista de la Universidad Complutense* 28 (1979) 13-44.

— «Culturas clásicas y americanas en la obra del Padre Acosta», en F. Solano-F. del Pino (Eds.), *América y la España de siglo XVI.* Madrid, CSIC, Inst. F. de Oviedo, 1982, Vol. I, pp. 327-362.

— «El misionero español José de Acosta y la evangelización de las Indias Orientales», *Missionalia Hispanica* 42 (1985) 275-298.

— «Edición de Crónicas de Indias e historia intelectual, o la distancia entre José de Acosta y José Alcina», *Revista de Indias,* 190 (1990) 861-878.

— «Humanismo renacentista y orígenes de la etnología: a propósito de P. Acosta, paradigma del humanismo antropológico jesuita», en Berta Ares y otros *Humanismo y visión del otro en la España moderna*, Madrid, CSIC, 1992a, pp. 377-429.

— «La Renaissance et le Nouveau Monde: José de Acosta, jésuite anthropologue (1540-1600)», *L'Homme* 32 (1992b) 309-326.

— «La civilización indiana como criterio de diferenciación misional para el P. Acosta», en F. Delgado S.I. (Ed.), *La Compañía de Jesús en América. Evangelización y justicia, siglos XVII y XVIII.* Actas del Congreso Internacional de Historia, Córdoba 1993, pp. 251-259.

— «José de Acosta» en C. Ortiz y L.A. Sánchez, *Diccionario histórico de la Antropología en España*. CSIC, Madrid, 1994, pp. 41b-46b; 57-88.

— «Los caníbales chiriguanos, un reto etnográfico para dos mentes europeas: Acosta y Polo», en. F. del Pino-C. Lázaro (Eds.), *Visión de los otros y visión de sí mismos.* Madrid, CSIC, 1995.

— «El Memorial del P. Alvarez como diario misional», en Bartolomé Álvarez, *De las costumbres y conversión de los indios del Perú. Memorial a Felipe II (1588).* Edición de

M.C. Martín Rubio, J.J. Villarías Robles y F. del Pino Díaz. Madrid, Ediciones Polifemo, 1997.

— «Hermenéutica y edición crítica de la «Historia natural y moral de las Indias», del P. Acosta», en Ignacio Arellano y José A. Rodríguez Garrido (Eds.), *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericanos*, Pamplona-Madrid, Ed. Iberoamericana, 1999, pp. 503-530.

— «Las historias naturales y morales de las Indias como género: orden y gestación literaria de la obra de Acosta», *Histórica* (Lima), XXIV (2) (2000) 295-326.

— «Aires clásicos en los Andes, o la clasificación jesuita de la religion incaica», en P. Caldera (ed.) «*Magia y religión de la Antigüedad a nuestros días*». *Cuadernos Emeritenses*, 18 (2001), Museo Nacional de Arte Romano, Mérida, pp. 237-260.

— «Apología americana y conciencia nacional en las crónicas de Indias: la estela histórica del padre Acosta.», en Catherine Poupeney-Hart Y Albino Chacón (Coord.), *El discurso colonial: construcción de una diferencia americana*. Editorial Universidad Nacional, Heredia (Costa Rica), 2002a, pp. 99-133.

— «Inquisidores, misioneros y demonios americanos». En F. Del Pino (Coord.), *Demonio, Religión y Sociedad entre España y América.* Biblioteca de Dialectología y Tradiciones Populares, XXXV. Madrid, CSIC, Bibl. Dialectología y Tradiciones populares, XXV, 2002b, pp. 139- 160.

— «Tratamiento ecdótico de los elementos no castellanos en la historia indiana del Padre Acosta», en Ignacio Arellano/Fermín del Pino (eds.), *Lecturas y ediciones de Crónicas de Indias. Una propuesta interdisciplinar.* Quinto Congreso internacional de edición y anotación de textos. Pamplona-Madrid, Ed. Iberoamericana, 2004, pp. 221-240.

— «Texto y dibujo. La Historia indiana del jesuita Acosta, y sus versiones alemanas con dibujos». En *Jahrbuch für Geschichte LateinAmerikas,* band 42, 2005. pp. 1-31, Böhlau Verlag (Koln).

— «Acosta, José de... Misionero, predicador y teólogo. Célebre cronista indiano», en *Diccionario Biográfico Español.* Real Academia de la Historia, Madrid, 2007. www.rah.es/diccBiografico.htm

DURÁN, G.: (Coord.), *Monumenta Catechetica Hispanoamericana (siglos XVI-XVII)*. Buenos Aires. Universidad Católica Argentina, 1984.

ENGUITA UTRILLA, J. M.: «El americanismo léxico en la »Peregrinación de Bartolomé Lorenzo», *Anuario de Lingüística Hispánica 4* (1988) 127-145.

— «Indoamericanismos léxicos en dos «cartas annuas» del Padre Acosta», *Anuario de letras* 29 (1991) 105-132.

FORD, T.: «Stranger in a foreing land. José de Acosta's scientific realizations in Sixteenth-Century Peru,» *Sixteenth Century Journal* 29 (1998) 19-33.

FORESTA, G.: «Padre José de Acosta», en G. Foresta, *Il Nuovo Mondo nella voce di cronisti tradotti in italiano*, Roma, Bulzoni, 1988, pp. 220-46; pp. 441-455.

GANGUTIA ELICEGUI, E.: «El Padre Acosta y las teorías lingüísticas de la ilustración», en F. Solano-F. del Pino (Eds.) *América y la España de siglo XVI*. Madrid, CSIC, Inst. F. de Oviedo, vol I, 1982, pp. 363-372.

GARCÍA y GARCÍA, A.: «Salamanca y los Concilios de Lima. La obra del Padre José de Acosta», en D. Borobio, F. R. Aznar y A. García (Eds.), *Evangelización en América*, Colección Salamanca en el descubrimiento de América. Salamanca, 1988, pp. 331-346.

GEMEGAH, H.: *Die Theorie des spanischen Jesuiten José de Acosta (ca. 1540-1600) über den Ursprung der indianischen Völker aus Asien.* Frankfurt-Main, 1999.

GLIOZZI, G.: «Nuova scienza e Nuovo Mondo», en *Adamo e il Novo Mondo. La nascita dell'antropologia come ideologia coloniale: dalle genealogie bibliche alle teorie razziali (1500-1700).* Firenze: La Nuova Italia Editrice, 1977, 371-513.

GUARNIERI CALÒ CARDUCCI, L.: *Nuovo Mondo e ordine politico. La Compagnia di Gesú in Perú e l'attivitá de José de Acosta* (Homo absconditus). Rimini, Mailand 1997.

HELM, F.: *La misión católica durante los siglos XVI-XVII. Contexto y texto. El condicionamiento contextual de la misión, analizado por la comparación de los catecismos de José de Acosta SJ (Lima, 1584) y de Matteo Ricci SJ (Beijing, 1603).* Cochabamba (Bolivia), Colección misión y diálogo, 4, 2002.

HORNBERGER, T.: «The scientific ideas of José de Acosta», en L. Hanke (Ed.) *History of Latin America civilization, sources and interpretations*, Boston: Little, Brown, 1967-1973, vol. 1, pp. 406-420.

HUDDLESTON, L. E.: «Joseph de Acosta and the Acostan tradition» en L-L. Huddleston *Origins of the American Indians. European concepts, 1492-1729*, Austin-London University of Texas Press, 1967.

LA TORRE y LÓPEZ, A. E.: «Dos criollos vallisoletanos: Acosta y Polo de Ondegardo. Sus informaciones sobre idolatrías», en Caja de España de Inversiones (Ed.), *Castilla y León en América*, vol. III, Valladolid-León 1991, pp. 259-278.

LERTOLA MENDOZA, C. A.: «Un hito en la historia de la cultura: José de Acosta y su visión de la conquista americana», *Logos* 21 (1993) 63-71.

LEURIDAN HUYS, J.: *José de Acosta y el origen de la idea de misión. Perú, siglo XVI***.** Cuzco, Centro Bartolomé de Las Casas, 1997.

LIENHARD, M.: «Una novela hispanoamericana en 1586 (José Acosta, La peregrinación de Bartolomé Lorenzo)», en L. López Molina, *Miscelánea de estudios hispánicos. Homenaje a R. Sugranyes de Franch*. Publicaciones de l'Abadía de Monserrat (Barcelona), 1982, pp. 175-187.

LISI, F. L. (Ed.): *El tercer Concilio limense y la aculturación de los indígenas sudamericanos.* Estudio crítico con edición, traducción y comentario de las actas del concilio provincial celebrado en Lima entre 1582 y 1583, por…Salamanca, Acta Salmanticensia. Estudios filológicos 233, 1990.

LOPETEGUI, L.: *El Padre José de Acosta S.I. y las misiones,* Madrid, 1942.

— «Influjos de Fr. Domingo de Soto O. P. en el pensamiento misional del P. José de Acosta S.I.», *Estudios Eclesiásticos* 36 (1961) 57-72.

MACCORMACK, S.: «The Mind of the Missionary. Jose de Acosta on the Accomodation and Extirpations, circa 1590», en *Religion in the Andes: Vision and Imagination in Early Colonial Peru.* Princeton Univ. Press, 1993, pp. 249-280.

MARÍN AGREDA, P.: *Estudio de los indigenismos en la «Historia natural y moral de las Indias» del P. José de Acosta, I-II*. Madrid 1993, Colección Tesis Doctorales n. 161.

MARTIN, L.: «The Peruvian Indian through Jesuit Eyes: The case of José de Acosta and Pablo José de Arriaga», en C. Chapple, *The Jesuit Tradition in Education and Missions: A 450-Year Perspectiva.* University of Scranton Press, London: Associated University Presses, 1993, pp. 205-214.

MARZAL, M.: «Estudiosos de las culturas indígenas: José de Acosta», en M. MARZAL, *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*. Lima, Pontifica Univ. Católica del Perú, 1981, pp. 94-108.

— *José de Acosta*. Lima, Colección Forjadores del Perú, 1995.

MATEOS, F. (Ed.) *Historia General de la Compañía en la Provincia del Perú* (crónica anónima de 1600). Madrid, CSIC Inst. Fdez. de Oviedo, 1945.

— «Personalidad y escritos del P. José de Acosta», en F. MATEOS, *Obras del Padre José de Acosta.* Madrid, Biblioteca de Autores Españoles 73, Ed. Atlas, VII-XLIX, 1954.

MELÓN, A.: «El Padre Acosta y significación de su «Historia», en *Cuadernos hispanoamericanos* 65 (1966) 271-83.

MUSTAPHA, M.: «Sur un texte retrouvé: le Père José de Acosta S. J. et la querelle "de Auxiliis", *Annali della Facolta di lettere e filosofia dell'Università di Napoli.* 23 (1982) 209-216.

— «L'après-lascasisme au Pérou chez les pères de la Compagnie de Jésus: Acosta», *Ibero-Amerikanisches Archiv*, Berlín, 1985, 11(3), 268-281.

— *Humanisme et Nouveau Monde. Études sur la pensée de José de Acosta.* Thèse présentée en vue de l'obtention du Doctorat d'Etat. 1989, 2 tomes. Université Sorbonne Nouvelle, Paris III.

— «L'Évangile par la force ? Le clergé colonial vu par José de Acosta» en J.-P. Duviols et A.Molinié-Bertrand (Eds.) *La violence en Espagne et en Amérique (XV-XIX siècles).* Paris, 1997, pp. 175-187.

NIETO, A., S. J.: «Reflexiones de un teólogo del siglo XVI sobre las religiones nativas», *Revista de la Universidad Católica* 2 (Lima 1977) 133-148.

— *El Padre José de Acosta y su comprensión del mundo indígena*. Lima, Vida y Espiritualidad, 1988.

O'GORMAN, E.: «Prólogo», en J. de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*. México, Fondo de Cultura Económica, 1940.

— Prólogo a J. Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*. México, FCE, 1962 y varias reimpresiones (1978, 1985, 2006).

— Prólogo a J. de Acosta, *Vida Religiosa Y Civil De Los Indios*. México, Biblioteca del Universitario, UNAM, 1963 y 1995.

PAGDEN, A.: «Un programa de etnología comparativa. José de Acosta», en *La caída del hombre [natural], el indio americano y los orígenes de la etnología comparativa.* Madrid 1988, Alianza Editorial S.A., pp. 20-60.

— «The forbidden food: Francisco de Vitoria and José de Acosta on cannibalism» en *The Uncertainties of Empire. Essays in Iberian and Ibero-American Intellectual History.* Blackwell, Ashgate Publishing Group 1994.

QUILIS, A.: «Estudio», en J. de Acosta, *Historia moral y natural de las Indias.* Madrid, Agencia Española de Cooperación Iberoamericana, 1998, Vol. 2, pp. 1-120.

RESINES LLORENTE, L.: «José de Acosta», en L. Resines Llorente, *Catecismos americanos del siglo XVI.* Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo 1992, vol. 1, pp. 49-55.

RIVARA DE TUESTA, M. L.: *José de Acosta, un humanista reformista.* Lima, 1970.

ROMERO FERRER, R.: *Estudio teológico de los catecismos del III Concilio limense (1584-1585).* Pamplona EUNSA, Colección Teológica, 79, 1992.

ROWE, John H.: «Ethnography and Ethnology in the Sixteenth Century». *Kroeber Anthropological Society Papers,* 30 (1994) 1-15.

RUBIÈS, Joan Pau: «Theology, Ethnography, and the Historicization of Idolatry». *Journal of the History of Ideas*, Volume 67, Number 4, October 2006, 571-596.

SAIGNES, T.: «Indiens des cordillères, Indiens des piémonts au regard de trois chroniqueurs politiques: Cieza, Polo, Acosta», *Langues neo-latines* 261 (1987) 3-22.

SÁNCHEZ MANZANO, M. A.: «José de Acosta y la prosa jurídica del humanismo español», *Estudios de tradición clásica y humanística* (1993) 245-258.

SEQUEIROS, L.: «El Padre José de Acosta (1540-1600), misionero, naturalista y antropólogo en la América hispana», *Proyección* (Granada), 196 (2000) 63-74.

SHEPHERD, G. J.: *An exposition of Jose de Acosta's Historia natural y moral de las Indias, 1590. The emergence of an anthropological vision of colonial Latin America.* Latin American Studies, vol. 19, The Edwin Mellen Press, Lewinston (N. York), 2002.

SIEVERNICH, M.: «La visión teológica del Nuevo Mundo en la obra de José de Acosta», *Stromata,* 49, nº1-2 (1993) 185-120.

SOMMERVOGEL, C.: *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus, Première Partie.* Bruselas-Paris, Oscar Schepens, 1890.

URIARTE, J. E. y M. LECINA, S. J., *Biblioteca de Escritores de la Compañía de Jesús*, tomo I, Madrid, Imp. de la Vda. de López del Horno, 1925.

VILLEGAS, J.: «El indio y su evangelización de acuerdo a los lineamentos del P. José de Acosta S.I.», en F. Delgado, S.I. (dir.) *La Compañía de Jesús en América.* Actas del Congreso Internacional de Historia, Córdoba 1993, pp. 331-376.

ZEVALLOS, N.: «El Padre José de Acosta», en P. Nguyen Thai Hop (dir.) *Evangelización y teología en el Perú*. Lima Pont. Univ. Católica del Perú, 1991, pp. 179-198.

b) Trabajos de Acosta (en orden cronológico)

Doctrina Christiana y Catecismo para Instrución de los Indios, y de las demás personas que han de ser enseñados en nuestra Santa Fe. Compuesto por auctoridad del Concilio Prouincial, que se celebro en la Ciudad de Los Reyes, 1584.

*Tercero Catecismo y Exposicion de La Doctrina Christiana, por Sermones: para que los Curas y Otros...*Conforme a lo que en el Sancto Concilio Prouincial de Lima se proueyo. Ciudad de los Reyes, 1585.

Confessionario para los Curas de Indias con la instrución contra sus Ritos y Exhortacion para ayudar a bien morir y summa de sus privilegios y forma de impedimentos del matrimonio, Ciudad de Los Reyes, 1585.

Hay reedición de las tres en Sevilla 1604, Buenos Aires 1982 por G. Durán, y en Madrid 1985, CSIC, por L. Pereña, Corpus Hispanorum de Pace, XXVI-2).

De Natura Noui Orbis Libri Duo; et De Promulgatione Euangelii Apud Barbaros, Siue De Procuranda Indorum Salute libri sex. Autore Iosepho Acosta Presbytero Societatis Iesu, Salmanticae, apud Guillelmum Foquel, 1588 y 1589.

Reed. en Colonia 1596, Lyon 1670 y Manila, 1858: las dos ultimas sin el «De natura Novi Orbis». De la versión latina del «De natura» se hace una traducción alemana, «Geographische Vnd Historische Beschreibung…», 1598, reeditada en 1605 y 1617.

La dos traducciones del P. Mateos salen como *Predicación Del Evangelio en Las Indias,* bajo el patrocinio del Consejo Superior de Misiones, Madrid 1952, con introducción y notas; también en *Obras del P. José de Acosta de la Compañía de Jesús.* Edición de Francisco Mateos. Madrid, Atlas, Biblioteca de autores españoles 73 (1954). Incluye ésta el tratado traducido, cartas y memoriales con la «Peregrinación del hermano Lorenzo» como «Escritos menores», y la «Historia natural y moral de las Indias». Finalmente, la edición bilingüe dirigida por Luciano Pereña en el CSIC, como *De Procuranda indorum salute* en el «Corpus Hispanorum de Pace,» nº XXIII y XXIV, CSIC, Madrid, 2 vols. 1984 y 1987.

De Christo revelato, libri novem, et De temporibus novissimis libri quattuor. Romae (reed. en Lyon, 1592, Salamanca y Venecia posteriormente); *Concilivm Limense Celebratum Anno 1583 sub Gregorio XIII. Sum. Pont. Autoritate Sixti Quinti Pont. Max. Iussu Catholici Regis Hispaniarum, Atq[ue] Indiarum, Philippi Secundi, Editum Matritae 1591 (nueva edición de 1614).*

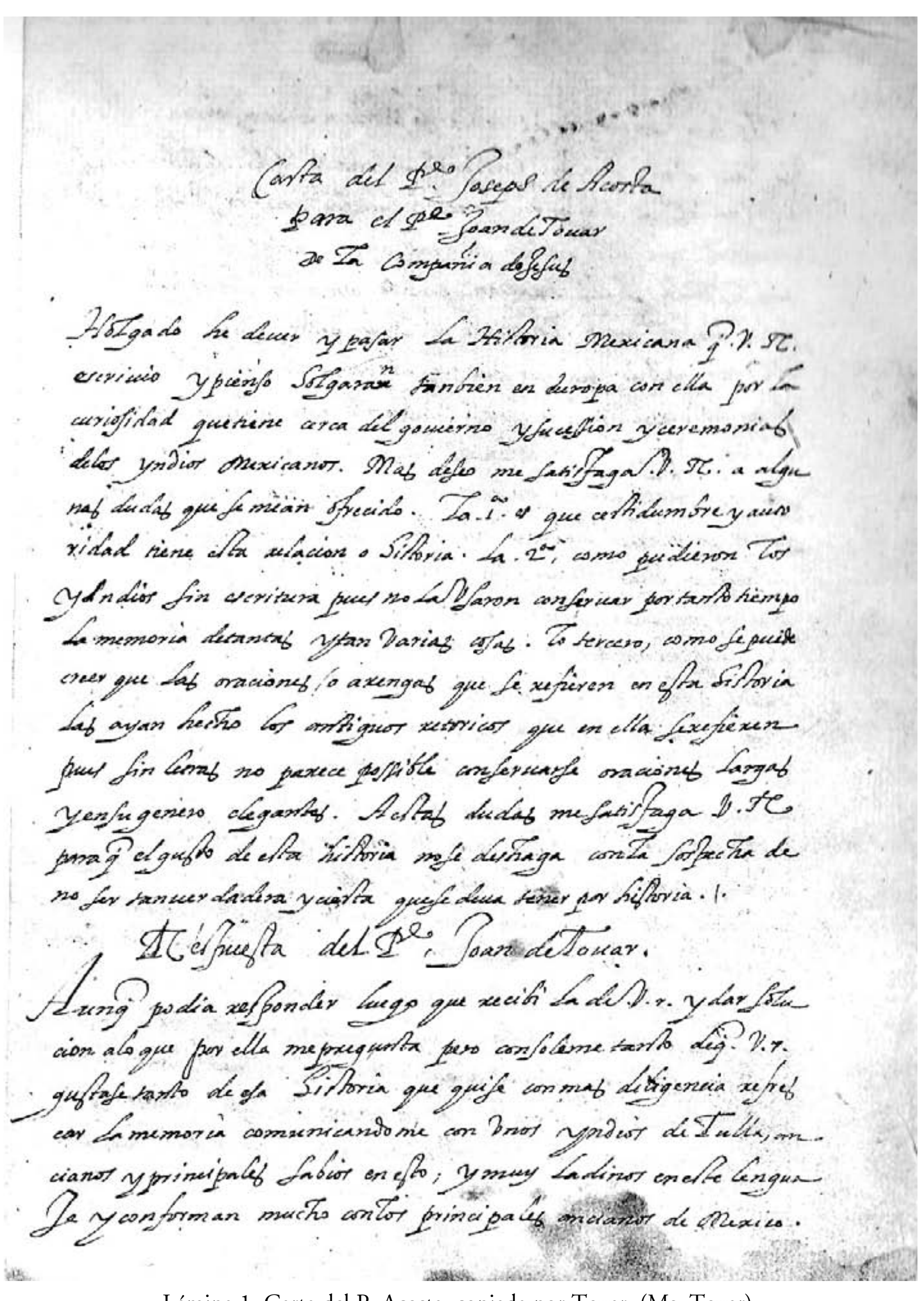
Historia Natural Y Moral De las Indias: En Que Se Tratan Las Cosas Notables Del Cielo, Y Elementos, metales, plantas y animales dellas; y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno, y guerras de los indios. Compuesta por el Padre Joseph de Acosta, Religioso de la Compañía de Jesús… impresso en Sevilla en casa de Juan de León. Año de 1590.

Ediciones españolas de 1591 en Barcelona, 1608 en Madrid, 1684 en Granada, 1792 y 1894 en Madrid en 2 tomos, así como las varias ediciones de Edmundo O'Gorman en México, 1940-1962-1978-1985-2006 tanto en el FCE como en la UNAM como «Vida religiosa y civil de los Indios» entre 1963 y 1995, seguida en la de Madrid 1987 por J. Alcina. Hay ediciones facsimilares de la príncipe, de la de 1792 y 1894, siendo la de 1590 «reproducida» como viejo ejemplar por la AECI, con estudio de

Antonio Quilis, y en soporte informático por la agencia MAPFRE y por Virtual Cervantes.

Luego estarían las traducciones (la italiana de 1596, solo editada en Verona; las francesas por Robert Regnauld de 1598, 1600, 1606, 1616 y 1617, entre Lyon y Paris, sin contar la reciente de Jacques Remy-Zaphir, en Ed. Payot, Paris 1979, 1989; la inglesa de 1604, por Eduard Grimstone, tomada del francés y reimpresa en la Hakluyt Society en 1880. La reciente de 2002 por Frances López-Morillas, realizada de la de O'Gorman; la holandesa de Linschotten en 1598, con notas, reeditada en 1624 con imágenes xilográficas: de aquí se tomó la alemana de Theorore De Bry en alemán, 1601 y latín, 1602 y sus famosos dibujos en bronce, con ediciones posteriores; la japonesa de la historia 1964 y del tratado misional en 1992).

Finalmente los sermones fueron objeto especial de su atención: *Conciones In Quadragesimam Quarum In Singulas Ferias Numerum & Locorum Index,* Salmanticae, 1596 y 1599; *Conciones De Adventv Id Est De Omnibus Dominicis & Festis Diebus à Dominica Vige*, Salmanticae, 1597 (reed. Venecia 1599 y Colonia 1600).



Carta del P.^e Joseph de Acosta
para el P.^e Joan de Tovar
de la Compañía de Jesús

Holgado he de ver y pasar la Historia Mexicana q̃ V. R.
escrivio y pienso holgarán tanbien en Europa con ella por la
curiosidad que tiene acerca del govierno y sucession y ceremonias
delos yndios Mexicanos. Mas deseo me satisfaga V. R. a algu-
nas dudas que se me an ofrecido. La 1.ª es que certidumbre y auto-
ridad tiene esta relacion o historia. La 2.ª, como pudieron los
yndios sin escritura pues no la usaron conservar por tanto tiempo
la memoria de tantas y tan varias cosas. Lo tercero, como se puede
creer que las oraciones, o arengas que se refieren en esta historia
las ayan hecho los antiguos retoricos que en ella se refieren
pues sin letras no parece possible conservarse oraciones largas
y en su genero elegantes. A estas dudas me satisfaga V. R.
para q̃ el gusto de esta historia no se deshaga con la sospecha de
no ser tan verdadera y cierta que se deva tener por historia.

Respuesta del P.^e Joan de Tovar.

Aunq̃ podia responder luego que recibi la de V. R. y dar solu-
cion a lo que por ella me pregunta pero consoleme tanto de q̃ V. R.
gustase tanto de esa historia que quise con mas diligencia refres-
car la memoria comunicandome con unos yndios de Tulla, an-
cianos y principales sabios en esto; y muy ladinos en este lengua-
je y conforman mucho con los principales ancianos de Mexico.

Lámina 1. Carta del P. Acosta, copiada por Tovar. (Ms. Tovar).

(p. 1)[1]

HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS

en que se tratan[2] las cosas notables del cielo
y elementos; metales, plantas y[3] animales dellas;
y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno,
y guerras[4] de los Indios

Compuesta[5] por el Padre Joseph de Acosta,
Religioso de la Compañía de Iesús

Dirigida[6] a la Serenísima Infanta
Doña Isabella[7] Clara Eugenia de Austria

Con privilegio, impreso en Sevilla
en casa de Juan de León
Año de
1590

[1] Sin numerar, aunque corresponde a la 1. La 2 está en blanco.
[2] «tratan de» (O'G.). Única edición del s. XX que reproduce la portada, aunque no igual al original. Nosotros reproducimos la portada original en cuanto al texto completo y tipo de letra (cursivas), pero puntuamos a nuestro modo. La división en tres líneas del título principal la tomamos de 1792, 1894 y O´Gorman (H./N. y M./de las I.»); Mateos en su pág. 1, así como la facsimilar de Valencia 1977, prefieren la sencillez de dos (H.N. y M. / de las I.), y Alcina tres de otro modo («H. n./ y m./ de las I.»). La Príncipe dedica 5 líneas («H./N./y/M. de las/ I.»).
[3] Sin «y» (O'G.).
[4] Sin «y guerras» (O'G.), mutilando la concepción histórica del autor.
[5] «Compuesto» (O'G.). Único párrafo en cursiva del título (Príncipe).
[6] A partir de aquí, O'G. cambia la portada original por «Edición preparada por Edmundo O'Gorman…».
[7] En la dedicatoria le llama Isabel.

(p. 3)[8]

[PRELIMINARES]

[LICENCIA REAL]

EL REY

POR cuanto por parte de vos, Josef de Acosta de la Compañía de Jesús, nos fue hecha relación diciendo que vos habíades compuesto un libro intitulado *Historia Natural y Moral de las Indias* en lengua castellana, en el cual habíades puesto mucho trabajo y cuidado, y nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia para le poder imprimir en estos nuestros Reinos, con privilegio por diez años o por el tiempo que fuésemos servido, o como la nuestra merced fuese.

Lo cual visto por los del nuestro Consejo —y como, por su mandado, se hicieron en el dicho libro las diligencias que la Pragmática por nos últimamente hecha sobre la impresión de dichos libros dispone—,[i] fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón, y yo túvelo por bien. Por la cual, vos damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años cumplidos, que corran y se cuenten desde el día de la fecha della, podáis imprimir y vender en estos nuestros reinos el dicho libro que de suso[9] se hace mención, por el original que en el nuestro Consejo se vió, que van rubricadas las hojas y firmado al fin dél de Cristóbal de León, nuestro escribano de Cámara —de los que residen en el nuestro Consejo—; y con[10] que antes que se venda lo traigáis ante ellos, juntamente con el original que ante ellos presentastes, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o traigáis fe en pública forma, en[11] cómo por corrector nombrado por nuestro mandado se vio y corrigió la dicha impresión por el dicho[12] original, y quedan así mismo impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que así[13] fueren impresos; y se os tase el precio que por cada volumen habéis de haber y llevar.

Y mandamos que, durante el dicho tiempo, persona alguna no le pueda imprimir sin la[14] licencia vuestra: so pena que el que lo imprimiere o vendiere haya perdido, y pierda,[15] todos y cualesquier moldes y aparejos que dél tuviere, y los libros que vendiere en estos nuestros reinos. E incurra más[16] en pena de cin **(p. 4)** cuenta mil maravedíes por cada vez que lo contrario hiciere: la cual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el denunciador, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare.

Y mandamos a los del nuestro Consejo, Presidente y Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra casa y corte, y Chancillerías, y a todos los Corregidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes Mayores y Ordinarios, y otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos —así a los que agora son como los que serán de aquí adelante— que guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que así vos hacemos. Y contra el tenor y forma della[17]

---

[8] Primer número de página que aparece en la edición Príncipe, consecutiva hasta la 535. Tampoco están numeradas las tablas del final (de cosas principales, y de algunos lugares de la sagrada escritura). A partir de aquí, se reproduce en O'G. y Alc. sin puntos y aparte, como la Príncipe. No en Mateos, que incorpora en su transcripción puntos y aparte, por primera vez, pero que no contiene ninguno de los preliminares. Alcina elimina la tasa solamente.

[9] = «arriba» *(DRAE)*. Equivaldría a «supra».

[10] = tal de.

[11] que conste.

[12] Sin «el dicho» (Alc.).

[13] «ansí» (Príncipe) en estos preliminares, por 4 veces, pero no en el resto del libro («assí», que transcribimos «así»), ni incluso en la Dedicatoria y proemio, procedentes del autor.

[14] Sin «la» (O'G. y Alc.).

[15] Sin «y pierda» (O´G y Alc.).

[16] = además.

[17] «ello» (Príncipe, O'G. Alc.).

y de lo en ella contenido no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna: so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedíes para la nuestra Cámara.

Dada en San Lorenzo,[18] a 24 días del mes de mayo de 1589 años.

YO EL REY

Por mandado del rey nuestro Señor, Juan Vázquez

[p. 5][19]

[TASA][20]

YO, CRISTOBAL DE LEON, escribano de Cámara del rey nuestro Señor —de los que residen en su Consejo—, doy fe que, habiéndose visto por los señores[21] dél un libro intitulado *Historia Natural y Moral de las Indias*, que con su licencia hizo imprimir el Padre Josef de Acosta de la Compañía de Jesús, tasaron cada pliego de los del dicho libro en papel a tres maravedíes. Y mandaron que, antes que se venda, se imprima en la primera hoja de cada uno dellos este testimonio de tasa. Y para que dello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo y de pedimiento del[22] Padre Diego de Lugo, procurador general de la dicha Compañía de Jesús, di esta fe, que es hecha en la villa de Madrid, a 30 días del mes de Abril de 1590 años.[23]

(p. 5)

[LICENCIA ECLESIÁSTICA DEL SUPERIOR]

Yo, Gonzalo Davila —provincial de la Compañía de Jesús en la Provincia de Toledo— por particular comisión que para ello tengo del Padre Claudio Acquaviva, nuestro Prepósito General, doy licencia para que se pueda imprimir el libro de la *Historia Natural y Moral de las Indias* que el Padre Josef de Acosta, religioso de la misma Compañía, ha compuesto y ha sido examinado y aprobado por personas doctas y graves de nuestra Compañía.

En testimonio de lo cual di ésta, firmada de mi nombre y sellada con el sello de mi oficio. En Alcalá, 11 de abril de 1589.

(p. 6)

APROBACION

He visto esta *Historia Natural y Moral de las Indias* que escribe el Padre Josef de Acosta de la Compañía de Jesús, y en lo que toca a la doctrina de la fe es católica y en lo demás digna de las muchas letras y prudencia del autor, y de que todos la lean para que alaben a Dios que tan maravilloso es en sus obras.

En San Felipe[ii] de Madrid a 4 de mayo de 1589.

Fray Luis de León

(p. 7)

[DEDICATORIA]

A la Serenísima Infanta Doña Isabel Clara Eugenia de Austria.

Señora,

Habiéndome la Majestad del rey nuestro señor dado licencia de ofrecer a V. A. esta pequeña obra, intitulada *Historia Natural y Moral de las Indias*, no se me podrá atribuir a falta de consideración querer ocupar el tiempo que en cosas de importancia V. A. tan sanctamente[24] gasta,[iii] divirtiéndola a[25] materias que por tocar en Filosofía son algo escuras,[26] y por ser de gentes bárbaras no parecen a propósito. Mas, porque el conocimiento y especulación de cosas naturales —mayormente, si son notables y raras— causa natural gusto y deleite en entendimientos delicados, y la noticia de costumbres y hechos extraños también con su novedad aplace, tengo para mí que para V. A. podrá servir de un honesto y útil entretenimiento darle ocasión de considerar en obras que el Altísimo ha fabricado en la máquina deste mundo. Especialmente en aquellas partes que llamamos Indias: que por ser nuevas tierras dan más que considerar, y por ser de nuevos vasallos que el Sumo Dios dio a la Corona de España no es del todo ajeno ni extraño su conocimiento.

[18] de El Escorial.

[19] Página sin numerar y en cursiva. No cuenta en el cómputo, pues la que debía ser 7 dice 5. La 6 no la incluimos, siendo una «fe de erratas» de la Príncipe en relación con el original, firmada por el Lcdo. Cristóbal de Orduña, corrector real, en Alcalá a 13 de abril de 1590. Claramente interpolada, por sus fechas posteriores a las siguientes partes, además de por la ausencia de numeración.

[20] O'G. y Alc. ubican la tasa tras la dedicatoria, siguiendo un orden cronológico, no el editorial.

[21] «señor» (O'G. y Alc.).

[22] «de el» (Príncipe).

[23] Van en cursiva la tasa, la licencia eclesiástica del superior y la dedicatoria (en la Príncipe).

[24] «santamente» (todos menos la Príncipe).

[25] = distrayéndola con.

[26] «oscuras» (todos menos la Príncipe, que a veces prefiere «oscura», como en este libro, cap. 2, pág. 19), «obscuras» (1792,1894).

Mi deseo es que V. A. algunos ratos de tiempo se entretenga con esta lectura, que **(p. 8)** por eso va en vulgar; y, si no me engaño, no es para entendimientos vulgares. Y podrá ser que, como en otras cosas así en ésta, mostrando gusto V. A. sea favorecida esta obrilla; para que por tal medio también el rey nuestro Señor huelgue de entretener alguna vez el tiempo con la relación y consideración de cosa y gentes que a su Real Corona tanto tocan. A cuya Majestad dediqué otro libro, que de la Predicación Evangélica de aquellas Indias compuse en latín.[iv] Y todo ello deseo que sirva para que, con la noticia de lo que Dios nuestro Señor repartió y depositó de sus tesoros en aquellos reinos, sean las gentes dellos más ayudadas y favorecidas de éstas de acá, a quien su divina y alta Providencia las tiene encomendadas.

Suplico a V. A. que, si en algunas partes esta obrilla no pareciere tan apacible, no deje de pasar los ojos por las demás: que podrá ser que unas u otras sean de gusto, y siéndolo no podrán dejar de ser de provecho[v]. Y muy grande, pues este favor será en bien de gentes y tierras tan necesitadas de él.

Dios nuestro Señor guarde y prospere a V. A. muchos años, como sus siervos cotidiana y afectuosamente lo suplicamos a su divina Majestad. Amén.

En Sevilla, primero de marzo de 1590 años.

Josef de Acosta

(p. 9)

PROEMIO AL LECTOR

Del Nuevo Mundo e Indias Occidentales han escrito[27] muchos autores diversos libros y relaciones en que dan noticia de las cosas nuevas y extrañas que en aquellas partes se ha descubierto, y de los hechos y sucesos de los españoles que las han conquistado y poblado. Mas hasta agora no he visto autor que trate de declarar las causas y razón de tales novedades y extrañezas de naturaleza, ni que haga discurso e inquisición en esta parte; ni tampoco he topado[28] libro cuyo argumento sea los hechos y historia de los mismos indios, antiguos y naturales habitadores del nuevo orbe.

A la verdad ambas cosas tienen dificultad no pequeña. La primera, por ser cosas de naturaleza que salen de la Filosofía antiguamente recibida y platicada: como es ser la región que llaman tórrida muy húmeda y en partes muy templada, llover en ella cuando el sol anda más cerca y otras cosas semejantes. Y los que han escrito de Indias Occidentales no han hecho profesión de tanta Filosofía, ni aún los más dellos han hecho advertencia en tales cosas. La segunda —de tratar los hechos y historia propria[29] de los indios— re **(p. 10)** quería mucho trato y muy intrínseco con los mismos indios, del cual carecieron los más que han escrito de Indias: o por no saber su lengua o por no curar[30] de saber sus antigüedades. Así, se contentaron con relatar algunas de sus cosas superficiales.

Deseando, pues, yo tener alguna más especial noticia de sus cosas hice diligencia con hombres pláticos[31] y muy versados en tales materias, y de sus pláticas y relaciones copiosas pude sacar lo que juzgué bastar para dar noticia de las costumbres y hechos destas gentes. Y en lo natural de aquellas tierras y sus propriedades, con la experiencia de muchos años y con la diligencia de inquirir y discurrir, y conferir con personas sabias y expertas,[32] también me parece que se me ofrecieron algunas advertencias que podrían servir y aprovechar a otros ingenios mejores para buscar la verdad, o pasar más adelante, si les pareciese bien lo que aquí hallasen.

Así que, aunque el Mundo Nuevo ya no es nuevo sino viejo según hay mucho dicho y escrito dél, todavía me parece que en alguna manera se podrá tener esta Historia por nueva: por ser juntamente historia y en parte filosofía, y por ser no sólo de las obras de naturaleza sino también las de libre albedrío, que son los hechos y costumbres de hombres. Por donde me pareció darle nombre de *Historia Natural y Moral de*[33] *In* **(p. 11)** *dias*, abrazando con este intento ambas cosas.

En los dos primeros libros se trata lo que toca al cielo y temperamento[34] y habitación de aquel orbe: los cuales libros yo había primero escrito en latín,[vi] y agora los he traducido usando más de la licencia de autor que de la obligación de intérprete, por acomodarme mejor a aquellos a quien se escribe en vulgar. En los otros dos libros siguientes se trata lo que de elementos y mixtos naturales —que son metales, plantas y animales— parece notable en Indias. De los hombres y de sus hechos (quiero decir de los mismos

[27] El término escrito/escritura se transcribe en la Príncipe con «pt» (escripto) desde este momento hasta el cap. 3 de este libro, a partir del cual siempre consta como hoy, razón por la cual hemos transcrito siempre así. Aceptamos, sin embargo, «escrebir» como muy frecuente.

[28] «encontrado» (1792 y 1894). Al respecto, recuérdese que se hallaban todavía entonces inéditas las obras de Tovar, Sahagún, Motolonía, Landa, etc., sobre México, y las de Betanzos, Polo, Molina o Sarmiento de Gamboa sobre Perú… hasta mucho después, a veces hasta el s. XX.

[29] «propia» (todos menos la Príncipe).

[30] «cuidar» (Mat., 1792 y 1894).

[31] «prácticos» (Mat., 1792 y 1894).

[32] «esperar» (Alc.).

[33] «las» (Mat.).

[34] Sin «temperamento» (1792 y 1894).

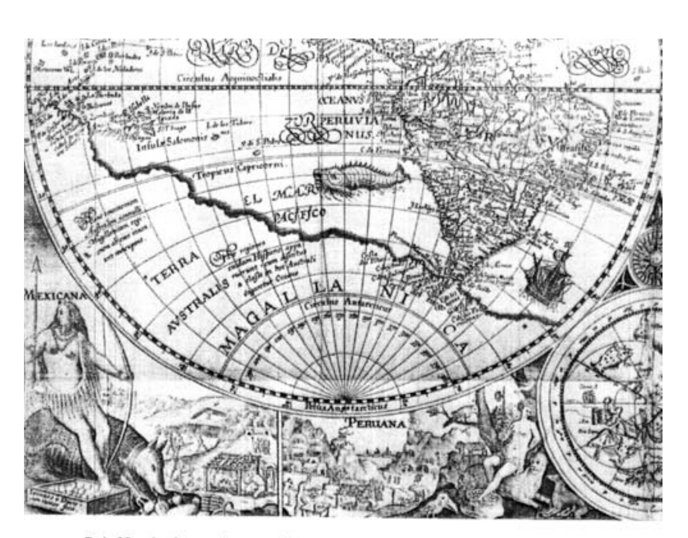
indios y de sus ritos y costumbres y gobierno y guerras y sucesos) refieren los demás libros lo que se ha podido averiguar, y parece digno de relación. Cómo se hayan sabido los sucesos y hechos antiguos de Indios —no teniendo ellos escritura como nosotros— en la misma Historia se dirá, pues no es pequeña parte de sus habilidades haber podido y sabido conservar sus antiguallas sin usar ni tener letras algunas.

El fin deste trabajo es que, por la noticia de las obras naturales que el autor tan sabio de toda naturaleza ha hecho, se le dé alabanza y gloria al altísimo Dios, que es maravilloso en todas partes. Y por el conocimiento de las costumbres y cosas proprias de los indios, ellos sean ayudados a conseguir y permanecer en la gracia de la alta vo **(p. 12)** cación del sancto Evangelio, al cual se dignó en el fin de los siglos traer gente tan ciega el que alumbra desde los montes altísimos de su eternidad. Ultra[35] deso, podrá cada uno para sí sacar también algún fructo[36] pues, por bajo que sea el sujeto,[37] el hombre sabio saca para sí sabiduría, y de los más viles y pequeños animalejos se puede tirar muy alta consideración y muy provechosa filosofía.

Sólo resta advertir al lector que los dos primeros libros desta historia o discurso se escribieron estando en el Pirú, y los otros cinco después en Europa, habiéndome ordenado la obediencia volver por acá. Y así, los unos hablan de las cosas de Indias como de cosas presentes y los otros como de cosas ausentes. Para que esta diversidad de hablar no ofenda,[38] me pareció advertir aquí la causa.



Lámina 2. Mapamundi, según la concepción pre-magallánica (Ptolomeo, Ulm, 1482).



Detalle de la carta que figura en L'histoire de la navigation de Jean Hugues de Linschot, hollandais. Amsterdam, 1619. Tomado de la pág. 80 de J.-P. Duviols, L'Amérique espagnole vue par l'Europe selon les récits de voyage de Christophe Colon à L. A. de Bougainville, 1491-1768. Paris, 1985.

Lámina 3. Mapa de la América antártica o «terra australis», de Ortelius (Linschotten, 1619).

[35] «Además» (1792 y 1894).
[36] «fruto» (todos, menos la Príncipe).
[37] = objeto de estudio, tema.
[38] = extrañe al lector.

Historia Natural de las Indias

(p. 13)

LIBRO PRIMERO DE LA HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS

Capítulo 1[1]

De la opinión que algunos autores tuvieron[2] [de] que el cielo no se extendía al Nuevo Mundo

Estuvieron tan lejos los antiguos de pensar que hubiese gentes en este Nuevo Mundo que muchos dellos no quisieron creer que había tierra de esta parte; y, lo que es más de maravillar, no faltó quien también negase haber acá este cielo que vemos. Porque, aunque es verdad que los más y los mejores de los filósofos sintieron que el cielo era todo redondo —como en efecto lo es— y que así rodeaba por todas partes la tierra y la encerraba en sí, con todo eso algunos —y no pocos, ni de los de menos autoridad entre los sagrados doctores— tuvieron diferente opinión: imaginando la fábrica de este mundo a manera de una casa en la cual el techo que la cubre sólo la rodea por lo alto, y no la cerca por todas partes. Dando por razón desto que, de otra suerte, estuviera la tierra en medio colgada del aire, que parece cosa ajena de toda razón. Y también: que en todos los edificios vemos que el cimiento está de una parte, y el techo de otra contraria; **(p. 14)** y así, conforme a buena consideración, en este gran edificio del mundo todo el cielo estará a una parte encima, y toda la tierra a otra diferente, debajo.

El glorioso Crisóstomo, como quien se había más ocupado en el estudio de las letras sagradas que no en el de las ciencias humanas, muestra ser de esta opinión, haciendo donaire en sus comentarios sobre la epístola *Ad Hebreos*[3] de los que afirman que es el cielo todo redondo; y parécele que la divina escritura quiere dar a entender otra cosa, llamando al cielo «tabernáculo y tienda o toldo que puso Dios».[4] Y aún pasa allí el sancto más adelante, en decir que no es el cielo el que se mueve y anda sino que el sol y la luna o[5] las estrellas son las que se mueven en el cielo, en la manera que los pájaros se mueven por el aire: y no —como los filósofos piensan—, que se revuelven con el mismo cielo como los rayos con su rueda.[6] Van con este parecer de Crisóstomo, Teodorito autor grave, y Teofilacto,[7] como suele casi en todo.

[1] La Príncipe numera en arábigo los caps. indicando antes en la misma línea «CAP.» (con abreviación), y dando el título en minúsculas cursivas. Pero las ediciones de 1792, 1894, Mat. Alc. usan números romanos, precedidos de «CAPÍTULO», y en líneas siguientes el título, siempre en cursiva (menos Mat., en versalitas). O'G. regresa al nº arábigo, desarrollando CAPÍTULO, y conserva las cursivas en línea aparte. Nosotros invertimos las cursivas, y para mayor claridad marcamos juntos números y títulos con rayas. Conservamos los arábigos porque permite citar más fácilmente esta obra (libros en romanos y caps. en arábigo). Adoptamos de Mat. la doble columna y los párrafos aparte nuevos en el interior de cada capítulo.

[2] de que.

[3] *Homilías sobre la Epístola a los hebreos* 14 y 27 *(nota del autor).*

[4] San Pablo: *Epístola a los hebreos* 8 *(nota del autor)*, 2: «ministro del santuario y del tabernáculo verdadero, hecho por el Señor, no por el hombre» (Nácar-Colunga). Traducción Nácar-Colunga, BAC, 5ª ed., Madrid, 1953. Imitamos a O'G. en desarrollar los textos bíblicos de las notas, pero no seguimos su versión, cuya procedencia desconocemos y de cuya calidad generalmente desconfiamos. Nosotros traducimos casi siempre a base de la edición San Pablo, *La Santa Biblia,* 1989: 1997, 14ª ed., o del equipo de la BAE, formado por Nácar y Colunga (*Nota del editor).*

[5] «y» (O'G., Alc. y Mat.).

[6] San Juan Crisóstomo: *Homilías sobre el Génesis* 6 y 13*, y Homilías sobre las estatuas, al pueblo de Antioquia* 12 *(nota del autor).*

[7] Teodoreto y Teofilacto: *Comentario sobre la Epístola a los hebreos* cap. 8 (*nota del autor*).

Y Lactancio Firmiano,[8] antes de todos los dichos sintiendo lo mismo, no se acaba de reír y burlar de la opinión de los peripatéticos y académicos, que dan al cielo figura redonda y ponen la tierra en medio del mundo: porque le parece cosa de risa que esté la tierra colgada del aire, como está tocado. Por donde viene a conformarse más con el parecer de Epicuro, que dijo no haber otra cosa de la otra parte de la tierra sino un caos y abismo infinito. Y aun parece tirar algo a esto lo que dice san Jerónimo, escribiendo sobre la *Epístola a los efesios*,[9] por estas palabras: «El filósofo natural pasa con su consideración lo alto del cielo, y de la otra parte del profundo de la tierra y abismos[10] halla un inmenso vacío». De Procopio refieren[11] (aunque yo no lo he visto) que afirma, sobre el libro del *Génesis*, que la opinión de Aristóteles cerca[12] de la figura y movimiento circular del cielo es contraria y repugnante a la divina escritura.[13]

Pero que **(p. 15)** sientan y digan los dichos autores cosas como éstas no hay que maravillarnos, pues es notorio que no se curaron[14] tanto de las ciencias y demostraciones[15] de Filosofía, atendiendo a otros estudios más importantes. Lo que parece más de maravillar es que, siendo san Augustín tan aventajado en todas las ciencias naturales y que en la Astrología y en la Física supo tanto, con todo esto se queda siempre dudoso y sin determinarse en si el cielo rodea la tierra de todas partes, o no:

> «¿Qué se me da a mí (dice él) que pensemos que el cielo, como una bola, encierre en sí la tierra de todas partes —estando ella en medio del mundo, como en el fiel—,[16] o que digamos que no es así sino que cubre el cielo a la tierra por una parte solamente, como un plato grande que está encima?»[17]

En el proprio lugar donde dice lo referido da a entender, y aún lo dice claro, que no hay demostración —sino sólo conjeturas— para afirmar que el cielo es de figura redonda. Y allí, y en otras partes,[18] tiene por cosa dudosa el movimiento circular de los cielos.

No se ha de ofender nadie, ni tener en menos [a] los sanctos doctores de la Iglesia, si en algún punto de filosofía y ciencias naturales sienten diferentemente de lo que está más recibido y aprobado por buena filosofía: pues todo su estudio fue conocer y servir y predicar al Criador, y en esto tuvieron grande excelencia. Y como empleados del todo en esto —que es lo que importa— no es mucho que en el estudio y conocimiento de las criaturas no hayan todas veces, por entero, acertado. Harto más ciertamente son de reprender los sabios de este siglo[19] y filosófos vanos que, conociendo y alcanzando el ser y orden de estas criaturas, el curso y movimiento de los cielos, no llegaron los desventurados a conocer al criador y hacedor de todo esto; y ocupándose todos en estas hechuras y obras de tanto primor, no subieron con el pensamiento a descubrir al autor soberano, como la divina Sabiduría lo ad **(p. 16)** vierte.[20] O, ya que conocieron al criador y señor de todo, no le sirvieron y glorificaron como debían, desvanecidos por sus invenciones: cosa que tan justamente les arguye y acusa el Apóstol.[21]

Capítulo 2

Que el cielo es redondo por todas partes, y se mueve en torno de sí mismo

Mas, viniendo a nuestro propósito, no hay dubda[22] sino que lo que el Aristóteles y los demás peripatéticos —juntamente con los estoicos—[23] sintieron[24] cuanto a ser el

[8] *Divinarum Institutionum* libro VI, cap. 24 *(nota del autor).*
[9] *Tres libros sobre la epístola a los Efesios* II, 4 *(nota del autor).*
[10] «abismo» (O'G. y Alc.).
[11] «refiere» (O'G. y Alc.).
[12] «acerca» (Mat.).
[13] Sixto Senense [o de Siena]: *Biblioteca [sancta ex praecipuis catholicae auctoribus collecta]* lib. 5, anotación 3 *(nota del autor).*
[14] «cuidaron» (1792 y 1894 y Mat.).
[15] «demostraciones» (todos menos la Príncipe, y a veces 1792). La Príncipe tampoco es sistemática en preferir la fórmula arcaica.
[16] De la balanza. La Príncipe dice «fil».
[17] San Agustín: *De Genesi ad litteram imperfectus liber* II, 9 *(nota del autor).*
[18] *Idem, Enarrationes in Psalmos,* 135 *(nota del autor).*
[19] mundo. Expresión propia de los teólogos refiriéndose a los demás autores, en particular a los no cristianos, aunque sean del remoto pasado.
[20] *Libro de la Sabiduría* 13 *(nota del autor),* 1: «Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es la fuente de ellos, y por la consideración de las obras no conocieron al artífice» (Nácar-Colunga).
[21] San Pablo: *Epístola a los romanos* 1 *(nota del autor)*, 21: «Por cuanto conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se entontecieron en sus razonamientos, viniendo a obscurecerse su insensato corazón» (N.-C.).
[22] «duda» (todos menos la Príncipe).
[23] Plutarco, *Sentencias de los filósofos* II, 2 *(nota del autor).*
[24] = opinaron.

cielo todo de figura redonda y moverse circularmente y en torno es puntualmente tanta verdad que la vemos con nuestros ojos los que vivimos en el Pirú harto más manifiesta por la experiencia de lo que nos pudiera ser por cualquiera razón y demonstración filosófica.

Porque para saber que el cielo es todo redondo y que ciñe y rodea por todas partes la tierra, y no poner dubda en ello, basta mirar desde este hemisferio aquella parte y región del cielo que da vuelta a la tierra, la cual los antiguos jamás vieron. Basta haber visto y notado ambos a dos polos, en que el cielo se revuelve como en sus quicios —digo, el polo Árctico[25] y Septentrional que ven los de Europa, y estotro Antárctico[26] o Austral (de que dubda Agustino)—[27] cuando, pasada la línea Equinocial,[28] trocamos el Norte con el Sur acá en el Pirú. Basta finalmente haber corrido navegando más de sesenta grados de Norte a Sur, cuarenta de la una banda de la línea y veintitrés de la otra banda; dejando por agora el testimonio de otros que han navegado en mucha más altura, y llegado a casi sesenta grados al Sur.[vii]

¿Quién dirá que la nao *Victoria*, digna cierto de perpetua memoria, no ganó la victoria y triunfo de la redondez del mundo —y, no menos, de aquel tan vano vacío y caos infinito que ponían los otros filósofos **(p. 17)** debajo de la tierra—, pues dio vuelta al mundo y rodeó la inmensidad del gran Océano? ¿A quién no le parecerá que, con este hecho, mostró que toda la grandeza de la tierra —por mayor que se pinte— está sujeta a los pies de un hombre, pues la pudo medir? Así que, sin dubda, es el cielo de redonda y perfecta figura; y la tierra, abrazándose con el agua, hacen un globo o bola cabal que resulta de los dos elementos y tiene sus términos y limites, su redondez y grandeza.

Lo cual se puede bastantemente probar y demonstrar por razones de filosofía y de astrología; y dejando aparte aquellas subtiles —que se alegan comúnmente— de que al cuerpo más perfecto (cual es el cielo) se le debe la más perfecta figura —que sin dubda es la redonda—,[29] de que el movimiento circular no puede ser igual y firme, si hace esquina en alguna parte y se tuerce —como es forzoso, si el Sol y Luna y estrellas no dan vuelta redonda al mundo—.

Mas, dejando esto aparte —como digo—, paréceme a mí que sola la Luna debe bastar en este caso como testigo fiel en el Cielo: pues, entonces solamente se oscurece y padece eclipse, cuando acaece ponérsele la redondez de la tierra *ex diámetro* entre ella y el Sol, y así[30] estorbar el paso a los rayos del Sol. Lo cual cierto no podría ser, si no estuviese la tierra en medio del mundo, rodeada de todas partes de los orbes celestes. Aunque tampoco ha faltado quien ponga dubda si el resplandor de la Luna se le comunica de la luz del Sol.[31] Mas ya esto es demasiado dubdar, pues no se puede hallar otra causa razonable de los eclipses, y de los llenos y cuartos de Luna, sino la comunicación del resplandor del Sol. También, si lo miramos, veremos que la noche ninguna otra cosa es sino la oscuridad causada de la sombra de la tierra, por pasársele el Sol a otra banda. Pues, si el Sol no pasa por la otra parte de la tierra sino que al[32] tiempo de ponerse se torna haciendo esquina y torciendo —lo cual for **(p. 18)** zoso[33] ha de conceder el que dice que el cielo no es redondo sino que, como un plato, cubre la haz de la tierra—, síguese claramente que no podrá hacer[34] la diferencia que vemos de los días y noches: que en unas regiones del mundo son luengos y breves a sus tiempos, y en otras son perpetuamente iguales.

Lo que el sancto doctor Augustín escribe, en los libros *De Genesi ad literam*,[35] que le[36] pueden salvar bien todas las oposiciones y conversiones y elevaciones y caimientos, y cualesquiera otros aspectos y disposiciones de los planetas y estrellas, con que entendamos que se mueven ellas —estándose el cielo mismo quedo y sin moverse—, bien fácil se me hace a mí de entenderlo; y se le hará a cualquiera, como haya licencia de fingir lo que se nos antojare. Porque, si ponemos por caso que cada estrella y planeta es un cuerpo por si, y que la menea y lleva un Angel al modo que llevó a Abacuh a Babilonia,[37] ¿quien será tan ciego que no vea que todas las diversidades que parecen de aspectos en los planetas y estrellas podrán proceder de la diversidad del movimiento que el que las mueve voluntariamente les da? Empero no da lugar la buena razón a que el espacio y región, por donde se fingen andar o volar las estrellas, deje de ser elemental[38] y corruptible, pues se divide y aparta cuando ellas pasan; que cierto no pasan por vacuo. Y, si la región en que las estrellas y planetas se mueven es corruptible, también ciertamente lo han de ser

25 «Ártico» (todos menos la Príncipe).

26 «Antártico» (todos menos la Príncipe).

27 San Agustín [13], II, 10 *(nota del autor).*

28 «Equinoccial» (1792, 1894 y Mat.), en adelante.

29 y.

30 poder.

31 San Agustín: *Epístola 109 a Januario*, cap. 4 *(nota del autor).*

32 «el» (Mat.).

33 de modo forzoso, forzosamente.

34 = ocurrir, producir.

35 II, 10 *(nota del autor).*

36 se (1792 y 1894).

37 *Daniel* 14 *(nota del autor),* 36: «Y tomándole al ángel del Señor por la coronilla, por los cabellos de su cabeza, le llevó a Babilonia, encima del foso, con la velocidad del espíritu» (N.C.). El versículo que cita O'Gorman es el 35, que no trata el tema citado.

38 «elementar» (1792 y 1894).

ellas de su naturaleza; y, por el consiguiente, se han de mudar y alterar y en fin acabar. Porque naturalmente lo contenido no es más durable que su continente. Decir, pues, que aquellos cuerpos celestes son corruptibles ni viene con lo que la Escritura dice en el salmo,[39] que los hizo Dios para siempre, ni aun tampoco dice bien con el orden y conservación de este universo.

Digo más: que, para confirmar esta verdad de que los mismos cielos son los que se mueven y en ellos las estrellas andan en torno, podemos alegar con los ojos; **(p. 19)** pues vemos manifiestamente que no solo se mueven las estrellas sino partes y regiones enteras del cielo. No hablo solo de las partes lúcidas y resplandecientes, como es la que llaman *vía láctea*, que nuestro[40] vulgar dice «camino de Sanctiago», sino mucho más: digo esto, por otras partes oscuras y negras que hay en el cielo. Porque realmente vemos en él unas como manchas que son muy notables, las cuales jamás me acuerdo haber echado de ver en el cielo cuando estaba en Europa, y acá en este otro hemisferio las he visto muy manifiestas. Son estas manchas de[41] color y forma que la parte de la Luna eclipsada, y parécenseles en aquella negrura y sombrío. Andan pegadas a las mismas estrellas, y siempre de un mismo tenor y tamaño, como con experiencia clarísima lo hemos advertido y mirado. A alguno, por ventura, le parecerá cosa nueva y preguntará de qué pueda proceder tal género de manchas en el cielo. Yo, cierto,[42] no alcanzo hasta agora más de pensar que, como la galaxia o vía láctea dicen los filósofos que resulta de ser partes del cielo más densas y opacas, y que por eso reciben más luz, así también por el contrario hay otras partes muy raras y muy diáfanas o transparentes; y, como reciben menos luz, parecen partes más negras. Sea ésta o no sea ésta la causa (que causa cierta no puedo afirmarla), a lo menos en el hecho que haya las dichas manchas en el cielo, y que sin discrepar se menean con el mismo compás que las estrellas, es experiencia certísima y de propósito[43] muchas veces considerada.

Infiérese de todo lo dicho que, sin dubda ninguna, los cielos encierran en sí de todas partes la tierra moviéndose siempre al derredor della, sin que haya para qué poner esto más en cuestión.

[39] *Salmos* 148 *(nota del autor)*, 6: «E hizo que persistan por los siglos, púsoles ley y no la traspasarán» (N.-C.).
[40] idioma.
[41] la misma.
[42] = ciertamente
[43] = expresamente.

Capítulo 3

Que la sagrada escritura nos da a entender que la tierra está en medio del mundo

(p. 20) Y aunque a Procopio Gazeo, y a otros de su opinión, les parezca que es contrario a la divina escritura poner la tierra en medio del mundo y hacer el cielo todo redondo, mas en la verdad ésta no solo no es doctrina contraria sino antes[44] muy conforme a lo que las letras sagradas nos enseñan. Porque, dejando aparte que la misma Escritura[45] usa de este término muchas veces —la «redondez de la tierra»—, y que en otra parte apunta que todo cuanto hay corporal es rodeado del cielo y como abarcado de su redondez, a lo menos aquello del *Eclesiastés*[46] no se puede dejar de tener por muy claro, donde dice:

> «Nace el Sol y pónese, y vuélvese a su lugar; y allí tornando a nacer da vuelta por el medio día, y tuércese hacia el Norte; rodeando todas las cosas, anda el espíritu al derredor y vuélvese a sus mismos cercos.»

En este lugar, dice la paráfrasis y exposición de Gregorio el Neocesariense, o el Nacianzeno: «El Sol, habiendo corrido toda la tierra, vuélvese como en torno hasta su mismo término y punto». Esto que dice Salomón, y declara Gregorio cierto, no podía ser si alguna parte de la tierra dejase de estar rodeada del cielo. Y así lo entiende san Jerónimo,[47] escribiendo sobre la *Epístola a los efesios* desta manera:

> «Los más comúnmente afirman, conformándose con el Eclesiastés, que el cielo es redondo y que se mueve en torno a manera de bola. Y es cosa llana que ninguna figura redonda

[44] = más bien. Pondremos asterisco cuando tenga este significado.
[45] *Ester* 13, 2 y 4 [donde se alude a «la redondez de la tierra» para referirse al imperio de Artajerjes; y lo mismo, de esta forma genérica] en *Libro de la Sabiduría* capítulos 1, 2, 7, 11, 18; en *Salmos* 9, 17, 23, 39, 97; y finalmente en *Job* 37 *(nota del autor)*.
[46] *Eclesiastés* 1 *(nota del autor)*, 5-6: «Sale el sol, pónese el sol y corre con el afán de llegar a su lugar, de donde vuelve a nacer./ Tira el viento al mediodía, gira al norte, va siempre dando vueltas y retorna a sus giros» (N.-C.). Nótese la diferencia de traducción de Acosta con las versiones castellanas contemporáneas.
[47] *Tres libros sobre la Epístola a los efesios* cap. 3 *(nota del autor)*.

tiene latitud ni longitud, ni altura ni profundo, porque es por todas partes igual y pareja, etc.»

Luego, según san Jerónimo, lo que los más sienten del cielo —que es redondo— no solo no es contrario a la Escritura pero muy conforme con ella. Pues san Basilio[48] y san Ambrosio,[49] que de ordinario le siguen en los libros llamados *Hexameron*, aunque se muestran un poco dudosos en este punto, al fin más se inclinan a conceder la redondez del mundo. Verdad es que con la quinta substancia, que Aristóteles atribuye al cielo,[viii] no está bien san Ambrosio.

Del lugar de la tierra y de su firmeza es cosa, cierto,[50] de ver cuán ga **(p. 21)** lanamente[51] y con cuánta gracia habla la divina escritura, para causarnos gran admiración y no menor gusto de aquella inefable potencia y sabiduría del criador. Porque, en una parte nos refiere Dios[52] que El fue el que estableció las columnas que sustentan la tierra, dándonos a entender —como bien declara san Ambrosio—[53] que el peso inmenso de toda la tierra le sustentan las manos del divino poder, que así usa la Escritura[54] a[55] nombrar columnas del cielo y de la tierra: no cierto las del otro Atlante que fingieron los poetas, sino otras proprias de la palabra eterna de Dios, que con su virtud sostiene cielos y tierra.[56] Mas en otro lugar la misma divina escritura,[57] para significarnos cómo la tierra está pegada y por gran parte rodeada del elemento del agua, dice galanamente*: «Que asentó Dios la tierra sobre las aguas»; y en otro lugar: «Que fundó la redondez de la tierra sobre la mar».

Y, aunque san Augustín[58] no quiere que se saque de este lugar —como sentencia de fe— que la tierra y agua hacen un globo en medio del mundo, y así pretende dar otra exposición a las sobredichas palabras del salmo, pero el sentido llano sin dubda es el que está dicho: que es darnos a entender que no hay para qué imaginar otros cimientos ni estribos de la tierra sino el agua; la cual, con ser tan fácil y mudable, la hace la sabiduría del supremo Artífice que sostenga y encierre aquesta inmensa máquina de la tierra. Y dícese estar la tierra fundada y sostenida sobre las aguas y sobre el mar, siendo verdad que antes* la tierra está debajo del agua que no sobre el agua, porque a nuestra imaginación y pensamiento lo que está de la otra banda de la tierra que habitamos nos parece que está debajo de la tierra. Y así, el mar y aguas que ciñen la tierra por la otra parte imaginamos que están debajo, y la tierra encima dellas. Pero la verdad es que lo que es propriamente de debajo siempre es lo que está más en medio del universo, mas habla **(p. 22)** la Escritura conforme a nuestro modo de imaginar y hablar.

Preguntará alguno: pues la tierra está sobre las aguas, según la Escritura, ¿las mismas aguas sobre qué estarán, o qué apoyo tendrán? Y si la tierra y agua hacen una bola redonda ¿toda esta tan terrible máquina dónde se podrá sostener? A eso satisface en otra parte la divina escritura[59] causando mayor admiración del poder del criador: «Extiende (dice) al Aquilón sobre vacío, y tiene colgada la tierra sobre no nada».[60] Cierto galanamente* lo dijo, porque realmente parece que está colgada sobre no nada* la máquina de la tierra y agua, cuando se figura estar en medio del aire, como en efecto está. Esta maravilla de que tanto se admiran los hombres, aún la encarece más Dios preguntando al mismo Job:[61] «¿Quién echó los cordeles para la fábrica de la tierra?, dime si lo has pensado, o ¿en qué cimiento están aseguradas sus bases?».[62]

Finalmente, para que se acabase de entender la traza de este maravilloso edificio del mundo, el profeta David —gran alabador y cantor de las obras de Dios— en un salmo[63] que hizo a este propósito, dice así: «Tú, que fundaste la tierra sobre su misma estabilidad y firmeza, sin que bambalee[64] ni se trastorne para siempre jamás». Quiere decir,[65] la causa por que —estando la tierra puesta en medio del aire— no se cae ni bambalea es porque tiene seguros fundamentos de su natural estabilidad; la cual le dio su sapientísimo criador para que en sí misma se sustente, sin que haya menester otros apoyos ni estribos. Aquí, pues, se engaña la imaginación humana buscando otros cimientos a

48 *Homilía sobre el Hexamerón* 1 *(nota del autor).*

49 *Hexamerón,* I: 6 *(nota del autor).*

50 cierta (O'G. y Alc.).

51 = «Con elegancia y gracia» *(DRAE).*

52 *Salmos* 74 *(nota del autor),* 4: «Rugían tus enemigos en el lugar de tu asamblea, y pusieron allí por trofeo sus enseñas» (N.-C.).

53 *Hexamerón* I: 6, propiamente al final *(nota del autor).*

54 *Job* 9 *(nota del autor)*,6: «Él sacude la tierra en su sitio, estremécense sus columnas» (N.-C.); y 26,11: «Las columnas del cielo tiemblan, y se estremecen a una amenaza suya» (N.-C.).

55 Sin «a» (1792 y 1894).

56 San Pablo: *Epístola a los hebreos* 1 *(nota del autor),* 3: «Y que siendo el esplendor de su gloria y la imagen de su substancia, y el que con su poderosas palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas» (N.-C.).

57 *Salmos* 135 *(nota del autor)*, 6: «Al que afirmó la tierra sobre las aguas» (N.-C.); y *Salmos* 23,2, «Pues Él es quien fundó el orbe de la tierra sobre los mares, y sobre las olas lo estableció» (N.-C.). Compruébese su traducción respectiva.

58 *Enarrationes in Psalmos*, 135 *(nota del autor).*

59 *Job* 26 (*nota del autor*), 7: «El tendió el septentrión sobre la nada, Él colgó la tierra sobre el vacío» (N.-C.).

60 no nada = verdaderamente nada.

61 38 *(nota del autor),* 4-6: «¿Dónde estabas al fundar yo la tierra? Dímelo, si tanto sabes. ¿Quién determinó, si lo sabes, sus dimensiones? ¿Quién tendió sobre ella la regla? ¿Sobre qué descansan sus cimientos, o quién asentó su piedra angular?» (N.-C.).

62 «basas» (O'G. y Alc., 1792 y 1894).

63 *Salmos* 103 *(nota del autor),* 5: «Él fundó la tierra sobre sus bases, para que nunca después vacilara» (N.-C.).

64 = tambalee.

65 que.

la tierra; y procede el engaño de medir las obras divinas con las humanas. Así que no hay que temer —por más que parezca que esta tan gran máquina cuelga del aire— que se caiga o trastorne, que no se trastornará —como dijo el Salmo—[66] para siempre jamás. Con razón por cierto David, después de haber contemplado y cantado tan maravillosas obras de Dios, añade: «Gozarse ha el Señor en sus obras», **(p. 23)** y después: «¡Oh, qué engrandecidas son tus obras, Señor; bien parece que salieron todas de tu saber!».

Yo, cierto, si he de decir lo que pasa, digo que diversas veces que he peregrinado pasando esos grandes golfos del mar Océano y caminando por estotras regiones de tierras tan extrañas, poniéndome a mirar y considerar la grandeza y extrañeza de estas obras de Dios, no podía dejar de sentir admirable gusto con la consideración de aquella soberana sabiduría y grandeza del hacedor, que reluce en estas sus obras tanto que, en comparación de esto, todos los palacios de los reyes y todas las invenciones humanas me parecen poquedad y vileza. ¡Oh, cuántas veces se me venía al pensamiento y a la boca aquello del salmo:[67] «Gran recreación me habéis, Señor, dado con vuestras obras, y no dejaré de regocijarme en mirar las hechuras de vuestras manos».

Realmente tienen las obras de la divina arte un no sé qué de gracia y primor como escondido y secreto, con que —miradas una y otra y muchas veces— causan siempre un nuevo gusto. Al revés de las obras humanas: que, aunque estén fabricadas con mucho artificio, en haciendo costumbre de mirarse no se tienen en nada y aun casi causan enfado. Sean jardines muy amenos, sean palacios y templos galanísimos, sean alcázares de soberbio edificio, sean pinturas o tallas o piedras de exquisita invención y labor[68] tengan todo el primor posible, es cosa cierta y averiguada que —en mirándose dos o tres veces— apenas hay[69] poner los ojos con atención, sino que luego[70] se divierten[71] a mirar otras cosas, como hartos de aquella vista. Mas la mar, si la miráis o ponéis los ojos en un peñasco alto que sale acullá con extrañeza, o el campo cuando está vestido de su natural verdura y flores, o el raudal de un río que corre furioso y está sin cesar batiendo las peñas, y como bramando en su combate; y finalmente cualesquiera obras de naturaleza, por más veces que se miren, siempre causan nueva recreación y **(p. 24)** jamás enfada su vista. Que parece, sin dubda, que son como un convite copioso y magnífico de la divina sabiduría que allí de callada, sin cansar jamás, apacienta y deleita nuestra consideración.[ix]

Capítulo 4

En que se responde a lo que se alega de la escritura, contra la redondez del cielo

Mas, volviendo a la figura del cielo, no sé de qué autoridades de la Escritura se haya podido colegir que no sea redondo, y su movimiento circular. Porque llamar san Pablo[72] al cielo «un tabernáculo o tienda que puso Dios, y no el hombre», no veo que haga al caso: pues, aunque nos digan que es tabernáculo puesto por Dios, no por esto hemos de entender que a manera de toldo cubre por una parte solamente la tierra, y que se[73] está allá[74] sin mudarse, como parece lo quisieron entender algunos. Trataba el Apóstol la semejanza del tabernáculo antiguo de la ley, y a este propósito dijo que el tabernáculo de la ley nueva de gracia es el cielo, en el cual entró el sumo sacerdote Jesucristo de una vez por su sangre; y de aquí infiere que hay tanta ventaja del nuevo tabernáculo al viejo cuanto hay de diferencia entre el autor del nuevo —que es Dios—, y el obrador del viejo —que fue hombre—. Aunque es verdad que también el viejo tabernáculo se hizo por la sabiduría de Dios, que enseñó a su maestro Beseleel,[75] ni hay para qué buscar en las semejanzas o parábolas o alegorías que en todo y por todo cuadren a lo que se traen: como el bienaventurado Crisóstomo[76] a otro propósito lo advierte escogidamente.

La otra autoridad[77] que refiere san Augustín, que alegan algunos para probar que el cielo no es redondo,

[66] 103 *(nota del autor),* 31: «Sea eterna la gloria de Yavé, y gócese Yavé en sus obras» (N.-C.).

[67] *Salmos* 91 *(nota del autor)*, 5: «Pues me has alegrado, ¡oh Yavé! con tus obras, y me gozo en las obras de tus manos» (N.-C.). Compárese.

[68] que.

[69] que.

[70] = inmediatamente. Pondremos asterisco cuando tenga este significado.

[71] = distraen, separan.

[72] *Epístola a los hebreos* 8 *(nota del autor),* 2: «Ministro del santuario y del tabernáculo verdadero, hecho por el Señor, no por el hombre» (N.-C.).

[73] Sin «se» (Mat.).

[74] «allí» (1792 y 1894).

[75] *Éxodo* 36 *(nota del autor),* 1: «Besalel, Oliva y todos los hombres hábiles, en cuyo corazón había puesto Yavé inteligencia y se sentían impulsados en su corazón para trabajar en esta obra, hicieron lo destinado al servicio del santuario como Dios se lo había mandado a Moisés» (N.-C.).

[76] *Homilías sobre San Mateo* cap**.** 20 *(nota del autor).*

[77] = argumento de autoridad.

diciendo:[78] «Extiende el cielo como piel» —de donde infieren que no[79] es redondo sino llano en lo de arriba—, con facilidad y bien responde el mismo **(p. 25)** sancto doctor[80] que en estas palabras del salmo no se nos da a entender la figura del cielo sino la facilidad con que Dios obró un cielo tan grande, pues no le fue a Dios más difícil sacar una cubierta tan inmensa del cielo que lo fuera a nosotros desplegar una piel doblada. O pretendió quizá darnos a entender la gran majestad de Dios, al cual sirve el cielo tan hermoso y tan grande de lo que[81] a nosotros nos sirve en el campo un toldo o tienda de pieles. Lo que un poeta galanamente* declaró diciendo: «El toldo del claro cielo».

Lo otro que dice Isaías[82] —«El cielo me sirve de silla y la tierra de escabel para mis pies»—, si fuéramos del error de los Antropomorfitas —que ponían miembros corporales en Dios, según su divinidad—, pudiera darnos en qué entender para declarar cómo era posible ser la tierra escabel de los pies de Dios, estando en medio del mundo. Si hinche[83] Dios todo el mundo, ¿por qué había de tener pies de una parte y de otra, y muchas cabezas al derredor, que es cosa de risa y donaire?[84] Basta, pues, saber que en las divinas escrituras no hemos de seguir «la letra que mata, sino el espíritu que da vida», como dice san Pablo.[85]

Capítulo 5

De la hechura y gesto[86] del cielo del Nuevo Mundo

Cuál sea el gesto y manera de este cielo que está a la banda del Sur[87] pregúntanlo muchos en Europa, porque en los antiguos no pueden leer cosa cierta. Porque, aunque concluyen eficazmente que hay cielo de esta parte del mundo, pero qué talle y hechura tenga no lo pudieron ellos alcanzar. Aunque es verdad que tratan mucho de una grande y hermosa estrella que acá vemos, que ellos llaman *Canopo*.[88]

Los que de nuevo navegan a estas partes suelen escribir cosas grandes de este cielo: es a saber, **(p. 26)** que es muy resplandeciente y que tiene muchas y muy grandes estrellas. En efecto, las cosas de lejos se pintan muy engrandecidas, pero a mí al revés me parece, y tengo por llano[89] que a la otra banda del Norte[90] hay más número de estrellas y de más ilustre grandeza. Ni veo acá[91] estrellas que excedan a la bocina[92] y al carro.[93] Bien es verdad que el *crucero* de acá[94] es hermoso y de vista admirable. *Crucero* llamamos cuatro estrellas notables que hacen entre sí forma de Cruz, puestas en mucha igualdad y proporción. Creen los ignorantes que este Crucero es el Polo[95] del sur porque ven a los marineros tomar la[96] altura por el crucero de acá, como allá suelen por el Norte; mas engáñanse. Y la razón por que lo hacen así los marineros es porque no hay desta banda estrella fija que muestre al Polo al modo que allá la estrella del Norte lo hace, y así toman la altura por la estrella que es el pie del Crucero; la cual estrella dista del verdadero y fijo Polo treinta grados, como la estrella del Norte allá dista tres y algo más. Y así, es más difícil de tomar acá la altura porque la dicha estrella del pie del Crucero ha de estar derecha; lo cual es solamente a un tiempo de la noche, que en diversas partes del año es a diferentes horas, y en mucho tiempo del año en toda la noche no llega a encumbrar, que es cosa disgustosa para tomar la altura. Y así, los más diestros pilotos no se curan[97] del Crucero, sino por el Astrolabio toman el sol y ven en él la altura en que se hallan. En lo cual se aventajan comúnmente los portugueses, como gente que tienen más curso[98] de navegar de cuantas naciones hay en el mundo.

Hay también desta parte del Sur otras estrellas que en alguna manera responden a las del Norte. La *vía Láctea*, que llaman, corre mucho y muy resplandeciente a esta

[78] *Salmos* 103 *(nota del autor),* 2: «Revestido de luz como de un manto. Como una tienda tendió los cielos». Compárese.
[79] Sin «no» (Alc.).
[80] San Agustín: *De Genesi al literam imperfectus liber* II: 9 *(nota del autor).*
[81] = como (de lo que).
[82] 66 *(nota del autor),* 1: «Así dice Yavé: «El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies. ¿Qué casa podríais dedicarme? ¿En qué lugar moraría yo?'» (N.-C.).
[83] = llena, ocupa por sí mismo.
[84] Signos interrogativos añadidos, siguiendo a Mat.
[85] San Pablo: *2ª Epístola a los corintios* 3 *(nota del autor),* 6: «El nos capacitó como ministros de la nueva alianza, no de la letra sino del Espíritu, que la letra mata pero el espíritu da vida» (N.-C.).
[86] = aspecto, cara.
[87] = hemisferio meridional.
[88] Plinio: *Historia natural* 6, 22 *(nota del autor).*
[89] = Figurado, «claro, evidente» (*DRAE,* 10). Pondremos asterisco en adelante a este uso del término.
[90] = hemisferio septentrional.
[91] en Perú. Téngase en cuenta para todos los dos primeros libros que lo escribió estando en Perú, como explica al final de los mismos, en una «advertencia al lector».
[92] = «Osa Menor» (*DRAE,* 8).
[93] = Osa Mayor, «semejando en conjunto un carro sin ruedas» (*DRAE,* s.v. osa).
[94] = Cruz del sur.
[95] Norte = estrella polar de la Osa Menor, usada en el hemisferio norte para saber la rosa de los vientos, o puntos cardinales.
[96] Sin «la» (Alc.). Se refiere a la medición de la latitud.
[97] «cuidan» (1792, 1894, Mat.) = se fijan.
[98] = experiencia, «Cursado» = versado *(DRAE).*

banda, y vense en ella aquellas manchas negras tan admirables, de que arriba hicimos mención. Otras particularidades otros las dirán, o advertirán con más cui **(p. 27)** dado; bástenos por agora esto poco que habemos referido.

Capítulo 6

Que el mundo hacia ambos Polos tiene tierra y mar

No está hecho poco,[99] pues hemos salido con que acá tenemos cielo y nos cobija como a los de Europa y Asia y África. Y de esta consideración nos aprovechamos a veces cuando algunos —o muchos— de los que acá suspiran por España, y no saben hablar sino de su tierra, se maravillan y aún enojan con nosotros pareciéndoles que estamos olvidados y hacemos poco caso de nuestra común patria: a los cuales respondemos que por eso[100] no nos fatiga el deseo de volver a España, porque hallamos que el cielo nos cae tan cerca por el Pirú como por España. Pues, como dice bien[101] san Jerónimo escribiendo a Paulino, «tan cerca está la puerta del cielo de Bretaña como de Jerusalén».

Pero, ya que el cielo de todas partes toma al mundo en derredor, es bien que se entienda que no por eso se sigue que haya tierra de todas partes del mundo. Porque, siendo así que los dos elementos de tierra y agua componen un globo o bola redonda —como los más y los mejores de los antiguos (según refiere Plutarco)[102] lo sintieron, y con demostraciones certísimas se prueba—, podríase pensar que la mar ocupa toda la parte que cae al Polo Antártico[103] o Sur de tal modo que no deje lugar alguno a la tierra por aquella banda, según que san Augustín[104] doctamente arguye contra la opinión de los que ponen antípodes:[105]

«No advierten (dice) que, aunque se crea o se pruebe que el mundo es de figura redonda como una bola, no por eso está luego* en la mano que por aquella otra parte del mundo esté la tierra descubierta[106] y sin agua.»

Dice bien sin dubda san Augustín en esto. Pero tampoco se sigue ni se prueba lo contrario: que es no haber tierra **(p. 28)** descubierta al Polo Antártico, y ya la experiencia a los ojos lo ha mostrado ser así, que en efecto la hay. Porque, aunque la mayor parte del mundo que cae al dicho Polo Antártico esté ocupada del mar, pero no es toda ella, antes* hay tierra; de suerte que a todas partes del mundo la tierra y el agua se están como abrazando, y dando entrada la una a la otra. Que de verdad es cosa para mucho admirar y glorificar el arte del criador soberano. Sabemos por la sagrada escritura[107] que en el principio del Mundo fueron las aguas congregadas, y se juntaron en un lugar, y que la tierra con esto se descubrió.[108]

Y también las mismas sagradas letras nos enseñan que estas congregaciones de aguas se llamaron Mar. Y no sólo en el Mediterráneo hay esta diversidad de mares y, como ellas son muchas, hay de necesidad muchos mares: llamándose uno el *Euxino*, otro el *Caspio*, otro el *Eritreo* o *Bermejo*,[109] otro el *Pérsico*, otro el *de Italia*, y otros muchos así. Mas también el mismo Océano grande, que en la divina escritura se suele llamar «abismo», aunque en realidad de verdad sea uno, pero en muchas diferencias y maneras: como, respecto de este Pirú y de toda la América, es uno el que llaman *mar del Norte* y otro el *mar del Sur*.[110] Y en la India Oriental uno es el mar *Indico*, otro el *de la China*.

He yo[111] advertido, así en lo que he navegado como en lo que he entendido de relaciones de otros, que nunca la mar se aparta de la tierra más de mil leguas sino que doquiera,[112] por mucho que corre, el Océano no pasa de la dicha medida. No quiero decir que no se navegan más de mil leguas del mar Océano, que eso sería disparate: pues sabemos que las naos[113] de Portugal navegan cuatro tanto

99 Con lo que llevamos ya dicho.
100 Es decir, porque el mismo cielo cobija a los de Europa, Asia y África con los de América.
101 Sin «bien» (Alc.).
102 *Sentencias de los filósofos* III, 9-11 *(nota del autor).*
103 «Antárctico» (Príncipe), única vez que adopta esa fórmula «rc».
104 *De civitate Dei* XVI, 9 *(nota del autor).*
105 = «antípodas» (todos menos la Príncipe, O'G y Alc.).
106 = aflorada, emergida.
107 *Génesis* 1 *(nota del autor),* 9-10: «Dijo luego: "Júntense en un lugar las aguas de debajo de los cielos, y aparezca lo seco". Así se hizo // y se juntaron las aguas de debajo de los cielos en sus lugares, y apareció lo seco; y a lo seco llamó Dios tierra, y a la reunión de las aguas, mares. Y vio Dios ser bueno» (N.-C.).
108 = emergió.
109 = Rojo.
110 Como ya dijimos y explicará el autor enseguida, equivalen respectivamente al Océano Atlántico y al Pacífico. Trata específicamente esta división en libro III, cap. 10.
111 «Yo he» (1792, 1894 y Mat.).
112 «dondequiera» (1792, 1894, Mat.).
113 «naves» (1792, 1894 y Mat.).

y más, y aún todo el mundo en redondo se puede navegar por mar, como en nuestros tiempos[114] lo hemos ya visto sin poderse dubdar en ello[x]. Mas lo que digo y afirmo es que, en lo que hasta agora está descubierto, ninguna tierra dista por **(p. 29)** línea recta de la tierra firme o islas que le caen más[115] cerca sino a lo sumo mil leguas, y que así entre tierra y tierra nunca corre mayor espacio de mar, tomándolo por la parte que una tierra está mas cercana de otra: porque del fin de Europa y de África y de su costa no distan las Islas Canarias —y las de los[116] Azores, con las del Cabo verde y las demás en aquel paraje— más de trescientas o quinientas leguas, a lo sumo, de Tierra Firme. De las dichas islas haciendo discurso[117] hacia la India Occidental apenas hay novecientas leguas, hasta llegar a las islas que llaman Dominica y las Vírgenes y la Beata, y las demás. Y éstas van corriendo por su orden hasta las que llaman de Barlovento: que son[118] Cuba y Española y Boriquén.[119] Déstas, hasta dar en la Tierra firme, apenas hay doscientas o trescientas leguas, y por partes muy mucho menos. La tierra firme luego* corre una cosa infinita desde la tierra de la Florida hasta acullá, a la tierra de los Patagones; y por estotra parte del[120] Sur, desde el estrecho de Magallanes hasta el cabo Mendocino corre una tierra larguísima, pero no muy ancha; y por donde más ancha[121] es aquí en esta parte del Pirú, que dista del Brasil obra de mil leguas.

En este mismo mar del Sur, aunque no se halla —ni sabe— fin[122] la vuelta del[123] Poniente, pero no ha muchos años que se descubrieron las islas que intitularon «de Salomón», que son muchas y muy grandes, y distan de este Pirú como ochocientas leguas. Y, porque se ha observado y se halla así que doquiera que hay islas muchas y grandes se halla no muy lejos tierra firme: de ahí[124] viene que muchos —y yo con ellos—[xi] tienen opinión que hay cerca de las dichas Islas de Salomón tierra firme grandísima, la cual responde[125] a la nuestra América por parte del Poniente, y sería posible que corriese por la altura del Sur hacia el estrecho de Magallanes. La Nueva Guinea se entiende que es tierra firme, y algunos doctos la pintan muy cerca de las Islas de Salomón.

[114] «nuestro tiempo» (Mat.).
[115] Sin «más» (1792, 1894 y Mat.).
[116] «las» (O'G. y Alc.).
[117] = curso, camino.
[118] «de» (Mat.).
[119] = Puerto Rico.
[120] mar del Sur, Pacífico.
[121] = se engrosa.
[122] «sin» (O'G., Alc.).
[123] «La vuelta de» = camino de *(DRAE).*
[124] «Allí» (O'G., Alc.).
[125] = corresponde, replica (geográficamente paralelas).

Así que es **(p. 30)** muy conforme a razón que aún está por descubrir buena parte del mundo. Pues ya por este mar del Sur navegan también los nuestros a la China y Filipinas, y a la ida de acá allá no nos dicen que pasan más luengo[126] mar que viniendo de España a estas Indias. Mas, por donde se continúan y traban el un mar Océano con el otro —digo el mar del Sur con el mar del Norte*— por la parte del Polo Antárctico, bien se sabe que es por el estrecho tan señalado de Magallanes, que está en altura de cincuenta y un grados.

Pero, si al otro lado del mundo —al Polo del Norte—, también se continúan y corren estos dos mares, grande cosa es que muchos la han pesquisado; pero que yo sepa nadie hasta agora ha dado en ella; solamente por conjeturas, y no sé qué indicios, afirman algunos que hay otro estrecho hacia el Norte, semejante al de Magallanes.[xii]

Para el intento que llevamos, bástanos hasta agora saber de cierto que hay tierra de esta parte del Sur, y que es tierra tan grande como toda la Europa y Asia, y aun África; y que a[127] ambos polos del mundo se hallan mares y tierras abrazados entre sí. En lo cual los antiguos, como a quien les faltaba experiencia, pudieron poner dubda y hacer contradición.

Capítulo 7

En que se reprueba la opinión de Lactancio, que dijo no haber antípodes

Pero, ya que se sabe que hay tierra a la parte del Sur o Polo Antárctico, resta ver si hay en ella hombres que la habiten, que fue en tiempos pasados una cuestión muy reñida. Lactancio Firmiano[128] y S. Augustín[129] hacen gran donaire[130] de los que afirman haber «antípodes»: que quiere decir hombres que traen sus pies contrarios a los nuestros. Mas, aunque en tenerlo por cosa de burla convienen

[126] «largo» (1792, 1894 y Mat.).
[127] «en» (O'G. y Alc.).
[128] *Divinarum Institutionum* VII, 23 *(nota del autor).*
[129] *De civitate Dei* XVI, 9 *(nota del autor).*
[130] = burlas.

estos dos autores, pero en las razones y motivos de su opinión van por **(p. 31)** muy diferentes caminos, como en los ingenios eran bien diferentes. Lactancio vase con el vulgo, pareciéndole cosa de risa decir que el cielo está en torno por todas partes y la tierra está en medio, rodeada dél[131] como una pelota, y así escribe en esta manera:

> «¿Qué camino lleva lo que algunos quieren decir, que hay antípodes que ponen sus pisadas contrarias a las nuestras? ¿Por ventura hay hombre tan tonto que crea haber gentes que andan los pies arriba y la cabeza abajo; y que las cosas que acá están asentadas están[132] allá trastornadas, colgando; y que los árboles y los panes crecen allá hacia abajo; y que las lluvias y la nieve y el granizo suben a la tierra hacia arriba?». Y, después de otras palabras, añade Lactancio aquéstas: «El imaginar al cielo redondo fue causa de inventar estos hombres antípodes, colgados del aire. Y así, no tengo más que decir de tales filósofos sino que, en errando una vez, porfían en sus disparates defendiendo los unos con los otros.»

Hasta aquí son palabras de Lactancio. Mas, por más que él diga, nosotros —que habitamos al presente en la parte del mundo que responde en contrario de la Asia y somos sus «antíctonos», como los cosmógrafos hablan— ni nos vemos andar colgando ni que andemos las cabezas abajo y los pies arriba.

Cierto es cosa maravillosa considerar que al entendimiento humano, por una parte, no le sea posible percibir y alcanzar la verdad sin usar de imaginaciones; y por otra, tampoco le sea posible dejar de errar si del todo se va tras la imaginación. No podemos entender que el cielo es redondo como lo es y que la tierra está en medio, sino imaginándolo. Mas, si a esta misma imaginación no la corrige y reforma la razón sino que se deja el entendimiento llevar della, forzoso hemos de ser engañados y errar. Por donde sacaremos con manifiesta experiencia que hay en nuestras almas cierta lumbre del cielo, con la cual vemos y juzgamos aún las mismas imágines[133] y **(p. 32)** formas interiores que se nos ofrecen para entender; y con la dicha lumbre interior aprobamos o desechamos lo que ellas nos están diciendo. De aquí se ve claro cómo el *anima* racional es sobre toda naturaleza corporal, y cómo la fuerza y vigor eterno de la verdad preside en el más alto lugar del hombre; y vese cómo muestra y declara bien que ésta su luz tan pura es participada de aquella suma y primera luz. Y quien esto no lo sabe, o lo dubda, podemos bien decir que no sabe o dubda si es hombre.

Así que, si a nuestra imaginación preguntamos qué le parece de la redondez del cielo, cierto no nos dirá otra cosa sino lo que dijo a Lactancio. Es a saber que, si es el cielo redondo, el sol y las estrellas habrán de caerse cuando se trasponen, y levantarse cuando van al medio día; y que la tierra está colgada en el aire, y que los hombres que moran de la otra parte de la tierra han de andar pies arriba y cabeza abajo, y que las lluvias allí no caen de lo alto antes suben de abajo, y las demás monstruosidades que, aún decirlas, provoca a risa. Mas, si se consulta la fuerza de la razón, hará poco caso de todas estas pinturas vanas y no escuchará a la imaginación más que a una vieja loca; y con aquella su entereza y gravedad responderá que es engaño grande fabricar en nuestra imaginación a todo el mundo a manera de una casa, en la cual está debajo de su cimiento la tierra y encima de su techo está el cielo. Y dirá también que, como en los animales siempre la cabeza es lo mas alto y supremo del animal, aunque no todos los animales tengan la cabeza de una misma manera (sino unos puesta hacia arriba como los hombres, otros atravesada como los ganados, otros en medio como el pulpo y la araña), así también el cielo doquiera que esté está arriba, y la tierra ni más ni menos doquiera que esté está debajo.

Porque, siendo así que nuestra imaginación está asida a tiempo y lugar, y el mismo tiempo y **(p. 33)** lugar no lo percibe universalmente sino particularizado, de ahí le viene que cuando la levantan a considerar cosas que exceden y sobrepujan tiempo y lugar conocido luego* se cae; y, si la razón no la sustenta y levanta, no puede un punto[134] tenerse en pie. Y así veremos que nuestra imaginación, cuando se trata de la creación del mundo, anda a buscar tiempo antes de criarse el mundo; y para fabricarse el mundo también señala lugar, y no acaba de ver que se pudiese de otra suerte el mundo hacer, siendo verdad que la razón claramente nos muestra que ni hubo tiempo antes de haber movimiento –cuya medida es el tiempo— ni hubo lugar alguno antes del mismo universo que encierra todo lugar.

Por tanto, el filósofo excelente Aristóteles[135] clara y brevemente satisface al argumento que hacen contra el lugar de la tierra, tomado[136] del modo nuestro de imaginar, diciendo con gran verdad que en el mundo el mismo lugar es en medio y abajo, y cuanto más en medio está una cosa tanto más abajo: la cual respuesta alegando Lactancio Firmiano, sin

[131] «de él» (Alc.).
[132] «estén» (Mat.).
[133] «imágenes» (todos, menos la Príncipe).
[134] = «Instante, momento, porción pequeñísima de tiempo» (*DRAE,* s.v., 23).
[135] *Del cielo* I, 3 *(nota del autor).*
[136] «tomando» (Alc.).

reproballa[137] con alguna razón, pasa con decir que no se puede detener en reproballa[138] por la presa que lleva a otras cosas.

Capítulo 8

Del motivo que tuvo San Augustín para negar los antípodes

Muy otra fue la razón que movió a san Augustín, como de tan alto ingenio, para negar los antípodes. Porque la razón que arriba dijimos, de que andarían al revés los antípodes, el mismo sancto doctor la deshace en su libro de los *Predicamentos*:

> «Los antiguos (dice él)[139] afirman que por todas partes está la tierra debajo, y el cielo encima. Conforme a lo cual los antípodes, que según se dice pisan al revés de nosotros, tienen también el cielo **(p. 34)** encima de sus cabezas.»

Pues entendiendo esto san Augustín tan conforme a buena Filosofía, ¿qué será la razón por donde persona tan docta se movió a la contraria opinión? Fue, cierto, el motivo que tuvo tomado de las entrañas de la sagrada teología, conforme a la cual nos enseñan las divinas letras que todos los hombres del mundo descienden de un primer hombre, que fue Adán. Pues decir que los hombres habían podido pasar al Nuevo Mundo atravesando ese infinito piélago del mar Océano parecía cosa increíble y un puro desatino. Y en verdad que, si el succeso palpable y experiencia de lo que hemos visto en nuestros siglos no nos desengañara[140], hasta el día de hoy se tuviera por razón insoluble la dicha.

Y, ya que sabemos que no es concluyente ni verdadera la dicha razón, con todo eso nos queda bien quehacer para darle respuesta: quiero decir, para declarar en qué modo y por qué vía pudo pasar el linaje de los hombres acá, o cómo vinieron y por dónde a poblar estas Indias. Y, porque adelante se ha de tratar esto muy de propósito, por agora bien será que oigamos lo que el sancto doctor Augustín disputa desta materia en los libros de *La ciudad de Dios*,[141] el cual dice así:

> «Lo que algunos platican, que hay antípodes —esto es, gentes que habitan de la otra parte de la tierra, donde el Sol nace al tiempo que a nosotros se pone— y que las pisadas déstos son al revés de las nuestras, esto no es cosa que se ha de creer. Pues no lo afirman por relación cierta que de ello tengan sino solamente por un discurso de Filosofía que hacen, con que concluyen que, estando la tierra en medio del mundo rodeada de todas partes del cielo, igualmente ha de ser forzosamente lugar más bajo siempre el que estuviere más en medio del mundo». Y después añade: «De ninguna manera engaña la divina escritura, cuya verdad en lo que refiere haber pasado se prueba bien, viendo cuán puntualmente sucede lo que profetiza que ha de venir. Y es cosa de disparate decir que **(p. 35)** destas partes del mundo hayan podido hombres llegar al otro Nuevo Mundo, y pasar esa inmensidad del mar Océano; pues de otra suerte no es posible haber allá hombres, siendo verdad que todos los hombres descienden de aquel primer hombre.»

Según esto, toda la dificultad de san Augustín no fue otra sino la incomparable grandeza del mar Océano. Y el mismo parecer tuvo san Gregorio Nacianzeno,[142] afirmando como cosa sin dubda que, «pasado el estrecho de Gibraltar, es imposible navegarse el mar». En una Epístola[143] que escribe dice a este propósito: «Estoy muy bien con lo que dice Píndaro, que después de Cádiz es la mar innavegable de hombres». Y él mismo, en la oración funeral que hizo a San Basilio, dice que «a ninguno le fue concedido pasar el[144] estrecho de Gibraltar, navegando la mar». Y, aunque es verdad que esto se tomó como por refrán[145] del poeta Píndaro, que dice que «así a sabios como a necios les está vedado saber lo que está adelante de Gibraltar», pero el mismo origen deste refrán[146] da bien a entender cuán asentados estuvieron los antiguos en la dicha opinión; y así, por los libros de los poetas y de los historiadores y de los cosmógrafos antiguos, el fin y términos de la tierra se ponen en Cádiz, la de nuestra España: allí fabrican las columnas de Hércules, allí encierran los términos del imperio romano, allí pintan los fines del mundo.

137 «reprobarla» (todos, menos la Príncipe).
138 «reprobarla» (Príncipe, O'G. y Alc.[sic]).
139 *Liber Categoriarum* tomo 1, cap. 10 *(nota del autor).*
140 «desengañará» (Mat.).

141 XVI, 9 *(nota del autor).*
142 «Nazanceno» (O'G. y Alc.).
143 San Gregorio Nacianceno: *Epístola a Postumiano 17 (nota del autor).*
144 «del» (O'G. y Alc.).
145 = «Dicho agudo y sentencioso de uso común» *(DRAE).*
146 = Es decir, su origen popular.

Y no solamente las letras profanas mas aún las sagradas también hablan en esa forma, acomodándose a nuestro lenguaje, donde[147] dicen[148] que «se publicó el edicto de Augusto Cesar, para que todo el mundo se empadronase»; y de Alejandro el Magno, que «extendió su imperio hasta los cabos de la tierra»;[149] y en otra parte dicen que «el Evangelio ha crecido y hecho fructo en todo el mundo universo»,[150] Porque, por[151] estilo usado, llama la Escritura «todo el mundo» a la mayor parte del mundo que hasta entonces estaba descubierto y conocido.

Ni el otro mar de la India Oriental ni este otro de la occidental entendieron los antiguos que se pudiese navegar; **(p. 36)** y en esto concordaron generalmente. Por lo cual Plinio, como cosa llana y cierta, escribe[152] «Los mares que atajan la tierra nos quitan de la tierra habitable la mitad por medio, porque ni de acá se puede pasar allá ni de allá venir acá». Esto mismo sintieron Tulio[153] y Macrobio y Pomponio Mela, y finalmente fue el común parecer de los escritores antiguos.

Capítulo 9

De la opinión que tuvo Aristóteles cerca[154] del Nuevo Mundo, y qué es lo que le engañó para negarle

Hubo, demás de[155] las dichas, otra razón también por la cual se movieron los antiguos a creer que era imposible pasar los hombres de allá a este Nuevo Nundo. Y fue decir que, allende de la inmensidad del Océano, era el calor de la región que llaman *Tórrida* o quemada tan excesivo que no consentía ni por mar ni por tierra pasar los hombres, por atrevidos que fuesen, del[156] un Polo al otro Polo. Porque, aún aquellos filósofos que afirmaron ser la tierra redonda —como en efecto lo es— y haber hacia ambos Polos del mundo tierra habitable, con todo eso negaron que pudiese habitarse del linaje humano la región que cae en medio y se comprende entre los dos Trópicos, que es la mayor de las cinco zonas o regiones en que los cosmógrafos y astrólogos parten el mundo. La razón que daban, de ser esta zona tórrida inhabitable, era el ardor del sol: que siempre anda encima tan cercano y abrasa toda aquella región, y por el consiguiente la hace falta de aguas y pastos.

De esta opinión fue Aristóteles, que —aunque tan gran filósofo— se engañó en esta parte. Para cuya inteligencia será bien decir en qué procedió bien con su discurso, y en qué vino a errar. Disputando, pues, el Filósofo[157] del viento *Ábrego* o Sur si hemos de **(p. 37)** entender que nace del mediodía[158] o no, sino del otro polo contrario al Norte, escribe en esta manera:

> «La razón nos enseña que la latitud y ancho de la tierra que se habita tiene sus límites; pero no puede toda esta tierra habitable continuarse entre sí, por no ser templado el medio. Porque cierto es que en su longitud, que es de Oriente a Poniente, no tiene exceso de frío ni de calor; pero tiénele en su latitud, que es del Polo a la línea Equinocial. Y así, podría[159] sin dubda andarse toda la tierra en torno por su longitud, si no[160] lo estorbase en algunas partes la grandeza del mar que la ataja.»

Hasta aquí no hay más que pedir en lo que dice Aristóteles, y tiene gran razón en que la tierra por su longitud, que es de Oriente a Poniente, corre con más igualdad y más acomodada a la vida y habitación humana que por su latitud, que es del Norte a Mediodía. Y esto pasa así, no solo por la razón que toca Aristóteles de haber la misma templanza del cielo de Oriente a Poniente —pues dista siempre igualmente del frío del Norte y del calor del Mediodía— sino por otra razón también: porque yendo en longitud siempre hay días y noches sucesivamente. Lo cual yendo en latitud no puede ser: pues se ha de llegar forzoso a aquella región polar

147 = cuando.

148 *San Lucas* 2 *(nota del autor),* 1: «Aconteció, pues, en los días aquellos que salió un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo» (N.-C.).

149 I *Macabeos* 1 *(nota del autor),* 3: «Atravesándola hasta sus confines, se apoderó de los despojos de muchas naciones, y la tierra se le rindió. Su corazón se engrió y se llenó de orgullo» (N.-C.).

150 San Pablo: *Epístola a los Colosenses* 1 *(nota del autor), 6:* «Que os llegó, y en todo el mundo, también entre vosotros fructifica y crece desde el día en que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en su pureza» (N.-C.).

151 causa del… (es decir, por tradición).

152 *Historia natural* II, 69 *(nota del autor).*

153 = Cicerón.

154 = acerca. Pondremos asterisco, cuando tenga este significado latino.

155 = además. Pondremos asterisco cuando tenga esta significación.

156 «de» (Mat.).

157 Aristóteles: *Meteorología* II, 5 *(nota del autor).*

158 = sur.

159 «podía» (O'G. y Alc.).

160 «sino» (1792, 1894).

donde hay una parte del año noche continuada, que dure seis meses. Lo cual para la vida humana es de grandísimo inconveniente.

Pasa más adelante el Filosófo, reprendiendo a los geógrafos que describían[161] la tierra en su tiempo, y dice así:

> «Lo que he dicho se puede bien advertir en los caminos que hacen por tierra y en las navegaciones de mar, pues hay gran diferencia de su longitud a su latitud. Porque el espacio que hay desde las columnas de Hércules, que es Gibraltar, hasta la India Oriental excede en proporción, más que de cinco a tres, al espacio que hay desde la Etiopía hasta la laguna Meotis[162] y últimos fines de los Scitas.[163] Y **(p. 38)** esto consta por la cuenta de jornadas y de navegación, cuanto se ha podido hasta agora con la experiencia alcanzar. Y tenemos noticia de la latitud que hay de la Tórrida habitable hasta las partes della que no se habitan.»

En esto se le debe perdonar a Aristóteles, pues en su tiempo no se había descubierto más de la Etiopía primera, que llaman exterior y cae junto a la Arabia y África. La otra Etiopía, interior, no la supieron en su tiempo, ni tuvieron noticia de aquella inmensa tierra que cae donde son agora las tierras del Preste Juan; y mucho menos,[164] toda la demás tierra que cae debajo de la Equinocial y va corriendo hasta pasar el Trópico de Capricornio, y para[165] en el Cabo de Buena Esperanza, tan conocido y famoso por la navegación de los portugueses. Desde el cual cabo, si se mide la tierra hasta pasada la Scitia y Tartaria, no hay dubda sino que esta latitud y espacio será tan grande como la longitud y espacio que hay desde Gibraltar hasta la India Oriental. Es cosa llana* que los antiguos ignoraron los principios del Nilo y lo último de la Etiopía, y por eso Lucano[166] reprende la curiosidad de Julio César en querer inquirir el principio del Nilo, y dice en su verso:

> «¿Qué tienes tú, Romano, que ponerte
> a inquirir del Nilo el nacimiento?»[167]

Y el mismo poeta, hablando con el proprio Nilo, dice:[168]

> «Pues es tu nacimiento tan oculto
> que ignora el mundo todo cúyo seas.»

Mas, conforme a la sagrada escritura bien se entiende que sea habitable aquella tierra, pues de otra suerte no dijera el profeta Sofonías,[169] hablando de la vocación al Evangelio de aquellas gentes: «De más allá de los ríos de Etiopía me traerán presentes los hijos de mis esparcidos» —que así llama a los Apóstoles—. Pero, como está dicho, justo es perdonar al Filósofo por haber creído a los historiadores y cosmógrafos de su tiempo. Examinemos agora lo que se sigue:

> «La una parte (dice) del mundo, que es la[170] Septentrional —puesta al Norte, pasada la **(p. 39)** zona templada—, es inhabitable por el frío excesivo; la otra parte, que está al Mediodía, también es inhabitable en pasando del Trópico por el excesivo calor. Mas las partes del mundo que corren, pasada la India de una banda y pasadas las columnas de Hércules de otra, cierto es que no se juntan entre sí por atajarlas el gran mar Océano.»

En esto postrero dice mucha verdad. Pero añade luego*:

> «Por cuanto a la otra parte del mundo, es necesario que la tierra tenga la misma proporción con su Polo Antártico que tiene esta nuestra parte habitable con el suyo, que es Norte. No hay dubda sino que en todo ha de proceder el otro mundo como éste de acá: en todas las demás cosas, y especialmente en el nacimiento y orden de los vientos.»

Y, después de decir otras razones que no hacen a nuestro caso, concluye Aristóteles diciendo:

> «Forzoso hemos de conceder que el Ábrego es aquel viento que sopla de la región que se abrasa de calor; y la tal región, por tener tan cercano al Sol, carece de aguas y de pastos.»

Éste es el parecer de Aristóteles: y cierto que apenas pudo alcanzar más la conjetura humana. De donde vengo, cuando lo pienso cristianamente, a advertir muchas veces cuán flaca y corta sea la Filosofía de los sabios de este siglo*

161 «descrebían» (Príncipe), única vez que usa este verbo en el texto.
162 «Pantano Meotide, antiguo nombre del mar de Azov, mar anexo del Negro, con quien se comunica por el estrecho de Kerech, al norte de Crimea» (Gran Enciclopedia Larousse).
163 = «Escitas… de Escitia. Para Herodoto, Escitia se extendía del Danubio al Don. Posteriormente se la definió como el país al norte del mar Negro (en el sentido más amplio)» (Gran Enciclopedia Larousse).
164 de.
165 = finaliza.
166 *La Farsalia* X, 269 *(nota del autor).*
167 Separamos los versos por líneas, como 1792 y 1894, y Mat.
168 *La Farsalia* X, 334 *(nota del autor).*
169 *Sofonías* 3 *(nota del autor),* 10: «Me traerán ofrendas desde más allá de Etiopía» (N.-C.).
170 Sin «la» (Alc.).

en las cosas divinas, pues aun en las humanas —donde tanto les parece que saben— a veces tan poco aciertan. Siente Aristóteles y afirma que la tierra que está a este polo del Sur habitable es, según su longitud, grandísima —que es de Oriente a Poniente—; y que, según su latitud —que es desde el polo del Sur hasta la Equinocial— es cortísima. Esto es tan al revés de la verdad que casi toda la habitación[171] que hay a esta banda del Polo Antártico es según[172] la latitud —quiero decir del Polo a la línea—; y por la longitud —que es de oriente a Poniente— es tan pequeña que excede y sobrepuja la latitud a la longitud **(p. 40)** en este Nuevo Orbe tanto como diez exceden a tres, y aún más.

Lo otro que afirma —ser del todo inhabitable la región media, que llama[173] tórrida zona por el excesivo calor causado de la vecindad del Sol y, por esta causa, carecer de aguas y pastos— esto todo pasa al revés. Porque la mayor parte deste Nuevo Mundo —y muy poblada de hombres y animales— está entre los dos Trópicos, en la misma tórrida zona; y de pastos y aguas es la región mas abundante de cuantas tiene el mundo universo, y por la mayor parte es región muy templada: para que se vea que, aún en esto natural, hizo Dios necia la sabiduría de este siglo*.

En conclusión: la tórrida zona es habitable, y se habita copiosísimamente, cuanto quiera[174] que los antiguos lo tengan por imposible. Mas la otra zona o región que cae entre la Tórrida y la polar al Sur, aunque por su sitio sea muy comodada[175] para la vida humana, pero son muy pocos los que habitan en ella, pues apenas se sabe de otra sino del Reino de Chile y un pedazo cerca del cabo de Buena Esperanza. Lo demás tiénelo ocupado el mar Océano.

Aunque hay muchos que tienen por opinión —y de mí, confieso que no estoy lejos de su parecer—[xiii] que hay mucha más tierra que no está descubierta, y que ésta ha de ser tierra firme[176] opuesta a la tierra de Chile, que vaya corriendo al Sur, pasado el círculo o Trópico de Capricornio. Y si la hay, sin dubda es tierra de excelente condición, por estar en medio de los dos extremos[177] en el mismo puesto que lo mejor de Europa. Y, cuanto a esto, bien atinada anduvo la conjetura de Aristóteles; pero, hablando de lo que hasta agora está descubierto, lo que hay en aquel puesto[178] es muy poca tierra, habiendo en la tórrida muchísima y muy habitada. **(p. 41)**

Capítulo 10

Que Plinio y los más de los antiguos sintieron lo mismo que Aristóteles

El parecer de Aristóteles siguió a la letra Plinio,[179] el cual dice así:

> «El temple de la región de en medio del mundo, por donde anda de continuo el Sol,[180] está abrasada como de fuego cercano y toda quemada y como humeando. Junto a ésta de en medio hay otras dos regiones de ambos lados: las cuales, por caer entre el ardor de ésta y el cruel frío de las otras dos extremas, son templadas. Mas estas dos templadas no se pueden comunicar entre sí, por el excesivo ardor del cielo.»

Esta propria fue la opinión de los otros antiguos, la[181] cual galanamente* celebra el Poeta[182] en sus versos:

«Rodean cinco cintas todo el cielo:
déstas una, con sol perpetuo ardiente,
tiene[183] de quemazón bermejo el suelo.»

171 = tierra habitada en el hemisferio meridional, o sea América del Sur. Se refiere a que en el Nuevo Mundo la tierra habitada es más alargada de norte a sur, que de este a oeste. Al contrario que en el Viejo Mundo, conocido por los antiguos.
172 = en el sentido de.
173 «llaman» (O'G., Mat. y Alc.). Acosta cita a Aristóteles.
174 = a pesar de, por mucho que.
175 «cómoda» (O'G. y Alc.), acomodada.
176 = no isla. Véase el mapa de Ortelius, en lámina 2.
177 Entre el ártico y el ecuador, como Europa mediterránea; o entre el antártico y el trópico ecuatoriano, como Chile en América y Sudáfrica en África.
178 = paraje conocido entre el ártico y el trópico meridional.
179 *Historia natural* II, 68 *(nota del autor).*
180 Eliminamos un «y», que tal vez pertenecía al texto traducido, citado parcialmente.
181 «lo» (O'G. y Alc.).
182 Virgilio: *Geórgicas* I, 232-233 *(nota del autor):* «Quinque tenent coelum zonae; quarum una corusco / Semper sole rubens, et torrida semper ab igni» (O'G.).
183 «tienen» (Príncipe y todos).

Y el mismo Poeta, en otro cabo:[184]

«Oyólo, si hay alguno que allá habite
donde se tiende la región más larga
que, en medio de las cuatro, el Sol derrite.»

Y otro poeta[185] aún mas claro dice lo mismo:

«Son en la tierra iguales las regiones
a las del cielo: y déstas cinco, aquella
que está en medio no tiene poblaciones
por el bravo calor.»

Fundóse esta opinión común de los antiguos en una ra **(p. 42)** zón, que les pareció cierta e inexpugnable: veían que en tanto era una región más caliente cuanto se acercaba más al Mediodía. Y es esto tanta verdad que, en una misma provincia de Italia, es la Pulla mas cálida que la Toscana por esa razón; y por la misma, en España es más caliente el Andalucía que Vizcaya, y esto en tanto grado que, no siendo la diferencia de más de ocho grados —y aún no cabales—, se tiene la una por muy caliente y la otra por muy fría. De aquí inferían, por buena consecuencia, que aquella región que se allegase tanto al Mediodía que tuviese el Sol sobre su cabeza necesariamente había de sentir un perpetuo y excesivo calor. Demás* de esto veían también que todas las diferencias que el año tiene —de Primavera, Estío, Otoño, Invierno— proceden de acercarse o alejarse el Sol. Y, echando de ver que, estando ellos aún bien lejos del Trópico —adonde llega el Sol en Verano—, con todo eso por írseles acercando sentían terribles calores en Estío, hacían su cuenta que, si tuvieran al Sol tan cerca de sí que anduviera encima de sus cabezas y esto por todo el discurso* del año, fuera el calor tan insufrible que sin dubda se consumieran y abrasaran los hombres de tal exceso.

Ésta fue la razón que venció[186] a los antiguos para tener por no habitable la región de en medio, que por eso llamaron Tórrida zona. Y cierto[187] que, si la misma experiencia por vista de ojos no nos hubiera desengañado, hoy día dijéramos todos que era razón concluyente y matemática: por que veamos cuán flaco es nuestro entendimiento para alcanzar aún estas cosas naturales. Mas ya podemos decir que a la buena dicha de nuestros siglos le cupo alcanzar aquellas dos grandes maravillas: es a saber, navegarse el mar Océano con gran facilidad y gozar los hombres en la Tórrida zona de lindísimo temple. Cosas que nunca los antiguos se pudieron persuadir: de estas dos maravillas, la postrera de **(p. 43)** la habitación y cualidades de la Tórrida zona hemos de tratar con ayuda de Dios largamente en el libro siguiente. Y así, en éste será bien declarar la otra, del modo de navegar el Océano, porque nos importa mucho para el intento que llevamos en esta obra. Pero, antes de venir a este punto, convendrá decir qué es lo que sintieron los antiguos de estas nuevas gentes, que llamamos «indios».

Capítulo 11

Que se halla en los antiguos alguna noticia deste Nuevo Mundo

Resumiendo lo dicho,[xiv] queda que los antiguos o no creyeron haber hombres pasado el Trópico de Cancro,[188] como san Augustín y Lactancio sintieron; o que, si había hombres, a lo menos no habitaban entre los Trópicos, como lo afirman Aristóteles y Plinio, y antes que ellos Parménides,[189] filósofo. Ser[xv] de otra suerte lo uno y lo otro ya está asaz[190] averiguado.

Mas todavía muchos con curiosidad preguntan si de esta verdad, que en nuestros tiempos es tan notoria, hubo en los pasados alguna noticia: porque parece cierto cosa muy extraña que sea tamaño[191] este Mundo Nuevo como con nuestros ojos le vemos, y que en tantos siglos atrás no haya sido sabido por los antiguos. Por donde, pretendiendo quizá algunos menoscabar en esta parte la felicidad de nuestros tiempos y oscurecer la gloria de nuestra nación, procuran mostrar que este Nuevo Mundo fue conocido por los antiguos. Y realmente, no se puede negar que haya de esto algunos rastros. Escribe san Jerónimo en la *Epístola a los efesios*:[192]

184 *Idem, Eneida* VII, 225-227 *(nota del autor):* «Audi it, et si quem tellus exctrema refuso / Submovet Océano, et si quem extenta plagarum / Quatuor in medio dirimit plaga sois iniqui» (O'G.).

185 Ovidio: *Metamorfosis* I *(nota del autor):* «Totidemque plagae tellure premuntur. /Quarum quae media est, non est habitabilis aestu» (O'G.).

186 = convenció.

187 es.

188 = Cáncer.

189 Plutarco: *Sentencias de los filósofos* III: 11 *(nota del autor).*

190 = bastante, como «asez» en francés.

191 = «(Del latín *tam*, tan, y *magnus*, grande). Tan grande, o tan pequeño…» *(DRAE).*

192 *Tres libros sobre la Epístola a los efesios*, sobre el libro cap. 2 [más o menos] (*nota del autor*).

«Con razón preguntamos qué quiera decir el Apóstol en aquellas palabras: "En las cuales cosas anduvistes un tiempo según el siglo deste mundo». Si quiere, por ventura, dar **(p. 44)** a entender que hay otro siglo que no pertenezca a este mundo sino a otros mundos, de los cuales escribe Clemente en su Epístola: "El Océano y los mundos que están allende del Océano".»

Esto es de San Jerónimo. Yo cierto no alcanzo qué epístola sea ésta de Clemente que san Jerónimo cita, pero ninguna dubda tengo que lo escribió así san Clemente, pues lo alega san Jerónimo. Y claramente refiere san Clemente que, pasado el mar Océano, hay otro mundo y aún[193] mundos: como pasa en efecto de verdad, pues hay tan excesiva distancia[194] del un nuevo mundo al otro Nuevo Mundo, quiero decir de este Pirú e India Occidental a la India Oriental y China.

También Plinio, que fue tan extremado en inquirir las cosas extrañas y de admiración, refiere en su *Historia Natural*[195] que Hannon, capitán de los cartaginenses, navegó desde Gibraltar costeando la mar hasta lo último de Arabia y que dejó escrita esta su navegación. Lo cual, si es así como Plinio lo dice, síguese claramente que navegó el dicho Hannon todo cuanto los portugueses hoy día navegan pasando dos veces la Equinocial, que es cosa para espantar. Y según lo trae[196] el mismo Plinio[197] de Cornelio Nepote, autor grave, el proprio[198] espacio navegó otro hombre llamado Eudoxo, aunque por camino contrario: porque, huyendo el dicho Eudoxo del rey de los látyros, salió por el mar Bermejo* al mar Océano y por él volteando llegó hasta el estrecho de Gibraltar. Lo cual afirma el Cornelio Nepote haber acaecido en su tiempo. También escriben autores graves que una nao de cartaginenses, llevándola la fuerza del viento por el mar Océano, vino a reconocer una tierra nunca hasta entonces sabida; y que, volviendo después a Cartago, puso gran gana a los cartaginenses de descubrir y poblar aquella tierra; y que el Senado con riguroso decreto vedó la tal navegación, temiendo que con la cudicia[199] de nuevas tierras se menoscabase su patria.[200]

De to **(p. 45)** do esto se puede bien colegir que hubiese en los antiguos algún conocimiento del Nuevo Mundo; aunque particularizando a esta nuestra América y toda esta India Occidental apenas se halla cosa cierta en los libros de los escritores antiguos. Mas de la India Oriental, no sólo la[201] de allende sino también la de aquende —que antiguamente era la[202] más remota, por caminarse al contrario de agora—, digo que se halla mención y no muy corta ni muy escura. Porque ¿a quién no le es fácil hallar en los antiguos la Malaca, que llamaban *Aurea Chersoneso*; y al cabo de Comorín, que se decía *Promontorium Cori;* y la grande y célebre isla de Sumatra,[203] por antiguo nombre tan celebrado, *Taprobana.*[204] ¿Qué diremos de las dos Etiopías, qué de los Bracmanes, qué de la gran tierra de los Chinas: quién dubda en los libros de los antiguos que traten de estas cosas no pocas veces?

Mas de las Indias Occidentales no hallamos en Plinio que en esta navegación pasase de las Islas Canarias, que él llama *Fortunatas*, y la principal dellas dice haberse llamado *Canaria* por la multitud de canes —o perros— que en ella había.[205] Pasadas las Canarias, apenas hay rastro en los antiguos de la navegación que hoy se hace por el golfo que, con mucha razón, le llaman Grande. Con todo eso, se mueven muchos a pensar que profetizó Séneca, el trágico, destas Indias Occidentales lo que leemos en su tragedia *Medea*[206] en sus versos anapésticos,[207] que reducidos al metro castellano dicen así:

«Tras luengos años vendrá
un siglo nuevo y dichoso,
que al Océano anchuroso
sus limites pasará.
Descubrirán grande tierra,
(p. 46)[208] verán otro nuevo mundo
navegando el gran profundo
que agora el paso nos cierra.
La Tule, tan afamada
como del mundo postrera,
quedará en esta carrera
por muy cercana contada.»

193 varios.
194 diversidad y distancia.
195 II, 69 *(nota del autor)* O'Gorman advierte que la fe de erratas corrige, «cap. 76, diga cap. 69», pero que está correcto el 67. En realidad, dice al margen 69, a pesar de la fe de erratas.
196 = toma, saca.
197 *Idem, Ibidem* (*nota del autor*). Plinio, II, 69.
198 = mismo.
199 = codicia.
200 = Por despoblarse, al emigrar a la nueva tierra.
201 Sin «la» (Mat.).
202 *Idem*.
203 Seguimos a 1792, 1894 y Mat. y Alc. La Príncipe dice «Samatra», como O'G.
204 «Taprobane» (O'G. y Alc.). «Taprobana, antiguo nombre de la isla de Ceilán», *apud* Raimundo de Miguel y el Marqués de Morante: *Nuevo diccionario latino-español etimológico.* Madrid, V. Suárez, 1954. Hubo una frecuente confusión con Sumatra en la época de Acosta.
205 Plinio, VI, 32 *(nota del autor).*
206 *Actos (Nuevo Testamento)* 2, hacia el final *(nota del autor)* 375-379 «Secula seris, quibus Oceanus / Vincula rerum laxet, et ingens / Pateat tellus Tethysque novos / Detegat orbes nec sit terris / Ultima Thule» (O'Gorman).
207 = «Pie de la poesía griega y latina, compuesto de tres sílabas: las dos primeras breves, y la otra larga» (*Casares*). Evidentemente, Acosta traslada al castellano sin esta rima original, y lo advierte.
208 Por error la Príncipe numera 47 la 46, y viceversa.

Esto canta Séneca en sus versos, y no podemos negar que al pie de la letra pasa así: pues los años luengos que dice, si se cuentan del tiempo del Trágico, son al pie de mil y cuatrocientos y, si del de *Medea*, son más de dos mil.[xvi]

Que el Océano anchuroso haya dado[209] el paso que tenía cerrado y que se haya descubierto grande tierra, mayor que toda Europa y Asia, y se habite otro Nuevo Mundo vémoslo por nuestros ojos cumplido, y en esto no hay dubda. En lo que la[210] puede con razón haber es en si Séneca adevinó,[211] o si acaso dio en esto[212] su poesía. Yo, para decir lo que siento,[213] siento que adevinó con el modo de adevinar que tienen los hombres sabios y astutos: veía que ya en su tiempo se tentaban[214] nuevas navegaciones y viajes por el mar; sabía bien como filósofo que había otra tierra opuesta del mismo ser, que llaman *antíctona*. Pudo con este fundamento considerar que la osadía y habilidad de los hombres, en fin, llegaría a pasar el mar Océano y, pasándole, descubrir nuevas tierras y otro mundo: mayormente siendo ya cosa sabida en tiempo de Séneca el suceso[215] de aquellos naufragios que refiere Plinio, con que se pasó el gran mar Océano. Y que éste haya sido el motivo **(p. 47)** de la profecía de Séneca parece lo dan a entender los versos que preceden, donde habiendo alabado el sosiego y vida poco bulliciosa de los antiguos dice así:

«Mas agora es otro tiempo,
y el mar de fuerza o de grado
ha de dar paso al osado,
y el pasarle es pasatiempo.»

Y más abajo dice así:

«Al alto mar proceloso
ya cualquier barca se atreve:
todo viaje es ya breve
al navegante curioso.
No hay ya tierra por saber,
no hay reino por conquistar,
nuevos muros ha de hallar
quien se piensa defender.
Todo anda ya trastornado,
sin dejar cosa en su asiento:
el mundo claro y exento
no hay ya en él rincón cerrado.
El indio cálido bebe
del río Araxis helado,
y el persa en Albis bañado,
y el Rin mas frío que nieve.»

(p. 48) Desta tan crecida osadía de los hombres viene Séneca a conjeturar lo que luego pone como el extremo a que ha de llegar, diciendo «Tras luengos años vendrá, etc.», como está ya dicho.

Capítulo 12

Qué sintió Platón desta India Occidental

Mas, si alguno hubo que tocase[216] más en particular esta India Occidental, parece que se le debe a Platón esa gloria, el cual en su *Timeo*[217] escribe así:

> «En aquel tiempo no se podía navegar aquel golfo (y va hablando del mar Atlántico, que es el que está en saliendo del estrecho de Gibraltar), porque tenía cerrado el paso a la boca de las columnas de Hércules, que vosotros soléis llamar (que es el mismo estrecho de Gibraltar); y era aquella isla —que estaba entonces junto a la boca dicha— de tanta grandeza que excede a toda la África y Asia juntas. De esta isla había paso entonces a otras islas para los que huían a ellas, y de las otras islas se iba a toda la tierra firme, que estaba frontero dellas, cercada del verdadero mar.»

Esto cuenta Critias[218] en Platón. Y los que se persuaden que esta narración de Platón es historia, y verdadera

[209] = ofrecido su vía al descubrimiento.
[210] = duda.
[211] «adivinó» (todos menos la Príncipe, O'G. y Alc.)
[212] = se refirió a esto, claramente.
[213] = «Parecer o juicio de alguien, opinión, dictamen» (*DRAE,* 1.2).
[214] = intentaban.
[215] = «Éxito, resultado, conclusión buena o mala de un negocio» (Casares).
[216] = aludiese a ella.
[217] No hay nota del autor en este caso, aunque el párrafo siguiente precisa algo más.
[218] *Critias* o *La Atlántida*, diálogo inacabado escrito como prolongación del *Timeo* —o *Sobre la Naturaleza—,* donde se expone la teoría griega de los cuatro elementos, y se considera a la naturaleza como un misterio incomprensible. Critias es el nombre del personaje que narra la historia, tanto en *Timeo* como en *Critias*.

historia declarada en esta forma,[219] dicen[xvii] que aquella grande isla —llamada *Atlantis*, la cual excedía en grandeza a África y Asia juntas— ocupaba entonces la mayor parte del mar Océano llamado *Atlántico*, que agora navegan los españoles; y que las otras islas —que dice estaban cercanas a esta grande— son las que hoy día llaman *Islas de Barlovento*: es a saber, Cuba, Española, San Juan de Puerto Rico, Jamaica, y otras de aquel paraje. Y que la tierra firme que dice es la que hoy día se llama *Tierra firme,* y este Pirú y América .[220] El mar verdadero, que dice[221] estar junto a aquella tierra firme, declaran que es este Mar del Sur*, **(p. 49)** y que por eso se llama «verdadero mar», porque en comparación de su inmensidad esotros mares mediterráneos —y aún el mismo Atlántico— son como mares de burla.

Con ingenio cierto y delicadeza está explicado Platón por los dichos autores curiosos; con cuánta verdad y certeza, eso en otra parte se tratará.[222]

Capítulo 13

Que algunos han creído que, en las divinas escrituras, Ophir signifique este nuestro Pirú

No falta también a quien le parezca que en las sagradas letras hay mención desta India Occidental, entendiendo por el Ophir —que ellas tanto celebran— este nuestro Pirú. Roberto Stefano —o por mejor decir Francisco Vatablo, hombre en la lengua hebrea aventajado (según nuestro preceptor, que fue discípulo suyo, decía)[xviii] — en los Escolios sobre el capítulo nono del tercero libro de *Los Reyes*[223] escribe que la isla Española que halló Cristóbal Colón era el Ophir, de donde Salomón traía cuatrocientos y veinte, o cuatrocientos y cincuenta, talentos de oro muy fino. Porque tal es el oro de Cibao que los nuestros traen de la Española. Y no faltan autores doctos[224] que afirmen ser Ophir este nuestro Pirú, deduciendo el un nombre del otro[225] y creyendo que en el tiempo que se escribió el libro de *Paralippomenon* se llamaba Pirú, como agora. Fúndanse[226] en que refiere la Escritura[227] que se traía de Ophir oro finísimo y piedras muy preciosas y madera escogidísima, de todo lo cual abunda —según dicen estos autores— el Pirú.

Mas, a mi parecer, está muy lejos el Pirú de ser el Ophir que la Escritura celebra.[228] Porque, aunque hay en él copia[229] de oro, no es en tanto grado que haga ventaja en esto a la fama de riqueza que tuvo antiguamente la India Oriental. Las piedras tan preciosas y aquella tan excelente madera que nunca tal se vio en Jerusalén **(p. 50)** cierto yo no lo veo: porque, aunque hay esmeraldas escogidas y algunos árboles de palo recio y oloroso, pero no hallo aquí cosa digna de aquel encarecimiento que pone la Escritura. Ni aún me parece que lleva buen camino pensar que Salomón, dejada la India Oriental riquísima, enviase sus flotas a esta última tierra. Y, si hubiera venido tantas veces, más rastros fuera razón que halláramos dello.

Mas la etimología del nombre Ophir y redución al nombre de Pirú téngolo por negocio de poca sustancia, siendo —como es cierto— que ni el nombre del Pirú es tan

219 = en forma poética y mitológica.

220 Recuérdese que escribe desde Perú. Entonces América era un nombre cartográfico aplicado solamente a la América del Sur.

221 Platón.

222 Ver cap. 22.

223 III Reyes cap. 10 *(nota del autor).* Acosta pone aquí cap. 10 en nota (aunque dice «nono» en el texto). La nota de Acosta en el *De Natura Novi Orbis* dice «In Byblis Roberti Stephani» [i.e. Robert Estienne], lo que permite entender mejor la interpolación sobre Roberto Stefano y Francisco Vatablo, cuando lo traduce. El versículo 28 de este cap. 9 dice: «Los cuales fueron a Ophir y tomaron de allí oro, cuatrocientos y veinte talentos, y trajéronlo al rey Salomón». Pero en el segundo libro de los *Paralipomenon* 8: 18, se habla de 450 talentos de oro, «explicándose así la disyuntiva en el texto de Acosta», según O'Gorman, 1962: 387. La cita bíblica viene repetida en notas siguientes.

224 Benito Arias Montano: Aparato crítico en *Phaleg*., cap. 9 *(nota del autor).* En la nota correspondiente del *De Natura Novi Orbis,* precisa «in apparatu Bibliae Regiae in Phaleg. C. 9, et in Biblys Robert Stephani». Se refiere a la *Políglota* de Amberes, que se acaba de aprobar por el rey Felipe II, tras la sentencia favorable del P. Mariana, solicitada ante las acusaciones de algunos profesores hebraístas de Salamanca.

225 Conservamos nosotros justamente la escritura latina con ph de *Ophir*, y la de *Pirú* de la Príncipe en todo el libro, para que se vea mejor el parecido fonético entre ambos (Pirú = Ophir).

226 «Fúndase» (Mat.).

227 II *Paralipomenon* 9 *(nota del autor),* 10: «También los siervos de Hiram y de Salomón, que habían traído el oro de Ophir, trajeron madera de sándalo, y piedras preciosas» (N.-C.). Y en *Tercer libro de los Reyes* 10 (*nota del autor*), 11: «Las flotas de Irma, que traían el oro de Ophir, trajeron también de Ophir gran cantidad de madera de sándalo, y de piedras preciosas» (N.-C.).

228 II *Paralipomenon* 8 *(nota del autor),* 18: «Pues Irma, por medio de sus siervos, le había enviado navíos y marineros diestros, conocedores del mar. Fueron éstos con los siervos de Salomón a Ophir, y trajeron de allí cuatrocientos cincuenta talentos de oro, que entregaron a Salomón» (N.-C.). *III Reyes* 22, 49: «Josaphat construyó naves de Tharsis, para ir a Ophir en busca de oro; pero no fueron, porque las naves se destrozaron en Asiongaber (N.-C.), *ibidem* 9, 28: «Y fueron hasta Ophir, y trajeron de allí oro, cuatrocientos veinte talentos, que llevaron al rey Salomón» (N.-C.).

229 = abundancia. Perú abundaba entonces en plata, no en oro (ver cap. 4 del libro IV de esta obra).

antiguo ni tan general a toda esta tierra. Ha sido costumbre muy ordinaria en estos descubrimientos del Nuevo Mundo poner nombres a las tierras y los puertos de la occasión que se les ofrecía; y así, se entiende haber pasado en nombrar a este reino Pirú. Acá es opinión que de un río en que a los principios dieron[230] los españoles, llamado por los naturales Pirú,[231] intitularon toda esta tierra Pirú. Y es argumento de esto que los indios naturales del Pirú ni usan ni saben tal nombre de su tierra.

Al[232] mismo tono parece afirmar que *Sefer* en la Escritura son estos Andes, que son unas tierras altísimas del Pirú. Ni basta haber alguna afinidad o semejanza de vocablos, pues de esa suerte también diríamos que Yucatán es *Yectan*, a quien nombra la Escritura; ni los nombres de Tito y de Paulo que usaron los reyes *ingas* deste Pirú se debe pensar que vinieron de romanos o de cristianos, pues es muy ligero indicio para afirmar cosas tan grandes.

Lo que algunos escriben, que Tharsis y Ophir no eran en una misma navegación ni provincia, claramente se ve ser contra la intención de la Escritura, confiriendo[233] el cap. 22 del cuarto libro de *Los Reyes* con el cap. 20 del segundo libro del *Paralippomenon*. Porque lo que en *Los Reyes* dice, que Josafat hizo[234] flota en Asiongaber para ir por oro a Ophir, eso mismo refiere el *Paralippomenon* haberse he **(p. 51)** cho[235] la dicha flota para ir a Tharsis. De donde claro se colige que en el propósito tomó por una misma cosa la Escritura a Tharsis y Ophir.

Preguntarme ha alguno a mí, según esto, qué región o provincia sea el Ophir adonde iba la flota de Salomón con marineros de Hiran, rey de Tiro y Sidón, para traerle oro; a do[236] también pretendiendo ir la flota del rey Josafat, padeció naufragio en Asiongaber, como refiere la Escritura.[237] En esto digo, que me allego[238] de mejor gana a la opinión de Josefo en los libros *De Antiquitatibus*, donde dice que[239] es provincia de la India Oriental, la cual fundó aquel Ophir, hijo de Yectan, de quien se hace mención en el *Génesis*.[240] Y era esta provincia abundante de oro finísimo; de aquí procedió el celebrarse tanto el oro de Ophir, o de Ophaz. Y, según algunos quieren decir, el *obrizo*[241] es como el[242] Ofirizo, porque habiendo siete linajes de oro —como refiere san Jerónimo— el de Ophir era tenido por el más fino: así como acá celebramos el oro de Valdivia, o el de Carabaya.[243]

La principal razón que me mueve a pensar que Ophir está en la India Oriental, y no en esta Occidental, es porque no podía venir acá la flota de Salomón sin pasar toda la India Oriental y toda la China, y otro infinito mar. Y no es verosímil que atravesasen todo el mundo para venir a buscar acá el oro; mayormente, siendo esta tierra tal que no se podía tener noticia della por viaje de tierra;[244] y mostraremos después que los antiguos no alcanzaron el arte de navegar que agora se usa, sin el cual no podían engolfarse[245] tanto. Finalmente en estas cosas,[xix] cuando no se traen indicios ciertos sino conjeturas ligeras no obligan a creerse más de lo que a cada uno le parece.

Capítulo 14

Qué significan en la Escritura Tharsis y Ophir

(p. 52) Y, si valen conjeturas y sospechas, las mías son que en la divina escritura los vocablos de Ophir y de Tharsis las más veces no significan algún determinado lugar, sino que su significación es general cerca de[246] los hebreos; como en nuestro[247] vulgar el vocablo de *Indias* es general,

230 = toparon.
231 = Virú. Efectivamente existe todavía con este nombre un río y valle al norte del país, por donde entraron los españoles. Varias crónicas de Indias confirman esta génesis nominal en éste y otros casos, a que alude Acosta: Gómara, Garcilaso el inca…
232 = del mismo tono (igualmente conjetural).
233 = cotejando.
234 una.
235 por.
236 donde.
237 *III Reyes* 9 *(nota del autor),* 26-27: «Construyó también Salomón naves en Asiongaber, que está junto a Elat, en la costa del mar Rojo, en la tierra de Edom; y mandó Hiram para estas construcciones a sus siervos, diestros marineros, con los siervos de Salomón» (N.-C.) [Mat., cita Reyes 9, 4, no 26-79]. *III Reyes* 22, 49 (citado en nota 228).
238 = adhiero.
239 Ophir.
240 10, 29: «Ophir, Evila, y a Jobad: todos estos son hijos de Joctan» (N.-C.).
241 «El [oro] muy puro» (Casares).
242 Sin «el» (O'G.).
243 Valdivia en Chile o Carabaya en Perú, zonas aún famosas por su oro fluvial.
244 Sin embargo, como explicará en capítulos siguientes, no vino al Nuevo Mundo el «Homo americanus» desde fuera navegando por mar, sino caminando poco a poco por una tierra continuada en uno de los extremos de América.
245 = «Entrar una embarcación muy adentro del mar, de manera que ya no se divise desde tierra» (*DRAE,* 2).
246 = entre. La Biblia diría «Ophir» o «Tharsis» cuando se refiere a un lugar genérico entre los hebreos, no a uno específico (Ver para más exactitud al fin de este capítulo).
247 idioma.

porque el uso y lenguaje nuestro nombrando Indias es significar unas tierras muy apartadas y muy ricas y muy extrañas de las nuestras. Y así, los españoles igualmente llamamos Indias al Pirú y a México, y a la China y a Malaca, y al Brasil: y de cualquier parte déstas que vengan cartas decimos que son «cartas de las Indias»[xx], siendo las dichas tierras y reinos de inmensa distancia y diversidad entre sí. Aunque tampoco se puede negar que el nombre de Indias se tome de la India Oriental; y, porque cerca de los antiguos esa India se celebraba por tierra remotísima, de ahí vino que estotra tierra —tan remota, cuando se descubrió— la llamaron también India por ser tan apartada como tenida por el cabo[248] del mundo; y así llaman «indios» a los que moran en el cabo del mundo.

Al mismo modo*, me parece a mí que Tharsis en las divinas letras, lo más común[249] no significa lugar ni parte determinada sino unas regiones muy remotas y, al parecer de las gentes, muy extrañas y ricas. Porque lo que Josefo y algunos quieren decir, que Tharsis y Tarso es lo mismo en la Escritura, paréceme que con razón lo reprueba san Jerónimo.[250] No sólo porque se escriben con diversas letras los dos dichos vocablos, teniendo uno aspiración[251] y otro no,[252] sino también porque muy muchas cosas que se escriben de Tharsis no pueden cuadrar a Tarso, ciudad de Cilicia.[253] Bien es verdad que en alguna parte se insinúa en la Escritura que Tharsis cae en Cilicia, pues se escribe así de Holofernes en el libro de *Judit*—:[254/xxi]

> «Y, como[255] pasase los términos de los asirios, llegó a los grandes montes Ange (que por ventura es el Tauro),[256] los cuales montes caen a la siniestra de Cilicia, y entró en todos sus castillos **(p. 53)** y se apoderó de todas sus fuerzas, y quebrantó aquella ciudad tan nombrada Meliti, y despojó a todos los hijos de Tharsis —y a los de Ismael, que estaban frontero del desierto, y los que estaban al mediodía hacia tierra de Cellon—, y pasó el Eúfrates, etc.»

Mas, como he dicho, pocas veces cuadra a la ciudad de Tarso lo que se dice de Tharsis. Teodorito[257] y otros, siguiendo la interpretación de *Los Setenta*[xxii] en algunas partes ponen a Tharsis en África y quieren decir que es la misma que fue antiguamente Cartago,[258] y agora reino de Túnez: y dicen que allá pensó hacer su camino Jonás, cuando la Escritura refiere que quiso huir del Señor, a Tharsis. Otros quieren decir que Tharsis es cierta región de la India, como parece sentir san Jerónimo.[259] No contradigo yo por agora a estas opiniones: pero afírmome en que no significa siempre una determinada región o parte del mundo. Los Magos que vinieron a adorar a Cristo cierto es que fueron de Oriente, y también se colige de la Escritura[260] que eran de Saba y de Efa y de Madian; y hombres doctos sienten que eran de Etiopía y de Arabia y de Persia. Y déstos canta el salmo y la Iglesia:[261] «Los reyes de Tharsis traerán presentes».

Concedamos, pues, con san Jerónimo que Tharsis es vocablo de muchos significados en la Escritura, y que unas veces se entiende por la piedra *crisolito*, o jacinto; otras, alguna cierta región de la India; otras, la mar que tiene el color de jacinto, cuando reverbera el Sol. Pero con mucha razón el mismo sancto doctor niega que fuese región de la India el Tharsis donde Jonás huía, pues saliendo de Joppe era imposible navegar a la India por aquel mar: porque Joppe, que hoy se llama Jafa, no es puerto del mar Bermejo que se junta con el mar Oriental Indico; sino del mar Mediterráneo, que no sale a aquel mar Indico.

De donde se colige clarísimamente que la navegación que hacía la flota de Salomón[262] de Asiongaber (donde se perdieron las naos del Rey Josafat) iba por el **(p. 54)** mar Bermejo a Ophir, y a Tharsis: que lo uno y lo otro —afirma expresamente la Escritura—[263] fue muy diferente de la que Jonás pretendió hacer a Tharsis. Pues es Asiongaber puerto de una ciudad de Idumea, puesta en el estrecho que se hace donde el mar Bermejo se junta con el gran Océano.

248 = confín.

249 = frecuentemente.

250 *Epístola a Marcela*, en tomo 3 *(nota del autor).*

251 = T*h*arsis (aspiración en la h).

252 = Tarso.

253 = «Región de la Turquía asiática, situada al SE de Anatolia» (Gran Enciclopedia Larousse).

254 Cap. 2 *(nota del autor),* versículos 12-14 *apud* O'G., siguiendo a 1742 y 1894, pero realmente son citados los vers. 21-24, y casi literalmente. La versión N.-C. dice «Partieron de Nínive, caminando durante tres días por la llanura de Bectelet y asentó su campamento desde Bectelet hasta cerca de la montaña, a la derecha de Cilicia. Y tomando todo su ejército, sus infantes, sus jinetes, sus carros, partió de allí en dirección a la montaña. Rompió por Put y Luud, devastó a los hijos de Rarses [no Tarsis] y a los de Ismael, que habitaban los linderos del ejército hacia el mediodía de los Quelos. Pasó el Eúfrates, y atravesando la Mesopotamia, tomó por asalto todas las ciudades fuertes del torrente Abrona hasta el mar» (N.-C.).

255 = una vez que.

256 Plinio: *Historia natural* V, 27 *(nota del autor).* Obsérvese cómo complementa la geografía histórica de la Biblia con sus lecturas clásicas.

257 *Comentarios sobre Jonás*, 1 *Marcela (nota del autor).*

258 Arias Montano, *ibidem* (Ver nota 258, verificar finalmente)*, et in Alphabeto apparatus*.

259 *Epístola a Marcela (nota del autor).*

260 *Salmos* 44 *(nota del autor),* 13: «Los Tirios vienen con dones; los ricos del pueblo buscarán tu favor» (N.-C.). *Isaías* 60, 6: «Te inundarán muchedumbre de camellos, de dromedarios de Madián y de Efa. Llegarán de Saba en tropel, trayendo oro e incienso y pregonando las glorias de Yavé» (N.-C.).

261 = recogido en los actuales oficios divinos.

262 *III Reyes* 22 *(nota del autor),* 49 (texto citado en nota 228).

263 *II Paralipómenon* 9 (*NOTA DEL AUTOR*), 10 y 21; y *III Reyes* 10 *(nota del autor),* 11-12. Ver nota 151.

De aquel Ophir y de aquel Tharsis (sea lo que mandaren) traían a Salomón oro y plata y marfil, y monos y pavos, con navegación de tres años muy prolija. Todo lo cual sin duda era de la India Oriental, que abunda de todas esas cosas, como Plinio largamente lo enseña y nuestros tiempos lo prueban asaz*. Deste nuestro Pirú no pudo llevarse marfil, no habiendo acá memoria de elefantes; oro y plata y monos muy graciosos bien pudieran llevarse.

Pero, en fin, mi parecer es que por Tharsis se entiende en la Escritura, comúnmente, o el mar grande o regiones apartadísimas y muy extrañas. Y así, me doy a entender que las profecías que hablan de Tharsis —pues el espíritu de profecía lo alcanza todo—[264] se pueden bien acomodar muchas veces a las cosas del nuevo orbe.

Capítulo 15

De la profecía de Abdias, que algunos declaran destas Indias

No falta quien diga y afirme que está profetizado en las divinas letras —¡tanto antes!— que este nuevo orbe había de ser convertido a Cristo, y esto por gente española.[265] A este propósito declaran el remate de la profecía de Abdías, que dice así:

> «Y la transmigración deste ejército de los hijos de Israel, todas las cosas de los Cananeos, hasta Sarepta; y la transmigración de Jerusalén, que está en el Bósforo,[266/xxiii] poseerá las ciudades del Austro, y subirán los salvadores al monte de Sión para juzgar el monte de Esaú, y será el Reino para el Señor.»

Esto es puesto de nuestra Vulgata así, a la letra.[267] Del hebreo leen los autores que digo, en esta manera:

> «Y la transmigración deste **(p. 55)** ejército de los hijos de Israel,[268] Cananeos, hasta Sarfat (que es Francia); y la transmigración de Jerusalén, que está en Sefarad (que es España), poseerá por heredad las ciudades del Austro, y subirán los que procuran la salvación al monte de Sión, para juzgar el monte de Esaú, y será el reino para el Señor.»

Mas[269] por qué *Sefarad* —que san Jerónimo interpreta el Bósforo o estrecho, y los Setenta interpretan Eufrata— signifique a España, algunos no alegan testimonio de los antiguos ni razón que persuada, mas de parecerles así; otros alegan[270] a la paráfrasis caldaica, que lo siente* así, y[271] los antiguos rabinos, que lo declaran desta manera.[272] Como a Sarfat, donde nuestra Vulgata y los Setenta tienen[273] Sarepta, entienden[274] por Francia.

Y dejando esta disputa, que toca a pericia de lenguas[xxiv], ¿qué obligación hay para entender por las ciudades de Austro, o de Nageb (como ponen los Setenta), las gentes del Nuevo Mundo? ¿Qué obligación también hay para entender la gente española, por la transmigración de Jerusalén en Sefarad, si no es que tomemos a Jerusalén espiritualmente, y por ella entendamos la Iglesia? De suerte que el Espíritu Sancto, por la transmigración de Jerusalén —que está en Sefarad—, nos signifique los hijos de la sancta Iglesia que moran en los fines de la tierra, o en los puertos. Porque eso denota en lengua siríaca *Sefarad*, y viene bien con nuestra España: que, según los antiguos, es lo último de la tierra y casi toda ella rodeada de mar.

Por las ciudades del Austro o del Sur puédese entender estas Indias, pues lo más de este Mundo Nuevo está al Mediodía, y aún gran parte dél mira al Polo del Sur. Lo que se sigue —«y subirán los que procuran la salvación, al monte de Sión, para juzgar el monte de Esaú»— no es trabajoso de declarar: diciendo que se acogen a la doctrina y fuerza de la Iglesia sancta los que pretenden deshacer los errores y profanidades de los gentiles, porque eso denota «juzgar al monte de Esaú». Y síguese bien que entonces **(p. 56)** será el reino, no para los de España o para los de Europa, sino para Cristo nuestro Señor.

Quien quisiere declarar en esta forma la profecía de Abdías no debe ser reprobado, pues es cierto que el Espíritu sancto supo todos los secretos, tanto[275] antes: y parece

264 Lo que esconde algo de ironía sobre los usos directos empleados. En suma, no es lo mismo esta alusión vaga y metafórica de la Biblia que referirse a las Indias occidentales directa y claramente.

265 Guido Boderiano: *Epístola a Felipe, Rey Católico*, en tomo 5 de la *Sacra Biblia [Políglota]*. Zumárraga: *Hispánica historia (nota del autor)*.

266 Fr. Luis de León, agustino: *In Abdiam Prophetan (In epistolam ad Galatas*, etc.), *(nota del autor)*. Salamanca, 1589.

267 *Abdías* 20, 21 *(nota del autor)*: «Los cautivos anhora en espera, los hijos de Israel, ocuparán Canaán hasta Sarepta; y los cautivos de Jerusalén, que están en Sefarad, ocuparán las ciudades del mediodía. Subirán los salvadores al monte de Sión para regir la montaña de Esaú, y el imperio será de Yavé» (N.-C.).

268 «Ismael» (Príncipe), pero corregido en fe de erratas.

269 acerca de…

270 = acuden a, se refieren a, se apoyan en.

271 a.

272 = que traducen Sarfat por «Francia», o Sefarad por «España’.

273 = traducen por.

274 caldeos y rabinos.

275 tiempo.

cosa muy razonable que de un negocio tan grande, como es el descubrimiento y conversión a la fe de Cristo del Nuevo Mundo, haya alguna mención a las sagradas escrituras.

Isaías[276] dice: «¡Ay de las alas de las naos que van de la otra parte de la Etiopía!». Todo aquel capítulo autores muy doctos le declaran[277] de las Indias, a quien[278] me remito. El mismo Profeta, en otra parte,[279] dice que los que fueren salvos de Israel irán muy lejos a Tharsis, a islas muy remotas, y que convertirán al Señor muchas y varias gentes: donde nombra a Grecia, Italia, y África, y otras muchas naciones. Y sin dubda se puede bien aplicar a la conversión destas gentes de Indias.

Pues ya lo que el Salvador con tanto peso nos afirma —que se predicará el Evangelio en todo el mundo,[280] y que entonces vendrá el fin— ciertamente declara que, en cuanto dura el mundo, hay todavía gentes a quien Cristo no esté anunciado. Por tanto, debemos colegir que a los antiguos les quedó gran parte por conocer, y que a nosotros hoy día nos está encubierta no pequeña parte del mundo.

Capítulo 16

De qué modo pudieron venir a Indias los primeros hombres, y que no navegaron de propósito a estas partes[xxv]

Agora es tiempo de responder a los que dicen que no hay antípodes, y que no se puede habitar esta región en que vivimos. Gran espanto le puso a san Augustín la inmensidad del Océano para pensar que el linaje humano hubiese pasado a este Nuevo Mundo. Y pues, por una parte sabemos **(p. 57)** de cierto que ha muchos siglos que hay hombres en estas partes, y por otra no podemos negar lo que la divina escritura[281] claramente enseña —de haber procedido todos los hombres de un primer hombre—, quedamos sin dubda obligados a confesar que pasaron acá los hombres de allá de Europa, o de Asia o de África; pero el cómo y por qué camino vinieron todavía lo inquirimos y deseamos saber. Cierto no es de pensar que hubo otra arca de Noé en que aportasen hombres a Indias; ni mucho menos que algún ángel trajese colgados por el cabello, como el profeta Abacuh,[282] a los primeros pobladores deste mundo. Porque no se trata qué es lo que pudo hacer Dios, sino qué es conforme a razón y al orden y estilo de las cosas humanas.

Y así, se deben en verdad tener por maravillosas y proprias de los secretos de Dios ambas cosas: una, que haya podido pasar el género humano tan gran inmensidad de mares y tierras; otra que, habiendo tan innumerables gentes acá, estuviesen ocultas a los nuestros tantos siglos. Porque, pregunto yo, ¿con qué pensamiento, con qué industria, con qué fuerza pasó tan copioso mar el linaje de los indios? ¿Quién pudo ser el inventor y movedor de pasaje tan extraño? Verdaderamente he dado y tomado conmigo, y con otros, en este punto por muchas veces y jamás acabo de hallar cosa que me satisfaga.

Pero, en fin, diré lo que se me ofrece; y, pues me faltan testigos a quien seguir, dejarme he ir[283] por el hilo de la razón —aunque sea delgado— hasta que del todo se me desaparezca de los ojos.[xxvi] Cosa cierta es que vinieron los primeros indios por una de tres maneras a la tierra del Pirú[xxvii]. Porque o vinieron por mar o por tierra; y si por mar, o acaso o por determinación suya. Digo acaso, echados con alguna fuerza de tempestad, como acaece en tiempos contrarios y forzosos. Digo por determinación, que pretendiesen[284] navegar e inquirir nuevas tierras. Fuera destas tres maneras no[285] me **(p. 58)** ocurre otra posible, si hemos de hablar según el curso de las cosas humanas, y no ponernos a fabricar ficciones poéticas y

276 *Isaías* 18 *(nota del autor),* 1-2, según interpretan Los Setenta: «¡Ay de la tierra del zumbido de alas, / de tras los ríos de Cus. / La que envía mensajeros por el mar, / en naves de junco sobre las aguas» (N.-C.).

277 = como.

278 quienes.

279 *Isaías* 66 *(nota del autor),* 19: «Yo les daré una señal y mandaré a los sobrevivientes de las naciones a Tharsis, a Pout, a Lud, a Mosoc y a Ros, a Tubal y a Javán, y a las islas lejanas que no han oído nunca hablar de mi nombre y no han visto mi gloria y ellos pregonarán mi gloria entre las naciones» (N.-C.).

280 *San Mateo* 17 *(nota del autor),* 26: «Y será predicado este evangelio del reino en toda la tierra habitable, por testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin» (N.-C.).

281 *Hechos de los Apóstoles 188 (nota del autor),* 26: «Él hizo de uno todo el linaje humano, para poblar toda la haz de la tierra. El fijó las estaciones y los confines de los pueblos» (N.-C.).

282 *Daniel* 14 *(nota del autor),* 36 [no 35, como ponen (O'Gorman y Mateos]: «Y tomándole el ángel del Señor por la coronilla, por los cabellos de su cabeza, le llevó a Babilonia, encima del foso [de los leones], con la velocidad del espíritu» (N.-C.).

283 = he de dejarme ir, dejaréme ir.

284 = intencionalmente, explícitamente.

285 se.

fabulosas. Si no es[286] que se le antoje a alguno buscar otra águila como la de Ganimedes o algún caballo con alas como el de Perseo, para llevar los indios por el aire; o por ventura le agrada aprestar peces sirenas y nicolaos, para pasallos por mar.[xxviii]

Dejando, pues, pláticas de burlas examinemos por sí cada uno de los tres modos que pusimos: quizá será de provecho y de gusto esta pesquisa. Primeramente parece que podríamos atajar[287] razones con decir que de la manera que venimos agora a las Indias —guiándose los pilotos por la altura[288] y conocimiento del cielo, y con la industria de marear[289] las velas conforme a los tiempos que corren— así vinieron y descubrieron y poblaron los antiguos pobladores destas Indias. ¿Por qué no? ¿Por ventura, sólo nuestro siglo y sólos nuestros hombres han alcanzado este secreto de navegar el Océano? Vemos que en nuestros tiempos se navega el Océano para descubrir nuevas tierras, como pocos años ha navegó Alvaro Mendaña y sus compañeros, saliendo del puerto de Lima la vuelta del* Poniente, en demanda de la tierra que responde[290] Leste oeste al Pirú; y al cabo de tres meses hallaron las islas que intitularon «de Salomón», que son muchas y grandes; y es opinión muy fundada que caen junto a la Nueva Guinea, o por lo menos tienen tierra firme muy cerca. Y hoy día vemos que, por orden del rey y de su Consejo, se trata de hacer nueva jornada para aquellas islas.[291]

Y, pues esto pasa así, ¿por qué no diremos que los antiguos —con pretensión de descubrir la tierra que llaman «antíctona», opuesta a la suya, la cual había de haber según buena Filosofía— con tal deseo se animaron a hacer viaje por mar, y no parar hasta dar con las tierras que buscaban? Cierto, ninguna repugnancia hay en pensar que antiguamente acaeció lo que agora acaece. Mayormente que la **(p. 59)** divina escritura[292] refiere que de los de Tiro y Sidón recibió Salomón maestros y pilotos muy diestros en la mar, y que con éstos se hizo aquella navegación de tres años. ¿A qué propósito se encarece[293] el arte de los marineros y su ciencia, y se cuenta navegación tan prolija de tres años, si no fuera para dar a entender que se navegaba el gran Océano por la flota de Salomón? No son pocos los que lo sienten así, y aún les parece que tuvo poca razón san Augustín de espantarse y embarazarse con la inmensidad del mar Océano, pues pudo bien conjeturar de la navegación referida de Salomón que no era tan difícil de navegarse.

Mas, diciendo verdad, yo estoy de muy diferente opinión y no me puedo persuadir que hayan venido los primeros indios a este Nuevo Mundo por navegación ordenada y hecha de propósito, ni aún quiero conceder que los antiguos hayan alcanzado la destreza de navegar con que hoy día los hombres pasan el mar Océano, de cualquiera parte a cualquiera otra que se les antoja —lo cual hacen con increíble presteza y certinidad—[294] pues de cosa tan grande y tan notable no hallo rastros en toda la antigüedad.

El uso de la piedra imán y de la aguja de marear, ni la topo yo en los antiguos ni aun creo que tuvieron noticia della: y, quitado el conocimiento de la aguja de marear, bien se ve que es imposible pasar el Océano. Los que algo entienden de mar entienden bien lo que digo. Porque así es pensar que el marinero, puesto en medio del mar, sepa enderezar su proa adonde quiere —si le falta la aguja de marear— como pensar que el que está sin ojos muestre con el dedo lo que está cerca y lo que está lejos, acullá[295] en un cerro.

Es cosa de admiración que una tan excelente propriedad de la piedra imán la hayan ignorado tanto tiempo los antiguos, y se haya descubierto por los modernos. Haberla ignorado los antiguos claramente se entiende de Plinio,[296] que con ser tan curioso historiador de las cosas naturales, contando tantas maravillas de **(p. 60)** la piedra imán jamás apunta palabra desta virtud y eficacia —que es la más admirable que tiene— de hacer mirar al Norte el hierro que toca. Como tampoco Aristóteles habló dello, ni Teofrasto ni Dioscorides[297] ni Lucrecio,[298] ni historiador ni filósofo natural que yo haya visto, aunque tratan de la piedra imán. Tampoco san Augustín toca en esto, escribiendo por otra parte muchas y maravillosas excelencias de la piedra imán en los libros de *La ciudad de Dios*.[299] Y es cierto que cuantas maravillas se cuentan desta piedra, todas quedan muy cortas respecto desta tan extraña de mirar siempre al Norte, que es un gran milagro de naturaleza.

286 = A no ser.
287 = «Abreviar el camino» (*Covarrubias*).
288 = latitud.
289 = «Poner en movimiento una embarcación en el mar, gobernarla y dirigirla» *(DRAE).*
290 Corresponde en dirección.
291 Todo este tiempo se estuvieron enviando expediciones españolas a la zona. Ver Oscar Spate, *El lago español*, Barcelona, Casa de Asia, 2006.
292 *II Paralipómenon* 9 *(nota del autor),* 10 y 9, 21; *III Reyes* (*nota del autor*), 10, 11 y 10, 22 (ya citados en caps. XIII y XIV).
293 en la Biblia.
294 = «certeza» (Casares), sin errar el rumbo.
295 = «A la parte opuesta del que habla» *(DRAE).*
296 *Historia natural*, parte 1, XXXVI, 16, XXXIV, 14, XXXVII, 4 *(nota del autor).*
297 Dioscórides Pedaceo: *De materia medica* V, 105 *(nota del autor).*
298 *De la naturaleza de los dioses*, VI, 906-1089 (*nota del autor*).
299 XXI, 4, «Ubi multa de magnete» (= donde trata por extenso del imán) (*nota del autor*, traducción nuestra).

Hay otro argumento también y es que, tratando Plinio[300] de los primeros inventores de navegación y refiriendo allí de los demás instrumentos y aparejos, no habla palabra de la aguja de marear ni de la piedra imán: sólo dice que el arte de notar las estrellas en la navegación salió de los de Fenicia. No hay dubda sino que los antiguos lo que alcanzaron del arte de navegar era todo mirando las estrellas, y notando las playas y cabos y diferencias de tierras. Si se hallaban en alta mar tan entrados que por todas partes perdiesen la tierra de vista, no sabían enderezar la proa por otro regimiento sino por las estrellas, y sol y luna. Cuando esto faltaba, como en tiempo nublado acaece, regíanse por la cualidad del viento y por conjeturas del camino que habían hecho. Finalmente iban por su tino, como en estas Indias también los indios navegan grandes caminos de mar guiados de sóla su industria y tino.

Hace mucho a este propósito lo que escribe Plinio[301] de los isleños de la Taprobana* —que agora se llama Sumatra— cerca* del arte e industria con que navegan, escribiendo en esta manera:

> «Los de Taprobana no ven el Norte y, para navegar, suplen esta falta llevando consigo ciertos pájaros, los cuales sueltan a menudo; y, como los pájaros por natural instinto vuelan hacia la **(p. 61)** tierra, los marineros enderezan su proa tras ellos.»

¿Quién dubda, si éstos tuvieran noticia de la aguja, que no tomaran por guía a los pájaros para ir en demanda de la tierra? En conclusión basta por razón, para entender que los antiguos no alcanzaron este secreto de la piedra imán, ver que para cosa tan notable como es la aguja de marear no se halla vocablo latino, ni griego ni hebraico: tuviera sin falta algún nombre en estas lenguas cosa tan importante, si la conocieran[xxix]. De donde se verá la causa por qué agora los pilotos, para encomendar la vía[302] al que lleva el timón, se sientan en lo alto de la popa —que es, por mirar de allí la aguja, y antiguamente se sentaban en la proa por mirar las diferencias de tierras y mares— y de allí mandaban la vía, como lo hacen también agora muchas veces al entrar o salir de los puertos. Y por eso, los griegos llamaban a los pilotos *proritas,* porque iban en proa[xxx].

[300] *Historia natural* VII, 56 *(nota del autor).*
[301] *Ibidem*, VI, 22 *(nota del autor).*
[302] = indicar el camino.

Capítulo 17

De la propriedad y virtud admirable de la piedra imán para navegar. Y que los antiguos no la conocieron

De lo dicho se entiende que a la piedra imán se debe la navegación de las Indias, tan cierta y tan breve que el día de hoy vemos muchos hombres que han hecho viajes de Lisboa a Goa y de Sevilla a México y a Panamá, y en estotro mar del Sur* hasta la China y hasta el Estrecho de Magallanes: y esto con tanta facilidad como se va el labrador de la aldea a su villa.

Ya hemos visto hombres que han hecho quince viajes, y aún dieciocho, a las Indias; de otros hemos oído que pasan de veinte veces las que han ido y vuelto, pasando ese mar Océano. En el cual, cierto, no hallan rastro de los que han caminado por él ni topan caminantes a quien preguntar el camino. **(p. 62)** Porque, como dice el Sabio,[303] «la nao corta el agua y sus ondas sin dejar rastro por donde pasa ni hacer senda en las ondas». Mas, con la fuerza de la piedra imán, se abre camino descubierto por todo el grande Océano por haberle el altísimo Criador comunicado tal virtud: que, de solo tocarla el hierro, queda con la mira y movimiento al norte sin desfallecer en alguna parte del mundo.

Disputen otros e inquieran la causa desta maravilla, y afirmen cuanto quisieren no se qué simpatía;[304] a mí más gusto me da —mirando estas grandezas— alabar aquel poder y providencia del sumo Hacedor y gozarme de considerar sus obras maravillosas. Aquí cierto viene bien decir con Salomón[305] a Dios:

> «Oh, Padre, cuya providencia gobierna a un palo, dando en él muy cierto camino por el mar y senda muy segura entre las

[303] *Libro de la Sabiduría* 5 (*nota del autor*), 10: «Como una nave que atraviesa las agitadas aguas, sin dejar rastro de su paso, ni del camino de su quilla por las olas» (N.-C.).
[304] entre las masas de tierra y la piedra imán.
[305] *Libro de la Sabiduría* 14 *(nota del autor),* 3-5: «Pero tu providencia, Padre, la gobierna, porque tú separaste un camino en el mar, y en las ondas senda segura. Mostrando que puedes salvar del peligro, para que cualquiera, aún sin el conocimiento del arte, pueda embarcarse. No quieres que las obras de tu sabiduría estén ociosas. Por esto los hombres confían sus vidas a un frágil leño y, atravesando las ondas en una balsa, llegan a salvo» (N.-C.). Compárense ambas traducciones.

fieras ondas, mostrando juntamente que pudieras librar de todo, aunque fuese yendo sin nao por la mar! Pero, por que tus obras no carezcan de sabiduría, por esto confían los hombres sus vidas de[306] un pequeño madero y, atravesando el mar, se han escapado en un barco.»

También aquello del Psalmista[307] viene aquí bien:

«Los que bajan a la mar en naos haciendo sus funciones en las muchas aguas, ésos son los que han visto las obras del Señor y sus maravillas en el profundo.»

Que, cierto, no es de las menores maravillas de Dios que la fuerza de una pedrezuela tan pequeña mande en la mar y obligue al abismo inmenso a obedecer y estar a su orden. Esto, porque cada día acontece y es cosa tan fácil, ni se maravillan los hombres dello ni aún se les acuerda de pensarlo; y, por ser la franqueza[308] tanta, por eso los inconsiderados la tienen en menos. Mas, a los que bien lo miran, oblígales la razón a bendecir la sabiduría de Dios y darle gracias por tan grande beneficio y merced. Siendo determinación del cielo que se descubriesen las naciones de Indias que tanto tiempo estuvieron encubier **(p. 63)** tas, habiéndose de frecuentar esta carrera para que tantas almas viniesen en conocimiento de Jesucristo y alcanzasen su eterna salud, proveyóse también del cielo de guía figura para los que andan este camino: y fue la guía la aguja de marear, y la virtud de la piedra imán.

Desde qué tiempo haya sido descubierto y usado este artificio de navegar no se puede saber con certidumbre. El no haber sido cosa muy antigua téngolo para mí por llano* porque, demás* de las razones que en el capitulo pasado se tocaron, yo no he leído en los antiguos que tratan de relojes[309] mención alguna de la piedra imán, siendo verdad que en los relojes de sol portátiles que usamos es el más ordinario instrumento la aguja, tocada a la piedra imán.[310] Autores nobles escriben, en la historia de la India Oriental,[311] que el primero que por mar la descubrió —que fue Vasco de Gama— topó en el paraje de Mozambique con ciertos marineros moros que usaban la aguja de marear, y mediante ella navegaron aquellos mares. Mas de quién aprendieron aquel artificio no lo escriben[xxxi]; antes algunos de estos escritores afirman lo que sentimos, de haber ignorado los antiguos este secreto.

Pero diré otra maravilla aún mayor de la aguja de marear que se pudiera tener por increíble, si no se hubiera visto y con clara experiencia frecuentemente manifestado. El hierro tocado y refregado con la parte de la piedra imán, que en su nacimiento mira al Sur, cobra virtud de mirar al contrario, que es el norte, siempre y en todas partes.

Pero no en todas le mira por igual derecho: hay ciertos puntos y climas donde puntualmente mira al Norte, y se fija en él; en pasando de allí ladea un poco, o al Oriente o al Poniente, y tanto más cuanto se va más apartando de aquel clima. Esto es lo que los marineros llaman «nordestear» y «noruestear». El nordestear es ladearse inclinando a Levante **(p. 64)** noruestear inclinando a Poniente. Esta declinación o ladear de la aguja importa tanto saberla que, aunque es pequeña, si no se advierte errarán la navegación e irán a parar a diferente lugar del que pretenden.

Decíame a mí un piloto muy diestro portugués que eran cuatro puntos en todo el orbe donde se afijaba la aguja con el Norte, y contábalos[312] por sus nombres, de que no me acuerdo bien. Uno déstos es el paraje de la isla del Cuervo, en las Terceras o Islas de Azores, como es cosa ya muy sabida: pasando de allí a más altura[313] noruestea, que es decir que declina al Poniente. Pasando al contrario, a menos altura, hacia la Equinocial nordestea, que es inclinar al Oriente. Qué tanto y hasta dónde diránlo los maestros desta arte. Lo que yo diré es que de buena gana preguntaría a los bachilleres, que presumen de saberlo todo[314] que sea, que me digan la causa deste efecto ¿Por qué un poco de hierro, de fregarse[315] con la piedra imán, concibe tanta virtud de mirar siempre al Norte, y esto con tanta destreza que sabe los climas y posturas diversas del mundo —dónde se ha de fijar, dónde inclinar a un lado, dónde a otro—[316] que no hay filósofo ni cosmógrafo que así lo sepa?

Y si destas cosas que cada día traemos al ojo[317] no podemos hallar la razón, y sin dubda se nos hicieran duras de creer si no las viéramos tan palpablemente, ¿quién no verá la necedad y disparate que es querernos hacer jueces, y sujetar a nuestra razón las cosas divinas y soberanas? Mejor es, como dice Gregorio teólogo, que «a la fe se sujete la razón,

306 = en.

307 *Salmos* 106 *(nota del autor),* 23-24: «Los que surcan el mar en las naves para hacer su negocio en la inmensidad de las aguas. También éstos vieron las obras de Yavé, y sus maravillas en el piélago» (N.-C.).

308 = apertura de caminos, facilidad.

309 *De Italiae Illust. Reg.* [¿De los reyes ilustres de Italia?], libro 1, 13. Plinio II, 72 y 76, y VII, cap. último *(nota del autor).*

310 = imantada.

311 Jerónimo Osorio: *De rebus gestis Enmanuelis* I *(nota del autor).*

312 = «Contábalas»(Mat. y O'G.).

313 = caminando hacia el oeste.

314 lo.

315 = «Restregar con fuerza una cosa con otra» *(DRAE).*

316 de un modo.

317 = «Cuidar atentamente de un negocio o persona sin dejarla olvidar» *(DRAE).*

pues aun en su casa no sabe bien entenderse». Baste esta digresión y volvamos a nuestro cuento, concluyendo que el uso de la aguja de la mar no le alcanzaron los antiguos: de donde se infiere que fue imposible hacer viaje del otro mundo a éste por el Océano, llevando intento y determinación de pasar acá. **(p. 65).**

Capítulo 18

En que se responde a los que sienten haberse navegado antiguamente el Océano

Lo que se alega —en contrario de lo dicho— que la flota de Salomón navegaba[318] en tres años no convence, pues no afirman las sagradas letras que se gastaban tres años en aquel viaje sino que en cada tres años una vez se hacía viaje. Y aunque demos[319] que duraba tres años la navegación, pudo ser y es más conforme a razón que, navegando a la India Oriental, se detuviese la flota por la diversidad de puertos y regiones que iba reconociendo y tomando. Como agora todo el mar del Sur* se navega casi desde Chile hasta Nueva España: el cual modo de navegar, aunque tiene más certidumbre por ir siempre a vista de tierra, es empero muy prolijo por el rodeo que de fuerza ha de hacer por las costas, y mucha dilación en diversos puertos.

Cierto, yo no hallo en los antiguos que se hayan arrojado a lo muy adentro del mar Océano, ni pienso que lo que navegaron dél fue de otra suerte que lo que el día de hoy se navega del Mediterráneo. Por donde se mueven hombres doctos a creer que antiguamente no navegaban sin remos, como quien siempre iba costeando la tierra. Y aun parece lo da así a entender la divina escritura, cuando refiere aquella famosa navegación del profeta Jonás, donde dice[320] que los marineros, forzados del tiempo, remaron a tierra.

[318] al Nuevo Mundo.
[319] = concedamos.
[320] *Jonás* 1 *(nota del autor),* 13: «Aquellos hombres hicieron por volver la nave a tierra, mas no pudieron, pues el mar cada vez más se embravecía» (N.-C.). La traducción de la Vulgata no permite ver ese detalle de los remos.

Capítulo 19

Que se puede pensar que los primeros pobladores de Indias aportaron a ellas echados de tormenta, y contra su voluntad

(p. 66) Habiendo demostrado que no lleva camino pensar que los primeros moradores de Indias hayan venido a ellas con navegación hecha para ese fin, bien se sigue que, si vinieron por mar, haya sido acaso[321] y por fuerza de tormentas el haber llegado a Indias. Lo cual, por inmenso que sea el mar Océano, no es cosa increíble. Porque, pues así sucedió en el descubrimiento de nuestros tiempos,[322] cuando aquel marinero (cuyo nombre aún no sabemos, para que negocio tan grande no se atribuya a otro autor sino a Dios), habiendo por un terrible e importuno temporal reconocido el Nuevo Mundo, dejó por paga del buen hospedaje a Cristóbal Colón la noticia de cosa tan grande. Así, pudo ser que algunas gentes de Europa o de África antiguamente hayan sido arrebatadas de la fuerza del viento y, arrojadas a tierras no conocidas, pasado el mar Océano. ¿Quién no sabe que muchas, o las más, de las regiones que se han descubierto en este Nuevo Mundo ha sido por esta forma: que se debe más a la violencia de temporales su descubrimiento que a la buena industria de los que las descubrieron?

Y porque no se piense que sólo en nuestros tiempos han sucedido semejantes viajes —hechos por la grandeza de nuestras naos y por el esfuerzo de nuestros hombres—, podrá desengañarse fácilmente en esta parte quien leyere lo que Plinio[323] refiere haber sucedido a muchos antiguos. Escribe, pues, desta manera:

> «Teniendo el cargo Gayo César, hijo de Augusto, en el mar de Arabia cuentan haber visto y conocido señas de naos españolas que habían padecido naufragio (y dice más después). Nepote refiere del rodeo septentrional que se trajeron a

[321] inopinadamente, por casualidad.
[322] = el de Colón, que se dijo siempre entre españoles que tuvo primera noticia del Nuevo Mundo por la comunicación secreta de un piloto o náufrago anónimo.
[323] *Historia natural* II *(nota del autor),* 69 (O'G. dice 67, como Acosta en su *De Natura Novi Orbis*).

Quinto Metelo Celere, compañero en el Consulado de Gayo Afranio (siendo el dicho Metelo Procónsul en la Galia), unos indios presentados por el rey de Suecia. Los cuales indios, navegando desde la India **(p. 67)** para sus contrataciones, por la fuerza de los temporales fueron echados en Germania.»

Por cierto, si Plinio dice la verdad, no navegan hoy día los portugueses más de lo que en aquellos dos naufragios se navegó: el uno desde España hasta el mar Bermejo*, y el otro desde la India Oriental hasta Alemania. En otro libro,[324] escribe el proprio autor que un criado de Annio Plocanio, el cual tenía arrendados los derechos del mar Bermejo*, navegando la vuelta de* la Arabia [y] sobreviniendo nortes furiosos, en quince días vino —pasada la Carmania— a tomar Hippuros, puerto de la Taprobana (que hoy día llaman Sumatra). También cuentan que una nao de cartaginenses, del mar de Mauritania fue arrebatada de brisas hasta ponerse a vista del nuevo orbe.

No es cosa nueva para los que tienen alguna experiencia de mar el correr a veces temporales forzosos y muy porfiados, sin aflojar un momento de su furia. A mí me acaeció, pasando a Indias, verme en la primera tierra poblada de españoles en quince días después de salidos de las Canarias; y sin dubda fuera más breve el viaje, si se dieran velas a la brisa fresca que corría.

Así que me parece cosa muy verosímil que hayan en tiempos pasados venido a Indias hombres vencidos de la furia del viento, sin tener ellos tal pensamiento. Hay en el Pirú gran relación[325] de unos gigantes que vinieron en aquellas partes, cuyos huesos se hallan hoy día de disforme grandeza cerca de Manta y de Puerto Viejo;[xxxii] y, en proporción, habían de ser aquellos hombres más que tres tanto mayores que los indios de agora. Dicen que aquellos gigantes vinieron por mar y que hicieron guerra a los de la tierra, y que edificaron edificios soberbios y muestran hoy un pozo hecho de piedras de gran valor. Dicen más, que aquellos hombres —haciendo pecados enormes, y especial usando con **(p. 68)** tra natura— fueron abrasados y consumidos con fuego que vino del cielo. También cuentan los indios de Ica y los de Arica que solían antiguamente navegar a unas islas al Poniente muy lejos, y la navegación era en unos cueros de lobo marino hinchados. De manera que no faltan indicios de que se haya navegado la mar del Sur, antes que viniesen los españoles por ella.

Así que podríamos pensar que se comenzó a habitar el nuevo orbe, de hombres a quien la contrariedad del tiempo y la fuerza de Nortes echó allá, como al fin vino a descubrirse en nuestros tiempos. Es así, y mucho para considerar, que las cosas de gran importancia de naturaleza por la mayor parte se han hallado acaso y sin pretenderse, y no por la habilidad y diligencia humana. Las más de las hierbas saludables, las más de las piedras, las plantas, los metales, las perlas, el oro, el imán, el ámbar, el diamante, y las demás cosas semejantes. Y así, sus propriedades y provechos cierto más se han venido a saber por casuales acontecimientos que no por arte e industria de hombres: para que se vea que el loor y gloria de tales maravillas se debe a la providencia del Criador, y no al ingenio de los hombres. Porque lo que a nuestro parecer sucede acaso*, eso mismo lo ordena Dios muy sobre pensado[326].

Capítulo 20

Que, con todo[327] eso, es más conforme a buena razón pensar que vinieron por tierra los primeros pobladores de Indias

Concluyo, pues, con decir que es bien probable de pensar que los primeros aportaron a Indias por naufragio y tempestad de mar. Mas ofrécese aquí una dificultad, que me da mucho en que entender: y es que, **(p. 69)** ya que demos* que hayan venido hombres por mar a tierras tan remotas y que dellos se han multiplicado las naciones que vemos, pero de bestias y alimañas —que cría el Nuevo Orbe muchas y grandes— no sé cómo nos demos maña a embarcarlas y llevarlas por mar a las Indias.[xxxiii]

La razón por que nos hallamos forzados a decir que los hombres de las Indias fueron de Europa o de Asia es por no contradecir a la sagrada escritura, que claramente enseña que todos los hombres descienden de Adán; y así, no podemos dar otro origen a los hombres de Indias. Pues la misma divina escritura también nos dice[328] que todas las bestias y

[324] *Idem,* VI *(nota del autor):* 22.

[325] = relación muy frecuente, o insistente. Procedente de fuentes indígenas, como explica luego, y como se deduce de su latiguillo «dicen… dicen… cuentan».

[326] = premeditadamente, previsoramente.

[327] = a pesar de.

[328] *Génesis* 7 *(nota del autor),* 21-23: «Perecieron cuantos animales se movían en la tierra, aves, ganados, bestias y todos los reptiles que se arrastran por la tierra, todos los hombres, / y todo cuanto vivía sobre la tierra seca. /

animales de la tierra perecieron,[329] sino[330] las que se reservaron para propagación de su género en el arca, en los montes de Ararat donde ella hizo pie. De manera que, como para los hombres, así también para las bestias nos es necesidad buscar camino por donde hayan pasado del viejo mundo al nuevo.

San Augustín, tratando esta cuestión ¿cómo se hallan en algunas islas lobos y tigres y otras fieras, que no son provecho para los hombres?[331] (Porque de los elefantes, caballos, bueyes, perros y otros animales de que se sirven los hombres no tiene embarazo pensar que por industria de hombres se llevaron por mar con naos: como los vemos hoy día, que se llevan desde Oriente a Europa y desde Europa al Pirú, con navegación tan larga. Pero de los animales que para nada son de provecho y antes son de mucho daño, como son lobos, ¿en qué forma hayan pasado a las islas, si es verdad —como lo es— que el diluvio bañó toda la tierra?) Tratándolo el sobredicho sancto y doctísimo varón procura librarse destas angustias con decir que tales bestias pasaron a nado a las islas; o alguno por cudicia de cazar las llevó; o fue ordenación de Dios que se produjesen de la **(p. 70)** tierra, al modo que en la primera creación dijo Dios:[332] «Produzca la tierra *anima* viviente en su género, jumentos y animales rateros y fieras del campo, según sus especies».

Mas cierto[333] que, si queremos aplicar esta solución a nuestro propósito, más enmarañado se nos queda el negocio. Porque, comenzando de lo postrero, no es conforme al orden de naturaleza ni conforme al orden del gobierno que Dios tiene puesto que animales perfectos —como leones, tigres, lobos— se engendren de la tierra, sin generación. De ese modo se producen ranas y ratones y avispas, y otros animalejos imperfectos. Mas ¿a qué propósito la Escritura tan por menudo[334] dice:[335] «Tomarás de todos los animales y de las aves del cielo siete y siete machos y hembras, para que se salve su generación sobre la tierra», si había de tener el mundo tales animales después del diluvio por nuevo modo de producción, sin junta de macho y hembra? Y aún queda luego otra cuestión: ¿por qué, naciendo de la tierra —conforme a esta opinión— tales animales, no los tienen todas las tierras e islas, pues ya no se mira el orden natural de multiplicarse sino sola la liberalidad del Criador?

Que hayan pasado algunos animales de aquéllos, por pretensión de tener caza (que era otra respuesta), no lo tengo por cosa increíble: pues vemos mil veces que para sola grandeza[336] suelen príncipes y señores tener en sus jaulas leones, osos y otras fieras, mayormente cuando se han traído de tierras muy lejos. Pero esto, creerlo de lobos y de zorras y de otros animales bajos y sin provecho, que no tienen cosa notable sino sólo hacer mal a los ganados, y decir que para caza se trajeron por mar, por cierto es cosa muy sin razón. ¿Quién se podrá persuadir que con navegación tan infinita hubo hombres que pusieron diligencia en llevar al Pirú zorras; mayormente las que llaman *añas*, que es un linaje el más sucio y hediondo de cuantos he visto? ¿Quién dirá que trajeron leones y tigres? Harto es, y aún demasiado, que pudiesen escapar los hombres con las vidas en tan proli **(p. 71)** jo viaje viniendo con tormenta, como hemos dicho ¡cuánto más trazar[337] de llevar zorras y lobos, y mantenellos por mar! Cierto es cosa de burla aún imaginallo.[338]

Pues, si vinieron por mar estos animales, sólo resta que hayan pasado a nado. Esto ser[339] cosa posible y hacedera, cuanto a algunas islas que distan poco de otras o de la tierra firme, no se puede negar la experiencia cierta con que vemos que, por alguna grave necesidad, a veces nadan estas alimañas días y noches enteras, y al cabo escapan nadando. Pero esto se entiende en golfillos pequeños: porque nuestro Océano haría burla de semejantes nadadores, pues aún a las aves de gran vuelo les faltan las alas para pasar tan gran abismo. Bien se hallan pájaros que vuelen más de cien leguas, como los hemos visto navegando diversas veces; pero pasar todo el mar Océano volando es imposible, o a lo menos muy difícil.

Siendo así todo lo dicho, ¿por dónde abriremos camino para pasar fieras y pájaros a las Indias, de qué manera pudieron ir del un mundo al otro? Este discurso que he dicho es para mí una gran conjetura[340] para pensar que el nuevo orbe, que llamamos Indias, no está del todo diviso y apartado del otro orbe. Y, por decir mi opinión, tengo para mí días ha que la una tierra y la otra en alguna parte se juntan y continúan; o, a lo menos, se avecinan y allegan mucho.

Fueron exterminados todos los vivientes sobre la superficie de la tierra, desde el hombre a la bestia, y los reptiles y las aves del cielo, quedando sólo Noé y los que con él estaban en el arca» (N.-C.).

329 en el Diluvio universal.

330 menos.

331 *De civitate* XVI, 7 (*nota del autor*). Introducimos nosotros a continuación un paréntesis largo, para expresar la interrupción discursiva del autor.

332 *Génesis* 1 *(nota del autor),* 24: «Dijo luego Dios «Brote la tierra seres animados según su especie, ganados, reptiles y bestias de la tierra según su especie». Y así fue» (N.-C.).

333 es.

334 = Con todo detalle, «a menudo, menudamente, circunstanciadamente» *(DRAE).* Detalladamente.

335 *Génesis* 7 *(nota del autor),* 2-3 (no 20-23, O'G. y Alc.): «De todos los animales puros toma dos setenas [siete veces], machos y hembras, y de los impuros dos parejas, machos y hembras. / También de las aves puras dos setenas, machos y hembras, para que se salve su prole sobre la haz de la tierra toda» (N.-C.). Véase cómo Acosta une los dos párrafos idénticos en uno (animales y aves).

336 = para mostrar su riqueza y poder.

337 = proyectar, idear. Por ello, «tratar» (Mat. y O'G.).

338 «mantenerlos… imaginarlo» (todos, menos la Príncipe).

339 = Que esto sea.

340 = Base inductiva lógica para conjeturar.

Hasta agora, a lo menos, no hay certidumbre de lo contrario. Porque al Polo Ártico —que llaman Norte— no está descubierta y sabida toda la longitud de la tierra, y no faltan muchos que afirmen que sobre la Florida corre la tierra larguísimamente al Septentrión: la cual dicen que llega hasta el mar Scytico, o hasta el Germánico. Otros añaden que ha habido nao que, navegando por allí, relató haber visto los bacalaos correr hasta los fines casi de Europa. Pues ya sobre el cabo Mendocino,[341] en la mar del Sur*, tampoco se sabe hasta dónde corre la tierra, más de que todos dicen que es cosa inmensa lo que corre. Volviendo al otro Polo, al sur, no hay hombre que sepa dónde para[342] la tierra que está de la otra banda del **(p. 72)** estrecho de Magallanes. Una nao del Obispo de Plasencia, que subió del Estrecho, refirió que siempre había visto tierra; y lo mismo contaba Hernando Lamero, piloto que por tormenta pasó dos o tres grados arriba del estrecho.[343]

Así que ni hay razón en contrario ni experiencia que deshaga mi imaginación, u opinión, de que toda la tierra se junta y continúa en alguna parte; a lo menos se allega mucho.[xxxiv] Si esto es verdad, como en efecto me lo parece, fácil respuesta tiene la dubda tan difícil que habíamos propuesto[344] cómo pasaron a las Indias los primeros pobladores dellas: porque se ha de decir que pasaron, no tanto navegando por mar como caminando por tierra. Y ese camino lo hicieron muy sin pensar, mudando sitios y tierras poco a poco. Y unos poblando las ya halladas, otros buscando otras de nuevo, vinieron por discurso[345] de tiempo a henchir las tierras de Indias de tantas naciones y gentes y lenguas.

Capítulo 21

En qué manera pasaron bestias y ganados a las tierras de Indias

Ayudan grandemente al parecer ya dicho los indicios que se ofrecen a los que, con curiosidad, examinan el modo de habitación de los indios. Porque donde quiera que se halla isla muy apartada de tierra firme y también de otras islas, como es la Bermuda, hállase ser falta de hombres del todo. La razón es porque no navegaban los antiguos sino a playas cercanas, y casi siempre a vista de tierra.

A esto se allega[346] que en ninguna tierra de Indias se han hallado navíos grandes, cuales se requieren para pasar golfos grandes. Lo que se halla son balsas[347] o *piraguas*[348] o *canoas*,[349] que todas ellas son menos que chalupas,[350] y de tales embarcaciones solas usaban los indios, con las cuales no **(p. 73)** podían engolfarse* sin manifiesto y cierto peligro de perecer; y cuando tuvieran navíos bastantes para engolfarse, no sabían de aguja ni de astrolabio ni de cuadrante. Si estuvieran diez y ocho días sin ver tierra, era imposible no perderse, sin saber de sí.

Vemos islas pobladísimas de indios y sus navegaciones muy usadas, pero eran las que digo que podían hacer indios en *canoas* o *piragüas*, y sin aguja de marear. Cuando los indios que moraban en Túmbez vieron la primera vez[351] nuestros españoles que navegaban al Pirú, y miraron la grandeza de las velas tendidas y los bajeles también grandes, quedaron atónitos. Y, como nunca pudieron pensar que eran navíos por no haberlos visto jamás de aquella forma y tamaño, dicen que se dieron a entender que debían de ser rocas y peñascos sobre la mar; y como veían que andaban y no se hundían, estuvieron como fuera de sí de espanto gran rato, hasta que mirando más vieron unos hombres barbudos que andaban por los navíos, los cuales creyeron que debían de ser algunos dioses, o gente de allá del cielo. Donde se ve bien cuán ajena cosa era para los indios usar naos grandes, ni tener noticias dellas.

Hay otra cosa que en gran manera persuade a la opinión dicha: y es que aquellas alimañas, que dijimos no ser creíble haberlas embarcado hombres para las Indias, se hallan en lo que es tierra firme y no se hallan en las islas que disten de la tierra firme cuatro jornadas. Yo he hecho diligencia en averiguar esto, pareciéndome que era negocio de gran momento[352] para determinarme en la opinión que he

341 En la costa de California.

342 = termina.

343 Ver la versión detenida en III, caps. 11-14 de esta obra.

344 sobre.

345 = transcurso.

346 = añade (Mat., Alc. y O'G. leen «alega», que es lo contrario. Alega = contradice).

347 = «Plataforma flotante, originariamente formada por maderos unidos» (*DRAE,* 2).

348 = «De origen *caribe*. Embarcación larga y estrecha, mayor que la canoa, hecha generalmente de una pieza… Navega a remo y vela, y la usan los indios de América y Oceanía» *(DRAE).*

349 = «De origen *taino*. Embarcación de remo muy estrecha, ordinariamente de una pieza, sin quilla y sin diferencia de forma entre proa y popa» *(DRAE).*

350 = «del neerlandés *sloep*, a través del francés *chaloupe*. Embarcación pequeña, que suele tener cubierta y dos palos para velas» *(DRAE).*

351 a.

352 = «Importancia, peso, trascendencia. *Asuntos de gran momento*» *(DRAE,* 6).

dicho: de que la tierra de Indias y la de Europa y Asia y África tienen continuación entre sí, o a lo menos se llegan mucho en alguna parte. Hay en la América y Pirú muchas fieras, como son leones, aunque éstos no igualan en grandeza y braveza —y en el mismo color rojo— a los famosos leones de África; hay tigres muchos y muy crueles, aunque lo **(p. 74)** son más comúnmente con indios que con españoles; hay osos, aunque no tantos; hay jabalíes, hay zorras innumerables. De todos estos géneros de animales, si quisiéremos buscarlos en la Isla de Cuba o en la Española, o en Jamaica o en la Margarita o en la Dominica, no se hallará ninguno.

Con esto viene que las dichas islas, con ser tan grandes y tan fértiles, no tenían antiguamente —cuando a ellas aportaron[353] españoles— de esotros animales tampoco que son de provecho; y agora tienen innumerables manadas de caballos, de bueyes y vacas, de perros, de puercos. Y es en tanto grado que los ganados de vacas no tienen ya dueños ciertos, por haber tanto multiplicado, que son del primero que las desjarreta[354] en el monte, o campo. Lo cual hacen los moradores de aquellas islas para aprovecharse de los cueros para su mercancía de corambre,[355] dejando la carne por ahí sin comerla. Los perros han en tanto exceso multiplicado que andan manadas dellos, y hechos bravos hacen tanto mal al ganado como si fueran lobos, que es un grande daño de aquellas islas.

No sólo carecen[356] de fieras sino también de aves y pájaros, en gran parte. Papagayos hay muchos, los cuales tienen gran vuelo y andan juntos; también tienen otros pájaros, pero pocos, como he dicho. De perdices no me acuerdo haber visto ni sabido que las tengan, como las hay en el Pirú; y mucho menos los que en el Pirú llaman *guanacos* y *vicuñas,* que son como cabras monteses ligerísimas, en cuyos buches se hallan las piedras bezaares que precian algunos, y son a veces mayores que un huevo de gallina, tanto y medio. Tampoco tienen otro género de ganado que nosotros llamamos «ovejas de las Indias»: las cuales, demás* de la lana y carne con que visten y mantienen los indios, sirven también de recua y jumentos para llevar cargas; llevan la mitad de la carga de una mula, y son de poco gasto a sus dueños porque ni **(p. 75)** han menester herraduras ni albardas ni otros aparejos, ni cebada para su comer; todo esto les dio naturaleza sin costa, queriendo favorecer a la pobre gente de los indios.

De todos estos géneros de animales, y de otros muchos que se dirán en su lugar,[357] abunda la tierra firme de las Indias; las islas de todos carecen, si no son los que han embarcado españoles. Verdad es que en algunas islas vio tigres un hermano nuestro, según él refería, andando en una peregrinación y naufragio trabajosísimo:[xxxv] mas, preguntando qué tanto estarían de tierra firme aquellas islas, dijo que obra de seis u ocho leguas a lo más, el cual espacio de mar no hay dubda sino que pueden pasarle a nado los tigres.

Destos indicios y de otros semejantes, se puede colegir que hayan pasado los indios a poblar aquella tierra más por camino de tierra que de mar. O, si hubo navegación, que fue no grande ni dificultosa, porque en efecto debe de continuarse el un orbe con el otro, o a lo menos estar en alguna parte muy cercanos entre sí.

Capítulo 22

Que no pasó el linaje de indios por la isla Atlántida, como algunos imaginan

No faltan algunos[358] que, siguiendo el parecer de Platón que arriba referimos, dicen que fueron esas gentes de Europa o de África a aquella famosa isla y tan cantada, Atlántida; y della pasaron a otras y otras islas, hasta llegar a la tierra firme de Indias. Porque de todo esto hace mención el *Critias*[359] de Platón en su *Timeo*. Porque, si era la isla Atlántida tan grande como toda la Asia y África juntas —y aún mayor, como siente* Platón—, forzoso había de tomar[360] todo el Océano Atlántico, y llegar casi a las islas del Nuevo

[353] = «1. Tomar puerto o arribar a él. // 2. Figuradamente, llegar, ir a parar a alguna parte, voluntariamente o por azar» *(DRAE).*

[354] = «Cortar las piernas por el jarrete, i. e., corbejón de los cuadrúpedos» *(DRAE).*

[355] = «Conjunto de cueros o pellejos, curtidos o sin curtir, de algunos animales, y con particularidad de toro, vaca, buey o macho cabrío» *(DRAE).*

[356] estas islas alejadas.

[357] De todos estos animales hablará en particular más adelante, en el libro IV.

[358] Mateos cita aquí el libro de la *Sabiduría*, de Salomón cap. 12, «Castigo de los cananeos», siguiendo la Príncipe (que tal vez confunde *Sap*[iduría]., cap. 12 Con *Zar*[ate]. Ver nuestra nota XVII del cap. 12, sobre la crítica de Acosta a Platón y al platonismo del cronista Zárate. Mientras Alcina y O'Gorman se refieren al propio Platón, en su *Timeo* y *Critias* (tal vez por sentido común).

[359] Cricias (Príncipe). Ver cap. 12 de este libro.

[360] = ocupar, extenderse a.

Orbe. Y dice más Platón: que con un terrible diluvio se anegó aquella su isla Atlántida, y por eso dejó aquel **(p. 76)** mar imposibilitado de navegarse, por los muchos bajíos de peñas y arrecifes, y de mucha lama;[361] y que así lo estaba en su tiempo. Pero que después, con el tiempo, hicieron asiento[362] las ruinas de aquella isla anegada, y en fin dieron lugar a navegarse.[363]

Esto tratan y disputan hombres de buenos ingenios muy de veras, y son cosas tan de burla —considerándose un poco— que más parecen cuentos o fábulas de Ovidio que historia o Filosofía digna de cuenta. Los más de los intérpretes y expositores de Platón afirman que es verdadera historia todo aquello que allí Critias cuenta de tanta extrañeza, del origen de la isla Atlántida y de su grandeza y de su propriedad, y de las guerras que los de Europa y los de Atlántida entre sí tuvieron, con todo lo demás. Muévense a tenerlo por verdadera historia, por las palabras de Critias que pone Platón, en que dice en su *Timeo* que la plática que quiere tratar es de cosas extrañas, pero del todo verdaderas. Otros discípulos de Platón, considerando que todo aquel cuento tiene más arte de fábula que de historia, dicen que todo aquello se ha de entender por alegoría; que así lo pretendió su divino filósofo. Déstos es Proclo y Porfirio, y aún Origines: son éstos tan dados a Platón que así tratan sus escritos como si fuesen libros de Moisés o de Esdras. Y así, donde las palabras de Platón no vienen con la verdad, luego* dan* en que se ha de entender aquello en sentido místico y alegórico, y que no puede ser menos.

Yo, por decir verdad, no tengo tanta reverencia a Platón, por más que le llamen divino; ni aún se me hace muy difícil de creer que pudo contar todo aquel cuento de la isla Atlántida por <la> verdadera historia, y pudo ser con todo eso muy fina fábula. Mayormente, que[364] refiere él haber aprendido aquella relación de Critias: que cuando muchacho, entre otros cantares y romances, cantaba aquél de la Atlántida.

Sea como quisieren, haya escrito Platón **(p. 77)** por historia o haya escrito por alegoría, lo que para mí es llano* es que todo cuanto trata de aquella isla —comenzando en el diálogo *Timeo*, y prosiguiendo en el diálogo *Critias*— no se puede contar en veras, si no es a muchachos y viejas. ¿Quién no tendrá por fábula decir que Neptuno se enamoró de Clito, y tuvo della cinco veces gemelos de un vientre;[365] y que de un collado sacó tres redondos[366] de mar, y dos de tierra, tan parejos[367] que parecían sacados por torno? Pues ¿qué diremos de aquel templo de mil pasos en largo y quinientos en ancho, cuyas paredes por de fuera estaban cubiertas de plata, y todos los altos de oro y plata y azofar?[368] Y al cabo, el donoso remate de todo con que concluye en el *Timeo,* diciendo:

> «En un día y una noche, viniendo un grande diluvio, todos nuestros soldados se los tragó la tierra a montones, y la isla Atlántida de la misma manera anegada en la mar desapareció.»

Por cierto, ella[369] lo acertó mucho en desaparecerse toda tan presto, porque siendo isla mayor que toda la Asia y África juntas, hecha por arte de encantamento, fue bien que así desapareciese. Y es muy bueno que diga que las ruinas y señales desta tan grande isla se echan de ver debajo del mar, y los que lo han de echar de ver —que son los que navegan— no pueden navegar por allí. Pues añade donosamente:

> «Por eso, hasta el día de hoy ni se navega ni puede aquel mar porque la mucha lama que la isla, después de anegada, poco a poco crió lo impide».

Preguntara yo de buena gana, ¿qué piélago[370] pudo bastar a tragarse tanta infinidad de tierra, que era más que toda la Asia y África juntas, y que llegaba hasta las Indias? ¿Y tragársela tan del todo que ni aún rastro no haya quedado, pues es notorio que en aquel mar donde dicen había la dicha isla no hallan fondo hoy día los marineros, por más brazas de fonda[371] que den?

Mas es inconside **(p. 78)** ración querer disputar de cosas que o se contaron por pasatiempo o, ya que se tenga la cuenta que es razón con la gravedad de Platón, puramente se dijeron para significar en pintura[372] la prosperidad de una ciudad, y su perdición tras ella. El argumento que hacen —para probar que realmente hubo isla Atlántida— de que aquel mar hoy día se nombra el «mar Atlántico», es de poca importancia: pues sabemos que en la última Mauritania está el monte Atlante, del cual siente Plinio[373] que se le puso al mar el nombre de Atlántico. Y,

---

361 = «Cieno blanco, suelto y pegajoso, de color oscuro, que se halla en algunos lugares del fondo de mar o de los ríos» (*DRAE,* 1).

362 = se hundieron, se aplanaron.

363 = a que se pudiera navegar sobre ellas.

364 = porque, según el modo en que.

365 = diez hijos, de un solo parto.

366 «Perfecto, completo, bien logrado» (*DRAE,* 10).

367 = iguales.

368 = «(Del árabe *as-sufar*, cobre) masculino, latón» *(DRAE).*

369 = isla Atlántida. Nótese la ironía sarcástica que caracteriza este capítulo sobre Platón, aunque también lleno de tino interpretativo.

370 = «Parte del mar que dista mucho de la tierra» (*DRAE,* 1).

371 = por mucho que intenten hallar el fondo, con sondeos.

372 = con alegorías muy gráficas («ut pictura, poesis»).

373 VI, 5, *et* VI, 31 *(nota del autor).* Alcina cita *Historia natural* 5,1 —error—; 6, 31.

sin esto, el mismo Plinio refiere que frontero del dicho monte está una isla llamada Atlántida, la cual dice ser muy pequeña y muy ruin.

Capítulo 23

Que es falsa la opinión de muchos que afirman venir los indios del linaje de los judíos

Ya que por la isla Atlántida no se abre camino para pasar los indios al Nuevo Mundo, paréceles a otros que debió de ser el camino el que escribe *Esdras* en el cuarto libro,[374] donde dice así:

«Y porque le viste que recogía a sí otra muchedumbre pacífica, sabrás que éstos son diez tribus que fueron llevadas en captiverio en tiempo del rey Osee, al cual llevó captivo[375] Salmanasar, rey de los asirios; y a éstos los pasó a la otra parte del río, y fueron trasladados a otra tierra. Ellos tuvieron entre sí acuerdo y determinación de dejar la multitud de los gentiles, y de pasarse a otra región más apartada donde nunca habitó el género humano, para guardar siquiera allí su ley, la cual no habían guardado en su tierra. Entraron, pues, por unas entradas angostas del río Eúfrates: porque hizo el Altísimo entonces con ellos sus maravillas, y detuvo las corrientes del río hasta que pasasen. Porque por aquella región era el camino muy largo, de **(p. 79)** año y medio; y llámase aquella región Arsaret. Entonces habitaron allí hasta el último tiempo, y agora, cuando comenzaren a venir, tornará el Altísimo a detener otra vez las corrientes del río para que puedan pasar; por eso viste aquella muchedumbre con paz.»

Esta Escritura de Esdras quieren algunos acomodar a los indios, diciendo que fueron de Dios llevados donde nunca habitó el género humano, y que la tierra en que moran es tan apartada que tiene año y medio de camino para ir a ella, y que esta gente es naturalmente pacífica.

Que[376] procedan los indios de linaje de judíos el vulgo tiene por indicio cierto el ser medrosos y decaídos y muy ceremoniáticos, y agudos y mentirosos. Demás* deso, dice que su hábito[377] parece el proprio que usaban judíos, porque usan una túnica o camiseta y de un manto rodeado encima, traen los pies descalzos o su calzado es unas suelas asidas por arriba, que ellos llaman *ojotas*; y que éste haya sido el hábito de los hebreos, dicen que consta así por sus historias como por pinturas antiguas que los pintan vestidos en este traje. Y que estos dos vestidos que solamente traen los indios eran los que puso en apuesta Sansón, que la Escritura[378] nombra *tunicam et syndonem*, y es lo mismo que los indios dicen «camiseta y manta».

Mas todas éstas son conjeturas muy livianas, y que tienen mucho más contra sí que por sí. Sabemos que los hebreos usaron letras;[379] en los indios no hay rastros dellas. Los otros eran muy amigos del dinero; éstos no se les da cosa. Los judíos, si se vieran no estar circuncidados, no se tuvieran por judíos; los indios poco ni mucho no se retajan ni han dado jamás en esa ceremonia, como muchos de los de Etiopía y del Oriente. Más ¿qué tiene que ver, siendo los judíos tan amigos de conservar su lengua y antigüedad —y tanto que en todas las partes del mundo que hoy viven se diferencian de todos los demás—, que en solas las Indias **(p. 80)** a ellos se les haya olvidado su linaje, su ley, sus ceremonias, su Mesías y finalmente todo su judaísmo?

Lo que dicen de ser los indios medrosos y supersticiosos, y agudos y mentirosos: cuanto a lo primero, no es eso general a todos ellos. Hay naciones entre estos bárbaros muy ajenas de todo eso, hay naciones de indios bravísimos y atrevidísimos, haylas muy botas[380] y groseras de ingenio. De ceremonias y supersticiones siempre los gentiles fueron amigos. El traje de sus vestidos, la causa por que es el que se refiere es por ser el más sencillo y natural del mundo, que apenas tiene artificio: y así, fue común antiguamente no sólo a los hebreos sino a muchas otras naciones.

Pues ya la historia de Esdras (si se ha de hacer caso de escrituras apócrifas) más contradice que ayuda su intento.

---

[374] IV Esdras 13 *(nota del autor).* El libro II de Esdras puede llamarse IV, si contamos como previos los dos de *Paralipomenos* o Crónicas. *Apud* Nácar-Colunga, p. 538. Aun así no localizo la cita, como tampoco O'Gorman en su nota bibliográfica 110 (sin reconocerlo).

[375] = cautivo.

[376] = De que.

[377] = «(del latín *habitus*), «vestido o traje que cada uno usa según su estado, ministerio o nación…'» *(DRAE).*

[378] *Jueces* 12 *(nota del autor),* 13: «Sansón les dijo: «Quisiera que me permitierais proponeros un enigma. Si dentro de los siete días del convite me lo descifráis acertadamente, yo tendré que daros treinta camisas y treinta túnicas» (N.-C.).

[379] y, en cambio… (así, varias veces por comparación).

[380] = «(Del gót. *Bauths*, obtuso), rudo o torpe de ingenio, o de algún sentido» (*DRAE,* 3).

Porque allí se dice que las diez tribus huyeron[381] la multitud de gentiles, por guardar sus ceremonias y ley; mas los indios son dados a todas las idolatrías del mundo. Pues las entradas del río Eúfrates, vean bien los que eso sienten* en qué manera pueden llegar al Nuevo Orbe, y vean si han de tornar por allí los indios, como se dice en el lugar referido. Y no sé yo por qué se han de llamar éstos gente pacífica, siendo verdad que perpetuamente se han perseguido con guerras mortales unos a otros.

En conclusión, no veo que el Eúfrates apócrifo de Esdras dé mejor paso a los hombres para el Nuevo Orbe[382] que le daba la Atlántida encantada y fabulosa de Platón.

Capítulo 24

Por qué razón no se puede averiguar bien el origen de los indios

Pero cosa es mejor de hacer desechar lo que es falso del origen de los indios que determinar la verdad. Porque ni hay escritura entre los indios ni memoriales ciertos de sus primeros fundadores. Y, por otra parte, en los **(p. 81)** libros (de los que usaron letras) tampoco hay rastro del Nuevo Mundo, pues ni hombres ni tierra ni aún cielo les pareció a muchos de los antiguos que <no> había en aquestas partes, y así no puede escapar de ser tenido por hombre temerario y muy arrojado el que se atreviere a prometer lo cierto del primer origen de los indios, y de los primeros hombres que poblaron las Indias.

Mas así, a bulto[383] y por discreción,[384] podemos colegir de todo el discurso arriba hecho que el linaje de los hombres se vino pasando poco a poco hasta llegar al Nuevo Orbe, ayudando a esto la continuidad o vecindad de las tierras, y a tiempos alguna navegación; y que éste fue el orden de venir, y no hacer armada de propósito ni suceder algún grande naufragio. Aunque también pudo haber en parte algo de esto: porque, siendo aquestas regiones larguísimas y habiendo en ellas innumerables naciones, bien podemos creer que unos de una suerte y otros de otra se vinieron en fin a poblar. Mas, al fin, en lo que me resumo es que, el continuarse la tierra de Indias con esotras del mundo —a lo menos, estar muy cercanas—, ha sido la más principal y más verdadera razón de poblarse las Indias.

Y tengo para mí que el Nuevo Orbe e Indias Occidentales no ha muchos millares de años que las habitan hombres, y que los primeros que entraron en ellas más eran hombres salvajes y cazadores que no gente de república y pulida.[385] Y que aquéllas aportaron al Nuevo Mundo por haberse perdido de su tierra; y que, hallándola, comenzaron poco a poco a poblarla no teniendo más ley que un poco de luz natural, y ésa muy oscurecida; y, cuando mucho, algunas costumbres que les quedaron de su patria primera.

Aunque no es cosa increíble de pensar que, aunque hubiesen salido de tierras de policía y bien gobernadas, se les olvidase todo con el largo tiempo y poco **(p. 82)** uso: pues es notorio que, aun en España y en Italia, se hallan manadas de hombres que, si no es el gesto* y figura, no tienen otra cosa de hombres. Así que, por este camino, vino a haber una barbariedad[386] infinita en el Nuevo Mundo.

Capítulo 25

Qué es lo que los indios suelen contar de su origen

Saber lo que los mismos indios suelen contar de sus principios y origen no es cosa que importa mucho, pues más parecen sueños los que refieren que historias. Hay entre ellos comúnmente gran noticia y mucha plática del diluvio, pero no se puede bien determinar si el diluvio que éstos refieren es el universal que cuenta la divina escritura,

[381] de.

[382] de lo.

[383] = «Locución adverbial *figurada*. Aproximadamente, sin cálculo previo» *(DRAE).*

[384] = «*A discreción*. Al arbitrio o buen juicio de uno» *(DRAE).*

[385] = «desusado. Cortesía, buena crianza y urbanidad en el trato y costumbres» (*DRAE,* 3). Sentido arcaico de «con policía».

[386] *DRAE* prefiere la variante «barbaridad, calidad de bárbaro». Nosotros dejamos «barbariedad» de la edición Príncipe —como O'G., Alc. y Mat.— por fidelidad al sentido «evolutivo» del concepto que tan bien enlaza con el término actual en sentido antropológico. Sin mezcla de otros sentidos de «barbaridad» en *DRAE:* «2. Dicho o hecho necio o temerario. 3. Atrocidad… /4. Cantidad grande o excesiva…».

o si fue alguno otro diluvio o inundación particular de las regiones en que ellos moran. Mas,[387] de que en aquestas tierras hombres expertos dicen que se ven señales claras de haber habido alguna grande inundación, yo más me llego al parecer de los que sienten que los rastros y señales que hay de diluvio no son del deNoé, sino de alguno otro particular como el que cuenta Platón, o el que los poetas cantan de Deucalión.[xxxvi]

Como quiera que sea, dicen los indios[388] que en aquel su diluvio se ahogaron todos los hombres; y cuentan que de la gran laguna Titicaca salió un *Viracocha*, el cual hizo asiento en Tiaguanaco donde se ven hoy ruinas y pedazos de edificios antiguos y muy extraños, y que de allí vinieron al Cuzco y así tornó a multiplicarse el género humano. Muestran en la misma laguna una isleta, donde fingen que se escondió y conservó el Sol, y por eso antiguamente le hacían allí muchos sacrificios, no sólo de ovejas sino de hombres también.

Otros cuentan que de cierta cueva por una ventana salieron seis, o no **(p. 83)** sé cuántos hombres, y que éstos dieron principio a la propagación de los hombres: y es donde llaman *Pacari Tambo* por esta causa. Y así, tienen por opinión que los tambos son el linaje más antiguo de los hombres.[389] De aquí dicen que procedió *Mangocapa*, al cual reconocen por el fundador y cabeza de los Ingas, y que déste procedieron dos familias o linajes: uno de *Hanan Cuzco*, otro de *Urincuzco*. Refieren que los reyes *Ingas*, cuando hacían guerra y conquistaban diversas provincias, daban por razón con que justificaban la guerra que todas las gentes les debían reconocimiento, pues de su linaje y su patria se había renovado el mundo. Y así, a ellos se les había revelado la verdadera religión y culto del cielo.

Mas ¿de qué sirve añadir más, pues todo va lleno de mentira y ajeno de razón? Lo que los hombres doctos afirman y escriben es que todo cuanto hay de memoria y relación destos indios llega a cuatrocientos años, y que todo lo de antes es pura confusión y tinieblas, sin poderse hallar cosa cierta. Y no es de maravillar: faltándoles libros y escritura —en cuyo lugar aquella su tan especial cuenta de los *Quipocamayos*—,[390] es harto y muy mucho que pueda dar razón de cuatrocientos años. Haciendo yo diligencia para entender de ellos de qué tierras y de qué gente pasaron a la tierra en que viven, hallelos tan lejos de dar razón de esto que antes* tenían por muy llano* que ellos habían sido criados desde su primer origen en el mismo Nuevo Orbe donde habitan: a los cuales desengañamos con nuestra Fe, que nos enseña que todos los hombres proceden de un mismo hombre.[391]

Hay conjeturas muy claras que por gran tiempo no tuvieron estos hombres reyes ni república concertada sino que vivían por «behetrías»,[392] como agora los floridos y los chiriguanaes y los brasiles; y otras naciones muchas que no tienen ciertos[393] reyes, sino conforme a la ocasión **(p. 84)** que se ofrece en guerra o paz eligen sus caudillos, como se les antoja. Mas, con el tiempo, algunos hombres que en sus fuerzas y habilidad se aventajaban a los demás comenzaron a señorear y mandar —como antiguamente Nembrot—,[394] y poco a poco creciendo vinieron a fundar los reinos de Pirú y de México que nuestros españoles hallaron: que, aunque eran bárbaros, pero hacían grandísima ventaja a los demás indios.

Así que la razón dicha persuade que se haya multiplicado y procedido el linaje de los indios por la mayor parte de hombres salvajes y fugitivos. Y esto baste cuanto a lo que del origen destas gentes se ofrece tratar, dejando lo demás para cuando se traten las historias más por extenso.[395]

Fin del libro primero

[387] por el hecho.
[388] del Perú.
[389] Ver para estas opciones genealógicas el libro VI, caps. 19-20 de esta obra.
[390] Ver para más detalle el libro VI, cap. 8 de esta obra.

[391] *Actos de los Apóstoles* 17 *(nota del autor),* 26: «Él hizo de uno todo el linaje humano, para poblar toda la haz de la tierra. El fijó las estaciones y los confines de los pueblos» (N.-C.).
[392] De *benefactoria*, «Antiguamente, población cuyos vecinos, como dueños absolutos de ella, podían recibir por señor a quien quisiesen» *(DRAE).*
[393] = fijos, siempre. Ahora tal vez invertiríamos el orden, «reyes ciertos».
[394] *Génesis* 10 *(nota del autor),* 6 y 8-12: «Hijos de Cam fueron Cus, Misraim, Put y Canán… Cus engendró a Nembrod, que fue quien comenzó a dominar sobre la tierra, / pues era un robusto cazador ante Yahvé, y de ahí se dijo «Como Nembrod, robusto cazador ante Yavé'. / Fue el comienzo de su reino Babel, Ereq, Acad y Calne, en tierra de Senaar. / De esta tierra salió para Asur, y edificó Nínive, Rejobothir, Calaj / y Resen, entre Nínive y Calaj; ésta fue la ciudad grande» (N.-C.).
[395] Efectivamente, de ello tratará ampliamente en los libros VI (11 y 19) y VII (especialmente en el 2).

Notas finales

[i] La *Pragmática sobre libros* de 1558 y el *Índice de libros prohibidos* de la Inquisición española de 1559 instauran un sistema muy estricto de legalización del libro: el libro original impreso se presentaba a un escribano del Consejo para que lo revisara, rubricara y pusiera al final el número de hojas que formaban el cuerpo de la obra. La impresión tenía que hacerse como el original rubricado, corregido y numerado. El libro ya impreso se corregía y se volvía a llevar al corrector del Consejo para

obtener la licencia, se le tasara y le otorgara el privilegio de impresión. Se pondrá al principio de cada libro una hoja (portada) que contendrá el título de la obra, los nombres del autor, impresor y el lugar donde se imprimió. Se colocará en seguida la licencia, la aprobación, el privilegio, la tasa y la fe de erratas para evitar el fraude o alguna alteración del texto. Por ello, no hay que creer que esta licencia y demás «preliminares» de la obra son peculiares, ya que en sus elementos esenciales son todos iguales, y estuvo en vigor hasta la caída del antiguo régimen, aunque fue modificada en sentido restrictivo por disposiciones posteriores.

ii Concluido en 1546 por los agustinos, estuvo situado en la calle Mayor esquina a Esparteros, donde hoy se alza el famoso anuncio «Tío Pepe». Su fundación se retrasó un año justo por la oposición del arzobispo de Toledo y el Ayuntamiento, pero en su favor intercedió el joven príncipe Felipe —protector de los agustinos— que en agradecimiento fue titulado con el nombre «de San Felipe el Real». Todas las fuentes coinciden en el gran valor arquitectónico que tuvo, especialmente su claustro, pero el elemento más famoso era sin ninguna duda su famosa «lonja», situada sobre unas covachuelas en donde se vendían los más variados productos, centro de la vida social madrileña: este emblemático lugar fue demolido en 1838 tras la desamortización de Mendizábal, y su lugar lo ocuparon las llamadas «casas de Cordero» (por el nombre de su promotor), construidas entre 1842 y 1845. Fue el primer gran edificio de viviendas que tuvo la ciudad, de cuatro alturas sobre planta baja, como todas las fachadas que dan a esta plaza emblemática.

iii Isabel (1566-1633) era la hija predilecta del rey, joven de 24 años que ayudaba a su padre viejo y enfermo a llevar los asuntos de gobierno: destinada entonces para gobernar en España, a causa de la poca salud del futuro Felipe III. En 1589 la propuso su padre al trono de Francia, a la muerte de su tío materno Enrique III, y desde 1596 sería elegida gobernadora en los Países Bajos (1598-1633), donde se haría famosa por su protección a las artes (patrona de Rubens, Brueghel, Van Dyck y Wenzel Coerbergher).

iv Nótese la insistencia a que la lea directamente el Rey, si llegase a gustar a la infanta. Al otro hijo de 12 años —futuro Felipe III— le dedicó el mismo Acosta la traducción de Jenofonte sobre *Ciropedia* (ms. perdido), y al propio padre anteriormente su tratado misional «De procuranda indorum salute» (Salamanca, 1588/9), como dice en este párrafo.

v Para un jesuita, la curiosidad mera debiera ir en segundo término, y casi se ofrece en sus obras para atraer al público ocioso a su útil lectura. No obstante, su mención al tema del gusto —i.e., la curiosidad intelectual pura— junto a la utilidad como motivos legítimos del conocimiento es reiterada aquí y a lo largo de la obra. Ver al fin del Proemio al lector y el cap. 1 del libro III la gradación de fines de su obra, dejando otra vez la curiosidad para el final.

vi Efectivamente, estos dos libros constituían el prólogo «naturalista» a su tratado misional («De la predicación evangélica de aquellas Indias») que dijo en la dedicatoria de este libro haber dedicado al Rey, y se titulaban «De la naturaleza del Nuevo Mundo», ambos en latín. En carta al P. General, lo llama «salsa para algunos gustos», es decir, objeto de atracción a los curiosos para que tomen mejor el alimento de la obra principal.

vii Ojo con sus noticias frecuentes de descubrimientos recientes, que irá repartiendo a lo largo de los libros «naturales», reproduciendo a veces literalmente la memoria de sus capitanes o pilotos.

viii El cielo aristotélico se compone de éter, que participa de la materia divina y tiene un movimiento circular perenne.

ix Obsérvese esta muestra de sensibilidad estética aplicada al paisaje, tan excepcional en las crónicas indianas. Hay algo de estética moderna en ello, puramente poética y pastoril, aunque también suene a reflexión teológico-natural, en la línea de Fr. Luis de Granada, o de León.

x Magallanes-Elcano, 1519.

xi Ojo a la teoría poblacional americana preferida del autor: América se habría poblado por el sur, y no por el norte como se suele pensar de Acosta. Acosta propone en realidad seguir el modelo propuesto por los mapas contemporáneos, y en particular el de Abraham Ortelius —traducido en el año 88 recientemente, con dedicatoria a Felipe II— donde la «terra australis» situada al otro lado del Estrecho de Magallanes se continúa con las islas de Salomón —en forma de tierra firme, junto con Nueva Guinea, es decir, continente—. Es el camino que habrían tomado los hombres primitivos para acceder por tierra al Nuevo Mundo, dado que no podían venir navegando, como se mostrará largamente en Acosta, libro I.

xii Ojo a la teoría de Bering, supuesto autor a quien precedería Acosta, que es puesta claramente en entredicho. Véase nota anterior.

xiii El autor vuelve a manifestar enfáticamente su preferencia por la vía meridional de acceso del *Homo americanus*, esta vez por razones climáticas y orográficas.

xiv Por dos veces hasta ahora (en este capítulo, y en el 6) usa el autor este recurso pedagógico de resumir lo logrado antes, a comienzos de capítulo. Procedimiento pedagógico que hace pensar si estas lecciones no formaban parte de sus clases de humanidades en el colegio jesuita de Lima.

xv El autor construye muchas frases al modo latino, con el verbo de complemento en infinitivo («haber hombres pasado», «ser de otra suerte»), antepuesto a veces al verbo principal.

xvi La *Medea* de Séneca se escribe hacia el 60 de C., pero la primera *Medea* en el 431 a. de C., de Eurípides: a quien Acosta apoda «el trágico», como a Aristóteles «el Filósofo» y a Virgilio «el Poeta». Parece que Acosta, o el copista, se confunde invirtiendo los términos: desde Eurípides pasaban 2000 años, y desde Séneca 1500.

xvii O'Gorman, 1962 p. 409, recoge un dato bibliográfico interesante, y es que en este capítulo —cuando pertenecía en latín a la obra *De natura Novi Orbis*, como prólogo a su tratado misional de 1589— Acosta ponía una nota en la página 33 que corresponde a este capítulo, indicando «Zarate in sua historia». Es a este autor platónico, pues, a cuya interpretación erudita y peregrina critica veladamente a continuación. Parece que Zárate gozó del asesoramiento del erudito Páez de Castro, conocido colector de códices griegos para la Biblioteca del Escorial. ¿Razón de la brevedad extraña de este capítulo, tal vez amputado de su extensión original?

xviii En el original y sus editores posteriores, el paréntesis ocupaba inclusive desde «hombre» a «discípulo suyo», lo que creo que invalida el sentido correcto. Los guiones los añado yo, como siempre. Todo el párrafo puesto entre guiones parece mejor una nota del autor, que se atreve a mencionar a un autor inglés, Francis Vatebled, censurado por el *Índice de libros prohibidos,* por su crítica a la traducción latina de la Vulgata, igualmente o más aún que R. Estienne.

xix Recuérdese que habla de interpretaciones bíblicas, casi oficiales, avaladas por intérpretes ortodoxos y a veces la propia Inquisición. Algunas de estas interpretaciones que emparentan la Biblia con la conquista de América tenían un indudable componente nacionalista, y cierto afán de legitimar la posesión colonial reciente.

xx Los jesuitas escribían informes anuales a sus superiores en Roma, que en parte se distribuían entre todos los colegios jesuitas, para edificar espiritualmente de los éxitos e informar de novedades exóticas. Este interés creciente de conocer novedades y curiosidades exóticas promovió la decisión de publicarlas periódicamente, e incluso con el tiempo se llegó a publicar series de ellas. A esta literatura se les llamaba «cartas de Indias» en España, y fueron luego en francés muy conocidas como «lettres édifiantes et curieuses». Acosta usa «cartas anuas» de Japón y China para sus informes de estas zonas, incluidos especialmente en los libros V y VI de esta obra.

xxi Aquí veo en Nácar-Colunga que no corresponden los versículos 12-14 (*apud* Mateos y O'Gorman), pues serían más bien los 21-24, pero lo anómalo es que la traducción de N-C no coincide con la de Acosta como la de O'Gorman, que es casi literal. No entiendo cómo pudieron alejarse tanto N-C de Acosta, ni acercarse tanto O'G. (me causa sospecha de uso indirecto del texto Acosta, porque no coinciden los versículos tampoco, sino que parece tomarlo de la mención a versículos en edición, 1792).

xxii «Versión griega de la Biblia, que según una leyenda… había sido realizada en Alejandría por orden de Ptolomeo II (238-246 a. J. C.), por setenta y dos intérpretes judíos… La gran importancia de esta versión estriba en su antigüedad, notablemente superior a la del texto hebreo actual… La Iglesia católica le otorga el mismo reconocimiento oficial que a la Vulgata latina» (Gran Enciclopedia Larousse, s. v. Biblia).

xxiii Observar que la fecha de esta cita en nota (1589) es posterior a la conocida conclusión del libro (a finales de 1588), lo que hace pensar en una adición bibliográfica a última hora: tal vez por conocer que este

personaje firmaría la aprobación de su historia, como realmente ocurrió. Es novedoso también que Acosta mencione la orden religiosa de un autor.

xxiv Nótese la sorprendente seguridad de su exégesis teológica basada en el uso del argumento lingüístico, en una época en que acaban de darse las excarcelaciones de Fr. Luis de León, y otros hebraístas de Salamanca, por cuestionar la traducción latina en la Vulgata, según los textos originales. Para el autor, el resultado final de la interpretación teológica depende de la mayor pericia lingüística, no de la ortodoxia o autoridad preferente.

xxv Creo que es un buen ejercicio de retórica humanista ver en este capítulo cómo desautoriza versiones explicativas sucesivamente, y cómo se carga de razones diversas para concluir —al final— con razones pertenecientes al campo de la lengua, lexicales.

xxvi Esta manera de expresarse el autor, llena de sentido común pero también de ironía y gracia, caracteriza lo mejor de su personalidad literaria. Al mismo tiempo expresa bien las limitaciones y las estrategias en la lógica de un pensador jesuita, en un tiempo contrarreformista.

xxvii Sigue la empresa inicial —meramente peruana— de su tratado misional, de donde traduce al castellano. Aunque ahora, y también ya en el tratado misional cuando se publicó, se dirige a un público general y habla del Nuevo Mundo.

xxviii Obsérvese la mezcla de erudición helénica e ironía, usadas ante una audiencia que valora la verdad testimoniada con la experiencia cercana. Se burla así de tantos otros teólogos que debaten las cosas del Nuevo Mundo con prejuicios, arropados en su erudición humanista.

xxix Usará este argumento frecuentemente más adelante, cuando quiera saber si una cosa era conocida en el nuevo Mundo, antes de la llegada europea. Los filólogos llaman hoy a este método, empleado en la comparación entre lenguas, el «de las palabras-cosas».

xxx Breve muestra de su familiaridad náutica, que mostrará en estos libros.

xxxi «Parece que los chinos conocían la brújula al comienzo de nuestra era. De ellos aprendieron su uso los árabes, que la introdujeron en Europa en el s. XII. En el siglo XV se acopló a la brújula la suspensión Cardan, que le permitiría mantenerse occidental en medio de los vaivenes del barco» (*La Enciclopedia*, *El País,* tomo 3, p. 2135).

xxxii Vuelven a salir argumentos de poblamiento prehistórico meridional, como los comentados en notas XI-XIII. Evidente confusión de huesos humanos (de gigantes) con los grandes animales prehistóricos, que vuelve a salir en el caso de México, en Acosta (*Cf.* libro VII, cap. 3). La versión española se afianza en testimonios indígenas peruanos (cuenta, dicen…), que creían estos huesos sus *pacarinas,* i.e., sus ancestros. *Cf.* para la divulgación de esta opinión europea a Horacio Cappel*, La física sagrada: creencias religiosas y teorías científicas en los orígenes de la geomorfología española. Siglos XVII-XVIII.* Barcelona, Ed. Serbal, 1983.

xxxiii Nótese nuevamente la ironía y estilo intelectual del autor, en temas bíblicos. La embarcación de fieras, en la misma balsa o barco que los hombres, supondría una gran maña y habilidad, suponiendo que fuera posible…

xxxiv Véanse notas XI-XIII de este capítulo. El editor J. Alcina (1987) pone aquí la siguiente nota: «Intuición genial de Acosta que está apuntando a la existencia del Estrecho de Bering mucho antes de que se descubriera». Pero lo notable de este texto, y de toda la obra acostiana, es que el autor desconfía de este estrecho de tierra -no verificado aún, por otro lado- y afirma la existencia más segura del Sur como camino hipotético de acceso. A veces preferimos leer a los autores como profetas de descubrimientos posteriores (aunque sean envueltos en polémicas, como lo es la vía de Bering como única vía de acceso humano al Nuevo Mundo), que como plenos representantes de su propio tiempo. Justamente el mismo J. Alcina defendió antes vías prehistóricas sudamericanas de poblamiento americano

xxxv Justamente llamará a este relato *La Peregrinación del Hermano Lorenzo*, tomado de su boca por el P. Acosta, que se quedó inédito en su tiempo hasta el s. XVII, y que publica el P. Mateos en sus *Obras del P. Acosta*, como «obra menor«. Para otros críticos literarios que lo editaron luego, como José Juan Arrom, se trata de la primera novela americana. Su información será usada en esta obra también, especialmente en el libro IV, *pasim*.

xxxvi Aristófanes escribe en *La Inundación* la historia de Deucalión, que se salva del diluvio general que manda Dios para destruir el mundo. Con él se salvaron en el monte Parnaso un animal de cada especie, y Deucalión se ve obligado a casar unos con otros, por ejemplo, al camello con la elefanta. Pero la terrible situación se salva al informar el mensajero Iris que hay otro reducto animal salvado de las aguas en el monte Atlas. Escena retomada cómicamente por Robert Graves en el capítulo 8 de su *Yo, Claudio.*

(p. 85)

LIBRO SEGUNDO DE LA HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS

Capítulo 1

Que se ha de tratar de la naturaleza de la Equinocial[i]

Estando la mayor parte del Nuevo Mundo que se ha descubierto debajo de la región de en medio del cielo —que es la que los antiguos llaman *Tórrida Zona*, teniéndola por inhabitable— es necesario para saber las cosas de Indias entender la naturaleza y condición de esta región. No me parece a mí que dijeron mal los que afirmaron que el conocimiento de las cosas de Indias dependía principalmente del conocimiento de la Equinocial: porque casi toda la diferencia que tiene un orbe del otro procede de las propiedades de la equinocial.

Y es de notar que todo el espacio que hay entre los dos Trópicos se ha de reducir y examinar —como por regla propia—, por la Línea de en medio, que es la *Equinocial:* llamada así porque, cuando anda el sol por ella, hace en todo el universo mundo iguales noches y días; y también porque los que habitan debajo della gozan todo el año de la propia igualdad de noches y días. En esta línea Equinocial hallamos **(p. 86)** tantas y tan admirables propiedades que, con gran razón, despiertan y avivan los entendimientos para inquirir sus causas, guiándonos no tanto por la doctrina de los antiguos filósofos cuanto por la verdadera razón y cierta experiencia.

Capítulo 2

¿Qué les movió a los antiguos a tener por cosa sin duda que la Tórrida era inhabitable?

Agora, pues, tomando la cosa de[1] sus principios[ii] nadie puede negar lo que clarísimamente vemos: que el sol con llegarse calienta, y con apartarse enfría. Testigos son desto los días y las noches, testigos el invierno y el verano, cuya variación y frío y calor se causa de acercarse o alejarse el sol. Lo segundo, y no menos cierto: cuanto se acerca más el sol y hiere más derechamente con sus rayos, tanto más quema la tierra. Véese[2] claramente esto con el fervor del mediodía y en la fuerza del estío.

De aquí se saca e infiere bien (a lo que parece) que en tanto será una tierra más[3] fría cuanto se apartare[4] más del movimiento del sol. Así experimentamos que las tierras que se allegan más a Septentrión y Norte son tierras más frías; y, al contrario, las que se allegan más al Zodíaco —donde anda el sol— son más calientes. Por este orden excede en ser cálida la Etiopía al África y Berbería, y éstas al Andalucía, y Andalucía a Castilla y a Aragón, y éstas a Vizcaya y Francia. Y cuanto más septentrionales tanto son éstas y las demás provincias menos calientes: y así, por el consiguiente, las que se

[1] = desde.
[2] «Vese» (todos, menos la Príncipe).
[3] "Sin «más» (Alc.).
[4] «aparte» (O'G. y Alc.).

van más llegando al sol y son heridas más derecho con sus rayos sobrepujan en participar más [d]el fervor del sol.

Añaden algunos otra[5] razón para lo mismo, y es el movimiento **(p. 87)** del cielo: que dentro de los trópicos es velocísimo, y cerca de los Polos tardísimo. De donde concluyen que la región que rodea el Zodíaco tiene tres causas para abrasarse de calor: una, la vecindad del sol; otra, herirla derechos sus rayos; la tercera, participar [d]el movimiento más apresurado del cielo.

Cuanto al calor y al frío, lo que está dicho es lo que el[6] sentido y la razón parece que de conformidad afirman. Cuanto a las otras dos cualidades, que son humidad[7] y sequedad, ¿qué diremos? Lo mismo, sin falta, porque la sequedad parece causarla el acercarse el sol, y a[8] la humidad el alejarse el sol: porque la noche, como es más fría que el día, así también es más húmeda. El día, como más caliente, así también más seco. Porque el fuego, así como va cociendo o quemando, así va juntamente enjugando y secando. Considerando, pues, lo que está dicho Aristóteles y los otros filósofos atribuyeron a la región media —que llaman Tórrida— juntamente exceso de calor y de sequedad: y así dijeron que era a maravilla[9] abrasada y seca, y por el consiguiente del todo falta de aguas y de[10] pastos. Y siendo así, forzoso había de ser muy incómoda y contraria a la habitación humana.

Capítulo 3

Que la Tórrida Zona es humidísima, y que en esto se engañaron mucho los antiguos

Siendo, al parecer, todo lo que se ha dicho y propuesto verdadero y cierto y claro, con todo eso[11] lo **(p. 88)** que dello se viene a inferir es muy falso. Porque la región media —que llaman Tórrida— en realidad de verdad la habitan hombres, y la hemos habitado mucho tiempo, y es[12] su habitación muy cómoda y muy apacible. Pues, si es así —y es notorio que de verdades no se pueden seguir falsedades—,[13] siendo falsa la conclusión como lo es, conviene que tornemos atrás por los mismos pasos y miremos atentamente los principios, en donde pudo haber yerro y engaño. Primero diremos cuál sea la verdad, según la experiencia certísima nos la ha mostrado: y después probaremos (aunque es negocio muy arduo)[14] a dar la propia razón, conforme a buena filosofía.[iii]

Era lo postrero que se propuso arriba,[15] que la sequedad tanto es mayor cuanto el sol está más cercano a la tierra. Esto parecía cosa llana y cierta, y no lo es, sino muy falsa: porque nunca hay mayores lluvias y copia* de aguas en la Tórrida Zona que al tiempo que el sol anda encima muy cercano. Es cierto cosa admirable y dignísima de notar que en la Tórrida Zona[16] aquella parte del año es más serena y sin lluvias en que[17] el sol anda más apartado; y al revés, ninguna parte del año es más llena de lluvias y nublados —y nieves, donde ellas caen— que aquella en que el sol anda más cercano y vecino. Los que no han estado en el Nuevo Mundo por ventura[18] ternán[19] esto por increíble; y aún los que han estado, si no han parado mientes en ello, también quizá les parecerá nuevo. Mas los unos y los otros con facilidad se darán por vencidos, en advirtiendo[20] a la experiencia certísima de lo dicho.

En este Pirú —que mira al Polo del Sur, o Antártico— entonces está el sol más lejos cuando está más cerca de Europa: como es en Mayo, Junio, Julio, Agosto, que anda muy cerca al Trópico de Cancro.[21] En estos meses dichos es grande la serenidad del Pirú: no hay lluvias,[iv] no caen nieves, todos los ríos corren muy menguados y algunos se agotan **(p. 89)**.[22] Mas después, pasando el año adelante y acercándose el sol al círculo de Capricornio, comienzan luego* las aguas, lluvias y nieves, y grandes crecientes de los ríos: es a saber, desde Otubre[23] hasta Diciembre. Y cuando volviendo el sol de Capricornio hiere encima de las cabezas en el Pirú, ahí[24] es el furor de los aguaceros y grandes lluvias y muchas nieves; y las avenidas bravas de los ríos, que es al mismo tiempo que reina el mayor calor del año, es a saber desde Enero

5 «otros» (Mat.).
6 «en el» (O'G. y Alc.).
7 «humedad» (todos menos la Príncipe). Lo mismo con derivados (húmedos, humedísimos…).
8 Sin «a» (Mat.)
9 = notablemente.
10 Sin «de» (Mat.).
11 = a pesar de todo. En adelante, añadimos asterisco a este significado.
12 «en» (Mat.).
13 Acosta razona a lo escolástico y aristotélico.
14 Mateos elimina el paréntesis, en todos estos casos.
15 = Cap. 2.
16 «Tórrida-zona» (O'G. y Alc.).
17 = Cuando.
18 = tal vez.
19 «tendrán» (todos, menos la Príncipe).
20 = mirando.
21 «Cáncer» (1792 y 1894).
22 96 (Príncipe).
23 «Octubre» (todos menos la Príncipe).
24 «allí» (O'G. y Alc.).

hasta mediado Marzo. Esto pasa así todos los años en esta provincia[25] del Pirú, sin que haya quien contradiga.

En las regiones que miran al Polo Artico, pasada la Equinocial, acaece entonces todo lo contrario y es por la misma razón. Ora tomemos a Panamá y toda aquella costa, ora la Nueva España[26] ora las Islas de Barlovento —Cuba, Española, Jamaica, San Juan de Puerto Rico—, hallaremos sin falta que desde principio[27] de Noviembre hasta Abril gozan del cielo sereno y claro; y es la causa que el sol, pasando la equinocial hacia el Trópico de Capricornio, se aparta entonces de las dichas regiones más que en otro tiempo del año. Y, por el contrario, en las mismas[28] tierras vienen aguaceros bravos y muchas lluvias cuando el sol se torna hacia ellas y les anda más cerca, que es desde Junio hasta setiembre:[29] porque las hiere más cerca y más derechamente en esos meses. Lo mismo está observado en la India Oriental, y por la relación de las cartas de allá parece ser así.

Así que es la regla general (aunque en algunas partes, por especial, causa padezca excepción)[v] que en la región media —o Tórrida Zona, que todo es uno—, cuando el sol se aleja es el tiempo sereno y hay más humidad: y, conforme al mucho o poco apartarse el sol, así es tener la tierra más o menos copia* de aguas. **(p. 90)**

Capítulo 4

Que fuera de los Trópicos es al revés que en la Tórrida, y así hay más aguas cuando el sol se aparta más

Fuera de los trópicos acaece todo lo contrario, porque las lluvias con los fríos andan juntas, y el calor con la sequedad; en toda Europa es esto muy notorio, y en todo el Mundo Viejo. En todo el Mundo Nuevo pasa de la misma suerte, de lo cual es testigo todo el reino de Chile: el cual, por estar ya fuera del círculo de Capricornio y tener tanta altura[30] como España, pasa por las mismas leyes de invierno y verano. Excepto que el invierno es allá cuando en España verano, y al revés, por mirar al polo contrario; y así en aquella provincia vienen las aguas en gran abundancia juntas con el frío, al tiempo que el sol se aparta más de aquella región, que es desde que comienza abril hasta todo septiembre. El calor y la sequedad vuelve[31] cuando el sol se vuelve[32] acercar allá; finalmente pasa al pie de la letra lo mismo que en Europa. De ahí procede que, así en los fructos[33] de la tierra como en ingenios, es aquella tierra más allegada a la condición de Europa que otra de aquestas Indias.

Lo mismo, por el mismo orden según cuentan, acaece en aquel gran pedazo de tierra que más adelante de la interior Etiopía se va alargando, al modo de punta, hasta el Cabo de Buena Esperanza.[34] Y así dicen ser ésta la verdadera causa de venir en el tiempo de estío las inundaciones del Nilo, de las cuales tanto los antiguos disputaron. Porque aquella región comienza por abril —cuando ya el sol pasa del signo de Aries— a[35] tener aguas de invierno, que lo es ya allí; y estas aguas, que parte proceden de nieves parte de lluvias, van hinchendo[36] aquellas grandes lagunas, de las cua **(p. 91)** les —según la verdadera y cierta geografía—[vi] procede el Nilo; y así van poco a poco ensanchando sus corrientes y, a[l] cabo de tiempo corriendo larguísimo trecho, vienen a inundar a Egipto al tiempo del estío. Que parece cosa contra naturaleza, y es muy conforme a ella; porque al mismo tiempo es estío en Egipto que está al Trópico de Cáncer, y es fino invierno en las fuentes y lagunas del Nilo que están al otro Trópico de Capricornio.

Hay en la América otra inundación muy semejante a ésta del Nilo, y es en el Paraguay —o Río de la Plata, por otro nombre—,[37] el cual cada año —cogiendo infinidad de aguas que se vierten de las sierras del Pirú— sale tan desaforadamente de madre y baña tan poderosamente toda aquella tierra que les es forzoso[38] a los que habitan en ella por aquellos meses pasar su vida en barcos o canoas, dejando las poblaciones de tierra.

[25] = región.
[26] = México.
[27] «principios» (O'G y Alc.).
[28] «mesmas» (Príncipe), excepcionalmente.
[29] «septiembre» (todos menos la Príncipe).

[30] de latitud.
[31] = vuelven.
[32] «a» (todos menos la Príncipe).
[33] «frutos» (todos menos la Príncipe).
[34] Es decir, Sudáfrica, donde hace un clima parecido al Mediterráneo, con sus mismos frutos.
[35] «ha» (Príncipe).
[36] = llenando, de «henchir». «Úsase en Salamanca» *(DRAE).*
[37] En tiempos de Acosta, Paraguay era la parte principal del Río de la Plata poblada por hispanos, que tiene un desarrollo más temprano desde el Alto Perú, o Bolivia, que desde el puerto de Buenos Aires.
[38] «forzo» (Príncipe), corregido en Fe de Erratas.

Capítulo 5

Que dentro de los trópicos las aguas son en el estío, o tiempo de calor; y de la cuenta del verano e invierno

En resolución, en las dos regiones o zonas templadas el verano se concierta con el calor y la sequedad, el invierno se concierta con el frío y humidad. Mas dentro de la Tórrida zona no se conciertan entre sí de ese modo las dichas cualidades; porque al calor siguen[39] las lluvias, al frío (frío llamo[40] falta de calor excesivo) sigue la serenidad. De aquí procede que, siendo verdad que en Europa el invierno se entiende por el frío y por las lluvias, y el verano por el calor y por la serenidad, nuestros españoles en el Pirú y Nueva España —viendo que aquellas dos cualidades no se aparean ni andan juntas, como en Espa **(p. 92)** ña— llaman invierno al tiempo de muchas aguas, y llaman verano al tiempo de pocas o ningunas. En lo cual llanamente se engañan; porque por esta regla dicen que el verano es en la sierra del Pirú desde abril hasta septiembre porque se alzan entonces las aguas, y de septiembre a abril dicen que es invierno porque vuelven las aguas; y así afirman que en la sierra del Pirú es verano al mismo tiempo que en España, e invierno ni más ni menos. Y, cuando el sol anda por el zenit de sus cabezas, entonces creen que es finísimo invierno porque son las mayores lluvias; pero esto es cosa de risa, como de quien habla sin letras.[41]

Porque, así como el día se diferencia de la noche por la presencia del sol y por su ausencia en nuestro hemisferio —según el movimiento del primer móvil,[42] y ésa es la definición del día y de la noche—, así ni más ni menos se diferencia el verano del invierno por la vecindad del sol o por su apartamiento, según el movimiento propio del mismo sol, y ésa es su definición. Luego entonces, en realidad de verdad, es verano cuando el sol está en la suma propincuidad,[43] y entonces invierno cuando está en el sumo apartamiento. A1 apartamiento y allegamiento del sol síguese el calor y el frío o templanza, necesariamente; mas el llover o no llover, que es humidad y sequedad, no se siguen necesariamente. Y así se colige —contra el vulgar parecer de muchos— que en el Pirú el invierno es sereno y sin lluvias, y el verano es lluvioso; y no al revés, como el vulgo piensa, que el invierno es caliente y el verano frío.[vii]

El mismo yerro es poner la diferencia que ponen entre la sierra y los llanos del Pirú. Dicen que cuando en la sierra es verano, en los llanos es invierno: que es abril, mayo, junio, julio, agosto. Porque entonces la sierra goza de tiempo muy sereno y son los soles sin aguaceros, y al mismo tiempo en los llanos hay niebla y [ocurre] la que llaman *garúa*,[44] que es una llovizna o hu **(p. 93)** medad muy mansa, con que se encubre el sol. Mas —como está dicho— verano e invierno por la vecindad o apartamiento del sol se han de determinar; y, siendo así que en todo el Pirú —así en sierra como en llanos— a un mismo tiempo se acerca y aleja el sol, no hay razón para decir que cuando es verano en una parte es en la otra invierno.[viii] Aunque en esto de vocablos no hay para qué debatir, llámenlo como quisieren y digan que es verano cuando no llueve, aunque haga más calor: poco importa. Lo que importa es saber la verdad que está declarada, que no siempre se alzan[45] las aguas con acercarse más el[46] sol, antes en la tórrida zona es ordinario lo contrario.

Capítulo 6

Que la Tórrida tiene gran abundancia de aguas y pastos, por más que Aristóteles lo niegue

Según lo que está dicho, bien se puede entender que la tórrida zona tiene agua, y no es seca. Lo cual es verdad en tanto grado que en muchedumbre y tura[47] de aguas hace ventaja a las otras regiones del mundo; salvo en algunas partes que hay arenales o tierras desiertas y yermas, como también acaece en las otras partes del mundo.

De las aguas del cielo[48] ya se ha mostrado que tiene copia* de lluvias, de nieves, de escarchas: que especialmente abundan en la provincia del Pirú. De las aguas de tierra

39 = ocurren, corresponden.
40 a la.
41 Obsérvese el elitismo propio de letrado.
42 = el sol, en la teoría aristotélica.
43 «Propincuo = allegado, cercano, próximo» *(DRAE).*
44 «gariia» (O'G. y Alc.), aunque éste lo corrige en nota.
45 = ausentan.
46 «al» (Mat.).
47 «dura» (los demás). «turar: durar mucho» (*DRAE*).
48 tropical, por oposición a las aguas de tierra, que trata luego.

—como son ríos, fuentes, arroyos, pozos, charcos, lagunas— no se ha dicho hasta agora nada; pero, siendo ordinario responder las aguas de abajo a las de arriba, bien se deja también entender que las habrá. Hay, pues, tanta abundancia de aguas manantiales que no se hallará que el[49] universo tenga más ríos ni mayores, ni más pantanos y lagos. La mayor parte de la América por esta demasía de aguas no se puede habitar; porque los ríos, con **(p. 94)** los aguaceros de verano, salen bravamente de madre y todo lo desbaratan, y el lodo de los pantanos y atolladeros por infinitas partes no consiente pasarse.[ix]

Por eso, los que moran cerca del Paraguay —de que arriba[50] hecimos[51] mención—, en sintiendo la creciente del río, antes que llegue de avenida[52] se meten en sus canoas y allí ponen su casa y hogar, y por espacio casi de tres meses nadando[53] guarecen sus personas y hatillo. En volviendo a su madre el río, también ellos vuelven a sus moradas, que aún no están del todo enjutas.[54] Es tal la grandeza de este río que, si se juntan en uno el Nilo y Ganges y Eufrates, no le llegan con mucho. Pues ¿qué diremos del río grande de la Magdalena, que entra en la mar entre Sancta Marta y Cartagena, y que con razón le llaman el Río Grande? Cuando navegaba por allí,[x] me admiró ver que diez leguas la mar adentro hacía clarísima señal de sus corrientes, que sin duda toman de ancho dos leguas y más, no pudiéndolas vencer allí las olas e inmensidad del mar Océano.

Mas, hablándose de ríos, con razón pone silencio a todos los demás aquel gran río que unos llaman de las Amazonas, otros Marañón, otros el río de Orellana: al cual hallaron y navegaron los nuestros españoles, y cierto estoy en duda si le llame río o si[55] mar. Corre este río desde las sierras del Pirú, de las cuales coge inmensidad de aguas de lluvias y de ríos, que va recogiendo en sí y pasando los grandes campos y llanadas del Paytití y del Dorado; y de las Amazonas sale en fin al Océano y entra en él casi frontero de las islas Margarita y Trinidad. Pero van tan extendidas sus riberas —especial en el postrer tercio— que hace en medio muchas y grandes islas; y, lo que parece increíble, yendo por medio del río no miran[56] los que miran sino cielo y río; aún cerros muy altos cercanos a sus riberas dicen que se les encubren con la grandeza del río **(p. 95).** La anchura y grandeza tan maravillosa de este río, que justamente se puede llamar «emperador de los ríos», supímosla de buen original: que fué un hermano de nuestra Compañía que siendo mozo le anduvo y navegó todo, hallándose a todos los sucesos de aquella extraña entrada que hizo Pedro de Orsúa, y a los motines y hechos tan peligrosos del perverso Diego de Aguirre, de todos los cuales trabajos y peligros le libró el Señor para hacerle de nuestra Compañía.

Tales, pues, son los ríos que tiene la que llaman tórrida, seca y quemada región a la cual Aristóteles y todos los antiguos tuvieron por pobre y falta de aguas y pastos. Y porque he hecho mención del río Marañón, en razón de mostrar la abundancia de aguas que hay en la Tórrida, paréceme tocar algo de la gran laguna que llaman Titicaca, la cual cae en la provincia del Collao, en medio de ella: entran en este lago más de diez ríos y muy caudales.[57] Tiene un solo desaguadero, y ése no muy grande: aunque a lo que dicen es hondísimo, en el cual no es posible hacer puente por la hondura y anchura del agua ni se pasa en barcas por la furia de la corriente, según dicen. Pásase, con notable artificio propio de indios, por una puente de paja echada sobre la misma agua que por ser materia tan liviana no se hunde, y es pasaje muy seguro y muy fácil. Boja[58] la dicha laguna casi ochenta leguas; el largo[59] será casi de treinta y cinco; el ancho mayor será de quince leguas. Tiene islas, que antiguamente se habitaron y labraron; agora están desiertas.

Cría gran copia* de un género de junco que llaman los indios *totora*, de la cual se sirven para mil cosas: porque es comida para puercos y para caballos y para los mismos hombres, y de ella hacen casa y fuego y barco, y cuanto es menester; tanto hallan los *uros* en su totora. Son estos *uros* tan brutales que ellos mismos no se tienen por hombres.[xi] Cuéntase dellos que, preguntados qué gente eran, res **(p. 96)** pondieron que ellos no eran hombres sino uros; como si fuera[60] otro género de animales. Halláronse pueblos enteros de uros que moraban en la laguna en sus balsas de *totora*, trabadas entre sí y atadas a algún peñasco; y acaecíales levarse[61] de allí y mudarse todo un pueblo a otro sitio, y así —buscando hoy adónde estaban ayer— no hallarse rastro de ellos ni de su pueblo.

Desta laguna, habiendo corrido el desaguadero como cincuenta leguas, se hace otra laguna menor que llaman «de Paria»[62]: y tiene ésta también sus isletas y no se le sabe desaguadero. Piensan muchos que corre por debajo de tierra

[49] resto del.
[50] Cap. 4. Continuará hablando de este río, del Amazonas y la laguna del Titicaca en el próximo libro III.
[51] «hicimos» (todos, menos la Príncipe).
[52] = «Creciente impetuosa de un río o arrollo» (*DRAE, 1*).
[53] = Más bien navegando, en sus canoas.
[54] = enjugadas, secas.
[55] Sin «si» (Mat.).
[56] = ven.
[57] «(Del latin *capitallis*, capital), caudaloso, de mucha agua» (*DRAE,* 1).
[58] = mide de perímetro o contorno.
[59] «lago» (O'G. y Alc.).
[60] = fueran, diríamos hoy.
[61] anclas.
[62] Actualmente lago Poopó.

y que va a dar en el mar del Sur* y traen por consecuencia[63] un brazo de río que se vee[64] entrar en la mar muy cerca, sin saber su origen. Yo antes creo que las aguas de esta laguna se resuelven en la misma con el sol.

Baste esta digresión para que conste cuán sin razón condenaron los antiguos a la región media por falta de aguas, siendo verdad que así del cielo como del suelo tiene copiosísimas aguas.

Capítulo 7

Trátase la razón por qué el sol, fuera de los Trópicos, cuando más dista levanta aguas; y dentro de ellos al revés, cuando está más cerca

Pensando muchas veces con atención de qué causa proceda ser la equinocial tan húmida como he dicho, deshaciendo el engaño[65] de los antiguos, no se me ha ofrecido otra, si no es que la gran fuerza que el sol tiene en ella atrae y levanta grandísima copia* de vapores de todo el Océano, que está allí tan extendido; y juntamente con levantar mucha copia* de vapores, con grandísima presteza los deshace y vuelve en lluvias.

Que **(p. 97)** provengan las lluvias y aguaceros del bravísimo ardor, pruébase por muchas y manifiestas experiencias. La primera es la que ya he dicho, que el llover en ella es al tiempo que los rayos hieren más derechos, y por eso más recios; y cuando el sol ya se aparta y se va templando el calor, no caen lluvias ni aguaceros. Según esto, bien se infiere que la fuerza poderosa del sol es la que allí causa las lluvias. *Item* se ha observado, y es así en el Pirú y en la Nueva España, que por toda la región tórrida los aguaceros y lluvias vienen de ordinario después de medio día, cuando ya los rayos del sol han tomado toda su fuerza; por las mañanas por maravilla[66] llueve, por lo cual los caminantes tienen aviso de salir temprano y procurar para medio día tener hecha su jornada, porque lo tienen por tiempo seguro de mojarse; esto saben bien los que han caminado en aquestas tierras. También dicen algunos pláticos[67] que el mayor golpe de lluvias es cuando la luna está más llena; aunque, por decir verdad, yo no he podido hacer juicio[68] bastante de esto, aunque lo he experimentado algunas veces.

Así que el año y el día y el mes, todo da a entender la verdad dicha: que el exceso de calor en la tórrida causa las lluvias. La misma experiencia enseña lo propio en cosas artificiales: como las alquitaras y alambiques,[69] que sacan aguas[70] de hierbas o flores porque la vehemencia del fuego encerrado levanta arriba copia* de vapores, y luego* apretándolos —por no hallar salida— los vuelve en agua y licor. La misma filosofía[71] pasa en la plata y oro que se saca por azogue: porque, si es el fuego poco y[72] flojo, no se saca casi nada del azogue; si es fuerte, evapora mucho el azogue y topando arriba con lo que llaman «sombrero», luego* se torna en licor[73] y gotea abajo[xii]. Así que la fuerza grande del calor, cuando halla materia aparejada, hace ambos efectos: uno de levantar vapores arriba, otro de derretirlos luego* y volverlos en licor cuan **(p. 98)** do hay estorbo para consumillos y gastallos.[74]

Y, aunque parezcan cosas contrarias que el mismo sol cause las lluvias en la tórrida por estar muy cercano, y el mismo sol las cause fuera de ella por estar apartado —y, aunque parece repugnante lo uno a lo otro—, pero bien mirado no lo es en realidad de verdad; mil efectos naturales proceden de causas contrarias, por el modo diverso.[xiii] Ponemos a secar la ropa mojada al fuego que calienta, y también al aire que enfría; los adobes se secan y cuajan con el sol y con el hielo. El sueño se provoca con ejercicio moderado; si es demasiado y si es muy poco o ninguno, quita el sueño. El fuego, si no le echan leña, se apaga; si le echan demasiada leña, también se apaga; si es proporcionada, sustentáse y crece. Para ver, ni ha de estar la cosa muy cerca de los ojos ni muy lejos; en buena distancia se vee; en demasiada se pierde, y muy cercana tampoco se vee. Si los rayos del sol son muy flacos, no levantan nieblas de los ríos; si son muy recios, tan presto como levantan vapores los deshacen, y así el moderado calor los levanta y los conserva. Por eso comúnmente[75] ni se levantan nieblas de noche ni al medio día, sino a la mañana, cuando va entrando más el sol. A este tono hay otros mil ejemplos de cosas naturales que se

[63] = lo deducen por.
[64] «ve» (todos, menos la Príncipe), en adelante.
[65] «engaños» (Alc.).
[66] = De milagro, rarísimamente.

[67] = «Plática: anticuado, práctica» *(DRAE, 2).* Aquí, prácticos, experimentados, entendidos.
[68] = comprobación de su razón de ser, criterio.
[69] «Alquitara o alambique», es lo mismo, instrumento «para destilar» *(DRAE).*
[70] «agua» (Mat.).
[71] = Lógica, proceso.
[72] Sin «y», cambiando el sentido (Mat.).
[73] «ligor» (Mat.).
[74] «consumirlos y gastarlos» (todos, menos la Príncipe).
[75] «communte» (Príncipe).

ven proceder muchas veces de causas contrarias, por donde no debemos maravillarnos que el sol con su mucha vecindad levante lluvias, y con su mucho apartamiento también las mueva; y que siendo su presencia moderada, ni muy lejos ni muy cerca, no las consienta.

Pero queda todavía gana de inquirir[xiv] por qué razón dentro de la tórrida causa lluvias la mucha vecindad del sol, y fuera de la Tórrida las causa su mucho apartamiento. A cuanto yo alcanzo, la razón es porque fuera de los trópicos en el invierno no tiene tanta fuerza el calor del sol que baste a consumir los **(p. 99)** vapores que se levantan de la tierra y mar; y así, estos vapores se juntan en la región fría del aire en gran copia*, y con el mismo frío se aprietan y espesan, y con esto —como exprimidos o apretados— se vuelven en agua; porque aquel tiempo de invierno el sol está lejos y los días son cortos y las noches largas, lo cual todo hace para que el calor tenga poca fuerza; mas, cuando se va llegando el sol a los que están fuera de los trópicos, que es en tiempo de verano, es ya la fuerza del sol tal que juntamente levanta vapores y consume y gasta, y resuelve los mismos vapores que levanta. Para la fuerza del calor ayuda[76] ser el sol más cercano y los días más largos.

Mas dentro de los Trópicos, en la región tórrida, el apartamiento del sol es igual[77] a la mayor presencia de esotras regiones fuera de ellos, y así por la misma razón no llueve cuando el sol está más remoto en la tórrida, como no llueve cuando está más cercano a las regiones de fuera de ella, porque está en igual distancia y así causa el mismo efecto de serenidad.[78] Mas, cuando en la tórrida llega el sol a la suma fuerza y hiere derecho[79] las cabezas, no hay serenidad ni sequedad —como parecía que había de haber— sino grandes y repentinas lluvias; porque con la fuerza excesiva de su calor, atrae y levanta casi súbito grandísima copia* de vapores de la tierra y mar Océano. Y siendo tanta la copia* de vapores, no los disipando ni derramando el viento, con facilidad se derriten y causan lluvias mal sazonadas:[80] porque la vehemencia excesiva del calor puede levantar de presto tantos vapores, y no puede tan de presto consumirlos y resolverlos; y así, levantados y amontonados con su muchedumbre, se derriten y vuelven en agua.

Lo cual todo se entiende muy bien con un ejemplo manual:[81] cuando se pone a asar un pedazo de puerco **(p. 100)** o de carnero o de ternera, si es mucho el fuego y está muy cerca, vemos que se derrite la grosura y corre y gotea en el suelo; y es la causa, que la gran fuerza del fuego atrae y levanta a aquel humor y vahos de la carne; y, porque es mucha copia*, no puede resolvella[82] y así distila[83] y cae; mas,[84] cuando el fuego es moderado y lo que se asa está en proporcionada distancia, vemos que se asa la carne y no corre ni destila porque el calor va con moderación sacando la humidad, y con la misma la va consumiendo y resolviendo. Por eso los que usan arte de cocina mandan que el fuego sea moderado y lo que se asa no esté muy lejos, ni demasiado de[85] cerca por que no se derrita. Otro ejemplo es en las candelas de cera o sebo: que, si es mucho el pabilo, derrite el sebo o la cera, porque no puede gastar lo que levanta de humor. Mas, si es la llama proporcionada, no se derrite ni cae la cera, porque la llama va gastando lo que va levantando. Ésta, pues (a mi parecer) es la causa por que en la Equinocial y Tórrida la mucha fuerza del calor cause las lluvias, que en otras regiones suele causar la flaqueza del calor.

Capítulo 8

En qué manera se haya de entender lo que se dice de la Tórrida Zona

Siendo así que en las causas naturales y físicas no se ha de pedir regla infalible y matemática sino que lo ordinario y muy común eso es lo que hace regla, conviene entender que en ese propio estilo se ha de tomar lo que vamos diciendo: que en la Tórrida hay más humidad que en esotras regiones, y que en ella llueve cuando el sol anda más cercano, pues esto es así según lo más común y ordinario. Y no por eso negamos las excepciones que la naturaleza quiso dar a la regla dicha, **(p. 101)** haciendo algunas partes de la Tórrida sumamente secas, como de la Etiopía y de gran parte del Pirú lo hemos visto, donde la costa y tierra que llaman «llanos» carece de lluvias y aún de agua de pie, excepto algunos valles que gozan de las aguas que traen los ríos que bajan de las tierras. Todo

76 «a» (O'G. y Alc.).

77 = coincide con, equivale.

78 = sequedad. «sereno, claro, despejado de nubes o nieblas» (*DRAE*).

79 = Cae justamente encima.

80 = precozmente, repentinamente.

81 «Casero, fácil de ejecución» (*DRAE,* 5). Obsérvese la referencia —repetida en Acosta— al ejemplo de las comidas, recurso metafórico con que parece estar más familiarizado.

82 «resolverla» (todos menos la Príncipe).

83 «destila» (todos menos la Príncipe).

84 «cae más» (O'G. y Alc), cambiando totalmente el sentido hasta hacerlo ininteligible. Dos líneas más abajo, «destila».

85 Sin «de» (Mat.).

lo demás son arenales y tierra estéril, donde apenas se hallarán fuentes; y pozos,[86] si algunos hay, son hondísimos.

Qué sea la causa que en estos «llanos» nunca llueve (que es cosa que muchos preguntan) decirse ha en su lugar,[87] queriendo Dios; sólo se pretende agora mostrar que de las reglas naturales hay diversas excepciones. Y así, por ventura, en alguna parte de la Tórrida acaecerá que no llueva estando el sol más cercano sino más distante; aunque hasta agora yo no lo he visto ni sabido. Mas, si la hay, habráse de atribuir a especial cualidad de la tierra, siendo cosa perpetua; mas, si unas veces es así y otras de otra manera, hase de entender que unas cosas a[88] otras se embarazan. Pongamos ejemplo: podrá ser que el sol cause lluvias y el viento las estorbe, o que las haga más copiosas de lo que suelen. Tienen los vientos sus propiedades, y diversos principios con que obran diferentes efectos; y muchas veces contrarios a lo que la razón y curso de tiempo piden. Y pues en todas partes suceden grandes variedades al año, por diversidad de aspectos de los planetas y diferencias de posturas, no será mucho que también acaezca algo de eso en la Tórrida, diferente de lo que hemos platicado della. Mas, en efecto, lo que hemos concluido es verdad cierta y experimentada, que en la región de en medio —que llamamos Tórrida— no hay la sequedad que pensaron los viejos sino mucha humedad, y que las lluvias en ella son cuando el sol anda más cerca. **(p. 102)**

Capítulo 9

Que la Tórrida no es en exceso caliente, sino moderadamente caliente

Hasta aquí se ha dicho de la humidad de la Tórrida Zona; agora es bien decir de las otras dos cualidades, que son calor y frío. Al principio deste tratado dijimos cómo los antiguos entendieron que la Tórrida era seca y caliente, y lo uno y lo otro en mucho exceso. Pero la verdad es que no es así, sino que es húmida y cálida, y su calor por la mayor parte no es excesivo sino templado. Cosa que se tuviera por increíble, si no la hubiéramos asaz experimentado.

Diré lo que me pasó a mí, cuando fui a las Indias. Como había leído lo que los filósofos y poetas encarecen[89] de la Tórrida Zona, estaba persuadido que, cuando llegase a la Equinocial, no había de poder sufrir el calor terrible. Fue tan al revés que, al mismo tiempo que la[90] pasé, sentí tal frío que algunas veces me salía al sol, por abrigar; y era en tiempo que andaba el sol sobre las cabezas derechamente, que es en el signo de Aries, por Marzo. Aquí yo confieso que me reí e hice donaire de los meteoros de Aristóteles, y de su filosofía, viendo que en el lugar y en el tiempo que —conforme a sus reglas— había de arder todo y ser un fuego, yo y todos mis compañeros teníamos frío.

Porque en efecto es así, que no hay en el mundo región más templada ni más apacible que debajo de la Equinocial. Pero hay en ella gran diversidad, y no es en todas partes de un tenor:[91] en parte es la Tórrida Zona muy templada como en Quito y los Llanos del Pirú, en partes muy fría como en Potosí, y en partes es muy caliente como en Etiopía y en el Brasil y en los Malucos. Y siendo esta diversidad cierta y notoria, forzoso hemos de inquirir otra causa de frío y calor, sin los rayos del sol: pues **(p. 103)** acaece en un mismo tiempo del año, [en] lugares que tienen la misma altura y distancia de Polos y Equinocial sentir tanta diversidad que unos se abrasan de calor y otros no se pueden valer de frío, otros se hallan templados con un moderado calor. Platón[92] ponía su tan celebrada isla Atlántida en parte de la Tórrida, pues dice que en cierto tiempo del año tenía al sol encima de sí: con todo eso*, dice de ella que era templada, abundante y rica. Plinio[93] pone a la Taprobana —o Sumatra*, que agora llaman— debajo de la Equinocial, como en efecto lo está: la cual no sólo dice que es rica y próspera sino también muy poblada de gente y de animales. De lo cual se puede entender que, aunque los antiguos tuvieron por intolerable el calor de la Tórrida, pero pudieron advertir que no era tan inhabitable como la hacían. El excelentísimo astrólogo y cosmógrafo Ptolomeo, y el insigne filósofo y médico Avicena atinaron harto mejor, pues ambos sintieron que debajo de la Equinocial había muy apacible habitación.

86 «y pozos;» (Mat.).
87 Ver cap. 3, libro III.
88 «u» (Mat.), con cambio de sentido.

89 = hablan de sus dificultades climáticas, por el calor.
90 «le» (Mat.).
91 = «(Del latín… *tenere*, tener) Constitución u orden firme y estable de una cosa… estilo (DRAE).
92 Platón in *Timeo* et in *Critia (nota del autor).*
93 Plinio: *Historia naturalis* libro 6, cap. 22 *(nota del autor).*

Capítulo 10

Que el calor de la Tórrida se templa con la muchedumbre de lluvias, y con la brevedad de los días

Ser así verdad, como éstos dijeron, después que se halló el Nuevo Mundo quedó averiguado y sin duda. Mas es muy natural, cuando por experiencia se averigua alguna cosa que era fuera de nuestra opinión, querer luego* inquirir y saber la causa de tal secreto. Así deseamos entender por qué la región que tiene al sol más cerca, y sobre sí, no sólo es más templada pero en muchas partes es fría.

Mirándolo agora en común, dos causas son generales para hacer templada aquesta región. La **(p. 104)** una es la que está arriba declarada, de ser región más húmida y sujeta a lluvias. Y no hay duda sino que la lluvia refresca, porque el elemento del agua es de su naturaleza frío; y, aunque el agua por la fuerza del fuego se calienta, pero no deja de templar el ardor que se causara[94] de los rayos del sol puro. Pruébase bien esto por lo que refieren de la Arabia interior: que está abrasadísima del sol porque no tiene lluvias que templen la furia del sol. Las nubes hacen estorbo a los rayos del sol para que no hieran tanto, y las lluvias que dellas proceden también refrescan el aire y la tierra, y la humedecen: por más caliente que parezca el agua que llueve, en fin se bebe y apaga la sed y el ardor, como lo han probado los nuestros[95] habiendo penuria de agua para beber. De suerte que la lluvia de suyo mitiga el calor; y, pues hemos ya asentado que la Tórrida es muy pluviosa, queda probado que en ella misma hay causa para templarse su calor.

A esto añadiré otra causa, que el entenderla bien importa no sólo para la cuestión presente sino para otras muchas; y, por decirlo en pocas palabras, la equinocial —con tener soles más encendidos— ténelos empero más cortos; y así, siendo el espacio del calor del día más breve y menor, no enciende ni abrasa tanto.

Mas conviene que esto se declare, y entienda más. Enseñan los maestros de Esfera,[96] y con mucha verdad, que cuanto es más oblicua y atravesada la subida del Zodíaco en nuestro hemisferio tanto los días y noches son más desiguales; y, al contrario, donde es la Esfera recta y los Signos suben derechos allí los tiempos de noche y día son iguales entre sí. Es también cosa llana que toda región que está entre los dos Trópicos tiene menos desigualdad de días y noches que fuera dellos, y cuanto más se acerca a la Línea tanto es menor la dicha desigualdad. **(p. 105)** Esto, por vista de ojos, lo hemos probado en estas partes. Los de Quito, porque caen debajo de la Línea, en todo el año no tienen día mayor ni menor ni noche tampoco, todo es parejo. Los de Lima, porque distan de la línea casi doce grados, echan de ver alguna diferencia de noches y días; pero muy poca, porque en Diciembre y Enero crecerá el día como una hora, aún no entera. Los de Potosí mucho más tienen de diferencia en invierno y verano, porque están casi debajo del Trópico. Los que están ya del todo fuera de los Trópicos notan más la brevedad de todos los días de invierno, y prolijidad de los de verano, y tanto más cuanto más se desvían de la Línea y se llegan al Polo: y así Germania y Anglia[97] tienen en verano más largos días que en Italia y España.

Siendo esto así, como la Esfera lo enseña y la experiencia clara lo muestra[xv], hase de juntar otra proposición también verdadera: que para todos los efectos naturales es de gran consideración la perseverancia en obrar de su causa eficiente. Esto supuesto, si me preguntan por qué la[98] equinocial no tiene tan recios calores como otras regiones por[99] estío —*exempli gratia*, Andalucía por julio y agosto—, finalmente responderé que la razón es porque los días de verano son más largos en Andalucía, y las noches más cortas; y el día, como es caliente, enciende; la noche es húmeda y fría, y refresca. Y por eso el Pirú no siente tanto calor, porque los días de verano no son tan largos ni las noches son tan cortas, y el calor del día se tiempla[100] mucho con el frescor de la noche. Donde los días son de quince o diez y seis horas, con razón hará más calor que donde son de doce o trece horas, y quedan otras tantas de la noche para refrigerar. Y así, aunque la Tórrida excede en la vecindad del sol, excédenla esotras regiones en la prolijidad del sol. Y es según razón que caliente más un fuego, aunque sea algo menor, si persevera mucho que no otro mayor si **(p. 106)** dura menos: mayormente, interpolándose con frescor. Puestas, pues, en una balanza estas dos propiedades de la Tórrida —de ser más pluviosa al tiempo del mayor calor, y de tener los días más cortos—, quizá parecerá que igualan a otras dos contrarias: que son tener el sol más cercano, y más derecho. A lo menos, que no les reconocerán mucha ventaja.

[94] «causará» (Mat.).
[95] = misioneros jesuitas.
[96] = profesores de geografía física y astronomía.
[97] = Inglaterra.
[98] región.
[99] tiempo de.
[100] «templa» (1792, 1894 y Mat.).

Capítulo 11

Que, fuera de las dichas, hay otras causas de ser la Tórrida templada, y especialmente la vecindad del mar Océano

Mas siendo universales y comunes las dos propiedades que he dicho a toda la región Tórrida, y con todo eso* habiendo partes en ella que son muy cálidas y otras también muy frías, y finalmente no siendo uno el temple de Tórrida y Equinocial sino que un mismo clima aquí es cálido, allí frío, acullá templado —y esto en un mismo tiempo—, por fuerza hemos de buscar otras causas de donde proceda esta tan gran diversidad que se halla en la Tórrida.

Pensando, pues, en esto con cuidado hallo tres causas ciertas y claras, y otra cuarta oculta. Causas claras y ciertas, digo: la primera el Océano, la segunda la postura y sitio de la tierra, la tercera la propiedad y naturaleza de diversos vientos. Fuera de estas tres, que las tengo por manifiestas, sospecho que hay otra cuarta oculta que es propiedad de la misma tierra que se habita, y particular eficacia e influencia de su cielo. Que no basten las causas generales que arriba se han tratado será muy notorio a quien considerare lo que pasa en diversos cabos de la equinocial: Manomotapa[101] y gran parte del reino del Preste Juan están en la Línea o muy cerca, y pasan terribles calores, y la gente que allí nace es toda negra. Y no sólo allí —que es tierra firme, desnuda de mar— sino también en islas **(p. 107)** cercadas de mar acaece lo propio: la isla de Sancto[102] Tomé esta en la Línea, las Islas de Cabo Verde están cerca, y tienen calores furiosos y toda la gente también es negra. Debajo de la misma Línea o muy cerca cae parte del Pirú y parte del Nuevo Reino de Granada, y son tierras muy templadas que casi declinan más a frío que a calor, y la gente que crían es blanca. La tierra del Brasil está en la misma distancia de la Línea que el Pirú, y el Brasil y toda aquella costa es en extremo tierra cálida, con estar sobre la mar del norte*. Estotra costa del Pirú que cae a la mar del sur* es muy templada.

Digo, pues, que quien mirare estas diferencias y quisiere dar razón dellas no podrá contentarse con las[103] generales que se han traído, para declarar cómo puede ser la Tórrida tierra templada. Entre las causas especiales puse la primera la mar, porque sin duda su vecindad ayuda a templar y refrigerar[104] el calor: porque, aunque es salobre su agua, en fin es agua y el agua de suyo fría, y esto es sin duda. Con esto se junta que la profundidad inmensa del mar Océano no da lugar a que el agua se escaliente[105] con el fervor del sol, de la manera que se escalientan las aguas de ríos. Finalmente, como el salitre —con[106] ser de naturaleza de sal— sirve para enfriar el agua, así también vemos por experiencia que el agua de la mar refresca; y así, en algunos puertos como en el del Callao hemos visto poner a enfriar el agua o vino para beber, en frascos o cántaros metidos en la mar.

De todo lo cual se infiere que el Océano tiene, sin duda, propiedad de templar y refrescar del calor demasiado: por eso se siente más calor en tierra que en mar, *caeteris paribus*.[107] Y comúnmente las tierras que gozan[108] marina son más frescas que las apartadas de ella, *caeteris paribus,* como está dicho. Así que, siendo la mayor parte del Nuevo Orbe muy cercana al mar Océano, aunque esté debajo de la Tórrida, con razón diremos que de la mar recibe gran beneficio para templar su calor[xvi] **(p. 108).**

Capítulo 12

Que las tierras más altas son más frías, y qué sea la razón de esto

Pero discurriendo más hallaremos que en la tierra —aunque esté en igual distancia de la mar, y en unos mismos grados— con todo eso* no es igual el calor, sino en una mucho y en otra poco. Qué sea la causa de esto, no hay duda sino que el estar más honda o estar más levantada hace que sea la una caliente y la otra fría. Cosa clara es que

[101] = Reino de la costa oriental africana, cerca de la actual Zimbawe, de nombre coetáneo «Mo.notapa».
[102] «San» (Príncipe, O'G. y Alc.).
[103] causas.
[104] «refriegerar» (O'G. y Alc.).
[105] «calienten» (1792, 1894 y Mat.).
[106] = por.
[107] = Si no cambia todo lo demás.
[108] Brisa.

las cumbres de los montes son más frías que las honduras de los valles: y esto no es sólo por haber mayor repercusión de los rayos del sol en los lugares bajos y cóncavos, aunque esto es mucha causa. Sino que hay otra también, y es que la región del aire que dista más de la tierra y está más alta de cierto es más fría. Hacen prueba suficiente de esto las llanadas del Collao en el Pirú[109] y las de Popayán y las de Nueva España, que sin duda toda aquella es tierra alta, y por eso fría; aunque está cercada de cerros y muy expuesta a los rayos del sol.

Pues, si preguntamos agora por qué los llanos de la costa en el Pirú y en Nueva España es tierra caliente, y los llanos de las sierras del mismo Pirú y Nueva España es tierra fría, por cierto que no veo qué[110] otra razón pueda darse sino porque los unos llanos son de tierra baja, y los otros de tierra alta. El ser la región media del aire más fría que la inferior persuádelo la experiencia, porque cuanto los montes se acercan más a[111] ella tanto más participan de nieve y hielo, y frío perpetuo.

Persuádelo también la razón: porque, si hay esfera de fuego como Aristóteles y los más filósofos ponen, por *antiparistasis*[112/xvii] ha de ser más fría la región media del aire, huyendo a ella el frío: como en los pozos hondos vemos en tiempo de verano. Por eso, los filósofos afirman que las dos regiones extremas del aire —suprema e ínfima— son **(p. 109)** más cálidas, y la media más fría. Y, si esto es así verdad como realmente lo muestra la experiencia, tenemos otra ayuda muy principal para hacer templada la Tórrida: y es ser por la mayor parte tierra muy alta la de las Indias y llena de muchas cumbres de montes, que con su vecindad refrescan las comarcas do caen. Vense en las cumbres que digo perpetua nieve y escarcha, y las aguas hechas un hielo, y aún heladas a veces del todo: y es de suerte el frío que allí hace que quema la hierba, y los hombres y caballos cuando caminan por allí se entorpecen de puro frío. Esto, como he ya[113] dicho, acaece en medio de la Tórrida: y acaece más ordinariamente cuando el sol anda por su zenit.

Así que ser los lugares de sierra más fríos que los de los valles y llanos es cosa muy notoria. Y la causa también lo es harto:[114] que es participar los montes y lugares altos más de la región media del aire, que es frigidísima. Y la causa de ser más fría la región media del aire también está ya dicha, que es lanzar y echar de sí todo el frío la región del aire que está vecina a la ígnea exhalación;[115] que, según Aristóteles, está sobre la esfera del aire. Y así, todo el frío se recoge a la región media del aire por la fuerza de la[116] *Antiparistasis*, que llaman los filósofos.

Tras esto, si me preguntare alguno: «si el aire es cálido y húmedo, como siente Aristóteles[117] y comúnmente dicen, ¿de dónde procede aquel frío que se recoge a la media región del Aire, pues de la Esfera del fuego no puede proceder? Y, si procede del agua y tierra conforme a razón, más fría había de ser la región ínfima que no la de en medio», cierto que, si he de responder verdad, contestaré que esta objeción y argumento me hace tanta dificultad que casi estoy por seguir la opinión de los que reprueban las cualidades «símbolas» y «disímbolas»[118] que pone Aristóteles en los elementos, y dicen que son imaginación. Y así, afirman que el aire es de su natu **(p. 110)** raleza frío y para esto, cierto, traen muchas y grandes pruebas. Y, dejando otras aparte,[119] una es muy notoria: que en medio de[120] caniculares solemos con un ventalle[121] hacernos aires, y hallamos que nos refresca. De suerte que —afirman estos autores— que el calor no es propiedad de elemento alguno sino sólo del fuego, el cual está esparcido y metido en todas las cosas, según que el magno Dionisio enseña.[122]

Pero, agora sea así agora de otra manera (porque no me determino a contradecir a Aristóteles, si no es cosa muy cierta), al fin todos convienen en que la región media del aire es mucho más fría que la inferior, cercana a la tierra, como también la experiencia lo muestra:[123] pues allí se hacen las nieves y el granizo y la escarcha, y los demás indicios de extremo frío. Pues, habiendo de una parte mar [y] de otra tierras altísimas, por bastantes causas se deben éstas tener[124] para refrescar y templar el calor de la media región, que llaman Tórrida.[xviii]

109 = Las *punas*.
110 «que» (Príncipe, Mat.).
111 «de» (O'G. y Al).
112 Era en la terminología aristotélica, manejada por los escolásticos, algo así como la exageración en un ser dado de una cualidad física, en presencia de su contrario.
113 «ya he» (Mat. y las de 1792 y 1894).
114 Notoria.
115 «exalación» (Príncipe, O'G. y Alc.). La zona del aire superior queda cerca del sol.
116 «el» (Mat.).
117 Aristóteles: *Meteorología*, cap. 4 (*nota del autor*).
118 Parece que Aristóteles asocia una cualidad de calor intrínseca a cada elemento simple de la Esfera (cálidos el aire y el fuego, y frías la tierra y el agua).
119 «partes» (Mat.).
120 Calores, en agosto *(DRAE).*
121 = «abanico» (1792, 1894).
122 Dionisio: cap. 15, *De la Jerarquía celeste (nota del autor).*
123 Sin «lo muestra» (O'G. y Alc.).
124 = considerar.

Capítulo 13

Que la principal causa de ser la Tórrida templada son los vientos frescos

Mas la templanza de esta región, principalmente y sobre todo, se debe a la propiedad del viento que en ella corre, que es muy fresco y apacible. Fue providencia del gran Dios Criador de todo que en la región donde el sol se pasea siempre, y con su fuego parece lo había de asolar todo, allí los vientos más ciertos y ordinarios fuesen a maravilla frescos para que con su frescor se templase el ardor del sol. No parece que iban muy fuera de camino los que dijeron que el Paraíso terrestre estaba debajo de la Equinocial, si no les engañara su razón: que para ser aquella región muy templada les parecía **(p. 111)** bastar el ser allí los días y las noches iguales. A cuya opinión otros contradijeron, y el famoso poeta[125] entre ellos, diciendo:

Y aquella parte
está siempre de un sol bravo encendida,
sin que fuego jamás della se aparte.

Y no es la frialdad de la noche tanta que baste por sí sola a moderar y corregir tan bravos ardores del sol. Así que, por beneficio del aire fresco y [a]pacible, recibe la Tórrida tal templanza que —siendo para los antiguos más que horno de fuego— sea para los que agora la habitan más que primavera deleitosa. Y que este negocio consista principalmente en la cualidad del viento pruébase[126] con indicios y razones claras. Vemos en un mismo clima unas tierras y pueblos más calientes que otros, sólo por participar menos del viento que refresca. Y así otras tierras donde no corre viento, o es muy terrestre y abrasado como un buchorno,[127] son tanto fatigadas del calor que estar en ellas es estar en horno encendido. Tales pueblos y tierras hay no pocas en el Brasil, en Etiopía, en el Paraguay, como todos saben.[128]

Y, lo que es más de advertir, no sólo en las tierras sino en las mismas mares se ven estas diferencias clarísimamente. Hay mares que sienten mucho calor, como cuentan del de Mozambique y el de Ormuz, allá en lo oriental; y en lo Occidental el mar de Panamá, que por eso cría Caimanes, y el mar del Brasil. Hay otros mares, y aún en los mismos grados de altura, muy frescos, como es el del Pirú: en el que tuvimos frío, como arriba conté,[129] cuando le navegamos la vez primera; y esto siendo en Marzo, cuando el sol anda por cima.[130] Aquí cierto, donde el cielo y el agua **(p. 112)** son de una misma suerte, no se puede pensar otra cosa de tan gran diferencia sino la propiedad del viento, que o refresca o enciende.

Y, si se advierte bien, en esta consideración del viento —que se ha tocado— podránse satisfacer por ella muchas dudas que con razón ponen muchos, que parecen cosas extrañas y maravillosas. Es a saber, ¿por qué hiriendo el sol en la Tórrida, y particularmente en el Pirú, muy más recio que por caniculares[131] en España, con todo eso* se defienden dél con mucho menor reparo? Tanto que con la cubierta de una estera o de un techo de paja se hallan más reparados del calor que en España con techo de madera, y aún de *bóveda. Item,*[132] ¿por qué en el Pirú las noches de verano no son calientes ni congojosas como en España? *Item*, ¿por qué en las más altas cumbres de la sierra, aún entre montones de nieve, acaece muchas veces hacer calores intolerables? ¿Por qué en toda la provincia del Collao estando a la sombra, por flaca que sea, hace frío, y en saliendo della al sol luego* se siente excesivo calor? *Item*, ¿por qué siendo toda la costa del Pirú llena de arenales muertos, con todo eso* es tan templada? *Item,* ¿por qué distando[133] Potosí de la ciudad de la Plata sólas[134] diez y ocho leguas, y teniendo los mismos grados, hay tan notable diferencia que Potosí es frigidísima, estéril y seca; [y] la Plata, al contrario, es templada y declina a caliente, y es muy apacible y muy fértil tierra?

En efecto, todas estas diferencias y extrañezas, el viento es el que principalmente las causa. Porque, en cesando el beneficio del viento fresco es tan grande el ardor del sol que, aunque sea en medio de nieves, abrasa; [y] en volviendo el frescor del aire, luego* se aplaca todo el calor, por grande que sea. Y donde es ordinario y como morador este viento fresco, no consiente que los humos terrenos y gruesos que exhala la tierra se junten, y causen calor y congoja. Lo cual en Europa es al revés, que **(p. 113)** por estos humos de la tierra —que queda como quemada del sol del día—, son las noches tan calientes y pesadas y[135] congojosas; y así,

125 Virgilio: *Geórgicas* I, 232-233 *(nota del autor).*
126 «pruébese» (O'G. y Alc.).
127 «bochorno» (1792, 1894 y Mat.).
128 Por noticias de misioneros jesuitas.

129 Ver III, 9.
130 «encima» (1792, 1894).
131 «A fines de agosto» *(DRAE).*
132 «Iten» (O'G., Alc.), varias veces.
133 «distancia» (O'G. y Alc.).
134 »solo» (Mat.).
135 «o» (1792, 1894, Mat.).

parece que sale el aire muchas veces como de una boca de horno. Por la misma razón en el Pirú el frescor del viento hace que, en faltando los rayos del sol, con cualquier sombra se sienta fresco. Otrosí, en Europa el tiempo más apacible y suave en el estío es por la mañanica; por la tarde es el más recio y pesado. Mas en el Pirú y en toda la Equinocial es al contrario, que por cesar el viento de la mar por las mañanas, por esto el mayor calor se siente por las mañanas, hasta que viene la «virazón» —que llaman; o marea o viento de mar, que todo es uno—, que comienza a sentirse fresco. De esto tuvimos experiencia larga el tiempo que estuvimos en las islas que dicen de Barlovento, donde nos acaecía sudar muy bien por las mañanas, y al tiempo de medio día sentir buen fresco, por soplar entonces la brisa de ordinario, que es viento apacible y fresco.

Capítulo 14

Que en la región de la Equinocial se vive una vida apacible

Si guiaran su opinión por aquí los que dicen que el paraíso terrenal está debajo de la Equinocial,[136] aún parece que llevaran algún camino. No porque me determine yo a que está allí el paraíso de deleites, que dice la Escritura, pues sería temeridad afirmar eso por cosa cierta. Mas dígolo porque, si algún paraíso se puede decir en la tierra, es donde se goza un temple tan suave y apacible. Porque para la vida humana no hay cosa de igual pesadumbre y pena como tener un cielo y aire contrario, y pesado y enfermo; ni[137] hay cosa más gustosa y **(p. 114)** apacible que gozar del cielo y aire suave, sano y alegre.

Está claro que de los elementos[138] ninguno participamos más a menudo, ni más en lo interior del cuerpo, que el aire. Este rodea nuestros cuerpos, éste nos entra en las mismas entrañas y cada momento visita el corazón, y así le imprime sus propiedades. Si es aire corrupto, en tantico[139] mata; si es saludable, repara las fuerzas. Finalmente, sólo el aire podemos decir que es toda la vida de los hombres. Así que, aunque haya más riquezas[140] y bienes, si el cielo es desabrido y malsano por fuerza se ha de vivir vida penosa y disgustada; mas si el aire y cielo es saludable y alegre y apacible, aunque no haya otra riqueza, da contento y placer.

Mirando la gran templanza y agradable temple de muchas tierras de Indias, donde ni se sabe qué es invierno que apriete con fríos ni estío que congoje con calores, donde con una estera se reparan de cualesquier[141] injurias del tiempo, donde apenas hay que mudar vestido en todo el año. Digo cierto que considerando esto me ha parecido muchas veces, y me lo parece hoy día, que si acabasen los hombres consigo de desenlazarse de los lazos que la codicia les arma y si se desengañasen de pretensiones inútiles y pesadas, sin duda podrían vivir en Indias vida muy desenfadada y agradable. Porque lo que los otros poetas cantan de los Campos Elíseos y de la famosa Tempe,[142] y lo que Platón o cuenta o finge de aquella su isla Atlántida, cierto lo hallarían los hombres en tales tierras, si con generoso corazón quisiesen antes ser señores que no esclavos de su dinero y codicia.

De las cualidades de la Equinocial y del calor y frío, sequedad y lluvias, y de las causas de su templanza bastará lo que se ha hasta aquí[143] disputado. El tratar más en particular de las diversidades de vientos, y aguas **(p. 115)** y tierras; *ítem* de los metales, plantas, y animales que de ahí[144] proceden, de que en Indias hay grandes y maravillosas pruebas, quedará para otros libros. A éste, aunque breve,[145] la dificultad de lo que se ha tratado le hará por ventura parecer prolijo.

Fin del Libro segundo **(p. 116)**

Advertencia al lector[146/xix]

Adviértese al lector que los dos libros precedentes se escribieron en latín estando yo en el Pirú,[xx] y así hablan de las cosas de Indias como de cosas presentes. Después, habiendo venido a España, me pareció traducirlos en vulgar y no quise mudar el modo de hablar que tenían.

136 Vives: libro 13, cap. 21, *Comentario sobre De Civitate Dei*, de S. Agustín *(nota del autor).*
137 «no» (O'G.).
138 = Aire, agua, tierra y fuego.
139 = «poco» (J. Casares), al momento.
140 «riqueza» (Mat.).
141 «cualquier» (Mat.).
142 Pequeño valle bien comunicado en Grecia, lleno de disputas por ello. Sus laureles coronaban a los vencedores olímpicos, y fue cantado por Virgilio en su *Geórgicas*, quedando como sinónimo de lugar bucólico.
143 «hasta aquí se ha» (Mat.).
144 «allí» (O'G. y Alc.).
145 Sólo tiene 14 caps., la mitad que los otros libros, en general (25-31).
146 «Nota del autor» (1792, 1894).

Pero en los cinco libros[147] *siguientes —porque los hice en Europa— fue forzoso mudar el modo de hablar, y así trato en ellos las cosas de Indias como de tierras y cosas ausentes. Porque esta variedad de hablar pudiera con razón ofender al lector, me pareció advertirle de nuevo aquí.*

Notas finales

i Mateos interpreta esta frase como interrogativa, seguramente siguiendo a 1792, a través de 1894. Nosotros la mantenemos como afirmativa, porque es realmente una afirmación prologal de la importancia de la materia para el Nuevo Mundo. Para ello basta observar la primera frase de este capítulo: «Es necesario, para saber las cosas de Indias, entender la naturaleza y condición de esta región».

ii Acosta procede en este libro con un gran uso de razonamientos y principios científicos. Fue profesor de estas materias en el colegio jesuita de Lima.

iii Aquí razona Acosta de un modo que parece «moderno», prefiriendo en orden metódico la experiencia a la opinión: aunque en ello vuelve a ser aristotélico.

iv En Lima y toda la costa, sin embargo, lo poco que llueve es justamente en estos meses. Se refiere más bien a la sierra y selva, o «montaña», aunque el autor lo niega. Véase en cap. siguiente, donde entra en mayores precisiones de lluvias.

v Naturalmente se refiere al Nuevo Mundo, de que trata este libro, y para la que no valen las reglas del Viejo a que se aplica la filosofía natural clásica.

vi En esta creencia se estaba hasta los viajes del s. XIX.

vii Volvemos a reiterar que Acosta se refiere al clima de la sierra, lugar de la población más importante del Perú. Al menos en la costa la humedad, como reconoce a continuación, se da en los meses a partir de junio.

viii Véase la versión diferente sobre este problema en la observación de la doble producción de una higuera en Mala: «En Mala, [a] trece leguas de la ciudad de los Reyes, la mitad de una higuera que está a la banda del sur está verde, y da fruta un tiempo del año, cuando es verano en la sierra; y la otra mitad en otro tiempo diferente, cuando es verano en los llanos. Tanto como esto obra la variedad del temple y aire, que viene de una parte o de otra» (IV, 32).

ix Comentario acerca del predominio húmedo de América, que dará pie a que su «lector» ilustrado, el conde de Buffon, elabore una teoría sobre el Nuevo Mundo tratándolo como continente primitivo, todavía en fase post—diluviana, donde los animales se han desarrollado menos. Véase A. Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900.* Trad. de A. Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed. corregida y aumentada, 1982.

x Justamente en el viaje de venida al Perú, el año 1572, camino de Panamá.

xi Modernos estudios (Catherine Julien), señalan que los incas los consideraban a los uros como «no tributario» (¿no hombres?).

xii Obsérvese la forma artesanal, al mismo tiempo que refinada y analógica, como saca conclusiones generales sobre filosofía natural.

xiii A continuación pondrá numerosos ejemplos de esta ley lógica, que ayudan a resolver el debate de modo experimental, vía metáforas y analogías.

xiv Obsérvese el valor que concede a la mera curiosidad.

xv Obsérvese lo que debieron ser en las clases jesuitas del Renacimiento los contenidos de una clase de Filosofía natural acerca de la esfera terrestre, donde se mezclaban las nociones aristotélicas propias de la escolástica con las nuevas experiencias de los descubrimientos geográficos.

xvi ¡Qué interesante explicación de tipo climática señala el autor por causa de la delgadez de su extensión en longitud terrestre que caracteriza al Nuevo Mundo, frente a la anchura de los continentes del Viejo Mundo!

xvii Etimológicamente procede de «perístasis», referido al medio ambiente que rodea y actúa sobre un ser vivo, y en este caso sería un efecto contrario. Una fuente coetánea se expresa así: «Si preguntamos a los peripatéticos por qué causa la media región del aire es frigidísima, todos responden que, huyendo el frío del gran calor del fuego, se junta y condensa en aquel lugar por vía de antiparistasis» (Huarte de S. Juan, *Examen de ingenios para las ciencias,* 1572). ¿Fuente de este texto de Acosta? Es un neologismo para hacer ver la obsesión del contrario, y así lo especificó el padre Feijóo en 1728: se podría concluir que la antiperístasis es el fenómeno por el que la cualidad de algo se refuerza en presencia de su contrario. Más modernamente se usa con el significado de equilibrio entre efectos deseados y no deseados.

xviii Atención del uso posiblemente «metafórico» con que Acosta introduce la teoría del cielo en la tierra, para la región media.

xix Mateos y O'Gorman ponen este texto en cursiva, como en la príncipe. Debe notarse que en el Proemio al lector también aludió a esta diferencia de tratamiento de las cosas americanas como presentes, desde «Solo resta advertir». En párrafos anteriores del mismo Proemio alude a este hecho también —el de haberlos traducido—, pero dice que fue «usando más de la licencia de autor que de la obligación de intérprete».
Que haya conservado el «presente cercano» en los dos primeros libros significa tal vez también que los haya comenzado a traducir en Perú, o al menos en América, desde donde resultaban presentes al autor. Quizás en México. Tal vez no mudó este rasgo local de la redacción porque ya estaba hecha la traducción, y debía revisarla entera. Para nosotros, esta consciencia reiterada por parte del autor respecto de la ubicación personal por referencia a los hechos es profundamente «literaria», y tiene tal vez que ver tambien con el carácter autobiográfico de los libros de viaje.

xx Efectivamente. los dos libros anteriores salieron publicados en latín *(De natura Novi Orbis)* como prólogo del tratado mision *De Procuranda Indorum salute* (Salamanca, 1588), y fueron redactados hacia 1582.

[147] «Libros cinco» (Príncipe, O'G. y Alc). Mateos cambia a un orden inverso («cinco libros»), como se diría hoy.

(p. 117)

LIBRO TERCERO DE LA HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS

Capítulo 1

Que la historia natural de cosas de las Indias es apacible y deleitosa

Toda historia natural es de suyo agradable; y a quien tiene consideración algo más levantada es también provechosa para alabar al Autor de toda la naturaleza, como vemos que lo hacen los varones sabios y sanctos: mayormente David[1] en diversos salmos donde celebra la excelencia destas obras de Dios, y Job[2] tratando de los secretos del hacedor; y el mismo Señor largamente, respondiendo a Job.

Quien holgare de entender verdaderos hechos desta naturaleza[3] que tan varia y abundante es, terná[4] el gusto que da la historia: y tanto mejor historia cuanto los hechos no son por trazas de hombres sino del Creador. Quien pasare adelante, y llegare a entender las causas naturales de los efectos, terná[5] el ejercicio de buena filosofía. Quien subiere más en su pensamiento, y mirando al sumo y primer artífice de todas estas maravillas gozare de su saber y grandeza, diremos que trata exce **(p. 118)** lente teología.

Así que para muchos buenos motivos puede servir la relación de cosas naturales, aunque la bajeza de muchos gustos suele más[6] ordinario parar en lo menos útil, que es un deseo de saber cosas nuevas: que propiamente llamamos «curiosidad». La relación de cosas naturales de Indias, fuera dese común apetito, tiene otro[7] por ser cosas remotas y que muchas dellas, o las más, no atinaron con ellas los más aventajados maestros desta facultad entre los antiguos.[i]

Si destas cosas naturales de Indias hubiese de escribir copiosamente, y con la especulación que cosas tan notables requieren, no dudo yo que se podría hacer obra que llegase a las de Plinio y Teofrasto y Aristóteles. Mas ni yo hallo en mí ese caudal ni —aunque le tuviera— fuera conforme a mi intento: que no pretendo más de[8] ir apuntando algunas cosas naturales que estando en Indias vi y consideré, o las oí de personas muy fidedignas, y me parece no están en Europa tan comúnmente sabidas. Y así en muchas dellas pasaré sucintamente: o por estar ya escritas por otros o por pedir más especulación de la que yo les he podido dar.

[1] *Salmos* 103 (entero sobre «La gloria de Dios en la creación»), 135 (1, 4 y 5, «Canto dialogado de acción de gracias»), 91 (2, 5-7), 32 (2 y 6, «Himno al Dios poderoso y providente»), 18 (2, «Los cielos narran la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos»), 8 (4, «Gloria de Dios y dignidad del hombre»). Éste es el orden de cita de la Príncipe, que Alc. reordena de menor a mayor. O'Gorman no cita versículos sino los títulos de capítulos, todos ellos alabando al creador por la maravilla de sus obras naturales.

[2] *Job* 28 (20-27), 38 (4-11), 39-41 *(nota del autor)*. La Príncipe cambia el 39 por 93 (pero lo corrige en Fe de erratas), y luego todos lo corrigen. O'Gorman no cita versículos y resume el tema general como «ejemplos bíblicos de la alabanza de que es merecedora la Creación»). *Job,* 28 (20-27, «¿Cuál es el lugar de la inteligencia? Oculta está a los ojos de todos los vivientes… Sólo Dios conoce su camino… y advierte cuanto hay bajo los cielos»), 38 (4-11, ¿Dónde estabas tú cuando fundaba Yo la tierra…¿Sabes tú quién fijó sus dimensiones… mientras a coro cantaban las estrellas del alba…?), 39-41.

[3] = del Nuevo Mundo, en particular.

[4] «tendrá» (todos, menos la Príncipe, O'G. y Alc.).

[5] *Idem.*

[6] de.

[7] interés añadido.

[8] = que.

Capítulo 2

De los vientos y sus diferencias, y propiedades y causas en general

Habiéndose, pues, en los dos libros pasados tratado lo que toca al cielo y habitación[9] de Indias en general, síguese decir de los tres elementos —aire, agua y tierra— y los compuestos de éstos: que son metales y plantas y animales.

Porque del fuego no veo cosa especial en Indias que no sea así en todas partes: si no[10] le pareciese a alguno que el modo de sacar fuego que algunos indios usan —fregando[11] unos palos con otros, y el de cocer en calabazas echando en ellas piedras ardiendo, y o **(p. 119)** tros usos semejantes— eran de consideración, de lo cual anda escrito[12] lo que hay que decir. Mas de los fuegos que hay en volcanes de Indias, que tienen digna consideración, diráse cómodamente cuando se trate de la diversidad de tierras[13] donde esos fuegos y volcanes se hallan.

Así que, comenzando por los vientos, lo primero que digo es que con razón Salomón,[14] entre las cosas de gran ciencia que Dios le había dado, cuenta y estima el saber la fuerza de los vientos y sus propiedades, que son cierto maravillosas. Porque unos son lluviosos, otros secos; unos enfermos y otros sanos, unos calientes y otros fríos, serenos y tormentosos, estériles y fructuosos con otras mil diferencias. Hay vientos que en ciertas regiones corren y son como señores dellas, sin sufrir competencia de sus contrarios. En otras partes andan a veces,[15] ya vencen éstos ya sus contrarios; a veces corren diversos y aún contrarios juntos, y parten[16] el camino entre sí: y acaece ir el uno por lo alto, y el otro por lo bajo. Algunas veces se encuentran reciamente entre sí, que para los que andan en mar es fuerte peligro. Hay vientos que sirven para generación[17] de animales, otros que las[18] destruyen. Corriendo cierto viento se ve en alguna costa llover pulgas, no por manera de encarecer,[19] sino que en efecto cubren el aire y cuajan la playa de la mar; en otras partes llueven sapillos.

Estas y otras diferencias, que se prueban tan ciertas, atribuyen comúnmente a los lugares por do pasan estos vientos: porque dicen que de ellos toman sus cualidades de secos o fríos, o húmedos o cálidos, o enfermos o sanos, y así las demás. Lo cual en parte es verdad y no se puede negar, porque en pocas leguas[20] se ven de un mismo viento notables diversidades. En España —pongo ejemplo— el Solano o Levante es comúnmente cálido y congojoso; en **(p. 120)** Murcia es el más sano y fresco que corre, porque viene por aquellas huertas y vega tan fresca y grande donde se baña; pocas leguas de ahí, en Cartagena, es el mismo viento pesado y malsano. El Ábrego —que llaman los del mar Océano[21] «sur», y los del Mediterráneo «Mezojorno»—[22] comúnmente es lluvioso y molesto: en el mismo pueblo que digo[23] es sano y sereno; Plinio dice que en África llueve con viento del Norte, y el viento de Mediodía es sereno.

Y lo que en estos vientos he dicho por ejemplo, en tan poca distancia, verá quien lo mirare con algún cuidado que se verifica muy muchas veces: que en poco espacio de tierra o mar un mismo viento tiene propiedades muy diferentes, y a veces harto[24] contrarias. De lo cual se arguye bien que el lugar por do pasa le da su cualidad y propiedad. Pero de tal modo esto es verdad que no se puede de ninguna suerte decir que ésta sea toda la causa, ni aún la más principal, de las diversidades y propiedades de los vientos. Porque en una misma región, que toma (pongo por caso) cincuenta leguas en redondo, claramente se percibe que el viento de una parte es cálido y húmedo y de la otra frío y seco, sin que en los lugares por do pasan haya tal diferencia, sino que de suyo se traen consigo esas cualidades los vientos. Y así se les dan sus nombres generales como propios: *verbigratia*, al Septentrión —o Cierzo o Norte (que todo es uno)— ser frío y seco y deshacer nublados; a su contrario el Ábrego —o Leveche, o Sur— todo lo contrario, ser húmedo y cálido y levantar nublados.

Así que, siendo esto general y común, otra causa más universal se ha de buscar para dar razones destos efectos; y no basta decir que el lugar por do pasan los vientos les da

[9] = habitabilidad.
[10] es que.
[11] = «Restregar con fuerza una cosa con otra» (*DRAE,* 1).
[12] = ya se ha escrito.
[13] = Incluirá los temas de volcanes en los capítulos del elemento «tierra», tras tratar del aire y del agua.
[14] *Sabiduría* 7 (*nota del autor)*: 17-20: «Porque Él nos da la ciencia verdadera de las cosas… La naturaleza de los animales y los instintos de las fieras; la fuerza de los vientos y los razonamientos de los hombres; las diferencias de las plantas y las virtudes de las raíces» (N.C.).
[15] = unas veces sí, otras no.
[16] = comparten.
[17] = procreación.
[18] ¿los?
[19] = no lo digo por exagerar. «Aumentar o subir el precio de una cosa» *(DRAE).*
[20] de distancia entre sí.
[21] = los marineros que navegan fuera del Mediterráneo.
[22] = «Mezogiorno», del italiano, «mediodía».
[23] = Cartagena.
[24] = mucho, bastante.

las propiedades que tienen, pues pasando por unos mismos lugares hacen efectos muy conocidamente contrarios. Así que es fuerza confesar que la región del cielo[25] donde soplan les da esas virtudes y **(p. 121)** cualidades. Y así el Cierzo, porque sopla del Norte —que es la región más apartada del Sol—, es de suyo frío. El Ábrego, que sopla del Mediodía, es de suyo caliente: y, porque el calor atrae vapores, es juntamente húmedo y lluvioso; y al revés, el Cierzo[26] seco y sutil, por no dejar cuajar los vapores. Y a este modo se puede discurrir en otros vientos, atribuyendo las propiedades que tiene a las regiones del aire de donde soplan.

Mas, hincando la consideración en esto un poco más, no acaba de satisfacer del todo esta razón. Porque —preguntaré yo— ¿qué hace[27] la región del aire de donde viene el viento, si allí no se halla su cualidad? Quiero decir, en Germania el Ábrego es cálido y lluvioso, y en África el Cierzo, frío y seco: cierto es que, de cualquier región de Germania donde se engendre el Ábrego, ha de ser más fría que cualquiera de África donde se engendra el Cierzo. Pues, ¿por qué razón ha de ser[28] más frío en África el Cierzo que el Ábrego en Germania, siendo verdad que[29] procede de región más cálida?[30] Dirán que viene del Norte, que es frío:[31] no satisface ni es verdad porque, según eso, cuando corre en África el Cierzo había de correr en toda la región hasta el Norte. Y no es así, pues en un mismo tiempo corren Nortes en tierra de menos grados y son fríos, y corren vendavales en tierra de menos grados y son cálidos: y esto es cierto y evidente y cotidiano. Donde, a mi juicio, claramente se infiere que ni basta decir que los lugares por do pasan los vientos les dan sus cualidades, ni tampoco satisface decir que por soplar de diversas regiones del aire tienen esas diferencias; aunque, como he dicho, lo uno y lo otro es verdad, pero es menester más que eso.

Cuál sea la propia y original causa de estas diferencias tan extrañas de vientos, yo no atino a otra sino que el[32] eficiente —y quien produce el viento— ése le da la primera y más original propiedad: porque la materia de que se **(p. 122)** hacen los vientos —que, según Aristóteles y[33] razón, son exhalaciones de los elementos inferiores—, aunque con su diversidad de ser más gruesa o más sutil, más seca o más húmeda, puede causar —y en efecto causa— gran parte desta diversidad, pero tampoco basta, por la misma razón que está tocado.[34] Es a saber, que en una misma región donde los vapores y exhalaciones son de un mismo género, se levantan vientos de operaciones contrarias. Y así, parece se ha de reducir el negocio[35] al eficiente superior y celeste, que ha de ser el Sol y movimiento e influencia de los cielos que de diversas partes mueven e influyen variamente. Y porque estos principios de mover e influir nos son a los hombres tan ocultos, y ellos en sí tan poderosos y eficaces, con gran espíritu de sabiduría dijo el sancto profeta David,[36] entre otras grandezas, del Señor —y lo mismo replicó el profeta Jeremías—:[37] *Qui profert ventos de thesauris suis* —«El que saca los vientos de sus tesoros»—.

Cierto,[38] tesoros son —ocultos y ricos— estos principios que en su eficiencia tiene el Autor de todo: con que, cuando quiere, con suma facilidad saca para castigo o para regalo de los hombres, y envía al viento que quiere. Y no como el otro Eolo,[39] que neciamente fingieron los poetas tener en su cuenta encerrados los vientos como a fieras en jaula. El principio y origen destos vientos no le vemos, ni aún sabemos qué tanto durarán ni[40] dónde procedieron ni hasta dónde llegarán; mas vemos y sabemos de cierto los diferentes efectos que hacen, como nos advirtió la suma verdad y autor de todo, diciendo:[41] *Spiritus ubi vult spira et vocem eius audis, et nescis unde venit aut quo vadit* –«El espíritu, o viento, sopla donde le parece; y bien que sientes su soplo, mas no sabes de dónde procedió ni adónde ha de llegar»—.

Para que entendamos que, entendiendo tan poco[42] en cosa que tan presente y tan cotidiana nos es, no hemos de presumir de comprender lo que tan alto y **(p. 123)** tan oculto es como las causas y motivos del Espíritu Santo; bástanos conocer sus operaciones y efectos, que en su grandeza y pureza se nos descubren bastantemente. Y también

25 desde.
26 es.
27 = ¿cómo influye?
28 —como ocurre realmente—.
29 éste.
30 El cierzo que analiza, aunque procede del Norte, se está midiendo en África, región más cálida.
31 pero eso.
32 factor, motor, causa.
33 la.
34 = ya se ha dicho.
35 = debate.
36 *Salmos* 134 *(nota del autor),* 7: «Él trae la nubes desde los confines de la tierra, Él hace los relámpagos para la lluvia, saca el viento de sus escondrijos» (N.-C.), parece mejor traducción del hebreo que la del propio autor tomada de la Vulgata, «de sus tesoros», que repite O'G. Sin embargo, aquí toma Acosta literalmente el sentido de «tesoros», como se verá.
37 *Jeremías* 10, *(nota del autor),* 13: «A su voz se congregan las aguas en el cielo. Él hace subir las nubes desde los confines de la tierra, hace brillar el rayo entre la lluvia y saca los vientos de sus escondrijos» (N-C).
38 «Ciertos» (O'G. y Alc.).
39 = Dios homérico, que regala a Ulises una vasija donde se encerraban los vientos contrarios a su destino, Ithaca.
40 de.
41 *San Juan* 3 *(nota del autor),* 8: «El viento sopla dondequiera y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo nacido del Espíritu» (N.-C.).
42 «tampoco» (O'G. y Alc.) siguiendo a la Príncipe, pero cambiando el sentido.

bastará haber filosofado[43] esto poco de los vientos en general, y de las causas de sus diferencias y propiedades y operaciones. Que en suma las hemos reducido a tres: es a saber, a los lugares por do pasan, a las regiones de donde soplan y a la virtud celeste movedora y causadora del viento.

Capítulo 3

De algunas propiedades de vientos que corren en el Nuevo Orbe

Cuestión es muy disputada por Aristóteles si el viento Austro —que llamamos Ábrego o Leveche o Sur (que por agora todo es uno)— sopla desde el otro polo Antártico, o solamente de la Equinocial y Mediodía: que, en efecto, es preguntar si aquella cualidad que tiene de ser lluvioso y caliente le permanece, pasada la Equinoccial.[44] Y cierto es bien para dudar: porque, aunque pase la Equinocial, no deja de ser viento Austro o Sur, pues viene de un mismo lado del mundo; como el viento Norte que corre del lado contrario no deja de ser Norte, aunque se pase la Tórrida y la Línea.[45] Y así, parece que ambos vientos han de conservar sus primeras propiedades: el uno de ser caliente y húmedo, y el otro de ser frío y seco; el Austro de causar nublados y lluvias, y el Boreas o Norte de derramarlas y serenar el cielo.

Mas Aristóteles a la contraria opinión se llega más, porque por eso es el Norte en Europa frío: porque viene del Polo, que es región sumamente fría; y el Ábrego al revés es caliente porque viene del Mediodía, que es la región que el Sol más calienta. Pues la misma razón obliga a que los que habitan de la otra parte de la Línea[46] les sea el Austro frío, y el Cierzo o Norte caliente, porque allí el Austro viene del Polo, y el Norte viene del Mediodía. Y aun, que[47] **(p. 124)** parece que ha de ser el Austro o Sur más frío allá que es acá[48] el Cierzo o Norte: porque se tiene por región más fría la del Polo del Sur que la del Polo del Norte, a causa de gastar el Sol siete días del año más hacia el trópico de Cáncer que hacia el de Capricornio, como claramente se ve por los Equinocios y Solsticios que hace en ambos círculos. Con que parece quiso la naturaleza declarar la ventaja y nobleza que esta media parte del mundo que está al Norte tiene sobre la otra media, que está al sur.[ii]

Siendo así, parece concluyente razón para entender que se truecan estas cualidades de los vientos en pasando la Línea. Mas en efecto no pasa así,[49] cuanto yo he podido comprender con la experiencia de algunos años que anduve en aquella parte del mundo, que cae pasada la Línea del Sur. Bien es verdad que el viento Norte no es allá tan generalmente frío y sereno como acá. En algunas partes del Pirú experimentan que el Norte les es enfermo y pesado, como en Lima y en los llanos. Y por toda aquella costa, que corre más de quinientas leguas, tienen al Sur [por] saludable y fresco y, lo que más es, serenísimo: pues con él jamás llueve, todo al contrario de lo que pasa en Europa y desta parte de la Línea. Pero esto de la costa del Pirú no hace regla, antes es excepción y una maravilla de naturaleza: que es nunca llover en aquella costa y siempre correr un viento, sin dar lugar a su contrario; de lo cual se dirá después lo que pareciere.[50]

Agora quedamos con esto: que el[51] Norte no tiene de la otra parte de la Línea[52] las propiedades que el austro tiene de ésta,[53] aunque ambos soplan del Mediodía[54] a regiones opuestas. Porque no es general allá que el Norte sea cálido ni lluvioso, como lo es acá el Austro: como se ve en toda la tierra del Pirú y en Chile, y en la tierra de Congo que está pasada la Línea, y muy dentro en la mar.[55] **(p. 125)** Y en Potosí, el viento que llaman *tomahaui* —que, si no me acuerdo mal, es nuestro Cierzo— es extremadamente seco y frío y desabrido, como por acá. Verdad es que no es por allá tan cierto el disipar las nubes el Norte o Cierzo como acá; antes, si no me engaño, muchas veces llueve con él.

No hay duda sino que de los lugares por do pasan, y de las próximas regiones de donde nacen, se les pega a los vientos tan grande diversidad y efectos contrarios: como cada día se experimentan en mil partes. Pero, hablando en general, para la cualidad de los vientos más se mira en los lados y partes del mundo de donde proceden que no en ser de ésta o de la otra parte de la Línea, como a mi parecer acertadamente lo sintió el Filósofo.[56]

43 = discurrido.
44 = pasada desde el sur hacia el norte.
45 = aunque siga soplando al hallarse al sur.
46 = Hemisferio sur, como se tiene en Perú.
47 Mateos elimina «que», pero acierta en el sentido. La Príncipe y O'Gorman dicen «aunque».
48 = en España, en el hemisferio norte, por oposición a allá, en Pirú.
49 = en, por.
50 Ver el cap. 20 de este libro.
51 viento.
52 = Hemisferio sur.
53 parte al norte de la Línea.
54 = Que no es ahora el sur, en general, sino «la región que más calienta», por oposición a los Polos.
55 = mar adentro, lejos de las costas.
56 = Aristóteles.

Estos vientos capitales, que son Oriente y Poniente, ni acá ni allá tienen tan notorias y universales cualidades como los dos dichos. Pero comúnmente, por acá el Solano o Levante es pesado y malsano, el Poniente o Céfiro es más apacible y sano. En Indias y en toda la Tórrida el viento de Oriente —que llaman «Brisa»— es, al contrario de acá, muy sano y apacible. Del de Poniente no sabré decir cosa cierta ni general, mayormente no corriendo en la Tórrida ese viento sino rarísimas veces. Porque en todo lo que se navega entre los Trópicos es ordinario y regular viento el de la Brisa: lo cual, por ser una de las maravillosas obras de naturaleza, es bien se entienda de raíz cómo pasa.

Capítulo 4

Que en la Tórrida Zona corren siempre brisas, y fuera della vendavales y brisas

No es el camino de mar como el de tierra, que por donde se va por allí se vuelve: «el mismo camino es —dijo el Filósofo— de Atenas a Tebas y de Tebas a **(p. 126)** Atenas». En la mar no es así: por un camino se va y por otro diferente se vuelve. Los primeros descubridores de Indias occidentales, y aún de la oriental, pasaron gran trabajo y dificultad en hallar la derrota cierta para ir, y no menos para volver, hasta que la experiencia —que es la maestra de estos secretos— les enseñó que no era el navegar por el Océano como el ir por el Mediterráneo a Italia, donde se van reconociendo a ida y vuelta unos mismos puertos y cabos, y sólo se espera el favor del aire, que con el tiempo se muda; y aún —cuando esto falta— se valen del remo, y así van y vienen galeras costeando. En el mar Océano en ciertos parajes no hay[57] esperar otro viento: ya se sabe que el que corre ha de correr, más o menos; en fin, el que es bueno para ir no es para volver. Porque, en pasando del Trópico y entrando en la Tórrida, señorean la mar siempre los vientos que vienen del nacimiento del Sol: que perpetuamente soplan, sin que jamás den lugar a que los vientos contrarios por allí prevalezcan, ni aún se sientan.

[57] que.

En donde hay dos cosas maravillosas: una, que en aquella región —que es la mayor de las cinco en que dividen el mundo— reinen vientos de Oriente —que llaman brisas—, sin que los del Poniente o de Mediodía —que llaman vendavales— tengan lugar de correr en ningún tiempo de todo el año. Otra maravilla es que jamás faltan por allí brisas, y en tanto más ciertas son cuanto el paraje es más propincuo* a la Línea: que parece habían de ser allí ordinarias las calmas —por ser la parte del mundo más sujeta al ardor del sol— y es al contrario, que apenas se hallan calmas y la brisa es mucho más fresca y durable. En todo lo que se ha navegado de Indias se ha averiguado ser así.

Ésta, pues, es la causa de ser mucho más breve y más fácil, y aun más segura, la navegación que se hace yendo de España a las Indias Occidentales que la dellas[58] volviendo a España. Salen de Sevi **(p. 127)** lla las flotas, y hasta llegar a las Canarias sienten la mayor dificultad, por ser aquel Golfo de las Yeguas vario y contrastado[59] de varios vientos. Pasadas las Canarias, van bajando hasta entrar en la Tórrida: y hallan luego la brisa y navegan a popa[60] que apenas hay necesidad de tocar[61] a las velas en todo el viaje: por eso llamaron a aquel gran golfo «el golfo de las Damas», por su quietud y apacibilidad. Así llegan hasta las islas Dominica, Guadalupe, Deseada, Marigalante y las otras que están en aquel paraje, que son como arrabales de las tierras de Indias. Allí las flotas se dividen, y las que van a Nueva España echan mano derecha en demanda de la Española: y reconociendo el cabo de San Antón dan consigo en San Juan de Ulúa, sirviéndoles siempre la misma brisa. Las de Tierra Firme[62] toman la izquierda, y van a reconocer la altísima sierra Tairona, y tocan en Cartagena y pasan a Nombre Dios, de donde por tierra se va a Panamá; y de allí por la mar del Sur* al Pirú.

Cuando vuelven las flotas a España hacen su viaje en esta forma: la de Pirú va a reconocer el cabo de San Antón, y en la isla de Cuba se entra a La Habana, que es un muy hermoso puerto de aquella isla. La flota de Nueva España viene también desde la Veracruz, o isla de San Juan de Ulúa, a La Habana: aunque con trabajo porque son ordinarias allí las brisas, que son vientos contrarios. En La Habana, juntas las flotas van la vuelta de[63] España buscando altura fuera de

[58] = Desde ellas.
[59] = contradicho, combatido.
[60] = con viento de popa.
[61] = cambiándolas de orientación.
[62] = Las que van al continente, a Centroamérica o Perú. El camino de ida que hizo el autor fue diverso, pues fue primero a Santo Domingo sin tocar en Nueva España, atravesando luego desde allí el istmo de Panamá para llegar a Perú.
[63] = «Hacia, camino de» *(DRAE).*

los Trópicos,[64] donde ya se hallan vendavales, y con ellos vienen a reconocer las Islas de Azores o Terceras, y de allí a Sevilla.

De suerte que la ida es en poca altura,[65] y siempre menos de veinte grados, que es ya dentro de los trópicos; y la vuelta es fuera dellos, por lo menos en veintiocho o treinta grados. Y es la razón la que se ha dicho: que dentro de los Trópicos reinan siem **(p. 128)** pre vientos de oriente, y son buenos para ir de España a Indias Occidentales, porque es ir de oriente a poniente. Fuera de los Trópicos, que son en veintitrés grados, hállanse vendavales, y tanto más ciertos cuanto se sube a más altura: y son buenos para volver de Indias, porque son vientos de mediodía y poniente y sirven para volver a oriente y norte.

El mismo discurso[66] pasa en las navegaciones que se hacen por el mar del Sur* navegando de la Nueva España o el Pirú a las Filipinas o a la China, y volviendo de las Filipinas o China a la Nueva España. Porque a la ida, como es navegar de oriente a poniente, es fácil y cerca de la Línea se halla siempre viento a popa, que es brisa. El año de 84 salió del Callao de Lima un navío para las Filipinas, y navegó más de mil y setecientas leguas, sin ver tierra; la primera que se reconoció fue la Isla de Luzón adonde iba, y allí tomó puerto, habiendo hecho su viaje en dos meses sin faltarles jamás viento ni tener tormenta. Y fue su derrota[67] casi por debajo de la Línea: porque de Lima —que está a doce grados al Sur— vinieron a Manila, que está casi otros tantos al Norte. La misma felicidad tuvo en la ida al descubrimiento de las Islas que llaman «de Salomón» Alvaro de Mendaña, cuando las descubrió: porque siempre tuvieron viento a popa hasta topar las dichas islas, que deben de distar del Pirú —de donde salieron— como mil leguas, y están en la propria[68] altura al Sur.

La vuelta es como de Indias a España: porque, para hallar vendavales, los que vuelven de las Filipinas o China a México suben a mucha altura hasta ponerse en el paraje de los Japones, y vienen a reconocer las Californias; y por la costa de la Nueva España tornan al puerto de Acapulco, de donde habían salido. De suerte que en esta navegación está también verificado que de oriente a poniente se navega bien dentro de los Trópicos, por reinar vientos **(p. 129)** orientales: y volviendo, de poniente a oriente, se han de buscar los vendavales o ponientes fuera de los trópicos en altura de veintisiete grados arriba.

[64] = O sea, en mares más septentrionales.
[65] de grados latitud norte.
[66] = clave de ruta, recorrido.
[67] = derrotero, ruta, roteiro (portugués).
[68] = misma.

La misma experiencia hacen los portugueses en la navegación a la India, aunque es al revés: porque el ir de Portugal allí es trabajoso, y el volver es más fácil. Porque navegan a la ida de poniente a oriente, y así procuran subirse hasta hallar los «vientos generales», que ellos dicen, que son también de veintisiete grados arriba. A la vuelta reconocen a las[69] Terceras, pero esles más fácil, porque vienen de oriente y sírvenles las brisas o Nordestes.

Finalmente, ya es regla y observación cierta de marineros que dentro de los trópicos reinan los vientos de Levante, y así es fácil navegar al Poniente. Fuera de los Trópicos unos tiempos hay brisas, otros —y lo más ordinario— hay vendavales, y por eso quien navega de poniente a oriente procura salirse de la Tórrida y ponerse en altura de veintisiete grados arriba. Con la cual regla se han ya los hombres atrevido a emprender navegaciones extrañas para partes remotísimas y jamás vistas.

Capítulo 5

De las diferencias de brisas y vendavales, con los demás vientos

Siendo lo que está dicho cosa tan probada y tan universal, no puede dejar de poner gana de inquirir la causa deste secreto: ¿por qué en la Tórrida se navega siempre de oriente a poniente con tanta facilidad, y no al contrario? Que es lo mismo que preguntar: ¿por qué reinan allí las brisas, y no los vendavales?, pues en buena filosofía lo que es perpetuo y uni **(p. 130)** versal y de *per se* (que llaman los filósofos) ha de tener causa propia y de *per se*. Mas, antes de dar en esta cuestión notable, a nuestro parecer será necesario declarar qué entendemos por brisas, y qué por vendavales; y servirá para ésta y para muchas otras cosas en materia de vientos y navegaciones.

Los que usan el arte de navegar cuentan treinta y dos diferencias de vientos: porque, para llevar su proa al puerto que quieren, tienen necesidad de hacer su cuenta muy puntual y lo más distinta y menuda que pueden. Pues, por poco que se eche a un lado o a otro, hacen gran diferencia al cabo de su camino: y no cuentan más de treinta y dos porque

[69] islas.

estas divisiones bastan, y no se podría tener cuenta con más que éstas. Pero en rigor, como ponen treinta y dos, podrían poner sesenta y cuatro, y ciento y veintiocho y doscientos y cincuenta y seis, y finalmente ir multiplicando estas partidas en infinito. Porque, siendo como centro el lugar donde se halla el navío y todo el Hemisferio su circunferencia, ¿quién quita que no puedan salir de ese[70] centro al círculo líneas innumerables? Y tantas[71] partidas se contaran[72] y otras tantas divisiones de vientos, pues de todas partes del Hemisferio viene el viento; y el partille[73] en tantas o tantas[74] es a nuestra consideración,[75] que puede poner las que quisiere.

Mas el buen sentido de los hombres —y conformándose con él también la divina escritura— señala cuatro vientos: que son los principales de todos y como cuatro esquinas del universo, que se fabrican haciendo una cruz con dos líneas, que la una vaya de Polo a Polo y la otra de un Equinocio al otro. Estos son el Norte o Aquilón, y su contrario el Austro o viento que vulgarmente llamamos Mediodía. Y a la otra parte, el Oriente donde sale el Sol y el Poniente donde se pone. Bien que la sagrada escritura[76] nombra otras diferencias de vientos en algunas partes, como el «Euro **(p. 131)** Aquilo», que llaman los del mar Oceáno «Nordeste» y los del mediterráneo «Gregal», de que[77] hace mención en la navegación de san Pablo. Pero las cuatro diferencias solemnes que todo el mundo sabe, ésas celebran las divinas letras, que son como está dicho: Septentrión y Mediodía, y Oriente y Poniente. Mas, porque en el nacimiento del Sol —de donde se nombra el Oriente— se hallan tres diferencias —que son las dos declinaciones mayores que hace y el medio dellas, según lo cual nace en diversos puestos en invierno y verano, y en el medio—, por eso con razón se cuentan otros dos vientos —que son Oriente Estival, y Oriente Hiemal—,[78] y por el consiguiente otros dos Ponientes contrarios a éstos: Estival y Hiemal. Y así resultan ocho vientos en ocho puntos notables del cielo: que son los dos Polos y los dos Equinocios, y los dos Solsticios con los opuestos en el mismo círculo.

De esta suerte resultan ocho diferencias de vientos que son notables, las cuales en diversas carreras de mar y tierra tienen diversos vocablos. Los que navegan el Océano suelen nombrarlos así: al que viene del Polo nuestro llaman «Norte», como al mismo Polo; al que se sigue y sale del Oriente Estival, «Nordeste»; al que sale del Oriente propio y Equinocial, llaman «Leste»; al del Oriente Hiemal, «Sueste»; al del Mediodía o Polo Antártico, «Sur»; al que sale del Océano Hiemal, «Sudueste»; al del Ocaso propio y Equinocial, «Oeste»; al del Ocaso estival, «Norueste». Los demás vientos fabrican entre éstos, y participan de los nombres[79] de aquéllos a que se allegan —como «Nornorueste», «Nornordeste», «Lesnordeste», «Lesueste», «Susueste», «Sudueste», «Osudueste», «Osnorueste»—, que cierto en el mismo modo de nombrarse muestran arte y dan noticias de los lugares de donde proceden los dichos vientos.

En el mar Mediterráneo, aunque siguen la misma arte de contar, nombran diferentemente estos vientos: al norte llaman «Tramon **(p. 132)** tana», a su opuesto el Sur llaman «Mezojorno»* o «Mediodía», al Leste llaman «Levante», al Oeste «Poniente»; y a los que entre éstos cuatro se atraviesan, al Sueste dicen «Jiroque» o «Jaloque», a su opuesto —que es Norueste— llaman «Maestral», al Nordeste llaman «Greco» o «Gregal», y a su contrario el Sudueste llaman «Leveche» —que es «Líbico» o «Áfrico»[80] en latín.

En latín los cuatro cabos son *Septentrio, Auster, Subsolanus* [y] *Favonius*; y los entrepuestos son *Aquilo, Vulturnus, Africus* y *Corus.* Según Plinio,[81] *Vulturnus* y *Eurus* son el mismo viento, que es Sueste o Jaloque; *Favonius*, el mismo que Oeste o Poniente; *Aquilo* y *Boreas*, el mismo que Nornordeste, o Gregal Tramontana; *Africus* y *Lybs,*[82] el mismo que Sudueste o Leveche; *Auster* y *Notus*, el mismo que Sur o Mediodía; *Corus* y *Zefyrus*, el mismo que Norueste o Maestral. Al propio que es Nordeste o Gregal, no le da otro nombre sino F*enicias*.

Otros lo declaran de otra manera, y no es de nuestro intento averiguar al presente los nombres latinos y griegos de los vientos. Agora digamos cuáles de éstos vientos llaman brisas, y cuáles vendavales nuestros marineros del mar Océano de Indias. Es así, que mucho tiempo anduve confuso con estos nombres viéndoles usar destos vocablos muy diferentemente, hasta que percibí bien que más son nombres generales que no especiales de vientos ni partidas. Los que les

[70] «este» (O'G. y Alc.).

[71] = infinitas.

[72] = En caso hipotético de no reducirse a 32, como se hace realmente, por acuerdo de pilotos. Sin embargo, todos ponen «contarán», incluso la Príncipe.

[73] «partirle» (1792 y 1894).

[74] = cuantas.

[75] = arbitrio. Pero los editores del s. XX ponen todos (Mat., Alc. y O'G.) «,a nuestra consideración» (entre comas) lo que cambia el sentido: como si fuera Acosta quien opinase tal división de vientos, y no los pilotos.

[76] *Actos o Hechos de los apóstoles* 27 *(nota del autor)*, 14. = «Mas de pronto se desencadenó sobre ellas un viento impetuoso llamado euroaquilón (NE)» (Nácar-Colunga).

[77] se.

[78] = Invernal.

[79] «hombres» (O'G. y Alc.).

[80] «Africano» (Mat.).

[81] Plinio: *Historia natural* 2, 47; [Aulus] Gell[ius, *Noctes Atticae*] libro 2, c. 22 (O'G. pone luego ¿?) *(nota del autor)*. Aulo Gelio, gramático latino del s. II d.C., en su famosa *Noches áticas*, 2º libro, contiene muchos datos de escritores antiguos, y se plantea inquisiciones penetrantes.

[82] «Libis» (Mat.), «Libs» (O'G.).

sirven para ir a Indias y dan casi a popa llaman brisas, que en efecto comprenden todos los vientos orientales, y sus allegados y cuartas. Los que les sirven para volver de Indias llaman vendavales, que son desde el Sur hasta el Poniente Estival. De manera que hacen como dos cuadrillas de vientos, de cada parte la suya, cuyos caporales[83] son de una parte Nordeste o Gregal, de otra parte Sudueste[84] o Leveche.

Mas es bien saber que, de los ocho vientos o diferencias que contamos, los cinco son de provecho para navegar y **(p. 133)** los tres no: quiero decir que, cuando navega en la mar, una nao puede caminar y hacer el viaje que pretende de cualquiera de cinco partes que corra el viento, aunque no le será igualmente provechoso; mas, corriendo de una de tres,[85] no podrá navegar adonde pretende. Como si va al Sur, con Norte y con Nordeste y con Norueste navegarán, y también con Leste y con Oeste: porque los de los lados igualmente sirven para ir y para venir. Mas corriendo Sur, que es derechamente contrario, no puede navegar al Sur; ni podrá con los otros dos laterales suyos, que son Sueste y Sudueste.

Esto es cosa muy trillada[86] a los que andan por mar, y no había necesidad de ponello[87] aquí sino sólo para significar que los vientos laterales del propio y verdadero oriente, ésos soplan comúnmente en la Tórrida y los llaman brisas. Y los vientos de Mediodía hacia Poniente, que sirven para navegar de Occidente a Oriente, no se hallan comúnmente en la Tórrida; y así, los suben a buscar fuera de los Trópicos, y ésos nombran los marineros de Indias comúnmente vendavales.

Capítulo 6

Qué sea la causa de hallarse siempre viento de Oriente en la Tórrida, para navegar

Digamos agora [a]cerca de la cuestión propuesta: cuál sea la causa de navegarse bien en la Tórrida de oriente a poniente, y no al contrario. Para lo cual se han de presuponer dos fundamentos verdaderos: el uno es que el movimiento del primer móvil[88] —que llaman «rapto» o «diurno»—[89] no sólo lleva tras sí y mueve a los orbes celestes a él inferiores —como cada día lo vemos en el sol, luna y estrellas— sino que también los elementos participan[90] aquel movimiento, en cuanto no son impedidos. **(p. 134)** La tierra no se mueve,[iii] así por su graveza tan grande —con que es inepta para ser movida circularmente— como también porque dista mucho del primer móvil. El elemento del agua tampoco tiene este movimiento diurno porque con la tierra está abrazado y hace una esfera, y la tierra no le consiente moverse circularmente.

Esotros dos elementos —fuego y aire— son más sutiles[91] y más cercanos a los orbes celestes, y así participan[92] su movimiento siendo llevados circularmente como los mismos cuerpos celestes. Del fuego no hay duda si hay esfera suya, como Aristóteles y los demás la ponen. El aire es el que hace a nuestro caso: y que éste se mueva con el movimiento diurno de oriente a poniente es certísimo, por las apariencias de los cometas que clarísimamente se ven mover de oriente a occidente, naciendo y subiendo y encumbrando y bajando, y finalmente dando vuelta a nuestro Hemisferio de la misma manera que las estrellas que vemos mover en el firmamento. Y estando los cometas en la región y esfera del aire —donde se engendran y aparecen y se deshacen— imposible sería moverse circularmente como se mueven, si el movimiento del aire donde está[93] no se moviese con ese propio movimiento. Porque siendo como es materia inflamada, estaríase queda[94] y no andaría alrededor, si la esfera do está estuviese queda; si no es que finjamos que algún ángel o inteligencia anda con el cometa, trayéndole alrededor[iv].

El año de 1577 se vio aquel maravilloso cometa, que levantaba una figura como de plumaje desde el horizonte casi hasta la mitad del cielo, y duró desde primero de noviembre hasta ocho de diciembre. Digo desde primero de noviembre porque, aunque en España se notó y vio a los

83 = primordiales.
84 «Sudeste» (Mat.).
85 De los ocho posibles.
86 = obvia.
87 «ponerlo» (todos menos la Príncipe).

88 «móbil» (Príncipe, O'G. y Alc.).
89 = «Movimiento diurno: el de rotación aparente de la bóveda celeste, de levante a poniente, producido por el verdadero o real de la tierra, de sentido contrario, en el término de un día sidéreo» *(DRAE)*. «Día del primer móvil: día astronómico», es decir día solar *(DRAE)*.
90 de.
91 = pesan menos.
92 de.
93 «están» (Mat.), que creemos más correcto.
94 = quieta. La Príncipe dice «estarse hya queda», fórmula arcaica castellana del tiempo potencial reflexivo (por «estar/ía/se»). Es la única vez en la obra que usa el autor esta fórmula verbal arcaica, que sepamos. 1792 y 1894 leen «se estaría queda» (acertando), Mateos entiende «estaría bien queda» y O'Gorman/Alcina, «estarse ya queda».

nueve de noviembre, según refieren historias de aquel tiempo, pero en el Pirú —donde yo estaba a la sazón— bien **(p. 135)** me acuerdo que le vimos y notamos ocho días antes, por todos ellos.[95] La causa desta diversidad[v] dirán otros: lo que yo agora digo es que en estos cuarenta días que duró advertimos todos —así los que estaban en Europa como los que estábamos entonces en Indias— que se movía cada día con el movimiento universal de oriente a poniente, como la luna y otras estrellas. De donde consta que, siendo su región la esfera del aire, el mismo elemento se movía así.

Advertimos también que ultra[96] de ese movimiento universal tenía otro particular, con que se movía con los planetas de occidente a oriente: porque cada noche estaba más oriental, como lo hace la luna y el sol y la estrella de Venus. Advertimos otrosí que, con otro tercero movimiento particularísimo, se movía en el Zodíaco hacia el Norte: porque a[97] cabo de algunas noches estaba más conjunto[98] a signos septentrionales. Y, por ventura, fue ésta la causa de verse primero este gran cometa de los que estaban más australes, como son los del Pirú. Y después, como con el movimiento tercero que he dicho se llegaba más a los septentrionales, le comenzaron a ver más tarde los de Europa. Pero todos pudieron notar las diferencias de movimiento que he dicho. De modo que se pudo echar bien de ver que llegaba la impresión[99] de diversos cuerpos celestes a la esfera del aire: así, que es negocio[100] sin duda el moverse el aire con el movimiento circular[101] del cielo, de oriente a poniente, que es el presupuesto o fundamento.[102]

El segundo[103] no es menos cierto y notorio. Es a saber: que este movimiento del aire, por las partes que caen debajo de la Equinocial y son propincuas* a ella, es velocísimo, y tanto más cuanto más se acerca a la Equinocial; como, por el consiguiente, tanto es más remiso y tardío este movimiento cuanto más se aleja de la Línea y se acerca a los Polos. La razón desto es manifiesta: porque, siendo la causa eficiente **(p. 136)** deste movimiento el movimiento del cuerpo celeste, forzoso ha de ser más presuroso donde el cuerpo celeste se mueve más velozmente. Y que, en el cielo, la Tórrida tenga más veloz movimiento —y en ella la Línea más que otra parte alguna del cielo— querer mostrarlo sería hacer a los hombres faltos de vista: pues en una rueda es evidente que la circunferencia mayor se mueve más velozmente que la menor, acabando su vuelta grande en el mismo espacio de tiempo que la menor acaba la suya chica.[104]

Destos dos supuestos se sigue la razón por que[105] los que navegan golfos grandes —navegando de oriente a poniente— hallan siempre viento a popa yendo en poca altura, y cuanto más cercanos a la Equinocial tanto más cierto y durable es el viento; y, al contrario, navegando de poniente a oriente siempre hallan viento por proa,[106] y contrario. Porque el movimiento velocísimo de la Equinocial lleva tras sí al elemento del aire como a los demás orbes superiores, y así el aire sigue siempre al movimiento del día yendo de Oriente a Poniente sin jamás variar; y el movimiento del aire veloz y eficaz lleva también tras sí los vahos y exhalaciones que se levantan de la mar, y esto causa ser en aquellas partes y región continuo el viento de brisa, que corre de Levante.

Decía el padre Alonso Sánchez —que es un religioso de nuestra Compañía que anduvo en la India occidental y en la oriental, como hombre tan práctico y tan ingenioso— que el navegar con tan continuo y durable tiempo debajo de la Línea, o cerca della, que le parecía a él que el mismo aire movido del cielo era el que llevaba los navíos, y que no era aquello viento propiamente ni exhalación sino el propio elemento del aire movido del curso diurno del cielo. Traía en confirmación desto que en el golfo de las Damas,[107] y en esotros grandes golfos que se navegan en la Tórrida, es el tiempo uniforme y las velas van con igualdad extraña **(p. 137)** sin ímpetu ninguno, y sin que sea menester mudarlas casi en todo el camino. Y si no fuera aire movido del cielo, alguna vez faltara y algunas se mudara en contrario, y algunas también fuera tormentoso.

Aunque esto está dicho doctamente, no se puede negar que sea también viento y le haya, pues hay vahos y exhalaciones del mar; y vemos manifiestamente que la misma brisa a ratos es más fuerte y a ratos más remisa, tanto que a ratos no se puede llevar velas enteras. Hase pues de entender, y es así la verdad, que el aire movido lleva tras sí los vahos que halla porque su fuerza es grande y no halla resistencia; y por eso es continuo y casi uniforme el viento de oriente a poniente cerca de la Línea, y casi en toda la Tórrida Zona, que es el camino que anda el sol entre los dos círculos de Cáncer y Capricornio.

95 = continuos.
96 «además» (1792, 1894, Mat.).
97 = al.
98 = anexo, cercano.
99 = contagio.
100 = asunto resuelto.
101 Sin «circular» (O'G. y Alc.).
102 de que tratamos.
103 presupuesto.

104 «dicha» (O'G. y Alc.).
105 «porque» (todos).
106 «propa» (O'G. y Alc).
107 A mitad del Atlántico entre África y América, llamado así por la suavidad con que se navega. Ver capítulo 4 de este libro.

Capítulo 7

Por qué causa se hallan más ordinarios vendavales saliendo de la Tórrida, a más altura

Quien considerare lo que está dicho podrá también entender que yendo de Poniente a Oriente, en altura que exceda los Trópicos, es conforme a razón hallar vendavales. Porque, como el movimiento de la Equinocial —tan veloz es— causa que debajo della el aire se mueva siguiendo su movimiento —que es de Oriente a Poniente—, y que lleve tras sí de ordinario los vahos que la mar levanta; así, al revés, los vahos y exhalaciones que de los lados de la Equinocial o Tórrida se levantan —con la repercusión que hacen topando en la corriente de la zona— revuelven casi en contrario y causan los vendavales o Suduestes, tan experimentados[108] por esas partes. Así como vemos que las corrientes de las aguas, si son heridas y sacudidas de otras más recias, vuelven **(p. 138)** casi en contrario, al mismo modo parece acaecer en los vahos y exhalaciones, por donde los vientos se despiertan a unas partes y a otras.

Estos vendavales reinan más ordinariamente en mediana altura de veintisiete grados, aunque no son tan ciertos y regulares como las brisas en poca altura, y la razón lo lleva: porque los vendavales no se causan de movimiento propio y uniforme del cielo, como las brisas cerca de la Línea. Pero son —como he dicho— más ordinarios, y muchas veces furiosos sobremanera y tormentosos.

En pasando a mayor altura, como de cuarenta grados, tampoco hay más certidumbre de vientos en la mar que en la tierra: unas veces son brisas o Nortes, otras son vendavales o Ponientes, y así son las navegaciones más inciertas y peligrosas.

108 = conocidos.

Capítulo 8

De las excepciones que se hallan en la regla ya dicha, y de los vientos y calmas que hay en mar y tierra

Lo que se ha dicho de los vientos que corren de ordinario, dentro y fuera de la Tórrida, se ha de entender en la mar, en los golfos grandes. Porque en tierra es de otra suerte: en la cual se hallan todos vientos, por las grandes desigualdades que tiene de sierras y valles y multitud de ríos y lagos, y diversas facciones de país de donde suben vapores gruesos y varios, y según diversos principios son movidos a unas y otras partes. Así causan diversos vientos, sin que el movimiento del aire causado del cielo pueda prevalecer tanto que siempre los lleve tras sí.

Y no sólo en la tierra sino también en las costas del mar, en la Tórrida se hallan estas diversidades de vientos por la misma causa. Porque hay «terrales» que vienen de tierra, y hay «mareros» que soplan del mar: de ordinario **(p. 139)** los de mar son suaves y sanos, y los de tierra pesados y malsanos, aunque según la diferencia de las costas así es la diversidad que en esto hay. Comúnmente los terrales o terrenos soplan después de medianoche hasta que el sol comienza a encumbrar; los de mar, desde que el Sol va calentando hasta después de ponerse. Por ventura es la causa que la tierra —como materia más gruesa— humea más, ida la llama del sol: como lo hace la leña mal seca, que en apagándose la llama humea más. La mar —como tiene más sutiles* partes— no levanta humos sino cuando la están calentando: como la paja o heno si es poca y no bien seca, que levanta humo cuando la queman, y en cesando la llama cesa el humo. Cualquiera que sea la causa desto, ello es cierto que el viento terral prevalece más con la noche, y el de mar al contrario, más con el día.

Por el mismo modo como en las costas hay vientos contrarios y violentos a veces, y muy tormentosos, acaece haber calmas y muy grandes. En gran golfo, navegando debajo de la Línea, dicen hombres muy expertos que no se acuerdan haber visto calmas, sino que siempre —poco o mucho— se navega: por causa del aire movido del movimiento celeste, que basta a llevar el navío dando como da a popa. Ya dije que en dos mil y setecientas

leguas, siempre debajo o no más lejos de diez o doce grados de la Línea, fue una nao de Lima a Manila por febrero y marzo —que es cuando el sol anda más derecho encima—, y en todo este espacio no hallaron más calma sino viento fresco, y así en dos meses hicieron tan gran viaje. Mas cerca de tierra, en las costas o donde alcanzan los vapores de islas o tierra firme, suele haber muchas y muy crueles calmas, en la Tórrida y fuera della. De la misma manera, los turbiones y aguaceros repentinos y torbellinos y otras pasiones tormentosas del aire son más ciertas y ordinarias en las costas, y donde alcanzan los **(p. 140)** vahos de tierra, que no en el gran golfo: eso entiendo en la Tórrida, porque fuera della así calmas como turbiones también se hallan en alta mar.

No deja con todo eso entre los Trópicos, y en la misma Línea, de haber aguaceros y súbitas lluvias a veces, aunque sea muy adentro en la mar, que se mueven a veces presurosamente en el aire y causan truenos y turbiones; pero esto es mucho más ordinario cerca de tierra, y en la misma tierra. Cuando navegué del Pirú a la Nueva España, advertí que todo el tiempo que fuimos por la costa del Pirú fue el viaje —como siempre suele— fácil y sereno, por el viento Sur que corre allí; y con él se viene a popa la vuelta de*[109] España, y de Nueva España. Cuando atravesamos el golfo,[110] como íbamos muy dentro en la mar y casi debajo de la Línea, fue el tiempo muy apacible y fresco y a popa; en llegando al paraje de Nicaragua y por toda aquella costa tuvimos tiempos contrarios, y muchos nublados y aguaceros, y viento que a veces bramaba horriblemente. Y toda esta navegación fue dentro de la Zona Tórrida, porque de doce grados al Sur —que está Lima— navegamos a diecisiete[111] —que está Guatulco, puerto de Nueva España—. Y creo que los que hubieren tenido cuenta en lo que han navegado dentro de la Tórrida, hallarán poco más o menos lo que está dicho. Y esto baste de la razón general de vientos que reinan en la Tórrida Zona por el mar.

[109] = Hacia, camino de. Se refiere al viaje a España desde México en 1587, y de Perú a México, que hizo el año anterior.

[110] Desde Lima a Centroamérica, se adentran al océano para buscar los vientos favorables. Habla de este viaje en los caps. 16 y 27 de este libro.

[111] al norte del ecuador.

Capítulo 9

De algunos efectos maravillosos de vientos, en partes de Indias

Gran saber sería explicar por menudo los efectos admirables que hacen diversos vientos en diversas partes, y dar razón de tales obras. Hay vientos que naturalmente enturbian el agua de la mar y la ponen verdi **(p. 141)** negra, otros la paran[112] clara como un espejo. Unos alegran de suyo y recrean, otros entristecen y ahogan. Los que crían gusanos de seda tienen gran cuenta con cerrar las ventanas cuando corren esos vendavales, y cuando corren los contrarios las abren, y por cierta[113] experiencia hallan que con los unos se les muere su ganado o desmedra, con los otros se mejora y engorda. Y aún en sí mismo lo probará el que advirtiere[114] en ello: que hacen notables impresiones y mudanzas en la disposición del cuerpo las variedades de vientos que andan, mayormente en las partes afectas o indispuestas, y tanto más cuanto son delicadas. La Escritura[115] llama a un viento «abrasador», y a otro le[116] llama «viento de rocío suave».

Y no es maravilla que en las hierbas y en los animales y hombres se sientan tan notables efectos del viento, pues en el mismo hierro —que es el más duro de los metales— se sienten visiblemente: en diversas partes de Indias vi rejas de hierro molidas y deshechas y que, apretando el hierro entre los dedos, se desmenuzaba como si fuera heno o paja seca; y todo esto causado de sólo el viento, que todo lo gastaba y corrompía sin remedio.[117]

[112] «ponen» (1792, 1894, Mat.). = «poner a uno en estado diferente del que tenía» (*DRAE,* 10).

[113] = segura.

[114] = pensare.

[115] *Éxodo* 10 y 14, *Job* 27, *Jonás* 4, *Oseas* 13 y *Daniel* 3 (*Nota del autor) [Éxodo* 10, 13: «Moisés extendió su bastón sobre Egipto, y el Señor hizo soplar sobre él el viento del este [=solano, *apud* N-C] todo aquel día y aquella noche»] y *Éxodo* 14, 21 «Moisés extendió después su mano sobre el mar, y el Señor, por medio de un recio viento del este [=solano], empujó el mar, dejándolo seco y dividiendo las aguas»). *Job*, 27,21 («El viento del este [=solano] se levanta y se lo lleva, un torbellino le arrastra de su sitio»); *Jonás*, 4,8 («Al salir el sol Dios mandó un viento sofocante del este [=solano], y el sol abrasador caía sobre la cabeza de Jonás…»); *Oseas*, 13,15 («Efraín es fecundo entre las cañas, pero llegará el solano, el viento del Señor se alzará del desierto, secará sus manantiales…»); *Daniel* 3, 50 («hizo soplar en medio del horno como un viento fresco de rocío, y no los tocó en absoluto el fuego»).

[116] «la» (O'G. y Alc.).

[117] Separado del párrafo siguiente solamente por una coma (O'G. y Alc.).

Pero dejando otros efectos grandes y maravillosos, solamente quiero referir dos: uno que, con dar angustias más que de muerte, no empece;[118] otro que, sin sentirse, corta la vida. El marearse los hombres que comienzan a navegar es cosa muy ordinaria y, si —como lo es tanto y tan sabido su poco daño— no se supiera, pensaran los hombres que era aquél el mal de muerte según corta y[119] congoja y aflige el tiempo que dura, con fuertes bascas[120] de estómago y dolor de cabeza y otros mil accidentes molestos. Este tan conocido y usado efecto hace en los hombres la novedad del aire de la mar: porque, aunque es así que el movimiento del navío y sus vaivenes hacen mucho al caso para marearse más o menos, y así mismo la infección y mal olor de co **(p. 142)** sas de naos, pero la propia y radical causa es el aire y vahos del mar. Lo cual extraña tanto el cuerpo y el estómago que no está hecho a ello que se altera y congoja terriblemente, porque el aire en fin es con el que vivimos y respiramos, y le metemos en las mismas entrañas y las bañamos con él. Y así, no hay cosa que más presto ni más poderosamente altere que la mudanza del aire que respiramos, como se ve en los que mueren de peste.

Y que sea el aire de la mar el principal movedor de aquella extraña indisposición y náusea pruébase con muchas experiencias. Una es que, corriendo cierto aire de la mar fuerte, acaece marearse los que están en tierra, como a mí me ha acaecido ya veces.[121] Otra, que cuanto más se entra en mar y se apartan de tierra, más se marean. Otra, que yendo cubiertos de alguna isla,[122] en embocando aire de gruesa mar se siente mucho más aquel accidente. Aunque no se niega que el movimiento y agitación también causa mareamiento, pues vemos que hay hombres que pasando ríos en barcas se marean, y otros que sienten lo mismo andando en carros o carrozas, según son las diversas complexiones de estómagos; como, al contrario, hay otros que por gruesas mares que haga no saben jamás qué es marearse. Pero, en fin, llano y averiguado negocio es que el aire de la mar causa de ordinario ese efecto en los que de nuevo entran en ella.

He querido decir todo esto para declarar un efecto extraño que hace en ciertas tierras de Indias el aire o viento que corre, que es marearse los hombres con él no menos sino mucho más que en la mar. Algunos lo tienen por fábula y otros dicen que es encarecimiento* esto, y diré lo que pasó por mí. Hay en el Pirú una sierra altísima que llaman Pariacaca: yo había oído decir[123] esta mudanza que causaba y[124] iba preparado lo mejor que pude, conforme a los documentos[125] que dan allá los que llaman «baquianos»[126] o prácticos. Y, con toda mi preparación, cuan **(p. 143)** do subí «las escaleras» que llaman —que es lo más alto de aquella sierra— casi súbito me dio una congoja tan mortal que estuve con pensamientos de arrojarme de la cabalgadura al suelo. Y porque, aunque íbamos muchos, cada uno apresuraba el paso sin aguardar compañero por salir presto de aquel mal paraje, sólo me hallé con un indio, al cual le rogué me ayudase a tener[127] en la bestia. Y con esto,[128] luego tantas arcadas y vómitos que pensé dar el alma: porque tras la comida y flemas, cólera y más cólera —y una amarilla y otra verde— llegué a echar sangre de la violencia que el estómago sentía.[vi] Finalmente digo que, si aquello durara, entendiera ser cierto el morir; mas no duró sino obra de tres o cuatro horas, hasta que bajamos bien abajo y llegamos a temple más conveniente: donde todos los compañeros —que serían catorce o quince— estaban muy fatigados. Algunos caminando pedían confesión, pensando realmente morir. Otros se apeaban, y de vómitos y cámaras estaban perdidos: a algunos me dijeron que les había sucedido acabar la vida de aquel accidente. Otro vi yo que se echaba en el suelo y daba gritos, del rabioso dolor que le había causado la pasada de Pariacaca. Pero lo ordinario es no hacer daño de importancia sino aquel fastidio y disgusto penosos, que da mientras dura.[129]

Y no es solamente aquel paso de la sierra Pariacaca el que[130] hace este efecto, sino toda aquella cordillera que corre a la larga más de quinientas leguas, y por do quiera que pase se siente aquella extraña destemplanza; aunque en unas partes más que en otras, y mucho más a los que suben de la costa de la mar a la sierra que no en los que vuelven de la sierra a los llanos. Yo la pasé, fuera de Pariacaca, también por los Lucanas y Soras, y en otra parte por los Collaguas y en otra por los Cabanas:[131] finalmente, por cuatro

118 = «Dañar, ofender, causar perjuicio» *(DRAE).*

119 Sin «y» (1792, 1894, Mat.).

120 = «Ansia, desazón o inquietud que se experimenta en el estómago cuando se quiere vomitar» (*DRAE,* 1), náuseas (Casares).

121 = varias veces.

122 = Cuando temporalmente atravesamos cerca de una isla, que nos da su aire de tierra.

123 = referir, mencionar.

124 «e» (O'G., Alc. y Mat).

125 = «Instrucción que se da a alguien en cualquier materia, y particularmente aviso y consejo para apartarle de obrar mal» (*DRAE,* 1).

126 «*Baquía* (de origen haitiano): Conocimiento práctico de las sendas, atajos, caminos, ríos, etc., de un país» *(DRAE).*

127 = mantenerme subido.

128 = aun así, padecía.

129 Solamente separado por una coma (O'G. y Alc.).

130 «me» (O'G. y Alc.).

131 Son diversos pasos de la cordillera central de alta montaña del sur peruano que toman su nombre de sus habitantes cercanos (Lucanas, Soras, Collaguas y Cabanas), como es común en la toponimia andina: de ahí el artículo «los».

partes diferentes en diversas idas y venidas, y siempre en aquel paraje sentí la alteración y mareamiento que he dicho, aunque en ninguna tanto como en la **(p. 144)** primera vez de Pariacaca. La misma experiencia tienen los demás que la han probado.

Que la causa desta destemplanza y alteración tan extraña sea el viento o aire que allí reina no hay duda ninguna, porque todo el remedio (y lo es muy grande) que hallan es en taparse cuanto pueden los oídos y narices y boca, y abrigarse de ropa: especialmente el estómago. Porque el aire es tan sutil y penetrativo que pasa las entrañas, y no sólo los hombres sienten aquella congoja pero también las bestias: que a veces se encalman[132] de suerte que no hay espuelas que basten a movellas.[133] Tengo para mí que aquel paraje es uno de los lugares de la tierra que hay en el mundo más alto, porque es cosa inmensa lo que se sube: que, a mi parecer, los puertos nevados de España y los Pirineos y Alpes de Italia son como casas ordinarias respecto de torres altas. Y así, me persuado que el elemento del aire está allí tan sutil y delicado que no se proporciona a la respiración humana, que le requiere más grueso y más templado: y ésa creo es la causa de alterar tan fuertemente el estómago, y descomponer todo el sujeto.[vii]

Los puertos nevados o sierras de Europa que yo he visto, bien que tienen aire frío que da pena y obliga a abrigarse muy bien, pero ese frío no quita la gana del comer, antes la provoca; ni causa vómitos ni arcadas en el estómago, sino dolor en los pies o manos. Finalmente, es exterior su operación; mas el de Indias que digo, sin dar pena a manos ni pies ni parte exterior, revuelve las entrañas. Y lo que es más de admirar, acaece haber muy gentiles[134] soles y calor en el mismo paraje: por donde me persuado que el daño se recibe de la cualidad del aire que se aspira y respira, por ser sutilísimo y delicadísimo y su frío no tanto sensible como penetrativo.

De ordinario es despoblada aquella cordillera, sin pueblos ni habitación* humana; que, aún para los pasajeros, apenas hay *tambos* o chozas donde guarecerse de no **(p. 145)** che. Tampoco se crían animales, buenos ni malos; si no[135] son vicuñas, cuya propiedad es extraña, como se dirá en su lugar.[136] Está muchas veces la hierba quemada y negra del aire que digo. Dura el despoblado de veinte a treinta leguas de traviesa, y en lo largo —como he dicho— corre más de quinientas.

Hay otros despoblados o desiertos o páramos que llaman en el Pirú *punas* (porque vengamos a lo segundo que prometimos),[137] donde la cualidad del aire sin sentir corta los cuerpos y vidas humanas. En tiempos pasados caminaban los españoles del Pirú al reino de Chile por la sierra, agora se va de ordinario por mar y algunas veces por la costa: que, aunque es trabajoso y molestísimo camino, no tiene el peligro que el otro camino de la sierra. En el cual hay unas llanadas[138] donde, al pasar, perecieron muchos hombres y otros escaparon con gran ventura, pero algunos dellos mancos o lisiados. Da allí un airecillo no recio y penetra de suerte que caen muertos casi sin sentirlo, o se les caen cortados —de los pies y manos— dedos, que es cosa que parece fabulosa y no lo es, sino verdadera historia.

Yo conocí y traté mucho al general Jerónimo Castilla, antiguo poblador del Cuzco, al que le faltaban tres o cuatro dedos de los pies que, pasando por aquel despoblado a Chile, se le cayeron: porque, penetrados de aquel airecillo, cuando los fue a mirar estaban muertos; y, como se cae una manzana anublada[139] del árbol, se cayeron ellos mismos sin dar dolor ni pesadumbre. Refería el sobredicho capitán que, de un buen ejército que había pasado los años antes después de descubierto aquel reino por Almagro, gran parte había quedado allí muerta; y que vio los cuerpos tendidos por allí, y sin ningún olor malo ni corrupción. Y aún añadía otra cosa extraña: que hallaron vivo un muchacho y, preguntado cómo había vivido, dijo que escondiéndose en no sé qué chocilla, de donde salía a cortar con un **(p. 146)** cuchillejo de la carne de un rocín muerto; y así se había sustentado largo tiempo, y que no sé cuantos compañeros que se mantenían de aquella suerte ya se habían acabado todos, cayéndose un día uno y otro día otro amortecidos; y que él no quería ya sino acabar allí como los demás, porque no sentía[140] en sí disposición para ir a parte ninguna ni gustar de nada.

La misma relación oí a otros, y entre ellos a uno que era de la Compañía[141] y siendo seglar había pasado por allí. Cosa maravillosa es la cualidad de aquel aire frío para matar y, juntamente, para conservar los cuerpos muertos sin corrupción. Lo mismo me refirió un religioso grave, dominico y perlado de su orden, que lo había visto pasando por aquellos despoblados; y aún me contó que, siéndole forzoso

132 = «Sofocarse o enfermar las caballerías por exceso de calor o trabajo» (*DRAE,* 4).
133 «moverlas» (1792, 1894, O'G. y Alc.).
134 = «Notable» (*DRAE,* 3).
135 «sino» (Príncipe, O'G. y Alc.), con cambio de sentido.
136 Libro IV, cap. 40.

137 Sin paréntesis (1792, Mat.). Recuérdese que prometió hablar de dos efectos del aire de alta montaña: «Uno que, con dar angustias más que de muerte, no empece; otro que, sin sentirse, corta la vida».
138 «llamadas» (O'G. y Alc.).
139 = «Marchitar o poner mustias y secas las plantas o alguna parte de ellas» *(DRAE,* 3).
140 «sentían» (O'G. y Alc.).
141 de Jesús.

hacer noche allí para ampararse del vientecillo que digo que corre en aquel paraje tan mortal, no hallando otra cosa a manos juntó cuantidad de aquellos cuerpos muertos que había alrededor, y[142] hizo dellos una como paredilla por cabecera de su cama y así durmió, dándole la vida los muertos[viii]. Sin duda, es un género de frío aquel tan penetrativo que apaga el calor vital, y corta su influencia; y, por ser juntamente sequísimo, no corrompe ni pudre los cuerpos muertos porque la corrupción procede de calor y humedad.

Cuanto a otro género de aire que se siente sonar debajo de la tierra y causa temblores y terremotos —más en Indias que en otras partes— decirse ha cuando se trate de las cualidades de la tierra de Indias.[143] Por agora contentarnos hemos con lo dicho de los vientos y aires, y pasaremos a lo que se ofrece considerar del agua.

Capítulo 10

Del Océano que rodea las Indias, y de la mar del norte* y del sur*

(p. 147) En materia de aguas el principado[144] tiene el gran mar Océano, por el cual se descubrieron las Indias y todas sus tierras están rodeadas dél: porque o son islas del mar Océano o tierra firme que también —por donde quiera que fenece y se acaba— se parte con el mismo océano. No se ha hasta agora en el Nuevo Orbe descubierto mar mediterráneo, como le tienen Europa, Asia y África: en las cuales entran unos brazos de aquel inmenso mar y hacen mares distintos, tomando los nombres de las provincias y tierras que bañan; y casi todos estos mares mediterráneos se continúan entre sí y, al cabo, con el mismo Océano en el Estrecho de Gibraltar que los antiguos nombraron «columnas de Hércules». Aunque el mar Rojo, desasido de esotros mediterráneos, por sí se entra en el Océano Indico; y el mar Caspio con ninguno se junta.[ix]

Mas en Indias —como digo— ningún mar se halla sino el Océano, y éste dividen en dos: uno que llaman Mar del norte*, otro Mar del Sur*. Porque la tierra de Indias occidentales que fue descubierta primero por el Océano que llega a España, toda está puesta al Norte[x]. Y por esa tierra vinieron a descubrir mar de la otra parte della, la cual llamaron «del Sur» porque por ella bajaron hasta pasar la Línea; y perdido el Norte o Polo Artico, descubrieron el Polo Antártico, que llaman Sur. Y de ahí quedó nombrar «mar del Sur*» a todo aquel océano que está de la otra parte de las Indias occidentales, aunque sea grandísima parte dél puesta al Norte, como lo está toda la costa de la Nueva España y de Nicaragua y de Guatemala y de Panamá. El primer descubridor deste mar del Sur*[145] dice haber sido un Blasco Núñez de Balboa: descubrióse por lo que[146] agora llaman Tierra Firme, en donde se estrecha la tierra lo sumo.

Y los dos mares se allegan tanto uno al otro que no distan más de siete leguas: porque, aunque se andan dieciocho de Nombre de Dios a Panamá, es rodeando y **(p. 148)** buscando la comodidad del camino; mas tirando por recta línea no dista más de lo dicho un mar del otro. Han platicado algunos de romper este camino de siete leguas, y juntar el un mar con el otro para hacer cómodo el pasaje al Pirú, en el cual dan más costa y trabajo dieciocho leguas de tierra que hay entre Nombre de Dios y Panamá que dos mil y trescientas que hay de mar.[xi] A esta plática no falta quien diga que sería anegar la tierra, porque quieren decir que el un mar está más bajo que el otro: como en tiempos pasados se halla por las historias haberse dejado de continuar por la misma consideración el mar Rojo con el Nilo en tiempo del rey Sesostris, y después del Imperio Otomano.[147] Mas para mí tengo por cosa vana tal pretensión, aunque no hubiese el inconveniente que dicen, el cual yo no tengo por cierto: pero eslo para mí que ningún poder humano bastará a derribar el monte fortísimo e impenetrable que Dios puso entre los dos mares, de montes y peñas durísimas que bastan a sustentar la furia de ambos mares. Y cuando fuese a hombres posible, sería a mi parecer muy justo temer del castigo del cielo querer enmendar las obras que el hacedor con sumo acuerdo y providencia ordenó en la fábrica deste universo.

Cesando, pues, deste cuidado de abrir la tierra y unir los mares, hubo otro menos temerario pero bien difícil y peligroso de inquirir: si estos dos grandes abismos se juntaban en alguna parte del mundo. Y ésta fue la empresa de Fernando de Magallanes, caballero portugués cuya osadía y constancia grande en inquirir este secreto y no menos feliz suceso en hallarle con eterna memoria puso nombre al estrecho: que con razón, por su inventor se llama de Magallanes. Del cual, como de una de las grandes maravillas del

[142] «e» (1792, 1894, O'G y Alc.).
[143] Caps. 24-26 de este libro.
[144] lo.
[145] se.
[146] = donde. Se refiere a Panamá.
[147] Heródoto: II, 158; Paulo Jovio, *Historia (nota del autor).*

mundo trataremos un poco. El Estrecho, pues, que en la mar del Sur* halló Magallanes creyeron algunos o que no lo había o[148] se había ya cerrado, **(p. 149)** como don Alonso de Ercilla[149] escribe en su *Araucana*; y hoy día hay quien diga que no hay tal estrecho sino que son islas entre la mar, porque lo que es tierra firme se acaba allí y el resto es todo islas: y al cabo dellas se junta el un mar con el otro amplísimamente, o por mejor decir se es todo un mismo mar.

Pero de cierto consta haber el Estrecho y tierra larguísima a la una banda y a la otra, aunque la que está de la otra parte del Estrecho al Sur no se sabe hasta dónde llegue. Después de Magallanes pasó el Estrecho una nao del obispo de Palencia don Gutierre Carvajal, cuyo mástil dicen[150] que está en Lima a la entrada de palacio. De la banda del Sur se fue después a descubrir, por orden de don García de Mendoza —que entonces tenía el gobierno de Chile—, y así le halló y pasó el Capitán Ladrillero, cuya relación notable yo leí.[xii] Aunque dice no haberse atrevido a desembocar el estrecho[xiii] sino que, habiendo ya reconocido la mar del norte*, dio la vuelta por la aspereza del tiempo: que era ya entrado el invierno y venían, según dice, las olas del[151] Norte furiosas, y los mares hechos todos espuma de bravos.

En nuestros días pasó el propio estrecho Francisco Drac, inglés corsario. Después pasó el capitán Sarmiento por la banda del Sur.[xiv] Y agora últimamente, en este año pasado de 87, con la instrucción que dio Drac le han pasado otros corsarios ingleses que al presente andan en la costa del Pirú. Y, porque me parece notable la relación que yo tuve del piloto mayor que le pasó, la pondré aquí.[xv]

Capítulo 11

Del Estrecho de Magallanes, cómo se pasó por la banda del Sur[152]

«Año de 1579, habiendo Francisco Drac pasado el estrecho de Magallanes y corrido la costa de Chile y de todo el Pirú, y robado **(p. 150)** el navío de *San Juan de Antona* donde iba gran suma de barras de plata, el Virrey don Francisco de Toledo armó y envió dos navíos buenos para que reconociesen el estrecho, yendo por capitán Pedro Sarmiento, hombre docto en astrología.

«Salieron del Callao de Lima por principio de otubre[153] y, porque aquella costa tiene viento contrario que corre siempre del Sur, hiciéronse mucho[154] a la mar y con muy próspero viaje en poco más de treinta días se pusieron en el paraje del Estrecho. Pero, porque es dificultoso mucho[155] de reconocer, para este efecto llegándose a tierra entraron en una ensenada grande donde hay un archipiélago de islas. Sarmiento porfiaba que allí era el estrecho, y tardó más de un mes en buscarle por diversas calas y caletas, y subiendo sobre cerros altos de tierra. Viendo que no le hallaban, a requerimiento que los de la armada le hicieron, en fin tornó a salir a la mar e hízose a lo largo. El mismo día les dio un temporal recio, con el cual corrieron, y a prima noche vieron el farol de la capitana[156] y luego desapareció, que nunca más la vio la otra nao.

«El día siguiente, durando la furia del viento —que era travesía—,[xvi] los de la capitana vieron un abra[157] que hacía la[158] tierra, y parecióles recogerse allí y abrigarse hasta que el temporal pasase. Sucedió que, reconocida el abra, vieron que iba entrando más y más en tierra; y, sospechando que fuese el Estrecho que buscaba, tomando el sol[159] halláronse en cincuenta y un grados y medio, que es la propia altura del estrecho. Y para certificarse más, echaron el bergantín: el cual, habiendo corrido muchas leguas por aquel brazo de mar adentro sin ver fin dél, acabaron de persuadirse que allí era el estrecho. Y, porque tenían orden de pasarle, dejaron una cruz alta puesta allí y letra[160] abajo para que el otro navío —si aportase allí— supiese de la Capitana, y la siguiese. Pasaron, pues, con buen tiempo y sin dificultad el Estrecho; y, salidos a la mar del norte* fueron a no se qué isla, donde hicieron aguada y se reformaron.[161] Y de allí tomaron su **(p. 151)** derrota a Cabo Verde, de donde el piloto mayor volvió al Pirú por la vía de Cartagena y Panamá, y trajo al Virrey la relación del estrecho y de todo lo sucedido, y fue remunerado conforme al buen servicio que había hecho».

148 que.
149 «Arcila» (Príncipe, O'G y Alc.).
150 que es el.
151 mar del.
152 La ofrecemos entre comillas, por ser una relación literal.

153 «octubre» (todos, menos la Príncipe).
154 = se adentraron, para buscar vientos favorables que corriesen del norte al sur, no como los costeros.
155 Sin «mucho» (1792, 1894, Mat.).
156 = Donde iba el capitán de la expedición, Sarmiento de Gamboa. Acosta relata el viaje de la otra nao, la Almirante, cuyo piloto regresó a Lima.
157 = «Bahía no muy extensa» *(DRAE).*
158 Sin «la» (O'G. y Alc.), cambiando el sentido.
159 = Usando la posición del sol, para medir la latitud.
160 = letrero.
161 = repusieron.

Mas el capitán Pedro Sarmiento, de Cabo Verde pasó a Sevilla en la nao que había pasado el estrecho, y fue a la Corte: donde su Majestad le hizo mucha merced y, a su instancia, mandó armar una gruesa armada que envió con Diego Flores de Valdés, para poblar y fortificar el Estrecho; aunque con varios sucesos,[162] la dicha armada tuvo mucha costa y poco efecto.

Volviendo agora a la otra nao almiranta[163] que iba en compañía de la capitana, habiéndose perdido della con aquel temporal que dije, procuró hacerse a la mar lo más que pudo. Mas, como el viento era travesía* y forzoso, entendió de cierto perecer:[164] y así se confesaron y aparejaron para morir todos. Duróles el temporal sin aflojar tres días, de los cuales —pensando dar en tierra[165] cada hora— fue al revés, que siempre veían írseles desviando más la tierra. Hasta que al cabo del tercero día aplacando la tormenta, tomando el Sol* se hallaron en cincuenta y seis grados; y, viendo que no habían dado al través[166] antes* se hallaban más lejos de la tierra, quedaron admirados. De donde infirieron (como Hernando Lamero, piloto de la dicha nao, me contó) que la tierra que está de la otra parte del estrecho, como[167] vamos por el mar del Sur*, no corría por el mismo rumbo que hasta el estrecho sino que hacía vuelta hacia Levante: pues, de otra suerte[168] no fuera posible dejar de zabordar[169] en ella, con la travesía* que corrió tanto tiempo. Pero no pasaron más adelante, ni supieron si se acababa allí la tierra (como algunos quieren decir que es la isla lo que hay, pasado el estrecho, y que se juntan allí los dos mares, de norte y sur), o si iba corriendo la vuelta del* Leste, hasta juntarse con la «Tierra de vista», que llaman: que res **(p. 152)** ponde[170/xvii] al Cabo de Buena Esperanza, como es opinión de otros.

La verdad desto no está averiguada hoy día, ni se halla quien haya bojado[171] aquella tierra. El virrey don Martín Enríquez me dijo a mí que tenía por invención del corsario inglés la fama que se había echado de que el Estrecho hacía luego isla, y se juntaban ambos mares. Porque él, siendo virrey de la Nueva España, había examinado con diligencia al piloto portugués que allí dejó Francisco Drac, y jamás tal entendió dél sino que era verdadero estrecho, y tierra firme de ambas partes.

Dando, pues, vuelta la dicha nao almiranta reconocieron el estrecho, según el dicho Hernando Lamero me refirió: pero por otra boca o entrada que hace en más altura,[172] por causa de cierta isla grande que está a la boca del estrecho, que llaman La Campana por la hechura que tiene: y él quiso, según decía, pasarle y el almirante y soldados no lo consintieron, pareciéndoles que era ya muy entrado el tiempo y que corrían mucho peligro, y así se volvieron a Chile y al Pirú sin haberle pasado.

Capítulo 12

Del estrecho que algunos afirman haber en la Florida

Como Magallanes halló aquel estrecho que está al Sur, así han otros pretendido descubrir otro estrecho que dicen haber al Norte, el cual fabrican[xviii] en la tierra de la Florida: la cual corre tanto que no se sabe su término. El Adelantado Pedro Meléndez, hombre tan práctico y excelente en la mar, afirmaba ser cosa cierta el haber estrecho y que el rey le había mandado descubrirle: de lo cual mostraba grandísima gana. Traía razones para probar su opinión: porque decía que se habían visto en la mar del norte* pedazos de navíos que usan los chinos,[173] lo cual no fuera posible si no hubiera paso de la una mar a la otra. **(p. 153)** *Item* refería que, en cierta bahía grande que hay en la Florida y entra trescientas leguas la tierra adentro, se veían ballenas a ciertos tiempos que venían del[174] otro mar. Otros indicios también refería, concluyendo finalmente que a la sabiduría del hacedor y buen orden de naturaleza pertenecía que, como había comunicación y paso entre los dos mares al polo antártico, así también la hubiese al polo ártico, que es más principal.

162 = resultados, consecuencias, Tal vez no sabe el piloto, o no lo cuenta, que el capitán Sarmiento fue preso por piratas ingleses, entre Cabo Verde y Sevilla.

163 = Donde va el almirante, capitán de la segunda nave.

164 «parecer» (Mat.), sin sentido.

165 chocar con la costa.

166 = «Dar al través, frase marina, tropezar la nave por los costados con una roca, o costa de tierra, en que se deshace o vara» *(DRAE).*

167 = Según vamos avanzando hacia el sur por el océano pacífico, la costa del otro lado del estrecho de Magallanes no sigue en línea recta.

168 = en caso contrario.

169 = «Varar o encallar el barco en tierra» *(DRAE).*

170 = corresponde.

171 = «Medir el perímetro de una isla, cabo o porción saliente de una costa» *(DRAE),* del neerlandés *buigen*, doblar. En libro IV (cap. 6) lo traduce el propio autor como «contorno».

172 = más abajo, al sur.

173 «chinas» (Príncipe, O'G. y Alc.). El autor usa indiferentemente chinos o chinas, nosotros seleccionamos la variante moderna.

174 «de» (O'G. y Alc.).

Este Estrecho dicen algunos que tuvo dél noticia aquel gran corsario Drac, y que así lo significó él cuando pasó la costa de Nueva España por la mar del Sur*; y aún se piensa que hayan entrado por él los corsarios ingleses que este año pasado de 1587 robaron un navío, que venía de las Filipinas con gran cantidad de oro y otras riquezas: la cual presa hicieron junto a las Californias, que siempre reconocen[175] las naos que vuelven a la Nueva España de las Filipinas y de la China. Según es la osadía de los hombres y el ansia de hallar nuevos modos de acrecentarse, yo seguro[176] que antes de muchos años se sepa también este secreto: que es cierto cosa digna de admiración que, como las hormiguillas, tras el rastro y noticia de las cosas nuevas no paran hasta dar con lo dulce de la codicia y gloria humana. Y la alta y eterna sabiduría del Criador usa desta natural curiosidad de los hombres para comunicar la luz de su santo Evangelio a gentes que todavía viven en las tinieblas obscuras de sus errores.[xix]

Mas en fin hasta agora el estrecho del polo ártico, si le hay, no está descubierto; y así, será justo decir las propiedades y noticias que del antártico, ya descubierto y sabido, nos refieren los mismos que por sus ojos las vieron.

Capítulo 13

De las propiedades del Estrecho de Magallanes

(p. 154) El Estrecho —como está dicho— está en altura de cincuenta y dos grados escasos al Sur, tiene de espacio desde un mar a otro noventa o cien leguas: donde más angosto será de una legua algo menos, y allí pretendían que el rey pusiese una fuerza para defender el paso. El fondo en partes es profundo que no se puede fondar, en otras se halla fondo y en algunas no tiene más que diez y ocho, y aún en otras no más de quince brazas.

De las cien leguas que tiene de largo, de mar a mar, se reconoce claro que las treinta va entrando por su parte la mar del Sur*, y va haciendo señal con sus olas; y las otras setenta leguas hace señal la mar del norte* con las suyas. Hay empero esta diferencia: que las treinta del Sur corre entre peñas altísimas, cuyas cumbres están cubiertas perpetuamente de nieve y, según son altas, parece que se juntan; y por eso es tan difícil reconocer la entrada del estrecho por la mar del Sur*.[177] Estas mismas treinta leguas es de inmensa profundidad, sin que se pueda dar fondo en ellas, pero puédense varar los navíos en tierra, según es fondable[178] su ribera. Las otras setenta leguas que entra la mar del norte* se halla fondo, y tienen a la una banda y a la otra grandes campos y *zabanas*,[179] que allá llaman.

Entran en el estrecho muchos ríos y grandes, de linda agua. Hay maravillosas arboledas, y algunos árboles de madera escogida y olorosa y no conocida por acá, de que llevaron muestra los que pasaron del Pirú. Hay grandes praderías[180] la tierra adentro; hace diversas islas en medio del estrecho.

Los indios que habitan a la banda del sur son pocos, chicos y ruines;[181] los que habitan a la banda del norte son grandes y valientes, de los cuales[182] trajeron a España algunos que tomaron. Hallaron pedazos de paño azul y otras insignias claras de haber pasado por allí gente de Europa; los indios saludaron a los nuestros con el nombre de Jesús. Son flecheros, andan ves **(p. 155)** tidos de pieles y venados, de que hay copia* por allí.

Crecen y decrecen las aguas del estrecho con las mareas, y vense venir las unas mareas del mar del norte* y las otras de la mar del Sur*, claramente; y en el lugar donde se encuentran[183] —que, como he dicho, es treinta leguas del sur y setenta del norte— parece ha de haber más peligro que en todo el resto. Pero, cuando pasó la Capitana de Sarmiento —que he dicho—, no padecieron grave tormenta, antes hallaron mucho[184] menos dificultad de lo que pensaban. Porque, demás de ser entonces el tiempo bonancible, vienen las olas del mar del norte* muy quebrantadas[185] por el gran espacio de setenta leguas que entran, y las olas del mar del Sur* —por ser su profundo inmenso— tampoco muestran tanta furia, anegándose en aquella profundidad.

175 = visitan, pasan.
176 «aseguro» (1792, 1894, Mat.).

177 Durante, todas, a lo largo de.
178 «sondable» (O'G. y Alc.), lo que cambia el sentido. No es que se pueda medir con sonda, sino que se puede hallar fondo y chocar. Diríamos hoy «fondeable».
179 = «(De origen caribe). Llanura, en especial si es muy dilatada, sin vegetación arbórea» *(DRAE),* sabanas.
180 = llenas de prado.
181 = mezquino, y otros significados parecidos. Por oposición a los otros, debiera enfatizarse el significado antiguo de «cobarde», tímidos…
182 «males» (O'G. y Alc.), sin sentido. Aunque elementalmente, distingue entre fueguinos y patagones al norte o al sur del estrecho, siendo los primeros pescadores y los segundos cazadores, y muy corpulentos.
183 = unen.
184 Sin «mucho» (1792, 1894, Mat.).
185 = sin fuerza.

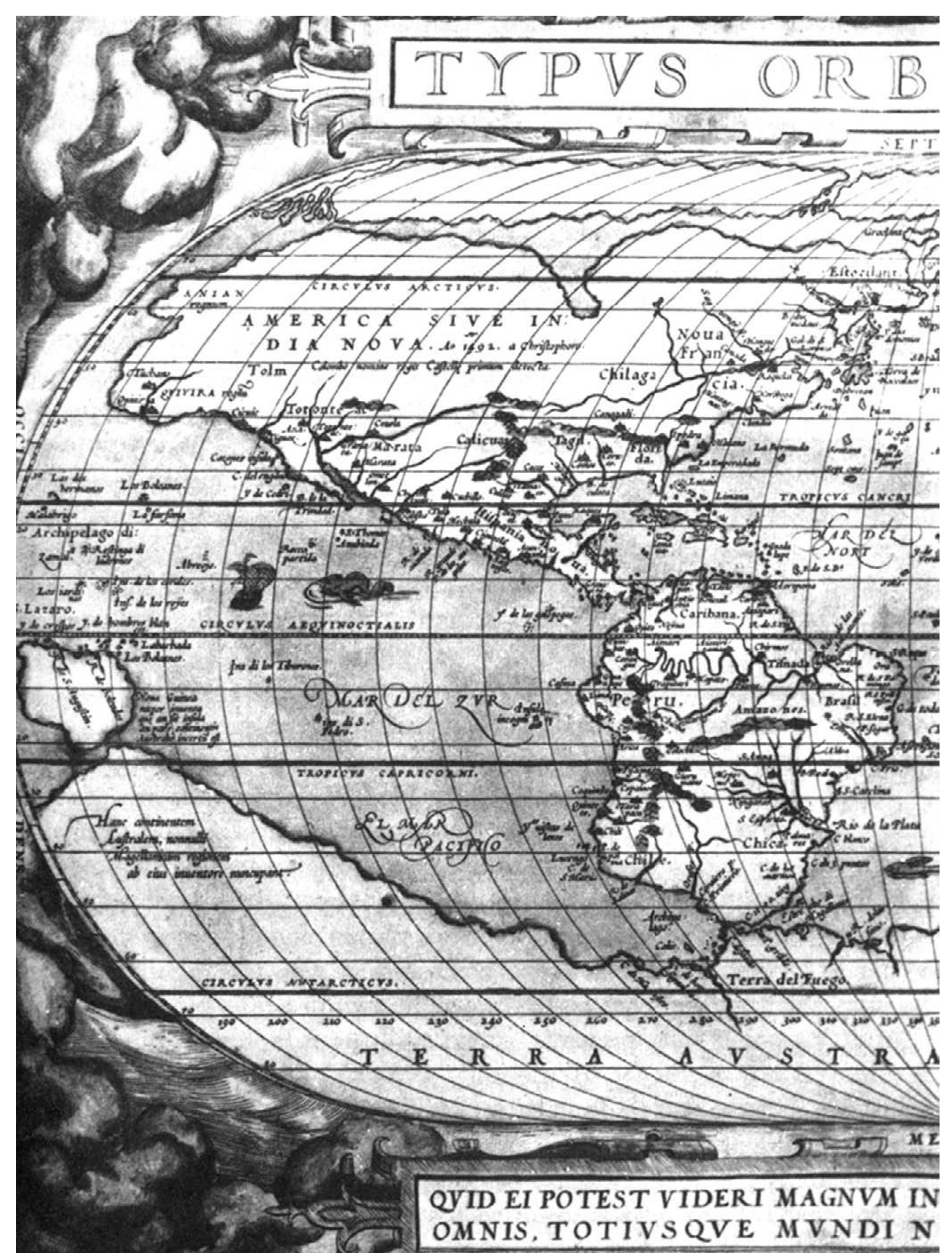


Lámina 4. Mapa de la región magallánica, recorrida por Drake en 1570, con ayuda del mapa de Ortelius.

Bien es verdad que en tiempo de invierno es innavegable el estrecho, por la braveza de los vientos e hinchazón de las mares que[186] allí hay: y por eso se han perdido algunas naos que han pretendido pasar el Estrecho. Y de la parte del sur sola una le ha pasado, que es la Capitana que he dicho, de cuyo piloto mayor llamado Hernando Alonso tuve yo muy larga relación de todo lo que digo, y vi la verdadera descripción y costa[187] del estrecho —que, como la iban pasando, la fueron haciendo—, cuya copia trajeron al rey de España y llevaron a su virrey al Pirú.

Capítulo 14[xx]

Del flujo y reflujo del mar Océano en Indias

Uno de los secretos admirables de naturaleza es el flujo y reflujo del mar, no solamente por la extrañeza de su funcionamiento y disminución sino mucho más por **(p. 156)** la variedad que en diversos mares se halla en esto, y aún en diversas playas de un mismo mar.

Hay mares que no tienen el flujo y reflujo cotidiano, como consta del Mediterráneo inferior que es el Tirreno, teniendo flujo y reflujo cotidiano el Mediterráneo superior que es el mar de Venecia. Cosa que con razón causa admiración porque, siendo ambos mediterráneos y no mayor el de Venecia, aquél tiene flujo y reflujo como el océano y estotro[188] mar de Italia no lo tiene. Pero algunos mediterráneos manifiestamente tienen crecimiento y menguante cada mes, otros ni al día ni al mes. Otros mares como el océano de España tienen el flujo y el reflujo de cada día, y ultra de ése el de cada mes, que son dos: es a saber, a la entrada y a la llena de luna, que llaman «aguas vivas». Mar que tenga el crecimiento y disminución de cada día, y no le tenga el de cada mes, no sé que le haya.

En las Indias es cosa de admiración la variedad que hay en esto: partes hay en que llena y vacía la mar cada día dos leguas, como se ve en Panamá; y en «aguas vivas» es mucho más; hay otras donde es tan poco lo que sube y lo que baja que apenas se conoce la diferencia. Lo común es tener el mar océano creciente y menguante cotidiana y menstrua;[189] y la cotidiana es dos veces al día natural, y siempre tres cuartos de hora menos el un día del otro conforme al movimiento de la luna, y así nunca la marea un día es a la hora del otro.

Este flujo y reflujo han querido algunos sentir[190] que es movimiento local del agua del mar, de suerte que el agua que viene creciendo a una parte va decreciendo a la contraria: y así es menguante en la parte opuesta del mar cuando es acá creciente, a la manera que en una caldera hace ondas el agua, que es llano* que cuando a la una parte sube baja a la otra. Otros afirman que el mar a un mismo tiempo crece a todas partes y a un mismo tiempo mengua también a todas partes, de modo que **(p. 157)** es como el hervor de la olla, que juntamente sube y se extiende a todas sus partes; y cuando se aplaca juntamente disminuye a todas partes. Este segundo parecer es verdadero y se puede tener, a mi juicio, por cierto y averiguado: no tanto por las razones que para esto dan los filósofos —que en sus meteoros fundan esta opinión—[xxi] cuanto por la experiencia cierta que deste negocio se ha ya[191] podido alcanzar.

Porque, para satisfacerme deste punto y cuestión, yo pregunté con muy particular curiosidad al piloto arriba dicho[xxii] cómo eran las mareas que en el estrecho hallaron, si por ventura decrecían y menguaban las mareas del Sur al tiempo que subían y pujaban las del mar del norte*, y al contrario: porque, siendo esto así, era claro que el crecer el mar de una parte era descrecer de otra, que es lo que la primera opinión afirma. Respondióme que no era de esa suerte, sino que clarísimamente a un propio tiempo venían creciendo las mareas del mar del norte* y las del mar del Sur* hasta encontrarse una olas con otras, y que a un mismo tiempo volvían a bajar cada una a su mar; y que este pujar y subir y después bajar y menguar era cosa que cada día la veían, y que el golpe y encuentro de la una y otra creciente era (como tengo dicho) a las setenta leguas del mar del norte*, y treinta del mar del Sur*.

De donde se colige manifiestamente[192] que el flujo y reflujo del océano no es puro movimiento local, sino alteración y hervor[193] con que realmente todas sus aguas suben y crecen a un mismo tiempo, y a otro tiempo bajan y menguan, de la manera que del hervor de la olla se ha puesto la

186 «de» por «que» (O'G. y Alc.), sin sentido.
187 ¿«carta» o mapa, por error?
188 «es otro» (Mat.), sin sentido.

189 = con el cambio lunar.
190 = «Juzgar, opinar, formar parecer o dictamen» (*DRAE,* 6).
191 «haya» (1792, O'G. y Alc.), cambiando el sentido, porque elimina la certeza experimental.
192 «manifestamente» (O'G. y Alc.).
193 «fervor» (Mat.), cambiando sentido.

semejanza. No fuera posible comprender por vía de experiencia este negocio sino en el estrecho, donde se junta todo el mar océano entre sí: porque por las playas opuestas saber si, cuando en la una crece decrece en la otra, sólos[194] los ángeles lo podrían averiguar, que los hom **(p. 158)** bres no tienen ojos para tanta distancia ni pies para poder llevar los ojos con la presteza que una marea da de tiempo, que son solamente seis horas.

Capítulo 15

De diversos pescados y modos de pescar de los indios

Hay en el Océano innumerable[195] multitud de pescados, que sólo el Hacedor puede declarar sus especies y propiedades. Muchos dellos son del mismo género que en la mar de Europa se hallan: como lizas, sábalos —que suben de la mar a los ríos—, dorados, sardinas y otros muchos. Otros hay que no sé que los haya por acá, como los que llaman «cabrillas» y tienen alguna semejanza con truchas, y los que en Nueva España llaman «bobos», que suben de la mar a los ríos. Besugos ni truchas las he yo[196] visto, dicen que en tierra de Chile las hay. Atunes hay algunos, aunque raros, en la costa del Pirú y es opinión que a tiempos suben[197] a desovar al estrecho de Magallanes, como en España al Estrecho de Gibraltar, y por eso se hallan más en la costa de Chile; aunque el atún que yo he visto traído de allá no es tal como lo de España.

En las islas que llaman de Barlovento —que son Cuba, la Española, Puerto Rico, Jamaica— se halla el que llaman *manatí*, extraño género de pescado: si pescado se puede llamar animal que pare[198] vivos sus hijos y tiene tetas y leche —con que los cría— y pace en el campo. Pero en efecto habita de ordinario en el agua y por eso le comen por pescado: aunque yo cuando en Santo Domingo lo comí un viernes casi tenía el escrúpulo,[199] no tanto por lo dicho como porque en el color y sabor no parecían sino tajadas de ternera, y en parte de pernil, las postas[200] deste pescado: es grande como una vaca.

De los tiburones y de su increíble voracidad me maravillé cuando vi que de uno que habían toma **(p. 159)** do en el puerto que he dicho[201] le sacaron del buche un cuchillo grande carnicero y un anzuelo grande de hierro, y un pedazo grande de la cabeza de una vaca con su cuerno entero —y aún no sé si ambos a dos—.[202] Yo vi por pasatiempo echar colgado de muy alto —en una poza que hace la mar— un cuarto de un rocín, y venir a él al momento una cuadrilla de tiburones tras el olor; y, por que se gozase mejor la fiesta, no llegaba al agua la carne del rocín sino levantada no sé cuántos palmos tenía en rededor esta gentecilla que digo que daban saltos, y de una arremetida en el aire cortaban carne y hueso con extraña presteza, y así cercenaban el mismo jarrete[203] del rocín como si fuera un troncho de lechuga, pero tales navajas tienen en aquella su dentadura. Asidos a estos fieros tiburones andan unos pececillos que llaman «romeros»[204] y, por más que hagan, no los pueden echar de sí; éstos se mantienen de lo que a los tiburones se les escapa por los lados.

Voladores son otros pececillos que se hallan en la mar dentro de los Trópicos, y no sé que se hallen fuera. A éstos persiguen los[205] dorados y, por escapar dellos, saltan a la mar y van buen pedazo por el aire: por eso los llaman voladores. Tienen unas aletas como de telilla o pergamino que les sustentan un rato en el aire. En el navío en que yo iba voló o saltó uno, y vi la facción que digo de alas.

De los lagartos o *caimanes,* que llaman, hay mucho escrito en historias de Indias: son verdaderamente los que Plinio y los antiguos llaman «cocodrilos». Hállanse en las playas y ríos calientes; en playas o ríos fríos no se hallan. Por eso, en toda la costa del Pirú no los hay hasta Paita, y de allí adelante son frecuentísimos en los ríos. Es animal ferocísimo, aunque muy torpe: la presa hace fuera del agua, y en ella ahoga lo que toma vivo; pero no lo traga sino fuera del agua, porque tiene el tragadero de suerte que fácilmente se **(p. 160)** ahogaría, entrándole agua.

Es maravillosa la pelea del caimán con el tigre, que los hay ferocísimos en Indias. Un religioso nuestro[206] me refirió haber visto a estas bestias pelear cruelísimamente a la

[194] «solo» (Mat.).

[195] Falta «innumerable» (1792, 1894, Mat.).

[196] Sin «yo» (1792, 1894, Mat.).

[197] = Porque el Estrecho de M. está a más grados sur que el Perú, por eso «suben».

[198] «para» (O'G. y Alc.) = un innecesario y equívoco subjuntivo.

[199] = de no guardar la abstinencia de comer carne.

[200] = «Tajada o pedazo de carne, pescado u otra cosa» (*DRAE,* 4).

[201] ¿Santo Domingo?

[202] cuernos.

[203] «Parte alta y carnuda de la pantorrilla hacia la corba» *(DRAE).*

[204] = Por ir en romería, tras los tiburones.

[205] peces.

[206] = jesuita.

orilla de la mar: el caimán con su cola daba recios golpes al tigre, y procuraba con su gran fuerza llevarle al agua; el tigre hacía fuerte presa en el caimán con las garras tirándole a tierra. Al fin prevaleció el tigre, y abrió al lagarto: debió de ser por la barriga, que la tiene blanda, que todo lo demás no hay lanza y aún apenas arcabuz que lo pase. Más excelente fue la victoria que tuvo de otro caimán un indio, al cual arrebató un hijuelo y se lo[207] metió debajo del agua: de[208] que el indio, lastimado y sañudo,[209] se echó luego tras él con un cuchillo y, como son excelentes buzos y el caimán no prende[210] sino fuera del agua, por debajo de la barriga le hirió de suerte que el caimán se salió herido a la ribera y soltó el muchacho, aunque ya muerto y ahogado.

Pero más maravillosa es la pelea que tienen los indios con las ballenas, que cierto es una grandeza del Hacedor de todo dar a gente tan flaca[211] como indios habilidad y osadía para tomarse[212] con la más fiera y disforme bestia de cuantas hay en el universo, y no sólo pelear pero vencer y triunfar tan gallardamente. Viendo esto me he acordado muchas veces de aquello del Salmo[213] que se dice de la ballena: *draco iste, quem formasti ad illudendum ei.*[214] ¿Qué más burla que llevar un indio sólo, con un cordel, vencida y atada una ballena tan grande como un monte?

El estilo que tienen (según me refirieron personas expertas)[215] los indios de la Florida —donde hay gran cantidad de ballenas— es meterse en una *canoa* o barquilla —que es como una artesa—[216] y bogando llégase[217] al costado de la ballena, y con gran ligereza salta y sube sobre su cerviz, y allí caballero[218] —aguardando tiempo— mete un palo agudo y recio que trae consigo por la una ventana de la nariz de la ballena **(p. 161)** —llamo nariz aquella fístula[219] por donde respiran las ballenas—, luego le golpea con otro palo muy bien y le hace entrar bien profundo. Brama la ballena y da golpes en la mar y levanta montes de agua, y húndese dentro con furia, y torna a saltar no sabiendo qué hacerse de rabia. Estáse quedo el indio y muy caballero; y la enmienda que hace del mal hecho es hincarle otro palo semejante en la otra ventana y golpearle, de modo que le tapa del todo y le quita la respiración. Y con esto se vuelve a su canoa, que tiene asida al lado de la ballena con una cuerda; pero deja primero bien atada su cuerda a la ballena y, haciéndose a un lado con su canoa, va así dando cuerda a la ballena. La cual, mientras está en mucha agua,[220] da vueltas a una parte y a otra como loca de enojo, y al fin se va acercando a tierra: donde con la enormidad de su cuerpo presto encalla sin poder ir ni volver. Aquí acuden gran copia* de indios al vencido para coger sus despojos: en efecto la acaban de matar y la parten y hacen trozos, y de su carne —harto perversa—[221] secándola y moliéndola hacen ciertos polvos que usan para su comida, y les dura largo tiempo.

También se cumple aquí lo que de la misma ballena dice otro Salmo:[222] *dedisti eum escam populis Ethiopum*. El Adelantado Pedro Meléndez muchas veces contaba esta pesquería, de que también hace mención Monardes en su libro.[223]

Aunque es más menuda, no deja de ser digna de referirse también otra pesquería que usan de ordinario los indios en la mar: hacen unos como manojos de juncia o espadañas[224] secas bien atadas —que allá llaman *balsas*— y llévanlas a cuestas hasta la mar, donde arrojándolas con presteza suben en ellas, y así caballeros* se entran la mar adentro; y bogando con unos canaletes de un lado y de otro se van una y dos leguas en alta mar a pescar. Llevan en los dichos manojos sus redes y cuerdas, y sustentándose sobre las *balsas* lanzan su red y **(p. 162)** están peleando grande parte de la noche o del día hasta que hinchen[225] su medida, con que

207 «los» (O'G. y Alc.).
208 = por lo.
209 = enojado y con saña.
210 = hace presa.
211 = indefensa, sin fiereza ni armas.
212 = enfrentarse.
213 *Salmos,* 103, 26 (*nota del autor)*, «y ese Leviatán que hiciste por que allí retozase» (N.-C.). Leviatán, «Monstruo de la mitología fenicia, mencionado en la Biblia. Por la descripción que hace de él el libro de Job, podría identificarse con el cocodrilo» (Larousse).
214 = «Dragón este, al que formaste para burlarse de él.»
215 El capitán y marino famoso Meléndez de Avilés, ver *infra*.
216 = «Cajón cuadrilongo, por lo común de madera, que por sus cuatro lados va engostando hacia el fondo. Sirve para amasar el pan y para otros usos» *(DRAE).*
217 «llegarse» (O'G. y Alc.). El autor adopta aquí el «presente» histórico para narrar mejor la hazaña, logrando imágenes más vivas.
218 = sentado, como dice el propio autor más adelante, o mejor aún «sentado a horcajadas». «A caballo: montado uno en una caballería y, por extensión en una persona o cosa» (*DRAE),* o «Caballero en…: dícese de la persona obstinada que no se deja disuadir por ninguna consideración» (*DRAE*, 2).
219 = conducto.

220 = mar adentro.
221 = mala de comer.
222 *Salmos,* 73, 14 *(nota del autor*). (93: 14, O'G. y Alc.), «Tú aplacaste la cabeza del Leviatán / y le diste en pasto a los monstruos marinos» (N.-C.), donde vuelve a tomarse la ballena como Leviatán.
223 *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias, parte primera (1565), segunda (1571) y tercera (1574)*. Sevilla. La usará mucho en el libro IV, pero curiosamente no la cita el autor, dándola tal vez por muy conocida.
224 Respectivamente, «(juncia) Planta herbácea, vivaz… con cañas triangulares», y «(espadaña) Planta herbácea... el tallo largo a manera de junco» *(DRAE)*. A su debido momento le dará su nombre indígena, *totora* (ver II: 6, VI: 14). Es mencionada en el siguiente capítulo (III, 16) como alimento de los cerdos.
225 «hinchan» (O'G. y Alc.), cambiando de sentido, con el verbo (*hinchar* o inflar, y no *henchir* o colmar, como es el caso presente). Por el contrario 1792 y 1894 dicen «llenan», modernizando pero comprendiendo.

1. De la extraña pesca de los indios



TIENEN los indios de las Indias Occidentales esta manera de pescar cuando persiguen las grandes ballenas. Hácense a la mar en sus pequeñas canoas, un indio solo en cada canoa, y cuando éste observa una ballena, allégase y abandona su canoa para montarse sobre el cogote del pez, coge entonces dos palos puntiagudos y se los clava en los agujeros de la nariz o, más bien, en las orejas por las cuales el pez arroja el chorro de agua, y aunque en todo este manejo el pez se hunde y emerge, el indio no se deja inquietar por ello, sino sigue montado y sentado en el cogote hasta haberle clavado las estacas. Y una vez terminado, vuelve a saltar en su canoa y arrastra al pez, debilitado en haber quedado sin el aire que respira por los agujeros de la nariz, de una cuerda atada a los palos hasta tenerlo en tierra firme, donde luego lo descuartizan y despedazan. Tienen también otra manera de pescar que es atar un montón de juncos con sus redes, sentarse encima como montando un caballo y coger dos astillas o esquirlas de madera y remar con ellas adonde quieran. Echan entonces sus redes, y cuando han pescado bastante, regresan a tierra, sacan su pequeña embarcación del agua y la extienden hasta que vuelve a estar seca, tal y como con más detalle lo relata la crónica.

Lámina 5. De la extraña pesca de los indios. Tomada de la colección In Bry, xxx. XI. (Cfr. Acosta, III, 15).

dan la vuelta muy contentos. Cierto, verlos ir a pescar en el Callao de Lima era para mí cosa de gran recreación, porque eran muchos y cada uno en su balsilla, caballero* o sentado, a porfía cortando las olas del mar —que es bravo allí donde pescan— parecían los Tritones o Neptunos, que pintan sobre el agua. En llegando a tierra, sacan su barco a cuestas y luego lo deshacen: y tienden por aquella playa las espadaña*s para que se enjuguen y sequen. Otros indios de los valles de Ica solían ir a pelear en unos cueros o pellejos de lobo marino hinchados, y de tiempo a tiempo los soplaban como a pelotas de viento para que no se hundiesen. En el valle de Cañete que antiguamente decían «el Guarco» había innumerables indios pescadores: y, porque resistieron al Inga cuando fue conquistando aquella tierra, fingió paces con ellos: y ellos, por hacerle fiesta, hicieron una pelea solemne de muchos millares de indios que en sus balsas entraron en la mar. A la vuelta el Inga tuvo apercebidos soldados, de callada, e hizo en ellos cruel estrago: por donde quedó aquella tierra tan despoblada, siendo tan abundante.

Otro género de pesca vi, a que me llevó el virrey don Francisco de Toledo: verdad es que no era en mar, sino en un río que llaman «el río Grande» en la provincia de los Charcas. Donde unos indios Chiriguanás se zambullían debajo del agua y, nadando con admirable presteza, seguían los peces; y con una sisgas o harpones que llevaban en la mano derecha, nadando sólo con la izquierda herían el pescado y —así atravesado— lo sacaban arriba. Que cierto parecían ellos ser más peces que hombres de la tierra.

Y, ya que hemos salido de la mar, vamos a esotros géneros de aguas que restan por decir. **(p. 163)**

Capítulo 16

De las lagunas y lagos que se hallan en Indias

En lugar del mar Mediterráneo que gozan las regiones del viejo orbe proveyó el Criador en el nuevo de muchos lagos, y algunos tan grandes que se pueden llamar mares: pues al de Palestina le llama así la Escritura, no siendo mayor ni aún tan grande como algunos déstos.

El principal es el de Titicaca, en el Pirú en las provincias del Collao, del cual se ha dicho en el libro precedente que tiene de boj[226] casi ochenta leguas, y entran en él diez o doce ríos caudales. Comenzóse un tiempo a navegar en barcos o navíos, y diéronse tan mala maña que el primero navío que entró se abrió con un temporal que hubo en la laguna. El agua no es del todo amarga y salobre, como la de la mar, pero es tan gruesa que no es para beber. Cría dos géneros de pescado en abundancia: uno llaman *suches*, que es grande y sabroso pero flemoso y malsano; otro *bogas*, más sano aunque pequeño y muy espinoso. De patos y patillos de agua hay innumerable cosa en toda la laguna. Cuando quieren hacer fiesta los indios a algún personaje que pasa por Chucuito o por Omasuyo, que son las dos riberas de la laguna, juntan gran copia* de balsas y en torno van persiguiendo y encerrando los patos, hasta tomar a manos cuantos quieren: llaman este modo de cazar, *chaco*.[227] Están a las riberas desta laguna, de una y otra parte, las mejores poblaciones de indios del Pirú. Por el desaguadero désta se hace otra menor laguna, aunque bien grande, que se llama Paria:[228] donde también hay mucho ganado especial porcuno, que se da allí en extremo por la *totora*[229] que cría la laguna, con que engorda bien ese ganado.

Hay muchas otras lagunas en los lugares altos de la sierra, de las cuales nacen ríos o arroyos **(p. 164)** que vienen adelante a ser muy caudalosos ríos. Como[230] vamos de Arequipa al Collao, hay en lo alto dos lagunas hermosas a una banda y a otra del camino: de la una sale un arroyo, que después se hace río y va a la mar del Sur*; de la otra dicen que tiene principio el río famoso de Aporima,[231] del cual se cree que procede —con la gran junta de ríos que se llegan de aquellas sierras— el ínclito río de las Amazonas, por otro nombre el Marañón.

Es cosa que muchas veces consideré de dónde proviene haber tantos lagos en lo alto de aquellas sierras y cordilleras, en los[232] cuales no entran ríos antes salen muy copiosos arroyos, y no se sienten menguar casi en todo el año las dichas lagunas. Pensar que de nieves que se derriten o de lluvias del cielo se hacen estos lagos que digo no satisface del todo, porque muchos dellos no tienen esa copia* de nieve ni tanta lluvia, y no se sienten menguar. Que todo arguye ser agua manantial que la naturaleza proveyó allí, aunque bien

[226] «bogeo» (O'G. y Alc.), aunque con el mismo significado de «perímetro o circuito de una isla o cabo» *(DRAE)*. 1792 y 1894 lo cambian por «rodeo».
[227] Véase libro IV, cap. 40.
[228] Su nombre actual, lago Poopó.
[229] Véase II, 6 y VI, 14.
[230] = Conforme, según.
[231] Hoy Apurímac.
[232] «las» (Mat.). Se refiere a los lagos.

es de creer se ayudan de nieves y lluvias en algunos tiempos del año. Son estos lagos tan ordinarios en las más altas cumbres de las sierras que apenas hay río notable[233] que no tenga su nacimiento de alguno dellos.

El agua destos lagos es limpia y clara: crían poco pescado, y éste menudo, por el frío que[234] continuo tienen, aunque por otra nueva maravilla se hallan algunas destas lagunas ser sumamente calientes. En fin[235] del valle de Tarapaya, cerca de Potosí, hay una laguna redonda —y tanto que parece hecha por compás— y, con ser la tierra donde sale frigidísima, es el agua calidísima: suelen nadar en ella cerca de la orilla, porque entrando más no pueden sufrir el calor. En medio desta laguna se hace un remolino y borbollón de más de veinte pies en largo y ancho, y es allí el propio manantial de la laguna: la cual, con ser su manantial tan grande, nunca la sienten crecer cosa alguna, que parece se exhala[236] allí o tiene algunos desaguaderos encubiertos. Pero tampoco la ven **(p. 165)** menguar —que es otra maravilla—, con[237] haber sacado della una corriente gruesa para moler ciertos ingenios de metal; y siendo tanta el agua que desagua había de menguar algo, de razón.

Dejando el Pirú y pasando a la Nueva España, no son menos memorables las lagunas que en ella se hallan, especialmente aquella tan famosa de México en la cual hay dos diferencias de aguas: una es salobre y como de mar, otra clara y dulce, causada de ríos que entran allí. En medio de la laguna está un peñol muy gracioso, y en él baños de agua caliente; y mana allí, que[238] para salud lo tienen por muy aprobado. Hay sementeras hechas en medio de la laguna, que están fundadas sobre la propia agua, y hechos sus «camellones» llenos de mil diferencias de semillas y hierbas e infinitas flores: que, si no es viéndolo, no se puede figurar como es.[239] La ciudad de México está fundada sobre esta laguna, aunque los españoles han ido cegando con tierra todo el sitio de la ciudad, y sólo han dejado algunas acequias grandes, y otras menores que entran y dan vuelta[240] al pueblo: y con estas acequias tienen gran comodidad para el acarreto[241] de todo cuanto han menester de leña, hierba, piedra, madera, frutos de la tierra y todo lo demás. Cortés fabricó bergantines cuando conquistó a México; después pareció que era más seguro no usarlos y así sólo se sirven de canoas, de que hay gran abundancia. Tiene la laguna mucha pesca y caza, aunque no vi yo della pescado de precio; dicen valen los provechos della más de trescientos ducados.

Otra y otras lagunas hay también no lejos de allí, de donde se lleva harto* pescado a México. La provincia de Michoacán se dice así por ser tierra de mucho pescado: hay lagunas hermosas y grandes, abundantísimas de pescado, y es aquella tierra sana y fresca. Otros muchos lagos hay, que hacer mención **(p. 166)** de todos ni aún saberlos en particular no es posible. Sólo se advierta lo que en el libro precedente se notó: que debajo de la Tórrida hay mayor copia* de lagos que en otra parte del mundo.

Con lo dicho, y otro poco que digamos de ríos y fuentes, quedará acabado lo que se ofrece decir en esta materia.[242]

Capítulo 17
De diversas fuentes y manantiales

Como en otras partes del mundo, así en las Indias hay gran diversidad de manantiales y[243] fuentes y ríos, y algunos de propiedades extrañas.

En Guancavelica del Pirú, donde están las minas de azogue,[244] hay una fuente que mana agua caliente, y como va manando el agua se va convirtiendo en peña. De esta peña o piedra tienen edificadas casi todas las casas de aquel pueblo. Es piedra blanda y suave de cortar —y con hierro la cortan y labran con la[245] facilidad que si fuese de madera— y es liviana y durable. De esta agua, si beben hombres o animales, mueren porque se les congela en el vientre y se hace piedra, y así han muerto algunos caballos. Como[246] se va convirtiendo en piedra, el agua que va manando tapa el camino a las demás y así es forzoso mudar la corriente, por lo cual mana por diversas partes como va creciendo la peña.

En la punta o cabo de Santa Elena hay un manantial o fuente de un betún que en el Pirú llaman *Copey*. Debe de ser a este modo[247] lo que la Escritura[248] refiere de aquel valle

[233] «ríos notables» (Mat.).
[234] de.
[235] = Al fin.
[236] = «Evapora» (*DRAE* «exhalación», 4).
[237] = a pesar de.
[238] «pero» por «que» (O'G. y Alc.).
[239] Véase libro VII, cap. 9.
[240] «vueltas» (O'G. y Alc.).
[241] = acarreo *(DRAE),* término que elige 1792.
[242] del elemento agua.
[243] Sin «y» (1792, 1894, Mat.).
[244] = mercurio.
[245] misma.
[246] = A medida que.
[247] = así.
[248] *Génesis* 14, 10 *(nota del autor)*. «Había en el valle de Sidim muchos pozos de betún.»

silvestre donde se hallaban pozos de betún. Aprovéchanse los marineros de aquella fuente o pozo de Copey para brear las **(p. 167)** jarcias y aparejos, porque les sirve como la pez y brea de España para aquel efecto. Viniendo navegando para la Nueva España por la costa del Pirú, me mostró el piloto la isla que llaman de Lobos, donde nace otra fuente o pozo de Copey, o betún que he dicho, con que asimismo brean las jarcias; y hay otra fuente o manantial de alquitrán. Díjome[249] el sobredicho piloto —hombre excelente en su ministerio— que le había acaecido navegando por allí algunas veces, estando tan metido a la mar que no había vista de tierra, saber por el olor del copey dónde se hallaba tan cierto como si hubiera reconocido tierra: tanto es el olor que perpetuamente se esparce, de aquel manantial.

En los baños que llaman «del Inga» hay un canal de agua que sale hirviendo, y junto a él[250] otro de agua tan fría como de nieve. Usaba el Inga templar la una con la otra como quería, y es de notar que tan cerca uno de otro hay manantiales de tan contrarias cualidades. Otros innumerables hay, en especial en la provincia de Los Charcas, en cuya agua no se puede sufrir tener la mano por espacio de un Ave María, como yo lo vi sobre apuesta. En el Cuzco tienen una heredad donde mana una fuente de sal que así como va manando se va tornando sal, y es blanca y buena a maravilla que, si en otras partes fuera, no fuera poca riqueza; allí no lo es, por la abundancia que hay de sal.

Las aguas que corren en Guayaquil, que es en el Pirú casi debajo de la Equinoccial, las tienen por saludables para el mal francés[251] y otros semejantes, y así van allí a cobrar salud de partes muy remotas: dicen ser la causa que hay por aquella tierra infinita cosa de la raíz que llaman *zarzaparrilla*, cuya virtud y operación es tan notoria, y que las aguas toman de aquella virtud para sanar.

Vilcanota es un cerro que, según la opinión de la **(p. 168)** gente, está en el lugar más alto del Pirú. Por lo alto está cubierto de nieve, y por partes todo negro como carbón. Salen dél dos manantiales a partes contrarias, que en breve rato se hacen arroyos grandes y poco después ríos muy caudalosos: va el uno al Collao a la gran laguna de Titicaca, el otro va a los Andes y es el que llaman Yucay, que juntándose con otros sale a la mar del norte* con excesiva corriente. Este manantial, cuando sale de la peña Vilcanota que he dicho, es de la misma manera que agua de lejía —la color cenicienta, y todo él vaheando[252] un humo de cosa quemada—, y así corre largo trecho hasta que la multitud de aguas que entran en él le apagan aquel fuego y humo que saca de su principio.

En la Nueva España vi un manantial como de tinta, algo azul; otro en el Pirú de color rojo como de sangre, por donde le llaman Río Bermejo.

[249] «Díjomo» (Mat.).
[250] «al» (O'G. y Alc.), cambiando el sentido.
[251] = sífilis.
[252] = echando vaho.

Capítulo 18
De ríos

Entre todos los ríos, no sólo de Indias sino del universo mundo, el principado[253] tiene el río Marañón o de las Amazonas, del cual se dijo en el libro pasado.[254] Por éste han navegado diversas veces españoles pretendiendo descubrir tierras que, según fama, son de grandes riquezas: especialmente la que llaman el Dorado, y el Paititi.

El adelantado Juan de Salinas hizo una entrada por él notable, aunque fue de poco efecto. Tiene un paso que llaman «el Pongo»,[255] que debe ser de los peligrosos del[256] mundo porque, recogido entre dos peñas altísimas tajadas,[257] da un salto abajo de terrible profundidad adonde el agua con el gran golpe hace **(p. 169)** tales remolinos que parece imposible dejar de anegarse y hundirse allí. Con todo eso, la osadía de los hombres acometió a pasar aquel paso por la codicia del Dorado tan afamado: dejáronse caer de lo alto arrebatados del furor del río, y asiéndose bien a las canoas o barcas en que iban —aunque se trastornaban al caer, y ellos y sus canoas se hundían— tornaban a lo alto, y en fin con maña y fuerza salían. En efecto escapó todo el ejército, excepto muy poquitos que se ahogaron: y, lo que más admira, diéronse tan buen maña que no se les perdió la munición y pólvora que llevaban. A la vuelta (porque al cabo de grandes trabajos y peligros la hubieron de dar por allí) subieron por una de aquellas peñas altísimas, asiéndose a los puñales que hincaban.

[253] lo.
[254] Cap. 6.
[255] = «*Ecuador y Perú*. Paso angosto y peligroso de un río» (*DRAE,* 3). Procede de la lengua quechua.
[256] «de el» (Príncipe y Mat.).
[257] = «Dícese de la cosa, roca o peña cortada verticalmente y que forma como una pared» (*DRAE,* 2).

2. De cómo los indios cruzan aguas y ríos sin tener puentes ni canoas



HAY en Indias muchos y muy grandes ríos, arroyos y corrientes que en tamaño superan con creces a los europeos, pero en no poseer los indios puentes ni conocer muchos dellos las canoas, tienen en lugares muchos la costumbre de atar a dos postes una cuerda que cruza el arroyo y del que cuelga una canasta, y en ésta se sienta quien quiera pasar al otro lado. Y ansí lo jalan al otro lado o bien es él mesmo quien maniobra para llegar a la otra orilla. Muchos cuantos quieren cruzar se sientan en un haz de junquillos y ansí reman con dos canaletes de madera hasta llegar al otro lado. Otros hacen una balsa de calabazas pasas y secas y en ella llevan a quien quiera cruzar junto con las mercancías que quiera trasegar, como bien puede verse en este grabado y leerse con más detalle en la crónica.

Lámina 6. De cómo los indios cruzan aguas y ríos sin tener puentes ni canoas. (De Bry, XI. Cfr. Acosta, III, 18).

Otra entrada hizo por el mismo río el capitán Pedro de Orsúa. Y, muerto él y amotinada la gente, otros capitanes prosiguieron por el brazo que viene hasta el mar del norte*. Decíanos un religioso de nuestra Compañía, que siendo seglar se halló en toda aquella jornada, que casi cien leguas subían las mareas el río arriba, y que cuando viene ya a mezclarse con el mar —que es casi debajo, o muy cerca de la Línea— tiene setenta leguas de boca, cosa increíble y que excede a la anchura del mar Mediterráneo.[258] Aunque otros no le dan en sus descripciones sino veinte y cinco o treinta leguas de boca.[xxiii]

Después deste río tiene el segundo lugar en el universo el Río de la Plata, que por otro nombre se dice el Paraguay: el cual corre de[259] las cordilleras del Pirú, y entra en la mar en altura de treinta y cinco grados al sur. Crece al modo que dicen[260] del Nilo,[261] pero mucho más sin comparación, y deja hechos mar los campos que baña[262] por espacio de tres meses: después se vuelve a su madre. Suben por él navíos grandes muchas leguas.[xxiv]

Otros ríos hay que, aunque no de tanta grandeza, pero igualan y aún vencen a los mayores de Europa: como el de **(p. 170)** la Magdalena cerca de Santa Marta, y el río Grande y el de Alvarado en Nueva España y otros innumerables. De la parte[263] del sur*, en las sierras del Pirú no son tan grandes los ríos comúnmente, porque tienen poco espacio de corrida y no pueden juntar tantas aguas, pero son recios por caer de la sierra y tienen avenidas súbitas, y por eso son peligrosos y han sido causa[264] de muchas muertes: en tiempo de calores crecen y vienen de avenida. Yo pasé veinte y siete por la costa, y ninguno dellos a vado.[265]

Usan[266] los indios de mil artificios para pasar los ríos. En algunas partes tienen una gran soga atravesada de banda a banda, y en ella un cestón o canasto en el cual se mete el que ha de pasar, y desde la ribera tiran dél y así pasa en su cesto. En otras partes va el indio como caballero* en una balsa de paja y toma a las ancas al que ha de pasar, y bogando con un canalete pasa. En otras partes tienen una gran red de calabazas, sobre las cuales echan las personas o ropa que han de pasar, y los indios asidos con unas cuerdas van nadando y tirando de la balsa de calabazas, como caballos tiran de un coche o carroza, y otros detrás van dando empellones a la balsa para ayudarla. Pasados, toman a cuestas su balsa de calabazas y tornan a pasar a nado: esto hacen en el río de Santa del Pirú. En el de Alvarado de Nueva España pasamos sobre una tabla, que toman a hombros los indios y, cuando pierden pie, nadan. Estas y otras mil maneras que tienen de pasar los ríos ponen cierto miedo cuando se miran, por parecer medios tan flacos y frágiles, pero en efecto son muy seguros.

Puentes ellos no los usaban, sino de crisnejas[267] y paja. Ya hay en algunos ríos puentes de piedra por la diligencia de algunos gobernadores, pero harto* menos de los que fuera razón en tierra donde tantos hombres se ahogan por falta dellos, y que tanto dinero dan: de que no sólo España, pero[268] tierras extranjeras, fabrican[269] **(p. 171)** soberbios edificios.

De los ríos que corren de las sierras sacan en los valles y llanos los indios muchas y grandes acequias, para regar la tierra: las cuales usaron hacer con tanto orden y tan buen modo que en Murcia ni en Milán no le hay mejor:[xxv] y ésta es la mayor riqueza o toda la que hay en los llanos del Pirú, como también en otras muchas partes de Indias.

Capítulo 19

De la cualidad de la tierra de Indias, en general

La cualidad de la tierra de Indias (pues es éste el postrero de los tres elementos que propusimos tratar en este libro)[270] en gran parte se puede bien entender por lo que está disputado en el libro antecedente de la Tórrida Zona,

258 Por el Estrecho de Gibraltar, donde desemboca en el océano Atlántico.
259 = desde.
260 «dice» (Mat.).
261 = Anegando las orillas por épocas de crecida.
262 «bañan» (Mat.).
263 De la mar del sur*, es decir del Pacífico.
264 «cusa» (Mat.).
265 = «Lugar de un río con fondo firme, llano y poco profundo, por donde se puede pasar andando, cabalgando o en algún vehículo» *(DRAE).* Es decir, todos los ríos que pasó eran caudalosos.
266 «(Usan» (O'G. y Alc.). Inician aquí un paréntesis hasta fin del capitulo, inexistente en la Príncipe.
267 = «Soga o pleita de esparto u otra materia semejante» (*La Enciclopedia, El País,* 2003, tomo 6, sentido 2).
268 también.
269 «fabricaban» (O'G. y Alc.). No parecen comprender al autor editado, que simplemente señala una paradoja cruel: Europa construye edificios magníficos con ayuda del oro indiano, y no devuelve el favor aliviando con sus puentes el trabajo de los obreros en Indias. Ese equilibrio le parecería justo, «de razón».
270 = Tras el aire y el agua, el libro III trata los elementos físicos indianos. El libro II se ocupó de la peculiaridad de la tierra americana, por ser ecuatorial principalmente.

pues la mayor parte de Indias cae debajo della. Pero, para que mejor se entienda, he considerado tres diferencias de tierra en lo que he andado en aquellas partes: una es baja y otra muy alta, y la que está en medio destos extremos.

La tierra baja es la que es costa de mar, que en todas las Indias se halla y ésta de ordinario es muy húmeda y caliente, y así es la menos sana y menos poblada al presente; bien que hubo antiguamente grandes poblaciones de indios —como de las historias de la Nueva España y del Pirú consta— porque, como les era natural aquella región a los que en ella nacían y se criaban, conservábanse bien.[xxvi] Vivían de pesquerías del mar, y de las sementeras que hacían sacando acequias de los ríos, con que suplían la falta de lluvias: que ordinariamente es poca en la costa, y en algunas partes ninguna del todo. Tiene esta tierra baja grandísimos pedazos inhabitables: ya por arenales, que los hay crueles y montes enteros de arena; ya por ciénagas que, como corre el **(p. 172)** agua de los altos, a veces no halla salida y viértese y hace pantanos y tierras anegadizas sin remedio.

En efecto, la mayor parte de toda la costa del mar es de esta suerte en Indias, mayormente por la parte del mar del Sur.*/[xxvii] En nuestro tiempo está tan disminuida y menoscabada la habitación* destas costas o llanos que, de treinta partes, se[271] deben de haber acabado las veinte y nueve: lo que dura de indios creen muchos se acabará antes de mucho. Atribuyen esto diversos a diversas causas: unos, a demasiado trabajo que han dado a los indios; otros, al diverso modo de mantenimiento y bebidas que usan, después que participan del uso de españoles; otros, al demasiado vicio que en beber y en otros abusos tienen. Y yo para mí creo que este desorden es la mayor causa de su diminución,[272] y el disputarlo no es para agora.[xxviii]

En esta tierra baja que digo, que generalmente es malsana y poco apta para la habitación* humana, hay excepción de algunas partes que son templadas y fértiles: como es gran parte de los llanos del Pirú, donde hay valles frescos y abundantes. Sustenta por la mayor parte la habitación* de la costa el comercio por mar con España, del cual pende todo el estado de las Indias. Están pobladas en la costa algunas ciudades: como en el Pirú Lima, Trujillo; Panamá y Cartagena en Tierra Firme; Santo Domingo y Puerto Rico y la Habana en las Islas; y muchos pueblos menores, como la Veracruz en la Nueva España, Ica y Arica y otros en el Pirú. Comúnmente los puertos (aunque poca) tienen alguna población.

La segunda manera de tierra es por otro extremo muy alta, y por el consiguiente fría y seca: como lo son las sierras comúnmente. Esta tierra no es fértil ni apacible, pero es sana y así es muy habitada; tiene pastos y con ellos mucho ganado, que es gran parte del sustento de la vida humana: con esto suplen la falta de sementeras, rescatando y trajinando.[xxix] Lo **(p. 173)** que hace estas tierras ser habitadas, y algunas muy pobladas, es la riqueza de minas que se halla en ellas, porque a la plata y al oro obedece todo. En éstas, por ocasión de las minas, hay algunas poblaciones de españoles y de indios muy crecidas: como es[273] Potosí y Guancavelica en el Pirú, los Zacatecas en Nueva España. De indios hay por todas[274] las serranías grande habitación*, y hoy día se sustentan y aún quieren decir que van en crecimiento los indios, salvo que la labor de las minas gasta muchos. Y algunas enfermedades generales han consumido gran parte —como el *cocoliste*[275] en la Nueva España—, pero en efecto de parte de su vivienda no se ve que vayan en disminución.[xxx] En este extremo de tierra alta, fría y seca hay los dos beneficios que he dicho de pastos y de minas, que recompensan bien otros dos que tienen las tierras bajas de costa, que es el beneficio de la contratación de mar y la fertilidad de vino, que no se da sino en estas tierras muy calientes.

Entre estos dos extremos hay la tierra de mediana altura que, aunque una más o menos que otra, no llegan ni al calor de la costa ni al destemple de puras sierras. En esta manera de tierra se dan sementeras bien —de trigo, cebada y maíz—, las cuales no se dan en tierras muy altas, aunque sí en bajas. Tienen también abundancia de pastos y[276] ganados; frutas y arboledas se dan asaz*, y[277] verduras. Para la salud y para el contento es la mejor habitación*, y así lo más que está poblado en Indias es desta cualidad.

Yo lo he considerado con alguna atención, en diversos caminos y discursos[278] que he hecho, y hallado por buena cuenta que las provincias y partes más pobladas y mejores de Indias son de este jaez.[279] En la Nueva España (que sin duda es de lo mejor que rodea el Sol) mírese que por doquiera que se entre tras la costa luego se va subiendo; y, aunque de la suma subida se torna a declinar después, es poco y queda la tierra mucho más alta que está la cos **(p. 174)** ta. Así está todo el contorno de México y lo que mira el Volcán, que es la

271 «de» (Mat.).

272 = disminución.

273 «el» (O'G. y Alc.).

274 «tolas» (O'G. y Alc.).

275 = «peste», en náhuatl, que se aplicó luego a las muertes masivas ocurridas tras la conquista española.

276 = Sin «y» (1792, 1894, Mat.).

277 = «y las» (Mat.). La edición de 1792 y 1894 cambian la frase: «ganados, frutas y arboledas, y se dan bastante las verduras».

278 = recorridos. «Antiguo: carrera, curso, camino que se hace por varias partes» (*DRAE,* 11).

279 = estilo, tipo.

mejor tierra de Indias. Así[280] en el Pirú: Arequipa y Guamanga y el Cuzco, aunque una algo más y otra algo menos, pero en fin toda es tierra alta, y que della se baja a valles hondos y se sube a sierras altas. Y lo mismo me dicen de Quito y de Santa Fe, y de lo mejor del Nuevo Reino.[281]

Finalmente, tengo por gran acuerdo del Hacedor proveer que casi la mayor parte desta tierra de Indias fuese alta por que fuese templada, pues siendo baja fuera muy cálida debajo de la Zona Tórrida, mayormente distando de la mar. Tiene también casi cuanta tierra yo he visto en Indias vecindad de sierras altas, por un cabo o por otro: y algunas veces dije allá que deseaba verme en parte donde todo el horizonte se terminase con el cielo y tierra tendida, como en España en mil campos se ve.[xxxi] Pero jamás me acuerdo haber visto en Indias tal vista ni en islas ni en Tierra Firme, aunque anduve bien[282] más de setecientas leguas en largo.

Mas, como digo, para la habitación* de aquella región fue muy conveniente la vecindad de los montes y sierras, para templar el calor del sol. Y así todo lo más habitado de Indias es del modo que está dicho, y en general toda ella es tierra de mucha hierba y pastos y arboleda, al contrario de lo que Aristóteles y los antiguos pensaron. De suerte que, cuando van de Europa a Indias, se maravillan de ver tierra tan amena y tan verde y tan llena de frescura; aunque tiene algunas excepciones esta regla y la principal es de la tierra del Pirú, que es extraña entre todas, de la cual diremos agora.

Capítulo 20

De las propiedades de la tierra del Pirú

(p. 175) Por Pirú entendemos no toda aquella gran[283] parte del mundo que intitulan «la América» —pues en ésta se comprende el Brasil y el Reino de Chile y el de Granada, y nada desto es Pirú—[xxxii] sino solamente aquella parte que cae a la banda del[284] sur* y comienza del Reino de Quito, que está debajo de la Línea, y corre en largo hasta el Reino de Chile, que sale de los Trópicos; que será seiscientas leguas en largo, y en el ancho no más de hasta lo que toman los Andes, que serán cincuenta leguas comúnmente, aunque en algunas partes como hacia Chachapoyas hay más.

Este pedazo de mundo que se llama Pirú es de más notable consideración, por tener propiedades muy extrañas y ser casi excepción de la regla general de tierras de Indias. Porque, lo primero, toda su costa no tiene sino un viento, y ése no es el que suele correr debajo de la Tórrida sino su contrario, que es el Sur y Sudueste. Lo segundo, con ser de su naturaleza este viento el más tempestuoso y más pesado y enfermo de todos, es allí a maravilla suave, sano y regalado: tanto que a él se debe la habitación[285] de aquella costa, que sin él fuera inhabitable de caliente y congojosa. Lo tercero, en toda aquella costa nunca llueve ni truena ni graniza ni nieva, que es cosa admirable. Lo cuarto, en muy poca distancia junto a la costa[286] llueve y nieva y truena terriblemente. Lo quinto, corriendo dos cordilleras de montes[287] al parejo y en una misma altura de Polo, en la una[288] hay grandísima arboleda y llueve lo más del año y es muy cálida; la otra[289] todo lo contrario, es toda pelada, muy fría y tiene el año repartido en invierno y verano, en lluvias y serenidad.

Para que todo esto se perciba mejor, hase de considerar que el Pirú está dividido en tres como tiras largas y angostas: que son llanos, sierras, y Andes. Los llanos son costa de la mar; la sierra es todo cuestas, con algunos valles; los Andes son montes espesísimos. Tienen los llanos de ancho como diez leguas, y en algunas partes menos, en **(p. 176)** otras algo más; la sierra terná[290] veinte; los Andes otras veinte, en partes más y en partes menos. Corren[291] a lo largo del Norte a Sur, lo ancho de Oriente a Poniente.

Es, pues, cosa maravillosa que en tan poca distancia como son cincuenta leguas —distando igualmente de la Línea y Polo— haya tan grande diversidad que en la una parte casi siempre llueve, en la otra casi nunca llueve, y en la otra[292] un tiempo llueve y otro no llueve. En la costa o llanos nunca llueve, aunque a veces cae una agua menudilla —que ellos llaman *garúa*, y en Castilla «mollina», y ésta a veces llega a unos goteroncillos de agua que cae: pero en efecto no

280 = Asimismo.
281 de Granada = Colombia.
282 = mucho. Sin «bien» (1792, 1894, Mat.).
283 Sin «gran» (O'G. y Alc.).
284 mar del.
285 = habitabilidad.
286 = Porque la sierra —donde cambia el clima, como explicará— se halla cerca.
287 «monte» (O'G. y Alc.).
288 = «montaña» o selva actuales, que llama Andes luego. «Por la extensión que le da de veinte leguas, parece referirse solo a la «ceja de selva».
289 = los Andes actuales, que llama «sierra».
290 «tendrá» (todos, menos la Príncipe, O'G y Alc).
291 los tres sistemas (llanos, sierra y Andes).
292 tercera, la sierra.

hay tejados,[293] ni agua que obligue a ellos. Los tejados son una estera con un poco de tierra encima, y esto les basta. En los Andes casi todo el año llueve, aunque un tiempo hay más serenidad que otro. En la sierra, que cae en medio destos extremos, llueve a los mismos tiempos que en España, que es desde septiembre a abril. Y estotro tiempo[294] está sereno, que es cuando más desviado anda el sol, y lo contrario cuando más cercano: de lo cual se trató asaz* en el libro pasado.

Lo que llaman *Andes* y lo que llaman *sierra* son dos cordilleras de montes altísimos, y deben de correr más de mil leguas, la una a vista de la otra, casi como paralelas. En la sierra se crían casi innumerables manadas de *vicuñas*, que son aquellas como cabras monteses tan ligeras. Críanse también los que llaman *guanacos* y *pacos*: que son los carneros, y juntamente los jumentos de aquella tierra, de que se tratará a su tiempo.[295] En los Andes se crían monos, y micos muchos y muy graciosos, y papagayos en cantidad; dase la o árbol que llaman *coca*, que tan estimada es de los indios y tanto dinero vale su trato.

Lo que llaman sierra, en partes donde se abre hace valles que son la mejor habitación* del Pirú: como el de Jauja, el de Andaguailas, el de Yucay. En estos valles se da maíz y trigo **(p. 177)** y frutas, en unas más y en otras menos. Pasada[296] la ciudad del Cuzco (que era antiguamente la corte de los señores de aquellos reinos), las dos cordilleras que he dicho se apartan una de otra y dejan en medio una campaña grande o llanadas, que llaman la provincia del *Collao*. En éstas hay cantidad de ríos y la gran laguna Titicaca, y tierras grandes y pastos copiosos; pero, aunque es tierra llana, tiene la misma altura y destemplanza de[297] sierra. Tampoco cría arboleda ni leña, pero suplen la falta de pan con unas raíces que siembran, que llaman *papas,* las cuales debajo de la tierra se dan, y éstas son[298] comida de los indios; y, secándolas y curándolas, hacen dellas lo que llaman *chuño*, que es el pan y sustento de aquella tierra. También se dan algunas raíces y hierbezuelas, que comen. Es tierra sana, y la más poblada de Indias y la más rica, por la abundancia de ganados que se crían bien, así de los de Europa —ovejas, vacas, cabras— como de los de la tierra, que llaman *guanacos* y *pacos*; hay caza de perdices harta*.

Tras[299] la provincia del *Collao* viene la de *Los Charcas*, donde hay valles calientes y de grandísima fertilidad, y hay cerros asperísimos y de gran riqueza de minas: que en ninguna parte del mundo las hay ni ha habido mayores ni tales.

Capítulo 21

De las causas que dan de no llover en los llanos

Como es cosa tan extraordinaria que haya tierra donde jamás llueve ni truena, naturalmente apetecen los hombres saber la causa de tal novedad. El discurso que hacen algunos que lo han considerado con atención es que, por falta de materia, no se levantan en aquella costa vahos gruesos y suficientes para engendrar **(p. 178)** lluvia sino sólo delgados, que bastan a hacer aquella niebla y *garúa*. Como vemos que en Europa muchos días por la mañana se levantan vahos que no paran en lluvia sino sólo en nieblas, lo cual proviene de la materia: por no ser gruesa y suficiente para volverse en lluvia. Y que en la costa del Pirú sea eso perpetuo, como en Europa algunas veces, dicen ser la causa que toda aquella región es sequísima e inepta para vapores gruesos. La sequedad bien se ve por los arenales inmensos que tienen, y porque ni fuentes ni pozos <no> se hallan si no es en grandísima profundidad de quince y más estados; y, aún ésos, han de ser cercanos a ríos de cuya agua trascolada[300] se hallan pozos. Tanto que por experiencia se ha visto que, quitando el río de su madre y echándole por otra, se han secado los pozos hasta que volvió el río a su corriente.

De parte de la causa material para no llover dan ésta.[301] De parte de la eficiente[xxxiii] dan otra, no de menos consideración: y es que la altura excesiva de la sierra que corre por toda la costa abriga aquellos llanos, de suerte que no deja soplar el viento de parte de tierra, si no es tan alto que excede aquellas cumbres tan levantadas. Y así no corre más[302] del viento de mar: el cual, no teniendo contrario, no aprieta ni exprime los vapores que se levantan para que hagan lluvia, de manera que el abrigo de la tierra estorba el condensarse los vapores, y hace que todos se vayan en

[293] de cantería, en las casas.
[294] = es decir, de mayo a agosto.
[295] En capítulos finales del libro IV.
[296] hacia el sur.
[297] toda la.
[298] la.
[299] = Hacia el sur.

[300] = Filtrada, manada. «Pasar desde un lado a otro de un monte u otro sitio» (*DRAE,* 2 figurado).
[301] causa anterior.
[302] que.

nieblas esparcidas. Con este discurso vienen[303] algunas experiencias, como es llover en algunos collados de la costa que están algo menos abrigados, como son los cerros de Atico y Arequipa. *Item*, haber llovido algunos años que han corrido nortes o brisas por todo el espacio que alcanzaron, como acaeció el año de setenta y ocho en los llanos de Trujillo, donde llovió muchísimo, cosa que no habían visto muchos siglos había. *Item*, en la misma costa llueve donde alcanzan de ordinario brisas o nortes, co **(p. 179)** mo en Guayaquil, y en donde se alza mucho la tierra y se desvía del abrigo de los cerros, como pasado Arica.

De[304] esta manera discurren algunos, podrá discurrir cada uno como mejor le pareciere. Esto es[305] cierto: que bajando de la sierra a los llanos se suelen ver dos como cielos —uno claro y sereno en lo alto, otro oscuro y como un velo pardo tendido debajo que cubre toda la costa. Mas, aunque no llueve, aquella neblina es a maravilla provechosa para producir la tierra, y para que las sementeras tengan sazón: porque, aunque tengan agua de pie cuanta quieren sacada de las acequias, no se qué virtud <se> tiene la humedad del cielo que, faltando aquella *garúa*, hay gran falta en las sementeras. Y lo que más es de admirar es que los arenales secos y estériles, con la *garúa* o niebla se visten de y flores: que es cosa deleitosísima de mirar y de gran utilidad para los pastos de los ganados, que engordan con aquella a placer, como se ve en la sierra que llaman de la Arena, cerca de la Ciudad de los Reyes.

Capítulo 22

De la propiedad de Nueva España e Islas, y las demás tierras

En pastos excede la Nueva España y así hay innumerables crías de caballos, vacas, ovejas y de lo demás. También es muy abundante de frutas, y no menos de sementeras de todo grano: en efecto, es la tierra más proveída y abastada[306] de Indias. En una cosa empero le hace gran ventaja el Pirú, que es el vino: porque en el Pirú se da mucho y bueno y cada día va creciendo la labor de las viñas, que se dan en valles muy calientes donde hay regadío de acequias. **(p. 180)** En la Nueva España, aunque hay uvas, no llegan a aquella sazón que se requiere para hacer vino: la causa es llover allá por julio y agosto, que es cuando la uva madura, y así no llega a madurar lo que es menester. Y, si con mucha diligencia se quisiese hacer vino, sería como lo del Genovesado y de Lombardía: que es muy flaco y tiene mucha aspereza en el gusto, que no parece hecho de uvas.[307]

Las islas que llaman de Barlovento —que es la Española y Cuba y Puerto Rico, y otras por allí— tienen grandísima verdura y pastos, y ganados mayores en grande abundancia: hay cosa innumerable de vacas y puercos, hechos silvestres. La granjería[308] destas islas es ingenios de azúcar y corambre;[309] tienen mucha cañafístola[310] y gengibre, que ver lo que en una flota viene desto parece cosa increíble que en toda Europa se puede gastar tanto. Traen también madera de excelentes cualidades y vista, como ébano, y otras para edificios y para labor. Hay mucho de aquel palo que llaman «santo», que es para curar el mal de bubas.[311]

Todas estas islas y las que están por aquel paraje —que son innumerables— tienen hermosísima y fresquísima vista, porque todo el año están vestidas de hierba y llenas de arboledas: que no saben qué es otoño ni invierno por la continua humedad con el calor de la Tórrida. Con ser infinita tierra tiene poca habitación*, porque de suyo cría grandes y espesos *arcabucos* (que así llaman allá los bosques espesos), y en los llanos hay muchas ciénagas y pantanos. Otra razón principal de su poca habitación* es haber permanecido pocos de los indios naturales, por la inconsideración y desorden de los primeros conquistadores y pobladores. Sírvese en gran parte de negros, pero éstos cuestan caro[312] y no son buenos para cultivar la tierra. No llevan[313] pan ni vino estas islas, porque la demasiada fertilidad de la tierra no lo deja granar, sino todo lo echa en hierba, y sale muy desigual. Tampoco se dan olivos, a lo me **(p. 181)** nos no llevan olivas, sino mucha hoja y frescor de vista, y no llega a fruto. El pan que usan es *cazavi*, de que diremos en su

303 = convienen, aducen.

304 = Así como, tal como de.

305 lo.

306 = «Abastecer» (*DRAE,* abastar).

307 «uva» (O'G. y Alc.).

308 = «Ganancia y utilidad que se obtiene traficando y negociando» (*DRAE,* 2, figurado).

309 = «Conjunto de cueros o pellejos, curtidos o sin curtir, de algunos animales, y con particularidad del toro, vaca, buey o macho cabrío» *(DRAE).*

310 = Árbol con fruto comercial, usado como laxante: «Vainas cilíndricas de color pardo, que contienen una pulpa negruzca y dulce, que se usa en medicina» *(DRAE).*

311 = sífilis.

312 «caros» (Mat.).

313 = producen.

lugar. Los ríos destas islas tienen oro, que algunos sacan, pero es poco por falta de naturales que lo beneficien. En estas islas estuve menos de un año,[xxxiv] y la relación que tengo de la Tierra Firme de Indias donde no he estado —como es la Florida y Nicaragua y Guatemala, y otras— es casi destas condiciones que he dicho. En las cuales, las cosas más particulares de naturaleza que hay no las pongo por no tener entera noticia dellas.

La tierra que más se parece a España y a las demás regiones de Europa en todas las Indias Occidentales es el reino de Chile, el cual sale de la regla de esotras tierras, por ser fuera de la Tórrida y Trópico de Capricornio su asiento. Es tierra de suyo fértil y fresca, lleva todo género de frutos de España. Dase vino y pan en abundancia, es copiosa de pastos y ganados: el temple sano y templado, entre calor y frío. Hay verano e invierno perfectamente. Tiene copia* de oro muy fino. Con todo esto, está pobre y mal poblada por la continua guerra que los araucanos y sus aliados hacen, porque son indios robustos y amigos de su libertad.[xxxv]

Capítulo 23

De la tierra que se ignora, y de la diversidad de un día entero entre[314] [Indias] Orientales y Occidentales

Hay grandes conjeturas que en la zona *temperata*[315] que está al polo Antártico hay tierras prósperas y grandes, mas hasta hoy día no están descubiertas: ni se sabe de otra tierra en aquella zona[316] si no es la de Chile, y algún pedazo de la que corre de Etiopía al Cabo de Buena Esperanza, como en el primer libro se dijo.[317] En las otras dos zonas polares[318] tampoco se sabe si hay habitación*, ni si llega[319] allá por la banda del polo antártico o sur la tierra que cae pasado el estrecho de **(p. 182)** Magallanes, porque lo más alto que se ha conocido de ella es en cincuenta y seis grados, como está arriba dicho.[320]

Tampoco se sabe por la banda del polo ártico, o norte, adónde llega la tierra que corre sobre el cabo Mendocino y Californias, ni el fin y término de la Florida, ni qué tanto se extiende al occidente. Poco ha que se ha descubierto gran tierra que llaman «El Nuevo México», donde dicen hay mucha gente y hablan la lengua mexicana. Las Filipinas e islas consecuentes, según personas pláticas* dellas refieren, corren más de novecientas leguas. Pues tratar de la China y Cochinchina y Siam, y las demás provincias que tocan a la India Oriental, es cosa infinita y ajena de mi intención, que es sólo de las Indias Occidentales.[xxxvi]

En la misma América,[321] cuyos términos por todas partes se saben, no se sabe la mayor parte della —que es lo que cae entre el Pirú y Brasil—, y hay diversas opiniones: de unos que dicen que toda es tierra anegadiza, llena de lagunas y pantanos, y de otros que afirman haber allí grandes y floridos reinos, y fabrican allí el Paititi y el Dorado y los Césares, y dicen haber cosas maravillosas. A uno de nuestra Compañía, persona fidedigna, oí yo que él había visto grandes poblaciones y caminos tan abiertos y trillados, como de Salamanca a Valladolid. Y esto fue cuando se hizo la entrada o descubrimiento por el gran río de las Amazonas o Marañón por Pedro de Ursúa, y después otros que le sucedieron; y, creyendo que el Dorado que buscaban estaba adelante, no quisieron poblar allí: y después se quedaron sin el Dorado (que nunca hallaron) y sin aquella gran provincia que dejaron. En efecto, es cosa hasta hoy oculta la habitación* de la América, excepto los extremos[322] —que son el Pirú y el Brasil—, y donde viene a angostarse la tierra, que es el Río de la Plata y después Tucumán, dando vuelta a Chile y a los Charcas. Agora últimamente, por cartas de los nuestros[323] que andan en Santa Cruz de la Sierra, se tiene por relación fresca que se **(p. 183)** van descubriendo grandes provincias y poblaciones en aquellas partes que caen entre el Pirú y Brasil.

Esto descubrirá el tiempo: que, según es la diligencia y osadía de rodear el mundo por una y otra parte, podemos bien creer que como se ha descubierto lo de hasta aquí se descubrirá lo que resta, para que el santo Evangelio sea anunciado en el universo mundo, pues se han ya topado

[314] *las rutas o tierras.*
[315] «templada» (1792, 1894 y Mat.). No respetan la forma latinizada.
[316] austral, en general.
[317] Al fin del cap. 9, se refiere a sudáfrica.
[318] ¿Otras dos de Asia o, más bien, otras dos del otro lado del Estrecho de Magallanes y B. Esperanza?
[319] «llegan» (Príncipe, 1792, 1894 y Mat.), sin sentido. Párrafo confuso que en la Príncipe concluye en un punto, tras «o sur», como Mateos y 1792. Tiene más sentido el singular «llega» en O'G. y Alc., incluyendo la frase posterior tras «o sur», que ellos dos separan con coma simple.

[320] Cap. 11 de este libro.
[321] del sur.
[322] orientales y occidentales.
[323] = misioneros jesuitas.

por Oriente y Poniente haciendo círculo perfecto del universo las dos coronas de Portugal y Castilla, hasta juntar sus descubrimientos. Que cierto es cosa de consideración que por el Oriente hayan los unos[324] llegado hasta la China y Japón, y por el Poniente los otros[325] a las Filipinas, que están vecinas y casi pegadas con la China. Porque de la isla de Luzón, que es la principal de las Filipinas en donde está la ciudad de Manila, hasta Macao que es la Isla de Cantón, no hay sino ochenta o cien leguas de mar en medio. Y es cosa maravillosa que, con haber tan poca distancia, traen un día entero de diferencia en su cuenta: de suerte que en Macao es domingo al mismo tiempo que en Manila es sábado. Y así en lo demás siempre los de Macao y la China llevan un día delantero, y los de las Filipinas le llevan atrasado.

Acaeció al padre Alonso Sánchez (de quien arriba se ha hecho mención)[326] que yendo de las Filipinas llegó a Macan[327] en dos de mayo, según su cuenta: y queriendo rezar[328] de San Atanasio, halló que se celebraba la fiesta de la invención de la Cruz, porque contaban allí tres de mayo. Lo mismo le sucedió otra vez que hizo viaje allá.

A algunos ha maravillado esta variedad, y les parece que es yerro de los unos o de los otros: y no lo es, sino cuenta verdadera y bien observada. Porque, según los diferentes caminos por donde han ido los unos y los otros, es forzoso cuando se encuentran tener un día de diferencia. La razón desto es porque los que navegan de Occidente a Oriente van siempre ganando día, porque el sol les va saliendo más presto; los que navegan **(p. 184)** de Oriente a Poniente, al revés, van siempre perdiendo día o atrasándose, porque el sol les va saliendo más tarde. Y, según lo que más se van llegando a Oriente o a Poniente, así es el tener el día más temprano o más tarde. En el Pirú —que es occidental respecto de España— van más de seis horas traseros, de modo que cuando en España es mediodía amanece en el Pirú: y cuando amanece acá es allá medianoche. La prueba desto he yo hecho por computación de eclipses de sol y de la luna.[xxxvii]

Agora, pues los portugueses han hecho su navegación de Poniente a Oriente [y] los castellanos de Oriente a Poniente, cuando se han venido a juntar (que es en las Filipinas y Macan*) los unos han ganado doce horas de delantera, los otros han perdido otras tantas: y así, a un mismo punto y a un mismo tiempo, hallan la diferencia de veinte y cuatro horas, que es día entero, y por eso, forzoso los unos están en tres de mayo cuando los otros cuentan a dos. Y los unos ayunan Sábado santo, y los otros comen carne en día de Resurrección.[xxxviii] Y, si fingiésemos que pasasen adelante cercando otra vez al mundo y llevando su cuenta, cuando se tornasen a juntar se llevarían dos días de diferencia en su cuenta.

Porque, como he dicho, los que van al nacimiento del sol van contando el día más temprano como les va saliendo más presto; y los que van al ocaso, al revés, van contando el día más tarde como les va saliendo más tarde. Finalmente, la diversidad de los meridianos hace la diversa cuenta de los días, y como los que van navegando a Oriente o Poniente van mudando meridianos sin sentirlo —y, por otra parte, van prosiguiendo en la misma cuenta en que se hallan cuando salen— es necesario que cuando hayan dado vuelta entera al mundo se hallen con yerro de un día entero.

Capítulo 24

De los volcanes, o bocas de fuego

Aunque en otras partes se hallan bocas de fuego —como el monte Etna y el Vesubio, que agora **(p. 185)** llaman «el monte de Soma»—,[xxxix] en Indias es cosa muy notable lo que se halla desto. Son los volcanes de ordinario cerros muy altos, que se señalan entre las cumbres de los otros montes. Tienen en lo alto una llanura, y en medio una hoya o boca grande que baja hasta el profundo, que es cosa temerosa mirarlos: destas bocas echan humo, y algunas veces fuego. Algunos hay que es muy poco el humo que echan, y casi no tienen más de la forma de volcanes: como es el de Arequipa, que es de inmensa altura y casi todo de arena, en cuya subida gastan dos días, pero no han hallado cosa notable de fuego sino rastros de los sacrificios que allí hacían indios en tiempo de su gentilidad, y algún poco de humo alguna vez.

El volcán de México que está cerca de la Puebla de los Angeles es también de admirable altura, que sube de treinta leguas al derredor.[329] Sale deste volcán —no continuamente sino a tiempos, casi cada día— un gran golpe de humo, y sale derecho en alto como una vira;[330] después, que,

[324] = portugueses.
[325] = españoles.
[326] = III, 6.
[327] = Macao.
[328] en honor de.

[329] «alrededor» (O'G, Alc.).
[330] = «Especie de saeta delgada, de punta muy aguda» *(DRAE).*

se va haciendo como un plumaje muy grande, hasta que cesa del todo y luego se convierte en una como nube negra. Lo más ordinario es salir por la mañana salido el sol, y a la noche cuando se pone, aunque también lo he visto a otras horas. Sale a vueltas[331] del humo también mucha ceniza; fuego no he visto salir hasta agora[332] hay recelo que salga y abrase la tierra, que es la mejor de aquel reino la que tiene en su contorno. Tienen por averiguado que deste volcán y de la tierra de Tlaxcala, que está vecina, se hace cierta correspondencia: por donde son tantos los truenos y relámpagos, y aún rayos, que de ordinario se sienten por allí. A este volcán han subido y entrado en él españoles, y sacado «alcrevite» o piedra azufre para hacer pólvora. Cortés cuenta la diligencia que él hizo para descubrir lo que allí había.

Los volcanes de Guatemala son más famosos, así por su grandeza —que los navegantes de **(p. 186)** la mar del Sur* descubren de muy lejos— como por la braveza de fuego que echan de sí. En veinte y tres de diciembre del año de 86 pasado sucedió caer casi toda la ciudad de Guatemala de un temblor, y morir algunas personas. Había[333] ya seis meses que de noche ni de día no cesó el volcán de echar de sí por lo alto —y como vomitar— un río de fuego, cuya materia cayendo por las faldas del volcán se convertía en ceniza y cantería quemada. Excede el juicio humano cómo pudiese sacar de su centro tanta materia como por todos aquellos meses lanzaba de sí. Este volcán no solía echar sino humo, y eso no siempre, y algunas veces también hacía algunas llamaradas. Tuve yo esta relación estando en México por una carta —de un secretario de la Audiencia de Guatemala— fidedigna,[xl] y aún entonces no había cesado el echar el fuego que se ha dicho de aquel volcán. En Quito los años pasados, hallándome en la ciudad de los Reyes, el volcán que tienen vecino echó de sí tanta ceniza que por muchas leguas llovió ceniza tanta que oscureció del todo el día, y en Quito cayó de modo que no era posible andar por las calles.

Otros volcanes han visto que no echan llama ni ceniza, sino allá en lo profundo están[334] ardiendo en vivo fuego sin parar. Déstos era aquel que, en nuestro tiempo, un clérigo codicioso se persuadió que era masa de oro la que ardía, concluyendo que no podía ser otra materia ni metal cosa que tantos años ardía, sin gastarse jamás: y con esta persuasión hizo ciertos calderos y cadenas con no se qué ingenio, para coger y sacar oro de aquel pozo. Mas hizo burla de él el fuego porque, no había bien llegado la cadena de hierro y el caldero, cuando luego se deshacía y cortaba como si fuera estopa. Todavía me dijeron que porfiaba el sobredicho, y que andaba dando otras trazas cómo sacar el oro que imaginaba.

[331] = continuación.
[332] pero.
[333] = Hacía.
[334] «está» (O'G. y Alc.).

Capítulo 25

Qué sea la causa de durar tanto tiempo el humo y fuego destos volcanes

(p. 187) No hay por qué referir más número de volcanes, pues de los dichos se puede entender lo que en esto pasa. Pero es cosa digna de disputar qué sea la causa de durar el fuego y humo destos volcanes, porque parece cosa prodigiosa y que excede el curso natural sacar de su estómago tanta cosa como vomitan. ¿Dónde está aquella materia o quién se la[335] da, cómo se hace?

Tienen algunos por opinión que los volcanes van gastando la materia interior que ya tienen de su composición, y así creen que ternán[336] naturalmente fin en habiendo consumido la leña (digamos)[337] que tienen. En consecuencia desta opinión se muestran hoy día algunos cerros de donde se saca piedra quemada y muy liviana, pero muy recia y muy excelente para edificios, como es la que en México se trae para algunas fábricas: y en efecto parece ser lo que dicen, que aquellos cerros tuvieron un fuego natural un tiempo y que se acabó, acabada la materia que pudo gastar, y así dejó aquellas piedras pasadas de fuego. Yo no contradigo a esto, cuanto[338] a pensar que haya habido allí fuego y, en su modo, sido volcanes aquéllos en algún tiempo. Mas háceseme cosa dura creer que en todos los volcanes pasa[339] así, viendo que la materia que de sí echan es casi infinita y que no puede caber allá en sus entrañas junta. Y, demás de eso,[340] hay volcanes que en centenares y aún millares de años se echan siempre de un ser,[341] y con el mismo continente lanzan de sí humo y fuego y ceniza.

Plinio, el historiador natural (según refiere el otro Plinio su sobrino), por especular este secreto y ver cómo pasaba el

[335] «le» (Mat.).
[336] «tendrán» (todos, menos la Príncipe, O'G. y Alc.)
[337] Sin paréntesis y entre comas (1792, 1894 y Mat.).
[338] = en cuanto a, por lo que respecta.
[339] «para» (O'G. y Alc.). Hoy diríamos «pase».
[340] «esto» (Mat.).
[341] = permanecen igual.

negocio —llegándose[342] a la conversación del fuego de un volcán déstos— murió, y fue a acabar de averiguarlo allá. Yo, de más afuera mirándolo,[343] digo que tengo para mí que, como hay en la tierra lugares que tienen virtud de atraer a sí materia vaporosa y convertirla en agua, y ésas son fuentes que siempre manan —y siempre tienen de qué manar, porque atraen a sí la materia del agua—, **(p. 188)** así también hay lugares que tienen propiedad de atraer a sí exhalaciones secas y cálidas, y ésas convierten en fuego y humo; y con la fuerza dellas lanzan también otra materia gruesa, que se resuelve en ceniza o en piedra pómez, o semejante. Y que esto sea así es indicio bastante el ser a tiempos el echar el humo y no siempre, y a tiempos fuego y no siempre: porque es según lo que ha podido atraer y digerir. Y, como las fuentes en tiempo de invierno abundan y en verano se acortan, y aún algunas cesan del todo según la virtud y eficacia que tienen y según la materia se ofrece, así[344] los volcanes en el echar más o menos fuego a diversos tiempos.[xli]

Lo que otros platican, que es fuego del infierno y que sale de allá, para considerar por allá lo de la otra vida puede servir; pero, si el infierno está —como platican los teólogos— en el centro y la tierra tiene de diámetro más de dos mil leguas, no se puede bien asentar que salga del centro aquel fuego. Cuanto más, que el fuego del infierno —según san Basilio[345] y otros santos enseñan— es muy diferente de éste que vemos, porque no tiene luz y abrasa incomparablemente más que este nuestro. Así que concluyo, con parecerme lo que tengo dicho más razonable.

Capítulo 26
De los temblores de tierra

Algunos han pensado que de estos volcanes que hay en Indias procedan los temblores de tierra, que por allá son harto* frecuentes. Mas, porque los hay en partes también que no tienen vecindad con volcanes, no puede ser ésa toda la causa. Bien es verdad que en cierta forma tiene lo uno con lo otro mucha semejanza, porque las exhalaciones cálidas que se engendran en las íntimas concavidades de la tierra parece que son la princi **(p. 189)** pal materia del fuego de los volcanes, con las cuales se enciende[346] también otra materia más gruesa, y hace aquellas apariencias de humos y llamas que salen: y las mismas exhalaciones, no hallando debajo de la tierra salida fácil, mueven la tierra con aquella violencia para salir, de donde se causa el ruido horrible que suena debajo de la tierra y el movimiento de la misma tierra agitada de la exhalación encendida. Así como la pólvora —tocándole el fuego— rompe peñas y muros en las minas, y como la castaña —puesta al fuego— salta y se rompe y da estallido, en concibiendo[347] el aire que está dentro de su cáscara el vigor del fuego.[xlii]

Lo más ordinario destos temblores o terremotos suele ser en tierras marítimas, que tienen agua vecina. Y así se ve en Europa y en Indias, que los pueblos muy apartados de mar y aguas sienten menos de este trabajo, y los que son puertos o playas o costa o tienen vecindad con eso padecen más esta calamidad. En el Pirú ha sido cosa maravillosa y mucho de notar que desde Chile a Quito, que son más de quinientas leguas, han ido los terremotos por su orden corriendo; digo los grandes y famosos, que otros menores han sido ordinarios. En la costa de Chile —no me acuerdo qué año—[xliii] hubo uno terribilísimo que trastornó montes enteros y cerró con ellos la corriente a los ríos y los hizo lagunas, y derribó pueblos y mató cuantidad de hombres, e hizo salir la mar de sí por algunas leguas dejando en seco los navíos muy lejos de su puesto y otras cosas semejantes de mucho espanto. Y, si bien me acuerdo, dijeron había corrido trescientas leguas por la costa el movimiento que hizo aquel terremoto. De ahí a pocos años, el de ochenta y dos, fue el temblor de Arequipa, que asoló casi aquella ciudad. Después, el año de ochenta y seis a nueve de julio,[xliv] fue el de la ciudad de los Reyes, que según escribió el virrey había corrido en largo por la costa ciento y setenta leguas, y en ancho la sierra adentro cin **(p. 190)** cuenta leguas. En este temblor fue una gran misericordia del Señor prevenir la gente, con un ruido grande que sintieron algún poco antes del temblor: y, como están allí advertidos por la costumbre, luego* se pusieron en cobro saliéndose a las calles o plazas o huertas, finalmente a lo descubierto. Y así, aunque arruinó mucho aquella ciudad y los principales edificios de ella los derribó o maltrató mucho, pero de la gente sólo refieren haber muerto hasta catorce o veinte personas. Hizo también entonces la mar el mismo movimiento que había hecho en Chile: que fue, poco después de pasado el temblor de tierra,

342 = tratándose en un debate el tema de.

343 Nótese la ironía y sarcasmo, en referencia a la muerte de Plinio por acercarse tanto a un volcán activo, para resolver una discusión de volcanes.

344 ocurre con.

345 Basilio, sobre el salmo 28; *Homilías sobre el Hexamerón*.

346 «encienden» (1792 y Mat.).

347 = sintiendo, tocando.

salir ella muy brava de sus playas y entrar la tierra adentro casi dos leguas, porque subió más de catorce brazas y cubrió toda aquella playa, nadando en el agua que dije las vigas y madera que allí había. Después, el año siguiente, hubo otro temblor semejante en el reino y ciudad de Quito, que parece han ido sucediendo por su orden en aquella costa todos estos terremotos notables. Y en efecto es sujeta a este trabajo: porque, ya que no tienen en los llanos del Pirú la persecución del cielo de truenos y rayos, no les falte de la tierra qué temer, y así todos tengan a vista alguaciles de la divina justicia para temer a Dios pues, como dice la Escritura:[348] *Fecit haec, ut timeatur*.

Volviendo a la proposición, digo que son más sujetas a estos temblores tierras marítimas: y la causa, a mi parecer, es que con el agua se tapan y obstruyen los agujeros y aperturas de la tierra por donde había de exhalar y despedir las exhalaciones cálidas que se engendran. Y también la humedad condensa la superficie de la tierra, y hace que se encierren y reconcentren más allá dentro los humos calientes, que vienen a romper encendiéndose. Algunos han observado que, tras años muy secos, viniendo tiempos lluviosos suelen moverse tales temblores de tierra y es por la misma razón: a la cual ayuda la experiencia, que dicen, de haber me **(p. 191)** nos temblores donde hay muchos pozos. A la ciudad de México tienen por opinión que le es causa de algunos temblores que tiene, aunque no grandes, la laguna en que está.

Aunque también es verdad que ciudades y tierras muy mediterráneas,[349] y apartadas de mar, sienten a veces grandes daños de terremotos: como en Indias la ciudad de Chachapoyas, y en Italia la de Ferrara —aunque ésta,[350] por la vecindad del río y no mucha distancia del mar Adriático, antes parece se debe contar con las marítimas para el caso de que se trata. En Chuquiabo —que por otro nombre se dice la Paz, ciudad del Pirú— sucedió un caso en esta materia raro el año de ochenta y uno: y fue caer de repente un pedazo grandísimo de una altísima barranca cerca de un pueblo llamado Angoango, donde había indios hechiceros e idólatras. Tomó gran parte deste pueblo y mató cantidad de los dichos indios, y —lo que apenas parece creíble, pero afírmanlo personas fidedignas— corrió la tierra que se derribó continuadamente[351] legua y media, como si fuera agua o cera derretida, de modo que tapó una laguna y quedó aquella tierra tendida por toda esta distancia.

Capítulo 27
Cómo se abrazan la tierra y la mar

Acabaré[352] con este elemento juntándolo con el precedente del agua, cuyo orden y trabazón entre sí es admirable. Tienen estos dos elementos partida entre sí una misma esfera y abrázanse[353] en mil maneras: en unas partes combate el agua a la tierra furiosamente como enemiga, en otras la ciñe mansamente. Hay[354] donde la mar entra por la tierra mucho camino, como a visitarla; hay donde se paga[355] la tierra con echar a la mar unas puntas que llega a sus entrañas. En partes se acaba el un elemento y comienza el otro muy poco a poco, dando lugar uno a otro. **(p. 192)**

En partes cada uno dellos tiene, al juntarse, su profundo inmenso: porque se hallan islas en la mar del Sur* y otras en la del Norte que, llegando los navíos junto a ellas —aunque echan la sonda en setenta y ochenta brazas—, no hallan fondo: de donde se ve que son como unos espigones o puntas de tierra que suben del profundo, cosa que pone gran admiración. Desta suerte me dijo un piloto experto que eran las islas que llaman de Lobos, y otra al principio de la costa de Nueva España[xlv] que llaman de los Cocos. Y aún hay parte donde en medio del inmenso Océano, sin verse tierra en muchas leguas al derredor, se ve dos como torres altísimas o picos de viva peña que salen en medio del mar, y junto a ellos no se halla tierra ni fondo.

La forma que enteramente hace la tierra en Indias no se puede entender, por no saberse las extremidades[356] ni estar descubiertas hasta el día presente; pero así, gruesamente,[357] podemos decir que es como de corazón con los pulmones. Lo más ancho de este como corazón es del Brasil al Pirú; la punta, al estrecho de Magallanes. El alto donde remata es Tierra

[348] *Eclesiastés,* 3, 14 (*nota del autor*). «Conocí que cuanto hace Dios es permanente y nada se le puede añadir, nada quitar, y hace así Dios que se le tema» (N.-C.).

[349] «Dícese de lo que está rodeado de tierra» *(DRAE).*

[350] «está» (O'G. y Alc.), sin sentido.

[351] «continuamente» (O'G.y Alc.).

[352] la relación de todos los elementos simples de Indias (tierra, agua, aire y fuego).

[353] «abrazándose» (O'G. y Alc.).

[354] casos.

[355] = Satisface, da por pagada. «(Del latín *pacare*, apaciguar, calmar, satisfacer)» *(DRAE).*

[356] del Norte y del Sur.

[357] = Grosso modo.

Firme, y de allí vuelve a ensanchar poco a poco hasta llegar a la grandeza de la Florida y tierras superiores, que no saben bien. Otras particularidades destas tierras de Indias se pueden entender de comentarios que han hecho españoles de sus sucesos y descubrimientos: y entre éstos la peregrinación que yo escribí de un hermano de nuestra Compañía, que cierto es extraña, puede dar mucha noticia.[xlvi]

Con esto quedará dicho lo que ha parecido bastar al presente para dar alguna inteligencia de cosas de Indias, cuanto a los comunes elementos de que constan todas las regiones del mundo.

Fin del Libro Tercero

Notas finales

i Como se vio en la dedicatoria de la obra y el Proemio al lector, el autor distingue varios niveles de interés de su estudio.

ii Tema recurrente en la «disputa del Nuevo Mundo», que llega hasta Buffon y Hegel, sosteniendo que el hemisferio sur está menos «evolucionado». *Cf.* Antonello Gerbi, 1982, cit. En notas IX del libro II.

iii Como los demás cuerpos celestes, por su graveza o pesadez (gravedad pre-newtoniana). Se mueve el autor dentro de la teoría ptolemaica, que coloca a la tierra como centro del universo. No será hasta la obra de Galileo, pocos años después, que se imponga la teoría heliocéntrica de Copérnico (publicada a su muerte en 1543), y con grandes resistencias.

iv El autor pretende sostener opiniones sustentadas en la ciencia, aunque hoy nos parezcan arcaicas, y se burla de explicaciones fantasiosas. Véase a continuación el relato de una experiencia científica personal.

v De 9 días, entre la fecha del Viejo y la del Nuevo Mundo. Poco más adelante habla de una traslación progresiva del cometa hacia el zodíaco septentrional, lo que permite pensar que en Europa lo vieron una semana más tarde, por estar en el hemisferio septentrional.

vi El autor era hombre de cierta pesadez corporal, muy sensible a los males de estómago.

vii Por esta claridad con que explica el «mal de montaña» (que los andinos llaman «soroche») se atribuye al P. Acosta la primera descripción del mismo, relacionado con la diferente composición del aire.

viii Obsérvese la lograda figura literaria de retruécano, como parte de su proceso descriptivo naturalista y admirativo.

ix El autor parece tener ante sí un mapamundi, para señalar una característica oceanográfica americana, por contraste con el Viejo Mundo.

x El significado de esta frase «mar del sur» se entiende referido al momento de 1513, en que se descubre el Pacífico y en que solamente se conocían las Antillas, a lo que se llamaba primeramente por Colón «Indias» (occidentales). Obsérvese el prurito del autor de explicar la razón de todos los nombres, cuando no tienen fácil explicación.

xi Téngase en cuenta que desde Panamá al Perú corren los vientos en contra, lo que explica la dificultad de su descubrimiento por Pizarro. La navegación hacia el sur se solía hacer combinando algunas partes por tierra y otras por mar. Lo que parece interesar ahora al autor es el debate mismo de su transformación ecológica, donde parece preferir conservar el plan divino de separar los océanos con un breve itsmo de 7 leguas de tierra, que la osada —y por todos requerida— solución de las difíciles comunicaciones ultramarinas. Solución que tardaría varios siglos en resolverse, justamente después del canal de Suez, a que alude el autor tan tempranamente. Debate que sostuvo otra vez Humboldt con las crónicas de Indias, y otros intentos coloniales.

xii Tómese nota de las varias relaciones que el autor reunió de este problema interoceánico, e intercontinental, que llevó a sugerir una prehistoria externa del poblamiento americano, hoy aceptada. Que haya reunido varios memoriales del estrecho de Magallanes —que reproduce literalmente en los capítulos siguientes— y que dude del Estrecho de la Florida, al norte, avala nuestra sospecha de que el autor no propuso —como se dice y repite— la tesis del poblamiento americano septentrional, por el Estrecho de Bering.

xii Es decir, que no salió al Atlántico, como haría posteriormente Sarmiento de Gamboa, que hablará a continuación.

xiv Efectivamente, Sarmiento descubrió el paso del Cabo de Hornos, menos arriesgado que el Estrecho de Magallanes, y por eso su relación será retomada por la marina inglesa, que la publica como apéndice al viaje del comodoro Byron, en el siglo XVIII. Esta relación cae en manos de la marina inglesa, porque el autor fue capturado por piratas ingleses a su regreso a España, lo cual hace creíble incluso su uso por el propio Drake.

xv Debió tenerla por medio del virrey Enríquez, que la poseyó, como dice más adelante. Aunque veo que cuenta la de Sarmiento a través de Hernando Lamero, piloto de su nave, la capitana, que regresó a Lima. Se supone que puede saber algo de Sarmiento sobreviviente por sus amigos españoles.

xvi Se trata del informe de un piloto, con nomenclatura marinera. Según el *DRAE,* «Mar. Viento cuya dirección es perpendicular a la de una costa». Recordar el mismo relato en sucesivas experiencias en el Cabo de Hornos: «Rebelión a bordo», el capitán Cook, Malaspina, etc. Recuérdense también ahora las instrucciones del propio Acosta sobre vientos en los capítulos iniciales de este mismo libro III, especialmente el 5.

xvii Parece abordar aquí el autor una imagen de «correspondencia» entre la punta que une al Cabo de Buena Esperanza con la Antártida africana, al sur de África, con la que uniría el Cabo de Hornos con su Antártida americana, o «tierra de vista». Hay que mirar los mapas de la época, como el de Ortelius, traducido al castellano en 1588, cuando le nombra Felipe II su cartógrafo. Al parecer, había un debate al respecto, que Acosta recoge aquí. Ver lámina 3.

xviii Nótese la ironía con que se refiere a esta teoría de la vía septentrional, que llama «fabricada». Enseguida dice de su autor, Meléndez de Avilés, que «mostraba grandísima gana» de probarla. El capítulo concluye con que «hasta agora el estrecho del polo ártico, si le hay, no está descubierto».

xix Nótese el uso teológico de las metáforas naturales (la curiosidad humana, como la de las hormigas), al estilo de Fr. Luis de Granada, en su famosa *Introducción al símbolo de la fé* (Salamanca, 1587, Guillermo Foquel: justo donde sale su tratado *De procuranda*…, al año siguiente).

xx La príncipe numera por error este capítulo como 16, y corre con este error hasta el final, terminando en cap. 29, en vez de 27. ¿Se han quitado dos capítulos anteriores o es un simple error? Ocurrió lo contrario en el libro V, a partir del cap. 26, que es repetido en el 27.

xxi Es decir, que sustentan esta opinión por razones cosmológicas de tipo genérico y deductivo.

xxii Hernando Alonso, de la nave capitana, que pasaron el Estrecho en 1580. ¿O Hernando Ladrillero, de la nave almirante que regresó del Estrecho?

xxiii El Amazonas desemboca expandido en una serie de ramales (delta), que tienen en el centro la isla de Marajó. Es efectivamente el primer río del mundo, con 6.280 km de longitud desde el Ucayali, en Perú, y una anchura variable de varios km, que se convierten en 325 km al final. Su densidad de agua constante tiene que ver con su ubicación ecuatorial, de modo que en unas estaciones recibe agua de los ríos del norte y en otras del sur (veranos boreal y austral). Es la cuenca fluvial más extensa del globo, adentrándose en el mar 200 km, y recibiendo el efecto de las mareas marinas hasta 1.000 km río arriba. Como se ve, la descripción de Acosta señala casi todas sus características, aunque su conocimiento mejor es en su lado andino original.

xxiv Efectivamente, es navegable por buques de todo tonelaje, aunque sus numerosos bancos de arena obligan a continuos drenajes. Su desembocadura de 222 km es la más ancha del mundo, y se nutre de dos

ríos principales, el Uruguay y Paraná. Ya fue designado por los aborígenes *Paraná-Guazú,* «río como mar», y su descubridor Díaz de Solís le llamó «mar dulce» en 1516. Acosta describe especialmente el fenómeno de las crecidas, que solamente ocurre en su cauce alto (el Paraná, en su confluencia con el Paraguay, que origina la amplia región del Chaco, sometida a inundaciones estivales).

xxv Obsérvese la alabanza comparada con lo europeo (prestigioso), que tiene un carácter tal vez compensatorio de la ausencia americana de puentes, antes notada por comparación con la arquitectura europea. De paso, se destaca la procedencia laboral de su riqueza, no mineral, en los llanos.

xxvi El autor tiene en cuenta las historias prehispánicas para hacer la historia general, y deducir «causas generales» de la evolución ecológica. Esta explicación se relaciona con la posterior «disputa del Nuevo Mundo», en que se tipifica el poblamiento americano como generalmente tropical y de tierras bajas e inundadas, señalando la preferencia de la vida civilizada por las tierras altas. *Cf.* más adelante.

xxvii Parece el autor fiarse especialmente de su experiencia peruana, como se verá en el próximo capítulo.

xxviii Efectivamente, es un debate largo relacionado con la política demográfica en España y en Indias. Compárese esta opinión con la expresada al principio del capítulo, «y así es la menos sana y poblada al presente, bien que hubo antiguamente grandes poblaciones de indios… porque… conservábanse bien». Es decir, que la sobriedad prehispánica era más adecuada al clima malsano de las costas. De alguna manera, recuerda el planteamiento del franciscano B. de Sahagún, cuando alababa la educación de sus jóvenes por los antiguos mejicas, y no la libertad de costumbres en tiempos españoles. A ello alude el propio Acosta en su libro VI, cap. 27, concluyendo que lo hicieron mejor que los cristianos.

xxix Argumento idéntico de Polo de Ondegardo, en su informe «De las distribuciones y contribuciones», de 1571 al virrey Toledo, en que tanto se inspiró Acosta. Creemos que este argumento mantendrá vigencia hasta el s. XVIII, retomado por Buffon y los naturalistas ilustrados para explicar el carácter «primitivo» de América, principalmente poblada originalmente en tierras bajas.

xxxx Es decir, si quitamos las enfermedades generales y el abuso laboral de las minas, y dejamos obrar al medio ambiente.

xxxi Se trata de un castellano, de Medina del Campo, que echa de menos sus tierras llanas de infancia.

xxxii Entonces se llamaba en los mapas *América* a la parte sur del continente, reservando el de *Indias occidentales* a la parte norte. De América la parte principal se nominaba Perú, y es por eso que Acosta quiere matizar la toponimia, no porque sí.

xxxiii El autor usa una lógica causal en términos aristotélicos, según la cual deben tenerse en cuenta tanto la materia —causa material, del lado terrestre— como el agente —causa eficiente, del cielo—. Nótese el carácter de texto científico o tratado de filosofía natural que adopta, con pruebas varias, debates y razonamientos congruentes.

xxxiv En Santo Domingo, de paso para el Perú, a mediados de 1571.

xxxv Nótese lo razonable que le parece esta conducta araucana.

xxxvi Interesante precisión, que no sigue literalmente pues tanto China como Japón y otros enclaves de las islas orientales son mencionados aquí y allí con frecuencia, cuando no se le dedica un capítulo específico, con título propio (V: 25, VI: 5 y 6). Esta inclusión oriental puede haber provocado que alguna traducción antigua (las francesas especialmente, y la inglesa) hable de las islas occidentales y orientales en el título de la obra.

xxxvii Nótese el interés personal del autor por cuestiones cosmológicas.

xxxviii El mismo día es sábado santo para unos y domingo de resurrección -el día siguiente en el calendario litúrgico católico- para los otros. Tema revolucionario de la relatividad de tiempo y espacio, producto de la primera visión global del cosmos.

xxxix Noticia reciente de su viaje a Italia, en 1588.

xl Véanse las diversas fuentes de primera mano que maneja el autor.

xli El autor usa inteligentemente de analogías naturales para resolver de un modo convincente debates en su tiempo no experimentables, y se niega a resolverlas al modo tradicional, como se ve a continuación.

xlii Nuevamente recurre a las analogías razonables.

xliii En 16 diciembre de 1575 hubo un tsunami en la Región chilena de los Lagos, de grado 8,5 Richter. En 1562 y 1570, en la región del río Bíobío, de la misma intensidad, según datos que Google atribuye a Monge, 1993.

xliv Acosta abandona Perú camino de México en junio del 86. Obsérvese la amplia información general sobre los volcanes americanos.

xlv Yendo desde Perú, en junio de 1586. Véase nota anterior.

xlvi Texto hoy conocido como «La peregrinación del hermano Lorenzo», escrito poco antes de abandonar el Perú y dedicado al P. Acquaviva, publicado numerosas veces desde el s. XVII y recogido en las «Obras del Padre Acosta» editadas por el jesuita P. Fco. Mateos en Madrid, BAE, 1954, pp. 304-320.

(p. 193)

LIBRO CUARTO DE LA HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS

Capítulo 1

De tres géneros de mixtos que se han de tratar en esta Historia

Habiendo tratado en el libro precedente de lo que toca a elementos y simples lo que en materia de Indias nos ha ocurrido,[1] en este presente trataremos de los compuestos y mixtos cuanto al intento que llevamos pareciere convenir. Y, aunque hay otros muchos géneros, a tres reduciremos esta materia: que son metales, plantas y animales.

Los metales son como plantas encubiertas en las entrañas de la tierra;[i] y tienen alguna semejanza en el modo de producirse, pues se ven también sus ramos[2] y como tronco de donde salen, que son las vetas mayores y menores que entre sí tienen notable trabazón y concierto. En alguna manera parece que crecen los minerales al modo de plantas: no porque tengan verdadera[3] vegetativa y vida interior —que esto es sólo de verdaderas plantas— sino porque de tal modo se producen en las entrañas de la tierra por virtud y eficacia del sol y de los otros planetas que por discurso de tiempo largo se va acrecentando y casi propagando. Y así como **(p. 194)** los metales son como plantas ocultas de[4] la tierra, así también podemos decir que las plantas son como animales fijos en un lugar cuya vida se gobierna del alimento que la naturaleza les provee en su propio nacimiento. Mas los animales exceden a las plantas, que como tienen ser más perfecto tienen necesidad de alimento también más perfecto: y para buscalle* les dio la naturaleza movimiento, y para conocelle* y descubrille*, sentido.

De suerte que la tierra estéril y ruda es como materia y alimento de los metales, la tierra fértil y de más sazón es materia y alimento de plantas, las mismas plantas son alimento de animales, y las plantas y animales alimento de los hombres: sirviendo siempre la naturaleza inferior para sustento de la superior, y la menos perfecta subordinándose a la más perfecta.

De donde se entiende cuán lejos está el oro y la plata —y lo demás que los hombres ciegos de codicia estiman en tanto— de ser fin digno del hombre, pues están tantos grados más abajo que el hombre. Y sólo al Creador y universal hacedor de todo está sujeto y ordenado el hombre como a propio fin y descanso suyo, y todo lo demás no son más de en cuanto le conduce y ayuda a conseguir este fin. Quien con esta filosofía mira las cosas creadas y discurre por ellas puede sacar fruto de su conocimiento y consideración, sirviéndose dellas para conocer y glorificar al autor de todas. Quien no pasa más adelante de entender sus propiedades y utilidades[5] o será curioso en el saber o codicioso en el adquirir, y al cabo le serán las criaturas lo que dice el sabio[6] que son a los pies de los insipientes[7] y necios: conviene a saber, lazo y red en que caen y se enredan.

[1] = se nos ha ocurrido, vienen a la memoria, conviene decir…
[2] = ramas.
[3] naturaleza.
[4] do (Mat.).
[5] entonces.
[6] *Sabiduría* 14 *(nota del autor),* 11. «La visita divina se extenderá a los ídolos de los gentiles, porque en la creación de Dios se han convertido en algo anorrecible, en escándalo para las almas de los hombres y en lazo para los pies de los necios» (San Pablo).
[7] = «1. Falto de sabiduría o ciencia. 2. Falto de juicio» *(DRAE).*

Con el fin, pues, e intento dicho —para que el Creador sea glorificado en sus criaturas— pretendo decir en este libro algo de lo mucho que hay digno de historia en Indias acerca de los metales y plantas y animales que son, más propiamente, de aquellas partes. Y, porque tratar esto exactamente **(p. 195)** sería obra muy grande y que requiere mayor conocimiento que el mío y mucha más desocupación de la que tengo, digo que solamente pienso tratar sucintamente algunas cosas que por experiencia o por relación verdadera he considerado acerca de las tres cosas que he propuesto, dejando para otros más curiosos y diligentes la averiguación más larga destas materias.[ii]

Capítulo 2

De la abundancia de metales que hay en las Indias Occidentales

Los metales crió la sabiduría de Dios para medicina y para defensa, y para ornato y para instrumentos[8] de las operaciones de los hombres. De todas estas cuatro cosas se pueden fácilmente dar ejemplos, mas el principal fin de los metales es la última dellas, porque la vida humana no sólo ha menester sustentarse —como la de los animales— sino también ha de obrar conforme a la capacidad y razón que le dio el Creador: y así como es su ingenio tan extendido a diversas artes y facultades, así también proveyó el mismo Autor que tuviese materia de diversos artificios para reparo y seguridad, y ornato y abundancia de sus operaciones. Siendo, pues, tanta la diversidad de metales que encerró el Creador en los armarios y sótanos de la tierra, de todos ellos tiene utilidad la vida humana. De unos se sirve para cura de enfermedades, de otros para armas y defensa contra sus enemigos, de otros para aderezo y gala de sus personas y habitaciones, de otros para vasijas y herramientas y varios instrumentos que inventa el arte humana.

Pero sobre todos estos usos que son sencillos y naturales halló la comunicación de los hombres el uso del dinero, el cual (como dijo **(p. 196)** el Filósofo[9]) es «medida de todas las cosas, y siendo una cosa sola en naturaleza es todas en virtud»:[10] porque el dinero es comida y vestido, y casa y cabalgadura y cuanto los hombres han menester. Y así «obedece todo al dinero», como dice el Sabio.[11]

Para esta invención de hacer que una cosa fuese todas las cosas, guiados de natural instinto eligieron los hombres la cosa más durable y más tratable, que es el metal; y entre los metales quisieron que aquéllos tuviesen principado en esta invención de ser dinero que por su naturaleza eran más durables e incorruptibles, que son la plata y el oro. Los cuales no sólo entre los hebreos y asirios, y griegos[12] y romanos, y otras naciones de Europa y Asia tuvieron estima sino también entre las más remotas y bárbaras naciones del universo: como son los indios, así orientales como occidentales, donde el oro y plata fue tenida en precio y estima, y como tal usada en los templos y palacios, y[13] ornato de reyes y nobles. Porque, aunque se han hallado algunos bárbaros que no conocían la plata ni el oro —como cuentan de los floridos, que tomaban las talegas o sacos en que iba el dinero, y el mismo dinero le dejaban echado por ahí en la playa como a cosa inútil; y Plinio[14] refiere de los babitacos que aborrecían el oro y por eso lo sepultaban donde nadie pudiese servirse dél— pero destos floridos y de aquellos babitacos ha habido y hay hoy día pocos, y de los que estiman y buscan y guardan el oro y la plata hay muchos, sin que tengan necesidad de aprender esto de los que han ido de Europa.

Verdad es que su codicia dellos no llegó a tanto como la de los nuestros, ni idolatraron tanto con el oro y plata —aunque eran idólatras— como algunos malos cristianos, que han hecho por el oro y plata excesos tan grandes.[iii] Mas es cosa de alta consideración que la sabiduría del eterno Señor quisiese enriquecer las tierras del mundo más apartadas y habitadas de gente menos política, y allí pusiese la mayor **(p. 197)** abundancia de minas que jamás hubo: para con esto convidar a los hombres a buscar aquellas tierras y tenellas,[15] y de camino comunicar su religión y culto del verdadero Dios a los que no le conocían, cumpliéndose la profecía de Isaías[16] [de] que la Iglesia había de extender sus términos no sólo a la diestra sino también a la siniestra.

[8] «instrumento» (Mat.). Lo consideramos correcto así también, decirlo en abstracto y singular, dado el tipo de razonamiento en que se inserta.

[9] Aristóteles: *Ética nicomaquea* 5 *(nota del autor)*, 5.

[10] = en potencia, en representación de («en virtud de»). Diríamos también «virtualmente», por oposición a «de hecho».

[11] *Eclesiastés* 10 *(nota del autor)*, 19: «Por el placer se hacen banquetes, y el vino alegra la vida: y el dinero todo lo arregla» (S. Pablo).

[12] 1792 y Mat. quitan los «y» anteriores.

[13] como.

[14] Plinio: *Historia natural,* 6: 27.

[15] «tenerlas» (1792 y Mat.).

[16] *Isaías* 54 *(nota del autor)*, 3: «Pues te ensancharás a derecha e izquierda, tu raza poseerá naciones y poblará ciudades asoladas» (San Pablo).

Que es como san Agustín[17] declara haberse de propagar el Evangelio, no sólo por los que sinceramente y con caridad lo predicasen sino también por los que por fines y medios temporales y humanos lo anunciasen. Por donde vemos que las tierras de Indias más copiosas de minas y riqueza han sido las más cultivadas en la religión cristiana en nuestros tiempos, aprovechándose el Señor para sus fines soberanos de nuestras pretensiones. Acerca de esto decía un hombre sabio que lo que hace un padre con una hija fea para casarla —que es darle mucha dote— eso había hecho Dios con aquella tierra tan trabajosa, de darle mucha riqueza de minas para que con este medio se hallase quien la quisiese.[iv]

Hay, pues, en las Indias Occidentales gran copia de minas, y haylas de todos[18] metales: de cobre, de hierro, de plomo, de estaño, de azogue, de plata, de oro. Y entre todas las partes de Indias los reinos del Pirú son los que más abundan de metales, especialmente de plata y oro y azogue: y es en tanta manera que cada día se descubren nuevas minas. Y, según es la calidad de la tierra, es cosa sin duda que son sin comparación muchas más las que están por descubrir que las descubiertas; y aún parece que toda la tierra está como sembrada destos metales más que ninguna otra que se sepa al presente en el mundo, ni que en lo pasado se haya escrito.

Capítulo 3

De la cualidad de la tierra donde se hallan metales, y que no se labran todos en Indias; y de cómo usaban los indios de los metales

(p.198) La causa de haber tanta riqueza de metales en Indias, especialmente en las[19] occidentales del Pirú, es —como está dicho— la voluntad del Creador, que repartió sus dones como le plugo. Pero, llegándonos a la razón y filosofía, es gran verdad lo que escribió Filón[v] —hombre sabio— diciendo que el oro y plata y metales naturalmente nacían en las tierras más estériles e infructuosas. Así vemos que tierras de buen témpero,[20] y fértiles de hierba y frutos, raras veces o nunca son de minas,[21] contentándose la naturaleza con darles vigor para producir los frutos más necesarios al gobierno y vida de los animales y hombres. Al contrario, en tierras muy ásperas y[22] secas y estériles, en sierras muy altas, en peñas muy agras,[23] en temples muy desabridos, allí es donde[24] se hallan minas de plata y de azogue y lavaderos de oro: y toda cuanta riqueza ha venido a España después que se descubrieron las Indias Occidentales ha sido sacada de semejantes lugares ásperos, trabajosos, desabridos, estériles: mas el gusto del dinero los hace suaves y abundantes, y muy poblados.[vi]

Y aunque hay en Indias —como he dicho— vetas y minas de todos metales, pero no se labran sino solamente minas de plata y oro: y también de azogue,[25] porque es necesario para sacar la plata y el oro. El hierro llevan de España y de la China. Cobre usaron labrar los indios, porque sus herramientas y armas no eran comúnmente de hierro sino de cobre. Después que españoles tienen las Indias poco se labran ni siguen minas de cobre, aunque las hay muchas, porque buscan los metales más ricos y en ésos gastan su tiempo y trabajo; para esótros se sirven de lo que va de España, o de lo que a vueltas del beneficio* de oro y plata resulta.[26]

No se halla que los indios usasen oro ni plata ni metal para moneda, ni para precio de las cosas. Usábanlo para ornato, como está dicho, y así tenían en templos y[27] palacios y sepulturas grande suma, y mil géneros de vasijas de oro y plata. **(p. 199)** Para contratar y comprar no tenían dinero sino trocaban unas cosas con otras, como de los antiguos refiere Homero y cuenta Plinio.[28] Había algunas cosas de más estima que corrían por precio en lugar de dinero, y hasta el día de hoy dura entre los indios esta costumbre: como en las provincias de México usan del[29] *cacao* —que es una frutilla— en lugar de dinero, y con ella rescatan lo que quieren. En el Pirú sirve de lo mismo la *coca*, que es una

[17] S. Agustín: *De concordia evangelistarum,* 1, 31 *(nota del autor).*
[18] «todos los» (O'G. y Alc.).
[19] partes.

[20] = «temperamento» (1792), i. e., desde el punto de vista climático.
[21] Eusebio Cesariense: *Preparación evangélica,* libro 8, cap. 5 *(nota del autor).*
[22] Sin «y» (1792, Mat.).
[23] «agrias» (1792, Mat). = «Desusado, de sabor ácido» *(DRAE).* El sentido parece referirse a la condición agreste y improductiva de un terreno, como la expresión «en agraz», referido a los frutos sin madurar, como la vid, que por ello es agria, amarga, sin sazón.
[24] Sin «es donde» (O'G. y Alc.).
[25] = mercurio, del árabe.
[26] Es decir, de los demás metales que entran en las «pellas» o ganga de oro y plata, en el proceso de su extracción.
[27] Sin «y» (1792, Mat.).
[28] Plinio: *Historia natural* 33, 3 *(nota del autor).*
[29] «de» (Mat.).

hoja que los indios precian mucho.[30] Como en el Paraguay usan cuños de hierro por moneda, y en Santa Cruz de la Sierra algodón tejido. Finalmente su modo de contratar de los indios, su comprar y vender fue cambiar y rescatar cosas por cosas: y, con ser los mercados grandísimos y frecuentísimos, no les hizo falta el dinero ni habían menester terceros,[31] porque todos estaban muy diestros en saber cuánto de qué cosa era justo dar por tanto de otra cosa.

Después que entraron españoles usaron también los indios el oro y plata para comprar: y a los principios no había moneda sino la plata por peso era el precio, como de los romanos antiguos se cuenta.[32] Después, por más comodidad se labró moneda en México y en el Pirú, mas hasta hoy ningún dinero se gasta en Indias Occidentales de cobre u otro metal, sino solamente plata u oro. Porque la riqueza y grosedad[33] de aquella tierra no ha admitido la moneda que llaman «de vellón,[34] ni otros[35] géneros de mezclas que usan en Italia y en otras provincias de Europa. Aunque es verdad que en algunas islas de Indias —como son Santo Domingo y Puerto Rico— usan de moneda de cobre, que son unos cuartos[36] que en solas aquellas islas tienen valor, porque hay poca plata; y oro, aunque hay mucho, no hay quien le[37] beneficie.

Mas, porque la riqueza de Indias y el uso de labrar minas consiste en oro y plata y azogue, de estos tres metales diré luego*, dejando por agora los demás. **(p. 200)**

Capítulo 4
Del oro que se labra en Indias

El oro entre todos los metales fue siempre estimado por el más principal, y con razón: porque es el más durable e incorruptible, pues el fuego que consume o disminuye a los demás a éste antes* le abona y perfecciona, y el oro que ha pasado por mucho fuego queda de su color y es finísimo. El cual propiamente (según Plinio dice) se llama *obrizo,* de que tanta mención hace la Escritura.[38] Y el uso, que gasta a todos los otros (como dice el mismo Plinio),[39] al oro no sólo no le menoscaba cosa[40] ni le carcome ni envejece; y, con ser tan firme en su ser, se deja tanto doblar y adelgazar que es cosa de maravilla. Los batihojas y tiradores[41] saben bien la fuerza del oro en dejarse tanto adelgazar y doblar, sin quebrar jamás. Lo cual todo, con otras excelentes propiedades que tiene, bien considerado dará a los hombres espirituales ocasión de entender por qué en las divinas letras la caridad se asemeja al oro. En lo demás, para que él se estime y busque poca necesidad hay de contar sus excelencias: pues la mayor que tiene es estar entre los hombres ya conocido por el supremo poder y grandeza del mundo.

Viniendo a nuestro propósito, hay en Indias gran copia deste metal y sábese de historias ciertas que los *ingas* del Pirú no se contentaron de tener vasijas mayores y menores de oro, jarros y copas y tazas y frascos y cántaros y aún tinajas, sino que también tenían sillas y andas o literas de oro macizo, y en sus templos colocaron diversas estatuas de oro macizo. En México también hubo mucho de esto, aunque no tanto, y cuando los primeros conquistadores fueron al uno y otro reino fueron inmensas las riquezas que hallaron, y muchas más sin comparación las que los indios ocultaron y hundieron[vii]. El haber usado de plata para herrar los caballos, a falta de hierro, y haber dado trescientos escudos de oro por una **(p. 201)** botija o cántaro de vino, con otros excesos tales parecería fabuloso contarlo: y en efecto pasaron cosas mayores que éstas.

Sácase el oro en aquellas partes en tres maneras, y a lo menos de estas tres maneras lo he visto: porque se halla oro en pepita, y oro en polvo y oro en piedra. Oro en pepita

30 Al cacao y coca dedica un capítulo especial de este libro, el 22.

31 = intermediarios (moneda intermediaria).

32 Plinio: *Historia natural* 33, 4 *(nota del autor)*.

33 «Abundancia o fecundidad» (*DRAE,* anticuado).

34 «Liga –o aleación— de plata y cobre con que se labró moneda antiguamente» (*DRAE,* 2).

35 «Otro» (O'G. y Alc.).

36 = «Moneda de cobre española, del antiguo sistema, cuyo valor era el de cuatro maravedís de vellón» (*DRAE,* 8).

37 «lo» (Mat.).

38 *Apocalipsis* 3, 18 *(Nota del autor):* «Te aconsejo que me compres oro acrisolado en el fuego para enriquecerte, vestiduras blancas para vestirte y que no aparezca la vergüenza de tu desnudez, y un colirio para que unjas tus ojos y veas»; y 21, 18 «La estructura de su muralla es de jaspe, y la ciudad de oro puro, semejante al del puro cristal». *Cantar de los Cantares*, 3, 9 «Ha puesto de plata sus columnas, de oro su dosel, de púrpura el asiento, todo por dentro recamado con amor por las hijas de Jerusalén»; *Salmos*, 67, 14 «las mujeres en casa reparten el botín: alas de paloma con un baño de plata, plumas refulgentes con un baño de oro, mientras vosotros en el aprisco descansáis»; *Lamentaciones*, 4,1 «¡Ay, cómo se ha deslucido el oro, se ha alterado el oro tan fino! Están esparcidas las piedras sagradas por las esquinas de todas las calles»; *I Reyes (III, en la Vulgata)*, 6: 20-22 «Tenía [el tabernáculo] diez metros de largo, diez de ancho, diez de alto, lo cubrió de oro puro; hizo un altar de cedro para delante del lugar santísimo, y lo recubrió también de oro puro. Todo el edificio lo revistió de oro de arriba abajo» (San Pablo).

39 *Historia Natural* l. 3, c. 33 *(nota del autor)*.

40 alguna.

41 de oro = «Artífice que lo reduce a hilo» *(DRAE)*.

llaman unos pedazos de oro que se hallan así enteros, y sin mezcla[42] de otro metal, que no tienen necesidad de fundirse ni beneficiarse por fuego: llámanlos «pepitas» porque de ordinario son pedazos pequeños, del tamaño de pepita de melón o de calabaza. Y esto es lo que dice Job:[43] *Glebae illius aurum.* Aunque acaece habellos —y yo los he visto— mucho mayores, y algunos han llegado a pesar muchas libras. Esta es grandeza deste metal sólo, según Plinio afirma,[44] que se halla así hecho y perfecto: lo cual en los otros no acaece, que siempre tienen escoria y han menester fuego para apurarse. Aunque también he visto yo plata natural a modo de escarcha, y también hay las que llaman en Indias «papas de plata», que acaece hallarse plata fina en pedazos a modo de turmas[45] de tierra, mas esto en la plata es raro y en el oro es cosa muy ordinaria. Deste oro en pepita es poco lo que se halla respecto de lo demás.

El oro en piedra es una veta de oro que nace en la misma piedra o pedernal: y yo he visto de las minas de Zaruma, en la gobernación de Salinas,[46] piedras bien grandes pasadas todas de oro, y otras ser la mitad oro y la mitad piedra. El oro desta suerte se halla en pozos y en minas, que tienen sus vetas como las de plata y son dificultosísimas[47] de labrar. El modo de labrar el oro sacado de piedra que usaron antiguamente los reyes de Egipto escribe[48] Agatarchides en el quinto libro de la *Historia del mar Erithreo*, o Bermejo, según refiere Focio en su *Biblioteca:*[49] y es cosa de admiración cuán semejante es lo que allí se refiere a lo que agora se usa en el beneficio* destos metales de oro y plata.

La mayor cantidad de oro **(p. 202)** que se saca en Indias es en polvo, que se halla en ríos o lugares por donde ha pasado mucha agua. Abundan los ríos de Indias deste género, como los antiguos celebraron el Tajo de España y el Pactolo de Asia y el Ganges de la India Oriental. Y lo que nosotros llamamos «oro en polvo» llamaban ellos *ramenta auri*, y también entonces era la mayor cantidad de oro lo que se hacía[50] de estos *ramentos*, o polvos de oro, que se hallaban en ríos. En nuestros tiempos en las islas de Barlovento (Española y Cuba y Puerto Rico) hubo y hay en gran copia en los ríos, mas por la falta de naturales y por la dificultad de sacarlo es poco lo que viene dellas a España. En el reino de Chile y en el de Quito y en el Nuevo Reino de Granada hay mucha cantidad. El más celebrado es el oro de Carabaya en el Pirú y el de Valdivia en Chile, porque llega a toda la ley —que son veinte y tres quilates y medio—, y aún a veces pasa. También es celebrado el oro de Veragua[51] por muy fino. De las Filipinas y China traen también mucho oro a México, pero comúnmente es bajo y de poca ley.

Hállase[52] el oro mezclado, o con plata o con cobre: Plinio dice[53] que ningún oro hay donde no haya algo de plata, mas que el que tiene mezcla de plata comúnmente es de menos quilates que el que la tiene de cobre. Si tiene la quinta parte de plata, dice Plinio[54] que se llama propiamente *electro*, y que tiene propiedad de resplandecer a la lumbre de fuego mucho más que la plata fina ni[55] el oro fino. El que es sobre cobre de ordinario es oro más alto.

El oro en polvo se beneficia en lavaderos lavándolo mucho en el agua, hasta que la arena o barro se cae de las bateas o barreñas, y el oro —como de más peso— hace asiento abajo. Benefíciase también con azogue,[56] también se apura con aguafuerte porque el alumbre[57] de que ella se hace tiene esa fuerza de apartar el oro de todo lo demás. Después de purificado o fundido hacen **(p. 203)** tejos o barretas para traello a España, porque oro en polvo no se puede sacar de Indias —pues no se puede quintar[58] y marcar y quilatar— hasta fundirse.

Solía España, según refiere el historiador sobredicho,[59] abundar sobre todas las provincias del mundo destos metales de oro y plata: especialmente Galicia y Lusitania, y sobre todo las Asturias, de adonde refiere que se traían a Roma cada año veinte mil libras de oro y que en ninguna otra tierra se hallaba tanta abundancia. Lo cual parece testificar el libro de los *Macabeos*, donde dice[60] —entre las mayores grandezas de los Romanos— que hubieron a su poder los

42 «mezclar» (O'G. y Alc.).
43 *Job* 28 *(nota del autor)*, 6: «Allí las piedras albergan el zafiro, que contiene partículas de oro» (S. Pablo).
44 *Historia Natural*, 33, 4 *(nota del autor)*.
45 «Criadillas, testículos» *(DRAE)*.
46 Estas minas se hayan en la provincia ecuatoriana de Lojas, donde no consta que estuviese el P. Acosta, de no ser en su viaje de regreso a México.
47 «deficultosísimas» (Mat.).
48 = describe.
49 = Patriarca de Constantinopla del s. IX, depuesto varias veces y causante principal del cisma de Oriente y Occidente, hombre de gran erudición.
50 = recogía.
51 = En Centroamérica, a la orilla atlántica.
52 normalmente.
53 *Historia Natural* 33, 4 *(nota del autor)*.
54 *Ibídem.*
55 = y.
56 y.
57 = «Sulfato doble de alúmina y potasa» *(DRAE)*.
58 = «Pagar al rey el derecho llamado quinto» (*DRAE,* 3). Es decir, de cada kilo de oro el rey recibe la quinta parte, y a continuación se marca la barra de oro para su curso legal, subiendo entonces su valor. Entonces se le graba su quilate, o proporción de oro puro.
59 *Historia Natural* 33, 4 *(nota del autor)*.
60 *I Macabeos* 8 *(nota del autor)*, 3 (3,3 = Mat.):»… los romanos eran poderosos… Le contaron sus guerras… lo que habían hecho en España, cómo se habían apoderado de las minas de plata y oro, y cómo había sometido aquel país con prudencia y perseverancia, a pesar de ser un país lejano» (S. Pablo).

metales de plata y oro que hay en España. Agora a España le viene este gran tesoro de Indias, ordenando la divina providencia que unos reinos sirvan a otros y comuniquen su riqueza y participen de su gobierno para bien de los unos y de los otros, si usan debidamente de los bienes que tienen.[viii] La suma de oro que se trae de Indias no se puede bien tasar[61], pero puédese afirmar que es harto mayor que la que refiere Plinio haberse llevado de España a Roma, cada año.

En la flota que yo vine el año de 87 fue la relación de Tierra Firme[ix] doce cajones de oro: que, por lo menos, es cada cajón cuatro arrobas*.[62] Y de Nueva España, mil y ciento y cincuenta y seis marcos de oro. Esto sólo para el rey, sin lo que vino para particulares registrado y sin lo que vino por registrar, que suele ser asaz*[63] mucho. Y esto baste para lo que toca al oro de Indias, de la plata diremos agora.

Capítulo 5
De la plata de Indias

En el libro de *Job*[64] leemos así: «Tiene la plata ciertos principios y raíces de sus venas, y el oro tiene su cierto lugar donde se cuaja. El hierro cavando se saca **(p. 204)** de la tierra, y la piedra deshecha con el calor se vuelve en cobre». Admirablemente, con pocas palabras declara las propiedades de estos cuatro metales: plata, oro, hierro, cobre.

De los lugares donde se cuaja y engendra el oro algo he dicho, que son o piedras en lo profundo de los montes y senos de la tierra, o arena de los ríos y lugares anegadizos, o cerros muy altos de donde los polvos de oro se deslizan con el agua, como es más común opinión en Indias. De donde vienen muchos del vulgo a creer que del tiempo del diluvio sucedió hallarse en el agua el oro, en partes tan extrañas como se halla.

De las venas de la plata o vetas, y de sus principios y raíces —que dice Job— trataremos agora, diciendo primero que la causa de tener el segundo lugar en los metales la plata es por llegarse[65] al oro más que otro ninguno en el ser durable y padecer menos del fuego, y dejarse más tratar y labrar; y aún hace ventaja al oro en relucir más y sonar más. También porque su color es más conforme a la luz, y su sonido es más delicado y penetrativo, y partes[66] hay donde estiman la plata más que el oro. Pero el ser más raro el oro y la naturaleza más escasa en darlo es argumento de ser metal más precioso, aunque hay tierras —como refieren de la China— donde se halla más fácilmente oro que plata; lo común y ordinario es ser más fácil y más abundante la plata.

En las Indias Occidentales proveyó el Creador tanta riqueza della que todo lo que se sabe de las historias antiguas y todo lo que encarecen las argentifodinas[67] de España, y de otras partes, es menos que lo que vimos en aquellas partes. Hállanse minas de plata comúnmente en cerros y montes muy ásperos y desiertos, aunque también se han hallado en zabanas[68] o campos. Estas son en[69] dos maneras: unas llaman «sueltas», otras llaman «vetas fijas». Las sueltas son unos pedazos de metal que acaece estar en partes donde, acabado aquel pedazo, no se **(p. 205)** halla más. Las vetas fijas son las que en hondo y en largo tienen prosecución, al modo de ramos* grandes de un árbol: y donde se halla una déstas es cosa ordinaria haber cerca luego otras y otras vetas.

El modo de labrar y beneficiar la plata que los indios usaron fue por fundición, que es derritiendo aquella masa de metal al fuego: el cual echa la escoria a una parte, y aparta la plata del plomo y del estaño y del cobre, y de la demás mezcla que tiene. Para esto hacían unos como hornillos donde el viento soplase recio, y con leña y carbón hacían su operación: a éstas en el Pirú llamaban *guayras*. Después que los españoles entraron, demás[70] del dicho modo de fundición —que también se usa—, benefician la plata por azogue; y aún es más la plata que con él sacan que no la de fundición. Porque hay metal de plata que no se beneficia ni aprovecha con fuego sino con azogue: y éste comúnmente es metal pobre, de lo cual hay mucha mayor cantidad. «Pobre» llaman al que tiene poca plata en mucha cantidad; «rico», al que da mucha plata.

Y es cosa maravillosa que no sólo se halla esta diferencia —de sacarse por fuego un metal de plata, y otro no por

---

61 «tazar» (O'G. y Alc.).

62 «Del árabe *ar-rub*, la cuarta parte [del quintal]. Peso equivalente a 11 kilogramos y 502 gramos» *(DRAE).* O sea, venían para el rey en los barcos de Panamá en 1587, unos 500 kg de oro.

63 Sin «asaz» (Mat.).

64 *Job* 28 *(nota del autor)* 1 y 2: «Hay para la plata un venero, y para el oro un lugar donde se purifica. Se extrae del suelo el hierro, de la piedra fundida sale el cobre» (S. Pablo).

65 = parecerse.

66 = países.

67 = «La mina que lleva plata. Es voz puramente latina, que usó el P. Acosta» *(Autoridades)*.

68 «De origen caribe. Llanura, en especial si es muy dilatada, sin vegetación arbórea» *(DRAE).* «Zabanas» (Mat.), «zabañas» (1792 y 1894). La Príncipe dice «çabañas», y lo moderno sería «sabanas» (O'G. y Alc.).

69 «de» (O'G. y Alc.).

70 = además.

fuego sino por azogue— sino que en los mismos metales que el fuego saca por fundición hay algunos que, si el fuego se enciende con aire artificial —como de fuelles—, no se derrite ni se funde sino que ha de ser aire natural que corra: y hay metales que se funden tan bien,[71] o mejor, con aire artificial dado por fuelles. El metal de las minas de Porco se beneficia y funde fácilmente con fuelles; el metal de las minas de Potosí no se funde con fuelles ni aprovecha sino el aire de *guayras*: que son aquellos hornillos que están en las laderas del cerro al viento natural, con el cual se derrite aquel metal. Y, aunque dar la razón de esta diversidad es difícil, es ella muy cierta por experiencia larga. Otras mil delicadezas ha hallado la curiosidad y codicia deste metal que tanto los hombres aman, de las cua **(p. 206)** les diremos algunas adelante.

Las principales partes de Indias que dan plata son la Nueva España y Pirú; mas las minas del Pirú son de grande ventaja, y entre ellas tienen el primado del mundo las de Potosí. De las cuales trataremos[72] un poco de espacio,[73] por ser de las cosas más celebradas y más notables que hay en las Indias Occidentales.

Capítulo 6

Del Cerro de Potosí, y de su descubrimiento

El cerro tan nombrado de Potosí está en la provincia de los Charcas, en el reino del Pirú. Dista de la Equinocial a la parte del Sur o Polo Antártico veinte y un grados y dos tercios, de suerte que cae dentro de los Trópicos en lo último de la Tórrida Zona. Y con todo eso es en extremo frío —más que Castilla la vieja en España, y más que Flandes—, habiendo de ser templado o caliente conforme a la altura del Polo en que está. Hácele frío estar tan levantado y empinado, y ser todo bañado de vientos muy fríos y destemplados: especialmente el que aquí llaman *tomahaui*,[74] que es impetuoso y frigidísimo, y reina por mayo, junio, julio y agosto. Su habitación[75] es seca, fría y muy desabrida, y del todo estéril: que no se da ni produce fruto ni grano ni hierba, y así naturalmente es inhabitable por el mal temple del cielo y por la gran esterilidad de la tierra. Mas la fuerza[76] de la plata —que llama a sí con su codicia las otras cosas— ha poblado aquel cerro de la mayor población que hay en todos aquellos reinos, y la ha hecho tan abundante de todas comidas y regalos que ninguna cosa se puede desear que no se halle allí en abundancia; y, siendo todo de acarreto,[77] están las plazas llenas de frutas, conservas, regalos, vinos excesivos, sedas y galas: tanto como donde más.

El color de este cerro tira a rojo oscuro;[78] tiene **(p. 207)** una graciosísima vista, a modo de un pabellón[79] igual o un pan de azúcar. Empínase y señorea todos los otros cerros que hay en su contorno: su subida es agra,[80] aunque se anda toda a caballo; remátase en punta en forma redonda. Tiene de boj* y contorno una legua;[81] hay desde la cumbre deste cerro hasta su pie y planta mil y seiscientas veinte y cuatro varas,[82] de las comunes: que, reducidas a medida y cuenta de leguas españolas, hacen un cuarto de legua.

En este cerro, al pie de su falda, está otro cerro pequeño que nace dél: el cual antiguamente tuvo algunas minas de metales sueltos que se hallaban como en bolsas y no en veta fija, y eran muy ricos, aunque pocos; llámanle *guayna potosí*, que quiere decir «Potosí el mozo».[x] De la falda deste pequeño cerro comienza la población de españoles e indios, que han venido a la[83] riqueza y labor de Potosí. Tendrá la dicha población dos leguas de contorno: en ella[84] es[85] el mayor concurso[86] y contratación[87] que hay en el Pirú.

Las minas deste cerro no fueron labradas en tiempo de los Ingas, que fueron señores del Pirú antes de entrar los españoles; aunque cerca de Potosí labraron las minas de Porco, que está a seis leguas. La causa debió de ser no tener noticia dellas, aunque otros cuentan no se qué fábula: que quisieron labrar aquellas minas y oyeron ciertas voces que decían a los indios que no tocasen allí, que estaba aquel cerro guardado para otros. En efecto, hasta doce años después

71 «también» (Príncipe, 1792 y 1894).
72 con.
73 «despacio» (Mat).
74 «tomahavi» (1792, 1894 y Mat.).

75 = hábitat.
76 de atracción.
77 = importado.
78 Ver lámina 20 (Potosí, a color).
79 = «Del antiguo francés, *paveillon*. Tienda de campaña en forma de cono…» (*DRAE,* 1).
80 = difícil, pronunciada.
81 = «Medida itineraria que en España es de 20.000 pies o 6.666 varas* y dos tercias, equivalente a 5.572 metros y 7 decímetros» *(DRAE).*
82 = «Medida de longitud equivalente a 835 milímetros y 9 décimas» *(DRAE).*
83 búsqueda de la.
84 «ellas» (O'G. y Alc.).
85 = se da.
86 = concurrencia, densidad de población.
87 = «Comercio y trato de géneros vendibles» (*DRAE,* 2).

de entrados los españoles en el Pirú ninguna noticia se tuvo de Potosí y de su riqueza, cuyo descubrimiento fue en este modo.

Un indio llamado Gualpa, de nación *chumbivilca* —que es en tierra del Cuzco—, yendo un día por la parte del Poniente siguiendo unos venados se le fueron subiendo el cerro arriba; y, como es tan empinado y entonces estaba mucha parte cubierto de unos árboles que llaman *quinua* y de muy muchas matas, para subir un **(p. 208)** paso algo áspero le fue forzoso asirse a una rama, que estaba nacida en la veta, que tomó nombre «la Rica». Y en la raíz y vacío que dejó conoció[88] el metal, que era muy rico, por la experiencia que tenía de lo de Porco; y halló en el suelo junto a la veta unos pedazos de metal que se habían soltado della, y no se dejaban bien conocer por tener el color gastado del sol y agua; y llevólos a Porco a ensayar por *guayra* (esto es, probar el metal por fuego). Y, como viese[89] su extremada riqueza, secretamente labraba la veta sin comunicarlo con nadie, hasta tanto que un indio Guanca —natural del valle de Jauja, que es en los términos[90] de la ciudad de los Reyes—, que era vecino en Porco del dicho Gualpa chumbivilca vio que sacaba de las fundiciones que hacía mayores tejos de los que ordinariamente se fundían de los metales de aquel asiento, y que estaba mejorado en los atavíos de su persona: porque hasta allí había vivido pobremente. Con lo cual, y[91] con ver que el metal que aquel su vecino labraba era diferente de lo de Porco, se movió a inquirir aquel secreto; y, aunque el otro procuró encubrillo*, tanto le importunó que hubo de llevalle* al cerro de Potosí al cabo de otro mes que gozaba de aquel tesoro.[92] Allí, el Gualpa dijo al Guanca que tomase para sí una veta que él también había descubierto —que estaba cerca de la Rica, y es la que hoy día tiene nombre de «la Veta de Diego Centeno»— que no era menos rica, aunque era más dura de labrar; y con esta conformidad partieron entre sí el cerro de la mayor riqueza del mundo. Sucedió después que, teniendo el Guanca alguna dificultad en labrar su veta por ser dura y no queriéndole el otro Gualpa dar parte en la suya, se desavinieron. Y así, por esto como por otras diferencias enojado, el Guanca de Jauja dio parte de este negocio a su amo: que se llamaba Villaroel, que era un español que residía en Porco. El[93] Villaroel, queriendo satisfacerse de la **(p. 209)** verdad fue a Potosí y, hallando la riqueza que su *yanacona* o criado le decía, hizo registrar al Guanca, estacándose con él en la veta que fue dicha «[de] Centeno». Llaman «estacarse» señalar por suyo el espacio de las varas* que concede la ley a los que hallan mina o la labran: con lo cual, y con manifestallo* ante la justicia, quedan por señores de la mina para labrarla por suya pagando al rey sus quintos.

En fin,[94] el primer registro y manifestación que se hizo de las minas de Potosí fue en veinte y un días del mes de abril del año de 1545[95] en el asiento de Porco, por los dichos Villaroel español y Guanca indio. Luego, de allí a pocos días, se descubrió otra veta que llaman «del estaño»: que ha sido riquísima, aunque trabajosísima de labrar, por ser su metal tan duro como pedernal. Después, a treinta y uno de agosto del mismo año de 45 se registró la veta que llaman «[de] Mendieta»: y estas cuatro son las cuatro vetas principales de Potosí.

De la veta Rica, que fue la primera que se descubrió, se dice que estaba el metal una lanza en alto —a manera de unos riscos— levantado de la superficie de la tierra como una cresta, que tenía trescientos pies de largo y trece de ancho; y quieren[96] decir que quedó descubierta y descarnada[97] del diluvio, resistiendo como parte más dura al ímpetu y fuerza de las aguas. Y era tan rico el metal que tenía la mitad de plata, y fue perserverando su riqueza hasta los cincuenta y sesenta estados[98] en hondo, que[99] vino a faltar.

En el modo que está dicho se descubrió Potosí, ordenando la divina providencia —para felicidad de España— que la mayor riqueza que se sabe que haya habido en el mundo estuviese oculta, y se manifestase en tiempo que el Emperador Carlos Quinto —de glorioso nombre— tenía el Imperio y los reinos de España y señoríos de Indias. Sabido en el reino del Pirú el descubrimiento de Potosí, luego acudieron muchos **(p. 210)** españoles y casi la mayor parte de los vecinos de la ciudad de la Plata —que está diez y ocho leguas de Potosí— para tomar minas en él; acudieron también gran cantidad de indios de diversas provincias, y especialmente los «guayradores» de Porco, y en breve tiempo fue la mayor población del reino.

[88] = descubrió.
[89] = porque veía.
[90] «el término» (Mat.). Los habitantes de esta región, enfrentados tradicionalmente a los incas, colaboraron con los españoles en la conquista del territorio inca, y gozaron en tiempo colonial de un estatuto de «aliado» fiel, sin pagar impuestos. El cuento confirma esta complicidad étnica.
[91] Sin «y» (Mat.).
[92] = a los dos meses de su descubrimiento.
[93] tal.
[94] = Volviendo a la historia documentada.
[95] Convertimos el año de letras en números.
[96] = aciertan algunos a.
[97] por causa, en la época del diluvio universal.
[98] = «Medida longitudinal tomada de la estatura del hombre, que se ha usado para apreciar alturas o profundidades, y solía regularse en 7 pies» (*DRAE,* 10). O también «estatura de un hombre», *Covarrubias*, II.
[99] fue cuando.

Capítulo 7

De la riqueza que se ha sacado, y cada día se va sacando, del Cerro de Potosí

Dudado he muchas veces si se halla en las historias y relaciones de los antiguos tan gran riqueza de minas como la que en nuestros tiempos hemos visto en el Pirú. Si algunas minas hubo en el mundo ricas y afamadas por tales, fueron las que en España tuvieron los cartagineses y después los romanos: las cuales, como ya he dicho, no sólo las letras profanas sino las sagradas también encarecen a maravilla. Quien más en particular haga[100] memoria de estas minas —que yo haya leído— es Plinio, el cual escribe en su *Natural Historia*[101] así:

> «Hállase plata casi en todas provincias, pero la más excelente es la de España. Ésta también se da en tierra estéril y en riscos y cerros, y doquiera que se halla una veta de plata es cosa cierta hallar otra no lejos della: lo mismo acaece casi a los otros metales, y por eso los griegos (según parece) los llamaron "metales".»
>
> Es cosa maravillosa que duran hasta el día de hoy en las Españas los pozos de minas que comenzaron a labrar en tiempo de Aníbal, en tanto que aún los mismos nombres de los que descubrieron aquellas minas les permanecen[102] el día de (p. 211) hoy: entre las cuales fue famosa la que —de su descubridor— llaman Bebelo también agora. De esta mina se sacó tanta riqueza que daba a su dueño Aníbal cada día trescientas libras de plata, y hasta el día presente se ha proseguido la labor de esta mina. La cual está ya cavada y profunda en el cerro por espacio de mil y quinientos pasos: por todo el cual espacio tan largo sacan el agua los gascones[103] por el tiempo y medida que las candelas les duran, y así vienen a sacar tanta que parece río».

Todas éstas son palabras de Plinio, las cuales he querido aquí recitar porque darán gusto a los que saben de minas, viendo que lo mismo que ellos hoy experimentan pasó por los antiguos. En especial es notable la riqueza de aquella mina de Aníbal en los Pirineos, que poseyeron los Romanos y continuaron su labor hasta en tiempo de Plinio —que fueron como trescientos años—, cuya profundidad era de mil y quinientos pasos —que es milla y media—.[104] Y a los principios fue tan rica que le valía a su dueño trescientas libras de[105] a doce onzas, cada día.[106]

Mas, aunque ésta haya sido extremada riqueza, yo pienso todavía que no llega a la de nuestros tiempos en Potosí: porque, según parece por los libros reales de la Casa de Contratación de aquel asiento y lo afirman hombres ancianos fidedignos, en tiempo que el Licenciado Polo gobernaba —que fue hartos* años después del descubrimiento del Cerro[107]— se metían a quintar cada sábado de ciento y cincuenta mil pesos a doscientos mil; y valían los quintos treinta y cuarenta mil pesos, y cada año millón y medio, o poco menos. De modo que, conforme a esta cuenta, cada día se sacaban de aquellas minas obra de[108] treinta mil pesos, y le valían al rey los quintos seis mil pesos al día.

Hay otra cosa que alegar por la riqueza de Potosí, y es que la cuenta que se ha hecho es sólo de la plata que marcaba **(p. 212)** y quintaba. Y es cosa muy notoria en el Pirú que largos tiempos se usó en aquellos reinos la plata que llamaban «corriente», la cual no era marcada y quintada; y es conclusión de los que bien saben de aquellas minas que, en aquel tiempo, grandísima parte de la plata que se sacaba de Potosí se quedaba por quintar: que era toda la que andaba entre indios y mucha de la de los españoles, como yo lo vi durar hasta mi tiempo. Así que se puede bien creer que el tercio de la riqueza de Potosí, si ya no era la mitad, no se manifestaba ni quintaba.

Hay aún otra consideración mayor: que Plinio pone haberse labrado mil y quinientos pasos aquella veta de Bebelo, y que por todo este espacio sacaban agua —que es el mayor impedimento que puede haber para sacar riquezas de minas—. Las de Potosí, con pasar muchas dellas de doscientos estados* su profundidad, nunca han dado en agua: que es la mayor felicidad de aquel cerro. Pues las minas de

100 = ¿hace? Tal vez le falte una partícula como «quizá», «tal vez».
101 Libro 33, cap. 6.
102 = conservan.
103 = «Gascuña. Es lo mesmo que Vascuña. Gascones y Vascones. Abraham Ortelio dice ser Navarra» *(Covarrubias).*
104 Genebrardus in *Chronographia,* libri quattuor *(nota del autor)* (París, 1567).
105 Sin «de» (Mat.). Se refiere a un valor de peso, común en la época.
106 La Príncipe pone punto, como 1792 y 1894; Mat. punto y aparte; O'G y Alc. punto y coma.
107 El descubrimiento de Potosí se hace en 1545 (véase cap. 8 de este libro), y la administración potosina de Polo tiene lugar en dos momentos: en tiempo del licenciado La Gasca (1546-1550) y del virrey Toledo (1569-1575).
108 = «Obra de: loc. adv. que sirve para determinar una cantidad sobre poco más o menos, cuando no se pude señalar a punto fijo» *(DRAE).* Hoy diríamos «cosa de», o «cerca de» por «obra de».

Porco, cuyo metal es riquísimo, se dejan hoy día de proseguir y beneficiar por el fastidio del agua en que han dado: porque cavar peñas y sacar agua son dos trabajos insufribles. Para buscar metal basta el primero, y sobra.

Finalmente, el día de hoy tiene la Católica Majestad un año con otro un millón de solos los quintos de plata del cerro de Potosí; sin la otra riqueza de azogues y otros derechos de la hacienda real, que es otro grande tesoro. Echando la cuenta los hombres expertos dicen que lo que se ha metido a quintar en la Caja de Potosí —aunque no permanecen los libros de sus primeros quintos con la claridad que hoy hay, porque los primeros años se hacían las cobranzas por romana[109] (tanta era la grosedad* que había)— pero, por la memoria de la averiguación que hizo el virrey don Francisco de Toledo el año de 74, se halló que fueron setenta y seis millones hasta el dicho año; y, desde el dicho año hasta el **(p. 213)** de[110] 85 inclusive, parece por los libros reales haberse quintado treinta y cinco millones. De manera que monta lo que se había quintado hasta el año de 85 ciento y once millones de pesos ensayados, que cada peso vale trece reales y un cuartillo. Y esto, sin la plata que se ha sacado sin quintar y se ha venido a quintar en otras cajas reales, y sin lo que en plata corriente se ha gastado y lo[111] hay por quintar, que es cosa sin número. Esta cuenta enviaron de Potosí al virrey el año que he dicho, estando yo en el Pirú;[xi] y después[112] acá aún ha sido mayor la riqueza que ha venido en las flotas del Pirú, porque en la que yo vine el año de 87 fueron once millones los que vinieron en ambas flotas de Pirú y México; y era del rey casi la mitad, y de ésta las dos tercias partes del Pirú.

He querido hacer esta relación tan particular para que se entienda la potencia que la divina Majestad ha sido servida de dar a los reyes de España, en cuya cabeza se han juntado tantas coronas y reinos, y por especial favor del cielo se han juntado también la India Oriental con la Occidental, dando cerco al mundo con su poder. Lo cual se debe pensar ha sido por providencia de nuestro Dios, para el bien de aquellas gentes que viven tan remotas de su cabeza —que es el Pontífice Romano, vicario de Cristo Nuestro Señor, en cuya fe y obediencia solamente pueden ser salvas—. Y también para la defensa de la misma fe católica e iglesia romana en estas partes, donde tanto es la verdad opugnada[113] y perseguida de los herejes. Y pues el señor de los cielos —que da y quita los reinos a quien quiere y como quiere— así lo ha ordenado, debemos suplicarle con humildad se digne de favorecer el celo tan pío del rey católico dándole próspero suceso y victoria contra los enemigos de su santa fe, pues en esta causa gasta el tesoro de Indias que le ha dado, y aún ha menester mucho más.

Pero, por ocasión de las **(p. 214)** riquezas de Potosí, baste haber hecho esta digresión,[xii] y agora volvamos a decir cómo se labran las minas y cómo se benefician los metales que dellas se sacan.

Capítulo 8
Del modo de labrar las minas de Potosí

Bien dijo Boecio, cuando se quejó del primer inventor de minas:

Heu primus quis fuit ille,
Auri qui pondera tecti,
Gemmasque latere volentes,
Pretiosa pericula fodit[114]

«Peligros preciosos» los llama con razón, porque es grande el trabajo y peligro con que se sacan estos metales que tanto precian[115] los hombres. Plinio[116] dice que en Italia hay muchos metales, pero que los antiguos no consintieron beneficiarse,[117] por conservar la gente: de España

[109] «Instrumento que sirve para pesar, compuesta de una balanza de brazos muy desiguales, con el fiel sobre el punto de apoyo. El cuerpo que se ha de pesar se coloca en el extremo del brazo menor, y se equilibra con un pilón o peso constante que se hace correr sobre el brazo mayor, donde se halla trazada la escala de los pesos» *(DRAE).* Este sistema de pesa se empleaba fundamentalmente en el campo (para granos, animales…) por su simplicidad.

[110] Sin «de» (Mat.).

[111] que. 1792 quita también «lo» para arreglar la falta.

[112] hasta.

[113] = «El que recibe oposición con fuerza y violencia» (*DRAE:* opugnador, a la inversa de «hace»).

[114] *De consolatione Philosophiae* (O'Gorman), libro II, metro 5, versos 27-30: «¡Ay!, ¿quién sería el primero que desenterró/el oro y los diamantes, amigos de ocultarse en/ lo hondo de la tierra,/y puso ante nosotros peligros del tal precio?» (Boecio, *La consolación de la filosofía.* Introducción, traducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián. Madrid, Alianza Editorial, 1999, p.74).

[115] «aprecian» (1792,1894 y Mat.).

[116] *Historia Natural* 33, 4 *(nota del autor).*

[117] = se les beneficiase.

los traían, y como a tributarios hacían a[118] los españoles labrar minas. Lo propio hace agora España con Indias, que habiendo todavía en España sin duda mucha riqueza de metales no se dan a buscarlos, ni aún se consiente labrar por los inconvenientes que se ven; y de Indias traen tanta riqueza, donde el buscalla* y sacalla* no cuesta poco trabajo ni aún es de poco riesgo.

Tiene el cerro de Potosí cuatro vetas principales, como está dicho:[119] que son la Rica, la de Centeno, la del[120] estaño,[121] la de Mendieta. Todas estas vetas están a la parte oriental del cerro, como mirando al nacimiento del sol: a la occidental no se halla ninguna. Corren las dichas vetas norte/sur, que es de polo a polo; tienen de ancho por donde más seis pies, por donde menos un palmo. Otras diversas hay que salen[122] déstas, como de ramos* grandes los más pequeños suelen **(p. 215)** producirse en el árbol. Cada veta tiene diversas minas, que son partes de ella misma, y han tomado posesión y repartídose entre diversos dueños, cuyos nombres tienen de ordinario. La mina mayor tiene ochenta varas*, y no puede tener más por ley ninguna: la menor tiene cuatro. Todas estas minas hoy día llegan a mucha profundidad. En la Veta Rica se cuentan setenta y ocho minas: llegan a ciento y ochenta estados* en algunas partes, y aún a doscientos de hondura. En la veta de Centeno se cuentan veinte y cuatro minas: llegan algunas a sesenta, y aún ochenta estados* de hondura. Y así, a este modo es de las otras vetas y minas de aquel cerro.

Para remedio desta tan gran profundidad de minas se inventaron los «socavones» —que llaman—, que son unas cuevas que van hechas por bajo desde un lado del cerro, atravesándole hasta llegar a las vetas. Porque se ha de saber que las vetas, aunque corren norte/sur —como está dicho—, pero esto es bajando desde la cumbre hasta la falda y asiento del cerro, según se cree: que serán, según conjetura de algunos, más de mil y doscientos estados*. Y a esta cuenta, aunque las minas van tan hondas, les falta otro seis tanto[123] hasta su raíz y fondo: que, según quieren decir, ha de ser riquísimo como tronco[124] y manantial de todas las vetas. Aunque hasta agora antes* se ha mostrado lo contrario por la experiencia: que mientras más alta ha estado la veta ha sido más rica, y como va bajando en hondo va siendo su metal más pobre. Pero, en fin, para labrar las minas con menos costa y trabajo y riesgo inventaron los socavones, por los cuales se entra y sale a paso llano. Tienen de ancho ocho pies, y de alto más de un estado*. Ciérranse con sus puertas, sácanse por ellos los metales con mucha facilidad, y págase al dueño del socavón el quinto de todo el metal que por él se saca.

Hay hechos ya nueve socavones, **(p. 216)** y otros se están haciendo. Un socavón —que llaman del Venino, que va a la Veta Rica— se labró en veinte y nueve años, comenzándose el año de 1556 —que fueron once después de descubrirse aquellas minas— y acabándose el año de 85 en once de abril. Este socavón alcanzó a la veta Rica en treinta y cinco estados* de hueco hasta su fondo, y hay desde donde se juntó con la veta hasta lo alto de la mina otros ciento y treinta y cinco estados*: que por todo este profundo bajaban a labrar aquellas minas. Tiene todo el socavón desde la boca hasta la veta (que llaman «el crucero»)[125] doscientas y cincuenta varas*, las cuales tardaron en labrarse los veinte y nueve años que está dicho: para que se vea lo que trabajan los hombres por ir a buscar la plata a las entrañas del profundo.

Con todo eso, trabajan allá dentro —donde es perpetua obscuridad— sin saber poco ni mucho cuándo es de día ni cuándo es noche. Y, como son lugares que nunca los visita el sol, no sólo hay perpetuas tinieblas mas también mucho frío, y un aire muy grueso y ajeno de la naturaleza humana:[126] y así, sucede marearse los que allá entran de nuevo —como a mí me acaeció— sintiendo bascas[127] y congojas de estómago. Trabajan con velas siempre los que labran, repartiendo el trabajo de suerte que unos labran de día y descansan de noche, y otros al revés les suceden.

El metal es duro comúnmente, y sácanlo a golpes de barreta quebrantándole,[128] que es quebrar un pedernal. Después lo suben a cuestas por unas escaleras hechizas[129] de tres ramales de cuero de vaca, retorcido como gruesas maromas: y de un ramal al otro puestos palos como escalones, de manera que puede subir un hombre y bajar otro juntamente.

Tienen estas escalas de largo diez estados*, y al fin dellas está otra escala del mismo largo: que comienza de un relex[130]

118 Sin «a» (Mat.), cambiando el sentido.
119 = Cap. 6 de este libro.
120 «de» (O'G. y Alc.), cambiando el sentido.
121 «y» (O'G. y Alc.).
122 «saben» (Mat.), sin sentido.
123 ¿otras seis veces?
124 = origen.
125 Sin paréntesis (1792, 1894 y Mat.).
126 = difícil de respirar a cualquiera.
127 = náuseas.
128 = «Machacar o reducir una cosa sólida a fragmentos relativamente pequeños, pero sin triturarla» (*DRAE,* 3).
129 = «Que se ha hecho según ley y arte» (*DRAE,* 3).
130 «Relej» (Mat.) o releje (O'G.). «Lo que la parte superior de un paramento en talud dista de la vertical que pasa por su pie» (*DRAE,* 4).

3. De cómo extraen los indios el oro de las montañas



XTRAEN los indios el oro de la montaña de Potosí, sin duda considerada la más rica de las Indias todas, de la mesma manera que aquí en nuestras minas, es decir, han de arrancarlo de la roca a golpes. Dividen a los trabajadores en dos turnos, y trabaja uno de día y descansa de noche, y el otro descansa de día y trabaja de noche, bien que ven del día tan poco unos como otros. Deben ayudarse con velas, pues están a unos 150 brazos de profundidad bajo tierra, mas pese a tal fondura han de subir todo el metal cargándolo sobre sus hombros. Y emplean para ello escaleras que son dobles, es decir, dos que van unidas. Están hechas estas escaleras de pieles de buey trenzadas y travesadas por palos de madera. Ansí pues, suben siempre tres, uno tras el otro, y bajan otros tres por el otro lado, y como en subir siempre es menester sujetarse con las manos, lleva el primero una lámpara encendida atada al pulgar. Y pues, como hemos mencionado, es largo el trecho a subir, tienen bancos para sentarse en el camino, donde pueden descansar con su carga.

Lámina 7. De cómo extraen los indios el oro de las montañas. (De Bry, vol. XI. Cfr. Acosta IV, 8).

o poyo,[131] donde hay hechos de madera unos descansos a manera de **(p. 217)** andamios, porque son muchas las escalas que se suben. Saca un hombre carga de dos arrobas*,[132] atada la manta a los pechos, y el metal que va en ella a las espaldas.[133] Suben de tres en tres: el delantero lleva una vela atada al dedo pulgar para que vean, porque —como está dicho— ninguna luz hay del cielo, y vanse asiendo con ambas manos; y así suben tan grande espacio que —como ya dije— pasa muchas veces de ciento y cincuenta estados*. Cosa horrible y que, en pensalla*, aún pone grima: tanto es el amor del dinero, por cuya recuesta[134] se hace y padece tanto. No sin razón exclama Plinio,[135] tratando de esto:

> «Entramos hasta las entrañas de la tierra, y hasta allá en el lugar de los condenados buscamos las riquezas». Y después, en el mismo libro:[136] "Obras son más que gigantes las que hacen los que sacan metales, haciendo agujeros y callejones en lo profundo, por tan grande trecho barrenando los montes a luz de candelas, donde todo el espacio de noche y día es igual, y en muchos meses no se ve el día. Donde acaece caerse las paredes de la mina súbitamente, y matar de golpe a los mineros". Y poco después añade: "Hieren la dura peña con almádenas[137] que tienen ciento y cincuenta libras de hierro. Sacan los metales a cuestas trabajando de noche y de día, y unos entregan la carga a otros y todo a oscuras, pues sólos los últimos ven la luz. Con cuños de hierro y con almádenas rompen las peñas y pedernales, por recios y duros que sean, porque en fin es más recia y más dura el hambre del dinero".

Esto es de Plinio: que, aunque habla como un historiador de entonces, más parece profeta de agora. Y no es menos lo que Focio de Agatárchides refiere del trabajo[138] inmenso que pasaban los que llamaban *chrisios* en sacar y beneficiar el oro: porque «siempre —como el sobredicho autor dice— el oro y plata causan tanto trabajo al haberse, cuanto dan de contento al tenerse». **(p. 218)**

[131] «Apoyo» (Mat.). «Banco de piedra, yeso u otra materia, que ordinariamente se fabrica arrimado a las paredes, junto a las puertas de las casas de campo, en los zaguanes y otras partes» (DRAE). Diríamos hoy «poyete» o «rebate».

[132] = unos 23 kg.

[133] «espalda» (Mat.).

[134] = «Busca y diligencia que se hace para llevar y recoger una cosa» (*DRAE,* antiguo).

[135] *Historia Natural,* en Proemio al libro 33 *(nota del autor).*

[136] Cap. 4.

[137] «Almadanas» (prínc., 1792, 1894, Alc. y O'G.), almádanas (Mat.). = «palabra árabe, maza de hierro con mango largo, para romper piedras» *(DRAE).*

[138] «trabjo» (corregido en Fe de erratas).

Capítulo 9

Cómo se beneficia el metal de plata

La veta que hemos dicho, en que[139] se halla la plata, va de ordinario entre dos peñas que llaman «la caja»: y la una dellas suele ser durísima como pedernal, la otra blanda y más fácil de romper. El metal va en medio, no todo igual ni de un valor: porque hay en esto mismo uno muy rico que llaman *cacilla* o *tacana,*[140] de donde se saca mucha plata, hay otro pobre de donde se saca poca. El metal rico deste cerro es de color ámbar, y otro toca en más negro; hay otro que es de color como rojo, otro como ceniciento. Y en efecto tiene diversos colores, y a quien no sabe lo que es todo ello parece piedra de por ahí;[141] mas los mineros en las pintas y vetillas[142] y en ciertas señales conocen luego su fineza.

Todo este metal que sacan de las minas se trae en carneros del Pirú —que sirven de jumentos— y se lleva a las moliendas. El que es metal rico se beneficia por fundición en aquellos hornillos que llaman *guayras*: éste es el metal que es más plomoso, y el plomo le hace derretir; y aún, para mejor derretirlo, echan los indios el que llaman *soroche*,[143] que es un metal muy plomizo. Con el fuego la escoria corre abajo, el plomo y la plata se derriten, y la plata anda nadando sobre el plomo hasta que se apura: tornan después a refinar más y más la plata. Suelen salir de un quintal de metal treinta y[144] cuarenta y cincuenta pesos de plata por fundición. A mí me dieron, para muestra, metales de que salían por fundición más de doscientos pesos y de doscientos y cincuenta, por quintal: riqueza rara y casi increíble, si no lo testificara el fuego con manifiesta experiencia; pero semejantes metales son muy raros.

El metal pobre es el que de un quintal da dos o tres pesos, o cinco o seis, o no mucho más: éste ordinariamente no es plomizo sino seco, y así por fuego no **(p. 219)** se puede beneficiar. A cuya causa gran tiempo estuvo en

[139] «en que hemos dicho que» (Mat.).

[140] En quechua, *takana*. s. «Martillo. Herramienta para golpear». Apud Teófilo Laime Ajacopa: *Diccionario bilingüe Iskay simipi yuyaik'ancha, Quechua-castellano, Castellano-quechua.* La Paz (Bolivia), 2007 (2ª edición).

[141] «allí» (O'G. y Alc.). «Locución adverbial con que se denota ser común y poco recomendable alguna cosa» *(DRAE),* es decir, «cualquiera».

[142] «vetillos» (O'G. y Alc.).

[143] En quechua, «*Sorojchi*, soroche. Mal de montaña, consistente en hacerse difícil la respiración al ascender lugares elevados», apud T. Laime Ajacopa, *obra citada.* Pero también se aplica el término al metal plomizo.

[144] Sin «y» (1792, Mat.).

Potosí inmensa suma de estos metales pobres, que eran desechos y como granzas[145] de los buenos metales hasta que se introdujo el beneficio* de los azogues, con los cuales aquellos desechos, o «desmontes» que llamaban, fueron de inmensa riqueza. Porque el azogue con extraña y maravillosa propiedad apura la plata y sirve para estos metales secos y pobres, y se gasta y consume menos azogue en ellos; lo cual no es en los ricos, que cuanto más lo son tanto más azogue consumen de ordinario. Hoy día el mayor beneficio* de plata y casi toda la abundancia della en Potosí es por el azogue, como también en las minas de los[146] Zacatecas y otras de la Nueva España.

Había antiguamente en las laderas de Potosí y por las cumbres y collados más de seis mil *guayras*: que son aquellos hornillos donde se derrite el metal puestos al modo de luminarias, que vellos arder de noche y dar lumbre tan lejos, y estar en sí hechos una ascua roja de fuego era espectáculo agradable. Agora, si llegan a mil o dos mil *guayras*, será mucho porque —como he dicho— la fundición es poca y el beneficio del azogue es toda la riqueza.

Y porque las propiedades del azogue son admirables, y el modo de beneficiar con él la plata muy notable, trataré del azogue y de sus minas y labor lo que pareciere conveniente al propósito.

Capítulo 10
De las propiedades maravillosas del azogue

El azogue —que por otro nombre se llama *argenvivo*, como también lo nombran los latinos porque parece plata viva, según bulle y anda a unas partes y otras velozmente— entre todos los metales tiene grandes y maravillosas **(p. 220)** propiedades. Lo primero, siendo verdadero metal, no es duro ni formado[147] y consistente —como los demás— sino líquido y que corre: no como la plata y el oro que, derretidos al fuego, son líquidos y corren sino de su propia naturaleza. Y con ser licor es más pesado que ningún otro metal, y así los demás nadan en el azogue y no se hunden, como más livianos. Yo he visto en un barreño de azogue echar dos libras de hierro, y andar nadando encima el hierro sin hundirse, como si fuera palo o corcho en el agua. Plinio hace excepción, diciendo[148] que sólo el oro se hunde y no nada sobre el azogue: no he visto la experiencia, y por ventura es porque el azogue naturalmente rodea luego el oro y lo esconde en sí.

Es ésta la más importante propiedad que tiene, que con maravilloso afecto se pega al oro y le busca y se va a él doquiera que le huele. Y no sólo esto, mas así se encarna con él y lo junta a sí que le desnuda y despega de cualesquier[149] otros metales o cuerpos, en que está mezclado. Por lo cual, toman oro los que se quieren preservar del daño del azogue: a hombres que han echado azogue en los oídos para matarlos secretamente ha sido el remedio meter por el oído una paletilla de oro, con que llaman el azogue, y la sacan blanca de lo que se ha pegado al oro. En Madrid, yendo a ver las obras notables que Jacomo de Trezo[xiii] —excelente artífice milanés— labraba para San Lorenzo el Real[xiv] sucedió ser en día que doraban unas piezas del retablo que eran de bronce, lo cual se hace con azogue; y, porque el humo del azogue es mortal, me dijeron que se prevenían los oficiales contra este veneno con tomar un doblón de oro desmenuzado: el cual, pasado al estómago, llamaba allí cualquier azogue que por los oídos u ojos, o narices[150] o boca, les entrase aquel humo mortal. Y con esto se preservaban del daño del azogue, yéndose todo él al oro que estaba en el estómago, y saliendo después por la vía **(p. 221)** natural: cosa cierto de digna admiración.

Después que el azogue ha limpiado al oro y purgádole de todos los otros metales y mezclas, también le aparta el fuego a él[151] de su amigo el oro, y así le deja del todo puro, sin fuego. Dice Plinio que con cierta arte apartaban el oro del azogue: no sé yo que agora se use tal arte. Paréceme que los antiguos no alcanzaron[152] que la plata se beneficiase por azogue, que es hoy día el mayor uso y más principal provecho del azogue: porque expresamente dice [Plinio][153] que «a ninguno otro metal abraza sino sólo al oro», y donde trata del modo de beneficiar la plata sólo hace mención de[154] fundición. Por donde se puede colegir que este secreto no

145 = «Superfluidades de cualquier metal» (*DRAE,* 4).
146 «los Cacatecas» (Príncipe, 1792: error de C por ç), «las Zacatecas» (Mat.), «los Zacatecas» (O'G., Alc., en versión de grafía moderna).
147 «informado» (Mat.).

148 *Historia Natural* 33, 6 *(nota del autor).*
149 "cualquier» (O'G. y Alc.).
150 Mateos elimina las preposiciones alternativas anteriores.
151 «al» (O'G. y Alc.), por a él.
152 a saber también.
153 *Historia Natural* 33, 6 *(nota del autor).* Esta nota aparece inserta en la frase anterior (Mat. y O'G.).
154 del método de.

le alcanzaron los antiguos. En efecto, aunque la principal amistad del azogue sea con el oro, todavía donde no hay oro se va a la plata y la abraza, aunque no tan presto como al oro; y al cabo también la alimpia[155] y la apura de la tierra y cobre y plomo, con que se cría, sin ser necesario el fuego que por fundición refina los metales. Aunque para despegar y desasir del azogue a la plata también interviene el fuego, como adelante se dirá.

De esotros metales —fuera de oro y plata— no hace caso el azogue, antes* los carcome y gasta y horada, y se va y huye dellos: que también es cosa admirable. Por donde le echan[156] en vasos de barro o en pieles de animales, porque vasijas de cobre o hierro u otro metal luego* las pasa y barrena, y toda otra materia penetra y corrompe: por donde le llama Plinio «veneno de todas las cosas», y dice que todo lo come y gasta. En sepulturas de hombres muertos se halla azogue que, después de cabellos* gastado, él se sale muy a salvo entero. Hase hallado también en las médulas y tuétanos de hombres o animales que, recibiendo su humo por la boca o narices, allá dentro se congela y penetra los mismos huesos: por eso es tan peligrosa la conversación con criatura tan atrevida y mortal.[xv]

Pues es otra **(p. 222)** gracia que tiene: que bulle y se hace cien mil gotillas y, por menudas que sean, no se pierde una sino que por acá o por allá se torna a juntar con su licor. Y casi es incorruptible, y apenas hay cosa que le pueda gastar, por donde el sobredicho Plinio le llama «sudor eterno». Otra propiedad tiene: que, siendo el azogue el que aparta el oro del cobre y otros metales, cuando quieren juntar oro con cobre o bronce o plata —que es dorando—, el medianero desta junta es el azogue, porque mediante él se doran estos metales.

Entre todas estas maravillas deste licor extraño, la que a mí me ha parecido más digna de ponderar es que, siendo la cosa más pesada del mundo, inmediatamente se vuelve en la más liviana del mundo, que es humo con que sube arriba resuelto: y luego el mismo humo, que es cosa tan liviana, inmediatamente se vuelve en cosa tan pesada como es el propio licor de azogue, en que se resuelve. Porque, en topando el humo de aquel metal cuerpo duro arriba o llegando a región fría, luego* al punto se cuaja y torna a caer hecho azogue; y, si dan fuego otra vez al azogue, se hace humo; y del humo torna[157] sin dilación a caer el licor del azogue. Cierto,[158] transmutación inmediata de cosa tan pesada en cosa tan liviana, y al revés, por cosa rara se puede tener en naturaleza. Y en todas éstas y otras extrañezas que tiene este metal es digno el Autor de su naturaleza de ser glorificado, pues a sus leyes ocultas obedece tan prontamente toda naturaleza creada.

Capítulo 11

Dónde se halla el azogue, y cómo se descubrieron sus minas riquísimas en Huancavilca[159]

Hállase el azogue en una manera de piedra que da juntamente el bermellón, que los antiguos llamaron *minio*; y hoy día dicen estar «miniadas» las imágenes que con azogue pintan en los cristales. El minio, o **(p. 223)** bermellón, celebraron los antiguos en grande manera teniéndolo por color sagrado, como Plinio[160] refiere: y así dice que solían teñir con él el rostro de Júpiter los romanos, y los cuerpos de los que triunfaban; y que en la Etiopía así los ídolos como los gobernadores se teñían el rostro de minio. Y que era estimado en Roma en tanto grado el bermellón (el cual solamente se llevaba de España, donde hubo muchos pozos y minas de azogue, y hasta el día de hoy las hay) que no consentían los romanos que se beneficiase en España aquel metal, por que no les hurtasen algo, sino[161] así en piedra —como lo sacaban de la mina— se llevaba sellado a Roma, y allá lo beneficiaban. Y llevaban cada año de España,[162] especial de la Andalucía, obra de* diez mil libras: y esto tenían los romanos por excesiva riqueza.

Todo esto he referido del sobredicho autor, porque a los que ven lo que hoy día pasa en el Pirú les dará gusto saber lo que antiguamente pasó a los más poderosos señores del mundo. Dígolo porque los *Ingas* reyes del Pirú y los indios naturales dél labraron gran tiempo las minas del azogue, sin saber del azogue ni conocelle*, ni pretender otra cosa sino este minio o bermellón —que ellos llaman *llimpi*—, el cual preciaban mucho para el mismo efecto que Plinio ha

155 «limpia» (Mat.).
156 = lo guardan el mercurio.
157 «terna» (prínc.).
158 «Cierta» (O'G. y Alc.) = Ciertamente.
159 «Guancavelica» (1794,1894 y Mat.), actual Huancavelica.
160 *Historia Natural* 33, 77 *(nota del autor).*
161 que.
162 en.

referido de los romanos y etíopes: que es para pintarse o teñirse con él los rostros y cuerpos suyos, y de sus ídolos. Lo cual usaron mucho los indios, especialmente cuando iban a la guerra, y hoy día lo usan cuando hacen algunas fiestas o danzas, y llámanlo «embijarse»: porque les parecía que los rostros así embijados ponían terror, y agora les parece que es mucha gala. Con este fin en los cerros de Guancavilca,[163] que son en el Pirú cerca de la ciudad de Huamanga, hicieron labores extrañas de minas de donde sacaban este metal: y es de modo que, si hoy día entran por las cuevas o socavones que los indios hicieron, se pierden los hombres y no **(p. 224)** atinan a salir.

Mas ni se curaban[164] del azogue, que está naturalmente en la misma materia o metal de bermellón, ni aún conocían que hubiese tal cosa en el mundo. Y no sólo los indios, mas ni aún los españoles conocieron aquella riqueza por muchos años hasta que gobernando el Licenciado Castro el Pirú el año de 66 y 67 se descubrieron las minas de azogue en esta forma. Vino a poder de un hombre inteligente —llamado Enrique Garcés, portugués de nación— el metal colorado que he dicho que llamaban los indios *llimpi* con que se tiñen los rostros, y mirándolo conoció ser el que en Castilla[165] llaman bermellón: y, como sabía que el bermellón se saca del mismo metal que el azogue, conjeturó que aquellas minas habían de ser de azogue. Fue allá y hizo la experiencia y ensaye, y halló ser así. Y de esta manera descubiertas las minas de Palcas en término de Huamanga, fueron diversos a beneficiar el azogue para llevarle a México, donde la plata[166] se beneficiaba por azogue: con cuya ocasión se hicieron ricos no pocos. Y aquel asiento de minas que llaman Guancavelica se pobló de españoles y de indios que acudieron, y hoy día acuden, a la labor de las dichas minas de azogue, que son muchas y prósperas.

Entre todas,[167] es cosa ilustrísima la mina que llaman «de Amador de Cabrera» —por otro nombre «la de los Santos»—, la cual es un peñasco de piedra durísima empapada toda en azogue, de tanta grandeza que se extiende por ochenta[168] varas* de largo y cuarenta en ancho. Y por toda esta cuadra está hecha su labor en hondura de setenta estados*, y pueden labrar en ella más de trescientos hombres juntos, por su gran capacidad. Esta mina descubrió un indio de Amador de Cabrera, llamado Nauincopa,[169] del pueblo de Acoria: registróla Amador de Cabrera en su nombre. Trajo pleito con el fisco, y por ejecutoria se le dio el usufructo della por ser descubridor.[170] Después la **(p. 225)** vendió por doscientos y cincuenta mil ducados, y pareciéndole que había sido engañado en la venta tornó a poner pleito: porque dicen que vale más de quinientos mil ducados, y aún a muchos les parece que vale un millón. Cosa rara haber mina de tanta riqueza.

En tiempo que gobernaba el Pirú don Francisco de Toledo, un hombre que había estado en México y visto cómo se sacaba plata con los azogues —llamado Pero Fernández de Velasco— se ofreció de sacar la plata de Potosí por azogue. Y hecha la prueba y saliendo muy bien, el año de 71 se comenzó en Potosí a beneficiar la plata con los azogues que se llevaron de Guancavelica, y fue el total remedio de aquellas minas, porque con el azogue se sacó plata infinita de los metales que estaban desechados, que llamaban «desmontes». Porque —como está dicho— el azogue apura la plata, aunque sea pobre y de poca ley y seca: lo cual no hace la fundición de fuego. Tiene el Rey Católico de la labor de las minas de azogue, sin costa ni riesgo alguno, cerca de cuatrocientos mil pesos de minas, que son de a catorce reales o poco menos; sin lo que después de ello procede por el beneficio* que se hace en Potosí, que es otra riqueza grandísima. Sácanse un año con otro destas minas de Guancavelica ocho mil quintales[171] de azogue, y aún más.

Capítulo 12

Del arte[172] que se saca el azogue, y se beneficia con él la plata

Digamos agora cómo se saca el azogue, y cómo se saca con él la plata. La piedra o metal donde el azogue se halla se muele y pone en unas ollas al fuego, tapadas; y allí, fundiéndose o derritiéndose aquel metal, se despide dél el azogue con la fuerza del fuego, y sale en exhalación a vueltas del[173] humo del dicho fuego. Y suele ir siempre arriba hasta tanto que topa algún cuer **(p. 226)** po, donde para y

163 «Guancavelica» (1792, 1894 y Mat).
164 «cuidaban» (1792, 1894 y Mat.).
165 «castilla» (Mat.), tal vez tomándolo por lengua, «castellano».
166 «planta» (Mat.).
167 «todos» (O'G. y Alc.).
168 «ochena» (Mat.).
169 «Navincopa» (todos, menos la Príncipe).

170 «descubridora» (1792, 1894 y Mat.).
171 = «(Del árabe *qintâr)* m. Peso de cien libras equivalente en Castilla a 46 kilogramos aproximadamente» *(DRAE).*
172 con. «De el modo y arte» (1792,1894).
173 = junto con el. «loc. adv. Desusada. Cerca, aproximadamente, casi» *(DRAE).*

se cuaja; o, si pasa arriba sin topar cuerpo duro, llega hasta donde se enfría y allí se cuaja y vuelve a caer abajo. Cuando está hecha la fundición, destapan las ollas y sacan el metal: lo cual procuran se haga estando ya frías porque, si da algún humo o vapor de aquél a las personas que destapan las ollas, se azogan y mueren o quedan muy maltratadas, o pierden los dientes. Para dar fuego a los metales —porque se gasta infinita leña— halló un minero por nombre Rodrigo de Torres una invención utilísima, y fue coger de una paja que nace por todos aquellos cerros del Pirú: la cual allá llaman *icho* y es a modo de esparto, y con ella dan fuego.[174] Es cosa maravillosa la fuerza que tiene esta paja para fundir aquellos metales, que es como lo que dice Plinio[175] del oro: que se funde con llama de paja, no fundiéndose con brasas de leña fortísima.

El azogue así fundido lo ponen en badanas,[176] porque en cuero se puede guardar,[177] y así se mete en los almacenes del rey: y de allí se lleva por mar a Arica, y de allí a Potosí en recuas o carneros de la tierra. Consúmese comúnmente en el beneficio* de los metales en Potosí de seis a siete mil quintales* por año, sin lo que se saca de las «lamas» (que son las heces que quedan y barro de los primeros lavatorios de metales, que se hacen en tinas): las cuales lamas se queman y benefician en hornos, para sacar el azogue que en ellas queda; y habrá más de cincuenta hornos déstos en la villa de Potosí, y en Tarapaya.[178] Será la cantidad de los metales que se benefician, según han echado la cuenta hombres prácticos, más de trescientos mil quintales* al año; de cuyas lamas beneficiadas se sacarán más de dos mil quintales* de azogue.

Y es de saber que la calidad de los metales es varia: porque acaece que un metal da mucha plata y consume poco azogue, otro al revés da poca plata y consume mucho azogue, otro da mucha y consume mucho, otro da poca y consume poco. Y, confor **(p. 227)** me a como es el acertar en estos metales, así es el enriquecer poco o mucho o perder en el trato de metales. Aunque lo más ordinario es que el[179] metal rico, como da mucha plata así[180] consume mucho azogue, y el pobre al revés.

El metal se muele muy bien primero con los mazos de ingenios, que golpean la piedra como batanes;[181] y, después de bien molido el metal, lo ciernen con unos cedazos[182] de telas de alambre, que hacen la harina tan delgada como los comunes de cerdas;[183] y ciernen estos cedazos, si están bien armados y puestos, treinta quintales* entre noche y día. Cernida que está la harina del metal, la pasan a unos cajones de buitrones,[184] donde la mortifican con salmuera echando a cada cincuenta quintales* de harina cinco quintales* de sal: y esto se hace para que la sal desengrase la harina de metal, del barro o lama que tiene, con lo cual el azogue recibe mejor la plata. Exprimen luego con un lienzo de Holanda cruda[185] el azogue sobre el metal, y sale el azogue como un rocío: y así van revolviendo el metal para que a todo él se comunique este rocío del azogue.

Antes de inventarse los buitrones de fuego, se amasaba muchas y diversas veces el metal con el azogue, así echado en unas artesas;[186] y hacían pellas grandes como de barro, y dejábanlo estar algunos días, y tornaban a masallo[187] otra vez y otra, hasta que se entendía que estaba ya incorporado el azogue en la plata: lo cual tardaba veinte días y más, y cuando menos nueve. Después, por aviso que hubo —como la gana de adquirir es diligente—[188] hallaron que, para abreviar el tiempo, el fuego ayudaba mucho a que el azogue tomase la plata con presteza; y así trazaron[189] los buitrones, donde ponen unos cajones grandes en que echan el metal con sal y azogue, y por debajo dan fuego manso en ciertas bóvedas hechas a propósito, y en espacio de cinco días o seis el azogue encorpora[190] en sí la plata.

Cuando se entiende que el azogue ha hecho su oficio —que es juntar la plata, mucha o poca, sin dejar nada della, y **(p. 228)** embebella* en sí como la esponja al agua, incorporándola consigo y apartándola de la tierra y plomo y cobre, con que se cría— entonces tratan de descubrilla* y sacalla* y apartalla* del mismo azogue, lo cual hacen en esta forma. Echan el metal en unas tinas de agua, donde con unos molinetes o ruedas de agua trayendo alrededor el metal —como quien deslíe[191]

174 Parece, pues, que el minero inventor usó un procedimiento de uso local, habitual en el sistema andino de *guayras*.

175 *Historia Natural* 33, 4 *(nota del autor)*.

176 = «Piel curtida de carnero u oveja» *(DRAE)*.

177 sin que se derrita y oxide, como ocurre con los metales en general. Ver cap. 10.

178 = «que es un valle a tres o cuatro leguas de Potosí, donde corre un río», dice en cap. 13.

179 «en» (todos).

180 también.

181 = «Máquina generalmente hidráulica, compuesta de gruesos mazos de madera, movidos por un eje, para golpear, desengrasar y enfurtir los paños» *(DRAE)*.

182 = filtros.

183 = «Pelo grueso que tienen las caballerías en la cola y en el cuello» (Casares).

184 = «Cenicero del hogar en los hornos metalúrgicos» (*DRAE,* 5). Conos invertidos y truncados, de metal. Véase explicación poco después en este cap.

185 «Aplícase a algunas cosas cuando no están preparadas o curadas, como la seda, el lienzo, el cuero, etc.» (*DRAE,* 5). Se supone una tela gruesa, conteniendo mercurio, en forma de bolsas que filtran gotas del mismo.

186 = «Cajón cuadrilongo, por lo común de madera, que por sus cuatro lados va angostando hacia el fondo [en forma de tronco de pirámide invertida, *apud* Casares]. Sirve para amasar el pan y para otros usos» *(DRAE)*.

187 «amasarlo» (1792, 1894 y Mat.).

188 = la codicia hace diligente. Parece tratarse de un refrán.

189 = «Discurrir y disponer los medios oportunos para el logro de una cosa» (*DRAE,* 3).

190 «incorpora» (1792, 1894 y Mat.).

191 = «Disolver y desunir las partes de algunos cuerpos por medio de un líquido» *(DRAE)*.

o hace mostaza—[192] va saliendo el barro o lama del metal en el agua que corre, y la plata y azogue como cosa más pesada hace asiento en el suelo de la tina. El metal que queda está como arena, y de aquí lo sacan y llevan a lavar otra vuelta con bateas[193] en unas balsas o pozas de agua, y allí acaba de caerse el barro, y deja la plata y azogue a solas; aunque, a vueltas del* barro y lama, va siempre algo de plata y azogue, que llaman «relaves»: y también procuran después sacallo* y aprovechallo*.[194]

Limpia, pues, que está la plata y el azogue[195] que ya ello reluce —despedido todo el barro y tierra—, toman todo este metal y, echado en un lienzo, exprímenlo fuertemente: y así sale todo el azogue que no está incorporado en la plata. Y queda lo demás, hecho todo una pella de plata y azogue, al modo que queda lo duro y cibera[196] de las almendras, cuando exprimen el almendrada[197] y, estando bien exprimida la pella que queda, sola es la sexta parte de plata y las otras cinco son azogue. De manera que, si queda una pella de sesenta libras, las diez libras son de plata y las cincuenta de azogue. De estas pellas se hacen las piñas a modo de panes de azúcar huecas por de dentro, y hácenlas de cien libras de ordinario.

Y, para apartar la plata del azogue, pónenlas en fuego fuerte: donde las cubren con un vaso de barro de la hechura de los moldes de panes de azúcar —que son como unos caperuzones—, y cúbrenlas de carbón y danles fuego: con el cual el azogue se exhala* en humo, y topando en el caperuzón de barro allí se cuaja y destila, como los vapores de la olla en la cobertera; y, por un cañón al modo de alambique, recí **(p. 229)** bese todo el azogue que se destila y tórnase a cobrar, quedando la plata sola.[198] La cual,[199] en forma y tamaño es la misma, en el peso es cinco partes menos que antes: queda toda crespa[200] y esponjada que es cosa de ver. De dos destas piñas se hace una barra de plata, que pesa sesenta y cinco o sesenta y seis marcos: y así se lleva a ensayar y quintar y marcar. Y es tan fina la plata sacada por azogue que jamás baja de dos mil trescientos y ochenta de ley: y es tan excelente que, para labrarse, ha[201] menester que los plateros la bajen de ley echándole liga o mezcla, y lo mismo hacen en las Casas de Moneda donde se labra y acuña.

Todos estos tormentos y (por decirlo así)[202] martirios pasa la plata para ser fina. Que, si bien se mira, es un amasijo formado donde se muele y se cierne y se amasa y se leuda[203] y se cuece la plata; y aún, fuera deso,[204] se lava y relava y se cuece y recuece, pasando por mazos y cedazos, y artesas y buitrones, y tinas[205] y bateas, y exprimideros y hornos, y finalmente por agua y fuego.

Digo esto porque, viendo este artificio en Potosí, consideraba lo que dice la Escritura de los justos,[206] que: *Colabit eos, et purgabit quasi argentum*.[207] Y lo que dice en otra parte: *Sicut argentum purgatum*[208] *terrae, purgatum septuplum.* Que, para apurar la plata y afinalla* y limpialla*[209] de la tierra y barro en que se cría, siete veces la purgan y purifican: porque en efecto son siete —esto es, muchas y muchas—[xvi] las veces que la atormentan hasta dejalla*[210] pura y fina. Y así es la doctrina del Señor, y lo han de ser las almas que han de participar de su pureza divina.

Capítulo 13

De los ingenios para moler metales, y del ensaye de la plata

Para concluir con esta materia de la plata y metales restan dos cosas por decir: una es de los ingenios y **(p. 230)** moliendas, otra de los ensayes.[211]

Ya se dijo que el metal se muele para recibir el azogue. Esta molienda se hace con diversos ingenios: unos que traen caballos, como atahonas,[212] y otros que se mueven con el

192 Parece referirse simplemente a la salsa que se prepara con semillas de mostaza, empleada como condimento y aperitivo.
193 = bandeja de madera.
194 «sacarlo y aprovecharlo» (1792 y 1894).
195 de modo.
196 = «Residuo de los frutos, después de exprimidos» *(DRAE).*
197 = «Bebida compuesta de leche de almendra y azúcar» (Casares).
198 O'G. y Alc. ponen coma.
199 aunque.
200 = «Ensortijado o rizado… o retorcido» (Casares y *DRAE*).
201 «han» (Mat.).
202 Sin paréntesis (1792 y Mat.).
203 = «Fermentar la masa con la levadura» *(DRAE).*
204 «de esto» (1792, 1894 y Mat.).
205 «tintas» (O'G. y Alc.).
206 *Malaquías* 3, 3; *Eclesiastés* 2, 8 *(nota del autor)*: «Se sentará para fundir y refinar la plata. Purificará a los hijos de Leví, los refinará como el otro y la plata, a fin de que puedan presentar al Señor una ofrenda conforme a justicia» (S. Pablo)». «Amontoné plata y oro y tesoros de reyes y de provincias; me hice con cantores y cantoras y, lo que constituye la gloria de los hombres, princesas en cantidad» (S. Pablo).
207 «Cuasi argentub» (Mat.).
208 «purgantum» (O'G. y Alc.), «probatum» (Mat.).
209 «Afinarla y limpiarla» (1792 y 1894).
210 «Detalla» (todos, menos 1792 y 1894).
211 = «Análisis de la moneda [u otro metal] para descubrir su ley» (*DRAE,* 3).
212 = «Para moler cereales, y producir pan. Atahona o Tahona, del árabe» *(DRAE).*

golpe del agua, como aceñas[213] o molinos; y de los unos y los otros hay gran cantidad. Y porque el agua, que comúnmente es la que llueve, no la hay bastante en Potosí sino en tres o cuatro meses —que son diciembre, enero y febrero— han hecho unas lagunas que tienen de contorno como a mil y setecientas varas*, y de hondo tres estados*. Y son siete con sus compuertas y, cuando es menester usar de alguna, la alzan y sale un cuerpo de agua; y las fiestas las cierran. Cuando se hinchen*[214] las lagunas y el año es copioso de aguas, dura la molienda seis o siete meses: de modo que también para dar[215] la plata piden los hombres ya buen año de aguas en Potosí, como en otras partes para el pan.

Otros ingenios hay en Tarapaya, que es un valle[216] tres o cuatro leguas de Potosí, donde corre un río; y en otras partes hay otros ingenios. Hay esta diversidad: que unos ingenios tienen a seis mazos,[217] otros a doce y catorce. Muélese el metal en unos morteros donde día y noche lo están echando, y de allí llevan lo que está molido a cerner.[218] Están en la ribera del arroyo de Potosí cuarenta y ocho ingenios de agua, de a ocho y diez y doce mazos; otros cuatro ingenios están en otro lado, que llaman Tanacoñuño; en el valle de Tarapaya hay veinte y dos ingenios, todos estos son de agua. Fuera de los cuales hay en Potosí otros treinta ingenios de caballos, y fuera de Potosí otros algunos: tanta ha sido la diligencia e industria de sacar plata.[219]

La cual, finalmente, se ensaya y prueba por los ensayadores y maestros que tiene el rey puestos para dar su ley a cada pieza. Llévanse las barras de plata al ensayador, el cual pone a cada una su número: porque el ensaye se hace de muchas[220] juntas. Saca de cada una un bocado, y pésale fielmente: échale en una «copella» —que es **(p. 231)** un vasito hecho de ceniza de huesos, molidos y quemados—, pone estos vasitos por su orden en el horno u hornaza. Dales fuego fortísimo, derrítese el metal todo, y lo que es plomo se va en humo, el cobre o estaño se deshace: queda la plata finísima, hecha de color de fuego. Es cosa maravillosa que, cuando está así refinada —aunque esté líquida y derretida—, no se vierte volviendo la copella —o vaso donde está— hacia abajo sino que se queda fija, sin caer gota.

En el color y en otras señales conoce el ensayador cuándo está afinada: saca del horno las copellas, torna[221] a pesar delicadísimamente cada pedazito, mira lo que ha mermado y faltado[222] de su peso; porque la que es de ley subida merma poco, y la que es de ley baja mucho. Y así, conforme a lo que ha mermado, ve la ley que tiene; y ésa asienta y señala en cada barra puntualmente. Es el peso tan delicado y las pesicas o granos tan menudos que no se pueden asir con los dedos sino con unas pinzas; y el peso se hace a luz de candela[223] por que no dé aire que haga menear las balanzas: porque de aquel poquito depende el precio y valor de toda una barra.

Cierto es cosa delicada, y que requiere gran destreza: de la cual también se aprovecha la divina escritura, en diversas partes,[224] para declarar de qué modo prueba Dios a los suyos y para notar las diferencias de méritos y valor de las almas. Y especialmente donde a Jeremías,[225] profeta, le da Dios título de «ensayador» para que conozca y declare el valor espiritual de los hombres y sus obras: que es negocio propio del Espíritu de Dios, que es el que pesa los espíritus de los hombres.[226]

Y con esto nos podemos contentar cuanto a materia de plata y metales y minas, y pasar adelante a los otros dos[227] propuestos de plantas y animales.

Capítulo 14
De las esmeraldas

(p. 232) Aunque será bien primero[228] decir algo de las esmeraldas: que, así por ser cosa preciada como el oro y plata —de que se ha dicho— como por ser su nacimiento también de minas de metales —según Plinio—,[229] no viene

213 = «Molino harinero de agua situado dentro del cauce de un río» *(DRAE).*
214 = De henchir (llenar hasta arriba), no de hinchar (expandir).
215 = producir mejor. Se refiere luego a las rogativas y procesiones que se hacen en España e Indias para pedir agua, y que crezcan los cereales, de donde sale el pan.
216 a.
217 = «Martillo grande de madera» *(DRAE).*
218 = «(Del latín *cernere*, separar). Separar con el cedazo la harina del salvado o cualquier otra materia reducida a polvo, de suerte que lo más grueso quede sobre la tela…» *(DRAE).*
219 O'G. pone coma, aunque aquí pasa el autor a otra materia, ya prometida.
220 barras.
221 «vuelve» (1792, 1894 y Mat.).
222 «faltando» (Mat.).
223 = cerrando puertas y ventanas.
224 *Salmos* 65, 10; *Proverbios* 17, 3 y 27, 21 *(nota del autor)*: «Sí, oh Dios, tú nos pusiste a prueba, nos pasaste por el crisol, como la plata»; «El oro y la plata los prueba el fuego, los corazones los prueba el Señor»; «El crisol prueba la plata, y el fuego el oro; y al hombre la voz del que lo alaba» (S. Pablo).
225 *Jeremías* 6 *(nota del autor)*, 27: «Yo te he establecido como examinador en medio de mi pueblo, para que conozcas y examines su conducta» (S. Pablo). Mat. dice «Ieremias» en nota y «Jeremías» en texto, y O'G al contrario.
226 *Proverbios* 16 *(nota del autor)*, 2: «A los ojos del hombre todos sus caminos son puros, pero el Señor juzga las intenciones» (S. Pablo).
227 temas.
228 = antes de ello, de hablar de plantas.
229 *Historia Natural* 37, 5 *(nota del autor).*

fuera de propósito tratar aquí dellas. Antiguamente fue la esmeralda estimada en mucho, y —como el dicho autor escribe— tenía el tercer lugar entre las joyas, después del diamante y de la margarita.[230] Hoy día ni la esmeralda se tiene en tanto ni la margarita, por la abundancia que las Indias han dado de ambas cosas: sólo el diamante se queda con su reinado, que no se lo quitará nadie. Tras él, los rubíes finos y otras piedras se precian en más que las esmeraldas.

Son amigos los hombres de singularidad, y lo que ven ya común no lo precian. De un español cuentan que en Italia, al principio que se hallaron[231] en Indias, mostró una esmeralda a un lapidario y preguntó el precio; vista por el otro que era de excelente calidad y tamaño, respondió que cien escudos. Mostróle otra mayor, dijo que trescientos. Engolosinado del negocio, llevóle a su casa y mostróle un cajón lleno dellas; en viendo tantas dijo el italiano: «señor, éstas valen a escudo». Así ha pasado en Indias y España: que el haber hallado tanta riqueza de estas piedras les ha quitado el valor. Plinio[232] dice excelencias dellas, y que no hay cosa más agradable ni más saludable a la vista, y tiene razón: pero importa poco su autoridad, mientras hubiere tantas.[xvii]

La otra[xviii] Lollia romana, de quien cuenta[233] que en un tocado y vestido labrado de perlas y esmeraldas echó cuatrocientos mil ducados de valor, pudiera hoy día con menos de cuarenta mil hacer dos pares como aquél. En diversas partes de Indias se han hallado: los reyes mexicanos las preciaban, y aún usaban algunos horadar las narices y poner allí una excelente esmeralda. En los rostros de sus ídolos también las ponían. Mas donde se ha hallado, y hoy en día se halla, más abundancia es en el Nuevo Reino de Granada y en **(p. 233)** el Pirú, cerca de Manta y Puerto Viejo.[234] Hay por allí dentro una tierra que llaman «de las esmeraldas», por la noticia que hay de haber muchas, aunque no ha sido hasta agora conquistada aquella tierra.

Las esmeraldas nacen en piedras a modo de cristales. Y yo las he visto en la misma piedra, que van haciendo como veta y, según parece, poco a poco se van cuajando y afinando: porque vi unas medio blancas medio verdes, otras casi blancas, otras ya verdes y perfectas del todo. Algunas he visto del grandor de una nuez, y mayores las hay, pero no sé que en nuestros tiempos se hayan descubierto del tamaño del catino,[235] o joya, que tienen en Génova que con razón la precian en tanto: por joya, y no por reliquia, pues no consta que lo sea, antes* lo contrario.

Pero, sin comparación, excede lo que Teofrasto[236] refiere de la esmeralda que presentó el rey de Babilonia al rey de Egipto, que tenía de largo cuatro codos y tres de ancho; y[237] que en el templo de Júpiter había una aguja hecha de cuatro piedras de esmeraldas, que tenía de largo cuarenta codos, y de ancho en partes cuatro y en partes dos; y que en su tiempo en Tiro había en el templo de Hércules un pilar de esmeralda. Por ventura era (como dice Plinio) de piedra verde que tira a esmeralda, y la llaman «esmeralda falsa». Como algunos quieren decir que ciertos pilares que hay en la iglesia catedral de Córdoba, desde el tiempo que fue mezquita de los reyes Miramamolines —moros que reinaron en Córdoba—, que son de piedra esmeralda.

En la flota del año de 87 en que yo vine de Indias trajeron dos cajones de esmeraldas, que tenía[238] cada uno dellos por lo menos cuatro arrobas*, por donde se puede ver la abundancia que hay. Celebra la divina escritura[239] las esmeraldas como joya muy preciada, y pónelas así entre las piedras preciosas que traía en el pecho el Sumo Pontífice, como en las que adornan los muros de la celestial Jerusalén. **(p. 234)**

Capítulo 15
De las perlas

Ya que tratamos la principal riqueza que se trate de Indias,[240] no es justo olvidar las perlas —que los antiguos llamaban *margaritas*—, cuya estima en los primeros fue tanta que eran tenidas por cosa que sólo a personas reales

[230] = perla, ver cap. 15.
[231] las esmeraldas.
[232] *Historia Natural* 37, 5 *(nota del autor).*
[233] *Idem* 9, 35 *(nota del autor).*
[234] Puertoviejo (Mat.) y punto y aparte. Hay una provincia llamada de Esmeraldas, y un río, en la costa norte de Ecuador.
[235] = «Escudilla o cazuela» *(DRAE).*
[236] Plinio: *Historia Natural* 37, 5 (37, 4, O'G. y Alc.).
[237] lo que cuenta.
[238] «tenían» (O'G. y Alc.).
[239] *Éxodo* 29,5 y 39, 10 y 11 *(nota del autor.* Ni O'G. ni Alc. mencionan los versículos, como tampoco la Príncipe), y *Apocalipsis* 21, 19 *(nota del autor)*: «Tomas las vestiduras y pones a Aarón la túnica, el manto, el efod y el pectoral, y le ciñes con el cinturón del efod»; «Engastaron en él cuatro filas de piedra: en la primera fila un sardonio, un topacio y una esmeralda; en la segunda, un rubí, un zafiro, y un diamante…»; «Y los fundamentos del muro de la ciudad están adornados de toda clase de piedras preciosas. El primer fundamento es jaspe; el segundo, de zafiro; el tercero, de calcedonia; el cuarto, de esmeralda» (S. Pablo).
[240] = Ya que nos ocupamos de los principales capítulos que expresan riqueza, en Indias.

pertenecían. Hoy día es tanta la copia* dellas que hasta las negras traen sartas de perlas.

Críanse en los «ostiones» o conchas del mar entre la misma carne, y a mí me ha acaecido —comiendo algún ostión— hallar la perla en medio. Las conchas tienen por de dentro[241] unas colores del cielo muy vivas, y en algunas partes hacen cucharas dellas, que llaman «de nácar». Son las perlas de diferentísimos modos en el tamaño y figura, y color y lisura: y así, su precio es muy diferente. Unas llaman «avemarías» por ser como cuentas pequeñas de rosario, otras «paternostres» por ser gruesas. Raras veces se hallan dos que en todo convengan en tamaño, en forma,[242] en color. Por eso los romanos (según escribe Plinio)[243] las llamaron *Uniones*. Cuando se aciertan a topar dos que en todo convengan suben mucho de precio, especialmente para zarcillos:[244] algunos pares he visto que los estimaban en millares de ducados, aunque no llegasen al valor de las dos perlas de Cleopatra, que cuenta Plinio[245] haber valido cada una cien mil ducados: con que ganó aquella reina loca la apuesta que hizo con Marco Antonio de gastar en una cena más de cien mil ducados porque, acabadas las viandas, echó en vinagre fuerte una de aquellas perlas y, desecha, así se la tragó; la otra dice que, partida en dos, fue puesta en el panteón de Roma en los zarcillos de la estatua de Venus. Y del otro[xix] Clodio —hijo del Farsante o Trágico— Esopo cuenta que en un banquete dio a cada uno de los convidados una **(p. 235)** perla desecha en vinagre, entre los otros platos, para hacer la fiesta magnífica. Fueron locuras de aquellos tiempos éstas, y las de los nuestros no son muy menores: pues hemos visto no sólo los sombreros y trenas[246] mas los botines y chapines de mujeres de por ahí,[247] cuajados todos de labores de perlas.

Sácanse las perlas en diversas partes de Indias: donde con más abundancia es en el mar del Sur*, cerca de Panamá, donde están las islas que por esta causa llaman «de las perlas». Pero en más cantidad y mejores se sacan en la mar del Norte*, cerca del río que llaman «de la hacha». Allí supe cómo se hacía esta granjería,[248] que es con harta costa y trabajo de los pobres buzos: los cuales bajan seis y nueve, y aún doce, brazas en hondo a buscar los ostiones, que de ordinario están asidos a las peñas y escollos de la mar. De allá los arrancan y se cargan dellos, y se suben y los echan en las canoas, donde los abren y sacan aquel tesoro que tienen dentro. El frío del agua allá dentro del mar es grande, y mucho mayor el trabajo de tener[249] el aliento estando un cuarto de hora a las veces, y aún media, en hacer su pesca. Para que puedan tener el aliento, hácenles a los pobres buzos que coman poco y manjar muy seco, y que sean continentes. De manera que también la codicia tiene sus abstinentes y continentes, aunque sea a su pesar.[xx]

Lábranse de diversas maneras las perlas, y horádanlas para sartas.[250] Hay ya gran demasía donde quiera. El año de 87 vi en la memoria de lo que venía de Indias para el rey diez y ocho marcos[251] de perlas y otros tres cajones de ellas, y para particulares mil y doscientos y setenta y cuatro marcos de perlas, y sin esto otras siete talegas por pesar que en otro tiempo se tuviera por fabuloso. **(p. 236)**

Capítulo 16
Del pan de Indias, y del maíz

Viniendo a las plantas, trataremos de las que son más propias de Indias y después de las comunes a aquella tierra y a ésta de Europa. Y, porque las plantas fueron criadas principalmente para mantenimiento del hombre y el principal de que se sustenta es el pan, será bien decir qué pan hay en Indias y qué cosa usan en lugar de pan.

El nombre de pan es allá también usado, con propiedad de su lengua: que en el Pirú llaman *tanta* y en otras partes de otras maneras. Mas la calidad y sustancia del pan que los indios tenían y usaban es cosa muy diversa del nuestro, porque ningún género de trigo se halla que tuviesen: ni cebada ni mijo ni panizo, ni esotros[252] granos usados para pan en Europa. En lugar de esto, usaban de otros géneros de granos y de raíces: entre todos tiene el principal lugar, y con razón, el grano de maíz, que en Castilla llaman «trigo de las Indias» y en Italia «grano de Turquía». Así como en las partes del orbe antiguo —que son Europa, Asia y África— el

241 «dedentro» (O'G. y Alc.). La cara interior de la concha.
242 «o» (1792, 1894 y Mat.), cambiando el sentido.
243 *Historia Natural* 9 *(nota del autor),* 35.
244 = «(Del latín *circellus*, circulito). Pendiente, arete» *(DRAE).*
245 *Idem, ibídem (nota del autor).*
246 = «(Del latín *trina*… triple). Banda, generalmente trenzada, que usaban los soldados como cinturón, o tahalí» *(DRAE).*
247 «allí» (Mat.). «De por ahí: loc. adv. con que denota ser común y poco recomendable alguna cosa» *(DRAE).* Tal vez prostitutas.
248 = «(De *granjero*). Beneficio de las haciendas de campo y venta de sus frutos, o cría de ganados y trato con ellos, etc.» *(DRAE).* «Ganancia y provecho» *(Covarrubias).*

249 = contener.
250 = «Serie de cosas metidas por orden en un hilo, cuerda, etc.» *(DRAE).*
251 = «(Del alemán *mark*). Peso de media libra, o doscientos treinta gramos, que ha venido usándose para el oro y la plata» *(DRAE).*
252 «esos otros», en O'G. y Alc.

grano más común a los hombres es el trigo, así en las partes del Nuevo Orbe ha sido, y es, el grano de maíz. Y casi se ha hallado en todos los reinos de Indias Occidentales: en Pirú, en Nueva España, en Nuevo Reino,[253] en Guatemala, en Chile, en toda Tierra Firme. De las islas de Barlovento —que son Cuba, la Española, Jamaica, San Juan— no sé que se usase antiguamente el maíz; hoy día usan más la *yuca* y *cazabi*, de que luego diré.

El grano del[254] maíz en fuerza y sustento pienso que no es inferior al trigo. Es más grueso y cálido, y engendra sangre:[xxi] por donde los que de nuevo lo comen, si es con demasía, suelen padecer hinchazones y sarna. Nace en cañas y cada una lleva una o dos «mazorcas», donde está pegado el grano; y, con[255] ser granos gruesos, tie **(p. 237)** nen muchos, y en alguna contamos setecientos granos.[xxii] Siémbrase a mano y no esparcido, quiere tierra caliente y húmeda. Dase en muchas partes de Indias con grande abundancia: coger trescientas fanegas de una[256] de[257] sembradura no es cosa muy rara. Hay diferencia en el maíz, como también en los trigos: uno es grueso y sustancioso, otro chico y sequillo que llaman *moroche*.

Las hojas del maíz y la caña verde es[258] escogida comida para cabalgaduras y, aún seca, también sirve como de paja. El mismo grano es de más sustento para los caballos y mulas que la cebada: y así es ordinario en aquellas partes, teniendo aviso de dar de beber a las bestias primero[259] que coman el maíz. Porque, bebiendo sobre él, se *hinchan* y les da «torzón»,[260] como también lo hace el trigo.

El pan de los indios es el maíz. Cómenlo comúnmente cocido, así en grano y caliente, que llaman ellos *mote*: como comen los chinos y japones el arroz también, cocido con su agua caliente. Algunas veces lo comen tostado: hay maíz redondo y grueso, como lo[261] de los Lucanas, que lo comen[262] españoles por golosina tostado, y tiene mejor sabor que garbanzos tostados. Otro modo de comelle más regalado es moliendo el maíz, haciendo de su harina masa, y della unas tortillas que se ponen al fuego; y así calientes, se ponen a la mesa y se comen: en algunas partes se llaman *arepas*. Hacen también de la propia masa unos bollos redondos y sazónanlos[263] de cierto modo que duran, y se comen por regalo. Y, porque no falte la curiosidad también en comidas de Indias, han inventado hacer cierto modo de pasteles desta masa y de la flor de su harina con azúcar, bizcochuelos y «melindres» que llaman.

No les sirve a los indios el maíz sólo de pan sino también de vino: porque dél hacen sus bebidas, con que se embriagan harto más presto* que con vino de uvas. El vino del maíz —que llaman en el Pirú *azúa*, y por vocablo de Indias común *chicha*— se ha **(p. 238)** ce en diversos modos: el más fuerte, al modo de cerveza, humedeciendo primero el grano de maíz hasta que comienza a brotar, y después cociéndolo con cierto orden. Sale tan recio que a pocos lances[264] derriba: éste llaman en el Pirú *sora* y es prohibido por ley, por los graves daños que trae emborrachando bravamente; mas la ley sirve de poco, que así como así[265] lo usan y se están bailando y bebiendo noches y días enteros. Este modo de hacer brebaje con que emborracharse —de granos mojados y después cocidos— refiere Plinio[266] haberse usado antiguamente en España y Francia, y en otras provincias; como hoy día en Flandes se usa la cerveza, hecha de granos de cebada.[xxiii]

Otro modo de hacer el *azúa* o *chicha* es mascando el maíz y haciendo levadura de lo que así se masca, y después[267] cocido. Y aún es opinión de indios que, para hacer buena levadura, se ha de mascar por viejas podridas:[268] que aún oillo[269] pone asco, y ellos no lo tienen de beber aquel vino. El modo más limpio y más sano, y que menos encalabria[270] es de maíz tostado: esto usan los indios más pulidos y algunos españoles por medicina, porque en efecto hallan que para riñones y orina es muy saludable bebida. Por donde apenas se halla en indios semejante mal, por el uso de beber su chicha.[xxiv]

Cuando el maíz está tierno en su mazorca, y como en leche, cocido o tostado lo comen por regalo indios y españoles; también lo echan en la olla y en guisados, y es buena comida. Los cebones de maíz son muy gordos, y sirven para manteca en lugar de aceite.

De manera que para bestias y para hombres, para pan y para vino, y para aceite aprovecha en Indias el maíz. Y así

[253] Granada (Colombia actual, más o menos).
[254] «de» (O'G. y Alc.).
[255] = a pesar de. El nombre botánico linneano *Zea mays* (ver siempre en adelante estudio de B. Beddall al facsímil de la Príncipe, Acosta, 1997).
[256] fanega.
[257] Sin «de» (Mat., Alc.), cambiando el sentido. Es menos preciso.
[258] = son.
[259] = antes de. Precaución muy conocida, para evitar que se hinchen demasiado en caso contrario.
[260] Torozón = «Retortijón doloroso del vientre» *(DRAE).*
[261] = el.
[262] algunos.
[263] «sazonándolos» (O'G. y Alc.).
[264] = «Loc. adverbial: a breve tiempo» *(DRAE).* Podría por vía de metáfora significar «tragos» o buches.
[265] = «de cualquier modo» *(DRAE),* en cualquier momento, frecuentemente.
[266] *Historia Natural* 14, 22 *(nota del autor).*
[267] es.
[268] = consumidas.
[269] «oirlo» (1792 y 1894).
[270] «encalabrina» (1792 y 1894). «Llenar la cabeza de un vapor o hálito que la turbe» *(DRAE).*

decía el virrey don Francisco de Toledo que dos cosas tenía de sustancia y riqueza el Pirú, que eran el maíz y el ganado de la tierra.[271] Y cierto tenía mucha razón, porque ambas cosas sirven por mil.

De dónde fue el maíz a Indias, y por qué este grano tan provechoso le llaman en **(p. 239)** Italia «grano de Turquía», mejor sabré preguntallo* que decillo*: porque en efecto en los antiguos no[272] hallo rastro deste género. Aunque el *milio* —que Plinio escribe[273] haber venido a Italia de la India, diez años había[274] cuando escribió— tiene alguna similitud con el maíz en lo que dice que es grano y que nace en caña, y se cubre de hoja y que tiene el remate como cabellos, y el ser fertilísimo: todo lo cual no cuadra con el «mijo» que comúnmente entienden por milio.[275]

En fin, repartió el Creador[276] a todas partes su gobierno: a este orbe dio el trigo, que es el principal sustento de los hombres; a aquél de Indias dio el maíz, que tras el trigo tiene el segundo lugar para sustento de hombres y animales.

Capítulo 17

De las yucas y cazabi, y papas y chuño, y arroz

En algunas partes de Indias usan un género de pan que llaman *cazabi*, el cual se hace de cierta raíz que se llama *yuca*. Es la yuca raíz grande y gruesa, la cual cortan en partes menudas y la rallan, y como en prensa la exprimen: y lo que queda es una como torta, delgada y muy grande, y ancha casi como una adarga.[277] Ésta, así seca, es el pan que comen: es cosa sin gusto y desabrida, pero sana y de sustento; por eso decíamos estando en la Española que era propia comida para contra la gula, porque se podía comer sin escrúpulo de que el apetito causase exceso.[xxv] Es necesario humedecer el *cazabi* para comello*,[278] porque es áspero y raspa: humedécese con agua o caldo fácilmente, y para sopas es bueno porque empapa mucho, y así hacen capirotadas[279] dello. En leche y en miel de cañas, ni aún en vino, apenas se humedece ni pasa como hace el pan de trigo. De este *cazabi* hay uno más delicado, que es hecho de la flor que ellos llaman *jaujau*, que en aquellas partes se **(p. 240)** precia; y yo preciaría más un pedazo de pan, por duro y moreno que fuese.[xxvi]

Es cosa de maravilla que el zumo o agua que exprimen de aquella raíz de que hacen el *cazabi* es mortal veneno y —si se bebe— mata, y la sustancia que queda es pan sano, como está dicho. Hay género de yuca que llaman «dulce» que no tiene en su zumo ese veneno, y esta yuca se come así en raíz[280] cocida o asada, y es buena comida. Dura el *cazabi* mucho tiempo, y así lo llevan en lugar de bizcocho para navegantes. Donde más se usa esta comida es en las islas que llaman de Barlovento —que son como arriba está dicho, Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico, Jamaica— y algunas otras de aquel paraje: la causa es no darse trigo ni aún maíz, sino mal. El trigo, en sembrándolo luego nace con grande frescura, pero tan desigualmente que no se puede coger: porque de una misma sementera al mismo tiempo uno está en berza, otro en espiga, otro brota; uno está alto, otro bajo; uno es todo hierba, otro grana. Y, aunque han llevado labradores para ver si podrían hacer agricultura de trigo, no tiene remedio la calidad de la tierra. Tráese harina de la Nueva España, o llévase de España o de las Canarias; y está tan húmeda que el pan[281] apenas es de gusto ni provecho. Las hostias, cuando decíamos misa, se nos doblaban como si fuera papel mojado: esto causa el extremo de humedad y calor juntamente que hay en aquella tierra.

Otro[282] extremo contrario es el que en otras partes de Indias quita el pan de trigo y de maíz, como es lo alto de la sierra del Pirú y las provincias que llaman del Collao, que es la mayor parte de aquel reino: donde el tempero[283] es tan frío y tan seco que no da lugar a criarse trigo ni maíz. En cuyo lugar usan los indios otro género de raíces, que llaman *papas*, que son a modo de turmas[284] de tierra, y echan arriba una poquilla hoja. Estas *papas* cogen, y déjanlas secar

[271] = Se refiere fundamentalmente a los camélidos, que deja como cap. finales de este libro.
[272] «en» (Mat.).
[273] *Ibídem*, 18, 7 *(nota del autor)*.
[274] = hacía.
[275] que todos conocemos.
[276] «Criador» (1792, 1894 y Mat.).
[277] = «Del árabe *ad-daraqa* —el escudo de piel— Escudo de cuero, ovalado o de figura de corazón» *(DRAE)*. La yuca o cazabi, *Manihot suculenta*.
[278] «comerlo» (1792 y 1894).
[279] = «América. Plato criollo que se hace con carne, maíz tostado y queso, manteca y especia» *(DRAE)*.
[280] = «De raíz, loc. adv. Desde los principios y del todo, quitando los inconvenientes que pueden resultar de una cosa y la causa de donde provienen» *(DRAE)*.
[281] de ella.
[282] factor, fenómeno (¿?).
[283] «temperamento» (1792, Mat.).
[284] = «Criadillas» *(DRAE)*. Se refiere a la famosa *Solanum tuberosum*.

bien al sol; y quebrantándolas[285] hacen lo **(p. 241)** que llaman *chuño*, que se conserva así muchos días y les sirve de pan; y es en aquel reino gran contratación[286] la deste chuño para las minas de Potosí —así frescas,[287] cocidas o asadas—; y de un género dellas más apacible, que se da también en lugares calientes, hacen cierto guisado o cazuela que llaman *locro*.

En fin estas raíces son todo el pan de aquella tierra, y cuando el año es bueno déstas están contentos: porque hartos* años se les añublan[288] y hielan en la misma tierra, tanto es el frío y destemple de aquella región. Traen el maíz de los valles y de la costa de la mar, y[289] los españoles regalados[290] de las mismas partes y de otras harina y trigo: que, como la sierra es seca, se conserva bien y se hace buen pan.

En otras partes de Indias —como son las Islas Filipinas— usan por pan el arroz, el cual en toda aquella tierra y en la China se da escogido[291] y es de mucho y muy buen sustento: cuécenlo y en unas porcelanas o salserillas[292] —así caliente en su agua— lo van mezclando con la vianda. Hacen también su vino en muchas partes del grano del arroz, humedeciéndolo y después cociéndolo al modo que la cerveza de Flandes o la *azúa* del Pirú.

Es el arroz comida poco menos universal en el mundo que el trigo y el maíz, y por ventura[xxvii/293] lo es más, porque —ultra[294] de la China y Japones [sic] y Filipinas, y gran parte de la India Oriental— es en el África y Etiopía el grano más ordinario. Quiere el arroz mucha humedad, y casi la tierra empapada en agua y empantanada. En Europa y en Pirú y México, donde hay trigo, cómese el arroz por guisado o vianda, y no por pan:[xxviii] cociéndose en leche o con el graso[295] de la olla, y en otras maneras. El más escogido grano es el que viene de las Filipinas y China, como está dicho.

Y esto baste, así en común, para entender lo que en Indias se come por pan.

285 «quebrándolas» (O'G. y Alc.). Quebrantar = «Machacar o reducir una cosa sólida a fragmentos relativamente pequeños, pero sin triturarla» (*DRAE,* 3).
286 = negocio.
287 = sin más elaboración.
288 = «Anublar (De *añublar*, infl. por *nublar*). Ocultar las nubes el azul del cielo o la luz de un astro, especialmente la del sol o la Luna… Fig. Marchitar o poner mustias y secas las plantas o alguna parte de ellas» (*DRAE,* 3).
289 «y de» (Mat.).
290 traen.
291 = de buena calidad. Se refiere a la *Oryzia sativa.*
292 = «Taza pequeña y de poco fondo en que se mezclan algunos ingredientes o se ponen algunos licores o colores que se necesita tener a la mano» *(DRAE).*
293 = quizá.
294 = además.
295 «grano» (Alc).

Capítulo 18
De diversas raíces que se dan en Indias

(p. 242) Aunque en los frutos que se dan sobre la tierra es más copiosa y abundante la tierra de acá —por la gran diversidad de árboles,[296] frutales y de hortalizas—, pero en raíces y comidas debajo de tierra paréceme que es mayor la abundancia de allá: porque en este género acá hay rábanos y nabos, y cenorias[297] y chicorias, y cebollas y ajos y algunas otras raíces de provecho. Allá hay tantas que no sabré contarlas. Las que agora[298] me ocurren –ultra* de las *papas*, que son lo principal— son *ocas* y *yanaocas*, y *camotes* y *batatas*, y *jíquimas*[299] y *yuca*, y *cochuchu* y *cavi,*[300] y *totora* y *maní* y otros cien géneros que no me acuerdo.

Algunos déstos se han traído a Europa —como son *batatas*— y se comen por cosa de buen gusto, como también se han llevado a Indias las raíces de acá: y aún hay esta ventaja, que se dan en Indias mucho mejor las cosas de Europa que en Europa las de Indias. La causa pienso ser que allá hay más diversidad de temples que acá, y así es fácil acomodar allá las plantas al temple que quieren.[301] Y aún, algunas cosas de acá parece[302] darse mejor en Indias: porque cebollas y ajos y cenorias* no se dan mejor en España que en el Pirú, y nabos se han dado allá en tanta abundancia que han cundido en algunas partes de suerte que me afirman que para sembrar de trigo unas tierras no podían valerse con la fuerza de los nabos que allí habían cundido. Rábanos más gruesos que un brazo de hombre, y muy tiernos y de muy buen sabor, hartas veces los vimos.

De aquellas raíces que dije algunas son comida ordinaria como *camotes* que, asados, sirven de fruta o legumbres;

296 Sin coma, como la Príncipe (Alc. y O'G.), pero seguimos a 1792, 1894 y Mat. para no cambiar el sentido.
297 «zanahorias» (1792, O'G. y Alc.).
298 se.
299 «Jicamas» (O'G. y Alc.). «Jícamas: nombre de varios tubérculos comestibles o medicinales, sobre todo de uno de forma parecida a la cebolla, aunque más grande, duro, quebradizo, blanco y jugoso, que se come aderezado con sal y limón» *(DRAE). Pachyrhizus erosus.*
300 «cazavi» (Mat.).
301 = requieren.
302 = parecen.

otras hay que sirven para regalo como el *cochucho*, que es una raicilla pequeña y dulce que algunos suelen confitarla para golosina. Otras sirven para refrescar como la *jíquima**, que es muy fría y húmeda, y en verano en tiempo de estío refresca y apaga la sed. Para sustancia y mantenimiento las *papas* y *ocas* hacen ven **(p. 243)** taja. De las raíces de Europa, el ajo estiman sobre todo los indios y le tienen por cosa de gran importancia; y no les falta razón porque les abriga y calienta el estómago, según ellos le comen de buena gana y asaz*, así crudo como le echa la tierra.

Capítulo 19

De diversos géneros de verduras y legumbres; y de los que llaman pepinos y piñas, y frutilla de Chile y ciruelas

Ya que hemos comenzado por plantas menores, brevemente se podría decir lo que toca a verduras y hortaliza, y lo que los latinos llaman *arbusta*: que todo esto no llega a ser árboles. Hay algunos géneros de estos arbustos o verduras en Indias que son de muy buen gusto.

A muchas de estas cosas de Indias los primeros españoles les pusieron nombres de España, tomados de otras cosas a que tienen alguna semejanza —como piñas y pepinos y ciruelas— siendo en la verdad frutas diversísimas, y que es mucho más sin comparación en lo que difieren de las que en Castilla se llaman por esos nombres.

Las piñas son del tamaño y figura exterior de las piñas de Castilla, en lo de dentro totalmente difieren: porque ni tienen piñones ni apartamientos de cáscaras, sino todo es carne de comer, quitada la corteza de fuera. Y es fruta de excelente olor, y de mucho apetito para comer: el sabor tiene un agrillo dulce y jugoso. Cómenlas haciendo tajadas dellas, y echándolas un rato en agua y sal. Algunos tienen opinión que engendran cólera y dicen que no es comida muy sana, mas no he visto experiencia que las acredite mal. Nacen en una como caña o verga que sale de entre muchas hojas al modo que el azucena o lirio, y en el tamaño serán poco mayor, aunque más grueso;[303] el remate de **(p. 244)** cada caña de éstas es la piña. Dase en tierras cálidas y húmedas: las mejores son de las islas de Barlovento. En el Pirú no se dan: tráenlas de los Andes[304] pero no son buenas ni bien maduras. Al emperador don Carlos le presentaron una de estas piñas, que no debió costar poco cuidado traella de Indias en su planta —que de otra suerte no podía venir—: el olor alabó, el sabor no quiso ver qué tal era. De estas piñas en la Nueva España he visto conserva extremada.

Tampoco los que llaman pepinos son árboles, sino hortaliza que en un año hace su curso. Pusiéronles este nombre porque algunos dellos, o los más, tienen el largo y el redondo semejante a pepino de España. Mas en todo lo demás difieren, porque el color no es verde sino morado, o amarillo o blanco; y no son espinosos ni escabrosos sino muy lisos, y el gusto tienen diferentísimo y de mucha ventaja, porque tienen también éstos un agrete dulce muy sabroso cuando son de buena sazón, aunque no tan agudo como la piña. Son muy jugosos y frescos, y fáciles de digestión: para refrescar en tiempo de calor son buenos. Móndase la cáscara, que es blanda, y todo lo demás es carne. Danse en tierras templadas y quieren regadío; y, aunque por la figura los llaman «pepinos», muchos dellos hay redondos del todo y otros de diferente hechura: de modo que ni aún la figura tiene de pepinos. Esta planta no me acuerdo habella* visto en Nueva España ni en las islas, sino sólo en los llanos del Pirú.

La que llaman «frutilla de Chile» tiene también apetitoso comer, que casi tira al sabor de guindas. Mas en todo es muy diferente: porque no es árbol sino hierba, que crece poco y se esparce por la tierra; y da aquella frutilla que en el color y granillos tira a moras —cuando están blancas, por madurar—, aunque es más ahusada[305] y mayor que moras. Dicen que en Chile se halla naturalmente nacida esta frutilla en los campos; donde yo la he visto siémbrase de rama, y críase **(p. 245)** como otra hortaliza.

Las que llaman «ciruelas» son verdaderamente fruta de árboles, y tienen más semejanza con verdaderas ciruelas. Son en diversas maneras: unas llaman «de Nicaragua», que son muy coloradas y pequeñas, y fuera del hollejo y hueso apenas tienen carne que comer; pero eso poco que tienen es de escogido gusto, y un agrillo tan bueno o mejor

303 que la del lirio. Su nombre botánico *Ananas comosus.*

304 = Amazonas vecino, en su ceja de selva.

305 = En forma de huso, «más largo que grueso, que va adelgazándose desde el medio hacia las puntas» *(DRAE).* Su nombre *fragaria chiloensis.*

que el de guinda. Tiénenlas por muy sanas y así las dan a enfermos, y especialmente para provocar gana de comer. Otras hay grandes, y de color escuro[306] y de mucha carne, pero es comida gruesa y de poco gusto, que son como chabacanas:[307] éstas tienen dos o tres hosezuelos[308] pequeños, en cada una.

Y, por volver a las verduras y hortalizas —aunque las hay diversas y otras muchas, demás de las dichas—, pero yo no he hallado que los indios tuviesen huertos diversos de hortaliza. Sino que cultivaban la tierra a pedazos, para legumbres que ellos usan: como los que llaman *frisoles*[309] y *pallares*, que les sirven como acá garbanzos y habas y lentejas. Y no he alcanzado[310] que éstos ni otros géneros de legumbres de Europa los hubiese antes de entrar los españoles. Los cuales han llevado hortalizas y legumbres de España; y se dan allá extremadamente, y aún en partes hay que excede mucho la fertilidad a la de acá. Como, si dijésemos[311] de los melones: que se dan en el valle de Ica, en el Pirú, de suerte que se hace cepa la raíz y dura años, y da cada uno melones y la podan como si fuese árbol: cosa que no sé que en parte ninguna de España acaezca.[312]

Pues las calabazas de Indias es otra monstruosidad, [313] de su grandeza y vicio con que se crían: especialmente las que son propias de la tierra, que allá llaman z*apallos*,[314] cuya carne sirve para comer especialmente en cuaresma, cocida o guisada. Hay de este género de calabazas mil diferencias: y algunas son tan disformes de grandes que, dejándolas secar, hacen de su corteza **(p. 246)** —cortada por medio y limpia— como canastos, en que ponen todo el aderezo para una[315] comida; de otros pequeños hacen vasos para comer o beber, y lábranlos graciosamente para diversos usos.

Y, esto dicho de las plantas menores, pasaremos a las mayores: con que[316] se diga primero del *ají*, que es todavía de este distrito.[317]

306 «oscura» (1792 y 1894), «escruro» (O'G).
307 = «Sin arte o grosero, y de mal gusto» *(DRAE).*
308 = huesecillos. «Osezuelos» (O'G. y Alc.), «hossezuelos (Príncipe), «huesezuelos (1792 y 1894)
309 = frijoles. Su nombre botánico *Phaseolus vulgaris.*
310 = sabido (alcanzado a saber).
311 «dijéramos» (Mat.) = Hablásemos.
312 Punto y coma (O'G. y Alc.).
313 hablando.
314 «capallos» (todos, menos Mat.), queriendo decir «çapallos». *Cucurbites.*
315 «la» (Alc.).
316 = Con tal de que…
317 = menor, por su tamaño.

Capítulo 20
Del ají, o pimienta de las Indias

En las Indias Occidentales no se ha topado especería propia: como pimienta, clavo, canela, nuez, gengibre. Aunque un hermano nuestro,[318] que peregrinó por diversas y muchas partes, contaba que en unos desiertos de la isla de Jamaica había topado unos árboles que daban pimienta: pero no se sabe que lo sean ni hay contratación* della. El jengibre se trajo de la India a la Española, y ha multiplicado de suerte que ya no saben qué hacerse de tanto jengibre, porque en la flota del año de 87 se trajeron 22.053 quintales* dello a Sevilla.

Pero la natural especería que dio Dios a las Indias de Occidente es la que en Castilla llaman «pimienta de las Indias»: y en Indias por vocablo general —tomado de la[319] primera tierra de islas que conquistaron— nombran *ají*, y en lengua del Cuzco se dice *uchu*, y en la de México *chili*. Ésta es cosa ya bien conocida, y así hay poco que tratar della; sólo es de saber que acerca de los antiguos indios[320] fue muy[321] preciada, y la llevaban a las partes donde no se da por mercadería importante. No se da en tierras frías, como la sierra del Pirú: dase en valles calientes y de regadío. Hay *ají* de diversos colores: verde y colorado y amarillo. Hay uno bravo —que llaman «caribe»— que pica y muerde reciamente; otro hay **(p. 247)** manso; y alguno dulce, que se come a bocados. Alguno[322] menudo hay que huele en la boca como almizcle, y es muy bueno.

Lo que pica del *ají* es las venillas y pepita, lo demás no muerde. Cómese verde y seco, y molido y entero, y en la olla y en guisados: es la principal salsa, y toda la especería de Indias. Comido con moderación ayuda al estómago para la digestión pero, si es demasiado, tiene muy ruines efectos: porque de suyo es muy cálido y humoso y penetrativo.[xxix] Por donde el mucho uso dél en mozos es perjudicial a la salud, mayormente del alma, porque provoca a sensualidad: y es cosa donosa[323] que, con ser esta experiencia tan notoria

318 = jesuita. El hermano Bartolomé Lorenzo, cuya biografía escribió Acosta, al que alude frecuentemente.
319 Lengua taina, de la. Su nombre botánico *Capsicum frutescens.*
320 = de la India, no de América.
321 Sin «muy» (O'G. y Alc.).
322 «algo» (O'G. y Alc.).
323 = curiosa, contradictoria, de burla, chistosas.

del fuego que tiene en sí —y que, al entrar y al salir, dicen todos que quema—, con todo eso quieren algunos —y no pocos— defender que el ají no es cálido, sino fresco y bien templado. Yo digo que de la pimienta diré lo mismo, y no me traerán más experiencias de lo uno que de lo otro: así que es cosa de burla decir que no es cálido, y en mucho extremo.

Para templar el *ají* usan de sal, que le corrige mucho: porque son entre sí muy contrarios, y el uno al otro se enfrenan. Usan también *tomates*,[xxx] que son frescos y sanos y es un género de granos gruesos jugosos, y hacen gustosa salsa y por sí son buenos de comer.

Hállase esta pimienta de Indias universalmente en todas ellas —en las islas, en Nueva España, en Pirú y en todo lo demás descubierto— de modo que, como el maíz es el grano más general para pan, así el *ají* es la especia más común para salsa y guisados.

Capítulo 21
Del plátano

Pasando a plantas mayores en el linaje de árboles, el primero de Indias de quien es razón hablar es el plátano; o «plántano», como el vulgo le llama.[324] Algún tiempo dudé si el plátano que los antiguos cele **(p. 248)** braron y éste de Indias era[325] de una especie: mas, visto lo que es éste y lo que del[326] otro escriben, no hay duda sino que son diversísimos.

La causa de habelle* llamado plátano los españoles (porque los naturales no tenían tal vocablo) fue, como en otras cosas, alguna similitud que hallaron: como llaman ciruelas y piñas, y almendras y pepinos[327] cosas tan diferentes de las que en Castilla son de esos géneros. En lo que me parece que debieron de hallar semejanza, entre estos plátanos de Indias y los plátanos que celebraban los antiguos, es en la grandeza de las hojas: porque las tienen grandísimas y fresquísimas estos plátanos, y de aquellos se celebra mucho la grandeza y frescor de sus hojas. También, ser planta que quiere mucha agua y casi continua, lo cual viene con aquello de la Escritura:[328] «Como plátano, junto a las aguas». Mas, en realidad de verdad, no tiene que ver la una planta con la otra más que el huevo con la castaña, como dicen. Porque, lo primero, el plátano antiguo no lleva fruta, o a lo menos no se hacía caso della. Lo principal por que le estimaban era por la sombra que hacía, de suerte que no había más sol debajo de un plátano que debajo de un tejado. El plátano de Indias, por lo que es de tener en algo —y en mucho— es por la fruta, que la tiene muy buena; y para hacer sombra no es, ni[329] pueden estar sentados debajo de él.

Ultra de eso, el plátano antiguo tenía tronco tan grande y ramos* tan esparcidos que refiere Plinio[330] —del otro Licinio, capitán romano— que con diez y ocho compañeros comió dentro de un hueco de un plátano muy a placer. Y, del otro emperador Cayo Calígula: que con once convidados se sentó sobre los ramos* de otro plátano en alto, y allí les dio un soberbio banquete. Los plátanos de Indias ni tienen hueco ni tronco ni ramos*. Añádese a lo dicho que los plátanos antiguos dábanse en Italia y en España, aunque vinieron de Grecia; y a Grecia, **(p. 249)** de Asia; mas los plátanos de Indias no se dan en Italia y España. Digo no se dan porque, aunque se han visto por acá —y yo vi uno en Sevilla, en la Huerta del rey—, pero no medran ni valen nada.

Finalmente, lo mismo en que hay la semejanza son muy desemejantes: porque, aunque la hoja de aquéllos era grande, pero no en tanto exceso, pues la junta[331] Plinio[332] con la hoja de la parra y de la higuera. Las hojas del plátano de Indias son de maravillosa grandeza, pues cubrirá una dellas a un hombre, poco menos que de pies a cabeza: así que no hay para qué poner esto jamás en duda.

Mas, puesto[333] que sea diverso este plátano de aquel antiguo, no por eso merece menos loor sino quizá más, por las propiedades tan provechosas que tiene. Es planta que en la tierra hace cepa[334] y della saca diversos pimpollos, sin estar asido ni trabado uno de otro. Cada pimpollo crece y hace como árbol por sí, engrosando y echando aquellas hojas de un verde muy fino y muy liso, y de la grandeza que

324 Curiosa distinción entre uso culto y vulgar. Botánico *Platanus.*

325 = eran.

326 «de el» (Príncipe).

327 a.

328 E*clesiastés* 24 *(nota del autor)*, 19: «Como un bello olivo en la llanura, y como un plátano junto a las aguas en las calles, fui exaltado» (O'G.).

329 no es [= sirve], ni [siquiera]…

330 *Historia Natural* 12, 1 *(nota del autor).*

331 = clasifica, semeja.

332 *Ibídem* 16 *(nota del autor)*, 24.

333 = a pesar de, concedido.

334 = «Parte del tronco de cualquier árbol o planta, que está dentro de tierra y unida a las raíces» *(DRAE).*

he dicho. Cuando ha crecido como estado* y medio o dos, echa un racimo solo de plátanos: que unas veces son muchos, otras no tantos; en alguno[335] se han contado trescientos. Es cada uno de un palmo de largo —y más y menos— y grueso como de dos dedos o tres; aunque hay en esto mucha diferencia de unos a otros.

Quítase fácilmente la cáscara o corteza, y todo lo demás es médula[336] tiesa y tierna, y de muy buen comer porque es sana y sustenta: inclina un poco más a frío que calor esta fruta. Suélense los racimos que digo coger verdes; y en tinajas abrigándolos se maduran y sazonan, especialmente con cierta hierba que es a propósito para eso. Si los dejan madurar en el árbol, tienen mejor gusto, y un olor como de camuesas[337] muy lindo. Duran casi todo el año, porque de la cepa del plátano van siempre brotando pimpollos, y cuando uno acaba otro comienza a dar fruto, otro está a medio crecer, otro retoña de nuevo: de suerte que **(p. 250)** siempre suceden unos pimpollos a otros, y así todo el año hay fruto. En dando su racimo, cortan aquel brazo porque no da más ninguno de uno, y una vez; pero la cepa, como digo, queda y brota de nuevo hasta que se cansa. Dura por algunos años.

Quiere mucha humedad el plátano, y tierra muy caliente: échanle al pie ceniza para más beneficio. Hácense bosques espesos de los platanares y son de mucho provecho, porque es la fruta que más se usa en Indias, y es casi en todas ellas universal; aunque dicen que su origen fue de Etiopía, y que de allí vino. Y en efecto los negros lo usan mucho, y en algunas partes éste es su pan:[xxxi] también hacen vino dél. Cómese el plátano como fruta, así crudo: ásase también y guísase, y hacen dél diversos potajes y aún conservas, y en todo dice bien. Hay unos plátanos pequeños, y más delicados y blancos, que en la Española llaman «dominicos»; hay otros más gruesos y recios, y colorados. En la tierra del Pirú no se dan: tráense de los Andes*, como a México[338] de Cuernavaca y otros valles. En Tierra Firme y en algunas islas hay platanares grandísimos, como bosques espesos.

Si el plátano fuera de provecho para el fuego, fuera la planta más útil que puede ser, pero no lo es: porque ni su hoja ni sus ramos* sirven de leña, y mucho menos de madera, por ser fofos y sin fuerza. Todavía las hojas secas sirvieron a don Alonso de Ercilla (como él dice) para escribir en Chile algunos pedazos de la *Araucana*; y, a[339] falta de papel, no es mal remedio pues será la hoja del ancho de un pliego de papel, o poco menos, y de largo tienen más de cuatro tanto.[340]

Capítulo 22
Del cacao y de la coca

Aunque el plátano es más provechoso, es más estimado el cacao en México y la coca en el Pirú: y ambos a dos[341] árboles son de no poca superstición. El ca **(p. 251)** cao es una fruta menor que almendras y más gruesa, la[342] cual tostada no tiene mal sabor. Ésta es tan preciada entre los indios, y aún entre los españoles, que es uno de los ricos y gruesos tratos[343] de la Nueva España: porque, como es fruta seca, guárdase sin dañarse largo tiempo y traen navíos cargados della de la provincia de Guatemala; y este año pasado[xxxii] un corsario inglés quemó en el puerto de Guatulco, de Nueva España, más de cien mil cargas de cacao. Sirve también de moneda, porque con cinco cacaos se compra una cosa, y con treinta otra y con ciento otra, sin que haya contradicción;[344] y usan dar de limosna estos cacaos a pobres que piden.

El principal beneficio* deste cacao es un brebaje que llaman *chocolate*, que es cosa loca lo que en aquellas tierras le precian; y algunos, que no están hechos a él, les hace asco porque tiene una espuma arriba y un borbollón[345] como de heces, que cierto es menester mucho crédito para pasar con ello. Y en fin es la bebida preciada y con que convidan, a los señores que vienen o pasan por su tierra, los indios. Y los españoles —y más las españolas— hechas a la tierra se mueren por el negro chocolate. Este sobredicho chocolate dicen que hacen en diversas formas y temples: caliente y fresco, y templado. Usan echarle especias y mucho *chili*[346]; también le hacen en pasta. Y dicen que es pectoral y para el estómago,

---

335 «algunos» (Mat.).
336 = «*Botánica.* Parte interior de las raíces y tallos de las plantas fanerógamas…» (*DRAE,* 2).
337 «Fruto del camueso, especie de manzana fragante y sabrosa» *(DRAE).*
338 lo llevan.
339 «ya» (Alc.).
340 «tantos» (1792 y 1894).
341 Pleonasmo o repetición de términos, para enfatizar la dualidad (DRAE).
342 «y la» (O'G. y Alc.). Se trata del *Theobroma cacao.*
343 = rentables y cuantiosos negocios.
344 = desacuerdo.
345 = «Erupción que hace el agua de abajo para arriba, elevándose sobre la superficie» *(DRAE).*
346 = ají mexicano, ver libro IV, cap. 20.

y contra el catarro. Sea lo que mandaren: que, en efecto, los que no se han criado con esta opinión no le apetecen.[xxxiii]

El árbol donde se da esta fruta es mediano y bien hecho, y tiene hermosa copa: es tan delicado que para guardarle del sol —no le queme—[347] ponen junto a él otro árbol grande que sólo sirve de hacelle* sombra, y a éste llaman «la madre del cacao». Hay beneficio[348] de cacaotales donde se crían, como viñas u olivares en España, por el trato y mercancía: la provincia que más abunda es la de Guatemala.

En el Pirú no se da, mas dase la coca, que es otra superstición harto mayor y parece cosa de fábula. **(p. 252)** En realidad de verdad, en sólo Potosí monta más de medio millón de pesos cada año la contratación de la coca, por gastarse de noventa a noventa y cinco mil cestos della; y aún, el año de[349] 83 fueron cien mil. Vale un cesto de coca en el Cuzco de dos pesos y medio a tres, y vale en Potosí de contado a cuatro pesos y seis tomines, y a cinco pesos ensayados.[350] Y es el género sobre que se hacen casi todas las baratas[351] o[352] mohatras,[353] porque es mercadería de que hay gran expedición.

Es, pues, la coca tan preciada una hoja verde pequeña, que nace en unos arbolillos de obra de* un estado* de alto; críase en tierras calidísimas y muy húmedas. Da este árbol cada cuatro meses esta hoja, que llaman allá tres *mitas*.[354] Quiere mucho cuidado en cultivarse porque es muy delicada, y mucho más en conservarse después de cogida. Métenla con mucho orden en unos cestos largos y angostos, y cargan los carneros de la tierra: que van con esta mercadería a manadas con mil y dos mil y tres mil cestos. El[355] ordinario es traerse de los Andes, de valles de calor insufrible donde lo más del año llueve; y no cuesta poco trabajo a los indios ni aún pocas vidas su beneficio*, por ir de la sierra y temples fríos a cultivalla* y beneficialla* y traella*. Así hubo grandes disputas y pareceres de letrados y sabios sobre si arrancarían todas las chácaras de coca: en fin han permanecido.

Los indios la precian sobremanera, y en tiempo de los reyes Ingas no era lícito a los plebeyos usar la coca sin licencia del *Inga*, o su gobernador. El uso es traerla en la boca y mascarla chupándola, no la tragan: dicen que les da gran esfuerzo,[356] y es singular regalo para ellos. Muchos hombres graves lo tienen por superstición y cosa de pura imaginación. Yo, por decir verdad, no me persuado que sea pura imaginación, antes* entiendo que en efecto obra fuerzas y aliento en los indios, porque se ven efectos que no se pueden atri **(p. 253)** buir a imaginación: como es con un puño[357] de coca caminar doblando jornadas sin comer a las veces[358] otra cosa, y otras semejantes obras. La salsa con que la comen es bien conforme al manjar, porque ella yo la he probado y sabe a zumaque;[359] y los indios la polvorean con ceniza de huesos quemados y molidos, o con cal, según otros dicen.

A ellos les sabe bien y dicen les hace provecho, y dan su dinero de buena gana por ella y con ella rescatan, —como si fuese moneda—, cuanto quieren. Todo podría bien pasar, si no fuese el beneficio* y trato della con riesgo suyo, y ocupación de tanta gente. Los señores Ingas usaban la coca por cosa real y regalada, y en sus sacrificios era la cosa que más ofrecían, quemándola en honor de sus ídolos.[xxxiv]

Capítulo 23

Del maguey y del tunal, y de la grana y del añil, y algodón

El árbol de las maravillas es el *maguey*, de que los nuevos o «chapetones» (como en Indias los llaman)[360] suelen escribir milagros: de que da agua y vino, y aceite y vinagre, y miel y arrope, y hilo y aguja y [361] otras cien cosas. Él es un árbol que en la Nueva España estiman mucho los indios, y de ordinario tienen en su habitación alguno —o algunos— de este género para ayuda a su vida; y en los campos se da y le cultivan.

Tiene unas hojas anchas y groseras; y el cabo dellas es una punta aguda y recia que sirve para prender o asir como alfileres, o para coser, y ésta es la aguja; sacan de la hoja cierta hebra

347 «y que no le queme» (1792, Mat., Alc. y O'G.).
348 = cultivos.
349 Sin «de» (Alc.). Trata ahora del *erythroxilum coca.*
350 = marcado con su ley o quilates de plata. Ver IV, 13. Ya se puede calcular la ganancia de cada cesto comprado en Cuzco y llevado a Potosí.
351 = «Trueque, cambio» *(DRAE).*
352 «y» (Alc.).
353 = Del árabe, «venta con riesgo» o «cuando se da o presta a precio exorbitante» *(DRAE).*
354 «tresmitas» (todos, menos Mat., a quien seguimos). *Mita* (única vez que usa el autor esta expresión quechua en la obra) significa «vez» o «turno»: por tanto «tres veces». Es decir, que había tres cosechas cada año.
355 = Lo. Tal vez se supla un término como «el [sistema]».
356 = «Auxilio, ayuda, socorro» (*DRAE* 5, antiguo).
357 = Puñado. «Lo que cabe en la mano cerrada» (*DRAE,* 2).
358 «a veces» (1792, 1894 y Mat.).
359 = «Arbusto del tipo anacardo, con mucho tanino, empleado para curtir cueros» *(DRAE).* Nombre botánico *Rhus.*
360 A los españoles recién llegados, inexpertos, porque su mejilla tiene manchas de color, chapetas. Ver V, 13.
361 Suprimidas todas las «y» (1792 y 1894), quitando su valor retórico de «plenitud» por reiteración, por pares relacionados. El árbol *magüey* se llama también «cactus» o «pita».

o hilo. El tronco, que es grueso, cuando está tierno le cortan y queda una concavidad grande, donde sube la sustancia de la raíz: y es un licor que se bebe como agua, y es fresco y dulce. Este mismo cocido se hace como vino, y dejándolo acedar[362] se vuelve vinagre; y apurándolo más al fue **(p. 254)** go es como miel; y a medio cocer sirve de arrope y es de buen sabor y sano, y a mi parecer es mejor que arrope de uvas. Así van cociendo éstas y otras diferencias de aquel jugo o licor, el cual se da en mucha cantidad porque —por algún tiempo— cada día sacan algunas azumbres[363] dello.

Hay este árbol también en el Pirú, mas no le aprovechan como en la Nueva España. El palo de este árbol es fofo y sirve para conservar el fuego, porque como mecha de arcabuz tiene[364] el fuego y le guarda mucho tiempo: y de esto he visto servirse dél los indios en el Pirú.

El *tunal* es otro árbol célebre de la Nueva España, si árbol se debe llamar un montón de hojas o pencas,[365] unas sobre otras. Y en esto, es de la más extraña hechura que hay árbol: porque nace una hoja, y de aquélla otra y de ésta otra; y así va hasta el cabo, salvo que —como van saliendo hojas arriba o a los lados— las de abajo se van engrosando. Y llegan casi a perder la figura de hoja y hacer tronco y ramos*, y todo él espinoso y áspero y feo: que por eso le llaman en algunas partes «cardón». Hay cardones o tunales silvestres, y éstos o no dan fruta o es muy espinosa y sin provecho. Hay tunales domésticos y dan una fruta en Indias muy estimada, que llaman *tunas*, y son mayores que ciruelas de fraile buen rato[366] y así rollizas.[367] Abren la cáscara —que es gruesa— y dentro hay carne y granillos como de higos,[368] que tienen muy buen gusto y son muy dulces. Especialmente las blancas, y tienen cierto olor suave; las coloradas no son tan buenas de ordinario.[xxxv]

Hay otros tunales que, aunque no dan ese fruto, los estiman mucho más y los cultivan con gran cuidado: porque, aunque no dan fruta de tunas, dan empero el beneficio* de la grana. Porque en las hojas deste árbol, cuando es bien cultivado, nacen unos gusanillos pegados a ella y cubiertos de cierta telilla delgada: los cuales delicadamente cogen, y son la «cochinilla» tan afamada de Indias con que tiñen **(p. 255)** la grana fina. Déjanlos secar y, así secos, los traen a España, que es una rica y gruesa mercadería: vale la de esta cochinilla o grana muchos ducados. En la flota del año 87 vinieron cinco mil seiscientas y setenta y siete arrobas* de grana, que montaron doscientos ochenta y tres mil setecientos cincuenta pesos;[xxxvi] y de ordinario viene cada año semejante riqueza. Dánse estos tunales en tierras templadas que declinan a frío: en el Pirú no se han dado hasta agora y en España, aunque he visto alguna planta déstas, pero no de suerte que haya que hacer caso della.

Y, aunque no es árbol sino hierba de la que se saca el *añil* —que es para tinte de paños—, por ser mercadería que viene con la grana diré que también se da en cantidad en la Nueva España. Y vino en la flota que he dicho obra de* veinte y cinco mil y doscientas y setenta y tres, que montaron otros tantos pesos.

El algodón también se da en árboles pequeños y en grandes, que tienen unos como capullos, los cuales se abren y dan aquella hilaza o vello que —cogido— hilan y tejen, y hacen ropa dello: es uno de los mayores beneficios que tienen las Indias, porque les sirve en lugar de lino y de lana para ropa. Dase en tierras calientes: en los valles y costa del Pirú mucho, y en la Nueva España y en Filipinas y China; y, mucho más que en parte que yo sepa, en la provincia de Tucumán y en la de Santacruz de la sierra y en el Paraguay: y en estas partes es el principal caudal. De las islas de Santo Domingo se trae algodón a España, y el año que he dicho se trajeron sesenta y cuatro arrobas*. En las partes de Indias donde hay algodón es la tela de que más ordinariamente visten hombres y mujeres, y hacen ropa de mesa y aún lonas o velas de naos. Hay uno basto y grosero, otro delicado y sutil; y con diversas colores lo tiñen y hacen las[369] diferencias que en paños de Europa vemos en las lanas. **(p. 256)**

Capítulo 24[370]

De los mameyes y guayabos y paltos

Estas que hemos dicho son las plantas de más granjería* y vivienda[371] en Indias.

362 = «Poner aceda o agria alguna cosa» *(DRAE).*

363 = «Unidad de medida para líquidos, que equivale a unos 2 litros» *(DRAE).*

364 = mantiene.

365 = «Hoja o tallo en forma de hoja, craso o carnoso de algunas plantas como el nopal o la pita… (o) de ciertas hortalizas» *(DRAE).* El nopal se llama en otros sitios «chumbo», y es el árbol de que trata el autor. Nombre botánico *Opunita.*

366 = un buen tanto.

367 Sin puntuación alguna (Mat.).

368 Se llaman «higo chumbos» o «higo de tuna» o de pala.

369 mismas. El añil se llama *Indigofera sulfrutiasa,* el algodón *Gossypium.*

370 27 (*sic,* la Príncipe y todas las ediciones antiguas hasta 1792) por 24. Pero no prosigue el error luego numerando consecutivamente el 28, 29…, como en el libro anterior a partir del 14, o en el siguiente a partir del 26.

371 = subsistencia, alimentación (productos de primera necesidad).

Hay también otras muchas para comer: entre ellas los *mameyes* son preciados, del tamaño de grandes melocotones y mayores. Tienen uno o dos huesos dentro, es la carne algo recia. Unos hay dulces, y otros un poco agros*;[372] la cáscara también es recia. De la carne déstos hacen conserva, y parece carne de membrillo: son de buen comer, y su conserva mejor. Danse en las islas, no los he visto en el Pirú. Es árbol grande y bien hecho, y de buena copa.

Los *guayabos* son otros árboles que comúnmente dan una fruta ruin,[373] llena de pepitas recias, del tamaño de manzanas pequeñas. En Tierra Firme y en las islas es árbol y fruta de mala fama: dicen que huelen a chinches y su sabor es muy grosero, y el efecto poco sano. En Santo Domingo y en aquellas islas hay montañas espesas de guayabos, y afirman que no había tal árbol cuando españoles arribaron allá sino que, llevado de no sé dónde, ha multiplicado infinitamente. Porque las pepitas ningún animal las gasta, y vueltas[374] —como la tierra es húmeda y cálida— dicen que han multiplicado lo que se ve. En el Pirú es este árbol diferente: porque la fruta no es colorada sino blanca, y no tiene ningún mal olor y el sabor es bueno; y de algunos géneros de guayabos es tan buena la fruta como la muy buena de España,[375] especial los que llaman «guayabos de Matos», y otras guayabillas[376] «chicas blancas». Es fruta para estómagos de buena digestión y sanos, porque es recia de digerir y fría asaz*.

Las *paltas*, al revés, son calientes y delicadas. Es el palto árbol grande y bien hecho y de buena copa, y su fruto de la figura de peras grandes: tiene dentro un hueso **(p. 257)** grandecillo, lo demás es carne blanda; y cuando están bien maduras es como manteca, y el gusto delicado y mantecoso. En el Pirú son grandes las paltas y tienen cáscara dura, que toda entera se quita. En México, por la mayor parte, son pequeñas y la cáscara delgada, que se monda como de manzanas: tiénenla por comida sana y que algo declina a cálida, como he dicho.

Éstos son los melocotones y manzanas y peras de Indias: mameyes y guayabas y paltas. Aunque yo antes* escogería las de Europa, otros por el uso o afición quizá tendrán por buena —o mejor— aquella fruta de Indias. Una cosa es cierta: que los que no han visto y probado estas frutas, les hará poco concepto[377] leer esto, y aún les cansará el oillo; y a mí también me va cansando. Y así, abreviaré con referir otras pocas de diferencias de frutas, porque todas es imposible.

Capítulo 25
Del chicozapote y de las anonas, y de los capolíes

Algunos encarecedores de cosas de Indias dijeron que había una fruta que era «carne de membrillo», y otra que era «manjar blanco», porque les pareció el sabor digno destos nombres. La carne de membrillo, o mermelada (si no estoy mal en el cuento),[378] eran los que llaman z*apotes* o *chicozapotes*: que son de comida muy dulce, y el color tira a la de conserva de membrillo. Esta fruta decían algunos «criollos» (como allá llaman a los nacidos de españoles en Indias) que excedía[379] a todas las frutas de España: a mí no me lo parece. De gustos dicen que no hay que disputar y, aunque lo hubiera, no es digna disputa para escribir. Danse en partes calientes de la Nueva España estos chicozapotes. Zapotes, que no creo difieren mucho, he yo visto[380] de Tierra Firme: en el Pirú no se qué haya tal fruta.

Allá[381] el manjar blanco es la *anona*[382] **(p. 258)**, o *guanábana*, que se da en Tierra Firme. Es la anona del tamaño de pera muy grande y, así, algo ahusada* y abierta: todo lo de dentro es blando y tierno como manteca, y blanco y dulce, y de muy escogido gusto. No es «manjar blanco» —aunque es blanco manjar— ni aún el encarecimiento deja de ser largo, bien que tiene delicado y sabroso gusto, y a juicio de algunos es la mejor fruta de Indias. Tiene unas pepitas negras, en cantidad. Las mejores déstas que he visto son en la Nueva España. Donde también se dan los *capolíes*, que son como guindas y tienen su hueso, aunque algo mayor; y la forma y tamaño es de guindas y el sabor bueno, y un dulce agrete. No he visto capolíes en otra parte.[383]

372 «agrios» (Mat.). El ammey o *Mammea americana.*
373 = pequeña. Nombre botánico *Psydium guajara.*
374 = devueltas a la tierra.
375 en.
376 que llaman.
377 = convencerá poco.

378 = «Estar bien informado» *(DRAE).* Su nombre botánico *Adaras zapata.*
379 «excedían» (Mat.).
380 «he visto yo» (1792 y 1894), «yo he visto» (Mat.).
381 = en Indias. «Ara» (Príncipe).
382 = «Del Perú, chirimoyo… de México, guanábano» *(DRAE). Annona squamosa.*
383 = *Capulí,* especie de cereza o uva agridulce, que también se da en Perú (DRAE). Nombre botánico *Prunus capul.*

Capítulo 26

De diversos géneros de frutales, y de los cocos y almendras de Andes, y almendras de Chachapoyas

No es posible relatar todas las frutas y árboles de Indias, pues de muchas no tengo memoria y de muchas más tampoco tengo noticia; y aún de las que me ocurren* parece cosa de cansancio discurrir por todas. Pues se hallan otros géneros de frutales y frutas más groseras, como las que llaman *lúcumas*, de cuya fruta dicen por refrán que es madera disimulada: también los *pacayes*[384] —o *guabas*—[385] y *hobos*[386] y nueces que llaman «encarceladas»[387] que a muchos les parece ser nogales de la misma especie que son los de España; y aún dicen que, si los traspusiesen de unas partes a otras a menudo, que vendrían a dar las nueces al mismo modo que las de España, porque por ser silvestres dan la fruta así, que apenas se puede gozar.

En fin, es bien considerar la providencia y riqueza del Creador, que repartió a tan diversas partes del mundo tanta variedad de árboles y frutales: todo para servi **(p. 259)** cio de los hombres que habitan la tierra. Y es cosa admirable ver tantas diferencias de hechuras y gustos, y operaciones no conocidas ni oídas en el mundo antes que se descubriesen las Indias, de que Plinio y Dioscorides y Teofrasto y los más curiosos ninguna noticia alcanzaron, con toda su diligencia y curiosidad. En nuestro tiempo no han faltado hombres curiosos que han hecho tratados destas plantas de Indias y de hierbas y raíces, y de sus operaciones y medicinas: a los cuales podrá acudir quien deseare más cumplido conocimiento de estas materias. Yo sólo pretendo decir, superficial y sumariamente, lo que me ocurre* de esta historia.

Y todavía no me parece pasar en silencio los *cocos* o «palmas de Indias», por ser notable su propiedad. Palmas –digo— no propiamente ni de dátiles, sino semejantes en ser árboles altos y muy recios, e ir echando mayores ramas cuanto más van subiendo. Estas palmas o cocos dan un fruto, que también le llaman *coco*, de que suelen hacer vasos para beber; y de algunos dicen que tienen virtud contra ponzoña, y para mal de ijada.[388] El núcleo o médula déstos, cuando está cuajada y seca, es de comer y tira algo al sabor de castañas verdes. Cuando está en el árbol tierno el coco, es leche todo lo que está dentro, y bébenlo por regalo y para refrescar en tiempo de calores. Vi estos árboles en San Juan de Puerto Rico y en otros lugares de Indias, y dijéronme una cosa notable: que cada luna o mes echaba este árbol un racimo nuevo de estos cocos, de manera que da doce frutos al año, como lo que se escribe en el Apocalipsis. Y a la verdad así parecía, porque los racimos eran todos de diferentes edades: unos que comenzaban, otros hechos, otros[389] a medio hacer, etc. Estos cocos que digo serán del tamaño de un meloncete pequeño. Otros hay que llaman «coquillos» y es mejor fruta, y la hay en Chile: son algo menores que nueces, pero más redondos.

Hay otro **(p. 260)** género de cocos que no dan esta médula así cuajada sino que tiene cantidad de unas como almendras, que están dentro como los granos en la granada: son estas almendras mayores tres tanto que las almendras de Castilla, en el sabor se parecen; aunque son un poco más recias, son también jugosas o aceitosas; son de un[390] buen comer y sírvense dellas a falta de almendras, para regalos como mazapanes, y otras cosas tales. Llámanlas «almendras de los Andes» porque se dan estos cocos copiosamente en los Andes del Pirú.[391] Y son tan recios que para abrir uno es menester darle con piedra muy grande, y buena fuerza. Cuando se caen del árbol, si aciertan con alguna cabeza, la descalabran muy bien. Parece increíble que, en[392] el tamaño que tienen —que no son mayores que esotros[393] cocos, a lo menos no mucho—, tengan tanta multitud de aquellas almendras.

Pero en razón[394] de almendra, y aún de fruta cualquiera, todos los árboles pueden callar con[395] las «almendras de

[384] «Para Centroamérica, *pacaya*, planta de la familia de las palmas, cuyas hojas sirven para alfombrar las calles en las festividades públicas, y cuyos cogoyos se toman como legumbres. *Pacay*, del quechua, árbol del guamo» (DRAE).

[385] = «árbol del guamo. Árbol amerindio de la familia de las mimosáceas, de 8 o 10 metros... y se planta para dar sombra al café (DRAE).

[386] = «*jobos*, árbol americano de la familia de las anacardiáceas... y fruto amarillo parecido a la ciruela» (DRAE)

[387] Aprisionadas en su cáscara protectora.

[388] «hijada» (todos) = «ijada o ijar: cualquiera de las dos cavidades del cuerpo, simétricamente colocadas entre las costillas falsas y los huesos de las caderas». «Ijadear = mover mucho y aceleradamente las ijadas al respirar anhelosamente por efecto del cansancio» *(Casares)*. «Dolor de ijada, *morbos iliacus*» *(Covarrubias)*.

[389] Sin «otros» (O'G. y Alc.).

[390] Sin «un» (Mat.).

[391] = *Bertholequia excelsa*, o «nuez de Brasil» particularmente frecuente en el dpto. selvático peruano meridional de Madre de Dios. «Los Andes» son la selva, en la nomenclatura andina y colonial. La edición de Acosta 1977 le llama con dudas *Palmaceae,* sin acertar.

[392] = a pesar de.

[393] «esotros» (Mat.), «esos otros» (O'G. y Alc.).

[394] = hablando.

[395] = ante.

Chachapoyas», que no les sé otro nombre. Es la fruta más delicada y regalada y más sana de cuántas yo he visto en Indias. Y aún un médico docto afirmaba que, entre cuantas frutas había en Indias y España, ninguna llegaba a la excelencia destas almendras. Son menores que las de los Andes que dije, y mayores —a lo menos, más gruesas— que las de Castilla. Son muy tiernas de comer, de mucho jugo y substancia, y como mantecosas y muy suaves. Críanse en unos árboles altísimos y de grande copa, y como a cosa preciada la naturaleza les dio buena guarda: están en unos erizos, algo mayores y de más puntas que los de castañas. Cuando están estos erizos secos, se abren con facilidad y se saca el grano. Cuentan que los micos[396] —que son muy golosos desta fruta, y hay copia dellos en los lugares de Chachapoyas del Pirú (donde solamente sé que haya estos árboles)—, para no espinarse en el erizo y sacarle la almendra, arró **(p. 261)** janlas desde lo alto del árbol recio[397] en las piedras y, quebrándolas así, las acaban de abrir y comen a placer lo que quieren.

Capítulo 27

De diversas flores y de algunos árboles que solamente dan flores, y cómo los indios las usan

Son los indios muy amigos de flores, y en la Nueva España más que en parte del mundo; y así usan hacer varios ramilletes, que allá nombran *suchiles*, con tanta variedad y policía y gala que no se puede desear más. A los señores y a los huéspedes, por honor, es uso ofrecelles* los principales sus *suchiles*, o ramilletes: y eran tantos, cuando andábamos en aquella provincia, que no sabía[398] el hombre qué se hacer dellos.[xxxvii]

Bien que las flores principales de Castilla las han allá acomodado para esto, porque se dan allá no menos que acá —como son claveles y clavellinas, y rosas y azucenas, y jazmines y violetas, y azahar y otras suertes de flores que, llevadas de España, aprueban maravillosamente—, los rosales en algunas partes de puro vicio crecían mucho y dejaban de dar rosas. Sucedió una vez quemarse un rosal,[399] y dar los pimpollos que brotaron luego rosas en abundancia: y de ahí aprendieron a podallas* y quitalles* el vicio, y dan rosas asaz*.

Pero, fuera de estas suertes de flores que son llevadas de acá, hay allá otras muchas cuyos nombres no sabré decir —coloradas y amarillas, azules y moradas y blancas con mil diferencias—, las cuales suelen los indios ponerse por gala en las cabezas, como plumaje. Verdad es que muchas de estas flores no tienen más que la vista, porque el olor no es bueno o es grosero, o ninguno; aunque hay algunas de excelente olor, como es[400] las que da un árbol que algunos llaman «floripondio», que no da **(p. 262)** fruto ninguno sino solamente flores. Y éstas son grandes, mayores que azucenas y a modo de campanillas: todas blancas, y dentro unos hilos como la azucena; y en todo el año no cesa de estar echando estas flores cuyo olor es a maravilla delicado y suave, especialmente en el frescor de la mañana. Por cosa digna de estar en los jardines reales la envió el virrey[401] don Francisco de Toledo al rey don Felipe, nuestro Señor.

En la Nueva España estiman mucho los indios una flor que llaman *yolosuchil*, que quiere decir «flor de corazón», porque tiene la misma hechura de un corazón; y aún en el tamaño no es mucho menor. Este género de flores lleva[402] también otro árbol grande, sin dar otra fruta; tiene un olor recio, y a mi parecer demasiado: a otros les parece muy bueno. La flor que llaman[403] «del sol» es cosa bien notoria, que tiene la figura del sol y se vuelve al movimiento del sol. Hay otras que llaman «claveles de Indias» y parecen un terciopelo —morado y naranjado— finísimo, también es cosa notoria. Estas no tienen olor que sea de precio, sino la vista.

Otras flores hay que con la vista, ya que no tienen olor, tienen sabor: como las que saben a mastuerzo[404] y, si se comiesen sin verse, por el gusto no juzgarían que eran otra cosa. La flor de granadilla es tenida por cosa notable: dicen que tiene las insignias de la Pasión, y que se hallan en ella los clavos, y la columna y los azotes, y la corona de espinas y las llagas. Y no les falta alguna razón, aunque para figurar todo lo dicho es menester algo de piedad que ayude a parecer aquello; pero mucho está muy expreso y la vista en sí es bella, aunque no tiene olor. La fruta que da llaman «granadilla»,

396 = monos.
397 = con fuerza.
398 «sabría» (Alc.).

399 podarle por ello (se supone).
400 = «son», o «como es el caso de».
401 del Perú. Su nombre botánico *Datura arborea.*
402 = produce. Su nombre botánico *Magnolia*».
403 «llama» (Mat.). Seguramente se refiere al «girasol». Botánico *Helianthus annus.*
404 = «Planta herbácea anual, hortense… Es de sabor picante, y se come en ensalada» *(DRAE)*. «*Lapidium sativum.* Se refiere a la flor de granadilla, *Brya ebenus.* El clavel de Indias es *Tagetes patula*»

y se come o se bebe, o se sorbe —por mejor decir— para refrescar: es dulce, y a algunos les parece demasiado dulce.

En sus bailes y fiestas usan los indios llevar en las manos flores, y los señores y reyes tenellas[405] por grandeza. Por eso se ven pinturas de sus an **(p. 263)** tiguos tan ordinariamente con flores en la mano, como acá usan pintallos[406] con guantes.[xxxviii] Y para materia de flores harto está dicho; la albahaca, aunque no es flor sino hierba, se usa para el mismo efecto de recreación y olor, y tenella[407] en los jardines y regalalla[408] en sus tiestos. Por allá se da tan común y sin cuidado, y tanta que no es albahaca sino hierba, tras cada acequia.

Capítulo 28

Del bálsamo

Las plantas formó el soberano Hacedor no sólo para comida sino también para recreación, y[409] para medicina y para operaciones del hombre. De las que sirven de sustento —que es lo principal— se ha dicho, y algo también de las de recreación; de las de medicina y operaciones se dirá otro poco. Y aunque todo es medicinal en las plantas, bien sabido y bien aplicado, pero algunas cosas hay que notoriamente muestran haberse ordenado de su Creador para medicina y salud de los hombres: como son licores o aceites, o gomas o resinas que echan diversas plantas, que con fácil experiencia dicen luego para qué son buenas.

Entre éstas, el bálsamo es celebrado con razón por su excelente olor, y mucho más[410] extremado efecto de sanar heridas, y otros diversos remedios para enfermedades que en él se experimentan. No es el bálsamo que va de Indias Occidentales de la misma especie que el verdadero bálsamo, que traen de Alejandría o del Cairo y que antiguamente hubo en Judea: la cual sola en el mundo, según Plinio escribe,[411] poseyó esta grandeza hasta que los emperadores Vespasianos la trajeron a Roma e Italia. Muéveme a decir que no es la misma especie, el un licor y el otro, ver que los árboles de donde mana son entre sí muy diversos: porque el árbol del bálsamo de Palestina era pequeño y a modo de vid, como refiere Plinio de vista **(p. 264)** de ojos,[412] y hoy día los que le han visto en Oriente dicen lo mismo. Y la Sagrada Escritura[413] el[414] lugar donde se daba este bálsamo le llamaba «viña de Engadí», por la similitud con las vides. El árbol de donde se trae el bálsamo de Indias yo lo he visto, y es tan grande como granado y aún mayor, y tira algo a su hechura, si bien me acuerdo. Y no tiene que ver con vid, aunque Estrabón escribe[415] que el árbol antiguo del bálsamo era del tamaño de granados.

Pero en los accidentes y en las operaciones son licores muy semejantes: como es en el olor admirable, en el curar heridas, en el color y modo de substancia; pues lo que refieren[416] del otro bálsamo —que lo hay blanco y bermejo y verde y negro— lo mismo se halla en el de Indias. Y como aquél se sacaba hiriendo o sajando la corteza y destilando por allí el licor, así se hace en el de Indias, aunque es más la cantidad que destila. Y, como en aquél hay uno puro que se llama «opobálsamo»,[417] que es la propia lágrima que destila; y hay otro no tan perfecto, que es el licor que se saca del mismo palo o corteza, y hojas exprimidas y cocidas al fuego, que llaman «jilobálsamo»: así también en el bálsamo de Indias hay uno puro, que sale así del árbol, y hay otro que sacan los indios cociendo y exprimiendo las hojas y palos; y también le adulteran y acrecientan con otros licores, para que parezca más.

En efecto se llama con mucha razón «bálsamo» y lo es, aunque no sea de aquella especie, y es estimado en mucho; y lo fuera mucho más, si no tuviera la falta que las esmeraldas y perlas han tenido, que es ser muchas. Lo que más importa es que —para la substancia de hacer crisma, que tan necesario es en la santa Iglesia y de tanta veneración— ha declarado la Sede Apostólica que con este bálsamo de Indias se haga crisma en Indias, y con él se dé el sacramento de Confirmación y los demás, donde la Iglesia lo usa. **(p. 265)**

Tráese a España el bálsamo de la Nueva España: y la provincia de Guatemala y de Chiapa y otras por allí es donde más abunda, aunque el más preciado es el que viene de la isla de Tolú, que es en Tierra Firme, no lejos de Cartagena. Aquel bálsamo es blanco, y tienen comúnmente por

405 «tenerlas» (1792, 1894, O'G. y Alc.).
406 «pintarlos» (1792, 1894, O'G. y Alc.).
407 «tenerla» (1792, 1894, O'G. y Alc.). Albahaca, *Ocimun.*
408 «regalarla» (1792, 1894, únicos siempre coherentes).
409 Sin «y» (Alc.)
410 por su. Su nombre botánico *Myroxilon pereirae.*
411 *Hist. Natur.* 12: 25 *(nota del autor).*
412 = tras verlo. «Nombre botánico *Commiphora apobalsamun».*
413 *Cantar de los Cantares* 1 *(Nota del autor)*, 13 (sin nota, Mat.): «Ramo de ciprés es mi amor para mí, en las viñas de Engadí» (S. Pablo).
414 = al.
415 *Geographia,* libro 16 *(nota del autor).*
416 *Hist. Natur.* 12, 25 *(nota del autor).*
417 apobálsamo (O'G. y Alc.). Al básano de Tolú llaman *Myroxilon balsamun.*

más perfecto el blanco que el bermejo, aunque Plinio[418] el primer lugar da al bermejo, el segundo al blanco, el tercero al verde, el último al negro. Pero Estrabón[419] parece preciar más el bálsamo blanco, como los nuestros lo precian.

Del bálsamo de Indias trata largamente Monardes en la primera parte y en la segunda[xxxix], especialmente del de Cartagena o Tolú, que todo es uno. No he hallado que en tiempos antiguos los indios preciasen en mucho el bálsamo, ni aún tuviesen dél uso de importancia. Aunque Monardes dice que curaban con él los indios de sus heridas, y que dellos aprendieron los españoles.

Capítulo 29

Del liquedámbar[420] y otros aceites, y gomas y drogas que se traen de las Indias

Después del bálsamo tiene estima el liquidámbar: es otro licor también oloroso y medicinal, más espeso en sí y que se viene a cuajar y hacer pasta; de complexión cálido, de buen perfume y que le aplican a heridas y otras necesidades, en que me remito a los médicos. Especialmente al doctor Monardes, que en la primera parte escribió deste licor y de otros muchos medicinales que vienen de Indias.

Viene también el liquidámbar de la Nueva España, y es sin duda aventajada aquella provincia en estas gomas o licores o jugos de árboles, y así tienen copia de diversas materias para perfumes y para medicinas como es el *ánime*, que viene en grande cantidad; el *copal* y el *suchicopal*, que es otro **(p. 266)** género como de estoraque[421] e incienso, que también tiene excelentes operaciones, y muy lindo olor para sahumerios. También la *tacamahaca* y la *caraña,* que son muy medicinales. El aceite que llaman «de abeto» también de allá lo traen, y médicos y pintores se aprovechan asaz* dél: los unos para sus emplastos, y los otros para barniz de sus imágenes.

Para medicina también se trae la *cañafístola*, la cual se da copiosamente en la Española, y es un árbol grande y echa por fruta aquellas cañas, con su pulpa. Trajéronse en la flota en que yo vine, de Santo Domingo cuarenta y ocho quintales* de cañafístola. La *zarzaparrilla* no es menos conocida, para mil achaques: vinieron cincuenta quintales* en la dicha flota de la misma isla. En el[422] Pirú hay desta zarzaparrilla mucha y muy excelente en tierra de Guayaquil, que está debajo de la Línea. Allí se van muchos a curar, y es opinión que las mismas aguas simples que beben les causan salud por pasar por copia[423] destas raíces, como está arriba dicho: con lo cual se junta que para sudar en aquella tierra no son menester muchas frazadas y ropa.[424] El «palo de guayacán», que por otro nombre dicen el «palo santo» o «palo de las Indias», se da en abundancia en las mismas islas: y es tan pesado como hierro, y luego* se hunde en el agua. De éste trajo la flota trescientos y cincuenta quintales*, y pudiera traer veinte y cien mil, si hubiera salida[425] de tanto palo. Del «palo del Brasil» que es tan colorado y encendido, y tan conocido y usado para tintes y para otros provechos, vinieron ciento y treinta y cuatro quintales* de la misma isla, en la misma flota.

Otros innumerables palos aromáticos y gomas y aceites y drogas hay en Indias, que ni es posible referillas* todas ni importa al presente: sólo diré que en tiempo de los reyes ingas del Cuzco y de los reyes mexicanos hubo muchos grandes hombres de curar con simples y hacían curas aventajadas, por te **(p. 267)** ner conocimiento de diversas virtudes y propiedades de hierbas, raíces y palos y plantas que allá se dan, de que ninguna noticia tuvieron los antiguos de Europa.

Y para purgar hay mil cosas destas simples —como raíz de Mechoacán, piñones de la Puna y conserva de Guánuco y aceite de higuerilla, y otras cien cosas— que bien aplicadas y a tiempo no las tienen por de menor eficacia que las drogas que vienen de Oriente: como podrá entender el que leyere lo que Monardes ha escrito en la primera y segunda parte. El cual también trata largamente del tabaco, del cual han hecho notables experiencias contra veneno: es el tabaco un arbolillo o planta asaz* común, pero de raras virtudes. También en la que llaman «contrahierba» y en otras diversas plantas, porque el Autor de todo repartió sus virtudes como Él fue servido, y no quiso que naciese cosa

[418] *Hist. Natur*. 12: 25 *(nota del autor).*
[419] *Geographia,* libro 16 *(nota del autor).*
[420] «liquidámbar» (1792 y Mat.). Nombre botánico *Liquidambar styraciflua.*
[421] = «Árbol de la familia de las estiracáceas, de 4 a 6 m de altura... Con incisiones en el tronco se obtiene un bálsamo muy oloroso, usado en perfumería y medicina... del cual se suele extraer el ácido cinámico» *(DRAE).* Cañafístola o *Cassia grandis,* y zarzaparrilla o *Smilax febrifuga,* que vienen enseguida.

[422] virreinato del.
[423] = abundancia.
[424] = es tierra caliente.
[425] = demanda. Nombre botánixo *Guaiacum officinale.*

ociosa en el mundo: mas el conocello* el hombre y saber usar dello, como conviene, éste es otro don soberano que concede el Creador a quien Él es servido.

Desta materia de plantas de Indias y de licores, y otras cosas medicinales, hizo una insigne obra el doctor Francisco Hernández por especial comisión de Su[426] Majestad, haciendo pintar al natural todas las plantas de Indias: que, según dicen, pasan de mil y doscientas y afirman haber costado esta obra más de sesenta mil ducados. De la cual hizo uno como extracto el doctor Nardo Antonio, médico italiano, con gran curiosidad. A los dichos libros y obras remito al que más por menudo y con perfección quisiere saber de plantas de Indias, mayormente para efectos de medicina.

Capítulo 30

De las grandes arboledas de Indias, y de los cedros y ceibas y otros árboles grandes

Como desde el principio del mundo la tierra produjo plantas y árboles por mandado del omnipotente Señor, en ninguna región deja de producir algún **(p. 268)** fruto; en unas más que en otras. Y, fuera de los árboles y plantas que por industria de los hombres se han puesto y llevado de unas tierras a otras, hay gran número de árboles que sola la naturaleza los ha producido.

De éstos me doy a entender[427] que en el Nuevo Orbe (que llamamos Indias) es mucho mayor la copia, así en número como en diferencias, que no en el orbe antiguo y tierras de Europa, Asia y África. La razón es ser las Indias de temple cálido y húmedo, como está mostrado en el libro segundo contra la opinión[428] de los antiguos: y así la tierra produce con[429] extremo vicio infinidad destas plantas silvestres y naturales, de donde viene a ser inhabitable y aún impenetrable la mayor parte de Indias, por bosques y montañas y arcabucos[430] cerradísimos que perpetuamente se han abierto. Para andar algunos caminos de Indias —mayormente en entradas de nuevo[431]— ha sido y es necesario hacer camino a puro cortar con hachas árboles y rozar matorrales, que —como nos escriben padres que lo han probado— acaece en seis días caminar una legua, y no más.[xl]

Y un hermano nuestro —hombre fidedigno— nos contaba que, habiéndose perdido en unos montes sin saber adónde ni por dónde había de ir, vino a hallarse entre matorrales tan cerrados que le fue forzoso andar por ellos, sin poner pie en tierra por espacio de quince días enteros. En los cuales también, por ver el sol y tomar algún tino[432] —por ser tan cerrado de infinita arboleda— a aquel monte, subía algunas veces trepando hasta la cumbre de árboles altísimos, y desde allí descubría camino. Quien leyere la relación de las veces que este hombre se perdió, y los caminos que anduvo y sucesos extraños que tuvo (la cual yo, por parecerme cosa digna de saber, escribí sucintamente), y quien hubiere[433] andado algo por montañas de Indias, aunque no sean sino las dieciocho leguas que hay de Nombre de Dios a Panamá,[434] entenderá bien de qué manera es esta in **(p. 269)** mensidad de arboleda que hay en Indias.

Como allá nunca hay invierno que llegue a frío y la humedad del cielo y del suelo es tanta, de ahí proviene que las tierras de montaña producen infinita arboleda, y las de campiña —que llaman «zabanas»*— infinita hierba. Así que para pastos hierba, y para edificios madera, y para el fuego leña no falta.

Contar las diferencias y hechuras de tanto árbol silvestre es cosa imposible, porque de los más dellos no se saben los nombres. Los cedros, tan encarecidos antiguamente, son por allá muy ordinarios para edificios y para naos, y hay diversidad dellos: unos blancos y otros rojos, y muy olorosos. Danse en los Andes del Pirú y en las montañas de Tierra Firme, y en las islas y en Nicaragua y en la Nueva España gran cantidad. Laureles de hermosísima vista y altísimos, palmas infinitas, ceibas de que labran los indios las *canoas,* que son barcos hechos de una pieza. De la Habana e isla de Cuba, donde hay inmensidad de semejantes árboles, traen a España palos de madera preciada

426 «Sus» (Alc.).
427 = deduzco, tengo para mí.
428 De aquí a «con extremo vicio» se lo salta Mat. (por cambio de línea), poniéndolo más adelante tras «infinidad de éstas».
429 «En» (Alc.).
430 = «De origen incierto, quizá del taino de Santo Domingo. Monte muy espeso y cerrado» *(DRAE).*
431 = caminos inexplorados.
432 = orientación geográfica o camino a seguir.
433 «hubiera» (O'G. y Alc.).
434 El camino panameño lo recorrió Acosta yendo al Perú, como otras veces se menciona en esta *Historia.*

como son ébanos, caobana, granadillo, cedro, y otras maderas que no conozco.

También hay pinos grandes en Nueva España, aunque no tan recios como los de España: no llevan piñones sino piñas vacías. Los robles que traen de Guayaquil son escogida madera y olorosa, cuando se labran: y de allí mismo[435] cañas altísimas, cuyos cañutos hacen una botija o cántaro de agua, y sirven para edificios. Y los «palos de mangles»,[436] que hacen árboles y mástiles de naos, y los tienen por tan recios como si fuesen de hierro. El *molle* es árbol de mucha virtud: da unos racimillos de que hacen vino los indios. En México le llaman «árbol del Pirú», porque vino de allá, pero dase también y mejor en la Nueva España que en el Pirú.

Otras mil maneras hay de árboles que es superfluo trabajo decillas*. Algunos de estos árboles son de enorme grandeza: sólo diré de uno que está en Tlacochabaya, tres **(p. 270)** leguas de Guaxaca[437] en la Nueva España: éste, midiéndole aposta,[438] se halló en sólo el hueco de dentro tener nueve brazas, y por de fuera medido cerca de la raíz diez y seis brazas, y por lo más alto doce. A este árbol hirió un rayo desde lo alto por el corazón hasta abajo, y dicen que dejó el hueco que está referido. Antes de herille* el rayo, dicen que hacía sombra bastante para mil hombres, y así se juntaban allí para hacer sus *mitotes* y bailes y supersticiones: todavía tiene rama y verdor, pero mucho menos. No saben qué especie de árbol sea más[439] de que dicen que es género de cedro.

A quien le pareciere cedro fabuloso[xli] aqueste, lea lo que Plinio cuenta[440] del plátano de Licia, cuyo hueco tenía ochenta y un pies, que más parecía cueva o casa que no hueco de árbol; y la copa dél parecía un bosque entero, cuya sombra cubría los campos. Con éste se perderá el espanto y la maravilla del otro tejedor,[441] que dentro del hueco de un castaño tenía casa y telar. Y del otro castaño, o que se era[442], donde entraban a caballo ocho hombres, y se tornaban a salir por el hueco dél sin embarazarse. En estos árboles así extraños y disformes ejercitaban sus idolatrías mucho los indios, como también lo usaron los antiguos gentiles, según refieren autores de aquel tiempo.

[435] proceden.

[436] = «(Voz caribe o arawaka). Arbusto… de tres o cuatro metros de altura, cuyas ramas… descienden hasta tocar el suelo y arraigar en él... y muchas raíces aéreas en parte. Es propio de los países tropicales…» *(DRAE).* Suelen crecer en zonas pantanosas. Nombre botánico *Rhizophoraceae.*

[437] «Oajaca» (Mat.), hoy Oaxaca.

[438] = «Adrede» *(DRAE).*

[439] «mas» (Mat.).

[440] *Hist. Natur. 12*, 1 *(nota del autor).*

[441] del relato de Plinio.

[442] «qué sé era» (O'G. y Alc.), = lo que fuese.

Capítulo 31

De las plantas y frutales que se han llevado de España a las Indias

Mejor han sido pagadas las Indias en lo que toca a plantas que en otras mercaderías: porque las que han venido a España son pocas y danse mal, las que han pasado de España son muchas y danse bien. No sé si digamos que lo hace la bondad de las plantas para dar la gloria a lo de acá, o si digamos que lo hace la tierra para que **(p. 271)** sea la gloria de allá. En conclusión, casi cuanto bueno se produce en España hay allá, y en partes aventajado y en otras no tal: trigo, cebada, hortaliza y verdura; y legumbres de todas suertes como son lechugas, berzas, rábanos, cebollas, ajos, perejil, nabos, cenorias*, berenjenas*, escarolas, acelgas, espinacas, garbanzos, habas, lentejas, y finalmente cuanto por acá se da desto casero y de provecho. Porque han sido cuidadosos los que han ido en llevar semillas de todo y a todo ha respondido bien la tierra, aunque en diversas partes de uno más que otro, y en algunas poco.

De árboles los que más generalmente se han dado allá y con más abundancia son naranjos y limas y cidras, y fruta deste linaje. Hay ya en algunas partes montañas y bosques de naranjales. Lo cual haciéndome maravilla, pregunté en una isla quién había henchido los campos de tanto naranjo;[443] respondiéronme que acaso[444] se había hecho porque, cayéndose algunas naranjas y pudriéndose la fruta, habían brotado de su simiente; y de la que de éstos y de otros llevaban las aguas a diversas partes se venían a hacer aquellos bosques espesos. Parecióme[445] buena razón. Dije[446] ser ésta la fruta que[447] generalmente se haya dado en Indias, porque en ninguna parte he estado dellas donde no haya[448] naranjas, por ser todas las Indias tierra caliente o húmeda, que es lo que quiere aquel árbol. En la sierra no se dan: tráense de los valles o de la costa. La conserva de naranjas cerradas que hacen en las islas es de la mejor que yo he visto, allá ni acá.

También se han dado bien duraznos, y sus consortes[xlii] melocotones, y priscos y albarcoques;[449] aunque

[443] Interrogativa (Prínc., Mat. y Alc.).

[444] = al azar.

[445] «Pareióme» (Mat.).

[446] antes.

[447] más.

[448] «hay» (Alc.).

[449] «albaricoques» (1792, único actual).

éstos[450] más en Nueva España. En el Pirú, fuera de duraznos, de esotro[451] hay poco y menos en las islas. Manzanas y peras se dan, pero moderadamente. Ciruelas muy cortamente. Higos en abundancia, mayormente en el Pirú. Membrillos en todas partes, y en Nueva España de manera que por medio real **(p. 272)** nos daban cincuenta a escoger. Y granadas también asaz*, aunque todas son dulces: agras* no se han dado bien. Melones en partes los hay muy buenos, como en Tierra Firme y algunas partes del Pirú. Guindas ni cerezas hasta agora no han tenido dicha de hallar entrada en Indias: no creo es falta del temple porque le hay de[452] todas maneras, sino falta de cuidado o de acierto.

De fruta de regalo apenas siento falte otra por allá. De fruta basta y grosera faltan bellotas y castañas, que no se han dado hasta agora, que yo sepa, en Indias. Almendras se dan, pero escasamente: almendra y nuez y avellana va de España para gente regalada. Tampoco sé que haya nísperas[453] ni serbas,[454] ni importan mucho.

Y esto baste para entender que no falta regalo de fruta asaz*: agora digamos otro poco de plantas de provecho que han ido de España, y acabaremos esta plática de plantas, que ya va larga.

Capítulo 32

De uvas y viñas, y olivas y moreras, y cañas de azúcar

Plantas de provecho entiendo las que, demás* de dar que comer en casa, traen a su dueño dinero. La principal de éstas es la vid, que da el vino y el vinagre, y la uva y la pasa, y el agraz[455] y el arrope: pero el vino es lo que importa.

En las islas y Tierra Firme[456] no se da vino ni uvas, en la Nueva España hay parras y llevan uvas, pero no se hace vino. La causa debe de ser no madurar del todo las uvas por razón de las lluvias que vienen por julio y agosto, y no las dejan bien sazonar: para comer solamente sirven. El vino llevan de España o de las Canarias, y así es en lo demás de Indias; salvo el Pirú y Chile, donde hay viñas y se hace vino, y muy bueno: y de cada día crece, así en cantidad —porque es gran riqueza en aquella tierra— como en bondad, porque se entiende mejor **(p. 273)** el modo de hacerse. Las viñas del Pirú son comúnmente en valles calientes, donde tienen acequias y se riegan a mano, porque la lluvia del cielo en los llanos no la hay, y en la sierra no es a tiempo. En partes hay donde ni se riegan las viñas del cielo ni del suelo, y dan en grande abundancia: como en el valle de Ica. Y lo mismo en las hoyas que llaman «de Villacuri», donde entre unos arenales muertos[457] se hallan unos hoyos[458] o tierras bajas de increíble frescura todo el año, sin llover jamás ni haber acequia ni riego humano. La causa es ser aquel terreno esponjoso, y chupar el agua de ríos que bajan de la sierra y se empapan por aquellos arenales; o, si es humedad de la mar (como otros piensan), hase de entender que el trascolarse por la arena hace que el agua no sea estéril e inútil, como el filósofo lo significa.

Han crecido tanto las viñas que, por su causa, los diezmos de las iglesias son hoy cinco y seis tanto de lo que eran hora[459] veinte años. Los valles más fértiles de viñas son Víctor, cerca de Arequipa; Ica, en términos de Lima; Caracato, en términos de Chuquiabo.[460] Llévase este vino a Potosí y al Cuzco y a diversas partes, y es grande granjería* porque vale con toda la abundancia[461] una botija o cinco o seis ducados; y, si es de España (que siempre se lleva en las flotas), diez y doce. En el reino de Chile se hace vino como en España, porque es el mismo temple, pero traído al Pirú se daña. Uvas se gozan donde no se puede gozar vino: y es cosa de admirar que en la ciudad del Cuzco se hallarán uvas frescas todo el año. La causa desto me dijeron ser los valles de aquella comarca, que en diversos meses del año dan fruto:[462] y, agora sea por el podar las vides a diversos tiempos agora por calidad de la

450 se dan.
451 «ese otro» (O'G. y Alc.), lo demás ahora dicho (melocotones, priscos y albaricoques).
452 «en» (Mat.).
453 «nísperos» (1792, Mat). Botánica *Maspilus germanica.*
454 = «Fruto del serbal. Es de figura de pera pequeña, de color encarnado que participa de amarillo, y comestible después de madurar entre paja, o colgado... Es común en los bosques de España» *(DRAE). Forbus domestica.*
455 = «Zumo que se saca de la uva no madura» (*DRAE,* s.v.3).
456 «tierra firme» (O'G. y Alc.).
457 = donde nada crece.
458 =¿hoyas, hondonadas?
459 «ahora» (Mat.) = hace.
460 = La Paz, Bolivia.
461 = «Por causa de haber tanto»: pero es paradójico, porque a más abundancia corresponde menos precio por unidad. Tal vez quiere decir, «a pesar de su abundancia». Más bien debería quizá entenderse «por causa de la riqueza de Cuzco y Potosí».
462 = Cada uno abastece al Cuzco en una época diferente.

tierra, en efecto todo el año hay diversos valles que dan fruta.

Si alguno se maravilla desto, más se maravillará de **(p. 274)** lo que diré, y quizá no lo creerá. Hay árboles en el Pirú que la una parte del árbol da fruta la mitad del año, y la otra parte la otra mitad. En Mala,[463] trece leguas de la ciudad de los Reyes, la mitad de una higuera que está a la banda del sur[464] está verde, y da fruta un tiempo del año, cuando es verano en la sierra; y la otra mitad que está hacia los llanos y mar, está verde y da fruta un tiempo del año en otro tiempo diferente, cuando es verano en los llanos. Tanto como esto obra la variedad del temple y aire, que viene de una parte o de otra.

La granjería* del vino no es pequeña, pero no sale de su provincia. Lo de la seda, que se hace en Nueva España, sale para otros reinos como el Pirú. No la había en tiempo de indios: de España se han llevado moreras y danse también, mayormente en la provincia que llaman la Misteca, donde se cría gusano de seda y se labra y hacen tafetanes buenos; damascos y rasos y terciopelos no se labran hasta agora. El azúcar es otra granjería* más general, pues no sólo se gasta en Indias sino también se trae a España harta cantidad, porque las cañas se dan escogidamente[465] en diversas partes de Indias: en[466] islas, en México, en Pirú y en otras partes han hecho ingenios de grande contratación. Del de La Nasca me afirmaron que solía rentar de treinta mil pesos arriba, cada año. El de Chicama, junto a Trujillo, también era hacienda gruesa, y no menos lo son los de la Nueva España, porque es cosa loca lo que se consume de azúcar y conserva en Indias. De la isla de Santo Domingo se trajeron en la flota que vine ochocientas y noventa y ocho cajas y cajones de azúcar: que, siendo del modo que yo las vi cargar en Puerto Rico, será a mi parecer cada caja de ocho arrobas. Es ésta del azúcar la principal granjería* de aquellas islas, tanto se han dado los hombres al apetito de lo dulce.

Olivas y olivares tam **(p. 275)** bién se han dado en Indias, digo en México y Pirú, pero hasta hoy no hay molino de aceite; ni se hace,[467] porque para comer las quieren más y las sazonan bien. Para aceite hallan que es más la costa que el provecho, así que todo el aceite va de España.

Con esto quede acabado[468] con la materia de las plantas, y pasemos a la de animales de las Indias.

[463] a.
[464] = que da al océano Pacífico.
[465] = especialmente, de modo generoso.
[466] las. Quiere decir Antillas.
[467] = quiere hacer.
[468] lo que trata.

Capítulo 33
De los ganados ovejuno y vacuno

De tres maneras hallo animales en Indias: unos[469] que han sido llevados por españoles; otros que, aunque no han sido llevados por españoles, los hay en Indias de la misma especie que en Europa; otros que son animales propios de las Indias, y no se hallan en España.

En el primero modo son ovejas, vacas, cabras, puercos, caballos, asnos, perros, gatos y otros tales, pues[470] estos géneros los hay en Indias. El ganado menor ha multiplicado mucho y, si se pudieran aprovechar las lanas enviándose a Europa, fuera de las mayores riquezas que tuvieran las Indias. Porque el ganado ovejuno allá tiene grande abundancia de pastos, sin que se agoste la hierba en muchas partes: y es de suerte la franqueza[471] de pastos y dehesas que en el Pirú no hay pastos propios: cada uno apacienta do quiere. Por lo cual, la carne es comúnmente abundante y barata por allá, y[472] los demás provechos que de la oveja proceden: de quesos, leche, etc.

Las lanas dejaron un tiempo perder del todo hasta que se pusieron obrajes, en los cuales se hacen paños y frazadas, que ha sido gran socorro en aquella tierra para la gente pobre porque la ropa de Castilla es muy costosa. Hay diversos obrajes en el Pirú; mucho más copia dellos en Nueva **(p. 276)** España, aunque —agora sea la lana no ser tan fina, agora los obrajes no labralla* tan bien— es mucha la ventaja[473] de la ropa que va de España a la que en Indias se hace.

Había hombres de setenta y de cien mil cabezas de ganado menor, y hoy día los hay poco menos: que, a ser en Europa, fuera riqueza grande y allá lo es moderada. En muchas partes de Indias —y creo son las más— no se cría bien ganado menor, a causa de ser la hierba alta y la tierra tan viciosa que no pueden apacentarse sino ganados mayores, y así de vacuno hay innumerable multitud. Y desto, en dos maneras: uno ganado manso y que anda en sus hatos,[474]

[469] «uno» (Mat.).
[470] todos.
[471] = disponibilidad.
[472] también.
[473] = mejor calidad.
[474] = «*Colombia, Cuba, Sto. Domingo y Venez.* Hacienda de campo destinada a la cría de toda clase de ganado, y principalmente del mayor» (*DRAE,* s.v., 5).

como en tierra de los Charcas y en otras provincias del Pirú, y en toda la Nueva[475] España. Deste ganado se aprovechan, como en España, para carne y manteca y terneras, y para bueyes de arado, etc. En otra forma, hay deste ganado alzado al monte: y, así por la aspereza[476] y espesura de los montes como por su multitud, no se hierra ni tiene dueño propio sino como caza de monte el primero que la montea y mata es el dueño. Deste modo han multiplicado las vacas en la isla Española y en otras de aquel contorno que andan a millares sin dueño por los montes y campos. Aprovéchanse deste ganado para cueros: salen negros o blancos en sus caballos, con desjarretaderas[477] al campo y corren los toros o vacas, y la res que hieren y cae es suya. Desuéllanla y, llevando el cuero a su casa, dejan la carne perdida por ahí,[478] sin haber quien la gaste ni quiera por la sobra que hay della: tanto que en aquella isla me afirmaron que en algunas partes había infección, de la mucha carne que se corrompía.

Este corambre que viene a España es una de las mejores granjería*s de las islas y de Nueva España. Vinieron de Santo Domingo en la flota de 87 treinta y cinco mil cuatrocientos cuarenta y cuatro cueros vacunos. De Nueva España vinieron setenta y cuatro mil y trescientos y cincuenta cueros, que los avaluaron[479] en noventa y seis mil y **(p. 277)** quinientos y treinta y dos pesos. Cuando descarga una flota déstas, ver el río de Sevilla y aquel arenal —donde se pone tanto cuero y tanta mercadería— es cosa para admirar.

El ganado cabrío también se da y, ultra de los otros provechos de cabritos, de leche, etc., es uno muy principal el sebo. Con el cual comúnmente se alumbran ricos y pobres porque, como hay abundancia, les es más barato que aceite, aunque no es todo el sebo que en esto se gasta de macho:[480] también para el calzado aderezan[481] los cordobanes;[482] mas no pienso que son tan buenos como los que llevan de Castilla.

Caballos se han dado y se dan escogidamente en muchas partes, o las más, de Indias: y algunas razas hay dellos tan buenos como los mejores de Castilla, así para carrera y gala como para camino y trabajo. Por lo cual allá el usar caballos para camino es lo más ordinario, aunque no faltan mulas, y[483] muchas, especialmente donde las recuas son dellas, como en Tierra Firme. De asnos no hay tanta copia ni tanto uso, y para trabajo es muy poco lo que se sirven dellos. Camellos algunos, aunque pocos, vi en el Pirú: llevados de las Canarias y multiplicados allá, pero cortamente.

Perros en la Española han crecido en número y en grandeza de suerte que es plaga de aquella isla: porque se comen los ganados y andan a manadas por los campos. Los que los matan tienen premio por ello, como hacen con los lobos en España. Verdaderos perros no los había en Indias sino unos semejantes a perrillos, que los indios llamaban *alco*; y, por su semejanza, a los que han sido llevados de España también los llaman «alco». Y son tan amigos destos perrillos que se quitarán[484] el comer, por dárselo, y cuando van camino los llevan consigo a cuestas o en el seno. Y si están malos, el perrito ha de estar allí con ellos, sin servirse dellos para cosa[485] sino sólo para buena amistad y compañía. **(p. 278)**

Capítulo 34

De algunos animales de Europa que hallaron los españoles en Indias, y cómo hayan pasado

Todos estos animales que he dicho es cosa cierta que se llevaron de España, y que no los había en Indias cuando se descubrieron aún no ha cien años. Y, ultra de ser negocio que aún tiene testigos vivos, es bastante prueba ver que los indios no tienen en su lengua vocablos propios para estos animales, sino que se aprovechan de los mismos vocablos españoles, aunque corruptos: porque de donde les vino la cosa, como no la conocían, tomaron el vocablo della.[xliii] Esta regla he hallado buena para discernir qué cosas tuviesen los indios antes de venir españoles, y qué cosas no. Porque aquellas que ellos ya tenían y conocían, también les daban su nombre; las que de nuevo recibieron diéronles

475 «nueva» (Alc.).
476 «espereza» (Mat.).
477 = «Instrumento que sirve para desjarretar toros o vacas compuesto de una cuchilla de acero en forma de media luna, muy cortante, puesta en el extremo de una vara del grueso y longitud de una pica»; y, «cortar las piernas por el jarrete»; y, «parte alta y carnuda de la pantorrilla hasta la corva» (*DRAE,* s.v. desjarretadera, desjarretar y jarrete).
478 «allí» (O'G. y Mat.).
479 «valuaron» (Mat.).
480 = ¿mecha?, ¿da mucho?
481 «adereza» (Mat.).
482 = «Piel curtida de macho cabrío o de cabra» *(DRAE).*

483 usan.
484 «quitaran» (O'G. y Alc.).
485 alguna.

también nombres de nuevo, los cuales de ordinario son los mismos nombres españoles —aunque pronunciados a su modo— como al caballo, al vino y al trigo, etc.

Halláronse, pues, animales de la misma especie que en Europa, sin haber sido llevados de españoles. Hay leones, tigres, osos, jabalíes, zorras y otras fieras y animales silvestres, de los cuales hicimos en el primer libro argumento fuerte: que, no siendo verosímil que por mar pasasen en Indias —pues pasar a nado el Océano es imposible, y embarcarlos consigo hombres es locura—, síguese que por alguna parte donde el un orbe se continúa y avecina al otro hayan penetrado, y poco a poco poblado aquel mundo nuevo. Pues conforme a la divina escritura,[486] todos estos hombres se salvaron en el arca de Noé, y de allí se han propagado en el mundo.

Los leones que por allá yo he vis **(p. 279)** to no son bermejos, ni tienen aquellas vedijas[487] con que los acostumbran pintar: son pardos, y no tan bravos como los pintan. Para cazallos*, se juntan los indios en torno —que ellos llaman *chaco*— y a pedradas y con palos y otros instrumentos los matan. Usan encaramarse también en árboles estos leones, y allí con lanzas o con ballestas —y mejor con arcabuz— los matan. Los tigres se tienen por más bravos y crueles, y que hacen salto más peligroso por ser a traición. Son maculosos,[488] y del mismo modo que los historiadores[489] los describen. Algunas veces oí contar que estos tigres están cebados en indios, y que por eso no acometían a españoles, o muy poco, y que de entre ellos sacaban un indio y se le llevaban.

Los osos, que en lengua del Cuzco llaman *otoroncos*, son de la misma especie de acá, y son hormigueros. De[490] colmeneros poca experiencia hay porque los panales, donde los hay en Indias, danse en árboles o debajo de la tierra, y no en colmenas al modo de Castilla; y los panales que yo he visto en la provincia de los Charcas, que allá nombran *lechiguanas*, son de color pardo y de muy poco jugo; más parecen paja dulce que panales de miel. Dicen que las abejas son tan chiquitas como moscas, y que enjambran debajo de la tierra: la miel es aceda[491] y negra. En otras partes hay mejor miel y panales más bien formados, como en la provincia de Tucumán y en Chile y en Cartagena.

486 *Génesis* 6, 19 *(nota del autor):* «De todos los seres vivientes meterás contigo en el arca una pareja de cada especie, macho y hembra, para que sobrevivan contigo» (S. Pablo).

487 = «Vedeja, melena del león» *(DRAE).*

488 = con manchas.

480 naturales, i. e., Plinio.

490 osos.

491 = «Del latín *acetum*, vinagre. Ácida, áspera» *(DRAE).*

De los jabalíes tengo poca relación más de haber oído a personas, que dicen cabellos* visto. Zorros y animales que degüellan el ganado hay más de lo que los pastores quisieran.

Fuera de estos animales que son fieros y perniciosos, hay otros provechosos que no fueron llevados por los españoles: como son los ciervos o venados, de que hay gran suma por todos aquellos montes. Pero los más no son venados con cuernos; a lo menos, ni yo los he visto ni oído a **(p. 280)** quien los haya visto. Todos son mochos[492] como corzos. Todos estos animales, que hayan pasado —por su ligereza, y por ser naturalmente silvestres y de caza— desde el un orbe al otro por donde se juntan, no se me hace difícil sino muy probable. Y casi cierto, viendo que en islas grandísimas y muy apartadas de Tierra Firme no se hallan,[493] cuanto yo he podido por alguna experiencia y relación alcanzar.

Capítulo 35

De aves que hay de acá, y cómo pasaron allá en Indias

Menos dificultad tiene creer lo mismo de aves que hay, del género de las de acá: como son perdices y tórtolas, y palomas torcaces y codornices; y diversas castas de halcones que, por muy preciados, se envían a presentar de la Nueva España y del Pirú a señores de España. *Item*,[494] garzas y águilas de diversas castas. Estos y otros pájaros semejantes no hay duda que pudieron pasar, y muy mejor, como pasaron los leones y tigres y ciervos. Los papagayos también son de gran vuelo, y se hallan copiosamente en Indias, especialmente en los Andes del Pirú; y en las islas de Puerto Rico y Santo Domingo andan bandas[495] dellos como palomas.

Finalmente las aves con sus alas tienen camino a do quieren, y el pasar el Golfo no les será a muchas difícil, pues es cosa cierta —y la afirma Plinio—[496] que muchas pasan la mar y van a regiones muy extrañas; aunque tan grande golfo como el mar océano de Indias no sé yo que escriba

492 = «Todo aquello a lo que falta la punta o la debida terminación, como el animal cornudo que carece de astas…» (*DRAE,* 1).

493 en.

494 «Iten» (O'G y Alc.).

495 = bandadas.

496 *Hist. Natur.* 10, 23 *(nota del autor).*

nadie que le pasen aves a vuelo. Mas tampoco lo tengo por del todo imposible, pues de algunas es opinión común de marineros que se ven doscientas, y aún muchas más, leguas lejos de tierra; y también, según[497] que **(p. 281)** Aristóteles[498] enseña, las aves fácilmente sufren estar debajo del agua, porque su respiración es poca: como lo vemos en aves marinas, que se za[m]bullen y están buen rato. Y así, se podría pensar que pájaros y aves que se hallan en islas y Tierra Firme de Indias hayan pasado la mar descansando en islotes y tierras que con instinto natural conocen, como de algunos lo refiere Plinio;[499] o quizá, dejándose caer en el agua cuando están fatigadas de volar y de allí, después de descansar un rato, tornando a proseguir su vuelo.

Y, cuanto a los pájaros que se hallan en islas donde no se ven animales de tierra, tengo por sin duda que han pasado en una de las dos maneras dichas. Cuanto a las demás que se hallan en Tierra Firme, máxime las que no son de vuelo muy ligero, es mejor camino decir que fueron por do los animales de tierra que allá hay, de los de Europa. Porque hay aves también en Indias muy pesadas: como avestruces que se hallan en el Pirú[500] y aún a veces suelen espantar a los carneros de la tierra que van cargados.

Pero dejando estas aves[501] —que ellas por sí se gobiernan sin que los hombres curen[502] dellas, si no es por vía de caza—, de aves domésticas me he maravillado de las gallinas: porque en efecto las había antes de ir españoles, y es claro indicio tener nombres de allá, que a la gallina llaman *gualpa* y al huevo *ronto*; y el mismo refrán que tenemos, de llamar a un hombre gallina para notalle*[503] de cobarde, ese propio refrán usan los indios. Y los que fueron al descubrimiento de las islas de Salomón, refieren haber visto allá gallinas de las nuestras. Puédese entender que, como la gallina es ave tan doméstica y tan provechosa, los mismos hombres las llevaron consigo cuando pasaron de unas partes a otras; como hoy día vemos que caminan los indios llevando su gallina o pollito sobre la carga que llevan a las espaldas, y también las llevan fácilmente en sus gallineros, hechos de paja o de palo.

Finalmente, en Indias hay mu **(p. 282)** chas especies de animales y aves de las de Europa que las[504] hallaron allá los españoles, como son las que he referido y otras que otros dirán.

[497] lo.
[498] *De partibus animalium* 3, 6 *(nota del autor)*.
[499] *Hist. Natur.* 10: 25 *(nota del autor)*.
[500] = *Ñandú*, en la Patagonia, entonces del virreinato peruano.
[501] salvajes.
[502] «cuiden» (1792, 1894 y Mat.). *Pterocnemia pennata.*
[503] «notarle» (1792 y 1894).
[504] «la que» (O'G. y Alc.).

Capítulo 36

Cómo sea posible haber en Indias animales que no hay en otra parte del mundo

Mayor dificultad hace averiguar qué principio tuvieron diversos animales que se hallan en Indias y no se hallan en el mundo de acá. Porque, si allá los produjo el Creador, no hay para qué recurrir al arca de Noé; ni aún hubiera para qué salvar entonces todas las especies de aves y animales, si habían de criarse después de nuevo. Ni tampoco parece que, con la creación de los seis días, dejara Dios el mundo acabado y perfecto, si restaban nuevas especies de animales por formar: mayormente animales perfectos, y de no menor excelencia que esotros[505] conocidos. Pues, si decimos que todas estas especies de animales se conservaron en el arca de Noé, síguese que como esotros animales fueron a Indias deste mundo de acá, así también éstos que no se hallan en otras partes del mundo.

Y, siendo esto así, pregunto: ¿cómo no quedó su especie dellos por acá?, ¿cómo sólo se halla donde es peregrina y extranjera? Cierto es cuestión que me ha tenido perplejo mucho tiempo. Digo, por ejemplo: si los carneros del Pirú y los que llaman *pacos* y *guanacos* no se hallan en otra región del mundo, ¿quién los llevó al Pirú?, o ¿cómo fueron?, pues no quedó rastro dellos en todo el mundo. Y, si no fueron de otra región, ¿como se formaron y produjeron allí?, ¿por ventura hizo Dios nueva forma **(p. 283)** ción de animales? Lo que digo destos *guanacos* y *pacos*, diré de mil diferencias de pájaros y aves y animales del monte que jamás han sido conocidas ni de nombre ni de figura, ni hay memoria dellos, en latinos ni griegos ni en naciones ningunas deste mundo de acá. Si no[506] es que digamos que, aunque todos los animales salieron del arca, pero por instinto natural y providencia del cielo diversos géneros se fueron a diversas regiones, y en algunas dellas se hallaron tan bien que no quisieron salir dellas; o, si salieron, no se conservaron o por tiempo vinieron a fenecer, como sucede en muchas cosas. Y, si bien se mira, esto no es caso propio de Indias sino general de otras muchas regiones y provincias de Asia,

[505] «esos otros» (O'G. y Alc.).
[506] «sino» (Mat.).

Europa y África: de las cuales se lee haber en ellas castas de animales que no se hallan en otras; y, si se hallan, se sabe haber sido llevadas de allí. Pues, como estos animales salieron del arca —*verbi gratia* elefantes, que sólo se hallan en la India Oriental— y de allá se han comunicado a otras partes, del mismo modo diremos destos animales del Pirú y de los demás de Indias que no se hallan en otra parte del mundo.

También es de considerar si los tales animales difieren específica y esencialmente de todos los otros, o si es su diferencia accidental que pudo ser causada de diversos accidentes: como en el linaje de los hombres ser unos blancos y otros negros, unos gigantes y otros enanos. Así *verbi gratia* en el linaje de los gimios[507] ser unos sin cola y otros con cola; y en el linaje de los carneros ser unos rasos y otros lanudos, unos grandes y recios y de cuello muy largo —como los del Pirú—, otros pequeños y de pocas fuerzas y de cuellos cortos —como los de Castilla—. Mas, por decir lo más cierto, quien por esta vía de poner sólo diferencias accidentales pretendiere salvar la propagación de los animales de Indias, y reducillos* a las de Europa, tomará carga que mal podrá salir con ella. Porque, si hemos **(p. 284)** de juzgar de las especies de los animales por sus propiedades, son tan diversas que querellas reducir a especies conocidas de Europa será[508] llamar al huevo castaña.[509]

Capítulo 37
De aves propias de Indias

Ora sean de diversa especie ora de la misma de otras de acá, hay aves en Indias notables.

De la China traen unos pájaros que *penitus*[510] no tienen pies, grandes ni pequeños, y casi todo su cuerpo es pluma: nunca bajan a tierra, ásense[511] de unos hilillos que tienen a ramos* y así descansan, comen mosquitos y cosillas del aire.

En el Pirú hay los que llaman «tominejos», tan pequeñitos que muchas veces dudé viéndolos volar si eran abejas o mariposillas, mas son realmente pájaros. Al contrario, los que llaman *cóndores* son de inmensa grandeza, y de tanta fuerza que no sólo abren un carnero y se lo comen, sino a un ternero. *Las auras* que llaman, y otros las dicen «gallinazas», tengo para mí que son de género de cuervos: son de extraña ligereza y no menos aguda vista. Para limpiar las ciudades y calles son propias, porque no dejan cosa muerta: hacen noche en el campo en árboles o peñas, por la mañana vienen a las ciudades y desde los más altos edificios atalayan[512] para hacer presa. Los pollos de éstas son de pluma blanquizca[513] como refieren de los cuervos, y mudan el pelo en negro.

Las *guacamayas* son pájaros mayores que *papagayos*, y tienen algo dellos: son preciadas por el diverso color de sus plumas, que las tienen muy galanas. En la Nueva España hay copia* de pájaros de excelentes plumas, que de su fineza no se hallan en Europa: como se puede ver por las imágenes de pluma que de allá se traen. Las cuales con mucha razón son estimadas y causan admiración, que de plumas de pájaros se pueda labrar obra tan delicada y tan igual[514] que no pa **(p. 285)** rece sino de colores pintadas; y, lo que no puede hacer el pincel y las colores de tinte, tienen unos visos —miradas un poco a soslayo— tan lindos y tan alegres y vivos que deleitan admirablemente.

Algunos indios, buenos maestros, retratan con perfección de pluma lo que ven de pincel, que ninguna ventaja les hacen los pintores de España. Al príncipe de España don Felipe[515] dio su maestro tres estampas pequeñitas —como para registros de diurno—[516] hechas de pluma, y su alteza las mostró al rey don Felipe nuestro señor,[517] su padre, y mirándolas Su Majestad dijo que no había visto en figuras tan pequeñas cosa de mayor primor.[xliv] Otro cuadro mayor en que estaba retratado san Francisco, recibiéndole alegremente la santidad de Sixto Quinto y diciéndole que aquello hacían los indios de pluma, quiso probarlo trayendo los dedos un poco por el cuadro, para ver si era pluma aquella: pareciéndole cosa maravillosa estar tan bien asentada que la vista no pudiese juzgar si eran colores naturales de plumas, o si eran artificiales de pincel. Los visos que hace lo verde y un naranjado como dorado y otras colores finas son de extraña hermosura: y,

507 «ximios» (Príncipe, 1792 y 1894), simios (O'G. y Alc.).
508 como.
509 «Mas, en realidad de verdad, no tiene que ver la una planta con la otra más (plátano antiguo y americano] que el huevo con la castaña, como dicen» (IV, 22).
510 = «absoluta, totalmente» (latín).
511 = se asen, de asirse.
512 = «Registrar el campo o el mar desde una atalaya o altura, para dar aviso de lo que se descubre» (*DRAE,* 1).
513 = «Blanquecino» *(DRAE).*
514 = tan pegadas las plumas entre sí, a modo de superficie.
515 El futuro Felipe III tendría entonces 12 años.
516 = «Libro de rezo eclesiástico, que contiene las horas menores desde laudes hasta completas» (*DRAE,* 4). Es decir, estampitas pequeñas para marcar las páginas de un libro, al terminar su lectura.
517 «Señor» (1792, 1894 y Mat.).

mirada la imagen a otra luz, parecen colores muertos,[518] que es variedad de notar.

Hácense las mejores imágenes de pluma en la provincia de Mechoacán, en el pueblo de Páscaro.[519] El modo es con unas pinzas tomar las plumas, arrancándolas de los mismos pájaros muertos, y con un engrudillo delicado que tienen irlas pegando con gran presteza y policía*. Toman estas plumas tan chiquitas y delicadas de aquellos pajarillos que llaman en el Pirú «tominejos», o de otros semejantes que tienen perfectísimos colores en su pluma. Fuera de imaginería, usaron los indios otras muchas obras de pluma muy preciosas, especialmente para ornato de los reyes y señores, y de los templos y[520] ídolos. Porque hay otros pájaros y aves grandes de excelentes plumas, y muy fi **(p. 286)** nas, de que hacían bizarros plumajes y penachos, especialmente cuando iban a la guerra; y con oro y plata concertaban estas obras de plumería rica, que era cosa de mucho precio. Hoy día hay las mismas aves y pájaros, pero no tanta curiosidad y gala como solían usar.[xlv]

A estos pájaros tan galanos y de tan rica pluma hay en Indias otros del todo contrarios, que demás* de ser en sí feos no sirven de otro oficio sino de echar estiércol: y, con todo eso, no son quizá de menor provecho. He considerado esto admirándome la providencia del Creador, que de tantas maneras ordena que sirvan a los hombres las otras criaturas. En algunas islas o farellones que están junto a la costa del Pirú se ven de lejos unos cerros todos blancos: dirá quien les viere que son de nieve o que toda es tierra blanca, y son montones de estiércol de pájaros marinos que van allí contino[521]* a estercolar. Y es esta cosa tanta que sube varas* y aún lanzas en alto, que parece cosa fabulosa. A estas islas van barcas a sólo cargar deste estiércol, porque otro fruto pequeño ni grande en ellas no se da: y es tan eficaz y tan cómodo que la tierra estercolada con él da el grano y la fruta con grandes ventajas. Llaman *guano* el dicho estiércol —de do se tomó el nombre del valle que dicen de *Lunaguaná*— en los valles del Pirú, donde se aprovechan de aquel estiércol: y es el más fértil que hay por allá. Los membrillos y granadas y otras frutas en grandeza y bondad exceden mucho, y dicen ser la causa que el agua con que riegan estos árboles pasa por tierra estercolada, y da aquella belleza de fruta.

De manera que de los pájaros no sólo la carne para comer y el canto para deleite y la pluma para ornato y gala, sino el mismo estiércol es también para el beneficio* de la tierra, y todo ordenado del sumo Hacedor para servicio del hombre, con[522] que el hombre se acordase de ser grato y leal a quien con todo le hace bien. **(p. 287)**

Capítulo 38
De animales de monte

Fuera de los géneros de animales que se han dicho de monte que son comunes a Indias y a Europa, hay otros que se hallan allá y no sé que los haya por acá, sino por ventura traídos de aquellas partes.

Saínos llaman unos como porquezuelos, que tienen aquella extrañeza de tener el ombligo sobre el espinazo.[xlvi] Éstos andan por los montes a manadas: son crueles y no temen, antes* acometen y tienen unos colmillos como navajas con que dan muy buenas heridas y navajadas, si no se ponen a recaudo los que los cazan. Súbense los que quieren cazarlos a su seguro en árboles, y los *saínos* o puercos de manada acuden a morder el árbol cuando no pueden al hombre: y de lo alto con una lancilla hieren y matan los que quieren. Son de muy buena comida, pero es menester quitalles* luego aquel redondo que tienen en el ombligo del espinazo, porque de otra suerte dentro de un día se corrompen.

Otra casta de animalejos hay que parecen lechones, que llaman «guadatinajas». Puercos de la misma especie de los de Europa yo dudo si los había en Indias,[523] antes de ir españoles, porque en la relación del descubrimiento de las islas de Salomón se dice que hallaron gallinas y puercos de España. Lo que es cierto es haber multiplicado casi en todas partes de Indias este ganado en grande abundancia. En muchas partes se come carne fresca dellos y la tienen por tan sana y buena como si fuera carnero, como en Cartagena. En partes se han hecho montaraces y crueles: y se va a caza dellos como de jabalíes, como en la Española y otras islas donde se ha alzado al monte este ganado. En partes se ceban con grano de maíz y engordan excesivamente para que den manteca, que se usa a falta de aceite. En partes se hacen muy escogidos perniles, como en Toluca de la **(p. 288)**

518 = sin brillo. Recuérdese la técnica del tornasol, «Cambiante, reflejo o viso que hace la luz en algunas telas o en otras cosas muy tersas» (*DRAE,* 2).
519 = Pátzcuaro.
520 «y» (prínc. y Mat.).
521 «continuo» (todos, menos la Príncipe y Mat.).
522 = para.
523 El autor se refiere a ambas Indias, orientales y occidentales.

Nueva España, y en Paria del Pirú. Volviendo a los animales de allá. Como los *saínos* son semejantes a puercos, aunque más pequeños, así lo son a las vaquillas pequeñas las *dantas*,[524] aunque en el carecer de cuernos más parecen muletas:[525] el cuero de éstas es tan preciado para cueras[526] y otras cubiertas, por ser tan recias que resisten cualquier golpe o tiro. Lo que defiende a las *dantas* la fuerza del cuero, defiende a los que llaman «armadillos» la multitud de conchas, que abren y cierran como quieren a modo de corazas. Son unos animalejos pequeños que andan en montes, y por la defensa que tienen —metiéndose entre sus conchas y desplegándolas, como quieren— los llaman armadillos. Yo he comido dellos: no me pareció cosa de precio. Harto mejor comida es la de iguanas, aunque su vista es bien asquerosa pues parecen puros lagartos de España; aunque éstos son de género ambiguo,[527] porque andan en el agua y sálense a tierra, y súbense en árboles que están a la orilla del agua, y lanzándose de allí al agua: las cogen poniéndoles debajo los barcos.

«Chinchillas» es otro género de animalejos, pequeños como ardillas: tienen un pelo a maravilla blando, y sus pieles se traen por cosa regalada y saludable para abrigar el estómago y partes que tienen necesidad de calor moderado; también se hacen cubiertas o frazadas del pelo destas chinchillas. Hállanse en la sierra del Pirú, donde también hay otro animalejo muy común que llaman *cuy*, que los indios tienen por comida muy buena; y en sus sacrificios usaban frecuentísimamente ofrecer estos cuyes. Son como conejuelos[528] y tienen sus madrigueras debajo de tierra, y en partes hay donde la tienen toda minada. Son algunos dellos pardos, otros blancos y diferentes. Otros animalejos llaman *vizcachas,* que son a manera de liebres, aunque mayores, y también las cazan y comen. De liebres verdaderas también hay caza, en partes bien abundante. Co **(p. 289)** nejos también se hallan en el reino de Quito, pero los buenos han ido de España.

Otro animal donoso* es el que por su excesiva tardanza en moverse le llaman «perico ligero»,[529] que tiene tres uñas en cada mano: menea los pies y manos como por compás, con grandísima flema. Es a la manera de mona, y en la cara se le parece: da grandes gritos, anda en árboles y come hormigas.

[524] «tapir», en otros sitios. Nombre botánico *Tapirus.*
[525] mulas pequeñas.
[526] = *Cuera de armar*: la que se ponía debajo del arnés» (*DRAE),* como escudo protector inmediato a la piel.
[527] = anfibio.
[528] Se les llama «conejo de Indias».
[529] = oso perezoso.

Capítulo 39
De los micos o monos de Indias

Micos hay innumerables por todas esas montañas de islas y Tierra Firme y Andes. Son de la casta de monas, pero diferentes en tener cola y muy larga, y haber entre ellos algunos linajes de tres tanto y cuatro tanto más cuerpo que monas ordinarias. Unos son negros del todo, otros bayos, otros pardos, otros manchados y varios.

La ligereza y maña déstos admira porque parece que tienen discurso y razón, y en el andar por árboles parece[530] que quieren casi imitar las aves. En Capira, pasando de Nombre de Dios a Panamá, vi saltar un mico déstos de un árbol a otro que estaba a la otra banda del río, que me admiró. Ásense con la cola a un ramo* y arrójanse adonde quieren y, cuando el espacio es muy grande que no puede con un salto alcanzarle, usan una maña graciosa: de asirse uno a la cola del otro, y hacer desta suerte una como cadena de muchos; después, ondeándose todos o columpiándose, el primero ayudado de la fuerza de los otros salta, y alcanza y se ase al ramo, y sustenta a los demás hasta que llegan asidos —como dije— uno a la cola de otro.

Las burlas y embustes y travesuras que éstos hacen es negocio de mucho espacio:[531] las habilidades que alcanzan, cuando los imponen,[532] no parecen de animales brutos sino de entendimiento humano. Uno vi en Car **(p. 290)** tagena, en casa del gobernador, que las cosas que dél me referían apenas parecían creíbles: como en envialle[533] a la taberna por vino, y poniéndole[534] en la una mano el dinero y en la otra el pichel,[535] no haber orden[536] de sacalle[537] el dinero hasta que le daban el pichel con vino. Si los muchachos en el camino le daban grita o le tiraban,[538] poner el pichel a un lado, y apañar piedras y tirarlas a los muchachos hasta que dejaba el camino seguro, y así volvía a llevar su pichel. Y lo

[530] = Alc. se salta la frase entre ambos términos «parece»: «que tienen discurso… por árboles parece» *(= homoteleuton).*
[531] = «Recreo, diversión» (*DRAE,* 7, antiguamente).
[532] = «Instruir a uno en una cosa, enseñársela o enterarlo de ella» (*DRAE,* 3).
[533] «enviarle» (todos, menos la Príncipe y Mat.).
[534] Sin «le» (Mat.). También falta en la Príncipe, aunque se corrige en la fe de erratas.
[535] = Vaso alto y redondo, ordinariamente de estaño, algo más ancho del suelo que de la boca y con su tapa engoznada en el remate del asa» *(DRAE).*
[536] = modo.
[537] «sacarle» (1792, O'G. y Alc.).
[538] solía.

que es más, con ser muy buen bebedor de vino (como yo se lo vi beber,[539] echándoselo su amo de alto), sin dárselo o dale[540] licencia no había[541] tocar al jarro. Dijéronme también que, si vía[542] mujeres afeitadas, iba y les tiraba del tocado y las descomponía y trataba mal.

Podrá ser algo desto encarecimiento*, que yo no lo vi, mas en efecto no pienso que hay animal que así perciba y se acomode a la conversación humana como esta casta de micos. Cuentan tantas cosas que yo, por no parecer que doy crédito a fábulas o porque otros no las tengan por tales, tengo por mejor dejar esta materia con sólo bendecir al Autor de toda criatura: pues, para sola recreación de los hombres y entretenimiento donoso*, parece haber hecho un género de animal que todo es de reír, o para mover a risa. Algunos han escrito que a Salomón se le llevaban estos micos de Indias Occidentales: yo tengo para mí que iban de la India Oriental.

Capítulo 40

De las vicuñas y tarugas del Pirú

Entre las cosas que tienen las Indias del Pirú notables son las *vicuñas* y carneros que llaman «de la tierra», que son animales mansos y de mucho provecho. Las vicuñas son silvestres, y los carneros son ganado doméstico.

Algunos han pensado que las vicuñas sean las **(p. 291)** que Aristóteles y Plinio y otros autores tratan,[543] cuando escriben de las que dicen *capreas*, que son cabras silvestres: y tienen sin duda similitud por la ligereza por andar en los montes, por parecerse algo a cabras. Mas en efecto no son aquéllas, pues las vicuñas no tienen cuernos y aquéllas los tienen, según Aristóteles refiere. Tampoco son las cabras de la India Oriental, de donde traen la piedra «bezaar»; o, si son de aquel género, serán especies diversas, como en el linaje de perros es diversa especie la del mastín y la del lebrel. Tampoco son las vicuñas del Pirú los animales que en la provincia de Nueva España tienen las piedras, que allá llaman «bezaares», porque aquéllos son de especie de ciervos o venados. Así que no sé que en otra parte del mundo haya este género de animales sino en el Pirú y Chile, que se continúa con él.

Son las vicuñas mayores que cabras y menores que becerros. Tienen la color que tira a leonado, algo más clara. No tienen cuernos, como los tienen ciervos y *capreas*. Apaciéntanse y viven en sierras altísimas, en las partes más frías y despobladas que allá llaman *punas*: las nieves y el hielo no les ofende, antes* parece que les recrea. Andan a manadas y corren ligerísimamente. Cuando topan caminantes o bestias luego* huyen, como muy tímidas: al huir echan delante de sí sus hijuelos. No se entiende que multipliquen mucho, por donde los reyes ingas tenían prohibida la caza de vicuñas, si no era para fiestas con orden suya. Algunos se quejan que, después que entraron los españoles, se ha concedido demasiada licencia a los *chacos* o cazas de vicuñas, y que se han disminuido.

La manera de cazar de los indios es *chaco*, que es juntarse muchos dellos —que a veces son mil, y tres mil y más— y cercar un gran espacio de monte, y[544] ir ojeando la caza hasta juntarse por todas partes, donde se toman trescientas y cuatrocientas, y más y menos como ellos **(p. 292)** quieren; y dejan ir las demás, especialmente las hembras para el multiplico. Suelen tresquilar estos animales, y de la lana dellos hacen cubiertas o frazadas de mucha estima, porque la lana es como una seda blanda, y duran mucho; y, como el color es natural y no de tinte, es perpetuo. Son frescas y muy buenas para en tiempo de calores: para inflamaciones de riñones y otras partes las tienen por muy sanas y que templan el calor demasiado, y lo mismo hace la lana en colchones, que algunos usan por salud por la experiencia que dello tienen. Para otras indisposiciones como gota dicen también que es buena esta lana, o frazadas hechas della: no sé en esto experiencia cierta.

La carne de las vicuñas no es buena, aunque los indios la comen y hacen *cusharqui*, o cecina, della. Para medicina podré yo contar lo que vi: caminando por la sierra del Pirú llegué a un *tambo*, o venta, con tan terrible dolor de ojos que me parecía se me querían saltar —el cual accidente suele acaecer de pasar por mucha nieve y mirarla—. Estando echado con tanto dolor que casi perdía la paciencia, llegó una india y me dijo: «Ponte, padre, esto en los ojos y estarás bueno». Era una poca de carne de vicuña, recién muerta y corriendo sangre. En poniéndome aquella medicina se aplacó el dolor, y dentro de muy breve tiempo se me quitó del todo, que no le sentí más.

539 «deber» (Mat.).
540 «darle» (1792, O'G. y Alc.).
541 de.
542 «veía» (1792, 1894, O'G. y Alc.).
543 Aristóteles: *De partibus animalium,* libro III, cap. 2; y Plinio: *Hist. Natur*. 10: 72 (25, Alc.) (*nota del autor).*
544 «e» (O'G. y Alc.).

Fuera de los chacos que he dicho, que son cazas generales, usan los indios particularmente para coger estas vicuñas —cuando llegan a tiro— arrojarles unos cordelejos con ciertos plomos[545] —que se les traban y envuelven entre los pies, y embarazan para que no puedan correr—, y así llegan y toman la vicuña. Lo principal por que este animal es digno de precio son las piedras «bezaares» que hallan en él, de que diremos luego.

Hay otro género que llaman *tarugas*, que también son silvestres y son de mayor ligereza que las **(p. 293)** vicuñas. Son también de mayor cuerpo y la color más tostada: tienen las orejas blandas y caídas. Estas no andan a manadas, como las vicuñas: a lo menos, yo no las vi sino a solas, y de ordinario por riscos altísimos. De las tarugas sacan también piedras bezaares, y son mayores y de mayor eficacia y virtud.

Capítulo 41

De los pacos y guanacos, y carneros del Pirú

Ninguna cosa tiene el Pirú de mayor riqueza y ventaja que es el ganado de la tierra, que los nuestros llaman «carneros de las Indias», y los indios en lengua general los llaman *llama*. Porque, bien mirado, es el animal de mayores provechos y de menos gasto de cuantos se conocen. De este ganado sacan comida y vestido, como en Europa del ganado ovejuno: y sacan más[546] el trajín y acarreto* de cuanto han menester, pues les sirve de traer y llevar sus cargas. Y, por otra parte, no han menester gastar en herraje ni en sillas o jalmas[547] ni tampoco en cebada, sino que de balde sirve a sus amos contentándose con la hierba que halla en el campo. De manera que les proveyó Dios de ovejas y de jumentos en un mismo animal, y como a gente pobre quiso que ninguna costa les hiciese: porque los pastos en la sierra son muchos, y otros gastos ni[548] los pide ni los ha menester este género de ganado.

Son estos carneros o *llamas* en dos especies: unos son *pacos,* o carneros lanudos; otros son rasos y de poca lana, y son mejores para carga. Son mayores que carneros grandes, y menores que becerros: tienen el cuello muy largo a semejanza de camello, y hanlo menester porque, como son altos y levantados de cuerpo, para pacer requiere[549] tener cuello luengo. Son de varias colores: unos blancos del todo, otros negros del todo, otros par **(p. 294)** dos, otros varios que llaman *moromoro*. Para los sacrificios tenían los indios grandes advertencias de qué color habían de ser para diferentes tiempos y efectos. La carne déstos es buena, aunque recia; la de sus corderos es de[550] las cosas mejores y más regaladas que se comen.

Pero gástanse[551] poco en esto, porque el principal fruto es la lana para hacer ropa, y el servicio de traer y llevar cargas. La lana labran los indios, y hacen ropa de que se visten: una grosera y común que llaman *abasca*,[552] otra delicada y fina que llaman *cumbi*. Deste cumbi labran sobremesas y cubiertas y reposteros y otros paños de muy escogida labor, que dura mucho tiempo y tiene un lustre bueno, casi de media seda. Y lo que es particular de su modo de tejer lana: labran a dos haces todas las labores que quieren, sin que se vea hilo ni cabo dél en toda una pieza. Tenía el inga rey del Pirú grandes maestros de labrar esta ropa de *cumbi*, y los principales residían en el repartimiento de Capachica, junto a la laguna grande de Titicaca. Dan con hierbas diversas diversos colores —y muy finos— a esta lana, con que hacen varias labores. Y de labor basta y grosera o de pulida y sutil todos los indios e indias son oficiales en la sierra, teniendo sus telares en su casa, sin que hayan de ir a comprar ni a dar a hacer la ropa que han menester para su casa.

De la carne deste ganado hacen *cusharqui*, o cecina, que les dura largo tiempo y se gasta por mucha cuenta. Usan llevar manadas de estos carneros cargados como recua; y van en una recua déstas trescientos o quinientos, y aún mil carneros que trajinan vino, coca, maíz, chuño y azogue, y otra cualquier mercadería; y lo mejor della, que es la plata.

Porque las barras de plata las llevan el camino de Potosí a Arica setenta leguas; y a Arequipa otro tiempo solían, ciento y cincuenta. Y es cosa que muchas veces me admiré de ver que iban estas manadas de carneros con mil y dos mil barras, y mu **(p. 295)** cho más —que son más de trescientos mil ducados—, sin otra guarda ni reparo más que unos pocos indios para sólo guiar los carneros y cargarlos, y cuando mucho algún español; y todas las noches dormían en medio del campo, sin más recato que el dicho. Y en tan largo camino y con tan poca guarda jamás faltaba cosa entre

545 = «boleadoras», conocidas de antiguo en la Pampa para cazar el guanaco.
546 = además.
547 = «Enjalma, del griego, especie de aparejo de bestia de carga, como una albardilla ligera» *(DRAE).*
548 «no» (Alc.).

549 «requieren» (Mat.).
550 «da» (Mat.).
551 = empléanse.
552 «hauasca» (Príncipe, O'G. y Alc.), «avasca» (Mat.).

4. De las ovejas indias que traen el metal de la montaña



HAY en el Perú una extraña especie de ovejas, llamadas llamas por los indios. Empléanlas en Indias, además de comer su carne y hacer paño con su lana, en vez de caballos y mulas, pues ponen todo cuanto es menester transportar por tierra sobre esas bestias. Acarrean también la plata de las minas y van de Potosí a Arica, que se halla a setenta millas de distancia, y andan juntas y por pocas gentes rodeadas unas trescientas a cuatrocientas, y suelen recorrer unas cuatro millas diarias. Nada cuesta este animal a sus dueños, pues no han menester de monturas ni de bridas ni de ferraduras, ni comen más que hierba en el camino. Mas han de ir muy atentos quienes las acompañan a que no se enhaden, pues cuando una, sentida, se tumba, no hay manera de levantarla ni con golpes ni con palabras, y uno de los acompañantes debe más bien tumbarse a su lado y ansí quedarse a veces una o dos horas y acariciarla hasta que torne a levantarse y proseguir su camino. Cuando una huye corriendo en la montaña, como ha sucedido, tampoco hay manera de traerla. Y si quiérese conservar la carga que lleva en el lomo, hay que matar la bestia a tiros para que caiga de la montaña.

Lámina 8. De las ovejas indias que traen el metal de la montaña. (De Bry, vol. XI. Cfr. Acosta IV, 41).

tanta plata: tan grande es la seguridad con que se camina en el Pirú.

La carga que lleva de ordinario un carnero de éstos será de cuatro a[553] seis s, y siendo viaje largo no caminan sino dos o tres leguas, o cuatro a lo largo.[554] Tienen sus paradas sabidas los «carnereros»,[555] que[556] llaman (que son los que llevan estas recuas) donde hay pasto y agua: allí se descarga y arman sus toldos, y hacen fuego y comida; y no lo pasan mal, aunque es modo de caminar harto flemático. Cuando no es más de una jornada, bien lleva un carnero de éstos ocho arrobas y más, y anda con su carga jornada entera de ocho o diez leguas, como lo han usado soldados pobres que caminan por el Pirú.

Es todo este ganado amigo de temple frío, y por eso se da en la sierra, y muere en los llanos con el calor. Acaece estar todo cubierto de escarcha y hielo este ganado, y con[557] eso muy contento y sano. Los carneros rasos tienen un mirar muy donoso*, porque se paran en el camino y alzan el cuello, y miran una persona muy atentos: y estánse así tanto rato sin moverse, ni hacer semblante de miedo ni de contento, que pone gana de reír ver su serenidad. Aunque a veces se espanta súbito y corren con la carga hasta los más altos riscos, que acaece no pudiendo alcanzallos[558] —por que no se pierdan las barras que llevan— tiralles[559] con arcabuz y matallos.[560]

Los *pacos* a veces se enojan y aburren con la carga, y échanse con ella sin remedio de hacellos*[561] levantar, antes* se dejarán hacer mil piezas que moverse cuando les da este antojo. Por donde vino el refrán[562] que usan en el Pirú, de decir[563] uno que «se ha empacado», para significar que ha tomado tirria o porfía o des **(p. 296)** pecho: porque los pacos hacen este extremo, cuando se enojan. El remedio que tienen los indios entonces es parar, y sentarse junto al paco y hacelle* muchas caricias y regalarle**,** hasta que se desenoja y se alza: y acaece esperarle bien dos y[564] tres horas a que se desempaque y desenoje.

Dales un mal como sarna, que llaman *carache*, de que suele morir este ganado: el remedio que los antiguos usaban era enterrar viva la res que tenía carache, por que no se pegase a las demás, como mal que es muy pegajoso.

Un carnero o dos que tenga un indio, no lo tiene por pequeño caudal. Vale un carnero déstos de la tierra seis y siete pesos ensayados,[565] y más, según que son tiempos y lugares.

Capítulo 42
De las piedras bezaares

En todos los animales que hemos dicho ser propios del Pirú se halla la piedra bezaar, de la cual han escrito libros enteros autores de nuestro tiempo que podrá ver quien quisiere más cumplida noticia. Para el intento presente bastará decir que esta piedra, que llaman bezaar, se halla en el buche y vientre destos animales: unas veces una y otras dos, y tres y cuatro.

En la figura y grandeza y color tienen mucha diferencia, porque unas son pequeñas como avellanas y aún menores, otras como nueces, otras como huevos de paloma, algunas tan grandes como huevos de gallina, y algunas he vísto de la grandeza de una naranja. En la figura unas son redondas, otras ovadas, otras lenticulares, y así de diferentes formas. En la color hay negras y pardas, y blancas y berenjenadas*, y como doradas: no es regla cierta mirar la color ni tamaño para juzgar que sea más fina. Todas ellas se componen de diversas túnicas o láminas, una sobre otra.

En la provincia de Jauja y en otras del Pirú se hallan en diferentes **(p. 297)** animales, bravos y domésticos: como son guanacos y pacos, y vicuñas y tarugas; otros añaden otro género que dicen ser cabras silvestres, a las que llaman los indios[566] *cypris*. Esotros géneros de animales son muy conocidos en el Pirú, y se ha ya tratado dellos. Los *guanacos* y carneros de la tierra y *pacos* comúnmente tienen las piedras más pequeñas y negrillas, y no se estiman en tanto ni se tienen por tan aprobadas para medicina. De las vicuñas se sacan piedras bezaares mayores, y son

[553] «o» (prínc., O'G. y Alc.).
[554] = a lo más.
[555] «carneros» (Mat.).
[556] así.
[557] = a pesar de.
[558] «alcanzarlos» (1792, 1894, O'G. y Alc.).
[559] «tirarles» (1792, 1894, O'G. y Alc.).
[560] «matarlos» (1792, 1894, O'G. y Alc.).
[561] «hacerlos» (todos, menos Príncipe y Mat.).
[562] = dicho.
[563] de.
[564] «o» (O'G. y Alc.).

[565] = «Moneda imaginaria que se tomaba como unidad en las casas de moneda de América para apreciar las barras de plata, y que excedía el peso fuerte en el importe de los gastos de braceaje y señoriaje» *(DRAE).* Era la moneda que había pagado el quinto real, al ser acuñada, y cuyo valor era superior.
[566] de la India

pardas o blancas o berenjenadas, y se tienen por mejores. Las más excelentes se creen ser las de las tarugas, y algunas son de mucha grandeza: sus piedras son más comúnmente blancas y que tiran a pardas, y sus láminas o túnicas son más gruesas.

Hállase la piedra bezaar en machos y hembras igualmente: todos los animales que las tienen rumian, y ordinariamente pastan entre nieves y punas. Refieren los indios, de tradición y enseñanza de sus mayores y antiguos, que en la provincia de Jauja y en otras del Pirú hay muchas hierbas y animales ponzoñosos, los cuales emponzoñan el agua y pastos que beben y comen, y huellan.[567] Y entre estas hierbas hay una muy conocida por instinto natural de la vicuña, y esotros animales que crían la piedra bezaar, los cuales comen esta hierba y con ella se preservan de la ponzoña de las aguas y pastos: y de la dicha hierba crían en su buche la piedra, y de allí le proviene toda su virtud contra ponzoña, y esotras operaciones maravillosas.

Ésta es la opinión y tradición de los indios, según personas muy pláticas* en aquel reino del Pirú han averiguado. Lo cual viene mucho con la razón, y con lo que de las cabras monteses refiere Plinio:[568] que se apacientan de ponzoña, y no les empece*. Preguntados los indios que, pastando como pastan en las mismas punas carneros y ovejas de Castilla, y cabras y venados y vacas, ¿cómo no se halla en ellos la piedra bezaar?, responden que no **(p. 298)** creen ellos que los dichos animales de Castilla coman aquella hierba, y que en venados y gamos ellos han hallado también la piedra bezaar. Parece venir con esto lo que sabemos, que en la Nueva España se hallan piedras de bezaares donde no hay vicuñas ni pacos ni tarugas ni guanacos, sino solamente ciervos, y en algunos dellos se halla la dicha piedra.

El efecto principal de la piedra bezaar es contra venenos y enfermedades venenosas: y, aunque della hay diferentes opiniones y unos la tienen por cosa de aire,[569] otros hacen milagros della. Lo cierto es ser de mucha operación, aplicada en el tiempo y modo conveniente: como las demás hierbas y agentes naturales, pues no hay medicina natural tan eficaz que siempre sane. En el mal de «tabardete»[570] en España e Italia ha aprobado[571] admirablemente, en el Pirú no tanto. Para melancolía y mal de corazón, y para calenturas pestíferas y para otros diversos males se aplica, molida y echada en algún licor que sea a propósito del mal que se cura. Unos la toman en vino, otros en vinagre, en agua de azahar, de lengua de buey, de borrajas y de otras maneras: lo cual dirán los médicos, y boticarios. No tiene sabor alguno propio la piedra bezaar, como della también lo dijo Rasis, árabe. Hanse visto algunas experiencias notables, y no hay duda sino que el Autor de todo puso virtudes grandes en esta piedra.

El primer grado de estima tienen las piedras bezaares que se traen de la India oriental, que son de color de aceituna, el segundo las del Pirú, el tercero las de Nueva España. Después que se comenzaron a preciar[572] estas piedras, dicen que los indios han hecho algunas artificiales y adulteradas. Y muchos, cuando ven piedras de éstas de mayor grandeza que la ordinaria, creen que son falsas: y es engaño, porque las hay grandes y muy finas, y pequeñas y[573] contrahechas: la prueba y experiencia es el mejor maestro de conocellas*.

Una cosa es de admirar, que se fundan[574] estas piedras algunas ve **(p. 299)** ces en cosas muy extrañas, como en un herrezuelo[575] o alfiler o palillo, que se halló en lo íntimo de la piedra; y no por eso se arguye que es falsa, porque acaece tragar aquello el animal y cuajarse sobre ello la piedra: la cual se va criando poco a poco, una cáscara sobre otra, y así crece. Yo vi en el Pirú dos piedras fundadas sobre dos piñones de Castilla, y a todos los que las vimos nos causó admiración, porque en todo el Pirú no habíamos visto piñas ni piñones de Castilla, si no fuesen traídos de España: lo cual parece cosa muy extraordinaria.

Y esto poco baste cuanto a piedras bezaares. Otras piedras medicinales se traen de Indias, como de ijada* y de sangre, y de leche y de madre, y las que llaman «cornerinas» para el corazón, que por no pertenecer a la materia de animales que se ha tratado no hay obligación de decir dellas. Lo que está dicho sirva para entender cómo el universal Señor y Autor omnipotente a todas las partes del orbe que formó repartió sus dones y secretos y maravillas: por las cuales debe ser adorado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén.

Fin del Libro Cuarto

[567] «*Huella,* señal o vestigio que queda de alguna cosa en otra; *huello* = hablando de los caballos, acción de pisar» *(DRAE).*

[568] *Hist. Natur.* 10: 72 *(nota del autor).*

[569] = inventada y fingida.

[570] «taverdete» (O'G y Alc.), = tabardillo, tifus... //2 fam. Fiebre alta producida por una insolación» (DRAE)

[571] «probado» (Mat.) = resultado.

[572] = «apreciar» *(DRAE).*

[573] Sin «y» (O'G. y Alc.).

[574] = originan, cuajan, engrosan.

[575] «hierrezuelo» (1792 y Mat.).

Notas finales

[i] Con esta metáfora de minerales como plantas inferiores, y de plantas como animales inferiores, prepara el terreno el autor para imaginar mejor una continuidad natural entre los reinos de la naturaleza. Continuidad que queda disponible para proseguir la metáfora con el reino humano, y dentro del mismo, entre unos grupos y otros.

[ii] Repite en cierta forma el mismo argumento que en la dedicatoria y el Proemio, sobre los tipos de saberes posibles con la historia natural (teológico, filosófico o científico, y de mera curiosidad). Lo mismo también en cuanto a su propósito de escribir lo principal y seguro, no todo lo posible.

[iii] Obsérvese la manera anti-etnocéntrica como llama «idólatra» al cristiano, más que otros idólatras, por su codicia. Aunque eso mismo lo interpreta providencialmente, en beneficio evangélico.

[iv] Cabe ver en este «providencialismo» teocrático una ceguera desde la historia natural, sobrevalorando de modo teleológico las metas cristianas sobre otras consideraciones justas de derecho internacional, propias de la Escuela de Salamanca. Pero también hay en este teocratismo una crítica subyacente a una visión meramente comercial del descubrimiento, e incluso un planteamiento muy «salmantino» de acusación de tiranía a una monarquía que no subordinase sus «beneficios» a sus deberes con la Iglesia. Véase nota VIII.

[v] Filón de Alejandría: *De genesi mundi*, libro 5 *(nota del autor)*. Llamado «Filón el judío», es la figura judía más importante de la Escuela de Alejandría, dedicado al estudio de la relación de Dios con el hombre. Concebía a Dios como ser inefable, separado del mundo, que se comunica con el hombre por intermediarios y por el éxtasis. Muy influyente en el neoplatonismo y cristianismo, se editó en latín por primera vez en Basilea, 1554.

[vi] Reflexión de naturaleza moral y con sabor de crítica estoica de la codicia humana, pero también de pretensiones históricas parecidas a las que llevarán a A. Smith y la escuela escocesa a fundar los estudios «económicos», a partir de la Filosofía moral. De hecho, sus consideraciones sobre las costumbres económicas variadas (sobre el valor del dinero, por ejemplo, que trata en este cap. el autor) se alimentaba de estos informes sobre las Indias occidentales y orientales.

[vii] Imposible de saber esto, naturalmente; se trata más bien de transmitir un estado de opinión dominante en la sociedad española, que tal vez contiene también una apología de la habilidad indiana.

[viii] Obsérvese el paralelismo reiterado entre España y las Indias, como proveedoras de oro para el triunfo evangélico en «ultramar». Véase nota IV. Este paralelismo clasicista se emplea a lo largo de la obra de Acosta, unas veces para iluminar el sentido y destacar su novedad, otras para una apología nacional y providencial, y otras para advertir de la naturaleza estructural —no anecdótica— de fenómeno en cuestión (por ejemplo, sobre el carácter terrible y paradójico de la codicia humana). En este último sentido, preludian los debates de los economistas ilustrados (sobre el valor, el precio, el coste, etc., de los nuevos productos indianos).

[ix] De Panamá, donde se recogía la carga de la costa proveniente del Perú y en general de las zonas colonizadas del Pacífico americano, para unirse en la Habana con la de México y hacer juntas el viaje a España. Acosta parte de Veracruz para su regreso a España en el verano de 1587.

[x] Del mismo modo que se le llama *Huayna Picchu* a un cerro más pequeño situado al lado del famoso *Machu Picchu*.

[xi] Justamente la primera vez que Acosta conoce al virrey, en su primera visita al sur peruano de 1574. Sorprende la información oficial que obtiene el autor en cada ocasión que tiene, y la generosidad con que la ofrece, que indica por un lado su «formación» familiar en el tema de los asuntos contables, y por otro, su interpretación providencial de todo, como explica a continuación.

[xii] Importante consciencia de «perder el hilo», que aquí advierte explícitamente pero en otras partes no, especialmente en el libro V.

[xiii] Se conserva en Madrid una calle con su nombre (Jacometrezo), saliendo de la plaza del Callao.

[xiv] En El Escorial.

[xv] Fina ironía literaria, de sabor estoico y moral.

[xvi] Véase su sabiduría escriturística para interpretar la metáfora del número siete, usada para confrontar el antiguo y el nuevo saber minero.

[xvii] Obsérvese la finura «glosadora» de nuestro autor, que nos propone un principio económico mientras solamente parece citar al viejo Plinio: el del valor marginal de las cosas en relación con su aumento de cantidad, en un mercado de libre oferta y demanda. Un principio de la economía moderna emanado del saber moralista de la Escuela de Salamanca, como otros descubiertos por sus sucesores de Edimburgo (Smith, Fergusson…), también profesores de Filosofía moral, aunque pretendían lograr «una ciencia natural». Véase M. Grice-Hutchinson: *El Pensamiento económico en España (1177-1740)*. Barcelona, Crítica, 1982, o Ronald L. Meek: *Los orígenes de la ciencia social: el desarrollo de la teoría de los cuatro estadios.* Madrid, siglo XXI, 1981).

[xviii] Usa un estilo de sermón o reflexión moral comparativa, donde se llama «la otra» a un segundo ejemplo del mundo clásico, ajeno culturalmente y al mismo tiempo muy conocido. Volverá a repetirlo en este libro.

[xix] *Idem.*

[xx] Manera moralista de sacar partido de las experiencias ordinarias, adoptando incluso a veces un estilo sarcástico para mostrar la generalidad natural de las leyes del campo moral.

[xxi] Su clasificación botánica participa en parte de la medicina clásica (de los humores, y los alimentos convenientes a cada uno: frío/caliente, seco/húmedo), y en parte del saber popular, sobre los efectos observables en la salud. El autor da mucha importancia al carácter frío o cálido de los alimentos, tal vez por su afición a la mesa.

[xxii] Detalle de la curiosidad naturalista del autor, que da numerosas muestras en este libro.

[xxiii] Detalle de la curiosidad moral comparada del autor, que juega con sus conocimientos librescos y mundanos para describir mejor el contexto propio de la moral de los indios.

[xxiv] Notable apertura de criterio en un religioso.

[xxv] Hay sobradas muestras en estos capítulos del gusto de Acosta por la comida, de lo que sería acusado por sus enemigos, al fin de su vida.

[xxvi] *Idem.*

[xxvii] Obsérvese la apertura mental para considerar menos universal y común un rasgo cristiano y europeo, que no otro extraño.

[xxviii] Capacidad y perspicacia del autor en saber —por un sencillo método comparado— las distintas funciones de un alimento, según los pueblos y sus respectivos substitutos funcionales.

[xxix] Recuérdese que Acosta maneja la teoría griega de los humores, del cuerpo y de los alimentos, siendo éstos diferentes en sus efectos según sea húmedo o seco, cálido o frío.

[xxx] Sorprendentemente no vuelve a hablar de esta importante planta.

[xxxi] Con esta variedad ya ha reunido una buena cosecha de panes: de trigo, de maíz, de arroz, de papa y de plátano.

[xxxii] Tal vez 1587, puesto que da su toque final a la obra en 1588, en su viaje a Italia. Guatulco es el puerto en que Acosta desembarca viniendo de Perú a principios de julio del año 86, y permanece en México hasta el 18 de marzo del año 87.

[xxxiii] No puede quedar más clara la repugnancia del autor ante una bebida y comida famosa, ligada a los jesuitas.

[xxxiv] Pareciera aludir a la limitación de los incas con la coca como modelo más apropiado que el abuso actual de la coca, en beneficio de los propios cristianos. Interesante su cotejo en este punto con su enemigo personal, el clérigo Bartolomé Álvarez: *De las costumbres y conversión de los indios del Perú…* Madrid, Polifemo, 1998.

[xxxv] El autor opina de los sabores siempre que puede, y es frecuente. Al fin del cap. 24 y en el 25 explota la importancia del valor experimental para opinar en cuestión de sabores.

[xxxvi] Sabe incluso el precio final al que se vendieron. El autor toma nota de todo el cargamento del barco de regreso, como si fuera su contable.

[xxxvii] = «Y a mí mismo, de visita, me abrumaban». Parece clara la alusión contenida a una experiencia personal, tratada como impersonal. Tal vez a esta velada alusión —no comprendida— se deba el cambio que Alcina propone en el verbo «sabía» —un hecho— por «sabría» —una conjetura—.

xxxviii Interesante observación comparada del papel simbólico especial de algunos objetos en los cuadros. El autor combina aquí su observación etnográfica del tiempo presente con la etnohistórica de los códices y, como en el párrafo siguiente con la albahaca, compara también su experiencia europea con la indiana, para disertar *more antropológico* sobre la variabilidad cultural de la estética floral.

xxxix El médico Monardes publicó en Sevilla (donde tenía un jardín botánico) sus estudios de materia médica americana en tres partes. En 1569: *Dos libros, el uno que trata de todas las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven al uso de la medicina, y el otro que trata de la piedra bezaar, y de la yerva escuerçonera.* Sevilla: Hernando Díaz. El segundo en 1571: *Segunda parte de libro de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven al uso de la medicina; do se trata del tabaco, y de la sassafras, y del carlo sancto, y de otras muchas yervas y plantas, simientes, y licores que agora nuevamente han venido de aquellas partes, de grandes virtudes y maravillosos effectos.* Sevilla: Alonso Escribano. Finalmente en 1574 añadió una tercera, reeditando las otras dos: *Primera y segunda y tercera partes de la historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven en medicina […]Dialogo de las grandezas del hierro, y de sus virtudes medicinales; Tratado de la nieve, y del beuer frio*. Sevilla: Alonso Escribano.

xl Obsérvese el tono encomiástico que usa el autor en este y siguientes párrafos para describir y ofrecer una imagen apropiada -casi fantástica- del Nuevo Mundo, empleando adjetivos superlativos (cerradísimos, altísima, hermosísima…) o sin límite (infinitos, impenetrable, inmensidad, imposible, increíble, mil maneras, mil hombres…). Es probable que se deba en parte al énfasis reiterado en esta obra, muy estimada en la Ilustración, sobre la teoría del Nuevo Mundo como «tierra primitiva y post-diluviana» con que la retrata el naturalista Buffon, dando lugar a la «disputa del Nuevo Mundo». Véase Antonello Gerbi: *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900.* México, Fondo de Cultura Económica, 1960. O el propio Meek, Ronald L.: *op. cit.* [nota XVII]

xli El estilo de redacción se aproxima a lo fabuloso en todo este capítulo, en que incluye una alusión directa al relato novelado del hermano Lorenzo. Emplea mucho la fórmula «dicen que», con la frecuente palabra «fabuloso» o «increíble»..., y muchos adjetivos superlativos. A este fenómeno se refiere el crítico literario cubano José Juan Arrom para llamarle «la primera novela americana», que debate con el chileno José Anadón, por ello. Véase José J. Arrom: *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo, edición y prólogo* de... Lima, Ediciones Copé, 1982. José Anadon: *Historiografía literaria de América colonial.* Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1988 (caps. 1 y 2).

xlii Ojo a la taxonomía moral (que procede del parentesco humano o animal), como terminología naturalista de origen textual y moral.

xliii Existe en la Filología comparada un método de análisis parecido, llamado «de palabras y cosas», basado en la misma estrategia que usó el autor (suponer que la misma palabra en dos áreas implica el conocimiento del mismo objeto).

xliv Parece hablar de una escena vista personalmente, en una de las entrevistas sostenidas con el rey; lo mismo se diría de la escena siguiente, con el papa, a quien visitó en 1588 para solicitarle la aprobación de las actas del III Concilio de Lima. Claramente quiere ponderar la excelencia del arte plumario americano, que admiten las mayores autoridades europeas del momento, certificado por su testimonio personal.

xlv Nótese la alabanza cultural, no solamente natural.

xlvi Viejo elemento de la descripción animal, que dio lugar a figuraciones en Fernández de Oviedo, y en López de Gómara. Se trata naturalmente de los jabalíes americanos.

Historia Moral de las Indias

(p. 300)

PRÓLOGO[1/i] A LOS LIBROS SIGUIENTES

HABIENDO tratado lo que a la historia natural de Indias pertenece, en lo que resta se tratará de la historia moral:[2] esto es, de las costumbres y hechos de los indios. Porque, después del cielo y temple y sitio y calidades del Nuevo Orbe, y de los elementos y mixtos —quiero decir de sus metales y plantas y animales, de que en los cuatro libros precedentes se ha dicho lo que se ha ofrecido—, la razón dicta seguirse el tratar de los hombres que habitan el Nuevo Orbe.[ii]

Así que en los libros siguientes se dirá dellos lo que pareciere digno de relación. Y, porque el intento desta historia no es sólo dar noticia de lo que en Indias pasa sino enderezar[3] esa noticia al fructo[4] que se puede sacar del conocimiento de tales cosas —que es ayudar aquellas gentes para su salvación y glorificar al Creador y Redentor, que los sacó de las tinieblas escurísimas de su infidelidad y les comunicó la admirable lumbre de su evangelio—, por tanto, primero se dirá lo toca a su religión —o superstición—[iii] y ritos, e idolatría y sacrificios en este libro siguiente; y después,[5] de lo que toca a su policía y gobierno y leyes y costumbres y hechos.

Y, porque en la nación mexicana se ha conservado memoria de sus principios y sucesión y guerras y otras cosas dignas de referirse, fuera de lo común que se trata en el libro sexto se ha **(p. 301)** rá propia y especial relación en el libro séptimo hasta mostrar la disposición y prenuncios[6] que estas gentes tuvieron del nuevo reino de Cristo, nuestro Dios, que había de extenderse a aquellas tierras y sojuzgarlas a Sí,[7] como lo ha hecho en todo el resto del mundo. Que, cierto, es cosa digna de gran consideración ver en qué modo ordenó la Divina Providencia que la luz de su palabra hallase entrada en los últimos términos de la tierra.

No es de mi propósito escribir agora lo que los españoles hicieron en aquellas partes, que de eso hay hartos* libros escritos; ni tampoco lo que los[8] siervos del Señor han trabajado y fructificado, porque eso requiere otra nueva diligencia. Sólo me contentaré con poner esta historia o relación a las puertas del Evangelio, pues toda ella va encaminada a servir de noticia en lo natural y moral de Indias para que lo espiritual y cristiano se plante y acreciente: como está largamente explicado en los libros que escribimos *De procuranda Indorum salute*.[iv]

Si alguno se maravillare de algunos ritos y costumbres de los indios, y los despreciare por insipientes y necios o los detestare por inhumanos y diabólicos, mire que en los griegos y romanos —que mandaron el mundo— se hallan o los mismos u otros semejantes, y a veces peores. Como podrá entender fácilmente, no sólo de nuestros[9] autores Eusebio caesariense, Clemente alejandrino, Teodoreto cirense y otros; sino también de los mismos suyos,[v] como son Plinio, Dioniso Halicarnaso y Plutarco. Porque, siendo el maestro de toda infidelidad el príncipe de las tinieblas, no es cosa

[1] «del autor» (1792, 1894).
[2] «natural», por error (Príncipe, y repetida hasta 1792).
[3] = conducir.
[4] «fruto» (todos menos la Príncipe).
[5] Libro VI.
[6] = «Anuncio anticipado, presagio» *(DRAE).*
[7] «así como…» (O'G. y Alc.), con cambio del sentido original. Todos ponen la coma tras «sí» (Príncipe, 1792, 1894, y Mat.), aunque ninguno lo ponga en mayúscula como nosotros.
[8] Sin «los» (O'G. y Alc.).
[9] = cristianos.

nueva hallar en **(p. 302)** los infieles crueldades, inmundicias, disparates y locuras propias de tal enseñanza y escuela. Bien que en el valor y saber natural excedieron mucho los antiguos gentiles a éstos del Nuevo Orbe (aunque también se toparon en éstos cosas dignas de memoria), pero en fin lo más es como de gentes bárbaras que, fuera de la luz sobrenatural, les faltó también la filosofía y doctrina natural.[vi]

(p. 303)

LIBRO QUINTO DE LA HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS

Capítulo 1

Que la causa de la idolatría ha sido la soberbia y invidia del demonio[vii]

Es la soberbia del demonio tan grande y tan porfiada que siempre apetece y procura ser tenido y honrado por Dios; y en todo cuanto puede hurtar y apropiar a sí[1] lo que sólo al altísimo Dios es debido no cesa de hacerlo en las ciegas naciones del mundo, a quien no ha esclarecido aún la luz y resplandor del sancto Evangelio. De este tan soberbio tirano leemos en Job[2] que pone sus ojos en lo más alto, y que entre todos los hijos de soberbia él es el rey.

Sus dañados intentos y traición tan atrevida, con que pretendió igualar su trono con el de Dios, bien claro nos lo refieren las Divinas Escrituras, diciéndole en Isaías:[3] «Decías entre tí mismo: "subiré hasta el cielo, pondré mi silla sobre todas las estrellas de Dios, sentarme he en la cumbre del Testamento, en las faldas de Aquilón; pasaré la alteza de las nubes, seré semejante al Altísimo"». Y en Ezequiel[4]: «Elevóse tu corazón y dijiste: "Dios soy yo, y en silla de Dios me he sentado en medio del mar"».

Este tan malvado apetito de hacerse Dios todavía le du **(p. 304)** ra a Satanás; y, aunque el castigo justo y severo del muy Alto le quitó toda la pompa y lozanía por donde[5] se engrió tanto, tratándole como merecía[6] su descortesía y locura —como en los mismos profetas largamente se prosigue—, pero no por eso aflojó un punto su perversa intención; la cual muestra por todas las vías que puede, como perro rabioso mordiendo la misma espada con que le hieren.[7] Porque la soberbia (como está escrito) de los que aborrecen a Dios porfía siempre. De aquí procede el perpetuo y extraño cuidado que este enemigo de Dios ha siempre tenido de hacerse adorar de los hombres, inventando tantos géneros de idolatrías con que tantos tiempos tuvo subjeta la mayor parte del mundo que apenas le quedó a Dios un rincón de su pueblo Israel.[8]

Y con la misma tiranía —después que el fuerte del Evangelio le venció y desarmó, y entró por la fuerza de la cruz[9] las más importantes y poderosas plazas de su reino—[10] acometió las gentes más remotas y bárbaras, procurando conservar entre ellas la falsa y mentida divinidad que el hijo

[1] = apropiarse.

[2] *Job* 41 *(nota del autor)*, 26 (25, O'G.): «Todo lo ve desde arriba, es el rey de todos los [animales] feroces» (N-C).

[3] *Isaías* 14 *(nota del autor)*, 13-14: «Tú que decías en tu corazón: Subiré a los cielos; en lo alto, sobre las estrellas de Dios, elevaré mi trono; me instalaré en el monte santo, en las profundidades del Aquilón/ subiré sobre la cumbre de las nubes y seré igual al Altísimo» (N-C).

[4] *Ezequiel* 28 *(nota del autor)*, 2: «Por cuanto se enalteció su corazón, y dijiste: yo soy Dios, en la silla de Dios estoy sentado en medio de los mares» (O'G.).

[5] = De la que.

[6] «merecería» (O'G. y Alc.).

[7] *Salmos* 73 *(nota del autor)*, 6 (no 23, *apud* O'G. y Mat., que anteceden la cita para una frase anterior de Acosta, que nada tiene que ver): «Por eso la soberbia los ciñe como collar, y los cubre la violencia como vestido» (N-C).

[8] *San Mateo* 12 *(nota del autor)*, 29: «Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa del fuerte, y saquear sus alhajas, si primero no prendiere al fuerte?, y entonces saqueará su casa». (O'G.) Posponemos la cita una frase más tarde, respecto a O'G. y Mat., para que tenga sentido. Mat. no indica por ello el versículo.

[9] en.

[10] = europeo.

de Dios le había quitado en su Iglesia, encerrándole como a fiera en jaula para que fuese para escarnio suyo y regocijo de sus siervos, como lo significa por Job.[11] Mas en fin, ya que la idolatría fué extirpada de la mejor y más noble parte del mundo, retiróse a lo más apartado: y reinó en estotra[viii] parte del mundo que, aunque en nobleza muy inferior, en grandeza y anchura no lo es.

Las causas por que el demonio tanto ha esforzado[12] la idolatría en toda infidelidad que apenas se hallan gentes que no sean idólatras, y los motivos para esto principalmente son dos. Uno es el que está tocado, de su increíble soberbia: la cual quien quisiere bien ponderar considere que al mismo Hijo de Dios y Dios verdadero acometió, con decirle tan desvergonzadamente[13] que se postrase ante él y le adorase; y esto le dijo, aunque no sabiendo de cierto que era el mismo Dios, pe **(p. 305)** ro teniendo por lo menos grandes barruntos de que fuese Hijo de Dios. ¿A quién no asombrará tan extraño acometimiento,[14] una tan excesiva y tan cruel soberbia? ¿Qué mucho que se haga adorar, de gentes ignorantes por Dios, el que al mismo Dios acometió con[15] hacérsele Dios, siendo una tan sucia y abominable criatura?

Otra causa y motivo de idolatría es el odio mortal y enemistad que tiene con los hombres. Porque —como dice el Salvador—[16] «desde el principio fué homicida», y eso tiene por condición y propiedad inseparable de su maldad. Y porque sabe que el mayor daño del hombre es adorar por Dios a la criatura, por eso no cesa de inventar modos de idolatría con que destruir los hombres, y hacerlos enemigos de Dios.

Y son dos los males que hace el demonio al idólatra. Uno, que niega a su Dios, según aquello:[17] «al Dios que te creó desamparaste». Otro, que se subjeta a cosa más baja que él, porque todas las criaturas son inferiores a la racional; y el demonio, aunque en la naturaleza es superior al hombre, pero en el estado es muy inferior, pues el hombre en esta vida es capaz de la vida divina y eterna. Y así, por todas partes, con la idolatría Dios es deshonrado y el hombre destruido; y por ambas vías el demonio soberbio y envidioso, muy contento.

[11] J*ob* 40 *(nota del autor).* O'G. no halla el versículo de la cita, ni yo tampoco.

[12] = impulsado. «Asegurarse y confirmarse en una opinión» (*DRAE,* 5, anticuado).

[13] *San Mateo* 4 *(nota del autor)*, 9: «Y le dice: todo esto te daré si postrado me adoras» (O'G.) (Mateos cambia «con decirle tan desvergonzadamente» por «la misma espada con que le hiere»).

[14] Cierra interrogación (Príncipe y Mat.).

[15] querer, pretender.

[16] *San Juan* 8 *(nota del autor)*, 44: «él, homicida ha sido desde el principio; y no permaneció en verdad porque no hay verdad en él». (O'G.).

[17] *Deuteronomio* 32 *(nota del autor)*, 15: «Y dejó al Dios que le hizo, y menospreció la roca de su salud» (O'G.).

Capítulo 2

De los géneros de idolatrías que han usado los indios

La idolatría, dice el Sabio[18] —y por él el Espíritu Santo— que es causa y principio y fin de todos los males: y por eso, el enemigo de los hombres ha multiplicado tantos géneros y suertes de idolatría que pensar de contarlos por menudo es cosa infinita. Pero, reduciendo la idolatría a cabezas[19] hay dos linajes della: una es cerca[20] de **(p. 306)** cosas naturales; otra cerca de cosas imaginadas[21] o fabricadas por invención humana.

La primera déstas se parte en dos: porque o la cosa que se adora es general como sol,[ix] luna, fuego, tierra, elementos; o es particular como tal río, fuente o árbol o monte, y cuando[22] no por su especie sino en particular son adoradas estas cosas: y este género de idolatría se usó en el Pirú en gran exceso, y se llama propiamente *guaca*.[x]

El segundo género de idolatría, que pertenece a invención o ficción humana, tiene también otras dos diferencias: una, de lo que consiste en pura arte e invención humana como es adorar ídolos o estatua de palo, o de piedra o de oro; como de Mercurio o Palas que, fuera de aquella pintura o escultura, ni es nada ni fué nada. Otra diferencia[23] es de lo que realmente fué y es algo, pero no lo que finge el idólatra que lo adora: como los muertos o cosas suyas que, por vanidad y lisonja, adoran los hombres.

De suerte que, por todas, contamos cuatro maneras de idolatría que usan los infieles, y de todas converná[24] decir algo.

[18] *Libro de la Sabiduría* 14 *(nota del autor)*, 12: «El principio de la fornicación fue la reputación de los ídolos; y esta invención es total corrupción de la vida» (O'G.).

[19] = tipos originarios.

[20] = «acerca» (*DRAE,* 2: 4), que se trata.

[21] «imaginables» (Mat.).

[22] = siempre que.

[23] = Otro tipo diferente, dentro de lo imaginario.

[24] «convendrá» (1792, 1894, O'G. y Alc.).

Capítulo 3
Que en los indios hay algún conocimiento de Dios

Primeramente, aunque las tinieblas de la infidelidad tienen escurecido[25] el entendimiento de aquellas naciones, pero en muchas cosas no deja la luz de la verdad y razón algún tanto de obrar en ellos; y así comúnmente sienten y confiesan un supremo señor y hacedor de todo, al cual los de Pirú llamaban *Viracocha*; y le ponían nombre de gran excelencia como *Pachacamac* o *Pachayachachic* —que es «creador del cielo y tierra»— y *Usapu* —que es «admirable»— y otros semejantes.

A éste hacían adoración —y era el principal que veneraban— mi **(p. 307)** rando al cielo. Y lo mismo se halla en su modo en los de México, y hoy día en los chinos[xi] y en otros infieles. Que es muy semejante a lo que refiere el libro de los *Actos de los Apóstoles*[26] haber hallado San Pablo en Atenas, donde vió un altar intitulado *Ignoto Deo*[xii] —al «Dios no conocido»—, de donde tomó el apóstol ocasión de su predicación diciéndoles: «al que vosotros veneráis sin conocerle, ése es el que yo os predico». Y así, al mismo modo, los que hoy día predican el Evangelio a los indios no hallan mucha dificultad en persuadirles que hay un supremo Dios y Señor de todo, y que éste es el Dios de los cristianos, y el verdadero Dios.

Aunque es cosa que mucho me ha maravillado que, con[27] tener esta noticia que digo, no tuviesen vocablo proprio[28] para nombrar a Dios. Porque, si queremos en lengua de indios hallar vocablo que responda[29] a este Dios —como en latín responde *Deus* y en griego *Theos* y en hebreo *El* y en[30] arábigo *Alá—,* no se halla en lengua del Cuzco ni en lengua de México: por donde los que predican o escriben para indios usan el mismo nuestro español, *Dios*, acomodándose en la pronunciación y declaración a la propriedad de las lenguas índicas, que son muy diversas. De donde se ve cuán corta y flaca noticia tenían de Dios, pues aun nombrarle no saben sino por nuestro vocablo.

Pero en efecto no dejaban de tener alguna,[31] tal cual,[32] y así le hicieron un templo riquísimo en el Pirú que llamaban el *Pachacamac*[33] que era el principal santuario de aquel reino. Y, como está dicho, es lo mismo *Pachacamac* que el Creador, aunque también en este templo ejercitaban sus idolatrías adorando al demonio y figuras suyas. Y también hacían al *Viracocha* sacrificios y ofrendas, y tenía el supremo lugar entre los adoratorios que los reyes *ingas* tuvieron.

Y el llamar a los españoles *viracochas* fué de aquí,[34] por tenerlos en opinión de hijos del cielo y como divinos, al modo que los otros atribuye **(p. 308)** ron deidad a Paulo y a Bernabé, llamando al uno Júpiter y al otro Mercurio,[xiii] e intentando de ofrecerles sacrificio como a dioses. Y, al mismo tono,[35] los otros bárbaros de Melite —que es Malta— viendo que la víbora no hacía mal al Apóstol le llamaban *dios*.[36]

Pues, como sea verdad tan conforme a toda buena razón haber un soberano señor y Rey del cielo —lo cual los gentiles con todas sus idolatrías e infidelidad no negaron —como parece así en la filosofía del *Timeo* de Platón y de la *Metafísica* de Aristóteles y *Asclepio* de Trismegisto,[37] como también en las *Poesías* de Homero y de Virgilio—, de aquí es que en asentar y persuadir esta verdad de un Supremo Dios no padecen mucha dificultad los predicadores evangélicos, por bárbaras y bestiales que sean las naciones a quienes predican, pero esles[38] dificultosísimo de[39] desarraigar de sus entendimientos que ninguno otro dios hay ni otra deidad hay sino uno, y que todo lo demás no tiene proprio poder ni proprio ser ni propria operación, más de lo que les da y comunica aquel supremo y solo Dios y Señor. Y esto es sumamente necesario persuadilles[40] por todas vías, reprobando sus errores en universal[41] de adorar más de un

[25] = «obscurecido» (1792, 1894).
[26] *Actos* 17 *(nota del autor)*, 23: «porque pasando, y morando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: «Al Dios no conocido». Aquel, pues, que vosotros honráis sin conocerle, a éste os anuncio» (O'G.).
[27] = a pesar de.
[28] = «propio» (1792, 1894 y Mat.).
[29] «responde» (O'G. y Alc.).
[30] «al» (O´G. y Alc.).
[31] noticia.
[32] = cualquiera que fuese.
[33] «Pachamac» (todos, menos Alc. y Mat.).
[34] = por esto.
[35] = tenor, estilo.
[36] *Actos* 14,12 (11 = Mat.) y 28,3 y 6 (sin 6 = Mat., y 18 = Príncipe) *(nota del autor):* «y a Barnabás llamabas Júpiter; y a Pablo, Mercurio, porque éste era el que hablaba»; «Entonces, habiendo Pablo allegado unos sarmientos, y puéstolos en el fuego, una víbora huyendo del calor, le acometió a la mano. Empero ellos estaban esperando cuando se había de hinchar, o de caer muerto de repente: mas habiendo esperado mucho, y viendo que ningún mal le venía, mudados, decían que era Dios» (O'G.).
[37] Platón en *Timeo*; Aristóteles, *Metafísica*, cap. último, 12; Trismegisto en *Pimandro* y en *Asclepio (nota del autor)*.
[38] «les es» (1792, 1894 y Mat.).
[39] sin «de» (Mat.).
[40] «persuadirles» (1792, 1894).
[41] = general.

Dios. Y mucho más en particular, de tener por dioses y atribuir deidad y pedir favor a otras cosas que no son dioses ni pueden nada más de lo que el verdadero Dios, señor y hacedor suyo, les concede.

Capítulo 4
Del primer género de idolatría, de cosas naturales y universales

Después del *Viracocha* o supremo Dios fué —y es en los infieles el que más comúnmente veneran y adoran— el sol, y tras él esas otras cosas que en la na **(p. 309)** turaleza celeste o elemental se señalan: como luna, lucero, mar, tierra.

Los *ingas*, señores del Perú, después del Viracocha y del sol la tercera *guaca* o adoratorio y de más veneración ponían al trueno, al cual llamaban por tres nombres —*Chuquiílla, Catuílla,* e *Intiillapa*— fingiendo que es un hombre que está en el cielo con una honda y una porra, y que está en su mano el llover y granizar y tronar, y todo lo demás que pertenece a la región del aire donde se hacen los nublados. Ésta era *guaca* (que así llaman a sus adoratorios)[xiv] general a todos los indios del Perú, y ofrecíanle diversos sacrificios. Y en el Cuzco —que era la corte y metrópoli— se le sacrificaban también niños, como al sol.

A estos tres que he dicho —*Viracocha*, Sol y Trueno—[42] adoraban en forma diversa de todos los demás, como escribe Polo haberlo él averiguado: que era poniendo una como manopla o guante en las manos, cuando las alzaban para adorarles.[xv]

También adoraban a la Tierra[43] —que llamaban *Pachamama*— al modo que los antiguos celebraban la diosa *Tellus*, y al mar —que llamaban *Mamacocha*— como los antiguos a la *Thetis* o al *Neptuno*. También adoraban el arco del cielo, y era armas o insignias del *Inga*, con dos culebras a los lados a la larga.[xvi] Entre las estrellas comúnmente todos adoraban a la que ellos llaman *collca*, que llamamos nosotros «las Cabrillas».

Atribuían a diversas estrellas diversos oficios y adorábanlas los que tenían necesidad de su favor: como los ovejeros hacían veneración y sacrificio a una estrella que ellos llamaban *Urcuchillay*, que dicen es un carnero de muchos colores, el cual entiende[44] en la conservación del ganado y se entiende ser la que los astrólogos llaman Lira. Y los mismos adoran otras dos que andan cerca della, que llaman *Catuchillay* [y] *Urcuchillay*, que fin **(p. 310)** gen ser una oveja con un cordero. Otros adoraban una estrella que llaman *Machacuay*, a cuyo cargo están las serpientes y culebras, para que no les hagan mal; como a cargo de otra estrella que llamaban *Chuquichinchay* —que es tigre— están los tigres, osos y leones. Y, generalmente, de todos los animales y aves que hay en la tierra creyeron que hubiese un semejante en el cielo, a cuyo cargo estaba su procreación y augmento:[45] y así, tenían cuenta con diversas estrellas, como la que llaman *Chacana,* y *Topatorca* y *Mamana* y *Mirco* y *Miquiquiray,* y así otras. Que en alguna manera parece que tiraban al dogma de las ideas de Platón[xvii].

Los mexicanos, casi por la misma forma, después del supremo Dios adoraban al sol. Y así a Hernando Cortés, como él refiere en una carta al emperador Carlos Quinto, le llamaban «hijo del[46] Sol» por la presteza y vigor con que rodeaba la tierra. Pero la mayor adoración daban al ídolo llamado *Vitzilipuztli*,[47] al cual toda aquella nación llamaba «el todopoderoso[48] y señor de lo creado», y como a tal los mexicanos hicieron el más sumptuoso templo y de mayor altura, y más hermoso y galán edificio: cuyo sitio y fortaleza se puede[49] conjeturar por las ruinas que de él han quedado en medio de la ciudad de México.[xviii] Pero, en esta parte, la idolatría de los mexicanos fué más errada y perniciosa que la de los ingas, como adelante se verá mejor: porque la mayor parte de su adoración e idolatría se ocupaba en ídolos, y no en las mismas cosas naturales, aunque a los ídolos se atribuían estos efectos naturales como del llover y del ganado, de la guerra, de la generación [...]

Como los griegos y latinos pusieron también ídolos de Febo y de Mercurio, y de Júpiter y de Minerva y de Marte, etc. Finalmente, quien con atención lo mirare hallará que el modo que el demonio ha **(p. 311)** tenido de engañar a los indios es el mismo con que engañó a los griegos y romanos, y otros gentiles antiguos: haciéndoles entender que estas criaturas insignes —sol, luna, estrellas, elementos— tenían proprio poder y autoridad para hacer bien o mal a los hombres. Y, habiéndolas Dios creado para servicio del hombre,

42 Sin mayúsculas (Mat.).
43 *Idem.*

44 = se ocupa.
45 = «aumento» (todos, menos la Príncipe).
46 «de el» (Príncipe).
47 «Vitilipuztli» (Mat.), hoy conocido como Huitzilipozchtli.
48 Mayúsc. (O'G. y Alc.).
49 «pueden» (Mat.).

él se supo tan mal regir y gobernar que por una parte se quiso alzar con ser Dios, y por otra dió en reconocer y subjetarse a las criaturas inferiores a él adorando e invocando estas obras y dejando de adorar e invocar al Creador. Como lo pondera bien el Sabio por estas palabras:[50]

> Vanos y errados son todos los hombres en quien no se halla el conocimiento de Dios. Pues de las mismas cosas que tienen buen parecer no acabaron de entender al que verdaderamente tiene ser. Y con mirar sus obras, no atinaron al Autor y artífice,[51] sino que el fuego o el viento, o el aire presuroso o el cerco de las estrellas o las muchas aguas, o el sol o la luna creyeron que eran dioses y gobernadores del mundo. Mas, si enamorados de la hermosura de las tales cosas les pareció tenerlas por dioses, razón es que miren cuánto es más hermoso que ellas el hacedor[52] de ellas, pues el dador de hermosura es el que hizo todas aquestas cosas. Y, si les admiró la fuerza y maravilloso obrar de estas cosas, por ellas mismas acaben de entender cuánto será más poderoso que todas ellas el que les dió el ser que tienen. Porque por la propia grandeza y hermosura que tienen las criaturas se puede[53] bien conjeturar qué tal sea el Creador de todas.

Hasta aquí son palabras del Libro de la Sabiduría, de las cuales se pueden tomar argumentos muy maravillosos y eficaces para convencer el grande engaño de los idólatras infieles, que quieren más **(p. 312)** servir y reverenciar a la criatura que al Creador, como justísimamente les arguye el Apóstol.[54]

Mas porque esto no es del presente intento y está hecho bastantemente en los sermones que se escribieron contra los errores de los indios,[xix] baste por agora decir que tenían un mismo modo de hacer adoración al sumo Dios y a estos vanos y mentirosos dioses. Porque el modo de hacerle oración al *Viracocha* y al sol, y a las estrellas y a las demás *guacas* o ídolos, era abrir las manos y hacer cierto sonido con los labios como quien besa, y pedir lo que cada uno quería, y ofrecerle sacrificio.[xx] Aunque en las palabras había diferencia cuando hablaban con el gran *Ticci Viracocha*,[55] al cual atribuían principalmente el poder y mando de todo, y a los otros como dioses o señores particulares cada uno en su casa, y que eran intercesores para con el gran *Ticci Viracocha*.

Este modo de adorar —abriendo las manos y como besando— en alguna manera es semejante al que el sancto Job abomina como proprio de idólatras, diciendo:[56] «Si besé mis manos con mi boca mirando al sol cuando resplandece, o a la luna cuando está clara, lo cual es muy grande maldad y negar al altísimo Dios».

Capítulo 5

De la idolatría que usaron los indios con cosas particulares

No se contentó el demonio con hacer[57] a los ciegos indios que adorasen al sol y la luna y estrellas, y tierra y mar y cosas generales de naturaleza; pero pasó adelante a dalles[58] por dioses y sujetallos[59] a cosas menudas, y muchas de ellas muy soeces.

No se espantará desta ceguera en bárbaros quien trajere a la memoria [lo] que de los sa **(p. 313)** bios y filósofos dice el Apóstol:[60] que, «habiendo conocido a Dios, no le glorificaron ni dieron gracias como a su Dios sino que se envanecieron en su pensamiento y se escureció[61] su corazón necio; y vinieron a trocar la gloria y deidad del eterno Dios por semejanzas y figuras de cosas caducas y corruptibles como de hombres, de aves, de bestias, de serpientes». Bien sabida cosa es el perro Osiris que adoraban los egipcios, y la vaca Isis y el carnero Amón; y en Roma la diosa Februa de las calenturas, y el Anser de Tarpeya; y en Atenas la sabia,[62] el cuervo y el gallo. Y de semejantes bajezas y burlerías están llenas las memorias de la gentilidad, viniendo en tan gran

[50] *Libro de la Sabiduría* 12, 1, etc. (13) *(Príncipe, 13)*.
[51] Con mayúsc. (O'G. y Alc.).
[52] Mayúsc. (O'G., Alc. y Mat.).
[53] «pueden» (O'G. y Alc.).
[54] San Pablo: *Epístola a los romanos* 1 *(nota del autor)*, 25: «que mudaron la verdad de Dios en mentira, honrando y sirviendo a las criaturas antes que al Criador, el cual es bendito por siglos. Amén» (O'G.).
[55] Alc. se salta este párrafo hasta el final (Ticci Viracocha), por *homoteleuton*.
[56] *Job* 31 *(nota del autor)*, 26-28: «Al ver el sol brillante y la luna que avanzaba esplendorosa / ¿mi corazón fue seducido en secreto?, ¿les mandé un beso con mi mano? / También esto hubiera sido un crimen capital porque habría renegado del Dios supremo». (Ed. E. Martín Nieto, 14 ed., p. 706).
[57] = obligar.
[58] «darles» (1792, 1894 y Mat.).
[59] «sujetarlos» (1792, 1894, O'G. y Alc.).
[60] S. Pablo, *Romanos* 1 *(nota del autor)*, 21-23: «Hasta el punto que no tienen excusa porque, conociendo a Dios, no lo glorificaron ni le dieron gracias; por el contrario, su mente se dedicó a razonamientos vanos y su insensato corazón se llenó de oscuridad. / Alardeando de sabios, se hicieron necios; / y cambiaron la gloria del Dios inmortal por la imagen del hombre mortal, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles» (E. Martín Nieto).
[61] «obscureció» (1792), «oscureció» (1894, O'G. y Alc.).
[62] = esfinge.

oprobio[63] los hombres por no haber querido subjetarse a la ley de su verdadero Dios y Creador, como San Atanasio doctamente lo trata escribiendo contra los idólatras.[xxi]

Mas en los indios, especialmente del Perú, es cosa que saca de juicio la rotura[64] y perdición que hubo en esto; porque adoran los ríos, las fuentes, las quebradas, las peñas o piedras grandes, los cerros, las cumbres de los montes —que ellos llaman *apachitas*—,[xxii] y lo tienen por cosa de gran devoción. Finalmente, cualquiera cosa de naturaleza que les parezca notable y diferente de las demás la adoran, como reconociendo allí alguna particular deidad.

En Cajamalca,[xxiii] de la[65] Nasca, me mostraban un cerro grande de arena que fué principal adoratorio o *guaca* de los antiguos. Pregunta[n]do yo qué divinidad hallaban allí, me respondieron que aquella maravilla de ser un cerro altísimo de arena en medio de otros muchos, todos de peña. Y a la verdad era cosa maravillosa pensar cómo se puso tan gran pico de arena en medio de montes espesísimos de piedra. Para fundir una campana grande tuvimos en la Ciudad de Los Reyes necesidad de leña recia y mucha, y cortóse un arbolazo disforme que por su antigüedad y grandeza había sido largos años adoratorio y *guaca* de **(p. 314)** los indios. A este tono,[66] cualquier cosa que tenga extrañeza entre las de su género les parecía que tenía divinidad, y hasta[67] hacer esto con pedrezuelas y metales, y aún raíces y fructos[68] de la tierra; como en las raíces que llaman *papas* hay unas extrañas a quien ellos ponen nombre *llallahuas*, y las besan y las adoran.

Adoran también osos, leones, tigres y culebras por que no les hagan mal. Y, como son tales sus dioses, así son donosas* las cosas que les ofrecen cuando los adoran: usan cuando van[69] camino echar en los mismos caminos o encrucijadas, en los cerros y principalmente en las cumbres —que llaman *apachitas*— calzados viejos y plumas, *coca* mascada —que es una hierba que mucho usan—[xxiv] y, cuando no pueden más, siquiera una piedra. Y todo esto es como ofrenda para que les dejen pasar y les den fuerzas: y dicen que las cobran con esto, como se refiere en un Concilio Provincial del Perú.[70] Y así se hallan en esos caminos muy grandes rimeros de estas piedras ofrecidas, y de otras inmundicias dichas.

Semejante disparate al que usaban los antiguos, de quien se dice en los *Proverbios:*[71] «Como quien ofrece piedras al montón de Mercurio, así el que honra a necios». Que es decir que no se saca más fructo* ni utilidad de lo segundo que de lo primero; porque ni el Mercurio de piedra siente la ofrenda ni el necio sabe agradecer la honra que le hacen. Otra ofrenda no menos donosa* usan, que es tirarse [de] las pestañas o cejas y ofrecerlas al sol o a los cerros y *apachitas*, a los vientos o a las cosas que temen.

Tanta es la desventura en que han vivido y hoy día viven muchos indios que como a muchachos les hace el demonio entender cuanto se le antoja, por grandes disparates que sean, como de los gentiles hace semejante comparación San Crisóstomo en una Homilía.[72] Mas los siervos de Dios que atienden a su enseñanza y salvación no deben despreciar estas ni **(p. 315)** ñerías, pues son tales que bastan a enlazallos[73] en su eterna perdición, mas con buenas y fáciles razones desengañarlos de tan grandes ignorancias. Porque cierto es cosa de ponderar cuán subjetos están a quien los pone en razón.

No hay cosa entre las criaturas corporales más ilustre que el sol, y es a quien los gentiles todos comúnmente adoran: pues, con una buena razón, me contaba un capitán discreto y buen cristiano que había persuadido a los indios que el sol no era dios, sino sólo criado[74] de Dios. Y fué así: pidió al cacique y señor principal que le diese un indio ligero para enviar una carta. Diósele tal, y preguntóle el capitán al cacique: «Dime, ¿quién es el señor y el principal; aquel indio que lleva la carta tan ligero, o tú que se la mandas llevar?» Respondió el cacique: «Yo, sin ninguna dubda, porque aquél no hace más de lo que yo le mando». «Pues eso mismo —replicó el capitán— pasa entre ese sol que vemos y el Creador de todo. Porque el sol no es más que un criado de aquel altísimo Señor, que por su mandado anda con tanta ligereza sin cansarse, llevando lumbre a todas las gentes. Y así veréis cómo es sin razón y engaño dar al sol la honra que se le debe a su Creador y señor de todo». Cuadróles mucho la razón del capitán a todos, y dijo el cacique y los indios que estaban con él que era gran verdad, y que se habían holgado mucho de entenderla.

Refiérese de uno de los reyes ingas, hombre de muy delicado ingenio, que —viendo cómo todos sus antepasados adoraban al sol— dijo que no le parecía a él que el sol era Dios, ni lo podía ser. Porque Dios es gran señor y con

63 = humillándose tanto.

64 = «Relajación, corrupción, desarreglo» (*DRAE,* antigua, figurado).

65 región de.

66 = «A este tenor» (DRAE, loc. Adv.).

67 = incluso les parecía.

68 «frutas» (Mat.).

69 de.

70 *Conc. Limense* 2, p. 2, c. *(nota del autor).*

71 26*(nota del autor)*, 8: «Como el que mete la piedra en la honda es el que da honor al necio» (E. Martín Nieto, 896), que creemos traducción alterada de la Vulgata («Sicut qui mitit lapidem in acervum Mercurii»).

72 *Suplemento 1 Ad Corintios, Homilia 4 (nota del autor).*

73 «enlazarlos» (1792, 1894, O'G. y Alc.).

74 «creado» (O'G. y Alc.). En este caso se refiere a un servidor (criado doméstico), no a una criatura creada.

gran sosiego y señorío hace sus cosas, y que el sol nunca para de andar; y que cosa tan inquieta no le parecía ser Dios. Dijo bien. **(p. 316)** Y, si con razones suaves y que se dejen percibir les declaran a los indios sus engaños y cegueras, admirablemente se convencen y rinden a la verdad.

Capítulo 6

De otro género de idolatría, con los defuntos[75]

Otro género de idolatría, muy diverso de los referidos, es el que los gentiles han usado por ocasión de sus defuntos* a quien[76] querían bien y estimaban. Y, aun[77] parece que el Sabio da a entender que el principio de la idolatría fué esto, diciendo así:[78]

> El principio de[79] fornicación fué[80] la reputación de los ídolos, y esta invención es total corrupción de la vida: porque al principio del mundo no hubo ídolos, ni al fin los habrá para siempre jamás. Mas la vanidad y ociosidad de los hombres trajo al mundo esta invención, y aún por eso acabaron sus vidas tan presto. Porque sucedió que, sintiendo el padre amargamente[81] la muerte del hijo malogrado[82] hizo para su consuelo un retrato del defunto, y comenzó a honrar y adorar como a Dios al que poco antes como hombre mortal acabó sus días; y para este fin ordenó entre sus criados que, en memoria suya, se hiciesen devociones y sacrificios. Después, pasando días y tomando autoridad esta maldita costumbre, quedó este yerro canonizado por ley; y así, por mandado de los tiranos y reyes, eran adorados los retratos e ídolos. De aquí vino que con los ausentes se[83] comenzó a hacer lo mismo, y a los que no podían adorar en presencia por estar lejos, trayendo los retratos de los reyes que querían honrar por este modo los adoraban, supliendo con su invención y traza la ausencia de los que querían adorar. Acrecentó esta invención de idolatría la curiosidad[84] de excelentes artífices, que con su arte hicieron estas imágines[85] y estatuas tan elegantes que[86] los **(p. 317)** que no sabían lo que era les provocaban a adorarlas. Porque con el primor de su arte, pretendiendo contentar al que les daba[87] su obra, sacaban retratos y pinturas mucho más excelentes. Y el vulgo de la gente, llevado de la apariencia y gracia de la obra, al otro que poco antes había sido honrado como hombre vino ya a tenerle y estimarle por su Dios. Y este fué el engaño miserable de los hombres que, acomodándose ora a su afecto y sentimiento ora a la lisonja de los reyes, el nombre incomunicable de Dios le vinieron a poner en las piedras, adorándolas por dioses.

Todo esto es del Libro de la Sabiduría, que es lugar digno de ser notado; y a la letra hallarán los que fueren curiosos desenvolvedores de antigüedad que el origen de la idolatría fueron estos retratos y estatuas de los defuntos.*[/xxv] Digo de la idolatría, que propiamente es adorar ídolos e imágines; porque esa otra de adorar criaturas como al sol y a la milicia del cielo, de que se hace mención en los Profetas,[88] no es cierto que fuese[89] después, aunque el hacer estatuas e ídolos en honra del sol y de la luna y de la tierra, sin dubda lo fué.

Viniendo a nuestros indios,[xxvi] por los mismos pasos que pinta la Escritura vinieron a la cumbre de sus idolatrías.

[75] «difuntos» (1792, 1784 y Mat.), siempre.
[76] Hoy diríamos tal vez mejor «quienes».
[77] «aunque» (O'G. y Alc.), sin sentido.
[78] *Libro de la sabiduría* 14 *(nota del autor)*. Aunque es larga la traducción, merece reproducirse y comparar con la del autor para apreciar su especial calidad y claridad (O'G. sólo traduce el versículo 12, copiando literalmente a Acosta), 12-18: «La idea de hacer ídolos fue el origen de la infidelidad; su invención, la corrupción de la vida; / que no existieron desde los orígenes ni existirán por siempre. / Por la vanidad de los hombres entraron en el mundo, y por esto está decretado su rápido fin /. Afligido un padre por un luto prematuro, manda hacer una imagen del hijo tan presto arrebatado; honra como a dios al ayer hombre muerto, y establece entre los suyos ritos y misterios. / Más tarde, consolidada por el tiempo esta costumbre impía, fue observada como ley. / Por disposición de los soberanos reciben culto las estatuas. Como los hombres no podían venerarlos porque vivían lejos representaron su persona haciendo una imagen del rey venerado, para adular con solicitud al ausente como si estuviese presente. / La ambición del artista empezó extender su culto aun a los mismos que no lo conocían. / Porque él, deseando sin duda agradar al soberano desplegó todo su arte para conseguir una imagen más bella que la realidad. / Y la multitud, reducida por el encanto de la obra, tiene ahora como ser divino al que poco antes tenía como hombre. / Esto se convirtió en lazo para los vivientes; porque los hombres, víctimas de la desgracia y de la tiranía, impusieron el nombre incomunicable a las piedras y a los leños» (E. Martín Nieto, 950).
[79] la.
[80] = dio lugar a.
[81] «amargante» (Mat.).
[82] = fallecido joven («no llegar una persona o cosa a su natural desarrollo o perfeccionamiento por muerte o por otra causa» (*DRAE,* 3, s.v. «malograr»), «mal logrado» (todos).
[83] Sin «se» (O'G. y Alc.).
[84] = «Cuidado de hacer una cosa con primor» (*DRAE,* 4). Término el de «curiosidad» muy usado por el autor en los libros de historia moral, con significado aproximado de «civilización», refinamiento…
[85] «imágenes» (todos, menos la Príncipe), siempre.
[86] a.
[87] encargo de.
[88] *Jeremías* 19,5: «Han construido lugares de culto a Baal para quemar a sus propios hijos en su honor, cosa que yo no había prescrito ni ordenado, ni se me había ocurrido jamás» (E. M. Nieto, 1150); *Sofonias* 1, 4: «exterminaré de este lugar los restos de Baal… los que se prosternan en los terrados ante los astros el cielo» *(nota del autor)*.
[89] = sucediese, también, como consecuencia de la fornicación.

Primeramente los cuerpos de los reyes y señores procuraban conservarlos, y permanecían enteros sin oler mal ni corromperse más de doscientos años. Desta manera estaban los reyes ingas en el Cuzco cada uno en su capilla y adoratorio, de los cuales el virrey marqués de Cañete (por extirpar la idolatría) hizo sacar y traer a la Ciudad de los Reyes tres o cuatro dellos, que causó admiración ver cuerpos humanos de tantos años con tan linda tez y tan enteros.[xxvii]

Cada uno de estos reyes *ingas* dejaba todos sus tesoros y hacienda y renta para sustentar su adoratorio: donde se ponía su cuerpo, y gran copia de ministros y toda su familia dedicada a su culto. Porque ningún rey sucesor **(p. 318)** usurpaba los tesoros y vajilla de su antecesor, sino de nuevo juntaba para sí y para su palacio. No se contentaron con esta idolatría de los cuerpos de los defuntos sino que también hacían sus estatuas, y cada rey en vida hacía un ídolo o estatua suya de piedra, la cual llamaba *guaoiqui* —que quiere decir «hermano»—, porque a aquella estatua en vida y en muerte se le había de hacer la misma veneración que al proprio Inga: las cuales llevaban a la guerra, y sacaban en procesión para alcanzar agua y buenos temporales,[90] y les hacían diversas fiestas y sacrificios. Destos ídolos hubo gran suma en el Cuzco y en su comarca; entiéndese[91] que ha cesado del todo o en gran parte la superstición de adorar estas piedras, después que por la diligencia del licenciado Polo se descubrieron; y fué la primera la de Ingaroca, cabeza de la parcialidad principal de Hanan Cuzco.

Desta manera se halla en otras naciones gran cuenta con los cuerpos de los antepasados y sus estatuas, que adoran y veneran.

Capítulo 7

De las supersticiones que usaban con los muertos

Comúnmente creyeron los indios del Pirú que las ánimas vivían después desta vida, y que los buenos tenían gloria y los malos pena: y así, en persuadilles[92] estos artículos[93] hay poca dificultad.

Mas, de que los cuerpos hubiesen de resucitar con las ánimas no lo alcanzaron, y así ponían excesiva diligencia —como está dicho— en conservar los cuerpos y honrarlos después de muertos. Para esto sus descendientes les ponían ropa y hacian sacrificios: especialmente los reyes ingas en sus entierros habían de ser acompañados de gran número de criados y mujeres para el servicio de la otra vida; y así, el día que morían mataban las **(p. 319)** mujeres a quien tenían afición, y criados y oficiales para que fuesen a servir a la otra vida. Cuando murió Guaynacápa,[94] que fué padre de Atagualpa[95] —en cuyo tiempo entraron los españoles—, fueron muertas mil y tantas personas de todas edades y suertes para su servicio y acompañamiento en la otra vida. Matábanlos después de muchos cantares y borracheras, y ellos se tenían por bienaventurados; sacrificábanles muchas cosas, especialmente niños, y de su sangre hacían una raya de oreja a orejas en el rostro del defunto.[xxviii]

La misma superstición e inhumanidad de matar hombres y mujeres, para acompañamiento y servicio del defunto en la otra vida, han usado y usan otras naciones bárbaras; y aun —segun escribe Polo— casi ha sido general en Indias. Y aun refiere el venerable Beda que usaban los anglos, antes de convertirse al Evangelio, la misma costumbre de matar gente que fuese en compañía y servicio de los defuntos. De un portugués —que, siendo cautivo entre bárbaros, le dieron un flechazo con que perdió un ojo— cuentan que, queriéndole sacrificar para que acompañase un señor defunto, respondió que los que moraban en la otra vida ternían[96] en poco al defunto, pues le daban por compañero a un hombre tuerto, y que era mejor dársele con dos ojos; y pareciéndoles bien esta razón a los bárbaros, le dejaron.

Fuera desta superstición de sacrificar hombres al defunto, que no se hace sino con señores muy calificados, hay otra mucho más común y general en todas las Indias de poner comida y bebida a los defuntos sobre sus sepulturas y cuevas, y creer que con aquello se sustentan; que también fué error de los antiguos, como dice San Agustín.[97] Y para este efecto de darles de comer y beber, hoy día muchos indios infieles desentierran secretamente sus defuntos de las iglesias y cementerios, y los entierran en cerros o quebradas o en sus propias casas. Usan también ponerles plata en las bocas, en las **(p. 320)** manos, en los senos, y vestirles ropas

90 = «Tiempo de lluvia persistente» (*DRAE,* s.v. 1,9).
91 = parece.
92 «persuadirles» (1792, 1894, O'G. y Alc.), de.
93 de fe.
94 «Gaunacapa» (Príncipe, 1792 y 1894: corregido como nosotros solamente en 1792, al fin).
95 «Atahuálpa» (1792, corregido en fe de erratas final).
96 «tendrían» (1972, 1894 y Mat.); «tenían» (O'G. y Alc.), con cambio de sentido.
97 *Epístolas* 64 *(nota del autor).*

nuevas y provechosas dobladas debajo de la mortaja. Creen que las ánimas de sus defuntos andan vagueando,[98] y que sienten frío y sed y hambre y trabajo:[99] y por eso hacen sus aniversarios llevándoles comida y bebida y ropa.

A esta causa advierten con mucha razón los Perlados,[100] en sus sínodos, que procuren los sacerdotes dar a entender a los indios que las ofrendas que en la iglesia se ponen en las sepulturas no son comida ni bebida de las ánimas, sino de los pobres o de los ministros; y sólo Dios es el que en la otra vida sustenta las ánimas, pues no comen ni beben cosa corporal. Y va mucho en que sepan esto bien sabido, porque no conviertan el uso sancto en superstición gentílica, como muchos lo hacen.

Capítulo 8

Del uso de mortuorios que tuvieron los mexicanos y otras naciones

Habiendo referido lo que en el Pirú usaron muchas naciones con sus defuntos, es bien hacer especial mención de los mexicanos en esta parte: cuyos mortuorios eran solemnísimos y llenos de grandes disparates.

Era oficio de sacerdotes y religiosos en México (que los había con extraña observancia, como se dirá después) enterrar los muertos y hacerles sus exequias. Y los lugares donde los enterraban eran las sementeras y patios de sus casas propias; a otros llevaban a los sacrificaderos de los montes, otros quemaban y enterraban las cenizas en los templos. Y a todos enterraban con cuanta ropa y joyas y piedras tenían; y a los que quemaban metían las cenizas en unas ollas, y en ellas las joyas y piedras y atavíos, por ricos que fuesen. Cantaban los oficios funerales como responsos y levantaban a los cuerpos de los defuntos muchas veces, haciendo muchas ceremonias.

En **(p. 321)** estos mortuorios comían y bebían y, si eran personas de calidad, daban de vestir a todos los que habían acudido al enterramiento. En muriendo alguno, poníanle tendido en un aposento hasta que acudían de todas partes los amigos y conocidos: los cuales traían presentes al muerto, y le saludaban como si fuera vivo; y, si era rey o señor de algún pueblo, le ofrecían esclavos para que los matasen con él y le fuesen a servir al otro mundo.

Mataban asimismo al sacerdote o capellán que tenía: porque todos los señores tenían un sacerdote que dentro de casa les administraba las ceremonias, y así le mataban para que fuese a administrar al muerto. Mataban al maestresala, al copero, a los enanos[101] y corcobados —que de éstos se servían mucho— y a los hermanos que más le habían servido: lo cual era grandeza entre los señores, servirse de sus hermanos y de los referidos. Finalmente, mataban a todos los de su casa, para llevar a poner casa al otro mundo. Y, por que no tuviesen allá pobreza, enterraban mucha riqueza de oro, plata y piedras, ricas cortinas de muchas labores, brazaletes de oro y otras ricas piezas; y, si quemaban al defunto*, hacían lo mismo con toda la gente y atavíos que le daban para el otro mundo. Tomaban toda aquella ceniza y enterrábanla con grande solemnidad; duraban las exequias diez días de lamentables y llorosos cantos.

Sacaban los sacerdotes a los defuntos con diversas ceremonias, según ellos lo pedían:[102] las cuales eran tantas que casi no se podían numerar. A los capitanes y grandes señores les ponían sus insignias y trofeos, según sus hazañas y valor que habían tenido en las guerras y gobierno: que para esto tenían sus particulares blasones y armas. Llevaban todas estas cosas y señales al lugar donde había de ser enterrado o quemado, delante del cuerpo, acompañándole con ellas en procesión: donde iban los sacerdotes y dignidades del templo con diversos aparatos, unos in **(p. 322)** censando y otros cantando y otros tañendo tristes flautas y atambores, lo cual aumentaba mucho el llanto de los vasallos y parientes.

E1 sacerdote que hacía el oficio iba ataviado con las insignias del ídolo a quien había representado el muerto: porque todos los señores representaban a los ídolos y tenían sus renombres, a cuya causa eran tan estimados y honrados. Estas insignias sobredichas llevaba de ordinario[103] la orden de la Caballería; y al que quemaban, después de haberle llevado al lugar adonde habían de hacer las cenizas, rodeábanle de tea —a él y a todo lo que pertenecía a su matalotaje,[104] como queda dicho— y pegábanle fuego,

[98] «vagando» (O'G. y Alc.).

[99] = «penalidad, molestia, tormento o suceso infeliz (*DRAE*, 8, figurado).

[100] «Prelados» (1792, 1894), siempre.

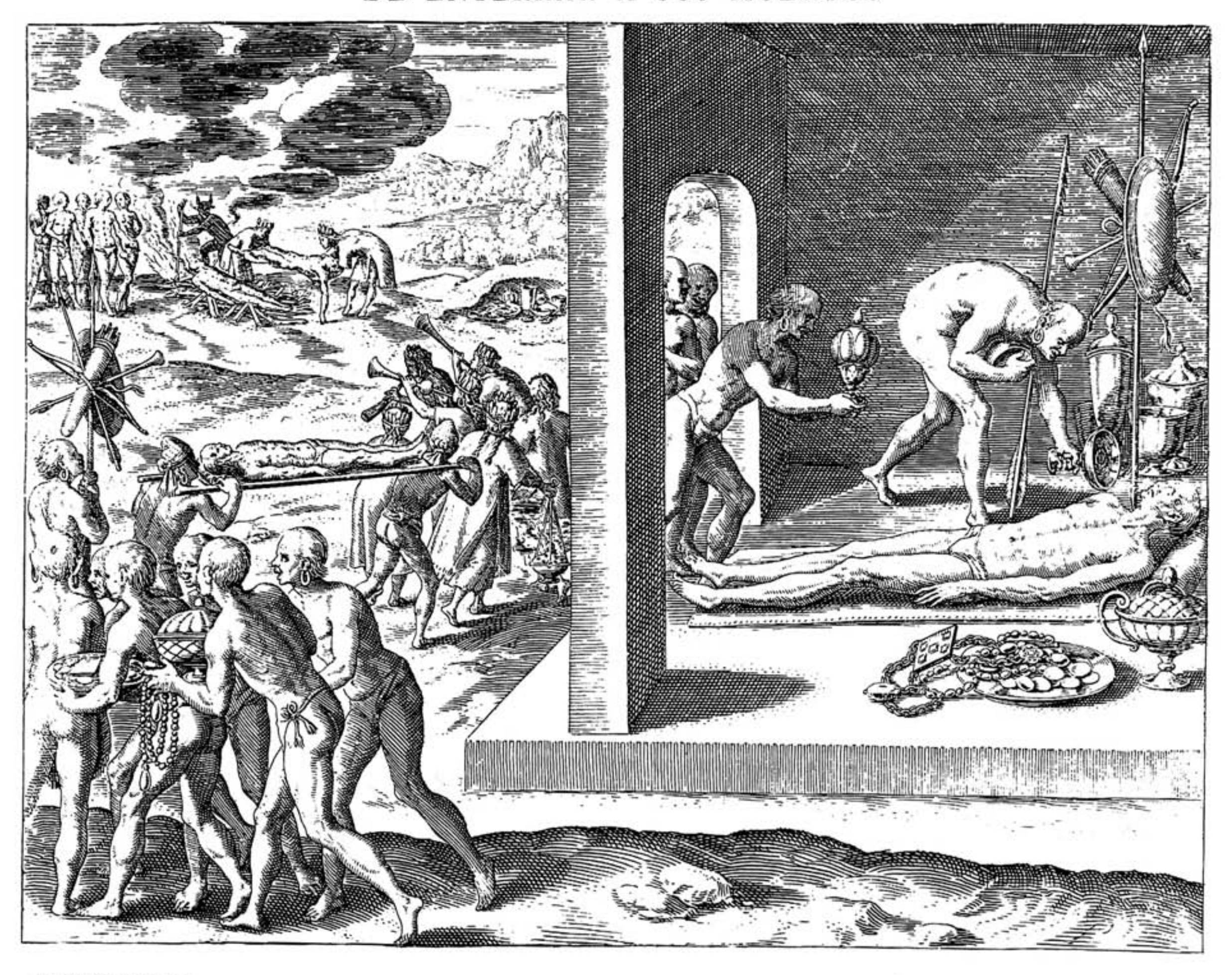
[101] Alc. se salta este párrafo hasta «hermanos» (*homoteleuton* fonético entre enanos y hermanos). Hay en esta enumeración de cargos cortesanos algo de europocentrismo, e incluso de clasicismo, tal vez para marcar la excepcionalidad de la sociedad indiana seleccionada.

[102] = merecían, les correspondía.

[103] = correspondían a.

[104] = «Equipaje» (*DRAE,* 2).

5. De la extraña costumbre de los mexicanos de enterrar a sus muertos



CUENTA la crónica de los supersticiosos ritos de los mexicanos con sus muertos que, cuando muere uno de sus principales señores, ponen al fallecido estirado en un cuarto. Llaman entonces a sus amigos y parientes todos, que entran entonces uno tras otro a ver al fallecido y a saludarle con grandes muestras de respeto y muchas palabras como si aún harto tiempo viviere y a agasajarle con grandes obsequios, y si ha sido el difunto héroe bizarro, ponen cabe él su armamento. Y habiendo estado él un tiempo ansí estirado y llegada la hora del entierro, llévanlo los sacerdotes en procesión en un lugar señalado para su entierro, y van delante varios tocadores que entonan una triste melodía con sus flautas y demás instrumentos musicales, y les siguen los sacerdotes llevando primero los incensarios y luego el cadáver y detrás su armamento. Y por último siguen todos los regalos y obsequios donados a él, que serán quemados con él para servirle en la otra vida. En llegar, pues, en el lugar señalado para los entierros, hacen un fuego y allí arrojan e incineran al fallecido con grande pompa y muchas ceremonias y junto con él a todos cuantos le han sido dados para servirle en el otro mundo, que hartos pueden ser según el rango del difunto, y dicho fuego es avivado por un sacerdote que lleva el detestable disfraz del diablo. Y se menciona también que cuando todo ha quedado reducido a cenizas, las recogen y pónenlas con grande esmero en una vasija preparada para tal fin y la entierran cabe los obsequios y armamento del difunto, con que acaba el entierro.

Lámina 9. De la extraña costumbre de los mexicanos de enterrar a sus muertos. (de Bry, vol. XV, Cfr. Acosta V, 8).

aumentándolo siempre con maderos resinosos hasta que todo se hacía ceniza. Salía luego* un sacerdote vestido con unos atavíos de demonio, con bocas por todas las coyunturas y muchos ojos de espejuelos, con un gran palo, y con él revolvía todas aquellas cenizas con gran ánimo y denuedo: el cual hacía una representación tan fiera que ponía grima a todos los presentes. Y algunas veces este ministro sacaba otros trajes diferentes, según era la calidad del que moría.[105]

Esta digresión de los muertos y mortuorios se ha hecho por ocasión de la idolatría de los defuntos; agora será justo volver al intento principal y acabar con esta materia.

Capítulo 9

Del cuarto y último género de idolatría que usaron los indios, con imágines y estatuas, especialmente los mexicanos

Aunque en los dichos géneros de idolatría en que se adoraban criaturas[106] hay gran ofensa de Dios, pero el Espíritu Santo condena mucho más y abomina otro linaje de idólatras que adoran solamente las figu **(p. 323)** ras e imágines fabricadas por manos de hombres: sin haber en ellas más[107] de ser piedras o palos o metal, y la figura que el artífice quiso dalles.[108] Así dice el Sabio[109] destos tales:

> Desventurados, y entre los muertos se puede contar su esperanza, de los que llamaron dioses a las obras de las manos de los hombres —al oro, a la plata, con la invención y semejanza de animales— o la piedra inútil que no tiene más de ser de una antigualla.

Y va prosiguiendo divinamente contra este engaño y desatino de los gentiles: como también el profeta Isaías y el profeta Jeremías, y el profeta Baruch y el sancto rey David copiosa y graciosamente disputan.[110] Y convendrá que el ministro de Cristo que reprueba los errores de idolatría tenga bien vistos y digeridos estos lugares[111] y las razones que en ellos tan galanamente el Espiritu Sancto toca, que todas se reducen a una breve sentencia que pone el profeta Oseas:[112] «E1 oficial fué el que le hizo, y así no es Dios; servirá, pues, para telas de arañas[113] el becerro de Samaría».

Viniendo a nuestro cuento, hubo en las Indias gran curiosidad* de hacer ídolos y pinturas de diversas formas y diversas materias, y a éstas adoraban por dioses. Llamábanlas en el Pirú *guacas*, y ordinariamente eran de gestos[114] feos y disformes; a lo menos, las que yo he visto todas eran así. Creo, sin dubda, que el demonio en cuya veneración las hacían gustaba de hacerse adorar en figuras mal agestadas.[115] Y es así en efecto, de verdad, que en muchas de estas *guacas* o ídolos el demonio hablaba y respondía: y los sacerdotes y ministros suyos acudían a estos oráculos del padre de las mentiras, y cual él es tales eran sus consejos y avisos y profecías.

En donde este género de idolatría prevaleció más que en parte del mundo fué en la provincia de Nueva España: en lo[116] de México y Tezcuco, y Tlascala y Cholula, y partes convecinas de aquel reino. Y es cosa prodigiosa de contar las supersticiones que en esta **(p. 324)** parte tuvieron; mas no será sin gusto referir algo dellas.[xxix]

E1 principal ídolo de los mexicanos, como está arriba dicho, era *Vitzilipuztli*: ésta era una estatua de madera, entretallada[117] en semejanza de un hombre sentado en un escaño azul, fundado[118] en unas andas; y de cada esquina salía un madero con una cabeza de sierpe al cabo; el escaño[119] denotaba que estaba sentado en el cielo. El mismo ídolo tenía toda la frente azul, y por encima de la nariz una venda azul, que tomaba de una oreja a otra. Tenía sobre la cabeza un rico plumaje de hechura de pico[120] de pájaro, el remate dél de oro muy bruñido. Tenía en la mano izquierda

105 Ver lámina 24 y 25 (Cudia de Tovar).
106 naturales, reales.
107 mérito.
108 «darles» (1792, 1894).
109 *Libro de la Sabiduría* 13 *(nota del autor)*, 9-10: «Desgraciados, en cambio, y con la esperanza puesta en cosas muertas los que llamaron dioses a obras de manos del hombre; oro y plata trabajados con arte, figuras de animales o a una piedra inútil, obra de mano antigua» (S. Pablo).

110 *Isaías* 44, 9, *Jeremías* 10, 15, *Baruch* 6, 3 y 5, *Salmos* 113, 4 a 7 *(nota del autor)*.
111 = citas de la Biblia.
112 *Oseas* 8 *(nota del autor)*, 6: «De Israel procede, un artista lo ha fabricado; no, no es Dios. Pero el becerro de Samaría quedará hecho astillas» (E. Martín Nieto).
113 = telarañas.
114 = caras.
115 = feas, de mal gesto.
116 «la» (O'G. y Alc.). El artículo neutro conviene a la referencia indeterminada que hace, no todas provincias concretas.
117 = «Trabajar una cosa a media talla o bajo relieve» (*DRAE,* 1); «estrellada» (Mat.).
118 = apoyado.
119 azul.
120 = en forma de cabeza.

una rodela blanca con cinco piñas de plumas blancas puestas en cruz, salía por lo alto un gallardete de oro, y por las manijas cuatro saetas que —según decían los mexicanos— les habían enviado del cielo para hacer las hazañas que en su lugar se dirán. Tenía en la mano derecha un báculo labrado a manera de culebra, todo azul ondeado.[121]

Todo este ornato y el demás[122] —que era mucho— tenía sus significaciones, según los mexicanos declaraban. El nombre de *Vitzilipúztli* quiere decir «siniestra de pluma relumbrante». Del templo superbísimo[123] y sacrificios, y fiestas y ceremonias deste gran ídolo se dirá abajo, que son cosas muy notables. Sólo digo al presente que este ídolo vestido y aderezado ricamente estaba puesto en un altar muy alto, en una pieza pequeña muy cubierta de sábanas, de joyas, de plumas y de aderezos de oro, con muchas rodelas de pluma: lo más galana y curiosamente[124] que ellos podían tenelle,[125] y siempre delante de él una cortina para mayor veneración.

Junto al aposento de este ídolo había otra pieza menos aderezada, donde había otro ídolo que se decía *Tlalóc*. Estaban siempre juntos estos dos ídolos, porque los tenían por compañeros y de igual poder.

Otro ídolo había en México muy principal, que era el dios de la penitencia, y de los **(p. 325)** jubileos y perdón de pecados. Este ídolo se llamaba *Tezcatlipúca*, el cual era de una piedra muy relumbrante y negra como azabache, vestido de algunos atavíos galanos[126] a su modo: tenía zarcillos de oro y de plata en el labio bajo un canutillo cristalino de un jeme de largo,[127] y en él metida una pluma verde —y otras veces azul—, que parecía esmeralda o turquesa. La coleta de los cabellos le ceñía una cinta de oro bruñido, y en ella por remate una oreja de oro con unos humos pintados en ella, que significaban los ruegos de los afligidos y pecadores que oía cuando se encomendaban a él. Entre esta oreja y la otra salían unas garzotas[128] en grande número; al cuello tenía un joyel de oro colgado tan grande que le cubría todo el pecho; en ambos brazos, brazales de oro; en el ombligo una rica piedra verde; en la mano izquierda un mosqueador de plumas preciadas —verdes, azules, amarillas— que salían de una chapa de oro reluciente, muy bruñido —tanto que parecía espejo— en que daba a entender que en aquel espejo vía[129] todo lo que se hacía en el mundo. A este espejo o chapa de oro llamaban *Itlacheáya*, que quiere decir «su mirador». En la mano derecha tenía cuatro saetas, que significaban el castigo que por los pecados daba a los malos.[130]

Y así al ídolo que más temían, por que no les descubriese sus delictos,[131] era éste: en cuya fiesta —que era de cuatro a cuatro años— había perdón de pecados, como adelante se relatará. A este mismo ídolo *Texcatlipúca* tenían por dios de las sequedades y hambres, y esterilidad y pestilencia. Y así le pintaban en otra forma: que era asentado[132] con mucha autoridad en un escaño, rodeado de una cortina colorada labrada de calaveras y huesos de muertos. En la mano izquierda una rodela con cinco piñas de algodón, y en la derecha una vara arrojadiza amenazando con ella, el brazo muy estirado como que la quería ya tirar. De la **(p. 326)** rodela salían cuatro saetas, el semblante airado, el cuerpo untado todo de negro, la cabeza llena de plumas de codornices. Eran grandes las supersticiones que usaban con este ídolo, por el mucho miedo que le tenían

En *Cholúla*, que es cerca de México y era república por sí, adoraban un famoso ídolo que era el dios de las mercaderías: porque ellos eran grandes mercaderes, y hoy día son muy dados a tratos. Llamábanle[133] *Quetzaálcoátl*. Estaba este ídolo en una gran plaza en un templo muy alto. Tenía al derredor[134] de sí oro, plata, joyas y plumas ricas, ropas de mucho valor y de diversos colores. Era en figura de hombre, pero la cara de pájaro con un pico colorado, y sobre él una cresta y verrugas,[135] con unas rengleras de dientes y la lengua de fuera.[136] En la cabeza una mitra de papel puntiaguda, pintada; una hoz en la mano y muchos aderezos de oro en las piernas y otras mil invenciones de disparates[137] que todo aquello significaba: y en efecto le adoraban porque hacía ricos a los que quería, como el otro dios Mamón,[138] o el otro Plutón. Y cierto, el nombre que le daban los cholulanos a su dios era a propósito, aunque ellos no lo entendían: llamábanle *Quetzaálcoátl*, que es «culebra de pluma rica», que tal es el demonio de la cudicia.[139]

[121] Véanse las láminas 26 (códice Tovar).
[122] = lujo, exceso.
[123] = muy soberbio.
[124] = «Con aseo o limpieza» (*DRAE,* 2).
[125] "tenerle» (todos, menos la Príncipe y Mat.).
[126] = «Bien adornado» *(DRAE).*
[127] = «Distancia que hay desde la extremidad del dedo pulgar a la del índice, separado el uno del otro todo lo posible» (*DRAE,* 1).
[128] = «Plumaje o penacho que se usa para adorno de los sombreros, morriones o turbantes, y en los jaeces de los caballos» (*DRAE,* 2).
[129] «veía» (todos, menos la Príncipe y Mat.).
[130] Ver lámina 28 (códice Tovar).
[131] «delitos» (todos, menos la Príncipe)
[132] «sentado» (Mat.).
[133] «llámanle» (Mat.).
[134] «alrededor» (todos, menos la Príncipe y Mat).
[135] «berrugas» (Príncipe y Mat.).
[136] = afuera. Ver lámina 30 (códice Tovar).
[137] = «Atrocidad, demasía» (*DRAE,* fam.). Parece referirse a interpretaciones disparatadas de los significados religiosos de sus símbolos.
[138] «Mammón» (Príncipe y Mat.), conocido como «dios del dinero y la codicia», citado así en la Biblia. Plutón lo es de lo muertos.
[139] = «codicia» (1792, 1894, Mat.).

No se contentaban estos bárbaros de tener dioses sino que también tenían sus diosas: como las fábulas de los poetas las introdujeron, y la ciega gentilidad de griegos y romanos las veneraron. La principal de las diosas que adoraban llamaban *Tozi*, que quiere decir «nuestra agüela»;[140] que según refieren las historias de los mexicanos fué hija del rey de *Culhuacan*, que fué la primera que desollaron por mandato de *Vitziliputztli*, consagrándola desta arte[141] por su hermana: y desde entonces comenzaron a desollar los hombres para los sacrificios, y vestirse los vivos de los pellejos de los sacrificados, entendiendo **(p. 327)** que su Dios se agradaba dello.[142] Como también, el sacar los corazones a los que sacrificaban lo aprendieron de su dios cuando él mismo los sacó a los que castigó en *Tula*, como se dirá en su lugar.[143]

Una destas diosas que adoraban tuvo un hijo grandísimo cazador, que después tomaron por dios los de *Tlascala*:[144] que fué el bando opuesto a los mexicanos, con cuya ayuda los españoles ganaron a México. Es la provincia de *Tlascala* muy aparejada para caza y la gente muy dada a ella, y así hacían gran fiesta. Pintan al ídolo de cierta forma que no hay que gastar tiempo en referilla;[145] mas la fiesta que le hacían es muy donosa, y era así: que al reír del alba[146] tocaban una bocina, con que se juntaban todos con sus arcos y flechas, redes y otros instrumentos de caza, e iban con su ídolo en procesión y tras ellos grandísimo número de gente a una sierra alta: donde en la cumbre della tenían puesta una ramada y en medio un altar riquísimamente aderezado, donde ponían al ídolo. Yendo caminando con el gran ruido de bocinas, caracoles[147] y flautas y atambores, llegados al puesto cercaban toda la falda de aquella sierra al derredor*: y, pegándole por todas partes fuego, salían muchos y muy diversos animales: venados, conejos, liebres, zorras, lobos, etc.

Los cuales iban hacia la cumbre huyendo del fuego: y yendo los cazadores tras ellos con grande grita y vocería[148] tocando diversos instrumentos, los llevaban hasta la cumbre delante del ídolo; donde venía a haber tanta apretura en la caza que dando saltos unos rodaban, otros daban sobre la gente y otros sobre el altar, con que había grande regocijo y fiesta. Tomaban entonces grande número de caza, y a los venados y animales grandes sacrificaban delante del ídolo, sacándoles los corazones con la ceremonia que usaban en los sacrificios de los hombres. **(p. 328)** Lo cual hecho, tomaban toda aquella caza a cuestas y volvíanse con su ídolo por el mismo orden que fueron, y entraban en la ciudad con todas estas cosas muy regocijados con grande música de bocinas y atabales hasta llegar al templo, adonde ponían su ídolo con muy gran reverencia y solemnidad. Ibanse luego* todos a guisar las carnes de toda aquella caza, de que hacían un convite a todo el pueblo, y después de comer hacían sus representaciones y bailes delante del ídolo.

Otros muchos dioses y diosas tenían con gran suma de ídolos; mas los principales eran, en la nación mexicana y en sus vecinas, los que están dichos.

Capítulo 10

De un extraño modo de idolatría que usaron los mexicanos

Como dijimos[149] que los reyes ingas del Pirú sustituyeron[150] ciertas estatuas de piedra hechas a su semejanza, que les llamaban sus *guaoiquies* o hermanos y les hacían dar la misma veneración que a ellos, así los mexicanos lo usaron con sus dioses. Pero pasaron éstos mucho más adelante porque hacían dioses de hombres vivos, y era en esta manera: tomaban un cautivo —el que mejor les parecía— y, antes de sacrificarle a sus ídolos, poníanle el nombre del mismo ídolo a quien había de ser sacrificado; y vestíanle y adornábanle del mismo ornato que a su ídolo, y decían que representaba al mismo ídolo. Y por todo el tiempo que duraba esta representación —que en unas fiestas era de un año y en otras era de seis meses, y en otras de menos— de la misma manera le veneraban y adoraban que al proprio ídolo, y comía y bebía y holgaba. Y cuando iba por las calles salía la gente a adorarle, y todos le ofrecían **(p. 329)** mucha limosna, y llevábanle los niños y los enfermos para que los sanase y bendijese.

140 «abuela» (todos menos la Príncipe y Mat.).
141 = modo.
142 Ver lámina 27 (códice Tovar).
143 Ver libro VII, cap. 5.
144 «Tlaxcala» (O'G. y Alc.), siguiendo la escritura actual. Ver lámina 29 (códice Tovar).
145 «referirla» (todos menos la Príncipe y Mat.).
146 = «*Quebrar, rayar, reír o romper el alba* = amanecer o empezar a aparecer la luz del día» *(DRAE).*
147 caracolas.
148 «bocería» (Príncipe y Mat.).

149 = V, 6.
150 «substituyeron» (O'G. y Alc.) = ¿instituyeron, fabricaron? Puede tratarse también del hecho *substitutorio* –de la estatua por la persona— que conllevan tales «obras de arte».

6. De cómo cazan los indios



TIENEN los indios de México una extraña manera de cazar, pues a primera hora del día, cuando amanece, recorren toda la ciudad tocando una corneta o trompeta. Reúnense entonces los cazadores todos con sus arcos y flechas y redes y otras cosas que han menester, y llevan también su ídolo y suben con grande alboroto en lo alto de una montaña sobre cual han hecho una casita con verdes ramas y en cual hay un altar, y en éste ponen su ídolo entre grandes muestras de veneración. Van entonces y llenan todo el pie de la montaña con sus redes y encienden varias fogatas en su derredor para acosar la caza y sacarla de entre los arbustos y conducirla en tropel a la cima de la montaña, donde la matan a golpes o a tiros según como quieran. Y vuelven a coger entonces su ídolo y lo llevan sobre los hombros junto con sus presas, que son liebres, conejos, zorros y otros animales de caza. Y regresan en fila en sus hogares, tornan a depositar el ídolo en su templo, le ofrendan los corazones de los principales animales por ellos aprendidos y ansí acaban su batida.

Lámina 10. De cómo cazan los indios. (De Bry, vol. XI, Cfr. Acosta V, 9).

Y en todo le dejaban hacer su voluntad: salvo que, por que no se huyese, le acompañaban siempre diez o doce hombres adonde quiera que iba. Y él, para que le hiciesen reverencia por donde pasaba, tocaba de cuando a cuando un canutillo, con que se apercibía la gente para adorarle. Cuando estaba de sazón y bien gordo llegaba la fiesta, le abrían y mataban y comían, haciendo solemne sacrificio de él.[151]

Cierto pone lástima ver de la manera que Satanás estaba apoderado de esta gente, y lo está hoy día de muchas, haciendo semejantes potajes y embustes a costa de las tristes almas y miserables cuerpos que le ofrecen, quedándose él riendo de la burla tan pesada que les hace a los destventurados; mereciendo sus pecados que les deje el altísimo Dios en poder de su enemigo, a quien escogieron por dios y amparo suyo.

Mas, pues se ha dicho lo que basta de las idolatrías de los indios, síguese que tratemos del modo de religión —o superstición, por mejor decir— que usan: de sus ritos, de sus sacrificios, de templos y ceremonias, y lo demás que a esto toca.

Capítulo 11

De cómo el demonio ha procurado asemejarse a Dios en el modo de sacrificios, y religión y sacramentos

Pero, antes de venir a eso,[152] se ha de advertir una cosa que es muy digna de ponderar: y es que como el demonio ha tomado —por su soberbia, bando y competencia con Dios— lo que nuestro Dios con su sabiduría ordena para su culto y honra, y para bien y salud del hombre, procura el demonio imitarlo y pervertirlo para ser él honrado y el hombre más condenado. Y así vemos que —como el Sumo Dios tiene sacrificios y sacerdotes **(p. 330)** y sacramentos, y religiosos y profetas y gente dedicada a su divino culto y ceremonias santas— así también el demonio tiene sus sacrificios y sacerdotes y su modo de sacramentos, y gente dedicada a recogimiento y santimonia fingida, y mil géneros de profetas falsos.

Todo lo cual, declarado en particular como pasa, es de grande gusto y de no menor consideración para el que se acordare cómo el demonio es padre de la mentira, según la suma verdad lo dice en su Evangelio,[153] y así procura usurpar para sí la gloria de Dios y fingir con sus tinieblas la luz. Los encantadores de Egipto, enseñados de su maestro Satanás, procuraban hacer en competencia de Moisén y Aarón otras maravillas semejantes.[154] Y en el libro de los Jueces[155] leemos del otro Micas, que era sacerdote del ídolo vano, usando los aderezos que en el tabernáculo del verdadero Dios se usaban, aquel *ephod y teraphin*, y lo demás. Séase lo que quisieren los doctos, apenas hay cosa instituida por Jesucristo nuestro Dios y Señor en su ley evangélica que en alguna manera no la haya el demonio sofisticado y pasado a su gentilidad, como echará de ver quien advirtiera en lo que, por ciertas relaciones, tenemos sabido de los ritos y ceremonias de los indios, de que vamos tratando en este libro.[156]

Capítulo 12

De los templos que se han hallado en las Indias

Comenzando, pues, por los templos: como el sumo Dios quiso que se le dedicase casa en que su sancto nombre fuese con particular culto celebrado, así el demonio para sus intentos persuadió a los infieles que le hiciesen soberbios templos y particulares **(p. 331)** adoratorios y santuarios.

En cada provincia del Pirú había una principal *guaca* o casa de adoración, y ultra désta algunas universales, que eran para todos los reinos de los *ingas*. Entre todas, fueron dos señaladas: una que llaman de *Pachacama*, que está cuatro leguas de Lima y se ven hoy las ruinas de un antiquísimo y

[151] Ver con la misma o parecida descripción en segunda parte del cap. 21 de este mismo libro, y en el 30, donde aparece dedicado al dios Quetzatcoatl.

[152] Nótese el carácter digresivo del capítulo ofrecido a continuación, que por eso subrayamos (como interpolado por el autor para contentar la censura inquisitorial).

[153] *San Juan* 8 *(nota del autor)*, 44.

[154] *Éxodo* 7 *(nota del autor)*, 10 y 11.

[155] *Jueces* 18 *(nota del autor)*, 20.

[156] Termina la digresión del autor, como se ve, que prosigue su descripción de la religión indiana.

grandísimo edificio, de donde Francisco Pizarro y los suyos hubieron[157] aquella inmensa riqueza de vasijas y cántaros de oro y plata, que les trajeron cuando tuvieron preso al inga *Atagualpa.* En este templo hay relación cierta que hablaba visiblemente el demonio, y daba respuestas desde su oráculo, y que a tiempos vían* una culebra muy pintada; y esto de hablar y responder el demonio en estos falsos santuarios, y engañar a los miserables, es cosa muy común y muy averiguada en Indias, aunque donde ha entrado el Evangelio y levantado la señal de la santa cruz manifiestamente ha enmudecido el[158] padre de las mentiras, como de su tiempo escribe Plutarco:[159] *Cur cesaverit Pythias fundere oracula.* Y San Justino mártir trata largo[160] deste silencio que Cristo puso a los demonios que hablaban en los ídolos, como estaba mucho antes profetizado en la Divina Escritura.

El modo que tenían de consultar a sus dioses los ministros infieles hechiceros era como el demonio les enseñaba: ordinariamente era de noche, y entraban las espaldas vueltas al ídolo —andando hacia atrás—: y doblando el cuerpo e inclinando la cabeza poníanse en una postura fea,[161] y así consultaban. La respuesta de ordinario era una manera de silvo temeroso, o con un chillido que les ponía horror, y todo cuanto les avisaba y mandaba era encaminado a su engaño y perdición. Ya por la misericordia de Dios y gran poder de Jesucristo, muy poco se halla de esto.

Otro templo y adoratorio aún muy más principal hubo en el Perú, que fué en la ciudad del Cuzco adonde es agora el monasterio **(p. 332)** de Santo Domingo, y en los sillares y piedras del edificio que hoy día permanecen se echa de ver que fuese cosa muy principal.[xxx] Era este templo como el Panteón de los Romanos, cuanto[162] a ser casa y morada de todos los dioses, porque en ella pusieron los reyes *ingas* los dioses de todas las provincias y gentes que conquistaron, estando cada ídolo en su particular asiento y haciéndole culto y veneración los de su provincia, con un gasto excesivo de cosas que se traían para su ministerio: y con esto les parecía que tenían seguras las provincias ganadas, con tener como en rehenes sus dioses.

En esta misma casa estaba el *Punchao*, que era un ídolo del sol de oro finísimo con gran riqueza de pedrería, y puesto al oriente con tal artificio que en saliendo el sol daba en él y, como era el metal finísimo, volvían los rayos con tanta claridad que parecía otro sol. Éste adoraban los *ingas* por su dios, y al *Pachayachachic*, que es el hacedor del cielo. En los despojos deste templo riquísimo dicen que un soldado hubo aquella hermosísima plancha de oro del sol y, como andaba largo el juego,[163] la perdió una noche jugando; de donde toma origen el refrán, que en el Pirú anda de[164] grandes tahures, diciendo «Juega el sol antes que nazca».

157 = lograron, sacaron.
158 «al» (Alc.).
159 *Lib. de trac. re (nota del autor).» Liber de oraculorum recesione» (Moralia)*
160 *In Apolog. pro Christian. (nota del autor).*
161 O sea, agachados y con los pies en tierra, como se cumplían comúnmente las necesidades del cuerpo.
162 = respecto a; «cuando» (O'G. y Alc.),
163 = como se jugaba ya grandes cantidades.
164 = corre entre.

Capítulo 13
De los soberbios templos de México

Pero sin comparación fué mayor la superstición de los mexicanos, así en sus ceremonias como en la grandeza de sus templos: que antiguamente llamaban los españoles el *cu,* y debió de ser vocablo tomado de los isleños de Santo Domingo o de Cuba, como otros muchos que se usan y no son ni de España ni de otra lengua que hoy día se use en Indias: como son *maíz*, *chicha*, *baquiano*,[165] *chapetón* y otros tales.

Había, pues, en México **(p. 333)** el *cu* tan famoso —templo de Vitziliputztli— que tenía una cerca muy grande y formaba dentro de sí un hermoso[166] patio; toda ella[167] era labrada de piedras grandes a manera de culebras, asidas las unas a las otras: y por eso se llamaba esta cerca *coatepantli*, que quiere decir «cerca de culebras». Tenían las cumbres de las cámaras y oratorios —donde los ídolos estaban— un pretil[168] muy galano* labrado con piedras menudas —negras como azabache, puestas con mucho orden y concierto—, revocado todo el campo de blanco y colorado, que desde abajo lucía mucho. Encima deste pretil había unas almenas muy galanas, labradas como caracoles*: tenía por remate de los estribos dos indios de piedra asentados, con unos candeleros en las manos, y dellos salían unas como mangas de cruz, con remates de ricas plumas amarillas y verdes, y unos rapazejos[169] largos de lo mismo.

165 «baquiano» (O'G. y Alc.), = «procedente de *baquía* (de origen haitiano) Conocimiento práctico de las sendas, atajos, caminos, ríos, etc., de un país» *(DRAE).*
166 «hermosísimo» (Mat.).
167 = la cerca.
168 = «Murete o vallado de piedra u otra materia, que se pone en los puentes y en otros lugares para preservar de caídas» *(DRAE).*
169 = «Flecos… acordonados» *(DRAE).*

Por dentro de la cerca deste patio había muchos aposentos de religiosos, y otros en lo alto para sacerdotes y *papas* —que así llamaban a los supremos sacerdotes que servían al ídolo—. Era este patio tan grande y espacioso que se juntaban a danzar o bailar en él —en rueda alrededor, como lo usaban en aquel reino— sin estorbo ninguno ocho o diez mil hombres, que parece cosa increíble. Tenía cuatro puertas o entradas a oriente y poniente, y norte y mediodía; de cada puerta de éstas principiaba una calzada muy hermosa de dos y tres leguas, y así había en medio de la laguna donde estaba fundada la ciudad de México cuatro calzadas en cruz, muy anchas, que la hermoseaban mucho. Estaban en estas portadas cuatro dioses o ídolos, los rostros vueltos a las mismas partes de las calzadas.

Frontero de la puerta de este templo de Vitzilipuztli había treinta gradas de treinta brazas de largo, que las dividía una calle que estaba entre la cerca del patio y ellas. En lo alto de las gradas había un paseadero de treinta pies de ancho, todo encala **(p. 334)** do; en medio deste paseadero una palizada muy[170] bien labrada de árboles muy altos, puestos en hilera[171] una braza uno de otro; estos maderos eran muy gruesos y estaban todos barrenados con unos agujeros pequeños. Desde abajo hasta la cumbre venían por los agujeros de un madero a otro unas varas delgadas, en las cuales estaban ensartadas muchas calaveras de hombres, por las sienes; tenía cada una veinte calaveras. Llegaban estas hileras de calaveras desde lo bajo hasta lo alto de los maderos, llena la palizada de cabo a cabo de tantas y tan espesas calaveras que ponían admiración y grima.[172] Eran estas calaveras de los que sacrificaban porque, después de muertos y comida la carne, traían la calavera y entregábanla a los ministros del templo; y ellos la ensartaban allí hasta que se caían a pedazos, y tenían cuidado de renovar con otras las que caían.

En la cumbre del templo estaban dos piezas como capillas, y en ellas los dos ídolos que se han dicho de *Vitzilipuztli* y su compañero *Tlaloc*, labradas las capillas dichas de figuras de talla; y estaban tan altas que para subir a ellas había una escalera de ciento y veinte gradas de piedra. Delante de sus aposentos había un patio de cuarenta pies en cuadro,[173] en medio del cual había una piedra —de hechura* de pirámide— verde y puntiaguda, de altura de cinco palmos, y estaba puesta para los sacrificios de hombres que allí se hacían: porque, echado un hombre de espaldas sobre ella, le hacía doblar el cuerpo y así le abrían y le sacaban el corazón, como adelante se dirá.

Había en la ciudad de México otros ocho o nueve templos como éste que se ha dicho, los cuales estaban pegados unos con otros dentro de un circuito grande, y tenían sus gradas particulares y su patio con aposentos y dormitorios. Estaban las entradas de los unos a poniente, otros a levante, otros al sur, otros al norte; todos muy labrados y torreados[174] con diversas hechuras de **(p. 335)** almenas y pinturas con muchas figuras, de piedra, fortalecidos con grandes y anchos estribos.

Eran éstos dedicados a diversos dioses: pero después del templo de Vitzilipuztli era[175] el del ídolo *Tezcatlipúca*, que era Dios de la penitencia y de los castigos, muy alto y muy hermosamente labrado.[xxxi] Tenía para subir a él ochenta gradas, al cabo de las cuales se hacía una mesa de ciento y veinte pies de ancho, y junto a ella una sala toda entapizada de cortinas de diversos colores y labores; la puerta baja y ancha y cubierta siempre con un velo, y sólo los sacerdotes podían entrar. Y todo el templo[176] labrado de varias efigies y tallas con gran curiosidad* —porque estos dos templos eran como iglesias catedrales, y los demás en su respecto como parroquias y ermitas—. Y eran tan espaciosos y de tantos aposentos que en ellos había los ministerios y colegios, y escuelas y casas de sacerdotes que se dirá después.

Lo dicho puede bastar para entender la soberbia del demonio y la desventura de la miserable gente que, con tanta costa de sus haciendas y trabajo y vidas, servían a su proprio enemigo: que no pretendía de ellos más que destruirles las almas y consumirles los cuerpos; y con esto muy contentos, pareciéndoles por su[177] grave engaño que tenían grandes y poderosos dioses a quien tanto servicio se hacía.

Capítulo 14
De los sacerdotes y oficios que hacían

En todas las naciones del mundo se hallan hombres particularmente diputados al culto de Dios —verdadero o falso—,[xxxii] los cuales sirven para los sacrificios y para declarar al pueblo lo que sus dioses les mandan. En México hubo en

[170] «palizaba» (Alc.), sin «muy» (O'G. y Alc.), sin sentido.
[171] a.
[172] Ver lámina 31 (códice Tovar).
[173] = «En forma o a modo de cuadrado» (*DRAE,* loc. adverbial).

[174] = «Guarnecer con torres una fortaleza o plaza fuerte» *(DRAE).*
[175] en orden de importancia.
[176] estaba.
[177] «un» (Mat.).

esto extraña curiosidad* y, remedando el demonio el uso de la Iglesia de Dios, puso también su orden de sacerdotes menores y mayores y supremos, y unos **(p. 336)** como acólitos y otros como levitas. Y, lo que más me ha admirado, hasta en el nombre parece que el diablo quiso usurpar el culto de Cristo para sí, porque a los supremos sacerdotes y, como si dijésemos, sumos pontífices llamaban en su antigua lengua *papas* los mexicanos, como hoy día consta por sus historias y relaciones.[xxxiii]

Los sacerdotes de *Vitzilipuztli*[178] sucedían por linajes[179] de ciertos barrios diputados[180] a esto; los sacerdotes de otros ídolos eran por elección, u ofrecimiento desde su niñez al templo. Su perpetuo ejercicio de los sacerdotes era inciensar[181] a los ídolos, lo cual se hacía cuatro veces cada día natural: la primera en amaneciendo, la segunda al medio día, la tercera a puesta del sol, la cuarta a media noche. A esta hora se levantaban todas las dignidades del templo y, en lugar de campanas, tocaban unas bocinas y caracoles* grandes, y otros unas flautillas, y tañían un gran rato un sonido triste. Y, después de haber tañido, salía el hebdomadario —o semanero— vestido de una ropa blanca como dalmática, con su inciensario* en la mano lleno de brasa —la cual tomaba del brasero o fogón que perpetuamente ardía ante el altar— y en la otra mano una bolsa llena de encienso,[182] del cual echaba en el inciensario; y, entrando donde estaba el ídolo, inciensaba con mucha reverencia. Después tomaba un paño, y con la misma limpiaba el altar y cortinas. Y, acabado esto, se iban a una pieza juntos y allí hacían cierto género de penitencia muy rigurosa y cruel, hiriéndose y sacándose sangre, en el modo que se dirá cuando se trate de la penitencia que el diablo enseñó a los suyos. Estos maitines a media noche jamás faltaban.[183]

En los sacrificios no podían entender otros sino sólo los sacerdotes, cada uno conforme a su grado y dignidad. También predicaban a la gente en ciertas fiestas, como cuando dellas se trate diremos; tenían sus rentas, y también se les hacían copiosas ofrendas. De la un **(p. 337)** ción con que se consagraban sacerdotes se dirá también adelante. En el Pirú se sustentaban de las heredades —que allá llaman *chácaras*— de sus dioses, las cuales eran muchas y muy ricas.

[178] se, = heredaban el cargo unos a otros, no de otro modo (por elección o adoctrinamiento entre maestro y discípulo).
[179] procedentes.
[180] = destinado para ese uso (*DRAE,* s.v. «destinar»).
[181] «incensar» (1792, 1894, Mat).
[182] «incienso» (todos, menos la Príncipe).
[183] Ver lámina 16.

Capítulo 15

De los monasterios de doncellas que inventó el demonio para su servicio

Como la vida religiosa (que, a imitación de Jesucristo y sus sagrados apóstoles, han profesado y profesan en la santa Iglesia tantos siervos y siervas de Dios) es cosa tan acepta[184] en los ojos de la divina Majestad, y con que tanto su sancto nombre se honra y su Iglesia se hermosea, así el padre de la mentira ha procurado no sólo remedar esto pero, en cierta forma, tener competencia y hacer a sus ministros que se señalen en aspereza y observancia.[xxxiv]

En el Perú[xxxv] hubo muchos monasterios de doncellas, que de otra suerte[185] no podían ser recibidas. Y por lo menos en cada provincia había uno, en el cual estaban dos géneros de mujeres: unas ancianas que llamaban *mamaconas*, para enseñanza de las demás; otras eran muchachas, que estaban allí cierto tiempo y después las sacaban para sus dioses o para el Inga. Llamaban esta casa o monasterio *acllaguaci*, que es «casa de escogidas»; y cada monasterio tenía su vicario o gobernador llamado *appopanaca*,[186] el cual tenía facultad de escoger todas las que quisiese, de cualquier calidad que fuesen siendo de ocho años abajo, como[187] le pareciesen de buen talle y disposición.

Éstas, encerradas allí, eran doctrinadas por las *mamaconas* en diversas cosas necesarias para la vida humana y en los ritos y ceremonias de sus dioses; de allí se sacaban de catorce años para arriba, y con grande guardia se enviaban a la corte. Parte dellas se disputaban para servir en las *guacas* y santuarios, conservando perpe **(p. 338)** tua virginidad; parte para los sacrificios ordinarios que hacían de doncellas, y otros extraordinarios por la salud o muerte o guerras del Inga; parte también para mujeres o mancebas del Inga, y de otros parientes o capitanes suyos a quien él las daba, y era hacerles gran merced. Este repartimiento se hacía cada año.

Para el sustento destos monasterios —que[188] era gran cantidad de doncellas las que tenían— había rentas y heredades

[184] = «Bien recibida» *(DRAE).*
[185] = no vírgenes o doncellas.
[186] «*Apopanaca*» (Mat.).
[187] = con tal que.
[188] = puesto que.

propias, de cuyos fructo*s se mantenían. A ningún padre era lícito negar sus hijas, cuando el *appopanaca* se las pedía para encerrallas[189] en los dichos monasterios; y aun muchos ofrecían sus hijas de su voluntad, pareciéndoles que ganaban gran mérito en que fuesen sacrificadas por el Inga. Si se hallaba haber alguna destas *mamaconas* o *acllas* delinquido contra su honestidad, era infalible el castigo de enterrarla viva o matarla con otro género de muerte cruel.

En México tuvo también el demonio su modo de monjas, aunque no les duraba la profesión y santimonia[190] más que por un año, y era desta manera: dentro de aquella cerca grandísima que dijimos arriba que tenía el templo principal había dos casas de recogimiento, una frontera de otra: la una de varones y la otra de mujeres. En la de mujeres sólo había doncellas de doce a trece años, a las cuales llamaban «las mozas de la penitencia». Eran[191] otras tantas como los varones, vivían en castidad y clausura como doncellas diputadas al culto de su dios. El ejercicio que tenían era regar y barrer el templo, y hacer cada mañana de comer al ídolo y a sus ministros de aquello que de limosna recogían los religiosos. La comida que al ídolo hacían eran unos bollos pequeños en figura de manos y pies, y otros retorcidos como melcochas.[192] Con este pan hacían ciertos guisados, y poníanselo al ídolo delante cada día y comíanlo sus sacerdotes: como los de Bel, que cuenta Daniel.[193]

Estaban estas mozas trasquiladas, y des **(p. 339)** pués dejaban crecer el cabello hasta cierto tiempo. Levantábanse a media noche a los maitines de los ídolos, que siempre se hacían, haciendo ellas los mismos ejercicios que los religiosos. Tenían sus abadesas que las ocupaban en hacer lienzos de muchas labores, para ornato de los ídolos y templos. El traje que a la continua traían era todo blanco, sin labor ni color alguna. Hacían también su penitencia a media noche, sacrificándose con herirse en las puntas de las orejas en la parte de arriba, y la sangre que se sacaban poníansela en las mejillas, y dentro de su recogimiento tenían una alberca donde se lavaban aquella sangre.

Vivían con honestidad y recato y, si hallaban que hubiese alguna faltado —aunque fuese muy levemente—, sin remisión moría luego* diciendo que había violado la casa de su dios. Y tenían por agüero y por indicio de haber sucedido algún mal caso de éstos, si vían* pasar algún ratón o murciélago en la capilla de su ídolo, o que habían roído algún velo: porque decían que, si no hubiera precedido algún delicto*, no se atreviera el ratón o murciélago a hacer tal descortesía; y de aquí procedían[194] a hacer pesquisa[195] y, hallando el delincuente —por principal que fuese—, luego* le daban la muerte.

En este monasterio no eran admitidas doncellas sino de uno de seis barrios que estaban nombrados para el efecto; y duraba esta clausura —como está dicho— un año, por el cual ellas o sus padres habían hecho voto de servir al ídolo en aquella forma; y de allí salían para casarse. Alguna semejanza tiene lo destas doncellas, y más lo de las del Perú, con las vírgines *vestales* de Roma que refieren los historiadores, para que se entienda cómo el demonio ha tenido cudicia* de ser servido de gente que guarda limpieza: no porque a él le agrade la limpieza, pues es[196] de suyo espíritu inmundo, sino por quitar al sumo Dios, en el modo que puede, esta gloria de servirse de integridad y limpieza. **(p. 340)**

Capítulo 16

De los monasterios de religiosos que tiene el demonio para su superstición

Cosa es muy sabida, por las cartas de los padres de nuestra Compañía escritas de Japón, la multitud y grandeza que hay en aquellas tierras de religiosos que llaman *bonzos*, y sus costumbres y superstición y mentiras; y así déstos no hay que decir de nuevo. De los *bonzos* —o religiosos— de la China refieren padres que estuvieron allá dentro haber diversas maneras u órdenes, y que vieron unos de hábito blanco y con bonetes y otros de hábito negro sin bonete ni cabello; y que de ordinario son poco estimados, y los *mandarines* —o ministros de justicia— los azotan como a los demás. Éstos profesan no comer carne ni pescado ni cosa

[189] «encerrarlas» (todos, menos la Príncipe y Mat.).
[190] = «Santidad, calidad de santo» (*DRAE,* 1).
[191] «Era» (O'G. y Alc.).
[192] = «Cualquier pasta comestible compuesta principalmente de esta miel (muy concentrada y caliente se echa en agua fría, y sobándola después queda muy correosa)» *(DRAE).*
[193] *Daniel* 14 *(nota del autor)*, 2: «Los de Babilonia tenían un ídolo llamado Bel, y en él se gastaba diariamente doce medidas grandes de harina fina, cuarenta ovejas, y sesenta vasijas de vino» (O'G).
[194] «procedía» (Mat.).
[195] «pesquisas» (O'G. y Alc.).
[196] «el» (Mat.).

viva sino arroz y hierbas, mas de secreto comen de todo y son peores que la gente común. Los religiosos de la corte que está en Paquín[197] dicen que son muy estimados.

A las *varelas* —o monasterios destos monjes— van de ordinario los *mandarines* a recrearse, y casi siempre vuelven borrachos. Están estos monasterios de ordinario fuera de las ciudades. Dentro dellos hay templos, pero en esto de ídolos y templos hay poca curiosidad* en la China, porque los *mandarines* hacen poco caso de ídolos y tiénenlos[198] por cosa de burla; ni aun creen que hay otra vida ni aun otro paraíso sino tener oficio de *mandarín*, ni otro infierno sino las cárceles que ellos dan a los delincuentes. Para el[199] vulgo dicen que es necesario entretenerle con idolatría, como también lo apunta el filósofo[200] de sus gobernadores; y aun en la Escritura[201] fué género de excusa que dió Aarón del ídolo del becerro que fabricó. Con todo eso, usan los chinos en las popas de sus navíos, en unas capilletas, traer allí puesta una doncella de bulto asentada en su silla, con dos **(p. 341)** *chinas*[202] delante della arrodillados a manera de ángeles; y tiene lumbre de noche y de día. Y, cuando han de dar[203] a la vela, le hacen muchos sacrificios y ceremonias con gran ruido de atambores y campanas, y echan papeles ardiendo por la popa.

Viniendo a los religiosos, no sé que en el Pirú haya habido casa propia de hombres recogidos más de sus sacerdotes y hechiceros, que eran infinitos. Pero propia observancia, en donde parece haberla el demonio puesto fué en México, porque había en la cerca del gran templo dos monasterios, como arriba se ha tocado: uno de doncellas, de que se trató; otro de mancebos recogidos de diez y ocho a veinte años, los cuales llamaban «religiosos». Traían en las cabezas unas coronas como frailes; el cabello poco más crecido, que les daba a media oreja, excepto que al colodrillo[204] dejaban crecer el cabello cuatro dedos en ancho, que les descendía por las espaldas, y a manera de trenzado, los ataban[205] y tranzaban.[206]

Estos mancebos que servían en el templo de *Vitzilipuztli* vivían en pobreza, castidad y obediencia, y hacían el oficio de «levitas»[207] administrando a los sacerdotes y dignidades del templo el inciensario, la lumbre y los vestimentos; barrían los lugares sagrados; traían leña para que siempre ardiese en el brasero del dios, que era como lámpara, la cual ardía contino[208] delante del altar del ídolo. Sin estos mancebos, había otros muchachos que eran como «monacillos»[209] que servían de cosas manuales, como era enramar y componer los templos con rosas y juncos, dar agua a manos a los sacerdotes, administrar navajuelas para sacrificar, ir con los que iban a pedir limosna para traer la ofrenda.

Todos estos tenían sus «prepósitos»[210] que tenían cargo dellos, y vivían con tanta honestidad que cuando salían en público donde había mujeres iban las cabezas muy bajas, los ojos en el suelo sin osar alzarlos a mirarlas; traían por vestido unas sábanas de red. Estos mozos recogidos tenían licencia de salir por **(p. 342)** la ciudad de cuatro en cuatro y de seis en seis, muy mortificados, a pedir limosna por los barrios; y cuando no se la daban, tenían licencia de llegarse a las sementeras y coger las espigas de pan o mazorcas que habían menester,[211] sin que el dueño osase hablarles ni evitárselo. Tenían esta licencia porque vivían en pobreza, sin otra renta más de la limosna.

No podía haber más de cincuenta; ejercitábanse en penitencia y levantábanse a media noche, a tañer unas caracoles* y bocinas con que despertaban a la gente. Velaban el[212] ídolo por sus cuartos,[213] por que no se apagase la lumbre[214] que estaba delante del altar; administraban el inciensario con que los sacerdotes inciensaban el ídolo a media noche, a la mañana y al medio día, y a la oración.

Éstos estaban muy sujetos y obedientes a los mayores, y no salían un punto de lo que les mandaban.

Y, después que a media noche acababan de inciensar los sacerdotes, éstos se iban a un lugar particular y sacrificaban, sacándose sangre de los molledos[215] con unas puntas duras y agudas, y la sangre que así sacaban se la ponían por las sienes hasta lo bajo de la oreja; y hecho este sacrificio, se iban luego* a lavar a una laguna. No se untaban estos mozos con ningún betún en la cabeza ni en el cuerpo, como los sacerdotes; y su vestido era una tela que allá se hace, muy áspera y blanca. Durábales este ejercicio y aspereza de penitencia un año entero, en el cual vivían con mucho recogimiento y mortificación.

[197] = «Pekín» (1792 en fe de erratas, 1894).
[198] «teniéndolos» (O'G. y Alc.).
[199] = «Pero al» (proponemos).
[200] Aristóteles: *Metafísica,* libro 12 (nota del autor).
[201] *Éxodo* 32 *(nota del autor)*, 4, «El cual los tomo de las manos de ellos, y formólo con buril, e hizo de ello un becerro de fundición» (O'G.).
[202] = sirvientes.
[203] darse.
[204] = «Parte posterior de la cabeza» *(DRAE).*
[205] «atavavan» (Príncipe).
[206] «trenzaban» (O'G, Alc., y Mat.)
[207] = «Eclesiástico de grado inferior al sacerdote» (*DRAE,* 2).
[208] = «continuo» (todos, menos la Príncipe).
[209] = «Monaguillo» *(DRAE).*
[210] = jefes: nombre clásico (pre-pósito: puesto delante) que los jesuitas emplean para sus gobernantes.
[211] «manester» (Mat.).
[212] «al» (O'G. y Alc.).
[213] = ¿dividiéndose la noche en cuatro partes?
[214] «alumbre» (Alc.).
[215] = «Parte carnosa y redonda de un miembro, especialmente la de los brazos, muslos y pantorrillas» *(DRAE).*

Cierto es de maravillar que la falsa opinión de religión pudiese en estos mozos y mozas de México tanto que, con tan gran aspereza, hiciesen en servicio de Satanás lo que muchos no hacemos en servicio del Altísimo Dios. Que es grave confusión para los que con un poquito de penitencia que hacen están muy ufanos y contentos; aunque el no ser aquel ejercicio perpetuo, sino de un año, lo hacía más tolerable. **(p. 343)**

Capítulo 17

De las penitencias y asperezas que han usado los indios, por persuasión del demonio

Y, pues hemos llegado a este punto, bien será que —así para manifestar la maldita soberbia de Satanás como para confundir y despertar algo nuestra tibieza en el servicio del sumo Dios— digamos algo de los rigores y penitencias extrañas que esta miserable gente hacía, por persuasión del demonio: como los falsos profetas de Baal[216] que con lancetas se herían y sacaban sangre, y como los que al sucio Beelfegor sacrificaban sus hijos e hijas[217] y los pasaban por fuego, según dan testimonio las Divinas Letras:[218] que siempre Satanás fué amigo de ser servido a mucha costa de los hombres.

Ya se ha dicho que los sacerdotes y religiosos de México se levantaban a media noche; y, habiendo inciensado al ídolo los sacerdotes y como dignidades del templo, se iban a un lugar de una pieza ancha donde había muchos asientos, y allí se sentaban; y tomando cada uno una puya de *manguey*[219] —que es como alesna[220] o punzón agudo— o con otro género de lancetas o navajas pasábanse las pantorrillas junto a la espinilla, sacándose mucha sangre.[221] Con la cual se untaban las sienes, bañando con la demás sangre las puyas o lancetas; y poníanlas después entre las almenas del patio, hincadas en unos globos o bolas de paja, para que todos las viesen y entendiesen la penitencia que hacían por el pueblo. Lavábanse desta sangre en una laguna diputada para esto llamada *Ezapán,* que es «agua de sangre». Y había gran número destas lancetas o puyas en el templo, porque ninguna había de servir dos veces.

Demás desto tenían grandes ayunos estos sacerdotes y religiosos, como era ayunar cinco y diez días arreo[222] antes de algunas fiestas principales, que eran éstas como «Cuatrotémporas».[223] Guardaban tan estrechamente la continencia que muchos dellos, por no venir a **(p. 344)** caer en alguna flaqueza, se hendían por medio los miembros viriles. Y hacían mil cosas para hacerse impotentes, por no ofender a sus dioses: no bebían vino, dormían muy poco —porque los más de sus ejercicios eran de noche— y hacían en sí crueldades martirizándose por el diablo, y todo a trueco[224] de que les tuviesen por grandes ayunadores y muy penitentes. Usaban disciplinarse con unas sogas que tenían nudos, y no sólo los sacerdotes pero todo el pueblo hacía disciplina en la procesión y fiesta que se hacía al ídolo *Tezcatlipúca* —que se dijo arriba era el dios de la penitencia—. Porque[225] entonces llevaban todos en las manos unas sogas de hilo de manguey* nuevas, de una braza con un nudo al cabo, y con aquéllas se disciplinaban dándose grandes golpes en las espaldas. Para esta misma fiesta ayunaban los sacerdotes cinco días arreo*, comiendo una sola vez al día y apartados de sus mujeres; y no salían del templo aquellos cinco días, azotándose reciamente con las sogas dichas.

De las penitencias y extremos de rigor que usan los *bonzos* hablan largo las cartas de los padres de la Compañía de Jesús que escribieron de la India, aunque todo esto siempre ha sido sofisticado[226] y más por apariencia que verdad.

En el Pirú para la fiesta del *Itu*[227] —que era grande— ayunaba toda la gente dos días: en los cuales no llegaban a

216 *III Reyes* 18 *(nota del autor)*, 28: «Y ellos clamaban a grandes voces, y sajábanse con cuchillos y con lancetas, conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos» (O'G.).

217 *Salmos* 105, 37 y 38; *Números* 25, 3 *(nota del autor)*: «y sacrificaron sus hijos y sus hijas a los demonios: y derramaron la sangre inocente, la sangre de sus hijos y de sus hijas, que sacrificaron a los ídolos de Canaán: y la tierra fue contaminada con sangre»; «E Israel se allegó a Beelfegor, y el furor del Señor se encendió contra el pueblo» (O'G).

218 IV *Reyes* 21, 6: «y pasó a su hijo por fuego y miró en tiempos, y fue agorero, e instituyó pyhones y adivinos, multiplicando así el hacer lo malo en [a los] ojos de Jehová, para provocarlo a ira» (O'G).

219 «maguey» (1792, 1894, O'G. y Alc.), = «(Voz antillana) pita» *(DRAE).*

220 «alesno» (Mat): «Lezna» (lesna, del germánico alisna): instrumento que se compone de un hierrecillo con punta muy fina y un mango de madera, que usan los zapateros y otros artesanos para agujerear, coser y pespuntar» *(DRAE).*

221 Ver lámina 11 (códice Tovar).

222 «seguidos» (1792 y 1894).

223 = «tiempo de ayuno en el comienzo de cada una de las cuatro estaciones del año» *(DRAE).*

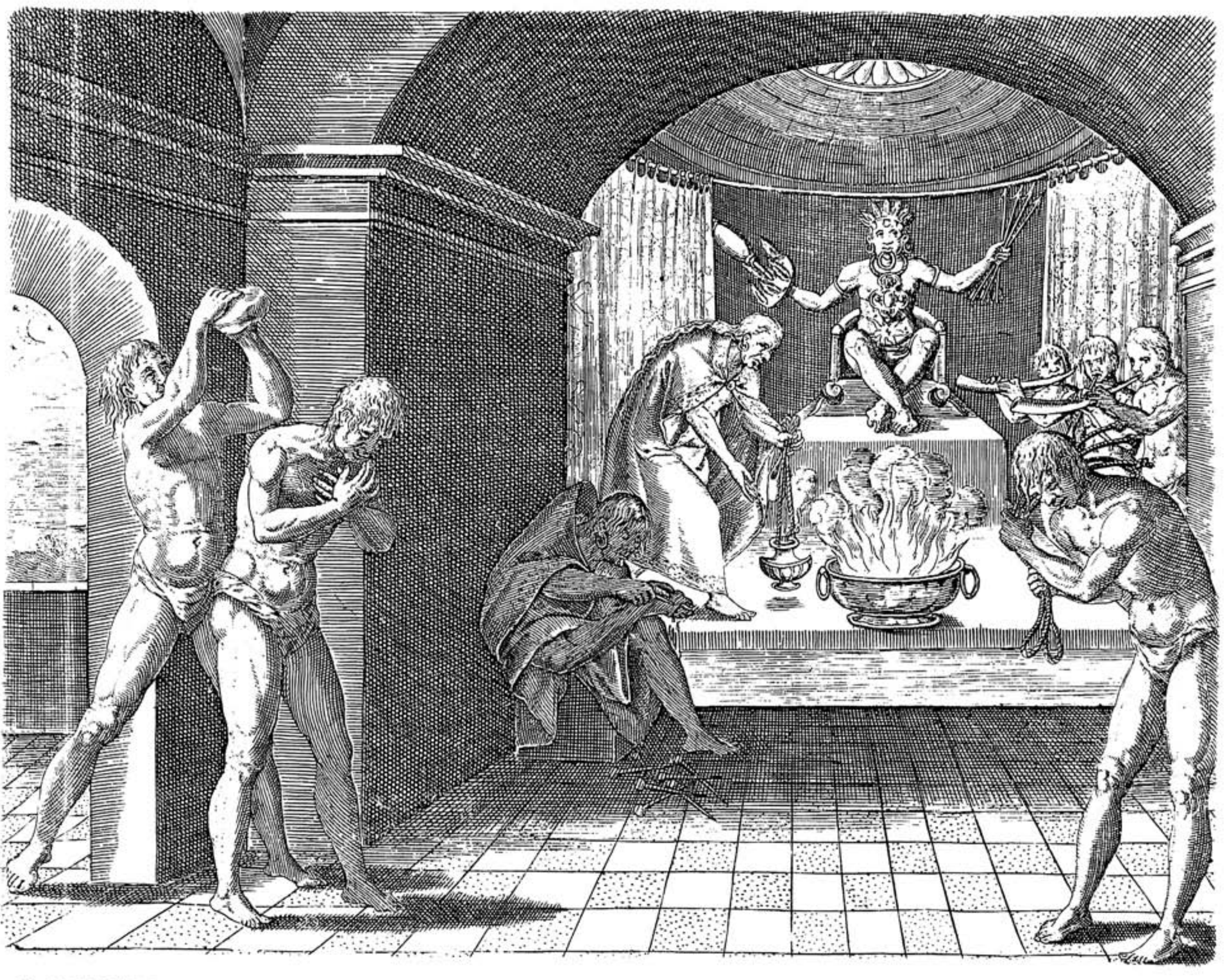
224 = a cambio de que, «con tal que» *(DRAE).*

225 «Por que» (Mat.).

226 = «Falto de naturalidad, afectadamente refinado» (*DRAE,* 2).

227 «Itú» (O'G. y Alc.). Ver cap. 28 de este libro.

7. De cómo los sacerdotes indios hacen penitencia por los pecados de la plebe



TIENEN los sacerdotes de México sus particulares días de ayuno que celebran en honor de su ídolo Vitzliputzli. Se reúnen entonces ante su ídolo, tocan sus chirimías, cornetas e instrumentos parecidos, y viene luego uno de los sacerdotes principales con un incensario, coge fuego, siempre encendido ante el ídolo, del fogar y afuma el ídolo con el incienso. Entra luego en un lugar señalado del templo y coge uno de los punzones de que el templo está lleno para tal uso, se lo clava en la pierna o en el pie y se unta la frente con la sangre. Lava luego el punzón con la sangre y lo pone en cierto lugar para que así vea el pueblo llano cuán severa penitencia ha hecho por los pecados de la plebe. Y tienen también determinadas épocas del año en que la mesma comunidad se fustiga y castiga con cuerdas y piedras, tal y como muestra la ilustración y con más detalle y prolijidad cuenta la crónica.

Lámina 11. De cómo los sacerdotes indios hacen penitencia por los pecados de la plebe. (Del Bry. Vol XI. Cfr. Acosta V, 14 y 17).

mujeres ni comían cosa con sal ni ají, ni bebían chicha; y este modo de ayunar usaban mucho. En ciertos pecados hacían penitencia de azotarse con unas hortigas muy ásperas; otras veces, darse unos a otros con cierta piedra cantidad de golpes en las espaldas. En algunas partes esta ciega gente, por persuasión del[228] demonio, se van a sierras muy agras[229] y allí hacen vida asperísima largo tiempo. Otras veces se sacrifican despeñándose de algún alto risco, que todos son embustes del que ninguna cosa ama más que el daño y perdición de los hombres. **(p. 345)**

Capítulo 18

De los sacrificios que al demonio hacían los indios, y de qué cosas

En lo que más el enemigo de Dios y de los hombres ha mostrado siempre su astucia ha sido en la muchedumbre y variedad de ofrendas y sacrificios que para sus idolatrías ha enseñado a los infieles. Y —como el consumir[230] la substancia de las criaturas en servicio y culto del Creador es acto admirable y proprio de religión,[xxxvi] y eso es sacrificio— así el padre de la mentira ha inventado que como a autor y señor le ofrezcan y sacrifiquen las criaturas de Dios.

El primer género de sacrificios que usaron los hombres fue muy sencillo, ofreciendo Caín[231] de los fructo*s de la tierra, y Abel de lo mejor de su ganado. Lo cual hicieron después también Noé y Abraham y los otros patriarcas, hasta que por[232] Moisén le dió aquel largo ceremonial del *Levítico*, en que se ponen tantas suertes y diferencias de sacrificios, y para diversos negocios de diversas cosas y con diversas ceremonias. Así también, Satanás en algunas naciones se ha contentado con enseñar que le sacrifiquen de lo que tienen, como quiera que sea; en otras ha pasado tan adelante en darles multitud de ritos y ceremonias en esto, y tantas observancias, que admira y parece que es querer claramente competir con la ley antigua, y en muchas cosas usurpar sus propias ceremonias.

A tres géneros de sacrificios podemos reducir todos los que usan estos infieles: unos de cosas insensibles, otros de animales y otros de hombres.[xxxvii] En el Pirú usaron sacrificar *coca* —que es una hierba que mucho estiman— y *maíz* —que es su trigo— y plumas de colores, y *chaquira* y conchas de la mar —que ellos llaman *mollo*—;[233] y a veces oro y plata, figurando[234] dello animalejos; también ropa fina de *cumbi* y madera labrada y olorosa, y muy ordinariamen **(p. 346)** te[235] sebo[236] quemado. Eran estas ofrendas o sacrificios para alcanzar buenos temporales o salud, o librarse de peligros y males.

En el segundo género[237] era su ordinario sacrificio de *cuies*, que son unos animalejos como gazapillos,[238] que comen los indios bien. Y en cosas de importancia o personas caudalosas[239] ofrecían carneros de la tierra o *pacos* (rasos o lanudos): y en el número y en los colores y en los tiempos había[240] gran consideración y ceremonia.

E1 modo de matar cualquier res —chica o grande— que usaban los indios, según su ceremonia antigua, es la propia que tienen los moros que llaman el *alquible*: que es tomar la res encima del brazo derecho y volverle los ojos hacia el sol, diciendo diferentes palabras conforme a la calidad de la res que se mata. Porque, si era pintada, se dirigían las palabras al *chuquiilla*[241] —o trueno— para que no faltase el agua; y, si era blanco raso,[242] ofrecíanle al sol con unas palabras; y, si era lanudo, con otras para que alumbrase y criase; y, si era guanaco —que es como pardo—, dirigían el sacrificio al Viracocha. Y en el Cuzco se mataba con esta ceremonia cada día un carnero raso al sol, y se quemaba vestido con una camiseta colorada; y, cuando se

228 «de el» (Príncipe y Mat.).

229 «agrias» (Mat.) El sentido parece referirse a la condición agreste e improductiva de un terreno, como la expresión «en agraz» referida a los frutos sin madurar, como la vid, que por ello es agria, amarga, sin sazón.

230 «consumidor» (O'G. y Alc.).

231 *Génesis* 4, 3 y 4; 8, 20 y 15, 9 *(nota del autor)*: «Y aconteció al cabo de días, que Caín trajo el fruto de la tierra, una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, y de su grosura: y miró Jehová con agrado a Abel y a su presente»; «Y edificó Noé un altar a Jehová, y tomó de todo animal limpio, y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar»; «Y le dijo (a Abraham), apártame una becerra de tres años, y un carnero de tres años, una tórtola también y un palomino» (O'G.).

232 medio de.

233 El cajista equivocó la ubicación de la explicación de *mullu*: que debe posponerse a «conchas de la mar», como ponemos, y no a «chaquira», como dicen todos. Véase para comprobarlo más adelante en este mismo capítulo.

234 = haciendo figuras.

235 = lo menos refinado (tipifica de mayor a menor valor).

236 «cebo» (O'G. y Alc.), con otro sentido.

237 = sacrificio de animales.

238 = cría de conejo. «Gazapo, conejo nuevo» (*DRAE,* 1).

239 = «Acaudaladas, que tiene muchos bienes» (*DRAE,* 2).

240 «habían» (Mat.). Al respecto de los tipos de sacrificios para elegir el color de la llama ver el cap. 28, que ofrece su reparto por meses.

241 «chuquilla» (todos), pero nosotros seguimos la grafía empleada por el autor al principio de su cita (cap. 4), y luego en cap. 28.

242 = sin manchas.

quemaba, echaban ciertos cestillos de coca en el fuego (que llamaban *villcaronca*), y para este sacrificio tenían gente diputada* y ganado que no servía de otra cosa.

También sacrificaban pájaros, aunque esto no se halla tan frecuente en el Pirú como en México, donde era muy ordinario el sacrificio de codornices. Los del Pirú sacrificaban pájaros de la *puna* —que así llaman allá al desierto— cuando habían de ir a la guerra, para hacer disminuir las fuerzas de las *guacas* de sus contrarios. Este sacrificio se llamaba *cuzcovicza* o *contevicza*, o *huallavicza* o *sopavicza*. Y hacíanlo en esta forma: tomaban muchos géneros de pájaros de la *puna* y juntaban mucha leña espinosa —llamada *yanlli*—, la cual encendida juntaban los pájaros —y esta **(p. 347)** junta llamaban *quizo*— y los echaban en el fuego. Alrededor del cual andaban los oficiales del sacrificio con ciertas piedras redondas y esquinadas, adonde[243] estaban pintadas muchas culebras, leones, sapos y tigres, diciendo «*usachúm*» —que significa «suceda nuestra victoria bien»— y otras palabras en que decían: «piérdanse las fuerzas de las *guacas* de nuestros enemigos».

Y sacaban unos carneros prietos[244] que estaban en prisión algunos días sin comer —que se llamaban *urcu*—, y matándolos decían que, así como los corazones de aquellos animales estaban desmayados, así desmayasen sus contrarios. Y, si en estos carneros vían* que cierta carne que está detrás del[245] corazón no se les había consumido con los ayunos y prisión pasada, teníanlo por mal agüero: y traían ciertos perros negros llamados *apurucos*, y matábanlos y echábanlos en un llano, y con ciertas ceremonias hacían comer aquella carne a cierto género de gente.

También hacían este sacrificio para que el Inga no fuese ofendido con ponzoña, y para esto ayunaban desde la mañana[246] hasta que salía la estrella, y entonces se hartaban y zahoraban[247] a usanza de moros. Este sacrificio era el más acepto* para[248] contra los dioses de los contrarios; y, aunque el día de hoy ha cesado casi todo esto por haber cesado las guerras, con todo han quedado rastros —y no pocos— para pendencias particulares de indios comunes o de caciques, o de unos pueblos con otros.

Item,[249] también sacrificaban u ofrecían conchas de la mar —que llamaban *mollo*— y ofrecíanlas a las fuentes y manantiales, diciendo que las conchas eran hijas de la mar, madre de todas las aguas. Tienen diferentes nombres según el color, y así sirven a diferentes efectos. Usan de estas conchas casi en todas las maneras de sacrificios, y aun el día de hoy echan algunos el *mollo* molido en la chicha, por superstición.

Fi **(p. 348)** nalmente de todo cuanto sembraban y criaban, si les parecía conveniente, ofrecían sacrificio.

También había indios señalados para hacer sacrificios a las fuentes, manantiales o arroyos que pasaban por el pueblo, y *chacras*[250] o heredades; y hacíanlos en acabando de sembrar, para que no dejasen de correr y regasen sus heredades. Estos sacrificios elegían los sortílegos por sus suertes, las cuales acabadas, de la contribución del pueblo se juntaba lo que se había de sacrificar y lo entregaban a los que tenían el cargo de hacer los dichos sacrificios; y hacíanlos al principio del invierno que es cuando las fuentes y manantiales y ríos crecen por la humidad* del tiempo: y ellos atribuíanlo a sus sacrificios, y no sacrificaban a las fuentes y manantiales de los despoblados.[xxxviii]

El día de hoy aún queda todavía esta veneración de las fuentes, manantiales, acequias, arroyos o ríos que pasan por lo poblado y chacras*; y también tienen reverencia a las fuentes y ríos de los despoblados. Al encuentro de dos ríos hacen particular reverencia y veneración: y allí se lavan para sanar, untándose primero con harina de maíz o con otras cosas y añadiendo diferentes ceremonias; y lo mismo hacen también en los baños.

Capítulo 19
De los sacrificios de hombres que hacían

Pero lo que más es de doler de la desventura de esta triste gente es el vasallaje que pagaban al demonio sacrificándole hombres, que son a imagen de Dios y fueron creados para gozar de Dios.

En muchas naciones usaron matar para acompañamiento de sus defuntos —como se ha dicho arriba— las

243 «a donde» (Mat.).
244 = delgados, enjutos.
245 «de el» (Príncipe y Mat.).
246 «bañana» (Mat.).
247 = «Del árabe *sahūra*, comida previa al alba, durante el ayuno del ramadán» *(DRAE).*
248 ir.
249 «Iten» (O'G. y Alc.).

250 «(Del antiguo quechua, *chacra*, moderno *chajra*)… alquería, granja» *(DRAE).* Se refiere a todo terreno cultivado y acotado, derivado luego en «chácara», y su cultivador «chacarero».

personas que les eran más agradables, y de quien imaginaban que podrían mejor servirse en la otra vida. Fuera desta ocasión, usaron en el Pirú **(p. 349)** sacrificar niños de cuatro o de seis años hasta diez: y lo más desto era en negocios que importaban al Inga, como en enfermedades suyas para alcanzarle salud; también cuando iba a la guerra, por la victoria. Y cuando le daban la borla al nuevo Inga —que era la insignia de rey, como acá el cetro o corona—, en la solemnidad sacrifican cantidad de doscientos niños, de cuatro a diez años: duro e inhumano espectáculo. El modo de sacrificarlos era ahogarlos y enterrarlos con ciertos visajes[251] y ceremonias; otras veces los degollaban, y con su sangre se untaban de oreja a oreja. También sacrificaban doncellas de aquellas que traían al Inga de los monasterios, que ya arriba tratamos.[252]

Una abusión[253] había en este mismo género muy grande y muy general, y era que cuando estaba enfermo algún indio principal o común y el agorero le decía que de cierto había de morir, sacrificaban al sol o al Viracocha su hijo diciéndole que se contentase con él y que no quisiese quitar la vida a su padre. Semejante crueldad a la que refiere la Escritura[254] haber usado el rey de Moab en sacrificar su hijo primogénito sobre el muro a vista de los de Israel, a los cuales pareció este hecho tan triste que no quisieron apretarle más, y así se volvieron a sus casas. Este mismo género de cruel sacrificio refiere la divina Escritura haberse usado entre aquellas naciones bárbaras de cananeos y jebuseos, y los demás de quien escribe el libro de la *Sabiduría*:[255]

Llaman paz vivir en tantos y tan graves males como es sacrificar sus proprios hijos o hacer otros sacrificios ocultos, o velar toda la noche haciendo cosas de locos; y así ni guardan limpieza en su vida ni en sus matrimonios sino que éste de invidia quita al otro la vida, estotro le quita la mujer,[256] y él contento y todo anda revuelto: sangre, muertes, hurtos, engaños, corrupción, infidelidad, alborotos, perjuicios, motines, olvido de Dios, contaminar las almas, trocar el sexo y nacimiento, **(p. 350)** mudar los matrimonios, desorden de adulterios y suciedades. Porque la idolatría es un abismo de todos males.

Esto dice el Sabio de aquellas gentes, de quien se queja David[257] que aprendieron tales costumbres los de Israel hasta llegar a sacrificar sus hijos e hijas a los demonios: lo cual nunca jamás quiso Dios ni le fue agradable porque, como es autor de la vida y todo lo demás hizo para el hombre, no le agrada que[258] quiten hombres la vida a otros hombres; y, aunque la voluntad del fiel patriarca Abraham la probó y aceptó el Señor, el hecho de degollar a su hijo de ninguna suerte lo consintió.

De donde se ve la malicia y tiranía del demonio que en esto ha querido exceder a Dios, gustando ser adorado con derramamiento de sangre humana, y por este camino procurando la perdición de los hombres en almas y cuerpos, por el rabioso odio que les tiene como su tan cruel adversario.

Capítulo 20

De los sacrificios horribles de hombres que usaron los mexicanos

Aunque en el matar niños y sacrificar sus hijos los del Pirú se aventajaron a los de México —porque no he leído ni entendido que usasen esto los mexicanos—, pero en el número de los hombres que sacrificaban y en el modo horrible con que lo hacían excedieron éstos a los del Pirú, y aún a cuantas naciones hay en el mundo. Y, para que se vea la gran desventura en que tenía ciega[259] esta gente el demonio, referiré por extenso el uso inhumano que tenían[260] en esta parte.

Primeramente, los hombres que se sacrificaban eran habidos en guerra y, si no era de cautivos, no hacían estos

251 = «(Del lat. *visar*, mirada, apariencia, aspecto), gesto, expresión del rostro» *(DRAE).*

252 Cap. 15 de este libro.

253 = «Superstición, agüero» (*DRAE,* 3).

254 IV *Reyes* 3 *(nota del autor)*, 27: «Entonces arrebató a su primogénito que había de reinar en su lugar y sacrificólo en holocausto sobre el muro; y hubo gran enojo en Israel, y retiráronse de él y volviéronse a su tierra» (O'G.).

255 12, 5 y 6; 14, 23 (22= 1792, Mat.) *(nota del autor)*: «Y esos crueles matadores de sus propios hijos, y comedores de las entrañas humanas, y devoradores de sangre; y esos parientes que con sus propias manos sacrificaban inocentes, fue tu voluntad destruirlos por manos de nuestros parientes»; «Porque o sacrificaban a sus propios hijos, o hacen sacrificios ocultos, o velaciones llenas de locura» (O'G.).

256 Sin «estotro le quita la mujer» (Mat.), cambiando el sentido.

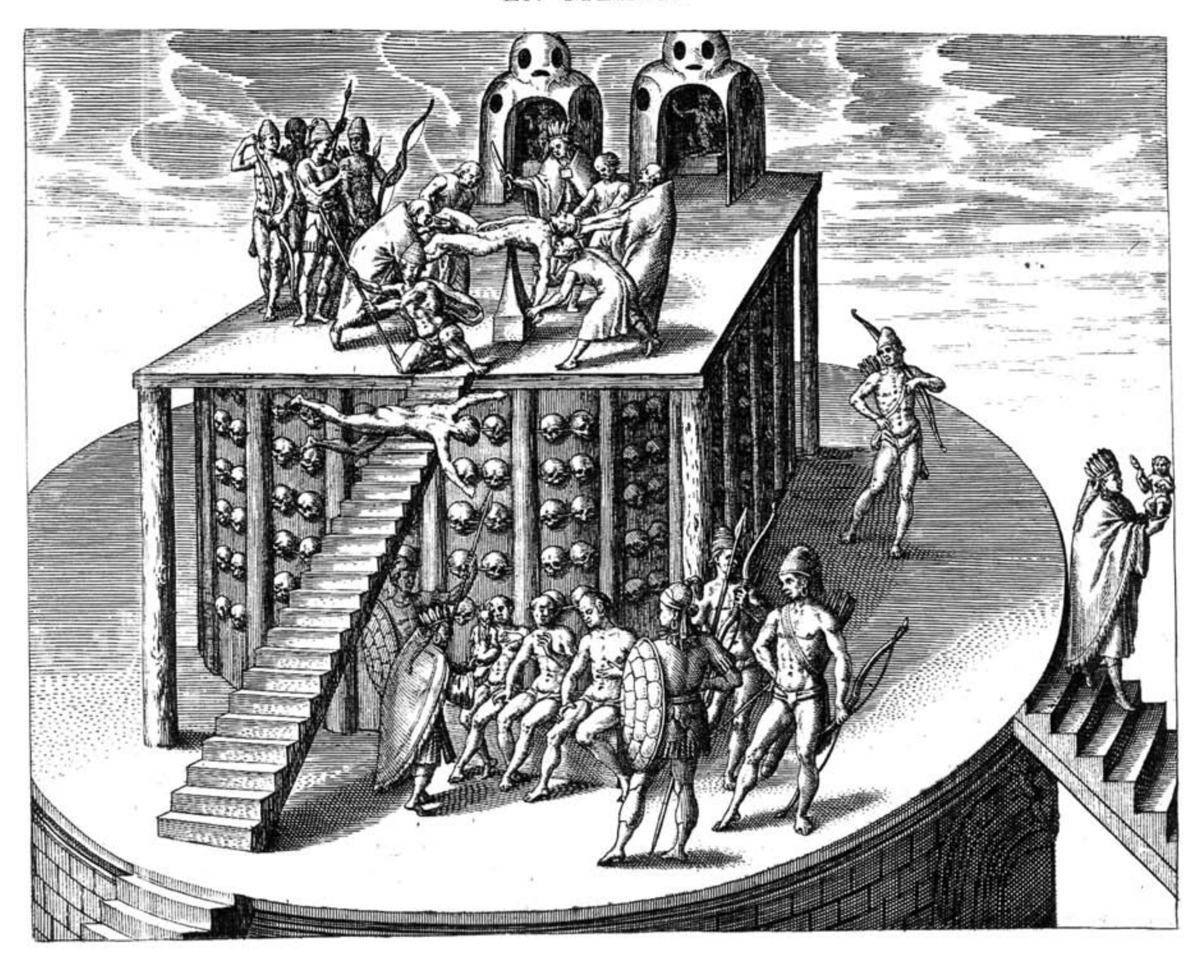
257 *Salmos* 105 *(nota del autor)*, 37: «Y sacrificaron sus hijos y sus hijas a los demonios» (O'G.).

258 «que le» (Mat.).

259 a.

260 «tenía» (Mat.).

8. De los sacrificios humanos de los indios en México





SEGÚN cuenta la crónica, es el templo de los mexicanos tal y como muestra esta ilustración, y en dichos templos celebran sus sacrificios humanos de la siguiente manera: reúnen en una determinada fiesta celebrada cada año a todos sus presos capturados en las guerras a sus enemigos, los conducen a la cima redonda de las calaveras en lo alto del templo y los colocan en orden uno cabe el otro. Baja entonces de la cima superior cuadrangular un sacerdote con una levita puesta y un ídolo en la mano y tras varias ceremonias se acerca a los condenados y pasa revista a todos, desde el primero al último, presentándoles el ídolo con estas palabras: Veis, éste es vuestro dios. Cuando ha acabado, vuelve a subir las escaleras, y entonces los condenados, bien vigilados todos por los guardias, son conducidos uno tras otro por la otra escalera a la cima superior, donde se encuentran los sacerdotes encargados de celebrar el sacrificio. Seis son, colocados uno cabe el otro, esperando. Tras hacer las reverencias al ídolo, cogen cuatro dellos con grande habilidad y destreza de brazos y piernas al pobre pecador, el quinto le pone un collar de madera alrededor del cuello, lo alzan entonces y lo depositan de espaldas sobre una piedra, de suerte que le cruje la cadera. Y viene entonces el sexto, que es el sumo sacerdote, y con gran destreza y conocimiento le abre el vientre y el pecho, le arranca el corazón aún fumeante y, tras mostrarlo al sol, lo arroja a la cara del ídolo, mientras dejan rodar el cadáver escaleras abajo. A lo cual se acercan los hombres de quienes fue el preso y lo cogen y lo cuecen, y mientras se divierten entre ellos y se invitan mutuamente.

Lámina 12. De los sacrificios humanos de los indios en México. (De Bry, vol. XI. Cfr. Acosta V, 20).

solemnes sacrificios: que parece siguieron en esto el estilo de los antiguos que, según quieren decir[261] autores, por eso llamaban *víctima* al sacrificio, **(p. 351)** porque era de cosa vencida. Como también la llamaban[262] *hostia, quasi ab hoste,* porque era ofrenda hecha de sus enemigos; aunque el uso fué extendiendo el un vocablo y el otro a todo género de sacrificio.[xxxix]

En efecto, los mexicanos no sacrificaban a sus ídolos sino sus cautivos, y por tener cautivos para sus sacrificios eran sus ordinarias guerras. Y así, cuando peleaban unos y otros, procuraban haber vivos a sus contrarios y prenderlos y no matallos[263] por gozar de sus sacrificios: y esta razón dió *Moctezuma* al marqués del Valle cuando le preguntó cómo,[264] siendo tan poderoso y habiendo conquistado tantos reinos, no había sojuzgado la provincia de *Tlascala* que tan cerca estaba. Respondió a esto *Moctezuma* que por dos causas no habían allanado aquella provincia, siéndoles cosa fácil de hacer si lo quisieran. La una era por tener en qué[265] ejercitar la juventud mexicana para que no se criase en ocio y regalo; la otra y principal, que había reservado aquella provincia para tener de dónde[266] sacar cautivos que sacrificar a sus dioses.

El modo que tenían en estos sacrificios era que en aquella palizada de calaveras que se dijo arriba [= V, 13] juntaban los que habían de ser sacrificados, y hacíase al pie desta palizada una ceremonia con ellos: y era que a todos los ponían en hilera, al pie della, con mucha gente de guardia que los cercaba. Salía luego* un sacerdote vestido con una alba corta, llena de flecos por la orla, y descendía de lo alto del templo con un ídolo hecho de masa de bledos y maíz, amasado con miel, que tenía los ojos de unas cuentas verdes y los dientes de granos de maíz; y venía con toda la priesa[267] que podía por las gradas del templo abajo, y subía por encima de una gran piedra que estaba fijada en un muy alto humilladero,[268] en medio del patio. Llamábase la piedra *quauhxicálli,* que quiere decir «la piedra del águila». Subiendo el sacerdote por una escaleri **(p. 352)** lla que estaba[269] enfrente del humilladero*, y bajando por otra que estaba de la otra parte, siempre abrazado con su ídolo subía adonde estaban los que se habían de sacrificar, y desde un lado hasta otro iba mostrando aquel ídolo a cada uno en particular, y diciéndoles: «Éste es vuestro dios». Y, en acabando de mostrárselo, descendía por el otro lado de las gradas y todos los que habían de morir se iban en procesión hasta el lugar donde habían de ser sacrificados, y allí hallaban aparejados[270] los ministros que los habían de sacrificar.

El modo ordinario del sacrificio era abrir el pecho al que sacrificaban y, sacándole el corazón medio vivo, al hombre lo echaban a rodar por las gradas del templo, las cuales se bañaban en sangre. Lo cual para que se entienda mejor, es de saber que al lugar del sacrificio salían seis sacrificadores constituidos en aquella dignidad: los cuatro para tener los pies y manos del que había de ser sacrificado, y otro para la garganta, y otro para cortar el pecho y sacar el corazón del sacrificado. Llamaban a éstos *chachalmúa*, que en nuestra lengua es lo mismo que «ministro de cosa sagrada»: era ésta una dignidad suprema y entre ellos tenida en mucho, la cual se heredaba como cosa de mayorazgo.[271]

El ministro que tenía oficio de matar, que era el sexto de éstos, era tenido y reverenciado como supremo sacerdote o pontífice: el nombre del cual era diferente según la diferencia de los tiempos y solemnidades en que sacrificaba; asimismo eran diferentes las vestiduras cuando salían a ejercitar su oficio en diferentes tiempos. El nombre de su dignidad era *pápa* y *topilzín.* El traje y ropa era una cortina colorada a manera de dalmática con unas flocaduras[272] por orla, una corona de plumas ricas verdes y amarillas en la cabeza, y en las orejas unos como zarcillos[273] de oro, engastadas en ellos unas piedras verdes; y debajo del labio —junto al medio de la barba— una pieza como canutillo de **(p. 353)** una piedra azul.

Venían estos seis sacrificadores[274] el rostro y las manos untados de negro muy atezado; los cinco traían unas cabelleras muy encrespadas y revueltas con unas vendas de cuero ceñidas por medio de las cabezas, y en la frente traían unas rodelas de papel pequeñas pintadas de diversos colores, vestidos con unas dalmáticas blancas labradas[275] de negro. Con este atavío se revestía[n] en la misma figura del demonio, que verlos salir con tan mala catadura ponía grandísimo miedo a todo el pueblo.

261 ciertos.
262 «llamaba» (Alc.).
263 «matarlos» (1792 y 1894).
264 «comó» (Mat.).
265 «que» (Príncipe, 1792 y Mat.).
266 «donde» (todos).
267 «prisa» (1792, O'G. y Alc.).
268 = «Lugar devoto que suele haber a las entradas o salidas de los pueblos y junto a los caminos, con una cruz o imagen» *(DRAE).*
269 «etaba» (Mat.).
270 = preparados.
271 = «Rigurosamente significa el derecho de suceder el primogénito en los bienes…» (*Autoridades*).
272 = «Guarnición hecha de flecos» *(DRAE).*
273 = «Pendiente, arete» *(DRAE),* «sarcillos» (Mat., O'G. y Alc.).
274 Con.
275 = «Aplícase a las telas o géneros que tienen alguna labor» (*DRAE,* 2).

9. Y OTRA MANERA DE SACRIFICAR HUMANOS



IENEN los mexicanos otra manera de sacrificar gentes que es ansí: cogen un preso o siervo, llévanlo al templo, ofrécenle el más fermoso de los aposentos del templo y vístenlo con las joyas del ídolo y tráctanlo del más cordial de los modos ofreciéndole comidas y bebidas, servidas ellas por los más principales y distinguidos señores. E introdúcenlo por la noche en una gran jaula de pájaro para impedir su huida, mas lo sueltan durante el día para que vaya adonde quiera, mas siempre acompañado de un buen guardia que le sigue y hace de sirviente; y cuando las calles recorre, todos cuantos le encuentran se apartan y se postran ante él y lo adoran. Y lleva también un chiflete en la mano para advertir a quienes no lo han visto que se aparten. Tiene permitido hacer todo cuanto le plazca durante todo un año. En acabar el año, sin embargo, se celebra una fiesta y le proporcionan un escudo y una espada para defenderse ante quien tiene el encargo de sacrificarle, y si vence al encargado de sacrificarle, no sólo quedará libre, sino será considerado un bizarro capitán durante el resto de sus días. Mas si acaba derrotado por su sacrificante o sacerdote, de seguida lo despellejan aún vivo en una piedra, sobre cual lo depositan, y van entonces con dicha piel de puerta en puerta mendigando y reuniendo un grande botín para sustento y conservación de su ídolo.

Lámina 13. Y otra manera de sacrificar humanos. (De Bry, vol. XI. Cfr. Acosta V, 21).

El supremo sacerdote traía en la mano un gran cuchillo de pedernal, muy agudo y ancho; otro sacerdote traía un collar de palo, labrado a manera de una culebra. Puestos todos seis ante el ídolo hacían su humillación, y poníanse en orden junto a la piedra piramidal, que arriba se dijo que estaba frontero[276] de la puerta de la cámara del ídolo. Era tan puntiaguda esta piedra que, echado de espaldas sobre ella el que había de ser sacrificado, se doblaba de tal suerte que dejando caer el cuchillo sobre el pecho con mucha facilidad se abría un hombre por medio.

Después de puestos en orden estos sacrificadores, sacaban[277] todos los que habían preso en las guerras que en esta fiesta habían de ser sacrificados, y muy acompañados de gente de guardia subíanlos en aquellas largas escaleras —todos en renglera[278] y desnudos en carnes— al lugar donde estaban apercibidos los ministros. Y, en llegando cada uno por su orden, los seis sacrificadores lo tomaban uno de un pie y otro del otro, uno de una mano y otro de otra, y lo echaban de espaldas encima de aquella piedra puntiaguda, donde el quinto destos ministros le echaba el collar a la garganta y el sumo sacerdote le abría el pecho con aquel cuchillo con una presteza extraña, arrancándole el corazón con las manos. Y así vaheando[279] se lo mostraba al sol, a quien ofrecía aquel calor y vaho del corazón, y luego* volvía al ídolo y arrojábaselo al rostro; y luego* el **(p. 354)** cuerpo del sacrificado le echaban rodando por las gradas del templo con mucha facilidad, porque estaba la piedra puesta tan junto a las gradas que no había dos pies de espacio entre la piedra y el primer escalón: y así, con un puntapié echaban los cuerpos por las gradas abajo.[280]

Y desta suerte sacrificaban todos los que había uno por uno; y, después de muertos y echados abajo los cuerpos, los alzaban los dueños por cuyas manos habían sido presos y se los llevaban y repartíanlos entre sí y se los comían, celebrando con ellos solemnidad.[xl] Los cuales, por pocos que fuesen, siempre pasaban de cuarenta y cincuenta, porque había hombres muy diestros en cautivar. Lo mismo hacían todas las demás naciones comarcanas, imitando a los mexicanos en sus ritos y ceremonias en servicio de sus dioses.[xli]

Capítulo 21

De otro género de sacrificios de hombres que usaban los mexicanos

Había otro género de sacrificio en diversas fiestas, al cual llamaban *Tlacaxipeualiztli,*[281] que quiere decir «desollamiento de personas». Llamóse así porque en ciertas fiestas tomaban un esclavo o esclavos, según el número que querían, y desollándoles el cuero se lo vestía una persona diputada para esto. Éste andaba por todas las casas y mercados de las ciudades cantando y bailando, y habíanle de ofrecer todos; y al que no le ofrecía le daba con un canto[282] del pellejo en el rostro, untándole con aquella sangre que tenía cuajada. Duraba esta intervención hasta que el cuero se corrompía. En este tiempo juntaban estos que así andaban mucha limosna, la cual se gastaba en cosas necesarias al culto de sus dioses.

En muchas destas fies **(p. 355)** tas hacían un desafío entre el que había de sacrificar y el sacrificado, en esta forma: ataban al esclavo por un pie en una rueda grande de piedra, y dábanle una espada y rodela en las manos para que se defendiese, y salía luego* el que le había de sacrificar armado con otra espada y rodela. Y, si el que había de ser sacrificado prevalecía contra el otro, quedaba libre del sacrificio y con nombre de capitán famoso, y como tal era después tratado. Pero, si era vencido, allí en la misma piedra en que estaba atado le sacrificaban.[283]

Otro género de sacrificio era cuando dedicaban algún cautivo que representase al ídolo, cuya semejanza decían que era. Cada año daban un esclavo a los sacerdotes para que nunca faltase la semejanza viva del ídolo: el[284] cual, luego* que entraba en el oficio, después de muy bien lavado le vestían todas las ropas e insignias del ídolo y poníanle su mismo nombre, y andaba todo el año tan honrado y reverenciado como el mismo ídolo. Traía consigo siempre doce hombres de guerra por que no se huyese, y con esta guarda

[276] = enfrente.
[277] a.
[278] «ringlera» (1792, 1894 y Mat). «Renglera o ringlera = Fila o línea de cosas puestas en orden unas tras otras» *(DRAE).*
[279] = «Echar de sí vaho o vapor» *(DRAE).*
[280] Ver lámina 32 (códice Tovar).

[281] *Racaxìpevaliztli* (todos). *Tlacatl* (hombre), *xipeua* (desollar), *liztli* (acción). Ésta es la verdadera escritura según el Códice Tovar, de donde toma directamente los datos Acosta: así que se trata de un lapsus del cajista.
[282] «Extremidad o lado de cualquier parte o sitio» (*DRAE,* 2).
[283] Ver lámina 34 (códice Tovar) y lámina 13.
[284] «al» (proponemos).

le dejaban andar libremente por donde quería; y, si acaso se huía, el principal de la guardia entraba en su lugar para representar el ídolo, y después ser sacrificado.

Tenía aqueste indio el más honrado aposento del templo, donde comía y bebía y adonde todos los principales le venían a servir y reverenciar, trayéndole de comer con el aparato y orden que a los grandes. Y, cuando salía por la ciudad, iba muy acompañado de señores y principales, y llevaba una flautilla en la mano que de cuando en cuando tocaba, dando a entender que pasaba: y luego* las mujeres salían con sus niños en los brazos y se los ponían delante, saludándole como a Dios; lo mismo hacía la demás gente. De noche le metían en una jaula de recias verguetas,[285] por que no se fuese, hasta que llegando la fiesta le sacrificaban como queda arriba referido.[286]

En las **(p. 356)** formas dichas y en otras muchas traía el demonio engañados y escarnecidos a los miserables, y era tanta la multitud de los que eran sacrificados con esta infernal crueldad, que parece cosa increíble; porque afirman que había vez que pasaban de cinco mil, y día hubo que en diversas partes fueron así sacrificados más de veinte mil.

Para esta horrible matanza usaba el diablo por sus ministros una donosa invención: y era que, cuando les parecía, iban los sacerdotes de Satanás a los reyes y manifestábanles cómo los dioses se morían de hambre, que se acordasen dellos. Luego* los reyes se apercibían y avisaban unos a otros cómo los dioses pedían de comer; por tanto, que apercibiesen su gente para un día señalado, enviando sus mensajeros a las provincias contrarias para que se apercibiesen a venir a la guerra. Y así, congregadas sus gentes y ordenadas sus compañías y escuadrones, salían al campo situado donde se juntaban los ejércitos; y toda su contienda y batalla era prenderse unos a otros para el efecto de sacrificar, procurando señalarse así una parte como otra en traer más cautivos para el sacrificio. De suerte que en estas batallas más pretendían prenderse que matarse, porque todo su fin era traer hombres vivos para dar de comer a los ídolos; y éste era el modo con que traían las víctimas a sus dioses. Y es de advertir que ningún rey era coronado, si no vencía primero alguna provincia de suerte que trajese gran número de cautivos para sacrificios de sus dioses; y así, por todas vías, era infinita cosa la sangre humana que se vertía en honra de Satanás.

[285] = «Varitas delgadas» *(DRAE).*

[286] En este mismo capítulo. Ver cap. 30, para completar descripción.

Capítulo 22

Cómo ya los mismos indios estaban cansados y no podían sufrir las crueldades de sus dioses

(p. 357) Esta tan excesiva crueldad en derramar tanta sangre de hombres, y el tributo tan pesado de haber de ganar siempre cautivos para el sustento de sus dioses, tenía ya cansados a muchos de aquellos bárbaros, pareciéndoles cosa insufrible; y, con todo eso, por el gran miedo que los ministros de los ídolos les ponían de su parte y por los embustes con que traían engañado al pueblo no dejaban de ejecutar sus rigurosas leyes, mas en lo interior deseaban verse libres de tan pesada carga.

Y fué providencia del Señor que en esta disposición hallasen a esta gente los primeros que les dieron noticia de la ley de Cristo, porque sin dubda ninguna les pareció buena ley y buen Dios el que así se quería servir. A este propósito me contaba un padre grave en la Nueva España que, cuando fué a aquel reino, había preguntado a un indio viejo y principal cómo los indios habían recibido tan presto la ley de Jesucristo, y dejado la suya sin hacer más pruebas ni averiguación ni disputa sobre ello, que parecía se habían mudado sin moverse por razón bastante. Respondió el indio:

> No creas, padre, que tomamos la ley de Cristo tan inconsideradamente como dices, porque te hago saber que estábamos ya tan cansados y descontentos con las cosas que los ídolos nos mandaban que habíamos tratado de dejarlos y tomar otra ley. Y, como la que vosotros nos predicásteis nos pareció que no tenía crueldades y que era muy a nuestro propósito, y tan justa y buena, entendimos que era la verdadera ley y así la recibimos con gran voluntad.

Lo que este indio dijo se confirma bien con lo que se lee en las primeras relaciones que Hernando Cortés envió al Emperador Carlos Quinto, donde refiere que después de tener conquistada la ciudad de México, estando en Cuyoacán le vinieron embajadores de la república y provincia de Michoacán pidiéndole que les enviase su ley y quien se la declarase,[287] porque **(p. 358)** ellos pretendían dejar la suya porque no les parecía bien. Y así lo hizo Cortés: y hoy día

[287] «declarsse» (Príncipe).

son de los mejores indios y más buenos cristianos que hay en la Nueva España.

Los españoles que vieron aquellos crueles sacrificios de hombres quedaron con determinación de hacer[288] todo su poder para destruir tan maldita carnicería de hombres; y más cuando vieron que una tarde, ante sus ojos, sacrificaron sesenta o setenta soldados españoles que habían prendido en una batalla que tuvieron durante la conquista de México. Y otra vez hallaron en Tezcuco, en un aposento, escrito de carbón: «Aquí estuvo preso el desventurado de fulano con sus compañeros, que sacrificaron los de Tezcuco».

Acaeció también un caso extraño, pero verdadero pues lo refieren personas muy fidedignas: y fué que, estando mirando los españoles un espectáculo de aquellos sacrificios, habiendo abierto y sacado el corazón a un mancebo muy bien dispuesto, y echándole rodando por la escalera abajo —como era su costumbre—, cuando llegó abajo dijo el mancebo a los españoles en su lengua: «Caballeros: muerto me han»; lo cual causó grandísima lástima y horror a los nuestros. Y no es cosa increíble que aquel hablase, habiéndole arrancado el corazón; pues refiere Galeno[289] haber sucedido algunas veces en sacrificios de animales, después de haberles sacado el corazón y echádole en el altar, respirar los tales animales, y aun bramar reciamente y huir por un rato.

Dejando por agora la disputa de cómo se compadezca esto con la naturaleza, lo que hace al intento es ver cuán insufrible servidumbre tenían aquellos bárbaros al homicida infernal, y cuán grande misericordia les ha hecho el Señor en comunicarles su ley mansa, justa y toda agradable[xlii].

Capítulo 23

Cómo el demonio ha procurado remedar los sacramentos de la santa Iglesia

(p. 359) Lo que más admira de la invidia* y competencia de Satanás es que, no sólo en idolatrías y sacrificios sino también en cierto modo de ceremonias, haya remedado nuestros sacramentos que Jesucristo Nuestro Señor instituyó y usa su santa Iglesia; especialmente el sacramento de comunión, que es el más alto y divino, pretendió en cierta forma imitar para gran engaño de los infieles,[290] lo cual pasa de esta manera:

En el mes primero —que en el Pirú se llamaba *ráyme,* y responde a nuestro diciembre— se hacía una solemnísima fiesta llamada *Capacráyme*, y en ella grandes sacrificios y ceremonias por muchos días, en los cuales ningún forastero podía hallarse en la corte, que era el Cuzco. Al cabo destos días se daba licencia para que entrasen todos los forasteros, y los hacían participantes de la fiesta y sacrificios, comulgándolos en esta forma: Las *mamaconas* del sol —que eran como monjas del sol— hacían unos bollos pequeños de harina de maíz, teñida y amasada en sangre sacada de carneros blancos, los cuales aquel día sacrificaban. Luego* mandaban entrar los forasteros de todas las provincias y poníanse en orden, y los sacerdotes —que eran de cierto linaje, descendientes de *Lluqui Yupángui*—[291] daban a cada uno un bocado de aquellos bollos, diciéndoles que aquellos bocados les daban para que estuviesen confederados y unidos con el Inga. Y que les avisaban que no dijesen ni pensasen mal contra el Inga sino que tuviesen siempre buena intención con él, porque aquel bocado sería testigo de su intención; y, si no hiciesen lo que debían, los había de descubrir y ser contra ellos.

Estos bollos se sacaban en platos grandes[292] de oro y de[293] plata que estaban diputados para esto, y todos recibían y comían los bocados agradeciendo mucho al sol tan grande merced, diciendo palabras y haciendo ademanes de mucho contento y devoción; y protestaban[294] que en su vida no harían ni pensarían cosa contra el sol ni contra el Inga, y que con **(p. 360)** aquella condición recibían aquel manjar del sol; y que aquel manjar estaría en sus cuerpos, para testimonio de la[295] fidelidad que guardaban al sol y al Inga, su rey.

Esta manera de comunión diabólica se daba también en el décimo mes —llamado *coyaráime,* que era septiembre— en la fiesta solemne que llaman *Cítua,* haciendo la misma ceremonia;[296] y demás de comulgar (si se sufre usar deste[297] vocablo en cosa tan diabólica) a todos los que habían venido de fuera, enviaban también de los dichos bollos a todas las *guacas* o santuarios o ídolos forasteros de todo el reino. Y estaban al mismo tiempo personas de todas partes para

[288] = emplear.

[289] Galeno: libro 2 *De Hipocratis et Platonis placitis,* cap. 4 *(nota del autor).*

[290] «fieles» (Mat.).

[291] Ver cap. 23 del libro VI, inca de la rama de Urincuzco.

[292] Sin «grandes» (Mat.).

[293] «este» (O'G. y Alc.).

[294] = «Declarar alguien su intención de ejecutar una cosa» (*DRAE,* 1).

[295] «su» (Mat.).

[296] Véase cap. 28 siguiente.

[297] Sin «de» (O'G. y Alc.).

recebillos,[298] y les decían que el sol les enviaba aquello en señal que quería que todos lo venerasen y honrasen; y también se enviaba algo a los caciques por favor.

Alguno por ventura terná[299] esto por fábula o invención; mas en efecto es cosa muy cierta que desde *Inga Yupángui* —que fue el que más leyes hizo de ritos y ceremonias, como otro Numa en Roma— duró esta manera de comunión hasta que el evangelio de nuestro Señor Jesucristo echó[300] todas estas supersticiones, dando el verdadero manjar de vida y que confedera las almas y las une con Dios. Y quien quisiere satisfacerse enteramente, lea la relación que el licenciado Polo escribió al arzobispo de Los Reyes, D. Jerónimo de Loaysa, y hallará esto y otras muchas cosas que con grande diligencia y certidumbre averiguó.[xliii]

Capítulo 24

De la manera con que el demonio procuró, en México[301], remedar la fiesta de Corpus Christi y comunión que usa la santa Iglesia

Mayor admiración pondrá la fiesta y semejanza de comunión que el mismo demonio, príncipe de los hijos de soberbia, ordenó en México. La cual, aunque **(p. 361)** sea un poco larga, es bien referilla[302] como está escrita por personas fidedignas.[xliv]

En el mes de mayo hacían los mexicanos su principal fiesta de su dios *Vitzilipúztli* y, dos días antes de la fiesta, aquellas mozas que dijimos arriba[303] que guardaban recogimiento en el mismo templo y eran como monjas molían cantidad de semilla de bledos juntamente con maíz tostado. Y, después de molido, amasábanlo con miel y hacían de aquella masa un ídolo tan grande como era el de madera, y poníanle por ojos unas cuentas verdes o azules o blancas, y por dientes unos granos de maíz, sentado con todo el aparato que arriba queda dicho [cap. 20]. El cual, después de perficionado,[304] venían todos los señores y traían un vestido curioso y rico conforme al traje del ídolo, con el cual le vestían; y, después de muy bien vestido y aderezado, sentábanlo en un escaño azul en sus andas para llevarle en hombros.

Llegada la mañana de la fiesta, una hora antes de amanecer salían todas estas doncellas vestidas de blanco con atavíos nuevos, y aquel día las llamaban «hermanas del dios *Vitzilipúztli*». Venían coronadas con guirnaldas de maíz tostado y reventado que parece azahar,[305] y a los cuellos gruesos sartales de lo mismo que les venían por debajo del brazo izquierdo, puesta su color en los carrillos, y los brazos desde los codos hasta las muñecas emplumados con plumas coloradas de papagayos: y,[306] así aderezadas, tomaban las andas del ídolo en los hombros y sacábanlas al patio, donde estaban ya todos los mancebos vestidos con unos paños de red galano*s, coronados de la misma manera que las mujeres. En saliendo las mozas con el ídolo, llegaban los mancebos con mucha reverencia y tomaban las andas en los hombros trayéndolas al pie de las gradas del templo, donde se humillaba todo el pueblo; y tomando tierra del suelo se la ponían en la cabeza, que era ceremonia ordinaria entre ellos en las principales fiestas **(p. 362)** de sus dioses.

Hecha esta ceremonia, salía todo el pueblo en procesión con toda la priesa* posible e iban a un cerro que está[307] una legua de la ciudad de México, llamado *Chapultepéc*, y allí hacían estación y sacrificios. Luego* partían con la misma priesa* a un lugar cerca de allí, que se dice *Atlacúyaváya*, donde hacían la segunda estación; y de allí iban a otro pueblo una legua adelante, que se dice *Cuyoacán*, de donde partían volviéndose a la ciudad de México sin hacer pausa. Hacíase este camino de más de cuatro leguas en tres o cuatro horas; llamaban a esta procesión *Ypayna Vitzilipúztli,* que quiere decir «el veloz y apresurado camino de Vitzilipúztli».

Acabados de llegar al pie de las gradas ponían allí las andas, y tomaban unas sogas gruesas y atábanlas a los asideros de las andas, y con mucho tiento y reverencia —unos tirando de arriba y otros ayudando de abajo— subían las andas con el ídolo a la cumbre del templo con mucho ruido de flautas y clamor de bocinas, y caracoles* y atambores. Subíanlo desta manera por ser las gradas del templo muy empinadas y angostas, y la escalera bien larga, y así no[308] podían subir con las andas en los hombros. Y, al tiempo que subían al ídolo, estaba todo el pueblo en el patio con mucha reverencia y temor.

[298] «recibirlos» (1792 y 1894), «recebirlos» (O'G. y Alc.).
[299] «tendrá» (1792, 1894 y Mat.).
[300] «hechó» (O'G. y Alc.).
[301] Sin «en México» (Mat), sin razón alguna.
[302] «referirla» (1792 y 1894).
[303] Cap. 15.
[304] «perfeccionado» (1792, 1894 O'G. y Alc.), = concluido de formar, con esa masa.
[305] = «Flor blanca, y por antonomasia la del naranjo, limonero y cidro» *(DRAE).* Se trata en esta metáfora floral de las conocidas «palomitas de maíz», que hoy comemos como divertimento.
[306] Sin «y» (Alc.).
[307] «a» (añade Mat.).
[308] «no se» (Mat.).

Acabado de subirle a lo alto y metido en una casilla de rosas que le tenían hecha, venían luego* los mancebos y derramaban muchas flores de diversas colores, hinchiendo[309] todo el templo dentro y fuera dellas. Hecho esto, salían todas las doncellas con el aderezo referido, y sacaban de su recogimiento unos trozos de masa de maíz tostado y bledos —que era la misma de que el ídolo era hecho, hechos a manera de huesos grandes— y entregábanlos a los mancebos; y ellos subíanlos arriba y poníanlos a los pies del ídolo, por todo aquel lugar hasta que no cabían más. A estos trozos de masa llamaban «los huesos y carne de Vitzilipúztli».

Puestos allí los huesos, salían to **(p. 363)** dos los ancianos del templo, sacerdotes y levitas, y todos los demás ministros según sus dignidades y antigüedades: porque las había con mucho concierto y orden, con sus nombres y dictados. Salían unos tras otros con sus velos de red de diferentes colores y labores, según la dignidad y oficio de cada uno, con guirnaldas en las cabezas y sartales de flores en los cuellos. Tras éstos salían los dioses y diosas que adoraban en diversas figuras, vestidos de la misma librea,[310] y, poniéndose en orden al derredor* de aquellos trozos de masa, hacían cierta ceremonia de canto y baile sobre ellos, con lo cual quedaban benditos y consagrados por carne y huesos de aquel ídolo.

Acabada[311] la bendición y ceremonia de aquellos trozos de masa con que quedaban tenidos por huesos y carne del ídolo,[xlv] de la misma manera los veneraban que a su dios. Salían luego* los sacrificadores y hacían el sacrificio de hombres en la forma que está referida arriba, y eran en éste sacrificados más número que en otro día por ser la fiesta tan principal. Acabados pues los sacrificios, salían luego* todos los mancebos y mozas del templo, aderezados como está dicho; puestos en orden y en hileras los unos en frente de los otros, bailaban y cantaban al son de un atambor que les tañían en loor de la solemnidad y del ídolo que celebraban, a cuyo canto todos los señores y viejos y gente principal respondían bailando en el circuito dellos —haciendo un hermoso corro como lo tienen de costumbre, estando siempre los mozos y las mozas en medio—, a cuyo espectáculo venía toda la ciudad[312].

En este día del ídolo *Vitzilipúztli* era precepto, muy guardado en toda la tierra, que no se había de comer otra comida sino de aquella masa con miel de que el ídolo era hecho; y este manjar se había de comer luego* en amaneciendo, y que no se había de beber agua ni otra cosa alguna sobre ello, hasta pasado medio día, y lo contrario tenían por gran agüero y sacri **(p. 364)** legio. Pasadas las ceremonias, podían comer otras cosas. En este ínterin,[313] escondían el agua de[314] los niños y avisaban a todos los que tenían uso de razón que no bebiesen agua porque vendría la ira de dios sobre ellos, y morirían; y guardaban esto con gran cuidado y rigor.

Concluidas las ceremonias, bailes y sacrificios, íbanse a desnudar; y los sacerdotes y dignidades del templo tomaban el ídolo de masa y desnudábanle de aquellos aderezos que tenía, y así a él como a los trozos que estaban consagrados los hacían muchos pedazos y, comenzando desde los mayores, repartíanlos y dábanlos a modo de comunión a todo el pueblo: chicos y grandes, hombres y mujeres. Y recibíanlo con tanta reverencia, temor y lágrimas que ponía admiración,[315] diciendo que comían la carne y huesos de dios teniéndose por indignos dello; los que tenían enfermedades pedían para ellos, y llevábanselo con muchas reverencias y veneración. Todos los que comulgaban quedaban obligados a dar diezmo de aquella semilla de que se hacía el ídolo. Acabada la solemnidad de la comunión, se subía un viejo de mucha autoridad, y en voz alta predicaba su ley y ceremonias.

¿A quién no pondrá admiración que tuviese el demonio tanto cuidado de hacerse adorar y recibir al modo que Jesucristo nuestro Dios ordenó y enseñó, y como la Santa Iglesia lo acostumbra? Verdaderamente se echa de ver bien lo que al principio se dijo, que en cuanto puede procura Satanás usurpar y hurtar para sí la honra y culto debido a Dios, aunque siempre mezcla sus crueldades y suciedades porque es espíritu homicida e inmundo y padre de mentira.

Capítulo 25

De la confesión y confesores que usaban los indios

(p. 365) También el sacramento de la confesión quiso el mismo padre de mentira remedar, y de sus idólatras hacerse honrar con ceremonia muv semejante al uso de los fieles.

309 De henchir, = «ocupar totalmente con algo un espacio, llenar» (*DRAE,* 1). Parece que en Salamanca se usa «hinchir» (*DRAE,* s.v. «hinchimiento»), lo que se aplicaría bien al P. Acosta.

310 = «Vestido uniforme…»(*DRAE,* 2).

311 «Acababa» (Alc.), sin sentido.

312 Ver lámina 37 (códice Tovar).

313 = «Entretanto» (*DRAE,* 2).

314 = a.

315 Con paréntesis «que ponía admiración», impropio (Príncipe).

En el Pirú tenían por opinión que todas las adversidades y enfermedades venían por pecados que habían hecho, y para remedio usaban de sacrificios; y ultra* deso, también se confesaban vocalmente casi en todas las provincias; y tenían confesores diputados para esto mayores y menores, y pecados reservados al mayor; y recibían penitencias, y algunas veces ásperas, especialmente si era hombre pobre el que hacía el pecado y no tenía qué dar al confesor; y este oficio de confesar también lo tenían las mujeres.

En las provincias de *Collasuyo* fué y es más universal este uso de confesores hechiceros, que llaman ellos *ichúri o ichúiri*. Tienen por opinión que es pecado notable encubrir algún pecado en la confesión, y los *ichuris* o confesores averiguan —o por suertes o[316] mirando la asadura[317] de algún animal— si les encubren algún pecado, y castíganlo con darle en las espaldas cantidad de golpes con una piedra: hasta que lo dice todo, y le dan la penitencia y hacen el sacrificio. Esta confesión usan también cuando están enfermos sus hijos o mujeres o maridos, o sus caciques, o cuando están en algunos grandes trabajos;[318] y cuando el Inga estaba enfermo se confesaban todas las provincias, especialmente los *Collas*. Los confesores tenían obligación al secreto, pero con ciertas limitaciones.

Los pecados de que principalmente se acusaban eran, lo primero, matar uno a otro fuera de la guerra. *Item* hurtar. *Item* tomar la mujer ajena. *Item* dar yerbas o hechizos para hacer mal. Y por muy notable pecado tenían el descuido en la reverencia de sus *guacas* y el quebrantar sus fiestas, y el decir mal del Inga y el no obedecerle. No se acusaban de pecados y actos interiores y, según relación de algunos sacerdo **(p. 366)** tes, después que los cristianos vinieron a la tierra se acusan[319] a sus *ichuris* o confesores aún de los pensamientos.

El Inga no confesaba sus pecados a ningún hombre sino sólo al sol, para que él los dijese al *Viracocha* y le perdonase. Después de confesado el Inga hacía cierto lavatorio para acabar de limpiarse de sus culpas, y era en esta forma: que, poniéndose en un río corriente, decía estas palabras «Yo he dicho mis pecados al sol, tú río los recibe,[320] llévalos a la mar donde nunca más parezcan».[321] Estos lavatorios usaban también los demás que se confesaban, con ceremonia muy semejante a la que los moros usan, que ellos llaman el *guadoi* y los indios los llaman *opacúna*.[322]

[316] Sin «o» (Mat.), que cambia el sentido.
[317] = «Conjunto de las entrañas del animal» *(DRAE).*
[318] = acometiendo negocios de importancia.
[319] «acusaban» (Mat.), en contrasentido.
[320] = recíbelos, ¿recibes?
[321] = aparezcan.
[322] Ver cap. 27.

Y cuando acaecía morírsele a algún hombre sus hijos le tenían por gran pecador, diciéndole que por sus pecados sucedía que muriese primero el hijo que el padre. Y a estos tales, cuando después de haberse confesado hacían los lavatorios llamados *opacúna* (según está dicho),[323] los había de azotar con ciertas ortigas[324] algún indio monstruoso, como corcovado[325] o contrecho[326] de su nacimiento. Si los hechiceros o sortílegos por sus suertes o agüeros afirmaban que habia de morir algun enfermo, no dubdaba de matar su proprio hijo, aunque no tuviese otro: y con esto entendía[327] que adquiría salud diciendo que ofrecía a su hijo en su lugar, en sacrificio. Y después de haber cristianos en aquella tierra, se ha hallado en algunas partes esta crueldad.

Notable cosa es, cierto, que haya prevalecido esta costumbre de confesar pecados secretos y hacer tan rigurosas penitencias como era ayunar, dar ropa, oro, plata, estar en las sierras, recibir recios golpes en las espaldas; y hoy día dicen los nuestros que en la provincia de *Chicuyto** topan esta pestilencia de confesores o *ichuris*, y que muchos enfermos acuden a ellos. Mas ya por la gracia del Señor se van desengañando del todo y conocen el beneficio grande de nuestra confesión sacramental, y con gran devoción y fe acuden a ella. Y, en parte, ha sido **(p. 367)** providencia del Señor permitir el uso pasado para que la confesión no se les haga dificultosa; y así en todo, el Señor es glorificado y el demonio burlador queda burlado.

Por venir a este propósito referiré aquí el uso de confesión extraño que el demonio introdujo en el Japón, según por una carta de allá consta, la cual dice así:

> En Ozaca[328] hay unas peñas grandísimas, y tan altas que hay en ellas riscos de más de doscientas brazas de altura; y entre estas peñas sale hacia fuera una punta tan terrible que de sólo llegar los *xamabúxis* (que son los romeros)[329] a ella, les tiemblan

[323] Sin paréntesis (Mat.).
[324] «hortigas» (Príncipe y Mat.).
[325] «corvado» (Alc.), = «Corcova (del bajo latín hispano *cucurvus*, probable reduplicación de *curvus*), corbadura anómala de la columna vertebral o del pecho, o de ambos a la vez» *(DRAE).*
[326] = «Baldado, tullido, deforme» *(DRAE);* contrahecho, diríamos hoy.
[327] = creía.
[328] = No Osaka, la conocida ciudad japonesa. Es el nombre de una comarca que se sitúa en el monte Omine (provincia de Nara, península de Kii), que es uno de los montes sagrados y lugares de peregrinación para los monjes de la religión Shugendo. Debo los datos añadidos en este capítulo a la Dra. Akemi Saito, y Acosta a una carta anua jesuita, como indica al principio del relato literal (por eso lo sangramos).
[329] = «Aplícase al peregrino que va en romería con bordón y esclavina (De Roma, porque a esta ciudad como cabeza de la Iglesia, fueron las primeras peregrinaciones)» (*DRAE,* 2). Los Xamabúxis eran monjes de la religión Shugendo, que vivían en la montaña dedicados al culto a la montaña, conocían plantas por su poder medicinal y para predecir el futuro, encontrar objetos perdidos y curar enfermedades, o practicar magia contra

las carnes y se les despeluzan los cabellos, según es el lugar terrible y espantoso. Aquí en esta punta está puesto, con extraño artificio, un grande bastón de hierro de tres brazas de largo, o más, y en la punta deste bastón está asido uno como peso,[330] cuyas balanzas son tan grandes que en una de ellas puede sentarse un hombre; y en una dellas hacen los *goquis* (que son los demonios en figura de hombres)[331] que entren estos peregrinos uno por uno, sin que quede ninguno; y por un ingenio que se menea mediante una rueda hacen que vaya el bastón saliendo hacia afuera, y en él la balanza va saliendo, de manera que finalmente queda toda en el aire, y asentado en ella uno de los *xamabúxis*. Y, como la balanza en que está sentado el hombre no tiene contrapeso ninguno en la otra, baja luego* hacia abajo y levántase la otra hasta que topa en el bastón; y entonces le dicen los *goquis* desde las peñas que se confiese y diga todos sus pecados, cuantos hubiere hecho y se acordare. Y esto es en voz tan alta que lo oigan todos los demás que allí están. Y comienza a confesarse, y unos de los circunstantes se ríen de los pecados que oyen y otros gimen. Y a cada pecado que dicen baja la otra balanza un poco hasta que finalmente, habiendo dicho todos sus pecados, queda la balanza vacía igual con la otra en que **(p. 368)** está el triste penitente. Y llegada la balanza al fin con la otra, tornan[332] los *goquis* a hacer andar la rueda, y traen para dentro el bastón, y ponen a otro de los peregrinos en la balanza, hasta que pasan todos.

Contaba esto uno de los japones[333] después de hecho cristiano, el cual había andado esta peregrinación siete veces y entrado en la balanza otras tantas, donde públicamente se había confesado; y decía que, si acaso alguno de éstos puesto en aquel lugar deja de confesar el pecado como pasó, o lo encubre, la balanza vacía no baja; y, si después de haberle hecho instancia que confiese, él porfia[334] en no querer confesar sus pecados, échanlo los goquis de la balanza abajo, donde al momento se hace pedazos. Pero decíanos este cristiano, llamado Juan, que ordinariamente es tan grande el temor y temblor[335] de aquel lugar en todos los que a él llegan, y el peligro que cada uno ve al ojo de[336] caer de aquella balanza y ser despeñado de allí abajo, que casi nunca —por maravilla— acontece haber alguno que no descubra[337] todos sus pecados. Llámase aquel lugar por otro nombre Sangenotocóro, que quiere decir «lugar de confesión».

Vese por esta relación bien claro cómo el demonio ha pretendido usurpar el culto divino para sí, haciendo la confesión de los pecados que el Salvador instituyó para remedio de los hombres superstición diabólica para mayor daño de ellos, no menor en la gentilidad del Japón que en la de las provincias del Collao, en el Perú.

Capítulo 26

De la unción abominable que usaban los sacerdotes mexicanos y otras naciones, y de sus hechiceros

En la ley antigua ordenó Dios el modo con que se había de consagrar Aarón y los otros sacerdotes, y en **(p. 369)** la ley evangélica también tenemos el sancto crisma y unción, de que usamos cuando nos[338] consagran sacerdotes de Cristo. También había en la ley antigua cierta composición olorosa, que mandaba Dios que no se usase sino sólo para el culto divino. Todo esto ha querido el demonio en su modo[339] remedar, pero como él suele: inventando cosas tan asquerosas y sucias que ellas mismas dicen cuál sea su autor.[xlvi]

Los sacerdotes de los ídolos en México se ungían en esta forma: untábanse de pies a cabeza y el cabello todo, y desta unción —que ellos se ponían mojada— venían a criarse[340] en el cabello unas como trenzas, que parecían clines[341] de caballo encrisnejadas.[342] Y con el largo tiempo crecíales tanto el cabello que les venía a dar a las corvas,[343] y era tanto el peso

enemigos. Son monjes guerreros, resistentes a la autoridad central, que acuden dos veces al año en peregrinación de varios meses, y en ellas deben pasar pruebas para adquirir la divinidad, por influencia budista (ayuno, lucha, meditación, canto, confesión…).

330 = «Balanza u otro utensilio para pesar» (*DRAE,* 10).

331 «hombre» (Mat). Se trata de habitantes sobrenaturales de la montaña sagrada, que acompañan a los monjes como guías de su peregrinación, y que pueden quitarle la vida, cuando se comportaban mal.

332 «vuelven» (1792, 1894 y Mat.).

333 = japoneses.

334 «confía» (Mat.), dejando sin sentido la frase.

335 «templor» (Alc.).

336 = Ante el espectáculo, «cercanamente, o a la vista de» (*DRAE,* loc. adv.).

337 «descubre» (Alc. y O'G.).

338 = Habla un sacerdote, el autor.

339 «modo de» (O'G. y Alc.), sin sentido, = a su manera.

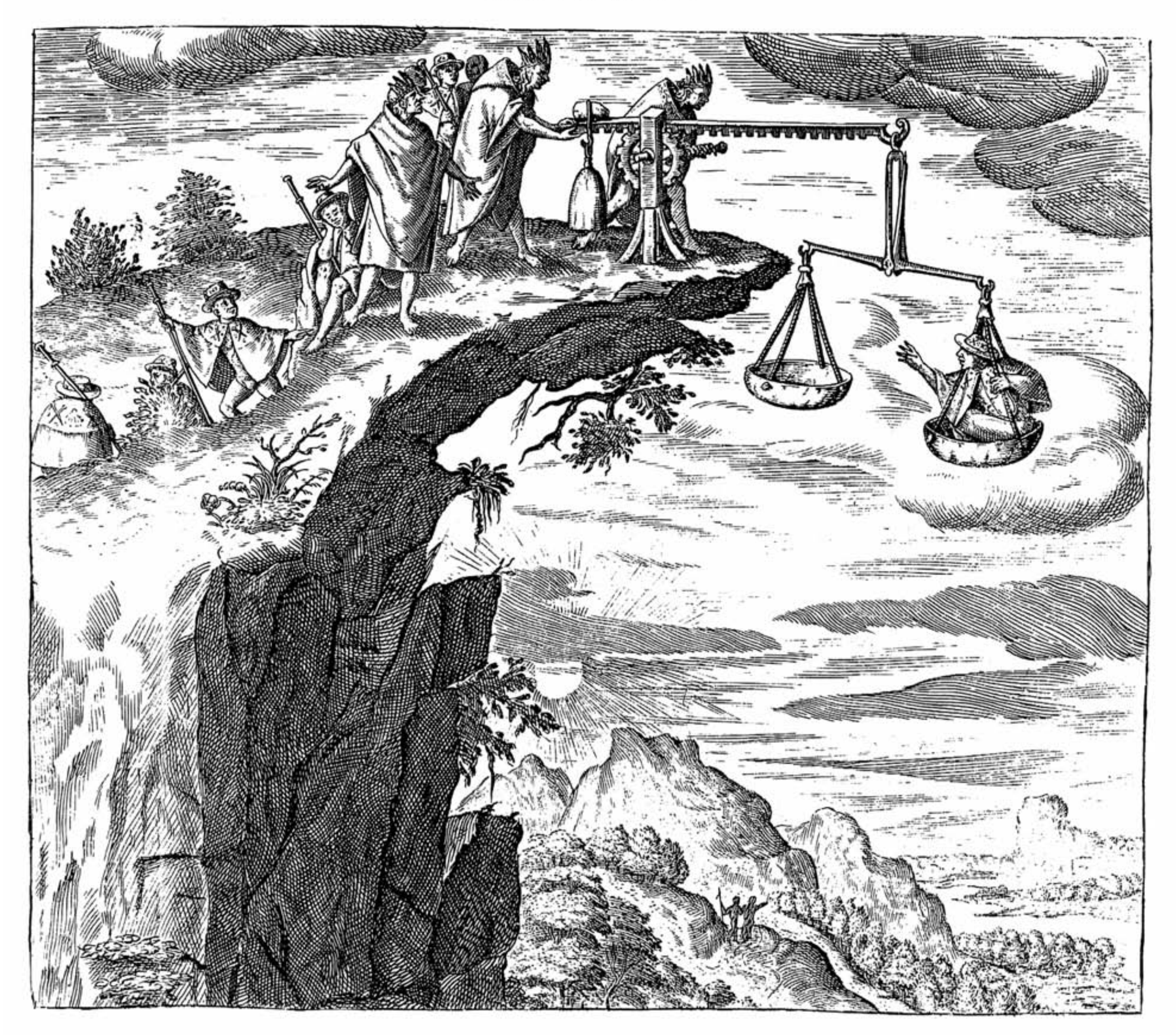
340 «crearse» (Alc.).

341 «crines» (1792, 1894 y Mat.).

342 = «Dícese del cabello u otra cosa que está hecha trenzas» *(DRAE).*

343 = «Parte de la pierna, opuesta a la rodilla, por donde se dobla y encorva» *(DRAE).*

10. DE UNA ASAZ EXTRAÑA MANERA DE CONFESAR LOS PECADOS



CUENTA la crónica entre otras cosas de la asaz extraña manera de confesar que es la costumbre en el Japón. Hay en la región de Osaka unas rocas sumamente grandes y altas, cuyas puntas sobresalen a más de doscientos brazos de altura y entre las cuales tanto sobresale una, que los peregrinos, que la llaman Xamabuxis, tiemblan no más en verla. Y hay en estas puntas que sobresalen una barra de fierro que con una rosca se hace girar hacia dentro y hacia fuera. Del extremo de dicha barra cuelga una balanza. Y cuando ponen a alguien en esta balanza para hacerle confesar sus pecados, la hacen girar hacia fuera de modo que cuelgue en el vacío, y se eleva entonces el platillo libre en que no hay nada y el pecador, sentado en el otro platillo, es conminado por los *coquis*, sacerdotes disfrazados de diablos, a confesar sus pecados, y baja el platillo libre a medida que confiesa sus pecados hasta quedar los dos platillos a igual altura. A esto vuelven a girar la barra hacia dentro, permiten salir al pecador y asientan a otro en el platillo; y cuando ocurre que el pecador prefiere callar algunos de sus pecados, lo conminan a confesar, y de no hacerlo pese a tales advertencias, lo arrojan del platillo a que caiga y se estrelle su cuerpo en el valle y muera del todo estrazado.

Lámina 14. De una asaz extraña manera de confesar los pecados. (De Bry, vol. XI, Acosta V, 25).

que en la cabeza traían que pasaban grandísimo trabajo: porque no lo cortaban o cercenaban hasta que morían, o hasta que ya de muy viejos los jubilaban y ponían en cargos de regimientos u otros oficios honrosos[344] en la república. Traían éstos las cabelleras trenzadas en unas trenzas de algodón de seis dedos en ancho. E1 humo con que se tiznaban era ordinario de tea, porque desde sus antigüedades fué siempre ofrenda particular de sus dioses, y por esto muy tenido y reverenciado. Estaban con esta tinta siempre untados de los pies a la cabeza, que parecían negros muy atezados.

Y ésta era su ordinaria unción, excepto que cuando iban a sacrificar y a encender incienso a las espesuras y cumbres de los montes, y a las cuevas oscuras y temerosas donde tenían sus ídolos, usaban de otra unción diferente haciendo ciertas ceremonias para perder el temor y cobrar grande ánimo. Esta unción era hecha de diversas sabandijas ponzoñosas, como de arañas, alacranes, cientopies, salamanquesas, víboras, etc.; las cuales recogían los muchachos de los colegios, y eran tan diestros que tenían muchas juntas en can **(p. 370)** tidad para cuando los sacerdotes las pedían. Su particular cuidado era andar a caza destas sabandijas y, si yendo a otra cosa acaso topaban alguna, allí ponían el cuidado en cazarla como si en ello les fuese la vida. Por cuya causa, de ordinario no tenían temor estos indios destas sabandijas ponzoñosas, tratándolas como si no lo fueran, por haberse criado todos en este ejercicio.

Para hacer el ungüento de éstas tomábanlas todas juntas y quemábanlas en el brasero del templo, que estaba delante del altar, hasta que quedaban hechas ceniza; la cual echaban en unos morteros con mucho *tabaco* (que es una hierba de que esta gente usa para amortiguar la carne y no sentir el trabajo);[xlvii] con esto revolvían aquellas cenizas, que les hacía perder la fuerza. Echaban juntamente con esta yerba y ceniza algunos alacranes y arañas vivas y cientopies, y allí lo revolvían y amasaban; y después de todo esto le echaban una semilla molida que llaman *ololúchqui,* que toman los indios bebida para ver visiones, cuyo efecto es privar de juicio. Molían asimismo con estas cenizas gusanos negros y peludos, que sólo el pelo tiene ponzoña. Todo esto junto amasaban con tizne y, echándolo en unas ollitas, poníanlo delante de sus dioses diciendo que aquella era su comida, y así la llamaban «comida divina».

Con esta unción se volvían brujos, y vían* y hablaban al demonio. Embijados* los sacerdotes con aquesta[345] masa perdían todo temor, cobrando un espíritu de crueldad, y así mataban los hombres en los sacrificios con grande osadía. E iban de noche solos a montes y cuevas oscuras y temerosas, menospreciando las fieras: teniendo por muy averiguado que los leones, tigres, lobos, serpientes y otras fieras que en los montes se crían huirían dellos por virtud de aquel «betún de Dios»; y, aunque no huyesen del betún, huirían de ver **(p. 371)** un retrato del demonio en que iban transformados.[xlviii] También servía este betún para curar los enfermos y niños, por lo cual le llamaban todos «medicina divina», y así acudían de todas partes a las dignidades y sacerdotes como a saludadores[346] para que les aplicasen la medicina divina, y ellos les untaban con ella las partes enfermas.

Y afirman que sentían con ella notable alivio; y debía esto de ser porque el tabaco y el *ololúchqui* tienen gran virtud de amortiguar y, aplicado por vía de emplasto, amortigua las carnes: esto solo por sí, ¡cúanto más con tanto género de ponzoñas![xlix] Y, como les amortiguaba el dolor, parecíales efecto de sanidad y de virtud divina, acudiendo a estos sacerdotes como a hombres sanctos; los cuales traían engañados y embaucados[347] los ignorantes persuadiéndoles[348] cuanto querían, haciéndoles acudir a sus medicinas y ceremonias diabólicas, porque tenían tanta autoridad que bastaba decirles ellos cualquiera cosa para tenerla por artículo de fe. Y así, hacían en el vulgo mil supersticiones en el modo de ofrecer incienso y en la manera de cortarles el cabello, y en atarles palillos a los cuellos e hilos con huesezuelos de culebras, que se bañasen a tal y tal hora, que velasen de noche a un fogón, y que no comiesen otra cosa de pan sino lo que había sido ofrecido a sus dioses, y luego* acudiesen a los sortílegos: que con ciertos granos echaban suertes, y adivinaban mirando en lebrillos y cercos[349] de agua.

En el Pirú usaron también embadurnarse mucho los hechiceros y ministros del demonio, y es cosa infinita la gran multitud que hubo de estos adivinos, sortílegos, hechiceros, agoreros y otros mil géneros de falsos profetas; y hoy día dura mucha parte de esta pestilencia, aunque de secreto, porque no se atreven descubiertamente a usar sus endiabladas y sacrílegas ceremonias y supersticiones. Para lo cual se advierte más **(p. 372)** a la larga, en particular de sus abusos y maleficios, en el *Confesionariol* hecho[350] por los Perlados* del Pirú.[L]

[344] «horrorosos» (O'G. y Alc.), con sentido contrario.

[345] «esta» (O'G. y Alc.).

[346] = «Embaucador que se dedica a curar o precaver la rabia u otros males, con el aliento, la saliva y ciertas deprecaciones y fórmulas». (DRAE). Nombre y realidad superviviente hoy en el área rural, o suburbial, incluso dentro del mundo católico.

[347] a

[348] de.

[349] = «Figura supersticiosa que trazan en el suelo los hechiceros y nigrománticos para invocar dentro de ella a los demonios y hacer sus conjuros» (*DRAE,* 7). «cercas» (O'G. y Alc.).

[350] «hechos» (Mat., Alc. y O'G.), sin sentido.

Señaladamente hubo un género de hechiceros entre aquellos indios, permitido por los reyes ingas, que son como brujos y toman la figura que quieren; y van por el aire en breve tiempo largo camino y ven lo que pasa, hablan con el demonio, el cual les responde en ciertas piedras o en otras cosas que ellos veneran mucho. Estos sirven de adivinos y de decir lo que pasa en lugares muy remotos, antes que venga o pueda venir la nueva: como, aún después que los españoles vinieron, ha sucedido que en distancia de más de doscientas o trescientas leguas se ha sabido de los motines, de las batallas y de los alzamientos y muertes —así de los tiranos[351] como de los que eran de la parte del rey, y de personas particulares— el mismo día y tiempo que las tales cosas sucedieron, o el día siguiente, que por curso natural era imposible saberlas tan presto.

Para hacer esta abusión de adivinaciones se meten en una casa cerrada por de dentro y se emborrachan hasta perder el juicio, y después a[352] cabo de un día dicen lo que se les pregunta. Algunos dicen y afirman que éstos usan de ciertas unturas.

Los indios dicen que las viejas usan de ordinario este oficio: y viejas de una provincia llamada *Coaillo*, y de otro pueblo llamado *Manchay*, y en la provincia de *Huarochiri* y en otras partes que ellos no señalan[353] también sirven de declarar dónde están las cosas perdidas y hurtadas. Y deste género de hechiceros hay en todas partes, a los cuales acuden muy de ordinario los *[y]anacónas*[354] y *chinas* que sirven a los españoles, cuando pierden alguna cosa de su amo o desean saber algún suceso de cosas pasadas o que están por venir: como cuando bajan a las ciudades de los españoles a negocios particulares o públicos, preguntan si les irá bien, o si enfermarán o morirán o volverán sanos, o si alcan **(p. 373)** zarán lo que pretenden. Y los hechiceros responden sí o no, habiendo hablado con el demonio en lugar escuro[355] de manera que se oye su voz, mas no se ve con quién hablan ni lo que dicen; y hacen mil ceremonias y sacrificios para este efecto, con que invocan al demonio y emborráchanse bravamente. Y para este oficio particular usan de una hierba llamada *villca*, echando el zumo della en la chicha o tomándola por otra vía.

Por todo lo dicho consta cuán grande sea la desventura de los que tienen por maestros a tales ministros[356] del que tiene[357] por oficio engañar. Y es averiguado que ninguna dificultad hay mayor para recebir* la verdad del sancto Evangelio y perseverar en ella los indios que la comunicación[358] de estos hechiceros, que han sido y son innumerables, aunque por la gracia del Señor y diligencia de los Perlados* y sacerdotes van siendo menos, y no tan perjudiciales. Algunos de éstos se han convertido, y públicamente han predicado al pueblo retratando[359] sus errores y engaños, y declarando sus embustes y mentiras, de que se ha seguido gran fructo*. Como también —por letras del Japón— sabemos haber sucedido en aquellas partes, a grande gloria de nuestro Dios y Señor.

[351] =rebeldes a la autoridad real, frecuentes en el Perú antes de Acosta.
[352] = al.
[353] Esta frase concluye en punto seguido (todos), pero así no tiene sentido.
[354] = O criado. Ver libro IV, cap. 6; «anaconas» (todos).
[355] = «obscuro» (1792, 1894).
[356] = empleados, subordinados.
[357] «tienen» (O'G., Alc.), sin sentido.

Capítulo 27[li]

De otras ceremonias y ritos de los indios, a semejanza de los nuestros

Otras innumerables ceremonias y ritos tuvieron los indios, y en muchas dellas hay semejanza de las de la ley antigua de Moisén;[360] en otras se parecen a las que usan los moros y algunas tiran algo a las de la ley evangélica, como los lavatorios u *opacúna* que llaman, que era bañarse en agua para quedar limpios de sus pecados.

Los mexicanos tenían también sus bautismos con esta ceremonia: y es que a los niños recién nacidos **(p. 374)** les sacrificaban las orejas y el miembro viril, que en alguna manera remedaban la circuncisión de los judíos. Esta ceremonia se hacía principalmente con los hijos de los reyes y señores: en naciendo los lavaban los sacerdotes y, después de lavados, les ponían en la mano derecha una espada pequeña y en la izquierda una rodelilla. A los hijos de la gente vulgar les ponían las insignias de sus oficios, y a las niñas aparejos de hilar y tejer y labrar; y esto usaban por cuatro días, y todo esto delante de algún ídolo.

En los matrimonios había su modo de contraerlos, de que escribió un tratado entero el licenciado Polo, y adelante se dirá algo, y en otras cosas también llevaban alguna manera de razón sus ceremonias y ritos.[lii] Casábanse los mexicanos por mano de sus sacerdotes en esta forma: ponínse

[358] = el contacto; «comunión» (Mat.).
[359] = «retractándose de» (*DRAE*, 5).
[360] = Moisés.

el novio y la novia juntos delante del sacerdote, el cual tomaba por las manos a los novios y les preguntaba si se querían casar; y, sabida la voluntad de ambos, tomaba un canto* del velo con que ella traía cubierta la cabeza y otro de la ropa dél, y atábalos haciendo un ñudo; y así atados llevábalos[361] a la casa della —adonde tenían un fogón encendido, y a ella hacíale dar siete vueltas alrededor—,[362] donde se asentaban[363] juntos los novios: y allí quedaba hecho el matrimonio.

Eran los mexicanos celosísimos en la integridad de sus esposas: tanto que, si no las hallaban tales,[364] con señales y palabras afrentosas lo daban a entender con muy grande confusión y vergüenza de los padres y parientes porque no miraron bien por ella. Y a la que conservaba su honestidad, hallándola tal hacían muy grandes fiestas dando muchas dádivas a ella y a sus padres, haciendo grandes ofrendas a sus dioses y gran banquete, uno en casa della y otro en casa dél. Y, cuando los llevaban a su casa, ponían por memoria[365] todo lo que él y ella traían de provisión de casas, tierras, jo **(p. 375)** yas, atavíos; y guardaban esta memoria los padres dellos, por si acaso se viniesen a descasar[366] —como era costumbre entre ellos—; y, no llevándose bien, hacían partición de los bienes conforme a lo que cada uno dellos trajo, dándoles libertad que cada uno se casase con quien quisiese; y a ella le daban las hijas y a él los hijos. Mandábanles estrechamente que no se tornasen a juntar, so pena de muerte, y así se guardaba con mucho rigor.

Y aunque en muchas ceremonias parece que concurren con las nuestras, pero es muy diferente por la gran mezcla que siempre tienen de abominaciones. Lo común y general dellas es tener una de tres cosas, que son o crueldad o suciedad u ociosidad. Porque todas ellas o eran crueles y perjudiciales como el matar hombres y derramar sangre; o eran sucias y asquerosas como el comer y beber en nombre de sus ídolos y, con ellos a cuestas, orinar en nombre del ídolo, y el untarse y embijarse* tan feamente, y otras cien mil bajezas; o por lo menos eran vanas y ridículas y puramente ociosas, y más cosas de niños que hechos de hombres. La razón desto es la propia condición del espíritu maligno, cuyo intento es hacer mal provocando a homicidios o a suciedades, o por lo menos a vanidades y ocupaciones impertinentes; lo cual echará de ver cualquiera que con atención mirare el trato del demonio con los hombres que engaña, pues en todos los ilusos se halla o todo o parte de lo dicho. Los mismos indios, después que tienen la luz de nuestra fe, se ríen y hacen burla de las niñerías en que sus dioses falsos los[367] traían ocupados, a los cuales servían mucho más por el temor que tenían de que les habían de hacer mal, si no les obedecían en todo, que no por el amor que les tenían; aunque también vivían muchos dellos engañados con falsas esperanzas de bienes temporales, que los eternos no llegaban a su pensamiento.[368/liii]

Y es de **(p. 376)** advertir que donde la potencia temporal estuvo más engrandecida allí se acrecentó la superstición, como se ve en los reinos de México y del Cuzco, donde es cosa increíble los adoratorios que había; pues dentro de la misma ciudad del Cuzco pasaban de trescientos[liv]. De los reyes del Cuzco fué *Mangoinga Yupangui* el que más acrecentó el culto de sus ídolos, inventando mil diferencias de sacrificios y fiestas y ceremonias. Y lo mismo fué en México por el rey Izcoatl, que fué el cuarto de aquel reino. En estotras[369] naciones de indios, como en la provincia de Guatemala y en las Islas y Nuevo Reino[370] y provincias de Chile y otras que eran como behetrías,[lv] aunque había gran multitud de supersticiones y sacrificios, pero no tenían que ver con lo del Cuzco y México, donde Satanás estaba como en su Roma o Jerusalén. Hasta que fué echado a su pesar y en su lugar se colocó la santa cruz, y el reino de Cristo nuestro Dios ocupó lo que el tirano tenía usurpado.

Capítulo 28

De algunas fiestas que usaron los del Cuzco, y cómo el demonio quiso también imitar el misterio de la Santísima Trinidad

Para concluir este libro —que es de lo que toca a la religión— resta decir algo de las fiestas y solemnidades que usaban los indios; las cuales, porque eran muchas y varias, no se podrán tratar todas.

361 «llevábanlos» (O'G. y Alc.), sin concordancia.
362 «al derredor» (1792, 1894 y Mat.).
363 «sentaban» (todos, menos la Príncipe y Mat.).
364 = doncellas, vírgenes.
365 = redactaban por escrito.
366 «descansar» (Mat.), sin sentido.
367 «les» (O'G. y Alc.).
368 punto y coma (Mat.).
369 = Estas otras, «esas otras» (O'G. y Alc.), «esotras» (1792, 1894 y Mat.).
370 = Antillas y N. R. de Granada (Colombia).

Los ingas, señores del Perú, tenían dos géneros de fiestas. Unas eran ordinarias, que venían a tiempos determinados por sus meses, y otras extraordinarias, que eran por causas ocurrentes de importancia: como cuando se coronaba algún nuevo rey y cuando se comenzaba alguna guerra de importancia, y cuando había alguna muy grande **(p. 377)** necesidad de temporales.[371] De las fiestas ordinarias se ha de entender que en cada uno de los doce meses del año hacían fiesta y sacrificio diferente: porque, aunque cada mes y fiesta dél se ofrecían cien carneros, pero los colores o facciones habían de ser diferentes.

En el primero, que llaman *ráyme*[lvi] y es de diciembre, hacían la primera fiesta y más principal de todas, y por eso la llamaban *Capacráyme,* que es decir «fiesta rica, o principal». En esta fiesta se ofrecían grande suma de carneros y corderos en sacrificio y se quemaban con leña labrada y olorosa, y traían carneros [de][lvii] oro y plata, y se ponían las tres estatuas del sol y las tres del trueno: padre e hijo y hermano, que decían que tenía el Sol y el Trueno.[372]

En estas fiestas se dedicaban los mochachos ingas, y les ponían las *guaras* —o pañetes—, y les horadaban las orejas y les azotaban con hondas los viejos, y untaban con sangre el rostro: todo en señal que habían de ser caballeros leales del Inga. Ningún extranjero podía estar este mes y fiesta en el Cuzco; y al cabo de las fiestas entraban todos los de fuera y les daban aquellos bollos de maíz con sangre del sacrificio, que comían en señal de confederación con el Inga, como se dijo arriba.[373]

Y cierto es de notar que, en su modo, el demonio haya también en la idolatría introducido Trinidad: porque las tres estatuas del sol se intitulaban *Apoínti*, *Churiínti* e *Intiquaoquí*, que quiere decir «el padre y señor sol», «el hijo sol», «el hermano sol»; y de la misma manera nombraban las tres estatuas del *Chuquiílla*, que es el dios que preside en la región del aire, donde truena y llueve y nieva.[lviii]

Acuérdome que estando en Chuquisaca me mostró un sacerdote honrado una información —que yo la tuve harto* tiempo en mi poder—, en que había averiguado de cierta *guáca* —o adoratorio— donde los indios profesaban adorar a *Tangatánga*, que era un ídolo que decían que en uno eran tres, y en tres uno. Y admirándose aquel sacerdo **(p. 378)** te desto, creo le dije que el demonio todo cuanto podía hurtar de la verdad para sus mentiras y engaños lo hacía con aquella infernal y porfiada soberbia con que siempre apetece ser como Dios.

Volviendo a las fiestas.[lix] En el segundo mes, que se llamaba *cámay,* demás de los sacrificios echaban las cenizas por un arroyo abajo, yendo con bordones[374] tras ellas cinco leguas por el arroyo, rogándole las llevase hasta la mar porque allí había de recibir el *Viracocha*[lx] aquel presente.

En el tercero, y cuarto y quinto mes también ofrecían en cada uno sus cien carneros negros y pintados y[375] pardos, con otras muchas cosas que, por no cansar, se dejan.[lxi]

E1 sexto mes se llama *Hatuncúzqui aymoráy,* que responde a mayo; también se sacrificaban otros cien carneros de todos colores. En esta luna y mes —que es cuando se trae el maíz de la era a casa— se hacía la fiesta que hoy día es muy usada entre los indios, que llaman *Aymoráy.*[376] Esta fiesta se hace viniendo desde la *chacra* —o heredad— a su casa, diciendo ciertos cantares en que ruegan que dure mucho el maíz [.Y hacen cada uno en su casa una *guaca* del maiz],[377] la cual llaman *mamazara*,[378] tomando de su chacra cierta parte de maíz más señalado en cantidad, y poniéndola en una troje[379] pequeña —que llaman *pírua—,* con ciertas ceremonias velando en tres noches; y este maíz meten en las mantas más ricas que tienen, y desque[380] está tapado y aderezado adoran esta *pírua* y la tienen en gran veneración; y dicen que es «madre del maíz» de su chacra, y que con esto se da y se conserva el maíz. Y por este mes[381] hacen un sacrificio particular, y los hechiceros preguntan a la *pírua* si tiene fuerza para el año que viene; y si responde que no, lo llevan a quemar a la misma chacra con la solemnidad que cada uno puede, y hacen otra *pírua* con las mismas ceremonias, diciendo que la renuevan para que no perezca[382] la simiente del maíz; y, si responde que tiene fuerza para durar más, la dejan hasta otro año. Esta superstición[383] dura hasta hoy día, y es muy **(p. 379)** común entre indios tener estas *píruas* y hacer la fiesta del *Aymoray*.

El séptimo mes —que responde a junio— se llama *Aucaycúzqui Intiráymi*, y en él se hacía la fiesta llamada

371 = tempestades.

372 Completa la información previa sobre la divinidad del sol y el trueno, del cap. 4 de este libro.

373 = Cap. 23.

374 = «Bastón o palo más alto que la estatura de un hombre, con una punta de hierro, y en el medio de la cabeza unos botones que la adornan» *(DRAE).* Por antonomasia, el palo del peregrino.

375 Sin «y» (O'G. y Alc.), con cambio de sentido.

376 Polo le llama también «Aymoraña» (1585).

377 Añadimos este párrafo nuevo que falta en la Príncipe, pero no en el texto de Polo, y sin el cual no tendría sentido la frase siguiente, por cambio de género (»fiesta aymoray… el maíz, la cual llaman *mamaçara*»).

378 *Mama zara*, es decir, «madre del maíz». Error en la Príncipe, *mamacora* (mamaçora) —que todos siguen— corregido con Polo, 1585.

379 = «Espacio limitado por tabiques, para guardar frutos y especialmente cereales» (*DRAE)*.

380 «desde que» (O'G. y Alc.), «después que» (1792, 1894 y Mat.).

381 «le» (Polo, 1585).

382 «parezca» (Alc.).

383 «impertinencia» (Príncipe y todos), por error del cajista. Nosotros corregimos tras colación con Polo, 1585.

Intiraymi en que se sacrificaban cien carneros guanacos, que decían que ésta era la «fiesta del sol». En este mes se hacían gran suma de estatuas de leña labrada de *quinua,*[384] todas vestidas de ropas ricas; y se hacía el baile que llamaban *cáyo*. Y en esta fiesta se derramaban muchas flores por el camino y venían los indios muy embijados,[385] y los señores con unas patenillas de oro puestas en las barbas, y cantando todos. Háse de advertir que esta fiesta cae casi al mismo tiempo que los cristianos hacemos la solemnidad del Corpus Christi, y que en algunas cosas tiene alguna apariencia de semejanza: como es en las danzas o representaciones o cantares. Y, por esta causa, ha habido y hay hoy día entre los indios que parecen celebrar nuestra solemne fiesta de Corpus Christi mucha superstición de celebrar la suya antigua del *Intiraymi*.

El octavo mes se llama *Cháhua Huarquí*, en el cual se quemaban otros cien carneros por el orden dicho, todos pardos de color de *vizcacha*,[386] y este mes responde al nuestro de julio.

El noveno mes se llamaba *Yápaquis*, en el cual se quemaban otros cien carneros castaños y se degollaban y quemaban mil *cuyes*,[387] para que el hielo y el aire y el agua y el sol no dañasen a las chácaras;[388] éste parece que responde a agosto.

El décimo mes se llama *Coyarâymi,* en el cual se quemaban otros cien carneros blancos [y][389] lanudos. En este mes, que responde a septiembre, se hacía la fiesta llamada *Cítua* en esta forma: que se juntaban todos antes que saliese la luna el primer día, y en[390] viéndola daban grandes voces con hachos de fuego en las manos diciendo: «Vaya el mal fuera», dándose unos a otros con ellos. Estos se llamaban *pancóncos*;[391] y, aquesto hecho, se hacía el lavatorio general en **(p. 380)** los arroyos y fuentes, cada uno en su *zeque*[392] —o pertenencia—,[lxii] y bebían cuatro días arreo.[393] Este mes sacaban las *mamaconas* del sol gran cantidad de bollos hechos con sangre de sacrificios, y a cada uno de los forasteros daban un bocado, y también enviaban a las guacas forasteras de todo el reino y a diversos curacas, en señal de confederación y lealtad al sol y al Inga, como está ya dicho.[394] Los lavatorios y borracheras, y algún rastro desta fiesta llamada *cítua,* aun duran todavía en algunas partes con ceremonias algo diferenciadas y con mucho secreto, aunque lo principal y público haya cesado.

El undécimo mes se llamaba *Homaráymi Punchaiquís,* en el cual sacrificaban otros cien carneros; y, si faltaba agua, para que lloviese ponían un carnero todo negro atado en un llano, derramando mucha chicha al derredor*, y no le daban de comer hasta que lloviese; esto se usa también agora en muchas partes por este mismo tiempo, que es por otubre.[395]

El último mes se llama *Ayamarca*,[396] en el cual se sacrificaban otros cien carneros y se hacía la fiesta llamada *Raymi Cantaráyquis.*[397] En este mes, que responde a noviembre, se aparejaba[398] lo necesario para los muchachos que se habían de hacer «orejones» el mes siguiente, y los muchachos con los viejos hacían[399] cierto alarde dando algunas vueltas; y esta fiesta se llamaba *Ituráymi*, la cual se hace de ordinario cuando llueve mucho o poco, o hay pestilencia.

Fiestas extraordinarias, aunque había muchas, la más famosa[400] era la que llamaban *Itu.*[401] La fiesta del *Itu* no tenía tiempo señalado, más de que en tiempos de[402] necesidad se hacía. Para ella ayunaba toda la gente dos días, en los cuales no llegaban a mujeres ni comían cosa con sal ni ají ni bebían chicha, y todos se juntaban en una plaza donde no hubiese forastero ni animales. Y para esta fiesta tenían ciertas mantas y vestidos y aderezos, que sólo servían para ella, y andaban en procesión cubiertas las ca **(p. 381)** bezas con sus mantas, muy de espacio[403] tocando sus atambores y sin hablar uno con otro. Duraba esto un día y una noche, y el día siguiente comían y bebían y bailaban dos días con sus noches, diciendo que su oración había sido acepta*.

Y, aunque no se haga hoy día con toda aquella ceremonia, pero es muy general hacer otra fiesta muy semejante que llaman *Ayma,* con vestiduras que tienen depositadas para ello; y —como está dicho— esta manera de procesión a vueltas[404] con atambores, y el ayuno que precede y borrachera que se sigue, usan por urgentes necesidades.

384 Polo, 1585, dice «quisuar», otro árbol.

385 «Embijarse» o pintarse con bija o bermellón *(DRAE),* rojo, sacado del minio o minas de mercurio, abundantes en Perú. Ver cap. 11 de libro IV.

386 = «Roedor parecido a la liebre, de su tamaño y pelaje y con cola larga como la del gato, que vive en el Perú, Bolivia, Chile y Argentina» *(DRAE).*

387 «cuíes» (Príncipe, O'G. y Alc.).

388 Ya usa castellanizado el término quechua, que ha empleado antes como nativo: *chacra.*

389 Sin «y» (Príncipe y Mat.).

390 Sin «en» (Mat.).

391 «pancocos» (O'G. y Alc.).

392 La Príncipe —como todos— dice «acequia», no su fuente Polo, 1585.

393 = «seguidos» (1792, 1894).

394 = Cap. 23.

395 «octubre» (todos, menos la Príncipe).

396 «Ayamara» (todos), seguimos a Polo.

397 «Raymicantará rayquis» (todos), *ídem.*

398 «aparejaban» (O'Gorman y Alc.), sin concordancia.

399 «hacía» (O'G. y Alc.), sin concordancia.

400 «las más famosas» (O'G. y Alc.), sin concordancia.

401 Acosta introduce por segunda vez la fiesta del *Ytu,* que ha citado previamente al final del párrafo de fiestas ordinarias: como Polo.

402 «grande» (*apud* Polo, 1585).

403 = de cuando en cuando: «espaciando» los toques. «despacio» (O'G, Alc. y Mat.)

404 = Sin parar de tocar («a vueltas con una cosa» = «usarla con insistencia», *DRAE*).

Y, aunque el sacrificar reses y otras cosas que no pueden esconder de los españoles las han dejado —a lo menos en lo público—, pero conservan todavía muchas ceremonias que tienen origen destas fiestas y superstición antigua. Por eso es necesario advertir en ellas,[405] especialmente que esta fiesta del *Itu* la hacen disimuladamente hoy día en las danzas del Corpus Christi, haciendo las danzas del *llamallama* y de *guacón*, y otras conforme[406] a su ceremonia antigua, en lo cual se debe mirar mucho.

En donde ha sido necesario advertir destas abusiones y supersticiones que tuvieron en el tiempo de su gentilidad los indios, para que no se consientan por los curas y sacerdotes, allá se ha dado más larga relación de lo que toca a esta materia;[407] al presente basta[lxiii] haber tocado el ejercicio en que el demonio ocupaba a sus devotos para que, a pesar suyo, se vea la diferencia que hay de la luz a las tinieblas y de la verdad cristiana a la mentira gentílica, por más que haya con artificio procurado remedar las cosas de Dios el enemigo de los hombres y de su Dios.

Capítulo 29

De la fiesta del jubileo que usaron los mexicanos

(p. 382) Los mexicanos no fueron menos curiosos en sus solemnidades y fiestas, las cuales de hacienda eran más baratas pero de sangre humana sin comparación más costosas.

De la fiesta principal de *Vitzilipúztli* ya queda arriba referido. Tras ella, la fiesta del ídolo *Tezcatlipúca* era muy solemnizada. Venía esta fiesta por mayo, y en su calendario tenía nombre *Toxcolt*,[408] pero la misma cada cuatro años concurría con la fiesta de la penitencia, en que había indulgencia plenaria y perdón[409] de pecados. Sacrificaban este día un cautivo que tenía la semejanza[410] del ídolo *Tezcatlipúca*, que era a los diez y nueve de mayo. En la víspera desta fiesta venían los señores al templo, y traían un vestido nuevo conforme al del ídolo; el cual le ponían los sacerdotes, quitándole las otras ropas y guardándolas con tanta reverencia como nosotros tratamos los ornamentos, y aun más. Había en las arcas del ídolo muchos aderezos y atavíos, joyas y otras preseas[411] y brazaletes de plumas ricas, que no servían de nada sino de estarse allí: todo lo cual adoraban como al mismo dios. Demás del vestido con que le adoraban este día, le ponían particulares insignias de plumas, brazaletes, quitasoles y otras cosas.

Compuesto desta suerte, quitaban la cortina de la puerta para que fuese[412] visto de todos y, en abriendo, salía una dignidad de las de aquel templo, vestido de la misma manera que el ídolo, con unas flores en la mano y una flauta pequeña de barro de un sonido muy agudo: y vuelto a la parte de oriente la tocaba, y volviendo al occidente y al norte y sur hacía lo mismo. Y habiendo tañido hacia las cuatro partes del mundo, denotando que los presentes y ausentes le oían, ponía el dedo en el suelo y, cogiendo tierra con él, la metía en la boca y la[413] comía, en señal de adoración; y lo mismo hacían todos los presentes, y llorando postrábanse invocando a la oscuridad de la noche y al viento, y rogándoles que no los **(p. 383)** desamparasen ni los olvidasen, o que les acabasen la vida y diesen fin a tantos trabajos como en ella se padecían.

En tocando esta flautilla los ladrones, fornicarios, homicidas o cualquier género de delincuentes sentían grandísimo temor y tristeza; y algunos se cortaban, de tal manera que no podían disimular haber delinquido. Y así, todos aquellos no pedían otra cosa a su Dios sino que no fuesen sus delictos manifiestos,[414] derramando muchas lágrimas con grande compunción y arrepentimiento, ofreciendo cantidad de incienso para aplacar a dios. Los valientes y valerosos hombres y todos los soldados viejos que seguían la milicia, en oyendo la flautilla, con muy grande agonía y devoción pedían al Dios de lo criado y al Señor por quien vivimos, y al sol con otros principales dioses[415] suyos, que les diesen victoria contra sus enemigos y fuerzas para prender muchos cautivos, para honrar sus sacrificios.

Hacíase la ceremonia sobredicha diez días antes de la fiesta, en los cuales tañía aquel sacerdote la flautilla para que todos hiciesen aquella adoración de comer tierra y pedir a los ídolos lo que querían: haciendo cada día oración, alzados los ojos al cielo con suspiros y gemidos como

[405] = vigilarlas.
[406] «conformes» (Mat.). En cap. 28 del libro V define a *guacones* = «enmascaradas».
[407] Se refiere al «Confesionario para curas de indios…» (Lima, 1585).
[408] «Toxcoatl» (O'G. y Alc.). Véase más adelante la definición como «cosa seca».
[409] «perdós» (Mat.).
[410] = imitación, remedo, doble.
[411] = «Alhaja, joya, tela, etc., preciosas» (*DRAE,* 1).
[412] «fuesen» (Mat.), sin concordancia.
[413] Sin «la» (Alc.).
[414] = a la luz pública.
[415] Sin «dioses» (O'G. y Alc.), con cambio de sentido.

gente que se dolía de sus culpas y pecados. Aunque este dolor dellos no era sino por temor de la pena corporal que les daban, y no por la eterna: porque certifican[416] que no sabían que en la otra vida hubiese pena tan estrecha, y así se ofrecían a la muerte tan sin pena, entendiendo que todos descansaban en ella. Llegado el proprio día de la fiesta deste ídolo *Tezcatlipúca*, juntábase toda la ciudad en el patio para celebrar asimismo la fiesta del calendario, que ya dijimos se llamaba *toxcoatl* —que quiere decir «cosa seca»—, la cual fiesta toda se endereza a pedir agua del cielo, al modo que nosotros hacemos las rogaciones; y así tenían aquesta fiesta siempre por mayo, **(p. 384)** que es el tiempo en que en aquella tierra hay más necesidad de agua.[lxiv] Comenzábase su celebración a nueve de mayo, y acabábase a diez y nueve.

En la mañana del último dia sacaban sus sacerdotes unas andas muy aderezadas, con cortinas y cendales[417] de diversas maneras. Tenían estas andas tantos asideros cuantos eran los ministros que las habían de llevar, todos los cuales salían embijados* de negro con unas cabelleras largas trenzadas por la mitad dellas con unas cintas blancas, y con unas vestiduras de librea* del ídolo. Encima de aquellas andas ponían el personaje del ídolo señalado para este oficio, que ellos llamaban «semejanza del dios *Tezcatlipúca*»; y, tomándolo en los hombros, lo sacaban en público al pie de las gradas. Salían luego* los mozos y mozas recogidas de aquel templo con una soga gruesa torcida de sartales[418] de maíz tostado, y rodeando todas las andas con ella ponían luego* una sarta de lo mismo al cuello del ídolo, y en la cabeza una guirnalda. Llámase[419] la soga *toxcatl,* denotando la sequedad y esterilidad del tiempo.[lxv] Salían los mozos rodeados con unas cortinas de red, y con guirnaldas y sartales de maíz tostado; las mozas salían vestidas de nuevos atavíos y aderezos, con sartales de lo mismo a los cuellos; en las cabezas llevaban unas tiaras hechas de varillas, todas cubiertas de aquel maíz, emplumados los pies y los brazos, y las mejillas llenas de color. Sacaban asimismo muchos sartales deste maíz tostado, y poníanselos los principales en las cabezas y cuellos, y en las manos unas flores.

Después de puesto el ídolo en sus andas, tenían por todo aquel lugar gran cantidad de pencas de *manguey**, cuyas hojas son anchas y espinosas. Puestas las andas en los hombros de los sobredichos, llevábanlas en procesión por dentro del circuito del patio, llevando delante de sí dos sacerdotes con dos braseros o inciensarios, inciensando[420] muy a menudo el ídolo; y cada vez que **(p. 385)** echaban el incienso alzaban el brazo cuan alto podían hacia el ídolo y hacia el sol, diciéndoles subiesen sus oraciones al cielo como subía[421] aquel humo a lo alto. Toda la demás gente que estaba en el patio, volviéndose en rueda hacia la parte donde iba el ídolo, llevaban todos en las manos unas sogas de hilo de *manguey** nuevas de una braza, con un nudo al cabo: y con aquéllas se disciplinaban, dándose grandes golpes en las espaldas de la manera que acá se disciplinan el Jueves Sancto.

Toda la cerca del patio y las almenas estaban llenas de ramos y flores, tan bien[422] adornadas y con tanta frescura que causaban gran contento. Acabada esta procesión tornaban a subir el ídolo a su lugar, adonde[423] lo ponían; salía luego* gran cantidad de gente con flores aderezadas de diversas maneras, y henchían* el altar y la pieza y todo el patio dellas, que parecía aderezo de monumento.[lxvi] Estas rosas ponían por sus manos los sacerdotes, administrándoselas[424] los mancebos del templo desde acá fuera; y quedábase aquel día descubierto y el aposento sin echar el velo. Esto hecho, salían todos a ofrecer cortinas, cendales*, joyas y piedras ricas, incienso, maderos resinosos, mazorcas de maíz y codornices, y finalmente todo lo que en semejantes solemnidades acostumbraban ofrecer.

En la ofrenda de las codornices —que era de los pobres— usaban esta ceremonia: que las daban al sacerdote y, tomándolas, les arrancaba[425] las cabezas y echábalas luego* al pie del altar donde se desangrasen, y así hacían de todas las que ofrecían. Otras comidas y frutas ofrecía cada uno según su posibilidad, las cuales eran el pie de altar[426] de los ministros del templo, y así ellos eran los que los[427] alzaban[428] y llevaban a los aposentos que allí tenían.

Hecha esta solemne ofrenda, íbase la gente a comer a sus lugares y casas, quedando la fiesta así suspensa hasta haber comido. Y, a este tiempo, los mozos y mozas del templo con los a **(p. 386)** tavíos referidos se ocupaban en servir al ídolo de todo lo que estaba dedicado a él para su comida: la cual guisaban otras mujeres, que habían hecho

416 = aseguran.
417 = «Tela de seda o lino muy delgada y transparente» (*DRAE,* 1).
418 «Sarta de cosas metidas [por orden] en un hilo o cuerda» (*DRAE).*
419 «llamábase» (Mat.).
420 «incensarios incensando» (1792, O'G. y Alc.).
421 «subían» (Mat.) sin concordancia.
422 «también» (Príncipe, O'G. y Alc.), con cambio de sentido.
423 «a donde» (Mat.).
424 = proporcionándoselas.
425 «arrancaban» (Mat.), cambiando el ceremonial.
426 «al pie del altar» (1792, 1894). Entienden mal, porque «pie del altar» no describe ubicación sino destino: «pie de altar: Emolumentos que se dan a los curas y otros ministros eclesiásticos por las funciones que ejercen…» (DRAE s.v. pie).
427 «las» (Mat.).
428 = tomaban de allí, para su alimentación.

voto de ocuparse aquel día en hacer la comida del ídolo, sirviendo allí todo el día. Y así se venían todas las que habían hecho voto, en amaneciendo, y ofrecíanse a los prepósitos*[429] del templo para que les mandasen lo que habían de hacer, y hacíanlo con mucha diligencia y cuidado. Sacaban después tantas diferencias e invenciones de manjares que era cosa de admiración.

Hecha esta comida y llegada la hora de comer, salían todas aquellas doncellas del templo en procesión, cada una con una cestica de pan en la una[430] mano, y en la otra una escudilla[431] de aquellos guisados; traían delante de sí un viejo que servía de maestresala, con un hábito harto* donoso. Venía vestido con una sobrepelliz blanca que le[432] llegaba a las pantorrillas, sobre un jubón sin mangas a manera de sambenito,[433] de cuero colorado; traía en lugar de mangas unas alas, y de ellas salían unas cintas anchas, de las cuales pendía en medio de las espaldas una calabaza mediana, que por unos agujerillos que tenía estaba toda llena de flores, y dentro della diversas cosas de superstición. Iba este viejo así ataviado delante de todo el aparato muy humilde, triste y cabizbajo; y, en llegando al puesto —que era al pie de las gradas—, hacía una grande humillación, y haciéndose a un lado llegaban las mozas con la comida[434] e íbanla poniendo en hilera, llegando una a una con mucha reverencia. En habiéndola puesto, tornaba el viejo a guiarlas y volvíanse a sus recogimientos. Acabadas ellas de entrar, salían los mozos y ministros de aquel templo, y alzaban de allí aquella comida y metíanla en los aposentos de las dignidades y de los sacerdotes: los cuales habían ayunado cinco días arreo*, comiendo sóla una vez al día, apartados de sus mujeres; y no salían del **(p. 387)** templo aquellos cinco días azotándose reciamente con sogas. Y comían de aquella «comida divina» (que así la llamaban) todo cuanto podían, de la cual a ninguno era lícito comer sino a ellos.

En acabando todo el pueblo de comer tornaba[435] a recogerse en el patio a celebrar y ver el fin de la fiesta, donde sacaban un esclavo que había representado el ídolo un año, vestido y aderezado y honrado como el mismo ídolo:[436] y, haciéndole todos reverencia, le entregaban a los sacrificadores que al mismo tiempo salían y, tomándole de pies y manos, el *papa* le cortaba el pecho y le sacaba el corazón, alzándolo en la mano todo lo que podía, y mostrándolo al sol y al ídolo —como ya queda referido—.[437] Muerto éste que representaba al ídolo, llegábanse a un lugar consagrado y diputado para el efecto, y salían los mozos y mozas con el aderezo sobredicho: donde, tañéndoles las dignidades del templo, bailaban y cantaban puestos en orden junto al atambor, y todos los señores ataviados con las insignias que los mozos traían bailaban en cerco, alrededor dellos. En este día no moría ordinariamente más que este sacrificado, porque solamente de cuatro a cuatro años morían otros con él: y cuando éstos morían era el año del jubileo e indulgencia plenaria.

Hartos ya de tañer, comer y beber, a puesta del sol íbanse aquellas mozas a sus retraimientos, y tomaban unos grandes platos de barro y llenos de pan amasado con miel, cubiertos con unos fruteros labrados de calaveras y huesos de muertos, cruzados; llevaban colación al ídolo y subían hasta el patio, que estaba antes de la puerta del oratorio; y, poniéndolo allí, yendo su maestresala delante se bajaban por el mismo orden que lo habían llevado. Salían luego* todos los mancebos puestos en orden, y con unas cañas en las manos arremetían a las gradas del templo, procurando llegar más presto unos que otros a los platos de la colación. Y las dignidades del templo tenían cuenta de mirar **(p. 388)** al primero, segundo y[438] tercero y cuarto que llegaban, no haciendo caso de los demás hasta que todos arrebataban aquella colación, la cual llevaban como grandes reliquias. Hecho esto,[439] los cuatro que primero llegaron tomaban en medio las dignidades y ancianos del templo, y con mucha honra los metían en los aposentos premiándoles y dándoles muy buenos aderezos, y de allí adelante los respetaban y honraban como a hombres señalados.

Acabada la presa de la colación y celebrada con mucho regocijo y gritería, a todas aquellas mozas que habían servido al ídolo y a los mozos les daban licencia para que se fuesen, y así se iban unas tras de otras. Al tiempo que ellas salían, estaban los muchachos de los colegios y escuelas a la puerta del patio, todos con pelotas de juncia y de hierbas en las manos, y con ellas las apedreaban burlando y escarneciendo dellas como a gente que se iba del servicio del ídolo. Iban con libertad de disponer de sí a su voluntad, y con esto se daba fin a esta solemnidad.

[429] = dirigentes, «propósitos» (Mat.).
[430] Sin «una» (O'G. y Alc.).
[431] = «Vasija ancha y de forma de una media esfera, que se usa comúnmente para servir en ella la sopa y el caldo (*DRAE,* 1).
[432] Sin «le» (Mat.).
[433] = «Capotillo o escapulario que se ponía a los penitentes reconciliados por el tribunal de la Inquisición» (*DRAE,* 1).
[434] «en las comidas» (Mat.).
[435] «volvía» (1792 y 1894), «tornaban» (Mat.).
[436] Ver especialmente cap. 21.
[437] Ver especialmente cap. 20.
[438] Sin «y» (Mat.).
[439] a.

Capítulo 30
De la fiesta de los mercaderes que usaron los cholutecas

Aunque se ha dicho harto* del culto que los mexicanos daban a sus dioses, pero —porque el que se llamaba *Quetzaálcoátl*, y era dios de gente rica, tenía particular veneración y solemnidad— se dirá aquí lo que de su fiesta refieren.

Solemnizábase la fiesta deste ídolo en esta forma: cuarenta días antes compraban los mercaderes un esclavo bien hecho, sin mácula ni señal alguna así de enfermedad como de herida o golpe; a éste le vestían con los atavíos del mismo ídolo para que le representase estos cuarenta días y, antes que le vistiesen, le purificaban lavándole dos veces en un lago que llama **(p. 389)** ban «de los dioses». Y después de purificado le vestían en la forma que el ídolo estaba vestido; era muy reverenciado en estos cuarenta días por lo que representaba. Enjaulábanle de noche (como queda dicho)[440] por que no se fuese, y luego* de mañana lo sacaban de la jaula y le ponían en lugar preeminente, y allí le servían dándole a comer preciosas viandas: después de haber comido, poníanle sartales de flores al cuello y muchos ramilletes en las manos. Traía su guardia muy cumplida, con otra mucha gente que le acompañaba y salían con él por la ciudad, el cual iba cantando y bailando por toda ella para ser conocido por semejanza de su dios; y, en comenzando a cantar, salían de sus casas las mujeres y niños a saludarle y ofrecerle ofrendas, como a dios.

Nueve días antes de la fiesta, venían ante él dos viejos muy venerables de las dignidades del templo y, humillándose ante él, le decían con una voz muy humilde y baja: «Señor, sabrás que de aquí a nueve días se te acaba el trabajo de bailar y cantar, porque entonces has de morir»; y él había de responder que fuese mucho de norabuena.[441] Llamaban a esta ceremonia *Neyólo Maxítl Iléztli,* que quiere decir «el apercibimiento»; y cuando le apercibían, mirábanle con mucha atención si se entristecía o si bailaba con el contento que solía. Y, si no lo hacía con la alegría que ellos deseaban, hacían una superstición asquerosa: y era que iban luego* y tomaban las navajas del sacrificio, y lavábanles la sangre humana que estaba en ellas pegada de los sacrificios pasados, y con aquellas lavazas[442] hacíanle una bebida mezclada con otra de cacao y dábansela a beber, porque decían que hacía tal operación en él que quedaba sin alguna memoria de lo que le habían dicho y casi insensible, volviendo luego* al ordinario canto; y aún dicen que, con este medio, él mismo con mucha alegría se ofrecía a morir siendo enhechizado con aquel brebaje. **(p. 390)** La causa porque procuraban quitar a éste la tristeza era porque lo tenían por muy mal agüero y pronóstico de algún gran mal.

Llegado el día de la fiesta, a media noche —después de haberle hecho mucha honra de música e incienso— tomábanle los sacrificadores y sacrificábanle al modo arriba dicho:[443] haciendo ofrenda de su corazón a la luna y después arrojándolo al ídolo, dejando caer el cuerpo por las gradas del templo abajo. De donde lo alzaban los que lo habían ofrecido, que eran los mercaderes cuya fiesta era ésta, y llevándolo a la casa del más principal lo hacían aderezar en diferentes manjares, para celebrar en amaneciendo el banquete y comida de la fiesta: dando primero los buenos días al ídolo con un pequeño baile, que hacían mientras amanecía y se guisaba el sacrificado.[444] Juntábanse después todos los mercaderes a este banquete, especialmente los que tenían trato de vender y comprar esclavos, a cuyo cargo era ofrecer cada año un esclavo para la semejanza de su dios.

Era este ídolo de los más principales de aquella tierra, como queda referido, y así el templo en que estaba era de mucha autoridad: el cual tenía sesenta gradas para subir a él, y en la cumbre dellas se formaba un patio de mediana anchura, muy curiosamente* encalado. En medio de él había una pieza grande y redonda a manera de horno, y la entrada estrecha y baja, que para entrar era menester inclinarse mucho. Tenía este templo los[445] aposentos que los demás, donde había recogimiento de sacerdotes, mozos y mozas, y de muchachos, como queda dicho.[446] A los cuales asistía[447] sólo un sacerdote, que continuamente residía allí; el cual era como semanero porque, puesto caso que[448] había de ordinario tres o cuatro curas o dignidades en cualquiera templo, servía cada uno una semana sin salir de allí.

El oficio del semanero deste templo —después de la doctrina de[449] los mozos— era que todos los días a la ho

440 Ver cap. 21, y sobre todo el 10.

441 «enhorabuena» (1792, 1894, O'G. y Alc.).

442 = «Agua sucia o mezclada con las impurezas de lo que se lavó con ellas» *(DRAE).*

443 Ver cap. 20.

444 «sacrificio» (Mat.).

445 mismos.

446 Ver caps. 15 y 16.

447 = cuidaba.

448 = aunque, = «dar por supuesta alguna cosa» (*DRAE,* s.v. «poner por caso»).

449 = adoctrinar a.

(p. 391) ra que se pone el sol tañía un grande atambor haciendo señal con él, como nosotros usamos tañer a la oración. Era tan grande este atambor que su sonido ronco se oía por toda la ciudad; y en oyéndolo, se ponían todos en tanto silencio que parecía no haber hombre, desbaratándose los mercados y recogiéndose la gente, con que quedaba todo en grande quietud y sosiego. Al alba, cuando ya amanecía, le tornaba a tocar: con que se daba señal de que ya amanecía, y así los caminantes y forasteros se aprestaban con aquella señal para hacer sus viajes, estando hasta entonces impedidos para poder salir de la ciudad.

Este templo tenía un patio mediano, donde el día de su fiesta se hacían grandes bailes y regocijos, y muy graciosos entremeses: para lo cual había en medio de este patio un pequeño teatro de a treinta pies en cuadro*, curiosamente* encalado. El cual enramaban y aderezaban para aquel día con toda la policia[450] posible: cercándolo todo de arcos hechos de diversidad de flores y plumería, colgando a trechos muchos pájaros, conejos y otras cosas apacibles, donde después de haber comido se juntaba toda la gente. Salían los representantes y hacían entremeses haciéndose sordos, arromadizados,[451] cojos, ciegos y mancos viniendo a pedir sanidad[452] al ídolo: los sordos respondiendo adefesios[453] y los arromadizados tosiendo; los cojos cojeando, decían sus miserias y quejas con que hacían reír grandemente al pueblo. Otros salían en nombre de las sabandijas, unos vestidos como escarabajos y otros como sapos, y otros como lagartijas, etc. Y encontrándose allí referían sus oficios, y volviendo cada uno por sí tocaban algunas flautillas de que gustaban sumamente los oyentes, porque eran muy ingeniosas; fingían asimismo muchas mariposas y pájaros de muy diversos colores, sacando vestidos a los muchachos del templo en estas formas. Los cuales, subiéndose en una arboleda que allí **(p. 392)** plantaban los sacerdotes del templo, les tiraban con cebratanas,[454] donde había en defensa de los unos y ofensa de los otros graciosos dichos, con que entretenían los circunstantes.[lxvii] Lo cual concluido, hacían un *mitote* —o baile— con todos estos personajes, y se concluía la fiesta: y esto acostumbraban hacer en las más principales fiestas.

450 = «limpieza, aseo» (DRAE, 3 desusado).
451 = acatarrados.
452 = «Cualidad de sano», curarse de cada cosa *(DRAE).*
453 = «De *Ad Efesios*, con alusión a la epístola de San Pablo a los efesios: disparatadamente, saliéndose del propósito del asunto» *(DRAE).* Porque no oían las preguntas bien, respondían cualquier cosa.
454 = cerbatanas, = «del árabe *zarbatana*, canutos para tirar a los pájaros» *(DRAE).*

Capítulo 31

Qué provecho se ha de sacar de la relación de las supersticiones de los indios[lxviii]

Baste lo referido[lxix] para entender el cuidado que los indios ponían en servir y honrar a sus ídolos y al demonio, que es lo mismo. Porque contar por entero lo que en esto hay es cosa infinita y de poco provecho; y aún de lo referido podrá parecer a algunos que lo hay muy poco o ninguno, y que es como gastar tiempo en leer las patrañas que fingen los libros de caballerías.[455] Pero éstos,[456] si lo consideran bien, hallarán ser muy diferente negocio y que puede ser útil para muchas cosas tener noticia de los ritos y ceremonias que usaron los indios.

Primeramente, en las tierras donde ello se usó no sólo es útil sino del todo necesario que los cristianos y maestros de la ley de Cristo sepan los errores y supersticiones de los antiguos, para ver si clara o disimuladamente las usan también agora los indios; y para este efecto, hombres graves y diligentes escribieron relaciones largas de lo que averiguaron, y aún los Concilios Provinciales han mandado que se escriban y estampen, como se hizo en Lima, y esto muy más cumplidamente de lo que aquí va tratado.[lxx] Así que, en tierras de indios, cualquier noticia que de aquesto se da a los españoles es importante para el bien de los indios.

Para los mismos españoles, allá y donde quiera, puede servir esta narración de ser agradecidos a Dios nuestro Señor dándole infinitas gracias por tan gran bien como es habernos dado su santa Ley; la cual toda **(p. 393)** es justa, toda limpia, toda provechosa. Lo cual se conoce bien cotejándola con las leyes de Satanás, en que han vivido tantos desdichados. También puede servir para conocer la soberbia e invidia, y engaños y mañas del demonio con los que tiene cautivos; pues por una parte quiere imitar a Dios y tener competencias con El y con su santa Ley; y por otra, mezcla tantas vanidades y suciedades, y aún crueldades, como quien tiene por oficio estragar todo lo bueno y corromperlo.

Finalmente, quien viere la ceguedad y tinieblas en que tantos tiempos han vivido provincias y reinos grandes, y que todavía viven en semejantes engaños muchas gentes y grande

455 «caballería» (O'G. y Alc.).
456 = los que así piensan.

parte del mundo, no podrá (si tiene pecho cristiano) dejar de dar gracias al altísimo Dios, por los que ha llamado de tales tinieblas a la admirable lumbre de su Evangelio, suplicando a la inmensa caridad del Creador las conserve y acreciente en su conocimiento y obediencia; y, juntamente doliéndose de los que todavía siguen el camino de su perdición, instar al padre de misericordias que les descubra los tesoros y riquezas de Jesucristo, el cual con el Padre y con el Espíritu Santo reina por todos los siglos. Amén[lxxi].

Fin del Libro Quinto

Notas finales

i Esta pequeña innovación de título –como prólogo del autor a la segunda parte de historia moral- se corresponde con una división novedosa de la obra en dos libros aparte (historia natural e historia moral), llevada a cabo por el editor anónimo de 1792. Cada una de las partes lleva índice inicial propio, y también una tabla final «de las cosas más principales que se contienen en este tomo». Fue imitada esta división doble en la reedición inglesa de Sir Clement Robert Marckam para la Hakluyt Society en 1880, respecto de la primera traducción inglesa de 1604, que reproduce facsimilarmente. Ha sido reimpresa en 2001 por Adamant Media Corporation, en dos tomos, como también la primera traducción de 1604 en 2003 por Kessinger Publishing, en uno. En medio salió la nueva traducción inglesa de la Duke University, 2002.

ii Obsérvese el estilo racionalista («la razón dicta…») con que establece su orden descriptivo, que parece obedecer a un canon ontológico (seres inanimados, animados y humanos) de origen aristotélico, que resulta tener una forma evolutiva: en escalera o en cadena (conocido como «cadena del ser»). Véase más adelante su propuesta antropológica evolutiva, especialmente en libro VI (caps. 11 y 19), y VII (especialmente 2 y 3).

iii Esta manera de adjetivar en cada caso el término «religión» ocurre solamente dentro del libro V, y rara vez fuera (alguna vez también en el libro VII, cuando aborda temas idolátricos del Códice Tovar). Marcamos con letra diferente en adelante el texto para indicar que se trata —en nuestra opinión— de algo interpolado por el autor, para prevenirse ante la suspicacia inquisitorial por los temas escabrosos abordados, i.e., idolátricos.

iv No trata de enfatizar el autor que escriba la HNMI al servicio de su tratado misional (cosa obvia en él), sino de excusarse por no mencionar los trabajos evangélicos ni la historia hispana en todo su tratado: tal vez para satisfacer a la Inquisición de su sobriedad temática, excluyendo otra posible más actitud cristiana.

v No cristianos. Imita el autor en este proceder combinado de autores de uno y otro tipo (cristianos y paganos) el mismo *test* de credibilidad testimonial a emplear finalmente en el libro VII: al ofrecer también «información de parte no interesada» con los testimonios indígenas de la llegada cristiana al Nuevo Orbe. A la luz de esta sofisticación testimonial, considera más fuerte el autor su argumento cristiano: ahora, los romanos mismos aparecen abominando o mostrando ciertos ritos religiosos como necios e inhumanos.

vi Este párrafo parece añadido, como el anterior, porque carece de un sentido claro, y en todo caso es contradictorio con el espíritu de la obra indiana de Acosta, que todo el rato quiere mostrar que su barbarie es muy relativa, hablando comparativamente. En todo caso, incluye en la misma barbarie -o no cristiandad- a los americanos con los clásicos europeos.

vii Ya hemos razonado en el estudio introductorio nuestra propuesta (que el autor ha intercalado los caps. 1, 11, 22 y 31 de este libro V), para marcar todo este capítulo. Es curioso que aparezcan estos capítulos interpolados cada decena de ellos (al principio y fin del libro -1 y 31-, o justamente en medio -11 y 22-), así como que el autor se haya equivocado numerando el cap. 27 otra vez como 26 (efecto más que probable del no corrimiento numérico, tras la intercalación de tres: 1, 11 y 22). Obsérvese asimismo que en el 11, 22 y 31 —al comenzar o terminar— se justifica el autor de cometer alguna digresión, y que algunas otras interpolaciones demoníacas que subrayamos se hallen al comienzo o final del capítulo. Finalmente —aunque no sea un indicio definitivo— los otros libros de la historia moral indiana —VI y VII— tienen 28 capítulos, justos (no 31, como el V), sobrepasando esa cantidad solamente el IV en toda la obra (42): el autor mide mucho la extensión de sus capítulos y libros (evitando la prolijidad), que tienen generalmente gran homogeneidad.

viii Obsérvese que habla de América como lugar cercano (al contrario de lo establecido al fin del libro II). ¿Se trata de un capítulo pre-escrito y luego interpolado aquí, tal vez perteneciente a un texto previo: como *De Christo revelato*, que acababa de entregar a la imprenta?

ix El sol o la luna es tratado aquí como «cosa general», porque no es individualizable, todos hablan del mismo objeto.

x Véase un tratamiento más preciso en capítulo 5 al definir, como *guaca*, «cualquier cosa que tenga extrañeza entre las de su género les parecía que tenía divinidad». Ver nota XIV de este libro.

xi Ojo, comparar con cap. 16 de este libro V, donde se describe a los chinos como incrédulos, especialmente a los mandarines.

xii Obsérvese que usa en Atenas un nombre indígena romano, siguiendo la Vulgata, versión ortodoxa latina del Viejo y del Nuevo Testamento.

xiii = Dioses griegos, a pesar de ser romanos los nombres (no Zeus o Hermes).

xiv Esta palabra se ha popularizado hoy para indicar un yacimiento arqueológico o antiguo, de tipo prehispánico, y a los que extraen sus ruinas por su cuenta se les denomina despectivamente «huaqueros». Originariamente expresaba simplemente una fuerza propia sobrenatural, de simbología tal vez próxima con el término de las Praderas norteamericanas «wacán», o el polinésico «mana».

xv Esta información de Acosta es más precisa en cap. 4 de este libro mismo y que dice así: «El modo de hacer oración al Viracocha, al Sol y a las estrellas era uno mismo: que es abrir las manos y hacer cierto sonido con los labios (como quien besa), y pedir lo que cada uno quería, y ofrecerle sacrificio». La recoge Acosta del resumen que hizo de Polo en 1585. Ver alguna de las ediciones numerosas de este texto de Polo, la última versión la hemos ofrecido en *Revista Histórica* (Lima), tomo XLI (2002-2004), pp. 296-317.

xvi Recuérdese el escudo del inca Garcilaso, dividido verticalmente en dos (parte hispana y parte incaica), que elige de modo patente este símbolo para referirse a su lado materno.

xvii Para Platón, de cada cosa real había un principio ideal —«idea previa»— que el hombre debía analizar para su mejor comprensión. Tales ideas eran innatas y las conocía el hombre en forma prefigurada (como si las viese desde una cueva, desde el seno materno). Es de esa manera ingeniosa —con ayuda de metáforas filosóficas prestadas de la Antigüedad— como Acosta aspira a comprender la lógica andina.

xviii Véase el interés arqueológico de esta «inducción» cultural: es cierto que las excavaciones actuales del templo mayor han revolucionado nuestro conocimiento del México antiguo, ofrecido además al gran público.

xix El propio autor escribió en Lima textos sacados de algunos de los sermones predicados por él, tales como *De Christo revelato libri novem*, y *De temporibus novisimis libri quatuor*, publicados ambos en Roma, 1590. Anteriormente (1585) coordinó la publicación de algunos documentos catequéticos ordenados por el III Concilio limense (1582-83), siendo concedido para ello por el rey permiso especial como primeros libros impresos en Sudamérica.

xx Ver nota XV.

xxi Obispo de Alejandría (296-373) que luchó contra el arrianismo en el concilio de Nicea y escribió además «Contra los paganos», rechazando el politeísmo y paganismo (Fuente: Wikipedia, Google).

xxii Más que a los montes, se llamaba «apachita» (término aymara, en quechua «apachi») al montón de piedra reunido en las cumbres por obra de los caminantes. Acosta habla dos veces más en este capítulo de ellas, explicándola como una invocación supersticiosa en demanda de ayuda a

la diosa tierra. El inca Garcilaso lo asociaba al culto a Pachamama, en su afán de «resignificar» la religión andina, y los predicadores católicos persiguieron este hábito supersticioso que recordaban como típico de los aldeanos en sus cruces de caminos, a veces como señal de muerte al borde. Recientemente se señala su uso incaico original, para ayudar a construir elevaciones estables en las cumbres. Véase el erudito trabajo de Margarita E. Gentile, «Contextos prehispánicos en papeles escritos: el caso de la apachita andina», inserto en pp. 615-627 de *Miradas al pasado desde Chivilvoy*, Provincia de B. Aires, 2004. Ofrecido en Google. Ver adelante en este capítulo más precisiones sobre apachitas

xxiii No se trata de Cajamarca, lugar de encuentro entre Pizarro y Atagualpa, por el territorio de Nazca en que lo ubica.

xxiv Véase cap. 22 del libro IV, donde se la contempla como producto botánico y supersticioso.

xxv Esta misma explicación se ofrece en la *Historia general de las cosas de la Nueva España,* de B. de Sahagún, y en otros tratados semejantes de misioneros coetáneos, pero en el latín de la Vulgata y tan abreviada la traducción que no se entiende. Merece destacarse el mérito de estas traducciones vernáculas libres («de los textos originales», como la que ofrecemos en nota a pie), entonces prohibidas. Un atrevimiento otra vez solapado.

xxvi Esta frase ocurre en el texto cada vez que el autor hace una digresión, como ocurre esta vez con la Biblia, y otras muchas veces con las explicaciones demoníacas. En este caso no hay digresión real, pues pretende aplicar esta «teoría» bíblica de la idolatría al caso del Perú, y su especial conservación de cuerpos de incas por momificación. Pero, al llegar al cap. 8, siente que regresa de una digresión sobre los enterramientos (porque trataba de los muertos, como dioses).

xxvii El marqués de Cañete —Andrés Hurtado de Mendoza— gobierna en Perú de 1556 a 1561, y encarga a Polo Ondegardo —corregidor del Cuzco entonces, e informante posterior de Acosta— hacer esta averiguación sobre los cuerpos de los incas muertos, o «mallquis»: quería evitar las ceremonias que se les dedicaban cíclicamente, sirviendo de eje organizador de la vida social indígena. No todos fueron descubiertos a la vez ni en perfecto estado, pero lo logra finalmente al ubicarlos en los lugares sagrados de cada linaje *(ceques)* y se envían al hospital limeño de S. Andrés —nombre del virrey, su creador—, donde los contempla Acosta bien conservados. Ver este capitulo, y otros de la obra como el 21 del libro VI y siguientes que narran la historia de cada inca y su familia.

xxviii El inca Garcilaso niega esta costumbre por parecerle cristianamente «bárbara», pero podía haberla encontrado en la literatura clásica y asimilarla a su descripción renacentista de los incas. El P. Acosta o el P. Las Casas justifican esta costumbre como «arcaica», porque los antiguos europeos la practicaban. Posteriormente se descubrirá su práctica extendida en pueblos contemporáneos como la India.

xxix Obsérvese el tono ameno y de curiosidad que adopta a continuación, frente al estilo tenebroso y bíblico del comienzo. Acosta va describiendo los detalles materiales y rituales buscando una significación a todo, «según los mexicanos declaraban»: especialmente con las estatuas de *Vitzilipochtli, Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca.* Lo demoníaco no está reñido con lo significativo, pero hay un evidente cambio de tono en la presentación de lo demoníaco que hace ahora, como autor. La minuciosa descripción de cada Dios mexicano en este capítulo se complementa estrechamente en los siguientes (con los templos, sacerdotes, monasterios, sacrificios, «sacramentos», ceremonias y fiestas de cada uno de ellos).

xxx Juicio somero de las ruinas conservadas, pero que contiene un elemental «enfoque» arqueológico.

xxxi Anteriormente ha descrito en este orden cada uno de los dioses (ver cap. 9).

xxxii Merece la pena valorar que para el autor (un clérigo), también son religión las religiones con dioses «falsos», y por tanto «razonables», sofisticadas y dignas de estudio. Aunque se trate de un *partis pris* interesado —como gremio concernido, el de los sacerdotes—, no por ello deja de tener mérito su esfuerzo «universalizante». En todo caso es un recordatorio para nosotros —censores severos con nuestros ancestros intelectuales— de que los sacerdotes no están inhabilitados para entender religiones ajenas, al contrario.

xxxiii La traducción italiana de 1596 suprimió estos párrafos, «por consejo de los superiores»: perche cosi è piacciuto a i superiori, c'hanno ordine di vedere le cose che si stampano» (p. 124 verso)

xxxiv A comienzo y fin de capítulo introduce una coletilla demoníaca, en medio de la cual ofrece lo que realmente le importa. El principio del cap. es innecesario, pero el final es realmente incongruente con la frase, a la que se añade.

xxxv Esta información no está sacada del tratado religioso de Polo de 1559, donde no menciona las *acllas*, aunque las menciona en sus tratados tributarios de 1561 o 1571.

xxxvi El sacrificio azteca es «verdadero» sacrificio, según Acosta, porque se atiene a su «función» religiosa (ofrecer la substancia de las criaturas a Dios). Ver de este libro nuestra nota XXXII. Creo que su formación teológica (y en especial su dominio de las sagradas escrituras, que le dio un rico referente comparado con casos reales) le ayudó a entender las cosas más difíciles para una sensibilidad cristiana (sacrificios humanos y canibalismo), y debo destacar el mérito de estos cuatro capítulos sobre sacrificios. Aprovecha también varias veces la casuística sacrificial islámica, siguiendo a Polo. Tal vez la *Apologética* del P. Las Casas no se atrevió a tanto, por su intención apologética, no precisamente teológica o teórica.

xxxvii Recuerda esta taxonomía sacrificial, atenida a la materia sacrificada, la ofrecida al principio a propósito de los dioses: cosas naturales (generales o particulares), animales y hombres (difuntos o estatuas).

xxxviii Ver su meticulosidad para percibir la lógica interna del sistema sacrificial, conectando la acción humana con la climática.

xxxix Ver la atrevida propuesta de teología comparada que nos hace el autor, parangonando el canibalismo azteca con la comunión cristiana. De ahí resulta un avance considerable para explicar el sentido ritual del acto «canibalístico» azteca, que esclarece también la lógica de todas las «comuniones» de cuerpos sacrificados. No se verá esto en antropología explícitamente defendido hasta el s. XIX, con el orientalista escocés William Roberson-Smith, al intentar explicar la religión bíblica desde una posición sociológica, y sufrió persecución social por su atrevimiento.

xl «Solemnidad» es uno de los términos más repetidos en este libro, pero debe destacarse que lo aplique a la comida canibalística. Otros cronistas como Bernal Díaz toman esta «solemnidad» como actividad puramente alimenticia, dando carnaza a la teoría proteínica actual entre antropólogos.

xli Las tres ciudades aliadas (Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan) se enfrentaban a Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula en esta guerra sacrificial. Ver Charles Gibson: *Tlaxcala in the Sixteenth Century,* Stanford U. P., 1952.

xlii Todo el capítulo nos parece interpolado porque no contiene información prehispánica alguna, como ha dicho el autor que es su intención (Prólogo a los libros siguientes, y sobre todo en cap. 25 del libro VI: «No pretendo tratar los hechos de los españoles que ganaron a la Nueva España… sólo… lo que los indios refieren»). No lo subrayamos completo sino al comienzo y final, por sus alusiones demoníacas, que marcan el tono principal del capítulo.

xliii Informe que el propio Acosta resumió en el «Confesionario para los curas de indios…», y que usa abundantemente en su Historia, especialmente este el libro V (Lima, 1585).

xliv Además de Tovar, tal vez haya recibido Acosta otros informes en México, pero este relato lo sigue fielmente.

xlv Alcina (1987) vuelve a repetir el párrafo anterior desde «de la misma manera de huesos grandes… (hasta) A estos trozos de masa llamaban los huesos y carne de Vitzilipuchtli. pues». En este momento se salta el párrafo: «Los veneraban que a su dios. Salían luego los sacrificadores y hacían el sacrificio de hombres en la forma que está referida arriba, y eran en éste sacrificados más número que en otro día, por ser la fiesta tan principal. Acabados pues». Comete así un doble error de repetición y elipsis, por un doble homoteleuton (en «de la misma manera», y en «pues»).

xlvi No subrayamos esta alusión al demonio porque contiene información y espíritu comparativo, aunque es evidente que se pone al comienzo o final de capítulo por razones censorias, como en los demás casos.

xlvii No parece haber conocido el tabaco en forma de cigarro y se refiere solamente al tabaco mascado, o solamente transcribe información de segunda mano. Procede el autor como si se tratase de la coca peruana, que sí conoce.

xlviii Nótese la ironía, aunque disimulada, que procede tal vez solamente del vano esfuerzo reiterado a que se somete: explicar «naturalmente» lo sobrenatural.

xlix Otra vez, buscando causas naturales.

l Vuelve a referirse al «Confesionario para los curas de indios» (Lima, 1585), en que participó activamente el autor (Ver Nota XV y algunas de las siguientes de este capítulo).

li La edición Príncipe numera otra vez este capítulo como 26, con lo cual aparece este libro con 30 caps. solamente. Este error de numeración se repitió en las cuatro primeras ediciones (1950, 1951, 1608 y 1684). En 1999, hemos manejado este hecho como argumento para suponer interpolaciones en 4 caps. de este libro, los 1, 11, 12, 22 y 31, que por eso van señalados con una tachadura. Cf. Fermín del Pino Díaz (1999): «Hermenéutica y edición crítica de "Historia natural y moral de las Indias" del P. Acosta», en Iganacio Arellano y José A. Rodríguez Garrido (eds.): *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericano.* Pamplona-Madrid. Ed. de la Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, pp. 503-530.

lii Advertencia útil para reconstruir en parte esa obra manuscrita de Polo sobre los matrimonios incaicos, de la que no queda ninguna huella conocida actualmente. Observar la pretensión de racionalizar las ceremonias, que produce un capítulo muy desdemonizado (¿excepción actual, o indicio de la regla previa?). Sobre matrimonios peruanos, ver libro VI, cap. 18, aunque es poco extenso.

liii Evidentemente es un párrafo de conclusión, por el tono de síntesis comparativa sobre ritos «semejantes» a los cristianos. En todo caso, le sigue una reflexión de altos vuelos sobre la relación entre religión y civilización (económica y política), que debe considerarse igualmente pertinente a la filosofía «racionalista» del autor, si bien esté tomada casi literalmente de su informante Polo. Es posible que el autor quiera prevenirse contra los que se ofendiesen con las comparaciones ofrecidas (algunas se eliminaron en la versión italiana).

liv Sacado casi literalmente de su fuente andina, Polo de Ondegardo: «También es bien de advertir que en las tierras ricas y abundantes de comida o ganado y plata, reinan más las idolatrías y supersticiones (como en estas partes del Perú). Mas en las provincias pobres como los Chiriguanaes, Chaneses, Tucumanenses, Xuríes, Diaguitas hasta el río de la Plata, y otras muchas que son pobres y necesitadas, aunque algunas adoran al sol o algunas estrellas con solas palabras y meneos del cuerpo, y con tenerlos en mucho, mas no ponen tanta diligencia y observancia de religión supersticiosa ni usan de tanta multitud de ceremonias, ni sacrificios, ni tienen qué sacrificar; y, en fin, no es cosa general, pues son los más los que no tienen idolatrías, sino que toda su ocupación es coger con mucho trabajo lo que comen y aún lo que beben, y otras cosas que habrán de menester» (Polo, en «Errores y supersticiones de los indios…», *Confesionario*…, 1585, capítulo XIII).

lv Ver el libro VI, especialmente el cap. 19, en que se usa este término castellano con frecuencia, refiriéndose a los pueblos americanos que no tenían señores de modo permanente, sino que los elegían para casos particulares (en caso de guerra, sobre todo). En el sistema feudal castellano, algunas comunidades elegían a un señor por «benefactor» (benefactoría = *behetría*) también en casos únicos de necesidad de defensa.

lvi Usamos la edición de Polo (1585), controlada por el propio Acosta, para elegir mejor los nombres quechuas de estas fiestas de Cuzco, así como para completar algunos términos o frases que el cajista sevillano entendió mal o ignoró, como se advertirá oportunamente. Cuando señalamos la versión de la príncipe, para corregirla naturalmente, damos a entender que todos los editores hasta ahora le han seguido. De este método de «colacionar» hemos tratado anteriormente, ver Introducción.

lvii La príncipe pone «carneros, oro y plata», como la versión de Polo (1585), pero eso reiteraría otra vez la presencia de carneros, que acaba de mencionar en el mismo párrafo (lo que sería absurdo). Ver Acosta, cuando dice en este mismo libro de los sacrificios: «En el Pirú usaron sacrificar […] a veces oro y plata, figurando [= haciendo figuras] de ello animalejos (V, 18). Lo mismo en VI, 12 dice que, al coronarse el inca, sacrificaban «gran cantidad de vasos de oro y plata, y muchas ovejuelas pequeñas hechas de lo mismo». Por el propio Acosta —recibido de su informante Polo—, sabemos que las figuras doradas o plateadas de animales importantes en el sistema cultural andino (la *llama*, sobre todo) componían parte de los objetos sagrados en los templos incas. Parte de estas numerosas figuras de oro fueron recogidas del templo de Coricancha y de Pachacamac, para pagar el rescate de Atahualpa.

lviii Recuérdese el cap. 4 de este libro, donde cita los tres nombres del trueno (*chuquiilla, catuilla,* e i*ntillapa*) significando «llover», «granizar» o nevar, y «tronar». Ahora parece haber un parentesco entre ellos de padre, hijo y hermano.

lix Se ve por la expresión usada que el autor «cree» haber hecho una digresión tratando de las Trinidad, cuando procedía a describir las fiestas ordinarias del Cuzco. La propia alusión a la historia que ha interpolado suena a ficticia. ¿Por qué dice «creo le dije» —y no, simplemente «le dije»—, sino porque contiene cierta invención, *ad hoc*? Solamente esta alusión breve —única en el capítulo— es la que le permite incluir al demonio en el título del capítulo.

lx Recuérdese que *Viracocha* se refiere al agua (*cocha*).

lxi En realidad, no hay tal información anexa para añadir, como se ve en su fuente Polo (1585), que repite lo mismo para cada mes, pero Acosta justifica así la inexplicable brevedad descriptiva de este modo.

lxii Muy interesante la traducción de *ceque* como «pertenencia» —y no como «raya» o «línea», la habitual— que formaban los adoratorios incas. Lo interesante es que esta traducción es tomada del mismo Polo, que usamos de fuente principal en temas quechuas: en su famosa obra de 1571 (conocida como «Relación de los fundamentos…») lo define como «linde» de comarcas con valor ceremonial: «Especialmente en cada pueblo puso [el inca] la misma orden del Cuzco, y dividió por *zeques* y rayas la comarca, e hizo adoratorios de diversas advocaciones todas las cosas que parecían notables» (Ms. 2821, Biblioteca Nacional de Madrid, 1571, folio 6r).

lxiii Es evidente el añadido interpolado con materia demoníaca para tranquilizar al lector escrupuloso y a la inquisición vigilante en este largo final —normalmente breve y lacónico—. Véase la brevedad de otros finales de capítulos, tomados del libro anterior: «Pero, por ocasión de las riquezas de Potosí, baste haber hecho esta digresión» (IV, 7). «Y con esto nos podemos contentar cuanto a materia de plata y metales y minas, y pasar adelante a los otros dos [temas] propuestos de plantas y animales» (IV, 13). «Y para materia de flores harto [bastante] está dicho» (IV, 27). «Y esto baste para entender que no falta regalo de fruta asaz: ahora digamos otro poco de plantas de provecho que han ido de España, y acabaremos esta plática de plantas, que ya va larga» (IV, 31). «Con esto quede acabado [lo que trata] con la materia de las plantas, y pasemos a la de animales de las Indias» (IV, 32), «Esto baste de edificios» (VI, 14), etc.

lxiv Prosigue en su intento de «contextualizar» como razonables las ceremonias aztecas.

lxv Esta misma fiesta fue descrita en cap. 24, con variantes pequeñas dignas de estudiar.

lxvi Alusión al monumento de la Semana Santa, o del Corpus Christi. Covarrubias dice en la voz *monumento*: «Vulgarmente se toma por el túmulo y aparato que se hace en toda la Iglesia católica el Jueves y Viernes Santo… en memoria del sepulcro en que estuvo aquellos tres días el cuerpo de nuestro redentor…».

lxvii Notar la simpatía con que describe el regocijo popular.

lxviii Esta reflexión de motivos final era obligado en una obra idolátrica como ésta, después de tantas alusiones al demonio. Pero, fuera del bien cristiano de los indios -que dice como primer motivo de su libro V, y ya mencionó demasiadas veces como para necesitar repetirlo-, los otros dos son puramente para satisfacción inquisitorial, y no requeridos por el autor espontáneamente. Podría compararse numéricamente -en su formulación trina, para nada en su contenido- con los tres motivos que da al comienzo del libro siguiente, el VI: donde justifica que el saber acerca de su «policía» o civilización conviene cristianamente, para beneficiarlos religiosamente y para no ser injustos con ellos. Parece haber incluso alguna «equidistancia» entre ellos, como capítulos vecinos por simetría espacial, pero el sentido actual en el capìtulo final es muy otro y no procede de una ética tolerante.

lxix Prueba clara, entonces, de que el libro religioso ha terminado, propiamente hablando. Lo que sigue son puros argumentos legitimadores de la edición del libro, por tratar en lengua vernácula este espinoso tema idolátrico, cuestionado por la Inquisición. Sólo subrayamos un párrafo porque es el único que nos parece del todo «retórico» y oportunista, aunque todo el capítulo nos parece interpolado.

lxx Clara alusión al III Concilio limense, cuyas actas y vigencia ha ido a Roma a lograr del papa, como ocasión ortodoxa y sin atrevimiento personal.

lxxi Fin de capítulo y libro. Eso puede justificar este final devoto, como lo repite al fin del libro IV al concluir la historia natural, y del VII en que concluye la obra. Pero, en este caso del libro V no hacía falta propiamente, por no concluirse ninguna parte autónoma, por lo que preferimos interpretarlo otra vez como «captatio benevolenciae» del censor.

(p. 395)

LIBRO SEXTO DE LA HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS

Capítulo 1

Que es falsa la opinión de los que tienen a los indios por hombres faltos de entendimiento

Habiendo tocado lo que toca a la religión[i] que usaban los indios, pretendo en este libro escrebir de sus costumbres y policía y gobierno, para dos fines.

El uno, deshacer la falsa opinión que comúnmente se tiene dellos como de gente bruta y bestial y sin entendimiento, o tan corto que apenas merece ese nombre. Del cual engaño se sigue hacerles muchos y muy notables agravios, sirviéndose dellos poco menos que de animales, y despreciando cualquier género de respecto que se les tenga. Que es tan vulgar y tan pernicioso engaño como saben bien los que con algún celo y consideración han andado entre ellos, y visto y sabido sus secretos y avisos; y, juntamente, el poco caso que de todos ellos hacen los que piensan que saben mucho, que son de ordinario los más necios, y más confiados de sí.[ii] Esta tan perjudicial opinión no veo medio con que pueda mejor **(p. 396)** deshacerse que con dar a entender el orden y modo de proceder que éstos tenían cuando vivían en su ley: en la cual, aunque tenían muchas cosas de bárbaros y sin fundamento, pero había también otras muchas dignas de admiración, por las cuales se deja bien comprender que tienen natural capacidad para ser bien enseñados; y aún, en gran parte, hacen ventaja a muchas de nuestras repúblicas.

Y no es de maravillar que se mezclasen yerros graves, pues en los más estirados[1] de los legisladores y filósofos se hallan, aunque entren Licurgo y Platón en ellos. Y en las más sabias repúblicas, como fueron la romana y la ateniense, vemos ignorancias dignas de risa que, cierto, si las repúblicas de los mexicanos y de los ingas se refirieran en tiempo de romanos o griegos fueran sus leyes y gobierno estimado. Mas, como —sin saber nada desto— entramos por la espada sin oírles ni entenderles, no nos parece que merecen reputación las cosas de los indios, sino como de caza habida[2] en el monte y traída para nuestro servicio y antojo.[iii]

Los hombres más curiosos y sabios que han penetrado y alcanzado sus secretos, su estilo y gobierno antiguo, muy de otra suerte lo juzgan maravillándose que hubiese tanto orden y razón entre ellos. De estos autores es uno Polo Ondegardo, a quien comúnmente sigo en las cosas del[3] Pirú; y en las materias de México[4] Joan de Tovar, prebendado que fue de la Iglesia de México y agora es religioso de nuestra Compañía de Jesús. El cual, por orden del virrey don Martín Enríquez, hizo diligente y copiosa averiguación de las historias antiguas de aquella nación,[iv] sin otros autores graves que por escrito o de palabra me han bastantemente informado de todo lo que voy refiriendo.

El otro fin que puede conseguirse, con la noticia de las leyes y costumbres y policía de los indios, es ayudarlos y regirlos por ellas mismas: pues en lo que no contradicen a

[1] = «(Sentido figurado)… orgulloso en su trato con los demás» (*DRAE,* 3). Nótese la ironía, que repite más adelante.
[2] «habido» (Alc.).
[3] «de el» (Ppríncipe).
[4] a.

la ley de **(p. 397)** Cristo y de su santa iglesia deben ser gobernados conforme a sus fueros, que son como sus leyes municipales. Por cuya ignorancia se han cometido yerros de no poca importancia, no sabiendo los que juzgan ni los que rigen por dónde[5] han de juzgar y regir sus súbditos. Que —demás de ser agravio y sinrazón que se les hace— es en gran daño, por tenernos aborrecidos como a hombres que en todo, así en lo bueno como en lo malo, les somos y hemos siempre sido contrarios.[v]

Capítulo 2

Del modo de cómputo y calendario que usaban los mexicanos

Comenzando, pues, por el repartimiento de los tiempos y cómputo que los indios usaban —que es una de las más notorias muestras de su ingenio[vi] y habilidad— diré primero de qué manera contaban y repartían su año los mexicanos, y de sus meses y calendario y de su cuenta de siglos o edades.

El año dividían en dieciocho meses. A cada mes daban veinte días, con que se hacen trescientos y sesenta días; y los otros cinco que restan para cumplimiento del año entero no los daban a mes ninguno, sino contábanlos por sí y llamábanlos «días baldíos»:[6] en los cuales no hacía la gente cosa alguna ni acudían al templo, sólo se ocupaban en visitarse unos a otros perdiendo tiempo, y los sacerdotes del templo cesaban de sacrificar. Los cuales días cumplidos, tornaban a comenzar la cuenta de su año, cuyo primer mes era por marzo cuando comienza a reverdecer la hoja; aunque tomaban tres días de febrero, porque su primer día del año era a veinte y seis de Febrero, como consta[7] por el calendario suyo —en el cual está incorporado el nuestro con notable cuenta y artificio— hecho por los indios antiguos que conocieron a los primeros españo **(p. 398)** les: el cual calendario yo ví y aún le tengo en mi poder,[8] que es digno de considerar para entender el discurso y habilidad que tenían estos indios mexicanos[vii].

[5] = qué modelo.
[6] «valdios» (Mat.).
[7] «constaba» (Mat.).
[8] Ver lámina 35 (códice del Tovar).

Cada uno de los dieciocho meses que digo tiene su nombre especial, y su pintura y señal propia: y comúnmente se tomaba de la fiesta principal que en aquel mes se hacía, o de la diferencia que el año va entonces causando. Y para todas sus fiestas tenían sus[9] ciertos días señalados en su calendario. Las semanas contaban[10] de trece en trece días y a cada día señalaban con un cero o redondo pequeño, multiplicando los ceros hasta trece, y luego volvían a contar uno, dos, etc.

Partían también los años de cuatro en cuatro signos, atribuyendo a cada año un signo. Éstas eran cuatro figuras: la una de casa, la otra de conejo, la tercera de caña, la cuarta de pedernal. Y así las pintaban, y por ellas nombraban el año que corría diciendo «a tantas casas, o a tantos pedernales de tal rueda, sucedió tal y tal cosa». Porque es de saber que su rueda —que es como siglo— contenía cuatro semanas de años, siendo cada una de trece, de suerte que eran por todos[11] cincuenta y dos años. Pintaban en medio un sol, y luego salían dél en cruz cuatro brazos o líneas hasta la circunferencia de la rueda y daban vuelta;[12] de modo que se dividía en cuatro partes la circunferencia, y cada una dellas iba con su brazo del mismo color, que eran[13] cuatro diferentes: de verde, de azul, de colorado, de amarillo. Y cada parte déstas tenía sus trece apartamientos con su signo de casa o conejo o caña o pedernal, significando[14] en cada uno su año, y al lado pintaban lo sucedido en aquel año. Y así vi yo —en el calendario que he dicho— señalado el año que entraron los españoles en México con una pintura de un hombre vestido a nuestro talle, de colorado: que tal fue el hábito del primer español que envió[15] Hernando Cortés.

Al cabo de los cincuenta y dos años —que se cerraba la rueda— **(p. 399)** usaban una ceremonia donosa,[16] y era que la última noche quebraban cuantas vasijas tenían y apagaban cuantas lumbres había, diciendo que en una de las ruedas había de fenecer el mundo, y que por ventura sería aquella en que se hallaban; y que, pues se había de acabar el mundo, no habían de guisar ni comer, que para qué eran vasijas ni lumbre: y así se estaban toda la noche diciendo que quizá no amanecería más, velando con gran atención todos para ver si amanecía. En viendo que venía el día, tocaban muchos atambores y bocinas y flautas y otros instrumentos de regocijo[17] y alegría, diciendo que ya Dios les

[9] Sin «sus» (Mat.).
[10] «contaba» (Mat.).
[11] = en total.
[12] «vuetas» (Mat.).
[13] «era» (Mat.).
[14] «significado» (Mat.).
[15] «envío» (Mat.).
[16] = «Que tiene donaire y gracia» *(DRAE).*
[17] «recocijo» (Mat.).

alargaba otro siglo —que eran cincuenta y dos años— y comenzaban otra rueda. Sacaban el día que amanecía, para principio de otro siglo, lumbre nueva y compraban vasos de nuevo, ollas y todo lo necesario para guisar de comer: e iban todos por lumbre nueva[18] donde la sacaba el sumo sacerdote, precediendo una solemnísima procesión en hacimiento[19] de gracias, porque les había amanecido y prorrogádoles otro siglo.

Éste era su modo de contar años y meses, y semanas y siglos.

Capítulo 3

Del modo de contar los años y meses que usaron los ingas

En este cómputo de los mexicanos, aunque hay mucha cuenta e ingenio para hombres sin letras, pero paréceme falta de consideración no tener cuenta con las lunas ni hacer distribución de meses conforme a ellas.

En lo cual sin duda les hicieron ventaja los del Perú, porque contaban cabalmente su año de tantos días como nosotros, y partíanle en doce meses o lunas, consumiendo los once días que sobran de luna —según escribe Polo— en los mismos meses. Para tener cierta y cabal la cuenta del año usaban esta habilidad: que en los cerros que están al **(p. 400)** derredor* de la ciudad del Cuzco (que era la corte de los reyes ingas, y juntamente el mayor santuario de sus reinos y, como si dijésemos, otra Roma) tenían puestos por su orden doce pilarejos, en tal distancia y postura que en cada mes señalaba cada uno dónde salía el sol y dónde se ponía. Éstos llamaban *Succanga*, y por allí anunciaban las fiestas y los tiempos de sembrar y coger, y lo demás. A estos pilares del sol hacían ciertos sacrificios conforme a su superstición. Cada mes tenía su nombre propio y distinto, y sus fiestas especiales: comenzaban el año por enero, como nosotros, pero después un rey inga, que llamaron *Pachacúto*[20] —que quiere decir «reformador del tiempo»—, dio principio al año por diciembre, mirando (a lo que se puede pensar) cuándo el sol comienza a volver del último punto de Capricornio, que es el trópico a ellos más propincuo.[21]

Cuenta cierta de bisiesto no se sabe que la tuviesen unos ni otros,[22] aunque algunos dicen que sí tenían. Las semanas que contaban los mexicanos no eran propiamente semanas pues no eran de siete días, ni los ingas hicieron esta división. Y no es maravilla, pues la cuenta de la semana no es como la del año por curso del sol, ni como la del mes por el curso de la luna: sino en los hebreos por el orden de la creación del mundo que refiere Moisén;[23] y en los griegos y latinos por el número de los siete planetas, de cuyos nombres se nombran también los días de la semana. Pero para hombres sin libros ni letras harto* es, y aún demasiado, que tuviesen el año y las fiestas y tiempos con tanto concierto y orden como está dicho.

Capítulo 4

Que ninguna nación de indios se ha descubierto que use de letras

(p. 401) Las letras se inventaron para referir y significar inmediatamente las palabras que pronunciamos, así como las mismas palabras y vocablos —según el Filósofo—[24/viii] son señales inmediatamente de los conceptos y pensamientos de los hombres. Y lo uno y lo otro (digo las letras y las voces) se ordenaron para dar a entender las cosas: las voces a los presentes, las letras a los ausentes y futuros.

Las señales que no se ordenan de próximo[25] a significar palabras, sino cosas, no se llaman ni son en realidad de verdad letras, aunque estén escritas: así como una imagen del sol pintada no se puede decir que es escritura o letras del sol sino pintura, ni más ni menos[26] otras señales que no tienen semejanza con la cosa sino solamente sirven para memoria, porque el que las inventó no las ordenó para significar palabras sino para denotar aquella cosa.

18 a.
19 = acción.
20 Véase cap. 21 de este libro, que le llama «Pachacuti».

21 «propinco» (Mat.), = cercano. Ver cap. 28, del libro V, donde comienzan por diciembre las fiestas fijas del año.
22 = peruanos o mexicanos.
23 *Génesis* 1 *(nota del autor).*
24 Aristóteles: *Peri hermeneias [Acerca de la interpretación]*, cap. 1.
25 = inmediatamente.
26 ocurre con.

Estas tales[27] señales no se dicen —ni son propiamente— letras ni escritura, sino cifras o memoriales, como las que usan los sferistas[28] o astrólogos para denotar diversos signos o planetas de Marte, de Venus, de Júpiter, etc. Son cifra y no letras, porque por cualquier nombre que se llame Marte igualmente lo denota[29] al italiano y al francés y al español. Lo cual no hacen las letras, que —aunque denoten las cosas— es mediante palabras, y así no las entienden sino los que saben aquella lengua. *Verbi gratia*: está escrita esta palabra «sol»,[30] no percibe el griego ni el hebreo qué significa porque ignora el mismo vocablo latino.[31] De manera que escritura y letra solamente las usan los que con ellas significan vocablos; y, si inmediatamente significan las mismas cosas, no son ya letras ni escritura sino pintura y cifras.

De aquí se sacan dos cosas bien notables: la una es que la memoria de historias y antigüedad[32] puede permanecer en los hombres por una de tres maneras: [a] o por *letras* y *escritura*, como lo usan los latinos y griegos y hebreos, y otras muchas naciones; [b] o[33] **(p. 402)** por *pintura*, como casi en todo el mundo se ha usado. Pues, como se dice en el concilio Niceno Segundo, «la pintura es libro para los idiotas que no saben leer»;[34] [c] o por cifras o caracteres, como el guarismo significa los números de ciento, de mil y los demás, sin significar esta palabra ciento ni la otra mil.

El otro[35] notable que se infiere es el que en este capítulo se ha propuesto, es a saber: que ninguna nación de indios que se ha descubierto en nuestros tiempos usa de letras ni de escritura sino de las otras dos maneras, que son imágines o figuras; y entiendo esto no sólo de los indios del Perú y de los de Nueva España, sino en parte también de los japones y chinas. Y, aunque parecerá a algunos muy falso lo que digo —por haber tanta relación de las grandes librerías y estudios de la China y del Japón, y de sus chapas[36] y provisiones, y cartas—, pero es muy llana verdad, como se entenderá en el discurso siguiente.

[27] Sin «tales» (Mat.).
[28] esferistas, del latín = «astrónomos» *(DRAE),* porque trabajan con la esfera terrestre y de otros planetas.
[29] = hace comprender al que habla en.
[30] pero.
[31] = de origen latino, pero en realidad español.
[32] = antigüedades.
[33] O'G. y Alc. eliminan «o», junto con el punto y coma, y cambia el sentido alternativo de la frase.
[34] Aquí O'G. y Alc. ponen solamente «coma», sin dar a entender la alternativa clasificatoria.
[35] resultado, consecuencia de lo anterior.
[36] = «Hoja o lámina de metal, madera u otra materia» *(DRAE).*

Capítulo 5

Del género de letras y libros que usan los chinos

Las escrituras que usan los chinos piensan muchos, y aún es común opinión, que son letras como las que usamos en Europa: quiero decir, que con ellas se puedan escrebir palabras o razones y que sólo difieren de nuestras letras y escritura en ser sus caracteres de otra forma, como difieren los griegos de los latinos y los hebreos y caldeos. Y por la mayor parte[37] no es así: porque ni tienen alfabeto ni escriben letras, ni es la diferencia de caracteres sino en que principalmente su escrebir es pintar o cifrar. Y sus letras no significan partes de dicciones[38] como las nuestras sino son figuras de cosas: como de sol, de fuego, de hombre, de mar y así de lo demás.

Pruébase esto evidentemente porque, siendo las lenguas que hablan los chi **(p. 403)** nos innumerables y muy diferentes entre sí, sus escrituras y chapas* igualmente se leen y entienden en todas lenguas, como nuestros números de guarismo igualmente se entienden en francés, español y en arábigo. Porque esta figura 8 donde quiera dice ocho, aunque este número el francés le llame de una suerte y el español de otra: de aquí es que, como las cosas son en sí innumerables, las letras o figuras que usan los chinas para denotarlas son casi infinitas. Porque el que ha de leer o escrebir en la China, como los mandarines hacen, ha de saber por lo menos ochenta y cinco mil figuras o letras, y los que han de ser perfectos en esta lectura, ciento y veinte y tantas mil. Cosa prodigiosa y que no fuera creíble, si no lo dijeran personas tan dignas de fe como lo son padres de nuestra Compañía que están allá actualmente aprendiendo su lengua y escritura, y ha más de diez años que de noche y de día estudian en esto con inmortal trabajo: que todo lo vence la caridad de Cristo y deseo de la salvación de las almas.[ix]

Esta misma es la causa por que en la China son tan estimados los letrados, como de cosa tan difícil: y solos ellos tienen oficios de mandarines y gobernadores, y jueces y capitanes. Y así, es grande el cuidado de los padres en que

[37] = generalmente, «en el mayor número, o en lo más de una cosa, comúnmente» *(DRAE).*
[38] = palabras.

sus hijos aprendan a leer y escrebir. Las escuelas donde esto aprenden los niños o mozos son muchas y ciertas:[39] y el maestro de día en ellas y sus padres de noche en casa les hacen estudiar tanto que traen los ojos gastados, y les azotan muy a menudo con cañas; aunque no de aquellas rigurosas con que azotan[40] los malhechores.

Ésta llámanla «lengua mandarina», que ha menester la edad de un hombre para aprenderse. Y es de advertir que, aunque la lengua en que hablan los mandarines es una y diferente de las vulgares —que son muchas— y allá se estudia como acá la latina o griega, y sólo la saben los letrados que están por toda la China, pero lo que se escribe en ella **(p. 404)** en todas las lenguas se entiende: porque, aunque las provincias no se entienden de palabra unas a otras, mas por escrito sí, porque las letras o figuras son unas mismas para todos y significan lo mismo. Mas no tienen el mismo nombre ni prolación[41] porque, como he dicho, son para denotar cosas y no palabras: así, como en el ejemplo de los números de guarismo que puse, se puede fácilmente entender. De aquí también procede que, siendo los japones y chinas naciones y lenguas tan diferentes, leen y entienden los unos las escrituras de los otros; y, si hablasen lo que leen o escriben, poco ni mucho, no se entenderían.

Éstas, pues, son las letras y libros que usan los chinos tan afamados en el mundo; y sus impresiones[42] son grabando una tabla de las figuras que quieren imprimir y estampando tantos pliegos como quieren, en la misma forma que acá estampamos imágines grabando el cobre o madera[x].

Mas —preguntará cualquier hombre inteligente— ¿cómo pueden significar sus conceptos por unas mismas figuras? Porque no se puede con una misma figura significar la diversidad que cerca[43] de la cosa se concibe, como es decir que «el sol calienta», o que «miró al sol», o que «el día es del sol»[44]; finalmente, los casos y conjugaciones[45] y artículos que tienen muchas lenguas y escrituras ¿cómo es posible denotarlos por unas mismas figuras? A esto se responde que, con diversos puntos y rasgos y postura, hacen toda esa variedad de significación.

Más dificultad tiene entender cómo pueden escrebir en su lengua nombres propios, especialmente de extranjeros, pues son cosas que nunca vieron ni pudieron inventar figura para ellos. Yo quise hacer experiencia desto, hallándome en México con unos chinos, y pedí que escribiesen en su lengua esta proposición: «Jose de Acosta ha venido del Perú»[xi], u otra semejante. Y el chino estuvo gran rato pensando, y al cabo escribió; y después él y otro[46] leyeron en efecto la **(p. 405)** misma razón, aunque en el nombre propio algún tanto variaban. Porque usan deste artificio tomando el nombre propio, y buscan alguna cosa en su lengua con que tenga semejanza aquel nombre y ponen la figura de aquella cosa; y, como es difícil en tantos nombres hallar semejanza de cosas y sonido de su lengua, así les es muy trabajoso escrebir los tales nombres. Tanto que nos decía el padre Alonso Sánchez que el tiempo que anduvo en la China trayéndole en tantos tribunales de mandarín en mandarín, para escrebirle[47] su nombre —en aquellas chapas* que ellos usan— estaban gran rato, y al cabo salían con nombralle[48] a su modo, en un modo ridículo que apenas acertaban con él.

Éste es el modo de letras y escritura que usan los chinos. El de los japones es muy semejante a éste, aunque de los señores japones que estuvieron en Europa[xii] afirman que escrebían fácilmente en su lengua cualquier cosa, aunque fuesen de[49] nombres propios de acá; y me mostraron algunas escrituras suyas. Por donde parece que deben de tener algún género de letras, aunque lo más de su escritura debe de ser por caracteres y figuras, como está dicho de los chinos.[xiii]

Capítulo 6

De las universidades y estudios de la China

De escuelas mayores y universidades de filosofía y otras ciencias naturales, los padres de la Compañía que han estado allá dicen que no las vieron ni pueden creer que las haya; y que todo su estudio es de la lengua mandarín, que es dificilísima y amplísima, como está referido. Lo que también estudian son cosas que hay[50] en esta lengua: que son historias, sectas, leyes civiles y moralidad de proverbios y fábulas, y

39 = duraderas.
40 a.
41 = «Acción de proferir o pronunciar» *(DRAE).*
42 = imprentas.
43 = acerca.
44 = día soleado.
45 «conjunciones» (1792, 1894, Mat.). La Príncipe lo corrige.

46 «otros» (O'G. y Alc.).
47 «escribirle» (1792, 1894 y Mat.).
48 «nombrarle» (1792, 1894)
49 Sin «de» (Alc.).
50 compuestas.

otras muchas composiciones; y los grados que hay[51] son en estos estudios de su lengua y leyes.

De las ciencias divinas ningún rastro tienen; de las naturales **(p. 406)** no más que algún rastro, con muy poco o ningún método ni arte, sino proposiciones sueltas según es mayor o menor el ingenio y[52] estudio de cada uno; en las matemáticas, por experiencia de los movimientos y estrellas, y en la medicina por conocimiento de hierbas, de que usan mucho y hay muchos que curan. Escriben con pinceles: tienen muchos libros de mano[53] y muchos impresos, todos mal aliñados.[54]

Son grandes representantes,[55] y hácenlo con grande aparato de tablado, vestidos, campanas y atambores, y voces a sus tiempos. Refieren padres[56] haber visto comedia de diez o doce días, con sus noches, sin faltar gente en el tablado ni quien mire: van saliendo personajes y cenas[57] diferentes, y mientras unos representan otros duermen o comen. Tratan en estas comedias cosas morales y de buen ejemplo, pero envueltas en otras notables de gentilidad.

Esto es, en suma, lo que los nuestros refieren de las letras y ejercicios de ellas de la China que no se puede negar sea de mucho ingenio y habilidad. Pero todo ello es de muy poca sustancia, porque en efecto toda la ciencia de los chinos viene a parar en saber escrebir y leer no más, porque ciencias más altas no las alcanzan; y el mismo escrebir y leer no es verdadero escrebir y leer, pues no son letras las suyas que sirvan para palabras sino figurillas de innumerables cosas que con infinito trabajo y tiempo prolijo se alcanzan; y, al cabo de toda su ciencia, sabe más un indio del Perú o de México que ha aprendido a leer y escrebir que el más sabio mandarín dellos. Pues el indio, con veinte y cuatro letras que sabe escrebir y juntar, escrebirá y leerá todos cuantos vocablos hay en el mundo; y el mandarín, con sus cien mil letras, estará muy dudoso para escrebir cualquier nombre propio —de Martín o Alonso— y mucho menos podrá escrebir los nombres de cosas que no conoce. Porque, en resolución, el escrebir de la China es un género de pintar o cifrar.[xiv] **(p. 407)**

[51] establecidos entre mandarines.
[52] «o» (Mat.)
[53] = manuscritos.
[54] = encuadernados. También «compuesto… alineado» (Covarrubias). En el capítulo siguiente se refiere a los códices mayas como «a su modo encuadernados o plegados».
[55] de teatro.
[56] jesuitas.
[57] «escenas» (1792, 1984 y Mat.).

Capítulo 7

Del modo de letras y escritura que usaron los mexicanos

Hállase en las naciones de la Nueva España gran noticia y memoria de sus antiguallas. Y, queriendo yo averiguar en qué manera podían los indios conservar sus historias y tantas particularidades, entendí que —aunque no tenían tanta curiosidad y delicadeza como los chinos y japones— todavía no les faltaba algún género de letras y libros con que a su modo conservaban las cosas de sus mayores.

En la provincia de Yucatán —donde es el Obispado que llaman de Honduras— había unos libros de hojas, a su modo encuadernados o plegados, en que tenían los indios sabios la distribución de sus tiempos y conocimientos de planetas y animales, y otras cosas naturales y sus antiguallas: cosa de grande curiosidad y diligencia. Parecióle a un doctrinero que todo aquello debía de ser hechizos y arte mágica, y porfió que se habían de quemar. Y quemáronse aquellos libros: lo cual sintieron después no sólo los indios sino españoles curiosos, que deseaban saber secretos de aquella tierra[xv]. Lo mismo ha acaecido en otras cosas: que, pensando los nuestros que todo es superstición, han perdido muchas memorias de cosas antiguas y ocultas que pudieran no poco aprovechar. Esto sucede de un celo necio que, sin saber ni aún querer saber las cosas de los indios, a carga cerrada dicen que todas son hechicerías y que éstos son todos unos borrachos, que ¿qué pueden saber ni entender?[xvi]

Los que han querido con buen modo informarse de ellos han hallado muchas cosas dignas de consideración: uno de los de nuestra Compañía de Jesús, hombre muy práctico y diestro, juntó en la provincia de México a los ancianos de Tuzcuco,[58] y de Tu **(p. 408)** la y de México; y confirió[59] mucho con ellos, y le mostraron sus librerías[60] y sus historias y calendarios.[61] Cosa mucho de ver, porque tenían sus figuras y hieroglíficos con que pintaban las cosas en[62] esta forma: que las cosas que tenían figuras las ponían con sus propias imágines, y para las cosas que no había imagen propia tenían

[58] «Tescoco» (O'G. y Alc.).
[59] = «Tratar algún negocio, examinando las razones que hay en pro y en contra» (Covarrubias, 2).
[60] = bibliotecas.
[61] «kalendarios» (Príncipe, 1792, 1984).
[62] «de» (Mat.).

otros caracteres significativos de aquello, y con este modo figuraban cuanto querían.

Y para memoria del tiempo en que acaecía cada cosa tenían aquellas ruedas pintadas, que cada una dellas tenía un siglo, que eran cincuenta y dos años, como se dijo arriba;[63] y al lado de estas ruedas, conforme al año en que sucedían cosas memorables, las iban pintando con las figuras y caracteres que he dicho. Como, con poner un hombre pintado con un sombrero y sayo colorado en el signo de caña —que corría entonces—, señalaron el año que entraron los españoles en su tierra, y así de los demás sucesos.

Pero, porque sus figuras y caracteres no eran tan suficientes como nuestra escritura y letras, por eso no podían concordar tan puntualmente en las palabras sino solamente en lo sustancial de los conceptos.[xvii] Mas, porque también usan referir de coro[64] arengas y parlamentos que hacían los oradores y retóricos antiguos, y muchos cantares que componían sus poetas —lo cual era imposible aprenderse por aquellos hieroglíficos y caracteres—, es de saber que tenían los mexicanos grande curiosidad en que los muchachos tomasen de memoria los dichos parlamentos y composiciones. Y para esto tenían escuelas y como colegios o seminarios adonde los ancianos enseñaban a los mozos éstas y muchas otras cosas que por tradición se conservan tan enteras como si hubiera escritura dellas: especialmente las oraciones[65]/[xviii] famosas hacían —a los muchachos que se imponían para ser retóricos y usar oficio de oradores— que las tomasen palabra por palabra. Y muchas de éstas, cuan **(p. 409)** do vinieron los españoles y les enseñaron a escrebir y leer nuestra letra,[66] los mismos indios las escribieron, como lo testifican hombres graves que las leyeron.

Y esto se dice porque quien en la historia mexicana[67] leyere semejantes razonamientos largos y elegantes, creerá fácilmente que son inventados de los españoles, y no realmente referidos de los indios; mas, entendida la verdad, no dejará de dar el crédito que es razón a sus historias.

También escribieron a su modo por imágines y caracteres los mismos razonamientos:[68] y yo he visto —para satisfacerme en esta parte— las oraciones del Pater noster y Ave María, y símbolo[69] y la confesión general en el modo dicho de indios, y cierto se admirará cualquiera que lo viere. Porque, para significar aquella palabra «Yo, pecador, me confieso», pintan un indio hincado de rodillas a los pies de un religioso, como que se confiesa; y luego, para aquélla «A Dios todopoderoso», pintan tres caras con sus coronas, al modo de la Trinidad; y a la gloriosa Virgen María pintan un rostro de nuestra señora, y[70] medio cuerpo con[71] un niño; y a san Pedro y a san Pablo, dos cabezas con coronas y unas llaves y una espada. Y a este modo va toda la confesión escrita por imágines; y donde faltan imágines ponen caracteres,[72] como en «que pequé», etc.[xix]

De donde se podrá colegir la viveza de los ingenios de estos indios, pues este modo de escrebir nuestras oraciones y cosas de la fe ni se lo enseñaron los españoles ni ellos pudieran salir con él, si no hicieran muy particular concepto de lo que les enseñaban.[73] Por la misma forma de pinturas y caracteres ví en el Perú escrita la confesión que de todos sus pecados un indio traía, para confesarse: pintando cada uno de los diez mandamientos por cierto modo, y luego allí haciendo ciertas señales como cifras, que eran los pecados que había hecho contra aquel mandamiento. No tengo duda que, si muchos de los muy estirados[74] **(p. 410)** españoles les dieran a cargo de hacer memoria de cosas semejantes por vía de imágines y señales, que en un año no acertara, ni aún quizá en diez.

Capítulo 8

De los memoriales y cuentas que usaron los indios del Pirú

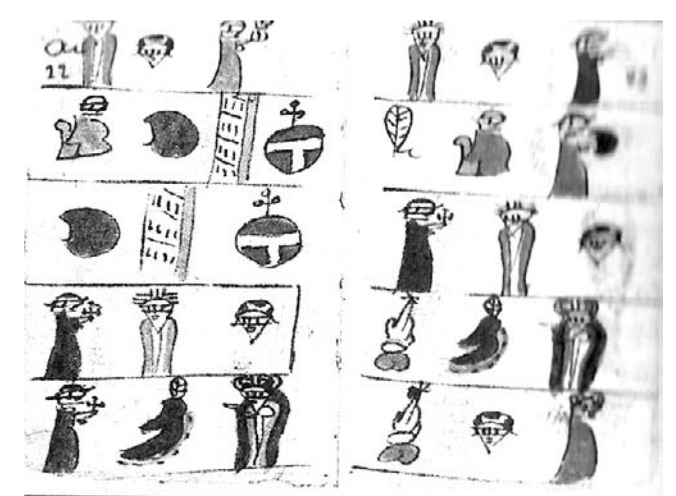
Los indios del Perú, antes de venir españoles, ningún género de escritura tuvieron ni por letras ni por caracteres o cifras o figurillas, como los de la China y los de México; mas no por eso conservaron menos la memoria de sus antigualias, ni tuvieron menos su cuenta para todos los negocios

63 Cap. 2 de este libro.
64 = De memoria (*DRAE,* 4).
65 «naciones» (Príncipe, 1792 y Mat.). O'G. y Alc. recogen el original «naciones», añadiendo «(*sic.* debe ser oraciones)». Importante contribución ecdótica del autor mexicano a la edición Príncipe y del XVIII, aunque es la única vez en que corrige al autor, explícitamente. Nosotros optamos por la lectura de O'Gorman, la única con sentido: además, «oraciones» deriva directamente de sus autores -que hacían «oficio de oradores»- de que habla a continuación.
66 «lengua» (1792, Mat.).
67 i. e, libro VII: léase el «Prólogo a los libros siguientes» de Acosta, donde lo enfatiza. En general, se refiere el autor a cualquier códice mexicano.
68 = No solamente «descripciones» de las cosas simples, naturales o humanas.
69 de la fe = credo.
70 de.
71 «de» (Mat.).
72 = letras.
73 = si no lo comprendieran bien, y lo supieran traducir a su escritura.
74 Nótese la ironía, nuevamente, como en nota 1 de este cap.

de paz y guerra y gobierno. Porque en la tradición[75] de unos a otros fueron muy diligentes, y como cosa sagrada recibían y guardaban los mozos lo que sus mayores les referían, y con el mismo cuidado lo enseñaban a sus sucesores. Fuera desta diligencia, suplían la falta de escritura y letras parte con pinturas como los de México —aunque las del Perú eran muy groseras y toscas—, parte y lo más con *quipos.* Son quipos unos memoriales o registros hechos de ramales, en que diversos ñudos[76] y diversos colores significan diversas cosas (lámina 21).

Es increíble lo que en este modo alcanzaron, porque[77] cuanto los libros pueden decir de historias y leyes y ceremonias y cuentas de negocios todo eso suplen los *quipos* tan puntualmente que admira.[78] Había para tener estos *quipos* o memoriales oficiales diputados* —que se llaman hoy día *quipocamayo*—, los cuales eran obligados a dar cuenta de cada cosa como los escribanos públicos acá, y así se les había de dar entero crédito. Porque para diversos géneros —como de guerra, de gobierno, de tributos, de ceremonias, de tierras— había diversos *quipos* o ramales; y en cada manojo déstos tantos[79] ñudos y ñudicos e hilillos atados —unos colorados, otros verdes, otros azules, otros blancos— y[80] finalmente tantas diferencias que, así co **(p. 411)** mo nosotros de veinte y cuatro letras —guisándolas en diferentes maneras—[xx] sacamos tanta infinidad de vocablos, así éstos de sus ñudos y colores sacaban innumerables significaciones de cosas.

Es esto[81] de manera que hoy día acaece en el Perú, a[82] cabo de dos y tres años cuando van a tomar residencia a un corregidor, salir los indios con sus cuentas menudas y averiguadas pidiendo que en tal pueblo le dieron seis huevos y no los pagó, y en tal casa una gallina y acullá dos haces de hierba para sus caballos, y no pagó sino tantos tomines[83] y queda debiendo tantos: y para todo esto[84] hecha la averiguación allí al pie de la obra, con cantidad de ñudos y manojos de cuerdas que dan por testigos y escritura cierta. Yo ví un manojo destos hilos, en que una india traía escrita una confesión general de toda su vida y por ellos se confesaba, como yo lo hiciera por papel escrito; y aún pregunté de algunos hilillos que me parecieron algo diferentes,



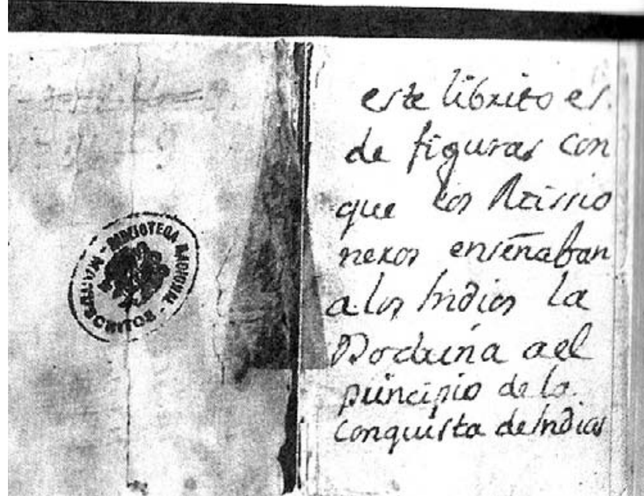


Lámina 15. Catecismo en jeroglifos sencillos del franciscano Pedro de Gante, para enseñanza de iletrados. (Biblioteca Nacional de Madrid).

y eran ciertas circunstancias que requería el pecado para confesarle enteramente.

Fuera destos *quipos* de hilo tienen otros de pedrezuelas, por donde puntualmente aprenden las palabras que quieren tomar de memoria. Y es cosa de ver a viejos ya caducos,[85] con una rueda hecha de pedrezuelas aprender el Padre Nuestro y con otra el Ave María y con otra el Credo, y saber cuál piedra es «Que fue concebido del Espíritu santo», y cuál «Que padeció debajo del poder de Poncio Pilato». Y no hay más que verlos enmendar cuando yerran, y toda la enmienda consiste en mirar sus pedrezuelas; que a mí, para hacerme olvidar cuanto sé de coro, me bastara[86] una rueda de aquéllas.[xxi] Déstas suele haber no pocas en los cementerios de las iglesias para este efecto.

75 = transmisión de memoria.
76 = Nudos, más usado.
77 Sin «porque» (Alc.).
78 «admiran» (Mat.).
79 Sin «tantos» (Mat.).
80 Sin «y» (O'G. y Alc.).
81 «estos» (Mat.).
82 = al.
83 = «Moneda de plata que usaba en algunas partes de América» (*DRAE,* 2).
84 dejan, tienen.

85 = «Decrépito, muy anciano» *(DRAE).*
86 «bastará» (Mat., O'G. y Alc.), «bastára» (1792 y 1894).

Pues verles otra suerte de *quipos* que usan, de granos de maíz, es cosa que encanta. Porque una cuenta muy embarazosa —en que tendrá un muy buen contador que hacer por pluma y tinta— para ver a cómo les cabe entre tantos tanto de contribución, sacando tanto de acullá y añadiendo tanto de acá con otras cien retartalillas,[87] tomarán estos indios **(p. 412)** sus granos y pornán[88] uno aquí, tres acullá, ocho no se dónde; pasarán un grano de aquí, trocarán tres de acullá y, en efecto, ellos salen con su cuenta hecha puntualísimamente sin errar una tilde. Y mucho mejor se saben ellos poner en cuenta y razón de lo que cabe a cada uno de pagar, o dar, que sabremos nosotros dárselo por pluma y tinta averiguado.

Si esto no es ingenio y si estos hombres son bestias, júzguelo quien quisiere, que lo que yo juzgo de cierto es que en aquello a que se aplican nos hacen grandes ventajas.

Capítulo 9

Del orden que guardan en sus escrituras los indios

Bien es añadir, a lo que hemos notado de escrituras[89] de indios, que su modo no era escrebir renglón seguido sino de alto abajo o a la redonda. Los latinos y griegos escribieron de la parte izquierda a la derecha, que es el común y vulgar modo que usamos. Los hebreos al contrario, de la derecha comienzan hacia la izquierda, y así sus libros tienen el principio donde los nuestros acaban. Los chinos[90] no escriben ni como los griegos ni como los hebreos, sino de alto abajo, porque como no son letras sino[91] dicciones enteras —que cada una figura o carácter significa una cosa— no tienen necesidad de trabar unas partes con otras, y así pueden escrebir de arriba abajo. Los de México, por la misma razón, no escrebían en renglón de un lado a otro sino al revés de los chinos:[92] comenzando de abajo iban subiendo, y de esta suerte iban en la cuenta de los días y de lo demás que notaban. Aunque, cuando escrebían en sus ruedas o signos, comenzaban de en[93] medio —donde pintaban al sol— y de allí iban subiendo por sus años hasta la vuelta de la rueda.

Finalmente, todas cuatro diferencias se hallan en escritu **(p. 413)** ras: unos escriben de la derecha a la izquierda, otros de la izquierda a la derecha, otros de arriba abajo, otros de abajo arriba; que tal es la diversidad de los ingenios de los hombres.[xxii]

Capítulo 10

Cómo enviaban los indios sus mensajeros

Por acabar lo que toca a esto de escrebir, podrá con razón dudar alguno cómo tenían noticia de todos sus reinos —que eran tan grandes— los reyes de México y del Perú; o qué modo de despacho daban a negocios que ocurrían[94] a su Corte, pues no tenían letras ni escrebían cartas.[xxiii]

A esta duda se satisface con saber que de palabra y por pintura, o memoriales, se les daba muy a menudo razón de todo cuanto se ofrecía. Para este efecto había hombres de grandísima ligereza que servían de correos que iban y venían, y desde muchachos los criaban en ejercicio de correr y procuraban fuesen muy alentados, de suerte que pudiesen subir una cuesta muy grande corriendo sin cansarse. Y así daban premio en México a los tres o cuatro primeros que subían aquella larga escalera del templo —como se ha dicho en el libro precedente—,[95] y en el Cuzco los muchachos orejones en la solemne fiesta del *Capacrayme* subían a porfía el cerro de Yanacauri;[96] y generalmente ha sido, y es, entre indios muy usado ejercitarse en correr.

Cuando era caso de importancia llevaban a los señores de México pintado el negocio de que les querían informar, como lo hicieron cuando aparecieron los primeros navíos de

87 = «Retahila de palabras, palabrería» *(DRAE).* En esta expresión irónica opone el autor la palabrería latina a la práctica eficaz de los Andes, poniendo su erudición al servicio del ingenio americano.

88 «pondrán» (1792 y 1894).

89 «Escritura» (O'G. y Alc.). Importa mucho el plural para mostrar su variedad.

90 «chinas» (O'G. y Alc.).

91 «sin» (O'G. y Alc.), sin sentido.

92 «chinas» (O'G. y Alc.).

93 «un» (O'G. y Alc.).

94 = sucedían, acudían.

95 Libro V, cap. 29.

96 Ver libro V, cap. 28.

españoles, y cuando fueron a tomar Toponchán.[97] En el Perú hubo una curiosidad en los correos extraña, porque tenía el Inga en todo su reino puestas postas o correos —que llaman allá *chasquis*—, de los cuales se dirá en su lugar.[98] **(p. 414)**

Capítulo 11

Del gobierno y reyes que tuvieron

Cosa es averiguada que en lo que muestran más los bárbaros su barbarismo es en el gobierno y modo de mandar, porque cuanto los hombres son más llegados a razón tanto es más humano y menos soberbio el gobierno: y los que son reyes y señores se allanan y acomodan más a sus vasallos, conociéndolos por iguales en naturaleza e inferiores en tener menor obligación de mirar por el bien público. Mas entre los bárbaros todo es al revés, porque es tiránico su gobierno y tratan a sus súbditos como a bestias, y quieren ser ellos tratados como dioses. Por esto, muchas naciones y gentes de indios no sufren reyes ni señores absolutos sino viven en behetría,[99] y solamente para ciertas cosas —mayormente de guerra— crían capitanes y príncipes a los cuales durante aquel ministerio obedecen, y después se vuelven a sus primeros oficios.[xxiv]

Desta suerte se gobierna la mayor parte deste Nuevo Orbe, donde no hay reinos fundados ni repúblicas establecidas ni príncipes o reyes perpetuos y conocidos, aunque hay algunos señores y principales que son como caballeros, aventajados al vulgo de los demás. Desta suerte pasa en toda la tierra de Chile, donde tantos años se han sustentado contra españoles los araucanos y los de Tucapel, y otros. Así fue todo lo del Nuevo Reino de Granada, y lo de Guatemala y las islas, y toda la Florida y el[100] Brasil, y Luzón[101] y otras tierras grandísimas; excepto que en muchas dellas es aún mayor el barbarismo, porque apenas conocen cabeza sino todos de común mandan y gobiernan, donde todo es antojo y violencia y sinrazón y desorden, y el que más puede ése prevalece y manda.

[97] ¿Tenochtitlan?
[98] Libro VI, cap. 17.
[99] = «(De *benefactoría*). 1. Antiguamente, población cuyos vecinos, como dueños absolutos de ella, podían recibir por señor a quien quisiesen… 3. (figuradamente) Confusión o desorden» (*DRAE,* 1 y 3). Completar en cap. 19 de este libro.
[100] Sin «el» (O'G. y Alc.).
[101] = Isla de Luzón, la principal de las islas Filipinas.

En la India Oriental hay reinos amplios y muy fundados,[102] co **(p. 415)** mo el de Siam y el de Bisnaga y otros, que juntan ciento y doscientos mil hombres en campo, cuando quieren; y sobre todo es la grandeza y poder del reino de la China, cuyos reyes —según ellos refieren— han durado más de dos mil años, por el gran gobierno que tienen.

En la India Occidental solamente se han descubierto dos reinos o imperios fundados, que es el de los mexicanos en la Nueva España y el de los ingas en el Perú: y no sabría yo decir fácilmente cuál déstos haya sido más poderoso reino. Porque en edificios y grandeza de corte excedía el[103] Motezuma a los del Perú. En tesoros y riqueza y grandeza de provincias excedían los ingas a los de México. En antigüedad era más antiguo el reino de los ingas, aunque no mucho; en hechos de armas y victorias paréceme haber sido iguales.

Una cosa es cierta: que en buen orden y policía hicieron estos dos reinos gran ventaja a todos los demás señoríos de indios que se han descubierto en aquel Nuevo Mundo, como en poder y riqueza —y mucho más en superstición y culto de sus ídolos—[xxv] la hicieron.[104] Siendo muy semejantes en muchas cosas, en una eran bien diferentes: que en los mexicanos la sucesión del reino era por elección, como el imperio romano; y en los del Perú era por herencia y sangre, como los reinos de España y Francia.

Destos dos gobiernos (como de lo más principal y más conocido de los indios) se tratará lo que pareciere hacer al propósito, dejando muchas menudencias y prolijidades que no importan.

Capítulo 12

Del gobierno de los reyes ingas del Pirú

Muerto el Inga que reinaba en el Perú, sucedía su hijo legítimo: y tenían por tal el que había nacido de la mujer principal del inga, a la cual llamaban *Co* **(p. 416)** *ya*. Y ésta,

[102] = basados en autoridad.
[103] de.
[104] = ventaja.

desde uno que se llamó Inga Yupangui, era hermana suya, porque los reyes tenían por punto[105] casarse con sus hermanas y, aunque tenían otras mujeres o mancebas, la sucesión en el reino era del hijo de la *Coya*. Verdad es que, cuando el rey tenía hermano legítimo, antes de suceder el hijo sucedía el hermano, y tras éste el sobrino de éste e hijo del primero; y la misma orden de sucesión guardaban los curacas y señores en las haciendas y cargos.

Hacíanse con el difunto infinitas ceremonias y exequias, a su modo excesivas: guardaban una grandeza —que lo es grande—, y es que ningún rey que entraba a reinar de nuevo heredaba cosa alguna de la vajilla y tesoros y haciendas del antecesor, sino que había de poner casa de nuevo y juntar plata y oro y todo lo demás de por sí, sin llegar[106] a lo del difunto. Lo cual todo se dedicaba para su adoratorio, o *guaca*, y para gastos y renta de la familia que dejaba: la cual con su sucesión toda se ocupaba perpetuamente en los sacrificios y ceremonias y culto del rey muerto, porque luego[107/xxvi] lo tenían por dios, y había sacrificios y estatuas y lo demás. Por este orden era inmenso el tesoro que en el Perú había, procurando cada uno de los ingas aventajar su casa y tesoro al de sus antecesores.

La insignia con que tomaba la posesión del reino era una borla colorada de lana, finísima más que de seda, la cual le colgaba en medio de la frente; y sólo el Inga la podía traer, porque era como la corona o diadema real.[108] Al lado, colgada hacia la oreja, sí podían traer borla[109] y la traían otros señores; pero en medio de la frente sólo el inga, como está dicho. En tomando la borla,[110] luego se hacían fiestas muy solemnes y gran multitud de sacrificios con gran cantidad de vasos de oro y plata, y muchas ovejuelas pequeñas hechas de lo mismo; y gran suma de ropa de *cumbi*[111] muy bien obrada, grande y pequeña, y muchas conchas de la mar de todas **(p. 417)** maneras**,** y muchas plumas ricas, y mil carneros que habían de ser de diferentes colores: y de todo esto se hacía sacrificio. Y el sumo sacerdote tomaba un niño de hasta seis o ocho años en las manos, y a la estatua del Viracocha decía, juntamente con los demás ministros:

»Señor, esto te ofrecemos porque nos tengas en quietud[112] y nos ayudes en nuestras guerras, y conserves a nuestro señor el Inga en su grandeza y estado, y que vaya siempre en augmento,[113] y le des mucho saber para que nos gobierne.»

A esta ceremonia o jura se hallaban[114] de todo el reino, y de parte de todas las guacas y santuarios que tenían. Y sin duda era grande la reverencia y afición que esta gente tenía a sus ingas, sin que se halle jamás haberles hecho ninguno de los suyos traición: porque en su gobierno procedían no sólo con gran poder sino también con mucha rectitud y justicia, no consintiendo que nadie fuese agraviado.[xxvii]

Ponía el Inga sus gobernadores por diversas provincias, y había unos supremos e inmediatos a él, otros más moderados y otros particulares con extraña subordinación: en tanto grado que ni emborracharse ni tomar una mazorca de maíz de su vecino se atrevían. Tenían por máxima estos ingas que convenía traer siempre ocupados a los indios, procurando no estuviesen ociosos. Cuando conquistaba de nuevo una provincia, era su aviso[115] luego luego[116] pasar lo principal de los naturales a otras provincias o a su corte, y éstos hoy día los llaman en el Perú *mitimas*; y en lugar de éstos plantaba de los de su nación del Cuzco, especialmente los orejones, que eran como caballeros de linaje antiguo.

El castigo por los delitos era riguroso: así concuerdan los que alcanzaron algo desto que mejor gobierno para los indios no le puede haber, ni más acertado.[xxviii] **(p. 418)**

Capítulo 13

De la distribución que hacían los ingas de sus vasallos

Especificando más lo que está dicho, es de saber que la distribución que hacían los ingas de sus vasallos era tan particular que con facilidad los podían gobernar a todos,

[105] = «Pundonor, punto de honra, prurito» (*DRAE,* 35). No parece escandalizarse el autor.
[106] = tocar, afectar.
[107] = enseguida de morir.
[108] llamada en quechua *mascapaicha.*
[109] «borlas» (O'G. y Alc.).
[110] = al coronarse.
[111] Ver cap. 41 del libro IV sobre tejidos de lana, así como el capítulo 18 del libro V sobre sacrificios, para ver estas ofrendas.

[112] «inquietud» (Príncipe, corregido en fe de Erratas).
[113] = «aumento» (todos, menos la Príncipe).
[114] = representantes.
[115] = «Precaución, atención, cuidado» (*DRAE,* 4).
[116] = «(Loc. adv.) enseguida» *(DRAE).* La Príncipe, 1792 y Mateos ponen coma innecesaria entre los dos «luego», pero O'G. y Alc. eliminan uno de los dos «luego», perdiendo el énfasis de urgencia.

siendo un reino de mil leguas de distrito. Porque, en conquistando cada provincia, luego reducían los indios a pueblos y comunidad, y contábanlos por parcialidades: y a cada diez indios ponían uno que tuviese cuenta con ellos, y a cada ciento otro y a cada mil otro y a cada diez mil otro: y[117] a éste llamaban *Huno*, que era cargo principal. Y sobre todos éstos en cada provincia un gobernador del linaje de los ingas, al cual obedecían todos; y daba cuenta cada un año de todo lo sucedido por menudo, es a saber, de los que habían nacido, de los que habían muerto, de los ganados, de las sementeras. Estos gobernadores salían cada año del Cuzco —que era la corte— y volvían para la gran fiesta del *rayme*, y entonces traían todo el tributo del reino a la corte, y no podían entrar de otra suerte.

Todo el reino estaba dividido en cuatro partes —que llamaban *Tahuantin suyo*—,[118] que eran *Chinchasuyo, Collasuyo, Andesuyo, Condesuyo:* conforme a cuatro caminos que salen del Cuzco, donde era la Corte y se juntaban en juntas generales. Estos caminos y provincias que les corresponden están a las cuatro esquinas del mundo: *Collasuyo* al sur, *Chinchasuyo* al norte, *Condesuyo* al poniente, *Andesuyo* al levante.

En todos sus pueblos usaban dos parcialidades, que eran de *Hanansaya* y *Urinsaya*, que es como decir «los de arriba» y «los de abajo». Cuando se mandaba hacer algo o traer[119] al Inga, ya estaba declarado cuánta parte de aquello cabía a cada provincia y pueblo y parcialidad: lo cual no era por **(p. 419)** partes iguales sino por cuotas, conforme a la calidad y posibilidad de la tierra. De suerte que ya se sabía —para cumplir[120] cien mil hanegas de maíz, *verbigratia*—, ya se sabía que a tal provincia le cabía la décima parte y a tal la séptima, y a tal la quinta, etc. Y lo mismo entre los pueblos y parcialidades, y *ayllos* o linajes.

Para la razón y cuenta del todo[121] había los *quipocamayos*, que eran los oficiales contadores que, con sus hilos y ñudos, sin faltar decían lo que se había dado, hasta una gallina y una carga de leña; y por los registros déstos, en un momento se contaba entre los indios lo que a cada uno le cabía.

[117] Sin «y» (O'G. y Alc.).
[118] = Traducción literal (*tawantin* = cuatro, *suyu* = partes).
[119] algo.
[120] = reunir de tributo.
[121] = del conjunto, detalladas. Ver cap. 8.

Capítulo 14

De los edificios y orden de fábricas de los ingas

Los edificios y fábricas que los ingas hicieron —en fortalezas, en templos, en caminos, en casas de campo y otras— fueron muchos y de excesivo trabajo, como lo manifiestan el día de hoy las ruinas y pedazos que han quedado: como se ven en el Cuzco y en Tiaguanaco, y en Tambo y en otras partes, donde hay piedras de inmensa grandeza que no se puede pensar cómo se cortaron y trajeron y asentaron donde están (lámina 23).

Para todos estos edificios y fortalezas que el Inga mandaba hacer en el Cuzco, y en diversas partes de su reino, acudía grandísimo número de todas las provincias porque la labor es extraña y para espantar; y no usaban de mezcla,[122] ni tenían hierro ni acero para cortar y labrar las piedras, ni máquinas ni instrumentos para traellas,[123] y con todo eso están tan pulidamente labradas que en muchas partes apenas se vee[124] la juntura de unas con otras.

Y son tan grandes muchas piedras déstas —como está dicho— que sería cosa increíble, si no se viese. En Tiaguanaco[125] medí yo una de treinta y ocho pies de largo y de dieciocho en ancho, **(p. 420)** y el grueso sería de seis pies; y en la muralla de la fortaleza del Cuzco, que está de mampostería[126] hay muchas piedras de mucho mayor grandeza.[xxix] Y lo que más admira es que, no siendo cortadas —éstas que digo de la muralla— por regla[127] sino entre sí muy desiguales en el tamaño y en la facción, encajan unas con otras con increíble juntura sin mezcla. Todo esto se hacía a poder de[128] mucha gente, y con gran sufrimiento en el labrar: porque para encajar una piedra con otra, según están ajustadas, era forzoso proballa[129] muchas veces, no estando las más dellas iguales ni llenas. El número que había de acudir de gente

[122] = «*Albañilería*. Argamasa de cal, arena y agua» *(DRAE)*.
[123] «traerlas» (1792,1894).
[124] «ve» (todos, menos la Príncipe).
[125] Tiahuanaco, modernamente. Importante centro arqueológico situado al sur del lago Titicaca, compuesto de arcos y monolitos de piedra, de fecha anterior a la incaica (antes del año 1000 d.C.).
[126] = «Obra hecha con mampuestos (= sin labrar), colocados y ajustados unos con otros sin sujeción a determinado orden de hiladas o tamaños» *(DRAE)*.
[127] = todas iguales: «orden y concierto invariable que guardan las cosas naturales» (*DRAE,* 9).
[128] = gracias a.
[129] «probarla» (1792, 1894).

para labrar piedras y edificios, el Inga lo señalaba cada año; la distribución, como en[130] las demás cosas, hacían los indios entre sí sin que nadie se agraviase.[xxx]

Pero, aunque eran grandes estos edificios, comúnmente estaban mal repartidos y aprovechados, y[131] propiamente como *mezquitas* o edificios de bárbaros.[xxxi] Arco en sus edificios no le supieron hacer, ni alcanzaron mezcla para ello. Cuando en el río de Jauja vieron[132] formar los arcos de cimbrias[133] y después —hecho el puente— vieron derribar las cimbrias, echaron a huir entendiendo que se había de caer todo el puente, que es de cantería. Como lo vieron quedar firme, y a los españoles andar por cima,[134] dijo el cacique a sus compañeros: «razón es servir a éstos, que bien parecen hijos del Sol».

Los puentes que usaban eran de *bejucos*, o juncos tejidos, y con recias maromas asidos a las riberas; porque de piedra ni de madera no hacían sus puentes. El que hoy día hay en el Desaguadero de la gran laguna de Chicuito, en el Collao, pone admiración porque es hondísimo aquel brazo, sin que se pueda echar en él cimiento alguno; y es tan ancho que no es posible haber arco que le tome ni pasarse por un ojo, y así del todo era imposible hacer puente de piedra ni de madera. El ingenio e industria de los indios halló cómo **(p. 421)** hacer puente muy firme y muy seguro, siendo sólo de paja, que parece fábula y es verdad. Porque, como se dijo en otro libro,[135] de unos juncos o espadañas que cría la laguna —que ellos llaman *totora*— hacen unos como manojos atados; y, como es materia muy liviana, no se hunde: encima déstos echan mucha juncia y, teniendo aquellos manojos o balsas muy bien amarrados, de una parte y otra del río pasan hombres y bestias cargadas muy a placer (lámina 22).

Pasando algunas veces este puente me maravillé del artificio de los indios, pues con cosa tan fácil hacen mejor y más seguro puente que[136] es el de barcos de Sevilla a Triana. Medí también el largo del puente y, si bien me acuerdo, será trescientos y tantos pies. La profundidad de aquel desaguadero dicen que es inmensa: por encima no parece que se mueve el agua, por abajo dicen que lleva furiosísima corriente.

Esto baste de edificios.

130 Sin «en» (Alc.).
131 Sin «y» (O'G. y Alc.).
132 los indios.
133 = armazón para sostener el arco.
134 = «encima» (todos, menos Príncipe y Mat.).
135 = Libro II, cap. 6.
136 lo.

Capítulo 15

De la hacienda del Inga y orden de tributos que impuso a los indios

Era incomparable la riqueza de los Ingas porque, con[137] no heredar ningún rey de las haciendas y tesoro de sus antecesores, tenía a su voluntad cuanta riqueza tenían sus reinos, que así de plata y oro como de ropa y ganados eran abundantísimos. Y la mayor riqueza de todas era la innumerable multitud de vasallos, todos ocupados y atentos a lo que le daba gusto a su rey. De cada provincia le traían lo que en ella había escogido:[138] de los Chichas le servían con madera olorosa y rica, de los Lucanas con anderos para llevar su litera, de los Chumbivilcas con bailadores, y así en lo demás que cada provincia se aventajaba; y esto, fuera del tributo general que todos contribuían.

Las minas de plata y oro (de que hay en el Perú maravillosa abundancia) labraban indios que **(p. 422)** se señalaban para aquello, a los cuales el Inga proveía lo que habían menester para su gasto, y todo cuanto sacaban era para el inga. Con esto hubo en aquel reino tan grandes tesoros que es opinión de muchos que lo que vino a las manos de los españoles, con ser tanto como sabemos, no llegaba a la décima parte de lo que los indios hundieron y escondieron; sin que se haya podido descubrir, por[139] grandes diligencias que la codicia ha puesto para sabello.[140] Pero la mayor riqueza de aquellos bárbaros reyes era ser sus esclavos todos sus vasallos, de cuyo trabajo gozaban a su contento. Y, lo que pone admiración, servíase[141] dellos por tal orden y por tal gobierno que no se les hacía servidumbre, sino vida muy dichosa.

Para entender el orden de tributos que los indios daban a sus señores, es de saber que, en asentando[142] el Inga los pueblos que conquistaba, dividía todas sus tierras en tres partes. La primera parte dellas era para la religión y ritos, de suerte que el *Pachayachachi* —que es el Criador—, y el Sol y el *Chuquiilla* —que es el trueno—, y la *Pachamama* y los muertos, y otras guacas y santuarios tuviesen cada uno sus

137 = a pesar de.
138 = sobresaliente.
139 = a pesar de.
140 «saberlo» (1792, 1894).
141 el inca.
142 «asentado» (Mat.).

tierras propias: el fruto se gastaba en sacrificios y sustento de los ministros y sacerdotes, porque para cada *guaca* o adoratorio había sus indios diputados*.

La mayor parte desto se gastaba en el Cuzco, donde era el universal santuario; otra parte, en el mismo pueblo donde se cogía. Porque, a imitación del Cuzco, había en cada pueblo *guacas* y adoratorios por el misma orden y por las mismas vocaciones,[143] y así se servían con los mismos ritos y ceremonias que en el Cuzco, que es cosa de admiración y[144] muy averiguada: porque se verificó con más de cien pueblos, y algunos distaban casi doscientas leguas del Cuzco.[xxxii] Lo que en estas tierras se sembraba y cogía se ponía en depósitos de casas hechas para sólo este efecto, y ésta era una gran parte del tributo que daban los indios: no consta qué tanto fue **(p. 423)** se, porque en unas tierras era más y en otras menos, y en algunas era casi todo. Y esta parte era la que primero se beneficiaba.[145]

La segunda parte de las tierras y heredades era para el inga: de ésta se sustentaba él y su servicio y parientes, y los señores y las guarniciones y soldados. Y así era la mayor parte de los tributos, como lo muestran los depósitos, o casas de pósitos,[146] que son más largas y anchas que las de los depósitos de las *guacas*. Este tributo se llevaba al Cuzco, o a las partes donde había necesidad para los soldados, con extraña presteza y cuidado; y, cuando no era menester, estaba guardado diez y doce años hasta tiempo de necesidad.

Beneficiábanse estas tierras del Inga después de las de los dioses, e iban todos sin excepción a trabajar vestidos de fiesta, y diciendo cantares en loor del Inga y de las *guacas*; y todo el tiempo que duraba el beneficio o trabajo comían a costa del inga, o del sol o de las guacas cuyas tierras labraban. Pero viejos y enfermos y mujeres viudas eran reservadas deste tributo. Y, aunque lo que se cogía era del Inga o del sol o guacas, pero las tierras eran propias de los indios y de sus antepasados.

La tercera parte de tierras[147] daba el Inga para la comunidad. No se ha averiguado qué tanta fuese esta parte, si mayor o menor que la del Inga y guacas, pero es cierto que se tenía atención a que bastase a sustentar el pueblo. De esta tercera parte ningún particular poseía cosa propia ni jamás poseyeron los indios cosa propia, si no era por merced especial del Inga; y aquello, no se podía enajenar ni aún dividir entre los[148] herederos. Estas tierras de comunidad se repartían cada año, y a cada uno se le señalaba el pedazo que había menester para sustentar su persona, y la de su mujer y sus hijos; y así era unos años más otros menos, según era la familia, para lo cual había ya sus medidas determinadas. De esto que a cada uno **(p. 424)** se le repartía no daban jamás tributo, porque todo su tributo era labrar y beneficiar las tierras del Inga y de las guacas, y ponerles en sus depósitos los frutos. Cuando el año salía muy estéril, destos[149] mismos depósitos se les daba a los necesitados, porque siempre había allí grande abundancia sobrada.

Del[150] ganado hizo el Inga la misma distribución que de las tierras, que fue contallo[151] y señalar pastos y términos del ganado de las guacas, y del Inga y de cada pueblo; y así, de lo que se criaba era una parte para su religión, otra para el rey y otra para los mismos indios. Y aún de los cazaderos[152] había la misma división y orden: no consentía que se llevasen ni matasen hembras. Los hatos del Inga y guacas eran muchos y grandes, y llamábanlos *capacllamas.*[153] Los hatos concejiles o de comunidad son pocos y pobres, y así los llamaban *Guacchallama*.

En la conservación del ganado puso el Inga gran diligencia, porque era y es toda la riqueza de aquel reino: hembras, como está dicho, por ninguna vía se sacrificaban ni mataban, ni en la caza se tomaban. Tresquilábase a su tiempo el ganado, y daban a cada uno a hilar y tejer su ropa para hijos y mujer, y había visita[154] si lo cumplían y castigo al negligente. Del ganado del Inga se tejía ropa para él y su corte: una rica de *cumbi* a dos haces, otra vil y grosera que llaman de *abasca*. No había número determinado de aquestos vestidos, sino los que[155] cada uno[156] señalaba.[157] La lana que sobraba poníase en sus depósitos, y así los hallaron muy llenos de esto y de todas las otras cosas necesarias a la vida humana los españoles, cuando en ella entraron.

---

143 = Advocaciones, «título o nombre que se da a un templo o a una imagen» (*Casares*) (Advocación, s.v. «vocación», *DRAE*, 2).

144 Sin «y» (Alc.).

145 = cultivaba y recogía la cosecha. Aparece siempre «beneficio» como sinónimo de trabajo o cultivo.

146 = «La casa en que se guarda la cantidad de trigo que en las ciudades, villas y lugares se tiene de repuesto y prevención para usar dél en tiempo de necesidad y carestía» *(Autoridades).*

147 «tierra» (Mat.).

148 «dos»» (Mat.).

149 «de esos» (O'G. y Alc.). Es decir, si se acababan los depósitos de la comunidad, los del sol o del inca pasaban a cubrir los fallos.

150 «de el» (Príncipe y Mat.).

151 «contarlo» (1792, 1894).

152 «cazadores» (O'G y Alc.).

153 «capaellamas» (O'G. y Alc.). *Capac* = rico, *guaccha* = pobre.

154 = control, que se hacía por visitas de funcionarios, tomando el nombre de los visitadores reales hispanos.

155 a.

156 se le.

157 Frase enigmática, tomada de Polo, 1571: «En lo de la cantidad no había límite sino lo que se les mandaba que hiciesen en cada un año, en principio de él».

Ningún hombre de consideración habrá que no se admire de tan notable y próbido[158] gobierno pues, sin ser religiosos ni cristianos los indios, **(p. 425)** en su manera guardaban aquella tan alta perfección de no tener cosa propia y proveer a todos lo necesario, y de sustentar tan copiosamente las cosas de la religión y las de su rey y señor.[xxxiii]

Capítulo 16
De los oficios que aprendían los indios

Otro primor tuvieron también los indios del Perú, que es enseñarse cada uno desde muchacho en todos los oficios que ha menester un hombre para la vida humana. Porque entre ellos no había oficiales señalados —como entre nosotros— de sastres y zapateros y tejedores, sino que todo cuanto en sus personas y casa habían[159] menester lo aprendían todos, y se proveían a sí mismos. Todos sabían tejer y hacer sus ropas: y así el Inga, con proveerles de lana, los daba por vestidos. Todos sabían labrar la tierra y beneficiarla, sin alquilar otros obreros. Todos se hacían sus casas, y las mujeres eran las que más sabían de todo, sin criarse en regalo sino con mucho cuidado sirviendo a sus maridos.

Otros oficios que no son para cosas comunes y ordinarias de la vida humana tenían sus propios y especiales oficiales: como eran plateros y pintores, y olleros y barqueros, y contadores y tañedores. Y en los mismos oficios de tejer y labrar o edificar había maestros para obra prima,[160] de quien se servían los señores. Pero el vulgo común —como está dicho— cada uno acudía a lo que había[161] menester en su casa, sin que uno pagase a otro para esto; y hoy día es así, de manera que ninguno[162] ha menester a otro para las cosas de su casa y persona, como es calzar y vestir y hacer una casa, y sembrar y coger, y hacer los aparejos y herramientas necesarias para ello.

Y casi en esto imitan los indios a los institutos[163] de los monjes antiguos, que refieren las *Vidas de los* (p. 426) *Padres*. A la verdad ellos son gente poco codiciosa ni regalada, y así se contentan con pasar bien moderadamente: que cierto, si su linaje de vida se tomara por elección y no por costumbre y naturaleza, dijéramos que era vida de gran perfección. Y no deja de tener harto aparejo[164] para recibir la doctrina del santo Evangelio, que tan enemiga es de la soberbia y codicia y regalo. Pero los predicadores no todas veces se conforman[165] —con[166] el ejemplo que dan— con la doctrina que predican a los indios.

Una cosa es mucho de advertir: que, con ser tan sencillos el traje y vestido de los indios, con todo eso se diferenciaban todas las provincias, especialmente en lo que ponen sobre la cabeza: que en unas es una trenza tejida y dada muchas vueltas, en otras ancha y de una vuelta, en otra unos como morteretes o sombreruelos, en otras unos como bonetes altos redondos, en otros unos como aros de cedazo, y así otras mil diferencias. Y era ley inviolable no mudar cada uno el traje y hábito de su provincia, aunque se mudase[167] a otra, y para el buen gobierno lo tenía el Inga por muy importante; y lo es hoy día, aunque no hay tanto cuidado como solía.

Capítulo 17
De las postas y chasquis que usaba el Inga

De correos y postas tenía gran servicio el *Inga* en todo su reino; llamábanles *Chasquis*, que eran los que llevaban sus mandatos a los gobernadores, y traían avisos dellos a la corte. Estaban estos *chasquis* puestos en cada *topo* —que es legua y media— en dos casillas, donde estaban cuatro indios. Éstos se proveían y mudaban por meses de cada comarca, y corrían —con el recaudo[168] que se les daba— a

158 = «Prevenido, cuidadoso y diligente para proveer y acudir con lo necesario al logro de un fin» *(DRAE).*
159 «había» (Mat.).
160 = distinguida, «lo que se distingue de obra gruesa, como entre los zapateros» *(Covarrubias).*
161 «habían» (O'G. y Alc.).
162 «ninguna» (Alc.).
163 = «Reglas de vida» *(Autoridades).*
164 = «Preparación, disposición para alguna cosa» *(DRAE).*
165 = adaptan, acomodan.
166 = en.
167 = trasladase. Juega con el sentido doble de mudanza (espacial y normativa).
168 «recado» (1792 y 1894), = «Recabdo: cobro… vale «mensaje», porque ha de cobrar respuesta el que lo lleva» *(Covarrubias).* Aunque el *DRAE*

toda furia hasta dallo[169] al otro *chasqui*, que siempre estaban apercebidos y en vela los que habían de co **(p. 427)** rrer. Corrían entre día y noche a cincuenta leguas, con ser tierra la más della asperísima.[170] Servían también de traer cosas que el Inga quería con gran brevedad, y así tenía en el Cuzco pescado fresco de la mar (con ser[171] cien leguas) en dos días, o poco más.

Después de entrados los españoles se han usado estos *chasquis,* en tiempos de alteraciones y con gran necesidad. El virrey don Martín los puso ordinarios a cuatro leguas para llevar y traer despachos, que es cosa de grandísima importancia en aquel reino, aunque no corren con la velocidad que los antiguos ni[172] son tantos; y son bien pagados y sirven como los ordinarios de España dando los pliegos, que llevan a cada cuatro o cinco leguas.[xxxiv]

Capítulo 18

De las leyes y justicia y castigo que los ingas pusieron, y de sus matrimonios

Como a los que servían bien en guerras o otros ministerios se les daban preeminencias y ventajas —como tierras propias, insignias, casamientos con mujeres del linaje del inga— así a los desobedientes y culpados se les daban también severos castigos.

Los homicidios y hurtos castigaban con muerte, y los adulterios e incestos con ascendientes y descendientes en recta línea también eran castigados con muerte del delincuente. Pero es bien saber que no tenían por adulterio tener muchas mujeres o mancebas, ni ellas tenían pena de muerte si las hallaban con otros, sino solamente la que era verdadera mujer con quien contraía matrimonio. Porque ésta no era más de una, y recibíase con especial solemnidad y ceremonia, que era ir el desposado a su casa o llevalla[173] consigo, y ponelle[174] él una *ojota*[175] en el pie. *Ojota* llaman el calzado que allá usan, que es —como alpargate o zapato de frailes fran **(p. 428)** ciscos— abierto. Si era la novia doncella la *ojota* era de lana; si no lo era, era de esparto.

A ésta servían y reconocían todas las otras, y ésta traía luto de negro un año por el marido difunto, y no se casaba dentro de un año; comúnmente era de menos edad que el marido. Ésta daba el Inga de su mano a sus gobernadores o capitanes; y los gobernadores y caciques en sus pueblos juntaban los mozos y mozas en una plaza y daban a cada uno su mujer, y con la ceremonia dicha de calzarle la *ojota* se contraía el matrimonio. Ésta tenía pena de muerte si la hallaban con otro, y el delincuente lo mismo; y aunque el marido perdonase no dejaban de darles castigo, pero no de muerte.

La misma pena tenía incesto con madre o abuela, o hija o nieta; con otras parientas no era prohibido el casarse o amancebarse, sólo el primer grado lo era. Hermano con hermana tampoco se consentía tener acceso ni había casamiento, en lo cual están muchos engañados en el Perú, creyendo que los ingas y señores se casaban legítimamente con sus hermanas, aunque fuesen de padre y madre; pero la verdad es que siempre se tuvo esto por ilícito y prohibido contraer en primer grado. Y esto duró hasta el tiempo de *Topa Inga Yupangui*, padre de *Guaynacápa* y abuelo de *Atagualpa*, en cuyo tiempo entraron los españoles en el Perú: porque el dicho *Topa Inga Yupangui* fue el primero que quebrantó esta costumbre, y se casó con *Mamaocllo,*[176] su hermana de parte de padre; y éste mandó que sólos los señores ingas se pudiesen casar con hermana de padre, y no otros ningunos. Así hizo él, y tuvo por hijo a *Guaynacápa*[177] y una hija llamada *Coya Cusilímay*, y al tiempo de su muerte mandó que estos hijos suyos —hermanos de padre y madre— se casasen, y que la demás gente principal pudiesen tomar por mujeres sus hermanas de padre. Y como aquel matrimonio fue ilícito y contra ley natural, así or **(p. 429)** denó Dios que en el fruto que dél procedió, que fue *Guáscar Inga* y *Atagualpa Inga*, se acabase el reino de los ingas.

Quien quisiere más de raíz entender el uso de los matrimonios entre los indios del Perú, lea el tratado que a instancia de don Jerónimo de Loaysa, arzobispo de los Reyes, escribió Polo: el cual hizo diligente averiguación desto, como de

traduce el término antiguo *recabdo* como «recaudo» (= cautela), en nuestro caso diríamos *recado* como «mensaje o respuesta que de palabra se da o envia a otro» *(DRAE).*

169 «darlo» (1792, 1894).

170 = montuosa, incómoda.

171 = distantes, estar a.

172 «no» (Alc.).

173 «llevarla» (1792 y 1894).

174 «ponerle» (1792 y 1894).

175 «otoja» (O'G. y Alc.), cuatro veces en este capítulo, por error.

176 «Mamaoello» (O'G. y Alc.).

177 = «Guaynácaua» (todos, pero 1792 corrige en Fe de erratas). Adelante (caps. 22 y 23) la Príncipe dice «Guaynacapa», varias veces, pero en libro anterior (V:7) admitió «Gaunacapa» también sin corregir.

muchas otras cosas de los indios.[xxxv] Y es importante esto para evitar el error de muchos que, no sabiendo cuál sea entre los indios mujer legítima y cuál manceba, hacen casar al indio bautizado con la manceba, dejando la verdadera mujer. Y también se vee[178] el poco fundamento que han tenido algunos que han pretendido decir que, bautizándose marido y mujer, aunque fuesen hermanos se había de ratificar su matrimonio. Lo contrario está determinado por el Sínodo Provincial de Lima,[179] y con mucha razón, pues aún entre los mismos indios no era legítimo aquel matrimonio.

Capítulo 19

Del origen de los ingas, señores del Pirú, y de sus conquistas y victorias

Por mandado[180] de la Majestad Católica del rey don Filipe, nuestro señor, se hizo averiguación con la diligencia que fue posible del origen y ritos y fueros de los ingas; y, por no tener aquellos indios escrituras, no se pudo apurar tanto como se deseara.[181] Mas, por sus *quipos* y registros que —como está dicho— les sirven de libros, se averiguó lo que aquí diré.

Primeramente, en el tiempo antiguo en el Perú no había reino ni señor a quien todos obedeciesen; mas eran behetrías* y comunidades, como lo es hoy día el reino de Chile y ha sido casi todo lo que han conquistado españoles en aquellas Indias Occidentales, excepto el reino de México.

Para lo cual, es **(p. 430)** de saber que se han hallado tres géneros de gobierno y vida en los indios. El primero y principal y mejor ha sido de reino o monarquía, como fue el de los Ingas y el de Motezuma, aunque éstos eran en mucha parte tiránicos. El segundo es de behetrías*, o comunidades donde se gobiernan por consejo de muchos, y son como consejos. Éstos, en tiempos de guerra, eligen un capitán a quien toda una nación o provincia obedece. En tiempo de paz cada pueblo o congregación se rige por sí, y tiene algunos principalejos a quien respecta el vulgo; y, cuando mucho, júntanse algunos de éstos en negocios que les parecen de importancia a ver lo que les conviene. El tercer género de gobierno es totalmente bárbaro, y son indios sin ley ni rey ni asiento, sino que andan a manadas como fieras y salvajes.

Cuanto yo he podido comprender, los primeros moradores destas Indias fueron deste género, como lo son hoy día gran parte de los *Brasiles* y los *Chiriguanás*, y *Chunchos* e *Iscaicingas*, y *Pilcozones* y la mayor parte de los *Floridos*; y en la Nueva España todos los *Chichimecos*. Deste género, por industria y saber de algunos principales dellos, se hizo el otro gobierno de comunidades y behetrías* donde hay alguna más orden y asiento, como son hoy día los de Arauco y Tucapel en Chile, y lo eran en el Nuevo Reino de Granada los *Moscas*[182] y en la Nueva España algunos *Otomites*:[183] y en todos los tales se halla menos fiereza y más razón. Deste género, por la valentía y saber de algunos excelentes hombres, resultó el otro gobierno más poderoso y próbido* de reino y monarquía que hallamos en México y en el Perú.

Porque los ingas sujetaron toda aquella tierra y pusieron sus leyes y gobierno. El tiempo que se halla por sus memorias haber gobernado no llega a cuatrocientos años, y pasa de trescientos, aunque su señorío por gran tiempo no se extendió más de cinco o seis leguas al derredor del Cuz **(p. 431)** co. Su principio y origen fue del valle del Cuzco, y poco a poco fueron conquistando la tierra que llamamos Perú, pasado Quito hasta el río de Pasto hacia el norte, y llegaron a Chile hacia el sur: que serán casi mil leguas en largo. Por lo ancho, hasta la mar del Sur* al poniente y hasta los grandes campos de la otra parte de la cordillera de los Andes, donde se vee[184] hoy día y se nombra el *Pucará* del Inga, que es una fuerza[185] que edificó para defensa hacia el oriente. No pasaron de allí los ingas por la inmensidad de aguas, de pantanos y lagunas y ríos que de allí corren. Lo ancho de su reino no llegará a cien leguas.

Hicieron estos ingas ventaja a todas las otras naciones de la América en policía y gobierno, y mucho más en armas y valentía. Aunque los *Cañaris*, que fueron sus mortales enemigos y favorecieron a los españoles, jamás quisieron conocerles[186] ventaja. Y hoy día moviéndose esta plática,[187] si les

178 «ve» (todos, menos la Príncipe). (Sobre México, ver, V: 27).
179 Concilio limense, Acción 2, c. *(nota del autor).*
180 = «mandato».
181 «deseaba» (1792, Mat.).

182 = *Muiscas* o *chibchas*, de Colombia.
183 = *Otomíes* de México.
184 «ve» (todos, menos la Príncipe).
185 = fortaleza.
186 = reconocerles.
187 = sacándose el tema a colación.

soplan[188] un poco, se matarán millares sobre quien es más valiente: como ha acaecido en el Cuzco.

El título con que conquistaron y se hicieron señores de toda aquella tierra, fue fingir que —después del diluvio universal, de que todos estos indios tenían noticia— en estos ingas se había recuperado el mundo, saliendo siete dellos de la cueva de *Pacaritambo*; y que por eso les debían tributo y vasallaje todos los demás hombres, como a sus progenitores. Demás desto, decían y afirmaban que ellos sólos tenían la verdadera religión y sabían cómo había de ser Dios servido y honrado; y así, habían de enseñar a todos los demás.

En esto es cosa infinita el fundamento que hacían de sus ritos y ceremonias: había en el Cuzco más de cuatrocientos adoratorios como tierra santa,[189] y todos los lugares estaban llenos de misterios. Y, como[190] iban conquistando, así iban introduciendo sus mismas guacas y ritos en todo aquel reino. El principal a quien adoraban era el *Viracócha* **(p. 432)** *Pachayachachíc*, que es «el Criador del mundo», y después dél al sol; y así el sol —como todas las demás *guacas*— decían que recibían virtud y ser del Criador, y que eran intercesores con él.

Capítulo 20

Del primer Inga, y de sus sucesores

El primer hombre que nombran los indios por principio de los ingas fue *Mancocápa*. Y déste fingen que, después del diluvio, salió de la cueva o ventana de Tambo, que dista del Cuzco cinco o seis leguas. Éste dicen que dio principio a dos linajes principales de ingas: unos se llamaron *Hanancuzco*, y otros *Urincuzco*, y del primer linaje vinieron los señores que conquistaron y gobernaron la tierra.[xxxvi]

El primero que hacen cabeza de linaje destos señores que digo se llamó *Ingaroca*, el cual fundó una familia o *ayllo*, que ellos llaman por nombre *Vicaquirão*.[191] Éste, aunque no era gran señor todavía,[192] se servía con vajilla de oro y plata: y ordenó que todo su tesoro se dedicase para el culto de su cuerpo y sustento de su familia. Y así el sucesor hizo otro tanto, y fue general costumbre —como está dicho—[193] que ningún Inga heredase la hacienda y casa del predecesor, sino que él fundase casa de nuevo: en tiempo deste *Ingaroca* usaron ídolos de oro.

A *Ingaroca* sucedió *Yaguarguaque,* ya viejo: dicen haberse llamado por este nombre —que quiere decir «lloro de[194] sangre»— porque, habiendo una vez sido vencido y preso por sus enemigos, de puro dolor lloró sangre. Éste se enterró en un pueblo llamado Paulo, que está en el camino de *Omasuyo*: éste fundó la familia *Aocailli panáca*.[195]

A éste sucedió un hijo suyo, *Viracocha Inga*: éste fue muy rico e hizo grandes vajillas de oro y plata, y fundó el linaje o familia *Zoczopanáca*.[196] El cuerpo dés **(p. 433)** te, por la fama del gran tesoro que estaba enterrado con él, buscó Gonzalo Pizarro y, después de crueles tormentos que dio a muchos indios, le halló en Jaquijaguana: donde él fue después vencido y preso y justiciado[197] por el Presidente Gasca.[xxxvii] Mandó quemar el dicho Gonzálo Pizarro el cuerpo del dicho *Viracocha Inga*, y los indios tomaron después sus cenizas y, puestas en una tinajuela, le conservaron haciendo grandísimos sacrificios; hasta que Polo lo remedió, con los demás cuerpos de ingas que con admirable diligencia y maña sacó de poder de los indios, hallándolos muy embalsamados y enteros, con que quitó gran suma de idolatrías que les hacían. A este Inga le tuvieron a mal que se intitulase *Viracocha*, que es el nombre de Dios, y para excusarse dijo que el mismo Viracocha en sueños le había aparecido y mandado que tomase su nombre.

A éste sucedió *Pachacuti Inga Yupangui*, que fue muy valeroso conquistador y gran republicano,[198] e inventor de la mayor parte de los ritos y supersticiones de su idolatría, como luego diré.

188 = azuzan.

189 = como iglesias. Podría tomarse también como el topónimo «Tierra santa», en Israel: «, como en Tierra Santa».

190 = a medida que.

191 «Vizaquirao» (todos, menos O'G. y Alc.= Uizaquirao). *Wika K'iraw*, según el especialista J. H. Rowe (cambio del copista en ç=z por c=k). «Una relación de los adoratorios del antiguo Cuzco». *Histórica*, vol. V (1981), no. 2, diciembre, pp. 206-261. Lima.

192 = sin embargo.

193 Ver cap. 12 de este libro.

194 Sin «de» (Alc.).

195 *panáca*: linaje inca real.

196 «Coccopanaca» (todos). Proponemos el mismo error de copia (*Çoççopanaca*)**:** «Zukzu panaca» según John H. Rowe.

197 «ajusticiado» (1792, 1894).

198 = gobernante. Tal vez mejor «repúblico… Persona versada en la dirección de los Estados o en materia política» (*DRAE,* 2).

Capítulo 21

De Pachacuti Inga Yupangui, y lo que sucedió hasta Guaynacápa

Pachacuti Inga Yupangui reinó sesenta años y conquistó mucho. El principio de sus victorias fue que un hermano mayor suyo, que tenía el señorío en vida de su padre y con su voluntad administraba la guerra, fue desbaratado en una batalla que tuvo con los *changas*: que es la nación que poseía el valle de Andaguaylas, que está obra de[199] treinta o cuarenta leguas del Cuzco, camino de Lima. Y así desbaratado, se retiró con poca gente.

Visto esto, el hermano menor *Inga Yupangui* —para hacerse señor— inventó y dijo que, estando él **(p. 434)** solo y muy congojado, le había hablado el Viracocha criador; y quejándosele que —siendo Él señor universal y criador de todo, y habiendo Él hecho el cielo y el sol y el mundo y los hombres, y estando todo debajo de su poder— no le daban la obediencia debida; antes[200] hacían veneración igual al sol y al trueno, y a la tierra y a otras cosas, no teniendo ellas ninguna virtud más de la que les daba. Y que le hacía saber que en el cielo —donde estaba—[201] le llamaban *Viracocha Pachayachachíc*, que significa «criador universal». Y que, para que creyesen que esto era verdad, que —aunque estaba solo—[202] no dudase de hacer gente[203] con este título; que, aunque los *changas* eran tantos y estaban victoriosos, que él le daría victoria contra ellos y le haría señor porque le enviaría gente que, sin que fuese vista, le ayudase. Y fue así, que con este apellido[204] comenzó a hacer gente y juntó mucha cantidad y alcanzó la victoria; y se hizo señor y quitó a su padre y a su hermano el señorío, venciéndolos en guerra: después conquistó los *changas*.

Y desde aquella victoria estatuyó que el *Viracocha* fuese tenido por señor universal y que las estatuas del sol y del trueno le hiciesen reverencia y acatamiento: y desde aquel tiempo se puso la estatua del Viracocha más alta que la del sol y del trueno y de las demás guacas. Y, aunque este Inga *Yupangui* señaló chacras y tierras y ganados al sol y al trueno y a otras guacas, no señaló cosa ninguna al Viracocha, dando por razón que, siendo señor universal y criador, no lo había menester.

Habida, pues, la victoria de los *changas,* declaró a sus soldados que no habían sido ellos los que habían vencido sino ciertos hombres barbudos que el Viracocha le había enviado, y que nadie pudo verlos sino él, y que éstos se habían después convertido en piedras y convenía buscarlos, que él los conocería. Y así juntó de los montes gran suma de piedras que él escogió y las puso por guacas, y las a **(p. 435)** doraban y hacían sacrificios, y[205] éstas llamaban los *pururáucas*: las cuales llevaban a la guerra con grande devoción, teniendo por cierta la victoria con su ayuda. Y pudo esta imaginación y ficción de aquel Inga tanto que con ella alcanzó victorias muy notables.

Éste fundó la familia llamada *Iñacapanáca*,[206] e hizo una estatua de oro grande que llamó *Indiillapa*, y púsola en unas andas de oro de gran valor: del cual oro llevaron mucho a Cajamarca para la libertad de Atagualpa, cuando le tuvo preso el marqués Francisco Pizarro. La casa de éste, y criados y *mamaconas* que servían su memoria, halló el licenciado Polo en el Cuzco, y el cuerpo halló trasladado de *Patallacta* a *Totocache*, donde se fundó la parroquia de San Blas. Estaba el cuerpo tan entero y bien aderezado con cierto betún que parecía[207] vivo. Los ojos tenía hechos de una telilla de oro tan bien puestos que no le hacían falta los naturales, y tenía en la cabeza una pedrada, que le dieron en cierta guerra. Estaba cano y no le faltaba cabello, como si muriera aquel mismo día, habiendo más de sesenta o ochenta años que había muerto.

Este cuerpo con otros de ingas envió el dicho Polo a la ciudad de Lima por mandado del virrey Marqués de Cañete, que para desarraigar la idolatría del Cuzco fue muy necesario; y en el hospital de San Andrés,[208] que fundó el dicho marqués, han visto muchos españoles este cuerpo con los demás, aunque ya están maltratados y gastados. Don Felipe Caritopa, que fue bisnieto o rebisnieto de este inga, afirmó que la hacienda que éste dejó a su familia era inmensa, y que había de estar en poder de los *yanaconas* Amaro y Tito[209] y otros.

[199] = «Se usa también para indicar la cantidad, magnitud o distancia de alguna cosa, cuando se determina a poco más o menos» *(Autoridades).*

[200] al contrario.

[201] = moraba.

[202] *Pachacuti Inga Yupangui*, sin partidarios y soldados.

[203] = «Reclutar hombres para la milicia, reunirlos para cualquier otro fin» *(DRAE).*

[204] = Llamamiento, «de *apellare*, llamar, proclamar. Hueste reunida con este llamamiento» *(DRAE)*; quiere decir «con este argumento».

[205] a.

[206] (proponemos) «*Iñaca panaca*» (ñ = n), «Iñaqa Hatun ayllu», según J. H. Rowe.

[207] «aparecía» (O'G. y Alc.).

[208] Salto textual hasta «han visto» (Alc.).

[209] = Tupa Amaru y Titu Cusi Yupanqui. Más tarde llama otra vez «Amaru» a Tupa Amaru, pero es curioso los llame a ambos incas «yanaconas».

A este sucedió *Topa Inga Yupangui*, y a éste otro hijo suyo llamado del mismo nombre,[210] que fundó la familia que se llamó *Capac Ayllo.* **(p. 436)**

Capítulo 22
Del principal Inga llamado Guaynacápa

Al dicho señor sucedió *Guaynacápa*, que quiere decir «mancebo rico o valeroso», y fue lo uno y lo otro más que ninguno de sus antepasados ni sucesores. Fue muy prudente y puso gran orden en la tierra en todas partes, fue determinado y valiente, y muy dichoso en la guerra y alcanzó grandes victorias. Éste extendió su reino mucho más que todos sus antepasados juntos. Tomóle la muerte en el reino de Quito, que había ganado, que dista de su corte cuatrocientas leguas: abriéronle, y las tripas y el corazón quedaron en Quito por haberlo él así mandado, y su cuerpo se trajo al Cuzco y se puso en el famoso templo del Sol. Hoy día se muestran muchos edificios y calzadas, y fuertes y obras notables deste rey; fundó la familia de *Temebamba*.[211]

Este *Guaynacápa* fue adorado de los suyos por dios en vida, cosa que afirman los viejos que con ninguno de sus antecesores se hizo. Cuando murió, mataron mil personas de[212] su casa que le fuesen a servir en la otra vida: y ellos morían con gran voluntad por ir a servirle, tanto que muchos —fuera de los señalados— se ofrecían a la muerte para el mismo efecto. La riqueza y tesoro déste fue cosa no vista y, como poco después de su muerte entraron los españoles, tuvieron gran cuidado los indios de desaparecerlo todo; aunque mucha parte se llevó a Cajamarca para el rescate de Atagualpa, su hijo. Afirman hombres dignos de crédito que, entre hijos y nietos, tenía en el Cuzco más de trescientos. La madre déste[213] fue de gran estima: llamóse *Mamaocllo*.[214] Los cuerpos désta y del *Guaynacápa*, muy embalsamados y curados, envió a Lima Polo y quitó infinidad de idolatrías que con ellos se hacían.

A *Guaynacápa* sucedió en el Cuzco un hijo su **(p. 437)** yo, que se llamó *Tito Cusi Gualpa*, y después se llamó *Guáscar Inga*, y su cuerpo fue quemado por los capitanes de *Atagualpa*; que también fue hijo de *Guaynacápa*, y se alzó contra su hermano en Quito, y vino contra él con poderoso ejército. Entonces sucedió que los capitanes de *Atagualpa* —*Quizquiz* y *Chilicuchima*— prendieron a *Guáscar Inga* en la ciudad del Cuzco, después de admitido por señor y rey: porque en efecto era el legítimo sucesor,[215] fue grande el sentimiento que por ello se hizo en todo su reino, especial en su corte.

Y, como siempre en sus necesidades ocurrían[216] a sacrificios, no hallándose poderosos para poner en libertad a su señor —así por estar muy apoderados dél los capitanes[217] que le prendieron, como por el grueso ejército con que Atagualpa venía— acordaron, y aún dicen que por orden suya, hacer un gran sacrificio al *Viracocha Pachayachachíc*, que es el criador universal, pidiéndole que —pues no podían librar a su señor— Él enviase del cielo gente que le sacase de prisión. Estando en gran confianza deste su sacrificio, vino[218] nueva cómo cierta gente que vino por la mar[219] había desembarcado y preso a Atagualpa. Y así, por ser tan poca gente española la que prendió a Atagualpa en Cajamalca[220] como por haber esto sucedido luego que los indios habían hecho el sacrificio referido al Viracocha, los llamaron *viracochas* creyendo que era gente enviada de Dios: y así se introdujo este nombre hasta el día de hoy, que llaman a los españoles *viracochas*.

Y cierto, si hubiéramos dado el ejemplo que era razón, aquellos indios habían[221] acertado en decir que era gente enviada de Dios. Y es mucho de considerar la alteza de la providencia divina, cómo dispuso la entrada de los nuestros en el Perú: la cual fuera imposible, a no haber la división de los dos hermanos y sus gentes. Y la estima tan grande que tuvieron de los cristianos como de gente del cielo obliga, cierto, a que ganándose la tierra de los indios se ganaran mucho más sus almas para el cielo.[xxxviii] **(p. 438)**

210 = *Topa Inga Yupangui.* No consta que hubiese dos incas del mismo nombre, sino uno que fundó esa única *panaca*, según J. H. Rowe.

211 Coincide con el nombre de *Tomebamba*, cerca de la ciudad actual de Cuenca, donde este inca ubicó el centro de su residencia.

212 «en» (O'G. y Alc.).

213 = esposa principal de Topa Inga Yupanqui, y su hermana. Ver cap. 18 anterior.

214 «Mamaoclo» (Príncipe, O'G. y Alc.).

215 Nos parece poner coma, y no punto como todos, para dar sentido mayor a la frase siguiente.

216 = «Acudir, concurrir» (*DRAE,* 5). Mejor, recurrir.

217 dichos.

218 a Cuzco. Así encontraron vengada por Viracocha —nada menos— la muerte de su señor Guáscar, por mano de los españoles (mito interesado para los cristianos, que asocian a Viracocha con su Dios).

219 = los españoles.

220 Cajamarca, actualmente.

221 Proponemos «habrían», para dar sentido al condicional «si hubiéramos». Lo contrario sería contradictorio con su particular «filosofía» providencial.

Capítulo 23

De los últimos sucesores de los ingas

Lo demás que a lo dicho se sigue está largamente tratado en las historias de las Indias por españoles: y, por ser ajeno del presente intento, sólo diré la sucesión que hubo de los ingas.

Muerto *Ataguálpa* en Cajamalca y *Guáscar* en el Cuzco, habiéndose apoderado del reino Francisco Pizarro y los suyos, *Mancocapa* —hijo de *Guaynacápa*— les cercó en el Cuzco y les tuvo muy apretados;[222] y al fin, desamparando[223] del todo la tierra, se retiró a Vilcabamba allá en las montañas —que por la aspereza de las sierras pudo sustentarse allí—, donde estuvieron los sucesores ingas hasta[224] Amaro: a quien prendieron y dieron la muerte en la plaza del Cuzco, con increíble dolor de los indios viendo hacer públicamente justicia[225] del que tenían por su señor.

Tras esto, sucedieron las prisiones de otros de aquel linaje de los ingas. Conocí yo a don Carlos, nieto del *Guaynacápa* [e] hijo de Paulo, que se bautizó y favoreció siempre la parte de los españoles contra *Mangocapa*, su hermano. En tiempo del marqués de Cañete[226] salió de Vilcabamba *Sayritopa Inga* y vino a la ciudad de Los Reyes de paz, y diósele el valle de Yucay con otras cosas, en que sucedió una hija suya. Ésta es la sucesión que se conoce hoy día de aquella tan copiosa y riquísima familia de los ingas, cuyo mando duró trescientos y tantos años, contándose once sucesores en aquel reino hasta que del todo cesó.

En la otra parcialidad de[227] *Urincuzco* —que, como arriba se dijo,[228] se derivó también del primer *Mangocapa*— se cuentan ocho sucesores en esta forma: a Mangocapa sucedió *Cinchiroca*,[229] a éste *Capac Yupangui*, a éste *Lluqui Yupangui*, a éste *Maytacapa*, a éste *Tarco Guaman*, a éste un hijo suyo— no le nombran—, y a éste don *Juan Tambo Maytapanáca*.

[222] = «(Frase figurada y familiar). Hallarse en gran aprieto y peligro» *(DRAE)*.
[223] = «Ausentarse, abandonar del todo un lugar o sitio» *(DRAE)*.
[224] Tupa.
[225] = ajusticiar.
[226] = Andrés Hurtado de Mendoza, virrey del Perú 1556-1561.
[227] «del» (Alc.).
[228] Libro VI, cap. 20.
[229] «Chinchiroca» (Mat.).

Y esto baste para la materia del origen y sucesión de los ingas, que señorearon la tierra del Perú, con lo demás que se ha dicho de sus leyes y gobierno y modo de proceder. **(p. 439)**

Capítulo 24

Del modo de república que tuvieron los mexicanos

Aunque constará —por la historia que del reino, sucesión y origen de los mexicanos se escribirá—[230] su modo de república y gobierno, todavía diré en suma[231] lo que pareciere más notable aquí en común, cuya mayor declaración será la historia después.

Lo primero en que parece haber sido muy político[232] el gobierno de mexicanos es en el orden que tenían y guardaban inviolablemente de elegir rey. Porque desde el primero que tuvieron —llamado *Acamapichtli*—[233] hasta el último —que fue *Motezuma*, el segundo deste nombre— ninguno tuvo por herencia y sucesión el reino sino por legítimo nombramiento y elección. Ésta a los principios fue del común,[234] aunque los principales eran los que guiaban el negocio. Después, en tiempo de *Izcoatl* —cuarto rey—, por consejo y orden de un sabio y valeroso hombre que tuvieron —llamado *Tlacaellel*— se señalaron cuatro electores, y a éstos —juntamente con dos señores o reyes sujetos al mexicano, que eran el de Tezcuco y el de Tacuba— tocaba hacer la elección.

Ordinariamente elegían mancebos para reyes, porque iban los reyes siempre a la guerra y casi era lo principal aquello para lo que los querían; y así, miraban que fuesen aptos para la milicia y que gustasen y se preciasen della.

Después de la elección se hacían dos maneras de fiestas: unas al tomar posesión del estado real, para lo cual iban al templo y hacían grandes ceremonias y sacrificios sobre el brasero que llamaban «divino», donde siempre había fuego ante el altar de su ídolo; y después, había muchas oraciones y arengas de retóricos, que tenían grande curiosidad en esto.

[230] = A lo largo del libro VII, más ampliamente.
[231] = brevemente.
[232] = civilizado.
[233] «Acamapich» (todos).
[234] = Como democracia asamblearia.

Otra fiesta y más solemne era la de su coronación, para la cual había de vencer primero en batalla y traer cierto número de **(p. 440)** captivos,[235] que se habían de sacrificar a sus dioses; y entraban en triunfo con gran pompa y hacíanles solemnísimo recibimiento, así de los del templo (que todos iban en procesión tañendo diversos instrumentos, e inciensando y cantando) como de los seglares y de corte, que salían con sus invenciones a recibir al rey victorioso. La corona e insignia real era a modo de mitra por delante, y por detrás derribada: de suerte que no era del todo redonda, porque la delantera era más alta y subía en punta hacia arriba.[236] Era preeminencia del rey de Tezcuco haber de coronar él, por su mano, al rey de México.

Fueron los mexicanos muy leales y obedientes a sus reyes, y no se halla que les hayan hecho traición: sólo al quinto rey —llamado *Tizocíc* por haber sido cobarde y para poco— refieren las historias que con ponzoña le procuraron la muerte. Mas por competencias y ambición no se halla haber entre ellos habido disensión ni bandos, que son ordinarios en comunidades.[xxxix] Antes* —como se verá en su lugar—[237] se refiere haber rehusado el reino el mejor de los mexicanos, pareciéndole que le estaba a la república mejor tener otro rey.

A los principios, como eran pobres los mexicanos y estaban estrechos,[238] los reyes eran muy moderados en su trato y corte; como[239] fueron creciendo en poder crecieron en aparato y grandeza, hasta llegar a la braveza de *Motezuma*, que,[240] cuando no tuviera más de la casa de animales que tenía, era cosa soberbia y no vista otra tal como la suya. Porque de todos pescados y aves y alimañas[241] y bestias había en su casa, como otra arca de Noé; y para los pescados de mar tenía estanques de agua salada, y para los de ríos estanques de agua dulce; para las aves de caza y de rapiña su comida, para las fieras ni más ni menos en gran abundancia, y grande suma de indios ocupados en mantener y criar estos animales. Cuando ya vía[242] que no era posible sustentarse algún género de pescado o de ave o de fiera, había de tener su semejanza labrada **(p. 441)** ricamente en piedras preciosas o plata u oro, o esculpida en mármol o piedra.[xl]

Y para diversos géneros de vida tenía casas y palacios diversos: uno de placer,[243] otros de luto y tristeza, y otros de gobierno; y en sus palacios, diversos aposentos conforme a la calidad de los señores que le servían, con extraño* orden y distinción.

Capítulo 25

De los diversos dictados[244] y órdenes de los mexicanos

Tuvieron gran primor en poner sus grados a los señores y gente noble, para que entre ellos se reconociese a quién se debía más honor.

Después del rey era[245] el grado de los cuatro como príncipes electores, los cuales —después de elegido el rey— también ellos eran elegidos; y de ordinario eran hermanos o parientes muy cercanos al rey. Llamaban a éstos *tlacohecalcátl*,[246] que significa «el príncipe de las lanzas arrojadizas», que era un género de armas que ellos mucho usaban. Tras éstos eran los que llamaban *tlacatecátl*,[247] que quiere decir «cercenador o cortador de hombres». El tercer dictado* era de los que llamaban *ezuahuacátl*,[248] que es «derramador de sangre», no como quiera sino arañando. Todos estos títulos eran de guerreros. Había otro cuarto intitulado *tlillancalquí*,[249] que es «señor de la casa negra, o de negrura», por un cierto tizne con que se untaban los sacerdotes, y servía para sus idolatrías. Todos estos cuatro dictados* eran del Consejo Supremo, sin cuyo parecer el rey no hacía ni podía hacer cosa de importancia: y, muerto el rey, había de ser elegido por rey hombre que tuviese algún dictado* destos cuatro.

Fuera de los dichos había otros consejos y audiencias, y dicen hombres expertos de aquella tierra que eran tantos como los de España;[xli] y que había diversos consistorios con sus oidores y alcaldes de corte, y que había **(p. 442)** otros subordinados como corregidores, alcaldes mayores tenientes, alguaciles mayores y otros inferiores también: subordinados a éstos con grande orden, y todos ellos a los cuatro supremos príncipes

[235] «cautivos» (todos, menos la Príncipe).
[236] Ver la corona en láminas 41, 45 o 46 (códice Tovar).
[237] Libro VII, cap. 12, sobre Tlacaellel.
[238] = arrinconados en un pequeño territorio, como se verá.
[239] = conforme, a medida que.
[240] aún.
[241] «Xacamánas» (Príncipe, corregido como «alimañas» en fe de erratas), «animales» (1792, 1894).
[242] «veía» (todos, menos la Príncipe y Mat.).
[243] «Casa de recreo» *(DRAE),* o de campo.
[244] = «Título de dignidad, honor o señorío; como duque, marqués, consejero, etc.; y también cualquier calificativo aplicado a persona» *(DRAE).*
[245] = estaba, en orden de precedencia.
[246] Sin acento (O'G., Alc. y Mat.).
[247] *Idem* (O'G., Alc. y Mat.).
[248] *Idem* (O'G., Alc. y Mat.).
[249] *Idem* (O'G. y Alc.).
[250] = cuenta por escrito.

que asistían con el rey. Y solos éstos cuatro podían dar sentencia de muerte, y los demás habían de dar memorial[250] a éstos de lo que sentenciaban y determinaban, y al Rey se daba a ciertos tiempos noticia de todo lo que en su reino se hacía.

En la hacienda también tenía[n] su policía y buena administración, teniendo por todo el reino repartidos sus oficiales y contadores y tesoreros, que cobraban el tributo y rentas reales. El tributo se llevaba a la corte cada mes, por lo menos, una vez: era el tributo de todo cuanto en tierra y mar se cría, así de atavíos[251] como de comidas.

En lo que toca a su religión —o superstición e idolatría—[xlii] tenían mucho mayor cuidado y distinción, con gran número de ministros que tenían por oficio enseñar al pueblo los ritos y ceremonias de su ley. Por donde dijo bien y sabiamente un indio viejo a un sacerdote cristiano, que se quejaba de los indios que no eran buenos cristianos ni aprendían la ley de Dios:

> «Pongan (dijo él) tanto cuidado los padres en hacer[252] los indios cristianos como[253] ponían los ministros de los ídolos en enseñarles sus ceremonias, que con la mitad de aquel cuidado seremos los indios muy buenos cristianos. Porque la ley de Jesús Cristo es mucho mejor, y por falta de quien la enseñe no la toman los indios».

Cierto dijo verdad, y es harta confusión y vergüenza nuestra.

Capítulo 26

Del modo de pelear de los mexicanos, y de las órdenes militares que tenían

El principal punto de honra ponían los mexicanos en la guerra, y así los nobles eran los principales soldados; y otros, que no lo eran,[254] por la gloria de la milicia su **(p. 443)** bían a dignidades y cargos, y ser contados entre nobles. Daban notables premios a los que lo habían hecho valerosamente, gozaban de preeminencias que ninguno otro las podía tener, con esto se animaban bravamente.

Sus armas eran unas navajas agudas de pedernales, puestas de una parte y de otra de un bastón: y era esta arma tan furiosa que afirman que de un golpe echaban con ella la cabeza de un caballo abajo, cortando toda la cerviz. Usaban porras pesadas y recias, lanzas también a modo de picas, y otras arrojadizas en que eran muy diestros: con piedras hacían gran parte de su negocio.[255] Para defenderse usaban rodelas[256] pequeñas y escudos, algunas como celadas[257] o morriones,[258] y[259] grandísima plumería en rodelas y morriones; y vestíanse de pieles de tigres o leones, u otros animales fieros. Venían presto a manos con el enemigo y eran ejercitados mucho a correr y luchar: porque su modo principal de vencer no era tanto matando como cautivando, y de los captivos* —como está dicho—[260] se servían para sus sacrificios.

Motezuma puso en más punto la caballería, instituyendo ciertas órdenes militares como de comendadores[261] con diversas insignias. Los más preeminentes de éstos eran los que tenían atada la corona del cabello con una cinta colorada, y un plumaje rico, del cual colgaban unos ramales hacia las espaldas con unas borlas de lo mismo al cabo: estas borlas eran tantas en número cuantas hazañas había hecho.[xliii] Desta orden de caballeros era el mismo rey también, y así se halla pintado con este género de plumajes; y en Chapultepéc —donde están *Motezuma* y su hijo esculpidos en unas peñas, que son de ver— está con el dicho traje de grandísima plumajería.

Había otra orden que decían «los Aguilas», otra que llamaban «los Leones y Tigres». De ordinario eran éstos los esforzados que se señalaban en las guerras, los cuales salían siempre en ellas con sus insignias. Había otros como «caballeros pardos»,[262] que no eran de tanta cuenta **(p. 444)**

251 = «Objetos que sirven para adorno» (*DRAE,* 3, plural).
252 a.
253 el que, lo.
254 = nobles.
255 = armas que arrojaban piedras, como hondas; pero también porque la piedra formaba parte importante de sus armas citadas.
256 = «Escudo redondo y delgado que, embrazado en el brazo izquierdo, cubría el pecho al que se servía de él peleando con espada» *(DRAE).*
257 = «Pieza de la armadura que servía para cubrir y defender la cabeza» *(DRAE).*
258 = «Armadura de la parte superior de la cabeza, hecha en forma de casco, y que en lo alto suele tener un plumaje o adorno» *(DRAE).*
259 ponían un ejemplo de lo anterior (armas y adornos) en nuestra lámina 34 (código Tovar).
260 = Cap. 20, libro V.
261 = Grados diversos dentro de las órdenes militares. Por asociación jerárquica con la norma en España eran caballeros, aunque no conociesen el caballo.
262 = «El que no siendo noble, alcanzaba privilegios del rey para no pechar y gozar la preeminencias del hidalgo» *(DRAE).* «Pechar» es pagar impuestos.
263 = «Cintura, parte estrecha del cuerpo sobre las caderas» (*DRAE,* antiguo).

como éstos, los cuales tenían unas coletas cortadas por encima de la oreja en redondo: éstos salían a la guerra con las insignias que esotros caballeros, pero armados solamente de la cinta[263] arriba;[264] los más ilustres se armaban enteramente.[265]

Todos los susodichos podían traer oro y plata, y vestirse de algodón rico, y tener vasos dorados y pintados, y andar calzados. Los plebeyos no podían usar vaso fino de barro ni podían calzarse ni vestir sino *nequén*, que es ropa basta.

Cada un género de los cuatro dichos tenía en palacio sus aposentos propios, con sus títulos: al primero llamaban «aposento de los príncipes», al segundo «de los Aguilas», al tercero «de Leones y Tigres», al cuarto de «los Pardos», etc. La demás gente común estaba abajo en sus aposentos más comunes y, si alguno se alojaba fuera de su lugar, tenía pena de muerte.

Capítulo 27

Del cuidado grande y policía que tenían los mexicanos en criar la juventud

Ninguna cosa más me ha admirado ni parecido más digna de alabanza y memoria que el cuidado y orden que en criar sus hijos tenían los mexicanos. Porque, entendiendo bien que en la crianza e institución[266] de la niñez y juventud consiste toda la buena esperanza de una república (lo cual trata Platón en sus libros *De legibus*), dieron en apartar sus hijos de regalo y libertad —que son las dos pestes de aquella edad— y en ocupallos[267] en ejercicios provechosos y honestos.

Para este efecto había en los templos casa particular de niños, como escuela o pupilaje, distinto del de los mozos y mozas del templo de que se trató largamente en su lugar.[268]

Había en los dichos pupilajes o escuelas gran número de muchachos que sus padres voluntariamente llevaban allí, **(p. 445)** los cuales tenían ayos y maestros que les enseñaban e industriaban en loables ejercicios a ser bien criados, a tener respecto a los mayores, a servir y obedecer, dándoles documentos[269] para ello. Para que fuesen agradables a los señores enseñábanles a cantar y danzar; industriábanlos en ejercicios de guerra, como tirar una[270] flecha, fisga[271] o vara tostada[272] a puntería, a mandar bien una rodela* y jugar[273] la espada. Hacíanles dormir mal y comer peor, por que desde niños se hiciesen al trabajo y no fuese gente regalada.

Fuera del común número destos muchachos había en los mismos recogimientos otros hijos de señores y gente noble, y éstos tenían más particular tratamiento: traíanles de sus casas la comida, estaban encomendados a viejos y ancianos que mirasen por ellos, de quien continuamente eran avisados y amonestados a ser virtuosos y vivir castamente, a ser templados en el comer y a ayunar, a moderar el paso y andar con reposo y mesura; usaban probarlos en algunos trabajos y ejercicios pesados.

Cuando estaban ya criados, consideraban mucho la inclinación que en ellos había. Al[274] que veían inclinado a la guerra, en teniendo edad, le procuraban ocasión en que proballe;[275] a los tales, so color[276] de que llevasen comida y bastimentos a los soldados, los enviaban a la guerra para que allá viesen lo que pasaba y el trabajo que se padecía, y para que así perdiesen el miedo; muchas veces les echaban unas cargas muy pesadas para que, mostrando ánimo en aquello, con más facilidad fuesen admitidos a la compañía de soldados. Así acontecía ir con carga al campo, y volver capitán con insignia de honra; otros se querían señalar tanto que quedaban presos o muertos. Y por peor tenían quedar presos, y así se hacían pedazos por no ir captivos* en poder de sus enemigos. Así que los que a esto se aplicaban,[277] que de ordinario eran los hijos de gente noble y valerosa, conseguían su deseo.

Otros que se inclina **(p. 446)** ban a cosas del templo —y, por decirlo a nuestro modo,[xliv] a ser eclesiásticos— en

[264] «ariba» (Mat.).

[265] Ver láminas 39 y 43 (códice Tovar), donde salen armas de caballeros mexicanos.

[266] = «Instruir = Instituto, determinación y modo de proceder, orden y regla de vivir» *(Covarrubias,* s. v., 3*).* Recuérdese que habla un jesuita, orden dedicada a la enseñanza, tanto como a las misiones.

[267] «ocuparlos» (1792 y 1894)

[268] Caps. 15 y 16 del libro V.

[269] = «Doctrina o enseñanza con que se procura instruir a alguno en cualquiera materia, y principalmente se toma por el aviso u consejo que se le da, para que no incurra en algún yerro u defecto … *documentos* o reprehensiones…» (*Autoridades*).

[270] «con» (Alc.).

[271] = «Harpón de tres dientes para pescar peces grandes» (*DRAE,* 2,1).

[272] = vara de madera, cuya punta se ha endurecido al fuego.

[273] = manejar.

[274] «El» (Alc.).

[275] «probarle» (1792 y 1894).

[276] = «So color: con o bajo pretexto» (*DRAE,* locución adverbial). «Color: pretexto, motivo o razón aparente para hacer una cosa con poco o ningún derecho» (*DRAE,* 7, figurado).

[277] «estos se alicaban» (Mat.).

[278] = sirva a nosotros de confusión que hagan los indios por la educación

siendo de edad los sacaban de la escuela y los ponían en los aposentos del templo que estaban para religiosos, poniéndoles también sus insignias de eclesiásticos: y allí tenían sus Perlados* y maestros que les enseñaban en lo tocante a aquel ministerio, y en el ministerio que se dedicaban en él habían de permanecer.

Gran orden y concierto era éste de los mexicanos en criar sus hijos: y, si agora se tuviese el mismo orden en hacer casas y seminarios donde se criasen estos muchachos, sin duda florecería mucho la cristiandad de los indios. Algunas personas celosas lo han comenzado, y el rey y su Consejo[xlv] han mostrado favorecerlo, pero como no es negocio de interés va muy poco a poco, y hácese fríamente. Dios nos encamine para que siquiera nos sea[278] confusión lo que en su perdición hacían los hijos de tinieblas, y los hijos de luz no se queden tanto atrás en el bien.

Capítulo 28

De los bailes y fiestas de los indios

Porque es parte de buen gobierno tener la república sus recreaciones y pasatiempos cuando conviene, es bien digamos algo de lo que —cuanto a esto— usaron los indios, mayormente los mexicanos. Ningún linaje de hombres que vivan en común se ha descubierto que no tengan su modo de entretenimiento y recreación, con juegos o bailes o ejercicios de gusto.

En el Perú vi un género de pelea hecha en juego, que se encendía con tanta porfía de los bandos que venía a ser bien peligrosa su *puclla*,[279] que así la llamaban. Vi también mil diferencias de danzas en que imitan[280] diversos oficios como de ovejeros, labradores, de pescadores, de monteros; ordinariamente eran todas con sonido y paso y compás muy espacioso y flemático. Otras danzas había de enmascarados, que llaman *guacones*, y las máscaras y su gesto[281] eran del puro demonio. **(p. 447)** También danzaban unos hombres sobre los hombros de los otros, al modo que en Portugal llevan las *pelas*, que ellos llaman.

Destas danzas la mayor parte era superstición y género de idolatría, porque así veneraban sus ídolos y guacas. Por lo cual han procurado los Perlados evitarles lo más que pueden semejantes danzas, aunque —por ser mucha parte della pura recreación— les dejan que todavía dancen y bailen a su modo.[xlvi]

Tañen diversos instrumentos para estas danzas: unas como flautillas o cañutillos, otros como atambores, otros como caracoles*; lo más ordinario es en voz[282] cantar todos, yendo uno o dos diciendo sus poesías, y acudiendo los demás a responder con el pie de la copla. Algunos destos romances eran muy artificiosos y contenían historia, otros eran llenos de superstición, otros eran puros disparates.[283]

Los nuestros que andan entre ellos han probado ponelles[284] las cosas de nuestra santa fe en su modo de canto, y es cosa grande el provecho que se halla: porque con el gusto del canto y tonada cantan días enteros, oyendo y repitiendo sin cansarse. También han puesto en su lengua composiciones y tonadas nuestras —como de octavas[285] y canciones de romances, de redondillas—[286] y es maravilla cuán bien las toman los indios, y cuánto gustan: es, cierto, gran medio éste y muy necesario para esta gente.[xlvii]

En el Perú llamaban estos bailes comúnmente *taquí*,[287] en otras provincias de indios se llamaban *areito,*[288] en México se dicen *mitotes*. En ninguna parte hubo tanta curiosidad de juegos y bailes como en la Nueva España, donde hoy día se ven los indios volteadores, que admiran sobre una cuerda; otros sobre un palo alto derecho puestos de pies, danzan y hacen mil mudanzas; otros, con las plantas de los pies y con las corvas, menean y echan en alto y revuelven un tronco pesadísimo que no parece cosa creíble, si no es viéndolo.[xlviii] Hacen otras mil pruebas de gran sutileza en trepar, saltar, voltear, llevar gran **(p. 448)** dísimo peso, sufrir golpes que bastan a quebrantar hierro, de todo lo cual se ven pruebas harto donosas.[289]

pagana más que los cristianos por la cristiana.

279 «puella» (O'G. y Alc.). «Puclla» en quechua significa «pelea».

280 «imitaban» (O'G. y Alc.).

281 = «Semblante, cara, rostro» (*DRAE,* 4). Tal vez precedente de las máscaras tan celebradas hoy en día en las fiestas locales andinas (Cuzco, Oruro, Potosí), no necesariamente de procedencia cristiana, como se piensa.

282 = a viva voz, a capela; «vez» (Mat.).

283 = Exageraciones propias de la comedia, al modo del teatro popular español (Juan del Encina tituló *Disparates* algunos de sus poemas satírico-jocosos, y sus comedias de pastores).

284 «ponerles» (1792 y 1894). «Los nuestros» son padres jesuitas.

285 = «Sonido que forma la consonancia más sencilla y perfecta con otro… Serie diatónica en que se incluyen los siete sonidos constitutivos de una escala y la repetición del primero de ellos» (*DAE,* Música, 7 y 8).

286 = «Combinación métrica de cuatro octosílabos en que conciertan los versos primero y cuarto, tercero y segundo» *(DRAE).*

287 «taqui» (O'G. y Alc.).

288 Voz *taína*, de las Antillas.

289 = «Que tiene donaire y gracia» *(DRAE).*

290 = estimado, tenido en más.

11. De toda suerte de extrañas danzas de los indios



TIENEN los indios en Nueva España, y sobre todo en México, danzas hartas para divertirse. Varios danzan sobre una cuerda, y los hay también que bailan y saltan sobre los hombros de otros como estando sobre terreno llano. Y tienen ansí mesmo una danza muy particular en que se reúnen todos cuantos forman parte del baile. Son los instrumentos a cuyo sonido bailan una suerte de tambores, acompañados de cantantes. Y los bailarines unen su voz al son de los tambores y cánticos pataleando con los pies, cosa que es de ver muy amena, tal y como extensamente narra la crónica.

Lámina 16. De toda suerte de extrañas danzas de los indio. (De Bry vol. XI, Acosta VI, 28).

Mas el ejercicio de recreación más tenido[290] de los mexicanos es el solemne *mitote*, que es un baile que tenían por tan autorizado que entraban a veces en él los reyes; y no por fuerza, como el rey don Pedro de Aragón con «El Barbero de Valencia».[291] Hacíase este baile o *mitote* de ordinario en los patios de los templos y de las casas reales, que eran los más espaciosos. Ponían en medio del patio dos instrumentos: uno de hechura de atambor, y otro de forma de barril hecho de una pieza, hueco por de dentro y puesto como sobre una figura de hombre o de animal, o de una columna. Estaban ambos templados de suerte que hacían entre sí buena consonancia: hacían con ellos diversos sones, y eran muchos y varios los cantares. Todos iban cantando y bailando al son, con tanto concierto que no discrepaba el uno del otro yendo todos a una, así en las voces como en el mover los pies, con tal destreza que era de ver.

En estos bailes se hacían dos ruedas de gente: en medio —donde estaban los instrumentos— se ponían los ancianos y señores y gente más grave, y allí casi a pie quedo bailaban y cantaban. Alrededor déstos, bien desviados, salían de dos en dos los demás bailando en corro[292] con más ligereza, y haciendo diversas mudanzas y ciertos saltos a propósito, y entre sí venían a hacer una rueda muy ancha y espaciosa.[xlix] Sacaban en estos bailes las ropas más preciosas que tenían y diversas joyas, según que cada uno podía. Tenían en esto gran punto,[293] y así desde niños se enseñaban a este género de danzas.

Aunque muchas destas danzas se hacían en honra de sus ídolos, pero no era eso de su institución[294] sino —como está dicho— un género de recreación y regocijo para el pueblo: y así no es bien quitárselas a los indios, sino procurar no se mezcle superstición alguna. En Tepotzotlán, que es un pueblo **(p. 449)** siete leguas de México, vi hacer el baile o *mitote* que he dicho en el patio de la iglesia, y me pareció bien ocupar y entretener los indios días de fiestas, pues tienen necesidad de alguna recreación; y en aquella que es pública y sin perjuicio de nadie hay menos inconvenientes que en otras que podrían hacer a sus solas, si les quitasen éstas. Y, generalmente, es digno de admitir que lo que se pudiere dejar a los indios de sus costumbres y usos (no habiendo mezcla de sus errores antiguos) es bien dejarlo y, conforme al consejo de san Gregorio Papa, procurar que sus fiestas y regocijos se encaminen al honor de Dios y de los santos, cuyas fiestas celebran.

[291] Alusión a una comedia famosa, entonces, hoy desconocida, según nuestro colega del CSIC el profesor Luciano Lorenzo.

[292] «coro» (O'G. y Alc.), cambiando el sentido. Ver lámina 37 (códice Tovar).

[293] = cuidado, atención.

[294] = obligatorio, implícito. No había sido creado con esa intención original.

Esto podrá bastar, así en común, de los usos y costumbres políticas de los mexicanos. De su origen y acrecentamiento e imperio —porque es negocio más largo, y que será de gusto entenderse de raíz— quedará el tratarse para otro libro.

Fin del Libro Sexto

Notas finales

[i] Ya no considera necesario el autor posponerle al término «religión» aplicado a los paganos ninguna explicación justificativa («o superstición» «o idolatría»), al haber salido del libro religioso.

[ii] Es decir, que los necios opinen mal del indio es un tanto a favor de los indios y su cultura. De ahí la coletilla «y, juntamente», indicio de peor calidad añadida a los que opinan demasiado en contra.

[iii] Acosta busca «contraponer» opiniones europeas —buenas y malas— sobre los indios, pero con un gran sentido de *contemporaneidad* comparada, al contraponer modelos clásicos y americanos. Esa proporcionalidad comparativa se precede y concluye con frases de un tono severo de recriminación a los que opinan en contrario. Se diría en esto que lo hubiese escrito el P. Las Casas.

[iv] Supone cierta capacidad «literaria» de Acosta que le instase a hacer repetir a Tovar un trabajo indigenista que algunos imaginan «secreto de Estado» y como tal prohibido oficialmente por Felipe II, a través de su virrey M. Enríquez (Nicolau D'Olwer, Baudot). Pero no sólo le propone Acosta hacerlo y lo publica, sino que reconoce tenerlo aún en su poder, en esta obra dedicada a la hija predilecta del rey: véase en el libro VI, cap. 2, el próximo, cuando dice «el cual calendario yo vi y aun le tengo en mi poder». Seguramente le informó también el mismo virrey —a quien conoció y trató en confianza en Perú, su destino posterior— de los trabajos de Sahagún que envió a su superior, Felipe II —al igual que los de Tovar y Hernández—. Pero es posible que no haya podido ver Acosta nada de Sahagún o Hernández en México, o haya preferido pedirlo a su cofrade solamente.

[v] Su fuente peruana Polo dice al virrey Toledo en 1571 lo mismo: «Por la orden [= desorden] que se trata y ha tratado, no hay duda sino que a muchos se les quita el derecho adquirido obligándolos a pasar por unas leyes que ni supieron ni entendieron, ni vendrán en conocimiento de ellas de aquí a cien años. Y no hay este solo inconveniente, aunque es harto sustancial, pero *aún en cierta forma hemos perdido mucha parte de crédito* y hecho a los mismos naturales hacer innovaciones malas y reprobadas —para conseguir lo que quieren— tanto para su cristiandad como para su policía; y creo yo que sería dificultoso de remediar sin mucha violencia y castigo» [Introducción que se titulaba «Notable daño que se sigue de no respetar a los indios sus fueros» a su trabajo de 1571 sobre Tributaciones, publicado primeramente en *Codoin*, Madrid, 1872]. Trascripción y cursiva nuestras.

[vi] Esto explica que comience por ahí, siendo su programa «apologético», como expuso en el cap. anterior. El término «ingenio» —o también el de «curiosidad», «extrañeza» o «policía», con otro significado emparentado— será repetido hasta la saciedad en este libro, siempre en términos positivos.

[vii] Acosta no menciona la semejanza del calendario mexicano con el romano, que acababa de ser corregido el año 1582 por el papa Gregorio VII, protector de los jesuitas que contó para ello especialmente con el jesuita alemán P. Christof Clavius, amigo de Galileo. Es curioso que Acosta no mencione ahora esta corrección calendárica cristiana, siendo

él quien controló la edición de la *Pragmática de los 10 días* en Lima, 1583, el primer impreso sudamericano publicado, que pretendía tan tempranamente facilitar el cambio de calendario.

[viii] Acosta cita esta obra de Aristóteles en griego, y en abreviatura («Perihar»), lo que impidió su reconocimiento por mucho tiempo. Su primer «lector» atento a esto fue la profesora Elvira Gangutia, «El P. Acosta y las teorías lingüísticas de la Ilustración», en F. de Solano y F. del Pino (eds.): *Homenaje a Gonzalo Fernández de Oviedo, primer cronista de Indias. La América y la España del siglo XVI*. Madrid, CSIC, 1982, pp. 363-372. Acosta siempre se refiere a Aristóteles como «el filósofo».

[ix] Dentro de la inicial misión jesuita en China, destaca la labor del italiano P. Mateo Ricci: jesuita en 1571, marcha en 1577 a Extremo Oriente y comienza a aprender el chino en Macao. En 1583 se instala ya al interior, en Kuangtong, y en 1601 le permite el emperador instalarse en la corte de Pekín como astrónomo y matemático real. Se trata del primer sinólogo occidental, que inaugura un principio de tolerancia religiosa e incorpora en el cristianismo a Confucio y la moral familiar china como una filosofía sabia más. Muchos misionólogos (Bernard-Maître, Dainville…) han comparado al P. Acosta con Ricci, como religiosos igualmente respetuosos de las altas culturas no cristianas, a las cuales debiera adaptarse el mensaje cristiano básico. El respeto cultural era en los primitivos jesuitas un axioma cultural y también una estrategia de seducción, como Acosta lo señala en VI, 1.

[x] Acosta es consciente de los dos modelos de grabar imágenes: la antigua xilografía en madera, o la moderna talla dulce en cobre.

[xi] Acosta desembarcó viniendo de Perú a España en el puerto mexicano de Guatulco, de la costa pacífica y no lejos de Acapulco, donde llegaban los comerciantes chinos embarcados en el galeón de Manila. Por la frase que el autor mandó escribir en chino es de suponer que su contacto fue en el propio puerto, lo que revela un interés previo en el problema comparativo de la escritura china. Luego contactaría estrechamente con el jesuita P. Alonso Sánchez (con quien hace el viaje a España y a quien cita varias veces en esta historia), que venía de Filipinas y había realizado dos viajes a China en los años 80.

[xii] Visita general a Europa, en 1585, de tres príncipes japoneses con séquito y padres jesuitas que incluyó Italia, España y Portugal, donde dejaron recuerdos abundantes de su paso.

[xiii] Acosta se adelantó a otros observadores europeos, «dándose cuenta del carácter de silabario fonético de los signos japoneses», dice Elvira Gangutia, en *op. cit.* [nota VIII], p. 370.

[xiv] Acosta dispone solamente de informes parciales todavía, de sus correligionarios que aún no han llegado a Pekín. No obstante que de parte de otros misioneros mendicantes se disponía entonces de más noticias culturales (enfatizando generalmente el saber popular, más que el literario), pero Acosta quiere referirse sólo a las noticias jesuitas, y es verdad que éstos se centraron mucho en la cultura de elite (los textos derivados de Confucio), la que encontraban menos sofisticada que la europea. De hecho, su estrategia misional usó el saber astronómico y cartográfico para tomar posiciones privilegiadas en la corte china. Ver sobre la sinología jesuita y de otras órdenes, Ronnie Po-Chia Hsia, «Catholic Missions in China, 16th-18th Centurias», en Daniel M. Patte (ed.): *The Cambridge Dictionary of Christianity*. Cambridge University Press, 2006.

[xv] Tal vez es más conocida que otras la quema de códices mayas por parte del franciscano Diego de Landa: realizada en 1562, le fue recriminada en la corte por su pasión destructora, pero regresó exonerado y obispo en 1573, muriendo en 1579. Landa es también autor en 1566 de una *Relación de las cosas de Yucatán* con excelente información etnográfica y astronómica, a pesar de conservarse solamente un resumen del s. XVII, publicado en 1864 por Brasseur de Bourbourg. Tal vez se refiera Acosta veladamente a ese caso, por reflejar una cierta oposición de algunos españoles (laicos y religiosos, como se ve), pero en absoluto se trató de la única quema de códices, ni en Yucatán ni en N. España, sobre todo al principio de la colonia: en estos momentos se cuentan con los dedos de la mano los conservados de tiempos prehispánicos, aunque se conservan otros realizados después.

[xvi] Nótese la espontánea reticencia del autor a llamar «hechicerías» las costumbres indianas, tan contrapuesta a la manifestada en el libro V. Volvemos a recordar la semejanza con el P. Las Casas, en el tono crítico.

[xvii] Aquí se recoge la respuesta del P. Tovar a la cuestión que el P. Acosta le planteó por carta, cuando recibió la historia manuscrita hoy conocida como «Códice Tovar»: adjunto al códice conservado por Acosta (Ver libro VI, cap. 2), aún se halla de su mano la respuesta de Tovar, que es resumida en este capítulo. El códice se conserva todavía en la biblioteca John Carter Brown (Providence, R.I.) y fue publicado con sus dibujos por el profesor Jacques Lafaye en Viena (1972), mientras el calendario Tovar adjunto lo fue anteriormente por Anderson y Dibble, junto con las cartas cruzadas entre ellos, y en el s. XIX por el propio J. G. *Icazbalceta*. Ver facsímil de las cartas en lámina 1 de nuestra edición.

[xviii] Es importante destacar la cantidad de «oraciones» o arengas literales del antiguo México que recoge Acosta en el libro VII, tomadas del Códice Tovar, que nosotros hemos destacado sangrándolas, como otras muchas del libro (bíblicas, greco-latinas, patrísticas). Llamamos la atención del valor que estos «discursos» literales indígenas tenían para un predicador dotado como Acosta, instruido además como todo jesuita en la oratoria latina, a partir especialmente de Cicerón. Eran para él un índice manifiesto de alta civilización o «policía» que, tal vez hoy, pasaría desapercibido.

[xix] Cabe referirse como caso conocido y cercano al «Códice Osuna» de la Biblioteca Nacional editado por Vicenta Cortés, que es un catecismo por imágenes para adaptarse a las costumbres mexicanas, de acuerdo a los métodos de los primeros franciscanos en México. Ver lámina 15, al lado.

[xx] Obsérvese en esta metáfora culinaria —del gusto predilecto del autor— la capacidad de ofrecer una imagen apologética y comparada de la vitualidad hermenéutica de los sistemas de escritura peruanos: efectivamente funciona bien así, gracias a esta metáfora de la escritura como «guiso». Es muy evidente la evolución de su opinión indigenista entre el Proemio al tratado misional de 1582 y la historia del 90, en cuanto a la amplitud de miras sobre la escritura como rasgo civilizado, y la relativa crítica hacia la escritura china. Ver en caps. 6 y 7 de este libro la ponderación de la lentitud de aprendizaje y limitación de combinaciones de la escritura china con el sistema fonético, o la conclusión de este cap. 8 sobre el ingenio amerindio: «En aquello a que se aplican nos hacen grandes ventajas».

[xxi] Nótese la ironía personal, que logra conjugar la ponderación nemotécnica del quipu o del ábaco y la rueda de piedras con su extrañeza y simplicidad. A tener en cuenta que la memoria de Acosta era prodigiosa en cuanto al manejo de textos, destacando sus contemporáneos que citaba siempre de memoria, sin papel alguno.

[xxii] Axioma propiamente antropológico de la diversidad, expresado incluso con brillantez.

[xxiii] Los jesuitas gobernaban a distancia sus negocios con cartas frecuentes y periódicas, como hombres modernos.

[xxiv] Merece tenerse en cuenta que el autor, a pesar de su filosofía elitista jesuita (que se ve a continuación), encontraba justificado que los pueblos bárbaros odiasen el gobierno, si era tiránico. Él empleó la acusación de tiranía contra los propios cristianos en las Indias, respondiendo al virrey Toledo, e incluso contra su superior, el P. Acquaviva. Situación sociopolítica bien interesante de las comunidades americanas, que los españoles «asociaron» a sus propios modos de gobierno antiguos, y que permitió a John Locke (*Ensayo sobre el gobierno civil*, 1690, cap. VIII, epígrafe 102) definir las sociedades «naturales» frente a las «políticas», y a los filósofos morales ilustrados (escoceses, como A. Smith, etc.) conjeturar sobre la homogénea evolución temporal de todas las sociedades humanas.

[xxv] Notar la simultaneidad de evolución en economía, política y religión que sugiere el autor. Si se quiere observar la ley evolutiva que conduce de unos estados culturales a otros, léase el cap. 19 de este libro y el 2 del siguiente, que desarrollan la tesis del cap. 25 del libro I.

[xxvi] Piénsese en la divinización «automática» de los emperadores romanos, a su muerte, y en los reyes orientales de Bali, de que habla C. Geertz en *Negara*. Tal vez Polo —la fuente aquí no citada— entendió esto mejor por el precedente de Roma.

[xxvii] Esto se dice en una Europa cristiana, llena de atentados reales. Recuérdese que el tiranicidio era una doctrina de curso entre escolásticos, especialmente jesuitas.

[xxviii] Los jesuitas quedaron muy impresionados por el orden social logrado dentro del imperio incaico y pretendieron aplicarlo en sus misiones de

Paraguay —como ya lo reconocía el filósofo Raynal—, tras experimentarlo en Juli (Chucuito, Perú), lugar de doctrina que asumieron bajo el provincialato de Acosta. Esto se relaciona con los aspectos utópicos de su gobierno paraguayo, tema muy estudiado, aunque no tanto su referencia incaica.

xxix Efectivamente, son famosas las piedras de algunas calles o monumentos cercanos a Cuzco (especialmente de la antigua fortaleza de Sacsahuamán), por sus dimensiones. Aún sigue siendo un misterio insoluble su lugar de procedencia, transporte y tallado; a menos que se trate de material blando formado por solidificación pétrea, como trata el autor más adelante.

xxx Es decir, les impusiese coactivamente una distribución. Todo este párrafo está tomado de Polo, y suena también como correctivo severo sobre los modos españoles de distribuir los trabajos.

xxxi Suena extraña la asociación entre mezquitas y edificios de bárbaros, sobre todo si estos bárbaros son clásicos pre-cristianos. En todo caso, las referencias varias que tiene a modos culturales islámicos no son despectivas. A continuación se inicia un debate sobre técnicas de construcción que tiene un sabor ilustrado, en medio de la disputa comparada en cuanto a refinamiento del Nuevo Mundo, que concluye más inteligentemente al explicar de modo compensatorio sus ausencias americanas: es decir, que los americanos tuvieron otros refinamientos compensatorios, «apropiados» a sus propias circunstancias.

xxxii Párrafo tomado de Polo 1571 casi literalmente, como el resto. Se refiere a la prueba realizada por Polo en 1560, ante Fr. Domingo de Sto. Tomás y otros enviados reales para averiguar si las encomiendas se adjudicaban a perpetuidad, como pedían los encomenderos, o no. A esa averiguación le llamaba Polo «hacer la carta —o mapa— de los ceques».

xxxiii Aparte de la prudencia económica en abstracto, al jesuita le admiraba el papel tan relevante concedido en el mundo incaico a la religión: idólatra, pero bien organizada. ¿Motivo de elegirlo como modélico este sistema?

xxxiv Dato interesante, que explica también el desarrollo postal en la España de Felipe II. Con Carlos V en Yuste (Extremadura) se podía recibir del mar pescado fresco.

xxxv Recuerden que en cap. 27 del libro V dijo el autor: «En los matrimonios había su modo de contraerlos, de que escribió un tratado entero el licenciado Polo, y adelante se dirá algo». No se conserva esta obra, y tal vez sea este capítulo la única huella. Como lo es de otra -el de «Errores y supersticiones de los indios», ya citado literalmente en libro V, especialmente cap. 28)- lo resumido por el propio Acosta y publicado como parte del *Confesionario para curas de indios* de Lima (1585).

xxxvi En realidad no se dice aquí en Acosta que gobernaran ambos linajes (y menos al mismo tiempo), sino solo el primero. Esta información de Acosta acerca del doble linaje incaico procede de Polo (únicas dos fuentes que la mencionan claramente), pero es totalmente novedosa, en cuanto parece sustentar la nueva imagen de un gobierno «diárquico» (según P. Duviols), con reyes simultáneos de los linajes de arriba (Hanan) y de abajo (Urin). Hay opiniones encontradas sobre este gobierno, pero la supuesta realidad de tal gobierno ha circulado ampliamente en la comunidad de andinistas. Ver Pierre Duviols, «La dinastía de los incas: ¿monarquía o diarquía?: Argumentos heurísticos a favor de una tesis estructuralista» *Journal de la Société des américanistes*, 66 (Paris, 1979), p. 67-83; «Algunas reflexiones acerca de las tesis de la estructura dual del poder incaico», *Histórica*, Lima, 1980, 4(2), p. 183-196. Y la réplica de John H. Rowe: «La supuesta «diarquía» de los incas». *Revista del Instituto Americano de Arte*, no. 14, 1993-94 (Cuzco, 1995), pp. 99-107.

xxxvii El autor apunta aquí una conexión precisa entre dos datos (robo de tumba y derrota miliar posterior), que revela un castigo divino ¿por abuso de conquista?

xxxviii Todo el tono de este fin de capítulo es muy crítico de la actuación española, poniendo en duda merecer los españoles el nombre de «viracochas». El inca Garcilaso le sigue, cuestionando este nombre divino para los españoles, e incluso para un inca. Véase al comienzo del siguiente capítulo, que no quiere hablar de la conquista.

xxxix El autor es castellano, de Medina del Campo, y recuerda bien las interminables disensiones políticas y militares de las «Comunidades de Castilla» contra el joven rey Carlos I, por lo que fueran derrotadas en 1521 en Villalar, mucho antes de nacer él.

xl Recuerda los primeros «gabinetes de curiosidades» de los señores y monarcas en Europa, por lo que el autor parece contraponer la curiosidad americana a la europea. Curiosamente, los intelectuales ilustrados como William Robertson o los positivistas como Lewis Henry Morgan criticarán a los cronistas por creer estas «exageraciones».

xli Recuérdese la existencia muy desarrollada en España de los consejos de Castilla, Indias, Aragón, Italia, Hacienda, etc. Continuaron existiendo en el s. XVIII, ligados a las Secretarías, en forma previa a los actuales ministerios. Se trataba de una organización administrativa, no judicial. Tal comparación en manos del autor equivale a una apología de la organización política americana, equiparable a una de las administraciones más desarrolladas de Europa.

xlii Vuelve a remedar el sistema empleado dentro del libro V, cada vez que menciona el término «religión» pagana, pero ahora suena un poco a reconvención a los cristianos por cuidar la religión suya menos que los paganos. Véase el final del capítulo.

xliii Recuérdese el mismo procedimiento para mostrar sus grados en las sociedades cazadoras de las Praderas de Norteamérica, los famosos «pieles rojas» de los *western*. *Mutis mutandis*, la caballería medieval usaba parecidos distintivos y escalas de honor por gestas de armas, y en tiempos de Acosta los lectores soñaban con las pendencias, curiosos adornos y trajes de los «libros de caballerías», la literatura entonces más popular.

xliv Nótese la falta de escrúpulo en la comparación, más propia del autor que la escrupulosidad exagerada en el libro V, que suponemos era fingida. Véase el final del cap., donde se quiere tomar la educación como modelo cristiano, de modo más enfático aún que el franciscano B. de Sahagún.

xlv de Indias. Seguramente alude a la fracasada experiencia franciscana de Tlatelolco, en México, y más bien a alguno de los seminarios religiosos que promueven los jesuitas en México o Perú, a imitación de los franciscanos. Ya habló de Tepozotlán en México, y hablará de S. Martín en Lima, un colegio para mestizos e indios nobles creado en 1583 por Acosta con ayuda oficial: justamente la del virrey Martín Enríquez, recién llegado de México.

xlvi Se ve en esta dudosa postura del texto entre prohibición y autorización eclesial de las fiestas paganas, la tendencia del autor a la tolerancia ante el folklore popular, dudosa dentro de una iglesia oficial. El autor señala desde el principio, y más claramente al final del capítulo, su naturalidad «antropológica», cuando describe con fruición diversas danzas y canciones andinas o mexicanas y aconseja usarlas de modo sincrético en la evangelización.

xlvii Se refiere seguramente a experiencias recientes como la doctrina peruana de Juli, instituida por el propio Acosta en 1576, de lo que habla el P. Bartolomé Álvarez en su diatriba anti-jesuita, que hemos publicado recientemente como *De las costumbres y conversión de los indios del Perú.* Madrid, Polifemo, 1998, editada por M.ª Carmen Martín Rubio, Juan J. Villarías Robles y F. del Pino Díaz.

xlviii Hay dibujos en las traducciones alemanas de Bry de estas danzas y juegos, tomadas tal vez de Durero, que los vio en Alemania cuando Cortés los envió al emperador Carlos V Ver lámina 16, al lado. Este juego tan divulgado hoy entre los ejercicios circenses procede seguramente de México.

xlix Parece evidente que describe algo que vio personalmente, y lo hace con agrado estético. Dice después haberlo visto en Tepozotlán.

(p. 451)

LIBRO SÉPTIMO DE LA HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS

Capítulo 1

Que importa tener noticia de los hechos de los indios, mayormente de los mexicanos

Cualquiera historia, siendo verdadera y bien escrita, trae no pequeño provecho al lector porque —según dice el sabio— «lo que fue eso es, y lo que será es lo que fue».[1] Son las cosas humanas entre sí muy semejantes y de los sucesos de unos aprenden otros.[i] No hay gente tan bárbara que no tenga algo bueno que alabar, ni la hay tan política y humana que no tenga algo que enmendar.

Pues,[2] cuando la relación o la historia de los hechos de los indios no tuviese otro fructo* más de este común de ser historia y relación de cosas que en efecto de verdad pasaron, merece ser recibida por cosa útil. Y no, por ser indios, es de desechar la noticia de sus cosas: como en las cosas naturales vemos que no sólo de los animales generosos y de las plantas insignes y piedras preciosas escriben los autores, sino también de animales bajos y de hier **(p. 452)** bas comunes y de piedras y de cosas muy ordinarias, porque allí también hay propriedades dignas de consideración. Así que, [aún] cuando esto no tuviese más que ser historia —siendo como lo es, y no fábulas y ficciones—, no es sujeto[3] indigno de escrebirse y leerse.

Mas hay otra muy particular razón: que, por ser de gentes poco estimadas, se estima en más lo que dellas es digno de memoria; y, por ser en materias[4] diferentes de nuestra Europa —como lo son aquellas naciones—, da mayor gusto entender de raíz su origen, su modo de proceder, sus sucesos prósperos y adversos.

Y no es sólo gusto sino provecho también, mayormente para los que los han de tratar: pues la noticia de sus cosas[5] convida[6] a que nos den crédito en las nuestras, y[7] enseñan en gran parte cómo se deban tratar; y aún quitan mucho del común y necio desprecio en que los de Europa los tienen, no juzgando de estas gentes tengan cosas de hombres de razón y prudencia. El desengaño de esta su vulgar opinión en ninguna parte le pueden mejor hallar que en la verdadera narración de los hechos desta gente. Trataré, pues, con ayuda del Señor del origen y sucesiones y hechos notables de los mexicanos, con la brevedad que pudiere.

Y, últimamente, se podrá entender la disposición que el altísimo Dios quiso escoger para enviar a estas naciones la luz del Evangelio de su unigénito hijo, Jesús Cristo nuestro Señor, al cual suplico enderece este nuestro pequeño trabajo

[1] *Eclesiastés* I *(nota del autor),* 9: «Lo que fue, eso mismo será; y lo que se hizo, eso mismo se hará; no hay nada nuevo bajo el sol» (San Pablo). Como se ve, Acosta no da completo el versículo 9, y traduce con matices nuevos en la primera frase («eso es», no «eso será»).

[2] = Por ello, aun cuando…

[3] = objeto, materia.

[4] Aunque se puede comprender, parece alambicado su sentido. Sugerimos tal vez un error de copista, de «materias» por «maneras», término muy usado por el autor en su afán taxonómico. Así en cap. 15, libro VI: «En su manera guardaban aquella tan alta perfección de no tener cosa propia».

[5] «casas» (Alc.).

[6] = les inclina a los indios a confiar en quienes le conocen bien.

[7] nos.

de suerte que salga a gloria de su divina grandeza, y alguna utilidad de estas gentes a quien comunicó su sancta ley Evangélica.

Capítulo 2

De los antiguos moradores de la Nueva España, y cómo vinieron a ella los nauatlácas[8]

(p. 453) Los antiguos y primeros moradores de las provincias que llamamos Nueva España fueron hombres muy bárbaros y silvestres que sólo se mantenían de caza, y por eso les pusieron nombre de *chichimécas*.[9] No sembraban ni cultivaban la tierra ni vivían juntos, porque todo su ejercicio y vida era cazar, y en esto eran diestrísimos. Habitaban en los riscos y más ásperos lugares de las montañas viviendo bestialmente sin ninguna policía, desnudos totalmente. Cazaban venados, liebres, conejos, comadrejas, topos, gatos monteses, pájaros y aún inmundicias como culebras, lagartos, ratones, langostas y gusanos: y desto y de hierbas y raíces se sustentaban. Dormían por los montes en las cuevas y entre las matas. Las mujeres iban con los maridos a los mismos ejercicios de caza dejando a los hijuelos colgados de una rama de un árbol, metidos en una cestilla de juncos bien hartos de leche hasta que volvían con la caza. No tenían superior ni le reconocían, ni adoraban dioses ni tenían ritos ni religión alguna.

Hoy día hay en la Nueva España deste género de gente, que viven de su arco y flechas y son muy perjudiciales, porque para hacer mal y saltear se acaudillan y juntan, y no han podido los españoles por bien ni mal, por maña ni fuerza, reducirlos a policía y obediencia: porque, como no tienen pueblos ni asiento, el pelear con éstos es puramente montear fieras, que se esparcen y esconden por lo más áspero y encubierto de la sierra.[ii] Tal es el modo de vivir de muchas provincias hoy día en diversas partes de Indias. Y deste género de indios bárbaros, principalmente, se trata en los libros *De procuranda indorum salute*[10] cuando se dice que tienen necesidad de ser compelidos y sujetados con alguna honesta fuerza, y que es necesario enseñallos* primero a ser hombres y después a ser cristianos.

Quieren decir que destos mismos eran[11] los que en la Nueva España llaman *otomíes*, que comúnmente son indios pobres y poblados en tierra áspera; pero[12] están **(p. 454)** poblados y viven juntos y tienen alguna policía, y aún para las cosas de cristiandad los que bien se entienden con ellos no los hallan menos idóneos y hábiles que a los otros,[13] que son más ricos y tenidos por más políticos.

Viniendo al propósito, estos *chichimécas* y *otomíes* —de quien se ha dicho que eran los primeros moradores de la Nueva España—, como no cogían ni sembraban dejaron la mejor tierra y más fértil sin poblarla, y ésa ocuparon las naciones que vinieron de fuera que, por ser gente política, la llaman *nauatláca*[14] —que quiere decir «gente que se explica y habla claro»—, a diferencia de esotra bárbara y sin razón. Vinieron estos segundos pobladores *nauatlácas* de otra tierra remota hacia el norte, donde ahora se ha descubierto un reino que llaman «el Nuevo México». Hay en aquella tierra dos provincias: la una llaman *Aztlán* —que quiere decir «lugar de garzas»—, la otra llamada *Teuculhuacán,* que quiere decir «tierra de los que tienen abuelos divinos». En estas provincias tienen sus casas y sus sementeras y sus dioses, ritos y ceremonias con orden y policía los *nauatlácas,* los cuales se dividen en siete linajes o naciones. Y, porque en aquella tierra se usa que cada linaje tiene su sitio y lugar conocido, pintan los *nauatlácas* su origen y descendencia en figura de cueva; y dicen que de siete cuevas vinieron a poblar la tierra de México, y en sus librerías[15] hacen historia de esto, pintando siete cuevas con sus descendientes.[iii]

El tiempo que ha que salieron los *nauatlácas* de su tierra, conforme a la computación de sus libros, pasa ya de ochocientos años; y, reducido a nuestra cuenta, fue el año del Señor de 820 cuando comenzaron a salir de su tierra. Tardaron en llegar, a la que ahora tienen poblada de México, enteros ochenta años. Fue la causa de tan espacioso viaje haberles persuadido sus dioses (que, sin dubda,[16] eran demonios que hablaban visiblemente con ellos)[iv] que fuesen

---

8 «Navaclatas» (Mat.), casi siempre.

9 «Chichimecas» (O'G., Alc. y Mat.), siempre sin acento.

10 Obra del propio autor, editada en Salamanca, Guillermo Foquel, 1588 y 1589.

11 antiguamente, no ahora. Diríamos hoy «procedían».

12 ahora.

13 «nahuatlatos», aún hoy en uso, como términos de hablante de nahuatl.

14 «navatlacas» (Mat.).

15 Literalmente «bibliotecas», donde guardan sus pictogramas o códices. Ver lámina 36 (códice Tovar).

16 «duda» (todos, menos la Príncipe).

inquiriendo nuevas tierras **(p. 455)** de tales y tales señas: y así venían explorando la tierra y mirando las señas que sus ídolos les habían dado, y donde hallaban buenos sitios los iban poblando, y sembraban y cogían; y como[17] descubrían mejores lugares desamparaban los ya poblados, dejando todavía alguna gente, mayormente viejos y enfermos y gente cansada; dejando también buenos edificios, de que hoy día se halla rastro por el camino que trajeron.[v] Con este modo de caminar tan despacio gastaron ochenta años en camino que se puede andar en un mes, y así entraron en la tierra de México el año de 902, a nuestra cuenta.

Capítulo 3

Cómo los seis linajes nauatlácas poblaron las tierras de México

Estos siete linajes que he dicho no salieron todos juntos. Los primeros fueron los *Suchimilcos*, que quiere decir «gente de sementeras de flores». Estos poblaron a la orilla de la gran laguna de México hacia el mediodía, y fundaron una ciudad de su nombre y otros muchos lugares.

Mucho después llegaron los del segundo linaje, llamados *chalcas*, que significa «gente de las bocas» y también fundaron otra ciudad de su nombre, partiendo términos con los s*uchimilcos*.

Los terceros fueron los *tepanécas,* que quiere decir «gente del puente», y también poblaron en la orilla de la laguna al Occidente. Éstos crecieron tanto que a la cabeza de su provincia la llamaron *Azcapuzálco*, que quiere decir «hormiguero», y fueron gran tiempo muy poderosos.

Tras éstos vinieron los que poblaron a *Tezcúco*, que son los de *Culhúa*, que quiere decir «gente corva» porque en su tierra había un cerro muy encorvado. Y así quedó la laguna cercada de estas cuatro naciones, poblando éstos al oriente y los *tepanécas* al norte.[vi] Estos de *Tezcúco* fue **(p. 456)** ron tenidos por muy cortesanos[18] y bien hablados, y su lengua es muy galana.

Después llegaron los *tlatluícas*,[19] que significa «gente de la sierra»: éstos eran los más toscos de todos y, como hallaron ocupados todos los llanos en contorno[20] de la laguna hasta las sierras, pasaron de la otra parte de la sierra donde hallaron una tierra muy fértil y espaciosa y caliente, donde poblaron grandes pueblos y muchos: y a la cabeza de su provincia llamaron *Cuahunahuác*,[21] que quiere decir «lugar donde suena la voz del águila» —que corrompidamente nuestro vulgo llama «Cuernavaca»—, y aquella provincia es la que hoy se dice «el Marquesado».[22]

Los de la sexta generación —que son los *tlascaltécas*, que quiere decir «gente de pan»— pasaron la serranía hacia el oriente, atravesando la sierra nevada donde está el famoso volcán entre México y la ciudad de los Angeles:[23] hallaron grandísimos sitios, extendiéronse mucho, fabricaron bravos edificios, fundaron diversos pueblos y ciudades. La cabeza de su provincia llamaron de nombre *Tlascála*: ésta es la nación que favoreció a los españoles y con su ayuda ganaron la tierra, y por eso hasta el día de hoy no pagan tributo y gozan de exención general.

Al tiempo que todas estas naciones poblaban, los *chichimécas* —antiguos pobladores— no mostraron contradicción ni hicieron resistencia, solamente se extrañaban y —como admirados— se escondían en lo más oculto de las peñas. Pero los que habitaban de la otra parte de la sierra nevada, donde poblaron los *tlascaltécas*, no consintieron lo que los demás *chichimécas*, antes se pusieron a defenderles[24] la tierra y —como eran gigantes, según la relación de sus historias— quisieron echar por fuerza a los advenedizos; mas fue vencida su mucha fuerza con la maña de los *tlascaltécas*. Los cuales los aseguraron y, fingiendo paz con ellos, los convidaron a una gran comida; y, teniendo gente puesta en celada, cuando más metidos estaban en su borrachera hurtaron **(p. 457)** les las armas con mucha disimulación —que eran unas grandes porras y rodelas[25] y espadas, de palo y otros géneros—. Hecho esto, dieron de improviso en ellos; queriéndose poner en defensa y echando[26] menos sus armas, acudieron a los árboles cercanos, y echando mano de sus ramas así las desgajaban como otros deshojaran lechugas. Pero al fin, como los *tlascaltécas* venían armados y en orden, desbarataron a los gigantes e hirieron en ellos sin dejar hombre a[27] vida.

Nadie se maraville ni tenga por fábula lo destos gigantes, porque hoy día se hallan huesos de hombres de increíble

[17] = conforme.
[18] «cotesanos» (Alc.).
[19] Sin acento (O'G. y Alc.).

[20] = alrededor.
[21] sin acento (O'G, Alc. y Mat.).
[22] = Perteneciente al marqués del Valle, Hernán Cortés.
[23] Ver libro III, cap. 24, donde se le describe.
[24] = impedirles el paso.
[25] = «Escudo redondo y delgado…» *(DRAE).*
[26] de.
[27] = con.

grandeza.[28] Estando yo en México año de 86 toparon un gigante de éstos enterrado en una heredad nuestra que llamamos «Jesús del Monte», y nos trajeron a mostrar una muela que, sin encarecimiento*, sería bien tan grande como un puño de un hombre, y a esta proporción lo demás: la cual yo vi y me maravillé de su disforme grandeza.

Quedaron, pues, con esta victoria los *tlascaltécas* pacíficos y todos los otros linajes sosegados, y siempre conservaron entre sí amistad las seis generaciones forasteras que he dicho, casando sus hijos e hijas unos con otros y partiendo términos pacíficamente, y atendiendo con una honesta competencia a ampliar e ilustrar su república cada cual hasta llegar a gran crecimiento y pujanza.

Los bárbaros *chichimecos* —viendo lo que pasaba— comenzaron a tener alguna policía, y cubrir sus carnes y hacérseles vergonzoso lo que hasta entonces no lo era; y tratando ya con esotra gente y con la comunicación perdiéndoles el miedo, fueron aprendiendo dellos y ya hacían sus chozas y *buhíos* y tenían algún orden de república, eligiendo sus señores y reconociéndoles superioridad. Y así salieron en gran parte de aquella vida bestial que tenían, pero siempre en los montes y llegados[29] a las sierras y apartados de los demás.

Por este mismo tenor tengo por cierto que han procedido las más[30] **(p. 458)** naciones y provincias de Indias: que los primeros fueron hombres salvajes y, por mantenerse[31] de caza, fueron penetrando tierras asperísimas y descubriendo nuevo mundo, y habitando en él casi como fieras sin casa ni techo, ni sementera ni ganado, ni rey ni dios ni razón. Después otros, buscando nuevas y mejores tierras, poblaron lo bueno e introdujeron orden y policía y modo de república, aunque es muy bárbara. Después, o de estos mismos o de otras naciones, hombres que tuvieron más brío y maña que otros se dieron a sujetar y oprimir a los menos poderosos, hasta hacer reinos e imperios grandes. Así fue en México, así fue en el Pirú y así es sin dubda* donde quiera que se hallan ciudades y repúblicas fundadas entre estos bárbaros.

Por donde vengo a confirmarme en mi parecer, que largamente traté en el primer libro, que los primeros pobladores de las Indias Occidentales vinieron por tierra: y, por el consiguiente, toda la tierra de Indias está continuada con la de Asia, Europa y África, y el mundo nuevo con el viejo, aunque hasta el día presente no está descubierta la tierra que añuda* y junta estos dos mundos; o, si hay mar en medio, es tan corto que le pueden pasar a nado fieras y hombres en pobres barcos. Mas, dejando esta filosofía, volvamos a nuestra historia.[vii]

[28] = huesos de megafauna prehistórica.

[29] = arrimados («ajuntar una cosa a otra; del latino *ligare, vide* allegar», *Covarrubias*).

[30] = la mayoría de las.

[31] «meterse» (Mat.).

Capítulo 4
De la salida de los mexicanos, y camino y población de Mechoacán

Habiendo, pues, pasado 302 años que los seis linajes referidos salieron de su tierra y poblaron la de Nueva España, estando ya la tierra muy poblada y reducida a orden y policía, aportaron a ella los de la séptima cueva o linaje, que es la nación *mexicana*: la cual, como las otras, salió de las provincias de *Aztlán* y *Teuculhuacán*. Gente política y cortesana y muy beli **(p. 459)** cosa, adoraban éstos el ídolo llamado *Vitzilipúztli* de quien se ha hecho larga mención arriba,[32] y el demonio que estaba en aquel ídolo hablaba y regía muy fácilmente esta nación.

Éste, pues, les mandó salir de su tierra prometiéndoles que los haría príncipes y señores de todas las provincias que habían poblado las otras seis naciones; que les daría tierra muy abundante, mucho oro, plata, piedras preciosas, plumas y mantas ricas. Con esto salieron llevando a su ídolo metido en una arca de juncos, la cual llevaban cuatro sacerdotes principales con quien[33] él se comunicaba. Y decía en secreto los sucesos de su camino avisándoles lo que les había de suceder, dándoles leyes y enseñándoles ritos y ceremonias y sacrificios. No se movían un punto[34] sin parecer y mandato deste ídolo: cuándo habían de caminar y cuándo parar y dónde, él lo decía y ellos puntualmente obedecían.

Lo primero que hacían donde quiera que paraban era edificar casa o tabernáculo para su falso dios; y poníanle siempre en medio del real que asentaban, puesta el arca siempre sobre un altar, hecho al mismo modo que le usa la Iglesia cristiana. Hecho esto, hacían sus sementeras de pan y de las demás legumbres que usaban, pero estaban tan puestos en obedecer a su dios que, si él tenía por bien que se cogiese, lo cogían; y si no, en mandándoles alzar su real,

[32] A lo largo del libro V, desde cap. 4.

[33] = quienes.

[34] = ni un paso.

allí se quedaba todo para semilla y sustento de los viejos y enfermos y gente cansada, que iban dejando de propósito donde quiera que poblaban, pretendiendo que toda la tierra quedase poblada de su nación.

Parecerá, por ventura,[35] esta salida y peregrinación de los mexicanos semejante a la salida de Egipto y camino que hicieron los hijos de Israel: pues aquellos, como éstos, fueron amonestados a salir y buscar tierra de promisión, y los unos y los otros llevaban por guía su dios y consultaban el arca y le hacían tabernáculo,[36] y allí les avisaba y daba leyes y ceremonias, y así los unos como los otros gastaron **(p. 460)** gran número de años en llegar a la tierra prometida. Que en todo esto, y en otras muchas cosas, hay semejanza de lo que las historias de los mexicanos refieren a lo que la divina escritura cuenta de los israelitas, y sin dubda* es ello así. Que el demonio, príncipe de soberbia, procuró en el trato y sujeción desta gente remedar lo que el altísimo y verdadero Dios obró con su pueblo: porque, como está tratado arriba, es extraño* el hipo[37] que Satanás tiene de asemejarse a Dios, cuya familiaridad y trato con los hombres pretendió este enemigo mortal falsamente usurpar. Jamás se ha visto demonio que así conversase con las gentes como este demonio *Vitzilipúztli.* Y bien se parece quién él era, pues no se han visto ni oído ritos más supersticiosos ni sacrificios más crueles e inhumanos que los que éste enseñó a los suyos: en fin, como dictados del mismo enemigo del género humano.

El caudillo y capitán que éstos seguían tenía por nombre *Mexi*:[38] y de ahí se derivó después el nombre de México, y el de su nación mexicana. Caminando, pues, con la misma prolijidad que las otras seis naciones; poblando, sembrando y cogiendo en diversas partes de que hay hasta hoy señales y ruinas, pasando muchos trabajos y peligros vinieron a cabo de largo tiempo a aportar a la provincia que se llama de *Mechoacán,* que quiere decir «tierra de pescado»: porque hay en ella mucho en grandes y hermosas lagunas que tiene, donde contentándose del sitio y frescura de la tierra quisieron descansar y parar.

Pero, consultando su ídolo y no siendo dello contento, pidiéronle que a lo menos les permitiese dejar[39] de su gente allí que poblasen tan buena tierra; y desto fue contento, dándoles industria como lo hiciesen. Que fue que, en entrando a bañarse en una laguna hermosa que se dice Pázcuaro así hombres como mujeres, les hurtasen la ropa los que quedasen y luego sin ruido alzasen su real y se fuesen, y así se hizo. Los o **(p. 461)** tros, que no advirtieron el engaño con el gusto de bañarse, cuando salieron y se hallaron despojados de sus ropas, y así burlados y desamparados de los compañeros, quedaron muy sentidos y quejosos; y por declarar el odio que les cobraron, dicen que mudaron traje y aún lenguaje. A lo menos, es cosa cierta que siempre fueron estos *mechoacanes* enemigos de los *mexicanos*. Y así, vinieron a dar el parabién al Marqués del Valle[40] de la victoria que había alcanzado, cuando ganó a México.

Capítulo 5

De lo que les sucedió en Malinalco, y en Tula y en Chapultepéc

Hay de *Mechoacán* a México más de cincuenta leguas. En este camino está *Malinalco*, donde les sucedió que, quejándose a su ídolo de una mujer que venía en su compañía —grandísima hechicera cuyo nombre era «Hermana de su dios»— porque con sus malos[41] artes les hacía grandísimos daños, pretendiendo por cierta vía hacerse adorar dellos por diosa, el ídolo habló en sueños a uno de aquellos viejos que llevaban el arca. Y mandó que de su parte consolase al pueblo, haciéndoles de nuevo grandes promesas; y que aquella su hermana, como a cruel y mala, la dejasen con toda su familia alzando el real de noche, y con gran silencio y sin dejar rastro por donde iban. Ellos lo hicieron así, y la hechicera —hallándose sola con su familia y burlada— pobló allí un pueblo que se llama *Malinalco*: y tienen por grandes hechiceros a los naturales de *Malinalco,* como a hijos de tal madre.

Los mexicanos, por haberse disminuido mucho por estas divisiones y por los muchos enfermos y gente cansada que iban dejando, quisieron rehacerse y pararon en un asiento que se dice *Tula*, que quiere decir «lugar de juncia*».[42] Allí el ídolo les mandó que atajasen un río muy grande, de suerte que se derramase **(p. 462)** por un gran llano; y con la industria que les dio cercaron de agua un hermoso cerro llamado

[35] = «Quizá» *(DRAE).*
[36] «tabernáculos» (O'G. y Alc.).
[37] = «Ansia, deseo intenso de una cosa» (*DRAE,* s.v. 2).
[38] «Meji» (Mat.).
[39] parte.

[40] = Cortés.
[41] «malas» (1792 y 1894).
[42] = «semejante al junco… y abunda en los sitios húmedos» *(DRAE);* «justicia» (Mat.).

Coatepec e hicieron una laguna grande, la cual cercaron de sauces, álamos, sabinas[43] y otros árboles. Comenzóse a criar mucho pescado y a acudir allí muchos pájaros, con que se hizo un deleitoso lugar. Pareciéndoles bien el sitio, y estando hartos de tanto caminar, trataron muchos de poblar allí y no pasar adelante.[44]

Desto el demonio se enojó reciamente, y amenazando de muerte a sus sacerdotes mandóles que quitasen la represa al río, y le dejasen ir por donde antes corría; y a los que habían sido desobedientes, dijo que aquella noche él les daría el castigo que merecían. Y, como el hacer mal es tan proprio del demonio, y permite la justicia divina muchas veces que sean entregados a tal verdugo los que le escogen por su dios, acaeció que a la medianoche oyeron en cierta parte del real un gran ruido, y a la mañana yendo allá hallaron muertos los que habían tratado de quedarse allí. Y el modo de matarlos fue abrirle los pechos y sacarles los corazones, que deste modo los hallaron. Y de aquí les enseñó a los desventurados su bonito dios el modo de sacrificios que a él le agradaban: que era abrir los pechos y sacar los corazones a los hombres, como lo usaron siempre de ahí adelante[45] en sus horrendos sacrificios.

Con este castigo, y con habérseles secado el campo por haberse desaguado la laguna, consultando a su dios de su voluntad y mandato pasaron poco a poco hasta ponerse una legua de México: en *Chapultepéc*, lugar célebre por su recreación y frescura. En este cerro se hicieron fuertes, temiéndose de las naciones que tenían poblada aquella tierra, que todas les[46] eran contrarias, mayormente por haber infamado[47] a los mexicanos un[48] *Copil,* hijo de aquella hechicera que dejaron en *Malinalco*. El cual, por mandado de su madre, a cabo de mucho tiempo vino en seguimiento de los mexicanos, y procuró in **(p. 463)** citar contra ellos a los *tepanécas* y a los otros circunvecinos, y hasta los *chalcas*, de suerte que con mano armada vinieron a destruir a los mexicanos. El *Copil* se puso en un cerro que está en medio de la laguna, que se llama *Acopilco*, esperando la destrucción de sus enemigos; mas ellos, por aviso de su ídolo, se fueron a él y tomándole descuidado le mataron y trajeron el corazón a su dios, el cual mandó echar en la laguna; de donde fingen haber nacido un[49] *tunal*, donde se fundó México.

Vinieron a las manos los *chalcas* y las otras naciones con los mexicanos, los cuales habían elegido por su capitán a un valiente hombre llamado *Vitzilouitli.*[50] Y en la refriega éste fue preso y muerto por los contrarios; mas no perdieron por eso el ánimo los mexicanos, y peleando valerosamente a pesar de los enemigos abrieron camino por sus escuadrones y, llevando en medio a los viejos y niños y mujeres, pasaron hasta *Atlacuyavaya*, pueblo de los *Culhúas*; a los cuales hallaron de fiesta, y allí se hicieron fuertes. No les siguieron los Chalcas ni los otros, antes* de puro corridos[51] de verse desbaratados de tan pocos, siendo tantos,[52] se retiraron a sus pueblos.[53]

Capítulo 6

De la guerra que tuvieron con los de Culhuacán

Por consejo del ídolo enviaron sus mensajeros al señor de *Culhuacán*, pidiéndole sitio donde poblar. Y, después de haberlo consultado con los suyos, les señaló a *Tizaapán* —que quiere decir «aguas blancas»— con intento de que se perdiesen y muriesen. Porque en aquel sitio había grande suma de víboras y culebras y otros animales ponzoñosos, que se criaban en un cerro cercano. Mas ellos, persuadidos y enseñados de su demonio, admitieron de buena gana lo que les ofrecieron, y por arte **(p. 464)** diabólica amansaron[54] todas aquellas *animalias*[55] sin que les hiciesen daño alguno, y aún las convirtieron en mantenimiento, comiendo muy a su salvo y placer dellas.

Visto esto por el señor de Culhuacán, y que habían hecho sementeras y cultivaban la tierra, tuvo por bien admitirlos a su ciudad y contratar con ellos muy de amistad, mas el dios que los mexicanos adoraban (como suele) no hacía bien sino para hacer más mal. Dijo, pues, a sus sacerdotes que no era aquél el sitio adonde él quería que permaneciesen, y que el salir de allí había de ser trabando

43 = «(del lat. *Sabina*) femenino, arbusto… de la familia de las cupresáceas, siempre verde, con tronco grueso……» *(DRAE);* «sabinos» (O'G. y Alc.).
44 Ver lámina 38 (códice Tovar)
45 «de allí en adelante» (Mat.).
46 «las» (O'G y Alc.).
47 = «Quitar la fama… a una persona…» *(DRAE).* Dar mala fama.
48 = un tal Copil; «en» (Alc.),
49 «en» (Alc.).
50 «Vitzlovitli» (Mat.).
51 = «Avergonzado, confundido» (*DRAE,* 5 figurado).
52 «tanto» (Mat.).
53 Ver lámina 39 (códice Tovar).
54 «amasaron» (O'G. y Alc.).
55 = «alimañas» *(DRAE)*; «animales» (1792, 1894).

guerra: y para esto se había de buscar una mujer, que se había de llamar «la diosa de la discordia». Y fue la traza[56] enviar a pedir al rey de Culhuacán[57] su hija para reina de los mexicanos y madre de su dios. A él le pareció bien la embajada, y luego* la dio con mucho aderezo y acompañamiento. Aquella misma noche que llegó, por orden del homicida a quien adoraban, mataron cruelmente la moza; y, desollándole el cuero como lo hacen —delicadamente—,[58] vistiéronle[59] a un mancebo y encima sus ropas della, y desta suerte le pusieron junto al ídolo dedicándola por diosa y madre de su dios; y siempre de allí adelante la adoraban, haciéndole después ídolo que llamaron *Tocci*, que es «nuestra abuela».

No contentos con esta crueldad, convidaron con engaño al rey de *Culhuacán*, padre de la moza, que viniese a adorar a su hija que estaba ya consagrada diosa. Y viniendo él con grandes presentes, y mucho acompañamiento de los suyos, metiéronle a la capilla donde estaba su ídolo, que era muy escura*, para que ofreciese sacrificio a su hija que estaba allí. Mas acaeció encenderse el incienso que ofrecían en un brasero, a su usanza, y con la llama reconoció el pellejo de su hija; y, entendida la crueldad y engaño, salió dando voces y con toda su gente dio en[60] los mexicanos con rabia y furia hasta hacerles retirar a la laguna, tanto que casi se **(p. 465)** hundían en ella. Los mexicanos, defendiéndose y arrojando ciertas varas que usaban con que herían reciamente a sus contrarios, en fin cobraron[61] la tierra; y desamparando aquel sitio, se fueron bojando[62] la laguna muy destrozados y mojados, llorando y dando alaridos los niños y mujeres contra ellos, y contra su dios que en tales pasos les traía.[63]

Hubieron de pasar un río que no se pudo vadear, y de sus rodelas* y fisgas[64] y juncia*[65] hicieron unas balsillas, en que pasaron. En fin, rodeando de *Culhuacán* vinieron a *Iztapalápa*, y de allí a *Acatzintitlán* y después a *Iztacálco*, y finalmente al lugar donde está hoy la ermita de san Antón a la entrada de México, y al barrio que se llama al presente de San Pablo, consolándoles su ídolo en los trabajos y animándoles con promesas de cosas grandes.

56 = «Plan para realizar un fin» (*DRAE,* 2, figurado).
57 «Mechoacan» (Príncipe) Corregido en fe de erratas (Enmiendas) por Culhuacan.
58 poco a poco, y lográndolo enteramente.
59 con él.
60 = se enfrentó a.
61 = «Recobrar, volver a tomar o adquirirlo que antes se tenía» (*DRAE,* 2).
62 = «Rodear, recorrer dicho circuito navegando» (*DRAE,* 2:3); «bogando» (Mat.), «bajando» (1792, 1894).
63 Ver lámina 40 (códice Tovar).
64 «Arpón de tres dientes para pescar peces grandes» *(DRAE).*
65 «juncias» (Mat.).

Capítulo 7
De la fundación de México

Siendo ya llegado el tiempo que el padre de las mentiras cumpliese con su pueblo, que ya no podía soportar tantos rodeos y trabajos y peligros, acaeció que unos viejos hechiceros o sacerdotes entrando por un carrizal espeso toparon un golpe de agua muy clara y muy hermosa, y que parecía plateada, y mirando alrededor vieron los árboles todos blancos y el prado blanco y los peces blancos, y todo cuanto miraban muy blanco. Y, admirados desto, acordáronse de una profecía de su dios que les había dado aquello por señal del lugar adonde habían de descansar y hacerse señores de las otras gentes; y, llorando de gozo, volvieron con las buenas nuevas al pueblo.

La noche siguiente apareció en sueños *Vitzilipúztli* a un sacerdote anciano, y díjole que buscasen en aquella laguna un tunal que nacía de una piedra —que, según él dijo,[66] era donde por su mandado habían echado el corazón de *Copil* su enemigo, hijo de la hechicera— y **(p. 465)** que sobre aquel tunal verían un águila muy bella que se apacentaba allí de pájaros muy galanos; y cuando esto viesen, supiesen que era el lugar donde se había de fundar su ciudad, la cual había de prevalecer a todas las otras y ser señalada en el mundo. El anciano, por la mañana juntando a todo el pueblo desde el mayor hasta el menor, les hizo una larga plática en razón de lo mucho que debían a su dios y de la revelación que, aunque indigno, había tenido aquella noche, concluyendo que debían todos ir en demanda de aquel bienaventurado lugar que les era prometido.

Lo cual causó tanta devoción y alegría en todos que, sin dilación, se pusieron luego a la empresa. Y dividiéndose a una parte y a otra por toda aquella espesura de espadañas[67] y carrizales[68] y juncia* de la laguna, comenzaron a buscar por las señas de la revelación el lugar tan deseado. Toparon aquel día el golpe de agua del día antes pero muy diferente, porque no venía blanca sino bermeja, como de sangre: y, partiéndose en dos arroyos, era el uno azul espesísimo,

66 Ver cap. 5, *supra*.
67 = «Planta herbácea… el tallo largo a manera de junco… con una mazorca cilíndrica… (a manera de) pelusa o vello blanco, ligero y muy pegajoso» *(DRAE).*
68 = «Carrizo, planta gramínea… de dos metros… y flores en panojas anchas y copudas… para hacer escobas» *(DRAE).*

cosa que les maravilló y denotó[69] gran misterio, según ellos lo ponderaban. Al fin, después de mucho buscar acá y allá, apareció el tunal nacido de una piedra, y en él estaba un águila real abiertas las alas y tendidas, y ella vuelta al sol recibiendo su calor: alrededor había gran variedad de pluma rica de pájaros —blanca, colorada, amarilla, azul, y verde—, de aquella fineza[70] que labran imágines.*/[viii] Tenía el águila en las uñas un pájaro muy galano*. Como la vieron y reconocieron ser el lugar del oráculo, todos se arrodillaron haciendo gran veneración al águila, y ella también les inclinó la cabeza mirándolos a todas partes. Aquí hubo grandes alaridos y muestras de devoción y hacimiento de gracias al Criador y a su gran dios *Vitzilipúztli,* que en todo les era padre y siempre les había dicho verdad.[71]

Llamaron por eso la ciudad que allí fundaron *Tenoxtitlán*,[72] que significa «tunal en piedra»: y **(p. 467)** sus armas e insignia son hasta el día de hoy un águila sobre un tunal, con un pájaro en la una mano y con la otra asentada en el tunal.

El día siguiente, de común parecer, fueron a hacer una ermita junto al tunal del águila, para que reposase allí el arca de su dios hasta que tuviesen posibilidad de hacerle sumptuoso templo: y así la hicieron de céspedes[73] y tapias, y cubriéronla de paja. Luego, habida su consulta, determinaron comprar de los comarcanos piedras y madera y cal a trueque de peces y ranas y camarones, y así mismo de patos y gallaretas,[74] corvejones[75] y otros diversos géneros de aves marinas: todo lo cual pescaban y cazaban con suma diligencia en aquella laguna, que desto es muy abundante. Iban con estas cosas a los mercados de las ciudades y pueblos de los *tepanécas* y de los de *Tezcúco* circunvecinos, y con mucha disimulación e industria juntaban poco a poco lo que había menester para el edificio de su ciudad; y, haciendo de piedra y cal otra capilla mejor para su ídolo, dieron en cegar con planchas y cimientos gran parte de la laguna. Hecho esto, habló el ídolo a uno de sus sacerdotes una noche en esta forma:

> «Di a la congregación mexicana que se dividan los señores, cada uno con sus parientes y amigos y allegados, en cuatro barrios principales, tomando en medio la casa que para mi descanso habéis hecho; y cada parcialidad edifique en su barrio a su voluntad».

Así se puso en ejecución, y éstos son los cuatro barrios principales de México, que hoy día se[76] llaman San Juan, Sancta María la Redonda, San Pablo, San Sebastián. Después de divididos los mexicanos en estos cuatro barrios, mandóles su dios que repartiesen entre sí los dioses que él les señalase, y cada principal barrio de los cuatro nombrase y señalase otros barrios particulares donde aquellos dioses fuesen reverenciados, y así a cada barrio de éstos subordinados a otros muchos pequeños, según el número de los ídolos que su dios les mandó adorar: los cua **(p. 468)** les llamaron *Capultetco*, que quiere decir «dios de los barrios». Desta manera se fundó, y de pequeños principios vino a grande crecimiento, la ciudad de *México Tenoxtitlán*.

Capítulo 8

Del motín de los de Tlatellúlco,[77]* y del primer rey que eligieron los mexicanos

Hecha la división de barrios y colaciones[78] con el concierto dicho, a algunos de los viejos y ancianos pareciéndoles que en la partición de los sitios no se les daba la ventaja que merecían, como gente agraviada ellos y sus parientes y amigos se amotinaron y se fueron a buscar nuevo asiento. Y, discurriendo por la laguna, vinieron a hallar una pequeña albarrada[79] o terrapleno[80] —que ellos llaman *tlatelolli*—, adonde poblaron dándole nombre de *Tlatellúlco**, que es «lugar de terrapleno». Ésta fue la tercera división[81] de los mexicanos después que salieron de su tierra, siendo la primera la de Mechoacán y la segunda la de *Malinalco*.

69 = «Indicar, anunciar, significar» *(DRAE).*
70 con.
71 Ver lámina 27 (códice Tovar).
72 «Tenoktitlán» (Mat.), Tenochtitlan (O'G. y Mat.).
73 = Césped o céspede, «yerba menuda y tupida que cubre el suelo» *(DRAE).*
74 = «Ave gruiforme nadadora…» *(DRAE).*
75 = «Cuervo marino» (*DRAE,* 2).

76 Sin «se» (Alc.).
77 = Tlatelolco.
78 = «Territorio o parte de vecindario que pertenece a cada parroquia en particular» (*DRAE,* 4).
79 = «Cerca o valladar de tierra para impedir la entrada en un trozo de campo» (*DRAE,* 1: 3).
80 = terraplén.
81 = «Discordia, desunión de los ánimos y opiniones» (*DRAE,* 2, fig.). Se refiere a «disensión» política, que tuviese una larga duración, hasta el presente. Con Tlatellúlco* fundaron luego una federación, que incluía a Tepepulco y Azcapozalco; «División, división» (Mat.).

Eran éstos que se apartaron a[82] *Tlatellúlco** de suyo inquietos y malintencionados, y así hacían a sus vecinos los mexicanos la peor vecindad que podían: siempre tuvieron revueltas con ellos y les fueron molestos, y aún hasta hoy duran la enemistad y bandos antiguos. Viendo, pues, los de *Tenoxtitlán* que les eran muy contrarios éstos de *Tlatellúlco** y que iban multiplicando, con recelo y temor de que por tiempo viniesen a sobrepujarles tuvieron sobre el caso larga consulta, y salió de acuerdo que era bien elegir rey a quien ellos obedeciesen y los contrarios temiesen, porque con esto estarían entre sí más unidos y fuertes y los enemigos no se les atreverían tanto.

Puestos en elegir Rey, tomaron otro acuerdo muy importante y acertado: de no elegirle de entre sí mismo, por evitar disensiones[83] y por ganar con el **(p. 469)** nuevo rey[84] alguna de las naciones cercanas, de que se veían rodeados y destituidos de todo socorro. Y mirando todo, así para aplacar al rey de *Culhuacán* —a quien tenían gravemente ofendido, por haberle muerto y desollado la hija de su antecesor, y hecho tan pesada burla— como también por tener rey que fuese de su sangre mexicana, de cuya generación había muchos en *Culhuacán* del tiempo que vivieron en paz con ellos, determinaron elegir por rey un mancebo llamado *Acamapíxtli*,[85] hijo de un gran príncipe y de una señora hija del rey de *Culhuacán*. Enviáronle luego embajadores a pedírselo con un gran presente, los cuales dieron su embajada en esta forma:

»Gran señor: nosotros tus vasallos y siervos los[86] mexicanos, metidos y encerrados entre las espadañas* y carrizales* de la laguna, solos y desamparados de todas las naciones del mundo, encaminados solamente por nuestro dios al sitio donde ahora estamos —que cae en la jurisdicción de su término, y del de Azcapuzálco y del de Tezcúco—, ya que nos habéis permitido estar en él, no queremos ni es razón estar sin cabeza y señor que nos mande, corrija, guíe y enseñe en nuestro modo de vivir, y nos defienda y ampare de nuestros enemigos. Por tanto, acudimos a ti sabiendo que en tu casa y corte hay hijos de nuestra generación emparentada con la vuestra, salidos de nuestras entrañas y de las vuestras, sangre nuestra y vuestra. Entre éstos tenemos noticia de un nieto tuyo y nuestro, llamado Acamapíxtli: suplicámoste nos lo des por señor, al cual estimaremos como merece pues es de la línea de los señores mexicanos y de los reyes de Culhuacán.»

El rey, visto el negocio y que no le estaba mal aliarse con los mexicanos, que eran valientes, les respondió que llevasen su nieto mucho enhorabuena; aunque añadió que, si fuera mujer, no se la diera —significando el hecho tan feo que arriba se ha referido—.[87] Y acabó su plá **(p. 470)** tica con decir:

»Vaya mi nieto y sirva a vuestro dios y sea su lugarteniente, y rija y gobierne las criaturas de aquel por quien vivimos, Señor de la noche y día y de los vientos. Vaya y sea señor del agua y de la tierra que posee la nación mexicana, llevadle en buena hora,[88] y mira que le tratéis como a[89] hijo y nieto mío.»

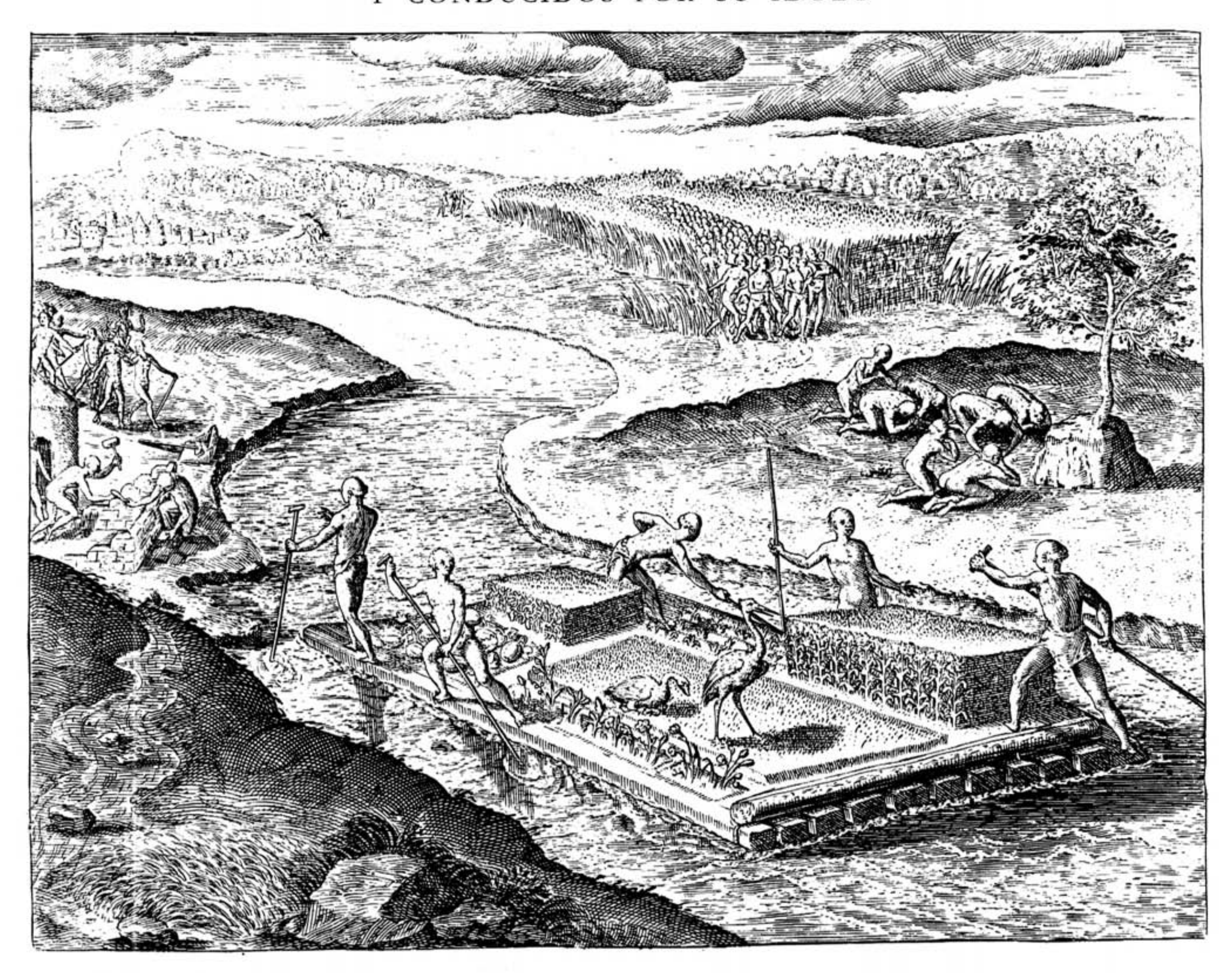
Los mexicanos les rindieron las gracias y juntamente le pidieron le casase de su mano, y así le dio por mujer una señora muy principal entre ellos. Trajeron al nuevo rey y reina con la honra posible, e hiciéronles su recebimiento[90]* saliendo cuantos había —hasta los muy chiquitos— a ver su rey. Y llevándolos a unos palacios que entonces eran harto pobres, y sentándolos en sus asientos de reyes, luego se levantó uno de aquellos ancianos y retóricos —de que tuvieron gran cuenta[91]— y habló en esta manera:

»Hijo mío, señor y rey nuestro, seas muy bienvenido a esta pobre casa y ciudad, entre estos carrizales* y espadañas* adonde los pobres de tus padres, abuelos y parientes padecen lo que el Señor de lo criado se sabe. Mira, señor, que vienes a ser amparo, sombra y abrigo de esta nación mexicana por ser la semejanza de nuestro dios Vitzilipúztli, por cuya causa se te da el mando y la jurisdicción. Bien sabes que no estamos en nuestra tierra, pues la que poseemos agora es ajena, y no sabemos lo que será de nosotros mañana o esotro día. Y así, considera que no vienes a descansar ni a recrearte, sino a tomar nuevo trabajo con carga tan pesada que siempre te ha de hacer trabajar, siendo esclavo de toda esta multitud que te cupo en suerte, y de toda esotra gente comarcana[92] a quien has de procurar de tener muy gratos y contentos, pues sabes vivimos en sus tierras y término. Y así ceso con repetir seáis muy bien venidos, tú y la reina nuestra señora, a este vuestro reino.»

Ésta fue la plática del viejo, la cual —con las demás que celebran las historias mexicanas— tenían por **(p. 471)** uso

82 «se» (Alc.).
83 «disenciones» (Mat.).
84 la amistad de.
85 «Acamapíxli» (Mat.). A veces aparece su nombre como Acamapix, como en el códice de Juan de Tovar.
86 Sin «los» (Mat.).
87 = Cap. 6.
88 «enhorabuena» (O'G. y Alc.).
89 «a un» (O'G. y Alc.).
90 «recibimiento» (todos menos la Príncipe).
91 los mexicanos.
92 = «Cercano, inmediato. Dícese de poblaciones, campos, tierras, etc.» *(DRAE).*

12. De cómo fueron los mexicanos llevados y conducidos por su ídolo



VEMOS aquí varias veces ilustrado cómo los mexicanos travesaron juncos y yermos espacios hasta llegar, siguiendo las profecías de su ídolo Vitzliputzli, en el lugar donde encontraron el árbol crecido de una roca, sobre cual había posada un águila con un fermoso pájaro entre sus garras, todo conforme a las predicciones de su falso dios. En viendo este símbolo, postráronse ante dicha águila, la adoraron y entonces construyeron allí una choza en honor de su ídolo y luego la ciudad de México. Y también queda reflejado aquí el tributo que anualmente han de pagar los de México al rey Azcapuzalco, pues buscando éste causa para expulsar a los mexicanos de sus tierras, impúsoles tributo que por ser tan elevado no serían capaces de satisfacer. Mas su ídolo Vitzliputzli lo consiguió para ellos. Era este tributo un jardín con toda suerte de frutos, tales como maíz, guisantes, etcétera, ansí como cigüeñas que anidaban en dicho jardín y también gansos que allí criaban y otras cosas más. Y era menester que todo ello creciese en el agua y fuera llevado y entregado por agua.

Lámina 17. De cómo fueron los mexicanos llevados y conducidos por su ídolo. (De Bry vol. XI, Acosta VII, 7 y 8).

aprender de coro[93] los mozos, y por tradición se conservaron estos razonamientos, que algunos dellos son dignos de referir por sus proprias palabras.[ix]

El rey respondió dando las gracias y ofreciendo su diligencia y cuidado en defenderles y ayudarles cuanto él pudiese. Con esto le juraron y conforme a su modo le pusieron la corona de rey, que tiene semejanza a la corona de la Señoría de Venecia. El nombre deste rey primero *Acamapíxtli* quiere decir «cañas en puño». Y así, su insignia es una mano que tiene muchas saetas de caña.[94]

Capítulo 9

Del extraño* tributo que pagaban los mexicanos a los de Azcapuzálco

Fue la elección del nuevo rey tan acertada que en poco tiempo comenzaron los mexicanos a tener forma de república, y cobrar nombre y opinión[95] con los extraños. Por donde sus circunvecinos, movidos de invidia* y temor, trataron de sojuzgallos*: especialmente los *tepanécas* cuya cabeza era la ciudad de *Azcapuzálco*, a los cuales pagaban tributo como gente que había venido de fuera y moraba en su tierra. Pero el rey de Azcapuzálco, con recelo del poder que iba creciendo, quiso oprimir a los mexicanos; y, habida su consulta con los suyos, envió a decir al rey *Acamapíxtli* que el tributo que él pagaba era poco, y que de ahí adelante le habían también de traer sabinas* y sauces para el edificio de su ciudad. Y, ultra deso, le habían de hacer una sementera en el agua de varias legumbres; y así, nacida y criada, se le habían de traer por la misma agua cada año sin faltar. Donde no,[96] que los declararía por enemigos y los asolaría.

Deste mandato recibieron los mexicanos terrible pena, pareciéndoles cosa imposible lo que les demandaba, y que no era otra cosa sino buscar ocasión para destruillos*. Pero su dios *Vitzilipúztli* les consoló apareciendo aquella noche a un viejo, y mandóle que **(p. 472)** dijese a su hijo el rey[x] de su parte, que no dubdase de aceptar el tributo, que él le ayudaría y todo sería fácil. Fue así que, llegado el tiempo del tributo, llevaron los mexicanos los árboles que les habían mandado, y más la sementera hecha en el agua y llevada por el agua, en la cual había mucho *maíz* (que es su trigo) granado ya con sus mazorcas, había *chili* —o *ají*—,[97] había bledos, *tomates, frijoles, chía,* calabazas y otras muchas cosas, todo crecido y de sazón.

Los que no han visto las sementeras que hacen en la laguna de México en medio de la misma agua, ternán* por patraña lo que aquí se cuenta, o cuando mucho creerán que era encantamiento del demonio a quien esta gente adoraba[xi]. Mas en realidad de verdad es cosa muy hacedera, y se ha hecho muchas veces hacer sementera movediza en el agua: porque sobre juncia* y espadaña* se echa tierra, en tal forma que no la deshaga el agua, y allí se siembra y cultiva, y crece y madura, y se lleva de una parte a otra. Pero el hacerse con facilidad, y en mucha cantidad y muy de sazón, todo bien arguye que el *Vitzilipúztli* —que por otro nombre se dice «Patillas»— anduviese por allí, mayormente cuando no habían hecho ni visto tal cosa.

Así se maravilló mucho el rey de *Azcapuzálco* cuando vió cumplido lo que él había tenido por imposible, y dijo a los suyos que aquella gente tenía gran dios, que todo les era fácil. Y a ellos les dijo que, pues su dios se lo daba todo hecho, que quería que otro año al tiempo del tributo le trajesen también en la sementera un pato y una garza con sus huevos empollados. Y que había de ser de suerte que, cuando llegasen, habían de sacar sus pollos; y que no había de ser de otra suerte, so pena de incurrir en su enemistad. Siguióse la congoja en los mexicanos[98] qué mandato tan soberbio y difícil requería. Mas su dios de noche (como él solía) los conortó[99] por uno de los suyos, y dijo que todo aquello tomaba él a su cargo, que no tuviesen pena **(p. 473)** y que estuviesen ciertos que vernía[100] tiempo en que pagasen con las vidas los de *Azcapuzálco* aquellos antojos de nuevos tributos; pero que al presente era bien callar y obedecer. Al tiempo del tributo, llevando los mexicanos cuanto les había pedido de su sementera, remaneció[101] en la balsa (sin saber ellos cómo) un pato y una garza empollando sus huevos, y caminando llegaron a *Azcapuzálco* donde luego sacaron sus pollos. Por donde, admirado sobremanera, el rey de *Azcapuzálco* tornó a decir a los suyos que aquellas

[93] = de memoria.
[94] Ver lámina 41 (códice Tovar).
[95] = fama, estimación.
[96] = En caso contrario.

[97] Nombre andino equivalente del náhuatl *chili* —o pimiento picante— en las Antillas. Véase cap. 20 del libro IV.
[98] por.
[99] «Conortó = Conhortar (antiguo, desusado), confortar, consolar» *(DRAE).* «Conformó» (O'G. y Alc.).
[100] «vendría» (1792, 1894).
[101] = «Aparecer de nuevo e inopinadamente» *(DRAE).*

cosas eran más que humanas, y que los mexicanos llevaban manera de ser señores de todo.

Pero, en fin, la orden de tributar no se aflojó[102] un punto y, por no hallarse poderosos, tuvieron sufrimiento y permanecieron en esta subjeción y servidumbre cincuenta años. En este tiempo acabó el rey *Acamapíchtli*,[103] habiendo acrecentado su ciudad de México de muchos edificios, calles y acequias, y mucha abundancia de mantenimientos. Reinó con mucha paz y quietud cuarenta años, celando siempre el bien y augmento[104] de su república. Estando para morir, hizo una cosa memorable: y fue que, teniendo hijos legítimos a quien pudiera dejar la sucesión del reino, no lo quiso hacer; antes* dejó en su libertad a la república que, como a él le habían libremente elegido, así eligiesen a quien les estuviese mejor para su buen gobierno, y amonestándoles que mirasen el bien de su república. Y, mostrando dolor de no dejarles libres del tributo y sujeción, con encomendarles sus hijos y mujer hizo fin[105] dejando todo su pueblo desconsolado por su muerte.

Capítulo 10

Del segundo rey, y de lo que sucedió en su reinado

Hechas las exequias del rey defunto*, los ancianos y gente principal y alguna parte del común **(p. 474)** hicieron su junta para elegir rey. Donde el más anciano propuso la necesidad en que estaban, y que convenía elegir por cabeza de su ciudad persona que tuviese piedad de los viejos y de las viudas y huérfanos y fuese padre de la república, porque ellos habían de ser las plumas de sus alas y las pestañas de sus ojos y las barbas de su rostro; y que era necesario fuese valeroso, pues habían de tener necesidad de valerse presto de sus brazos, según se lo había profetizado su dios.

Fue la resolución elegir por rey un hijo del antecesor, usando en esto de tan noble término[106] de dalle* por sucesor a su hijo, como él lo tuvo en hacer más confianza de su república: llamábase este mozo *Vitzilouítli*,[107] que significa «pluma rica». Pusiéronle corona real y ungiéronle —como fue costumbre hacerlo con todos sus reyes— con una unción que llamaban «divina», porque era la misma con que ungían su ídolo. Hízole luego un retórico una elegante plática, exhortándole a tener ánimo para sacallos* de los trabajos y servidumbre y miseria en que vivían oprimidos de los a*zcapuzalcos*; y, acabada, todos le saludaron y le hicieron su reconocimiento. Era soltero este rey, y pareció a su Consejo que era bien casarle con hija del rey de *Azcapuzálco* para tenerle por amigo, y disminuir algo con esta ocasión de la pesada carga de los tributos que le daban; aunque temieron que no se dignase darles su hija, por tenerles por vasallos. Mas, pidiéndosela con grande humildad y palabras muy comedidas, el rey de *Azcapuzálco* vino[108] en ello, y les dio una hija suya llamada *Ayauchiguál*. A la cual llevaron con gran fiesta y regocijo a México, e hicieron la ceremonia y solemnidad del casamiento: que era atar un canto[109] de la capa del hombre con otro del manto de la mujer, en señal de vínculo de matrimonio.

Nacióle a esta reina un hijo, cuyo nombre pidieron a su abuelo el rey de *Azcapuzálco*: y, echando sus suertes como ellos usan (porque eran **(p. 475)** en extremo grandes agoreros en dar nombres a sus hijos), mandó que llamasen a su nieto *Chimalpopóca*, que quiere decir «rodela que echa humo». Con el contento que el rey de Azcapuzálco mostró del nieto, tomó por ocasión la reina su hija de pedirle tuviese por bien, pues tenía ya nieto mexicano, de relevar a los mexicanos de la carga tan grave de sus tributos. Lo cual el rey hizo de buena gana, con parecer de los suyos, dejándoles en lugar del tributo que daban obligación de que cada año llevasen un par de patos o unos peces, en reconocimiento de[110] sus súbditos y estar en su tierra. Quedaron con esto muy aliviados y contentos los de México; mas el contento les duró poco, porque la reina su protectora murió dentro de pocos años, y otro año después[111] el rey de México *Vitzilouítli,* dejando de diez años a su hijo *Chimalpopóca*. Fue tenido por buen rey, diligente en el culto de sus dioses: de los cuales tenían por opinión que eran semejanza los reyes, y que la honra que le hacía a su dios se hacía al rey, que era su semejanza, y por ello fueron tan curiosos los

102 «oflojó» (Mat.).

103 «Acamapích» (todos, menos Mat.), pero ya fue mencionado del otro modo en cap. 8, como nieto del rey de Culhuacán, y al final su significado, «cañas en puño». Vuelve a haber el mismo error en cap. 12.

104 = «aumento» (todos los demás)).

105 = finó, murió.

106 = «Forma o modo de portarse o hablar» (*DRAE,* 13).

107 «Vitzilovítli» (1792, 1894), «Vitzlovitli» (Mat.).

108 = consintió, convino.

109 = borde.

110 «de ser» (1792, 1894, Mat.).

111 murió.

reyes en el culto y veneración de sus dioses. También fue sagaz en ganar las voluntades de los comarcanos* y trabar mucha contratación con ellos, con que acrecentó su ciudad haciendo se ejercitasen los suyos en cosas de la guerra por la laguna, apercibiendo la gente para lo que andaban tramando de alcanzar, como presto parecerá.

Capítulo 11

Del tercero rey Chimalpopóca, y de su cruel muerte y ocasión de la guerra que hicieron los mexicanos

Por sucesor del rey muerto eligieron los mexicanos, sobre mucho acuerdo, a su hijo *Chimalpopóca* —aunque era muchacho de diez años— pareciéndoles que **(p. 476)** todavía les era necesario conservar la gracia del rey de[112] *Azcapuzálco* con hacer rey a su nieto. Y así le pusieron en su trono, dándole insignias de guerra con un arco y flechas en la una mano, y una espada de «navajas» que ellos usan en la derecha, significando en esto —según ellos dicen— que por armas pretendían libertarse.

Pasaban los de México gran penuria de agua, porque la de la laguna era cenagosa y mala de beber; y para remedio desto hicieron que el rey muchacho enviase a pedir a su abuelo el de *Azcapuzálco* el agua del cerro de *Chapultepéc*, que está una legua de México, como arriba se dijo. Lo cual alcanzaron liberalmente,[113] y poniendo en ello diligencia hicieron un acueducto de céspedes* y estacas y carrizos,[114] con que el agua llegó a su ciudad; pero, por estar fundada sobre la laguna y venir sobre ella el caño, en muchas partes se derrumbaba y quebraba, y no podían gozar su agua como deseaban y habían menester. Con esta ocasión —ora sea que ellos de propósito la buscasen para romper con los *tepanécas,* ora que con poca consideración se moviesen— en efecto enviaron una embajada al rey de *Azcapuzálco* muy resoluta[115] diciendo que del agua que les había hecho merced no podían aprovecharse, por habérseles desbaratado el caño por muchas partes; por tanto, le pedían les proveyese de madera y cal y piedra, y enviase sus oficiales para que con ellos hiciesen un caño de cal y canto que no se desbaratase.

No le supo bien al rey este recado, y mucho menos a los suyos, pareciéndoles mensaje muy atrevido y mal término[116] de vasallos con sus señores. Indignados, pues, los principales del Consejo y diciendo que ya aquélla era mucha desvergüenza pues, no se contentando de que les permitiesen morar en tierra ajena y que les diesen su agua, querían que les fuesen a servir; que ¿qué cosa era aquella, o de qué presumían gente fugitiva y metida entre espadañas*? Que les habían de **(p. 477)** hacer entender si eran buenos para oficiales,[117] y que su orgullo se abajaría con quitalles* la tierra y las vidas. Con esta plática y cólera se salieron dejando al rey, que lo tenían por algo sospechoso por causa del nieto; y ellos aparte hicieron nueva consulta, de la cual salió mandar pregonar públicamente que ningún *tepaneca* tuviese comercio con mexicano, ni fuesen a su ciudad ni los admitiesen en la suya, so pena de la vida.

De donde se puede entender que entre éstos el rey no tenía absoluto mando e imperio, y que más gobernaba a modo de cónsul o dux[118] que de rey; aunque después, con el poder creció también el mando de los reyes hasta ser puro tiránico, como se verá en los últimos reyes: porque entre bárbaros fue siempre así, que cuanto ha sido el poder tanto ha sido el mandar. Y aún en nuestras historias de España, en algunos reyes antiguos se halla el modo de reinar que estos *tepanécas* usaron. Y aún los primeros reyes de los romanos fueron así, salvo que Roma, de reyes declinó a cónsules y senado, hasta que después volvió a emperadores; mas los bárbaros, de reyes moderados declinaron a tiranos, siendo el un gobierno y el otro como extremos, y el medio más seguro el de reino moderado.

Mas —volviendo a nuestra historia—[xii] viendo el rey de *Azcapuzálco* la determinación de los suyos —que era matar a los mexicanos—, rogóles que primero hurtasen a su nieto el rey muchacho, y después diesen en hora buena[119] en los de México. Casi todos venían* en esto, por dar contento al rey y por tener lástima del muchacho. Pero dos principales contradijeron reciamente afirmando que era mal consejo

112 Sin acento (O'G., Alc. y Mat.).
113 = por generosidad del rey vecino.
114 = «Planta gramínea, indígena de España, con la raíz larga… Se cría cerca del agua; sus hojas sirven para forraje...» *(DRAE).*
115 = «Dícese del que obra con decisión y firmeza» *(DRAE).* Hoy diríamos «resuelta».
116 = en malos términos, o expresiones.
117 = «Oficiales: En concejo o municipio, el que tiene cargo: como alcalde, regidor, etc.» (*DRAE,* 10). Tal vez cabría tomarlo como «*oficialles*» = oficiarles, servirles como señores.
118 = Es decir, con necesidad del apoyo de un senado, como en Venecia.
119 = se enfrentasen como quisiesen.

porque *Chimalpopóca*, aunque era de su sangre, era por vía de madre; y que la parte del padre habría de tirar dél más. Y con esto concluyeron que el primero a quien convenía quitar la vida era a *Chimalpopóca*, rey de México, y que así prometían de hacerlo. Des **(p. 478)** ta resistencia que le hicieron y de la determinación con que quedaron, tuvo tanto sentimiento el rey de *Azcapuzálco* que de pena y mohina adoleció[120] luego, y murió poco después.

Con cuya muerte, acabando los *tepanécas* de resolverse, acometieron una gran traición: y una noche estando el muchacho rey de México durmiendo sin guardia, muy descuidado, entraron en su palacio los de *Azcapuzálco* y con presteza mataron a *Chimalpopóca*, tornándose sin ser sentidos. Cuando a la mañana los nobles mexicanos, según su costumbre, fueron a saludar su rey y le hallaron muerto y con crueles heridas, alzaron un alarido y llanto que cubrió toda la ciudad, y todos ciegos de ira se pusieron luego en armas para vengar la muerte de su rey. Ya que ellos iban furiosos y sin orden, salióles al encuentro un caballero principal de los suyos, y procuró sosegarlos y reportarlos con un prudente razonamiento.

> »¿Donde váis —les dijo— oh mexicanos? Sosegaos y quietad vuestros corazones, mirad que las cosas sin consideración no van bien guiadas ni tienen buenos sucesos. Reprimid la pena considerando que, aunque vuestro rey es muerto, no se acabó en él la ilustre sangre de los mexicanos <?>.[121] Hijos tenemos de los reyes pasados, con cuyo amparo —sucediendo en el reino— haréis mejor lo que pretendéis <?> Ahora ¿qué caudillo o cabeza tenéis para que en vuestra determinación os guíe? No vais[122] tan ciegos, reportad vuestros ánimos, elegid primero rey y señor que os guíe, esfuerce y anime contra vuestros enemigos. Entretanto, disimulad con cordura haciendo las exequias a vuestro rey muerto, que presente tenéis, que después habrá mejor coyuntura para la venganza.»

Con esto se reportaron y, para hacer las exequias de su rey, convidaron a los señores de *Tezcúco* y a los de *Culhuacán*, a los cuales contaron el hecho tan feo y cruel que los *tepanécas* habían cometido, con que los movieron a lástima **(p. 479)** dellos, y a indignación contra sus enemigos. Añadieron que su intento era o morir o vengar tan grande maldad, que les pedían no favoreciesen la parte tan injusta de sus contrarios; porque tampoco querían les valiesen a ellos[123] con sus armas y gente, sino que estuviesen de por medio a la mira[124] de lo que pasaba. Sólo para su sustento deseaban no les cerrasen el comercio, como habían hecho los *tepanécas*.

A estas razones los de *Tezcúco* y los de *Culhuacán* mostraron mucha voluntad y satisfacción, ofreciendo sus ciudades y todo el trato y rescate[125] que quisiesen para que a su gusto se proveyesen de bastimentos por tierra y agua. Tras esto, les rogaron los de México se quedasen con ellos y asistiesen a la elección del rey que querían hacer: lo cual también aceptaron por dalles* contento.

Capítulo 12

Del cuarto rey Izcóatl, y de la guerra contra los tepanécas

Cuando estuvieron juntos todos los que se habían de hallar a la elección levantóse un viejo tenido por gran orador y, según refieren las historias, habló en esta manera:

> «Fáltaos ¡oh mexicanos! la lumbre de vuestros ojos, mas no la del corazón; porque, dado que habéis perdido al que era luz y guía en esta república mexicana, quedó la del corazón para considerar que, si mataron a uno, quedaron otros que podrán suplir muy aventajadamente la falta que aquél nos hace. No feneció aquí la nobleza de México ni se acabó la sangre real. Volved los ojos y mirad alrededor, y veréis en torno de vosotros la nobleza mexicana puesta en orden, no uno ni dos sino muchos y muy excelentes príncipes hijos del rey Acamapíchtli,[126] nuestro verdadero y legítimo señor. Aquí podéis escoger a vuestra voluntad diciendo "éste quiero, y estotro[127] no quiero"; que, si perdistes padre, aquí hallaréis padre y madre. Haced cuenta ¡oh mexicanos! que por breve tiempo se eclipsó el sol **(p. 480)** y se escureció* la tierra, y que luego volvió la luz a ella. Si se escureció* México con la muerte de vuestro rey, salga luego el sol, elegid otro rey: mirad a quién, a dónde

120 = «Caer enfermo o padecer alguna enfermedad habitual» *(DRAE).*
121 = Suprimimos el signo de interrogación (Príncipe), innecesario.
122 = vayáis (proponemos).
123 mismos.

124 = «Observar con particular cuidado y atención los pasos y lances de una persona, o de un negocio o dependencia» *(DRAE),* = a la expectativa.
125 = compra y venta.
136 «Acamapích» (todos, menos Mat.).
127 «ese otro» (O'G. y Alc.).

echáis los ojos y a quién se inclina vuestro corazón, que ése es el que elige vuestro dios Vitzilipúztli.»

Y dilatando más esta plática, concluyó el orador con mucho gusto de todos. Salió de la consulta elegido por rey *Izcóatl*, que quiere decir «culebra de navajas», el cual era hijo del primer rey *Acamapíchtli,*[128] habido en una esclava suya; y, aunque no era legítimo, le escogieron porque en costumbres y en valor y esfuerzo era el más aventajado de todos. Mostraron gran contento todos, y más los de *Tezcúco*, porque su rey estaba casado con una hermana de *Izcóatl*. Coronado y puesto en su asiento real, salió otro orador que trató copiosamente de la obligación que tenía el rey a su república, y del ánimo que había de mostrar en los trabajos, diciendo entre otras razones así:

»Mira que ahora estamos pendientes de ti ¿has por ventura* de dejar caer la carga que está sobre tus hombros? ¿Has de dejar perecer al viejo y a la vieja, al huérfano y a la viuda? Ten lástima de los niños que andan gateando por el suelo, los cuales perecerán si nuestros enemigos prevalecen contra nosotros. ¡Ea, señor, comienza a descoger[129] y tender tu manto, para tomar a cuestas a tus hijos, que son los pobres y gente popular que están confiados en la sombra de tu manto y en el frescor de tu benignidad!»

Y a este tono[130] otras muchas palabras, las cuales (como en su lugar se dijo)[131] tomaban de coro* para ejercicio suyo los mozos, y después las enseñaban como lección a los que de nuevo aprendían aquella facultad de oradores.

Ya entonces los *tepanécas* estaban resueltos de destruir toda la nación mexicana, y para el efecto tenían mucho aparato:[132] por lo[133] cual, el nuevo rey trató de romper la guerra y venir a las manos con los que tanto les habían agraviado. Mas el común del **(p. 481)** pueblo,[134] viendo que los contrarios les sobrepujaban en mucho número y en todos los pertrechos de guerra, llenos de miedo fuéronse al rey y con gran ahínco le pidieron no emprendiese guerra tan peligrosa, que sería destruir su pobre ciudad y gente. Preguntados, pues, qué medio querían que se tomase, respondieron que el nuevo rey de *Azcapuzálco* era piadoso, que le pidiesen[135] paz y se ofreciesen a serville*, y que los sacase de aquellos carrizales* y les diese casas y tierras entre los suyos, y fuesen todos de un señor; y que, para recabar esto, llevasen a su dios en sus andas por intercesor. Pudo tanto este clamor del pueblo, mayormente habiendo algunos de los nobles aprobado su parecer, que se mandaron llamar los sacerdotes y aprestar las andas con su dios para hacer la jornada.

Ya que esto se ponía a punto, y todos pasaban por este acuerdo de paces y sujetarse a los *tepanécas,* descubrióse de entre la gente un mozo de gentil brío y gallardo, que con mucha osadía les dijo:

»¿Qué es esto, mexicanos? ¿Estáis locos? ¿Cómo tanta cobardía ha de haber que nos hemos de ir a rendir así a los de Azcapuzálco?» Y vuelto al rey, le dijo: «¿Cómo, señor, permites tal cosa? Habla a ese pueblo, y dile que deje[136] buscar medio para nuestra defensa y honor, y que no nos pongamos tan necia y afrentosamente en las manos de nuestros enemigos.»

Llamábase este mozo *Tlacaellél*, sobrino del mismo rey, y fue el más valeroso capitán y de mayor consejo que jamás los mexicanos tuvieron, como[137] adelante se verá. Reparando, pues, *Izcóatl* con lo que el sobrino tan prudentemente le dijo, detuvo al pueblo diciendo que le dejasen probar primero otro medio más honroso y mejor. Y con esto, vuelto a la nobleza de los suyos, dijo:

»Aquí estáis todos los que sois mis deudos, y lo bueno de México. El que tiene[138] ánimo para llevar un mensaje mío a los tepanécas, levántese.»

Mirándose unos a otros estuviéronse quedos*, y no hubo quien quisie **(p. 482)** se ofrecerse al cuchillo.[139] Entonces el mozo *Tlacaellél* levantándose se ofreció a ir diciendo que, pues había de morir, que importaba poco ser hoy o mañana; que ¿para cuál ocasión mejor se había de guardar? Que allí estaba, que le mandase lo que fuese servido. Y, aunque todos juzgaron por temeridad el hecho, todavía el rey se resolvió en enviarle para que supiese la voluntad y disposición del rey de *Azcapuzálco* y su gente, teniendo por mejor aventurar la vida de su sobrino que el honor de su república.

128 «Acamapích» (todos, menos Mat.).
129 = «…Desplegar, extender o soltar lo que está plegado, arrollado o recogido» *(DRAE).*
130 = «A este tenor» (*DRAE,* loc. adv.), de este modo (elegante).
131 Libro VI, cap. 7. Relación entre oratoria y civilización.
132 preparativos.
133 «la» (O'G. y Alc.).
134 mexicano.
135 a los tepanecas.
136 permitan.
137 «como más» (Mat.).
138 tenga (proponemos).
139 = ofrecerse a morir.

Apercebido *Tlacaellél* tomó su camino y, llegando a las guardias que tenían orden de matar cualquier mexicano que viniese, con artificio les persuadió le dejasen entrar al rey. El cual se maravilló de verle y, oída su embajada —que era pedirle paz con honestos medios—, respondió que hablaría con los suyos, y que volviese otro día por la respuesta; y demandando *Tlacaellél* seguridad, ninguna otra le pudo dar sino que usase de su buena diligencia. Con esto volvió a México, dando su palabra a las guardas de volver. El rey de México, agradeciéndole su buen ánimo, le tornó a enviar por la respuesta: la cual, si fuese de guerra, le mandó dar al rey de *Azcapuzálco* ciertas armas para que se defendiese, y untarle y emplumarle la cabeza —como hacían a hombres muertos—, diciéndole que, pues no quería paz, le habían de quitar la vida a él y a su gente.

Y, aunque el rey de *Azcapuzálco* quisiera paz porque era de buena condición, los suyos le embravecieron de suerte que la respuesta fue de guerra rompida.[140] Lo cual oído por el mensajero, hizo todo lo que su rey le había mandado declarando —con aquella ceremonia de dar armas y untar al rey con la unción de muertos— que de parte de su rey le desafiaba. Por lo cual todo pasó ledamente[141] el de *Azcapuzálco*, dejándose untar y emplumar; y en pago dio al mensajero unas muy buenas armas. Y con esto, le avisó no volviese a salir por la puerta del palacio por **(p. 483)** que le aguardaba mucha gente para hacelle* pedazos, sino que por un portillo que había abierto en un corral de su palacio se saliese[142] secreto. Cumpliólo así el mozo y, rodeando por caminos ocultos, vino a ponerse en salvo a vista de los guardas. Y desde allí los desafió diciendo:

> «¡Ah tepanécas, ah azcapuzalcas, qué mal hacéis vuestro oficio de guardar! Pues sabed que habéis todos de morir, y que no ha de quedar tepaneca a vida».[143]

Con esto las guardas dieron en él, y él se hubo tan valerosamente que mató alguno dellos; y, viendo que cargaba gente ,[144] se retiró gallardamente a su ciudad, donde dio la nueva que la guerra era ya rompida sin remedio y los *tepanécas* y su rey quedaban desafiados.

140 = declarada

141 = «…Plácidamente» *(DRAE).* Es decir, le dejó hacer a Tlacaellél su encargo.

142 en.

143 = «Respetando la vida» (*DRAE,* loc. adv.), con vida.

144 = «Concurrir mucha gente a un lugar» (*DRAE,* s.v. 27).

Capítulo 13

De la batalla que dieron los mexicanos a los tepanécas, y de la gran victoria que alcanzaron

Sabido el desafío por el vulgo de México, con la acostumbrada cobardía acudieron al rey pidiéndole licencia, que ellos se querían salir de su ciudad porque tenían cierta su perdición. El rey los consoló y animó prometiéndoles que les daría libertad, vencidos sus enemigos, y que no dubda*sen de tenerse por vencedores. El pueblo replicó:

> «Y, si fuéredes[145] vencidos, ¿qué haremos?». «Si fuéremos vencidos —respondió él—, desde ahora nos obligamos de ponernos en vuestras manos, para que nos matéis y comáis nuestras carnes en tiestos sucios, y os venguéis de nosotros». «Pues así será —dijeron ellos—, si perdéis la victoria; y, si la alcanzáis, desde aquí nos ofrecemos a ser vuestros tributarios y labraros vuestras casas y haceros vuestras sementeras, y llevaros vuestras armas y vuestras cargas cuando fuéredes* a la guerra, para siempre jamás nosotros y nuestros descendientes.»

Hechos estos conciertos entre los plebeyos **(p. 484)** y los nobles (los cuales cumplieron después, de grado o por fuerza, tan por entero como lo prometieron) el rey nombró por su capitán general a *Tlacaellél*. Y, puesto en orden todo su campo por sus escuadras, dando el cargo de capitanes a los más valerosos de sus parientes y amigos, hízoles una muy avisada y ardiente plática con que les añadió[146] al coraje que ellos ya tenían, que no era pequeño, y mandó que estuviesen todos a la orden del general que había nombrado. El cual hizo dos partes su gente, y a los más valerosos y osados mandó que en su compañía arremetiesen los primeros; y todo el resto se estuviese quedo* con el rey *Izcóatl*, hasta que viesen a los primeros romper por[147] sus enemigos.

Marchando, pues, en orden fueron descubiertos de los de *Azcapuzálco*, y luego* ellos salieron con furia de su ciudad llevando gran riqueza de oro y plata, y plumería galana

145 = fuéreis (estilo arcaico).

146 = «Aumentar, acrecentar, ampliar» (*DRAE,* s. v. 2).

147 = «Arrojarse a la ejecución atropellando…» *(DRAE).*

y armas de mucho valor, como[148] los que tenían el imperio de toda aquella tierra. Hizo Izcóatl señal con un atambor pequeño que llevaba en las espaldas, y luego alzando gran grita y apellidando[149] «¡México, México!», dieron en los *tepanécas*; y, aunque eran en número sin comparación superiores, los rompieron e hicieron retirar a su ciudad. Y, acudiendo los que habían quedado atrás y dando voces «¡Tlacaellél, victoria, victoria!», todos de golpe se entraron por la ciudad, donde por mandado del rey no perdonaron a hombre ni a viejos ni mujeres ni niños, que todo lo metieron a cuchillo y robaron y saquearon la ciudad, que era riquísima. Y, no contentos con esto, salieron en seguimiento de los que habían huido y acogido a la aspereza de las sierras que están allí vecinas, dando en ellos y haciendo cruel matanza.[150]

Los *tepanécas* desde un monte, do se habían retirado, arrojaron las armas y pidieron las vidas, ofreciéndose a servir a los mexicanos, y dalles* tierras y sementeras y piedra y cal y madera, y tenellos* siempre por señores. Con lo cual *Tlacaellél* **(p. 485)** mandó retirar su gente y cesar[151] de la batalla, otorgándoles las vidas debajo de las condiciones puestas, haciéndoselas jurar solemnemente. Con tanto se volvieron a *Azcapuzálco*, y con sus despojos muy ricos y victoriosos a la ciudad de México.

Otro día mandó el rey juntar los principales y el pueblo, y repitiéndoles el concierto que habían hecho los plebeyos preguntóles si eran contentos de pasar por él <?>.[152] Los plebeyos dijeron que ellos lo habían prometido y los nobles muy bien merecido, y que así eran contentos de servirles perpetuamente y desto hicieron juramento, el cual inviolablemente se ha guardado. Hecho esto, Izcóatl volvió a *Azcapuzálco* y con consejo de los suyos repartió todas las tierras de los vencidos y sus haciendas entre los vencedores. La principal parte cupo al rey, luego a *Tlacaellél*, después a los demás nobles según se habían señalado en la guerra; a algunos plebeyos también dieron tierras porque se habían habido[153] como valientes, a los demás dieron de mano[154] y echáronlos por ahí como a gente cobarde. Señalaron también tierras de común para los barrios de México, a cada uno las suyas, para que con ellas acudiesen al culto y sacrificio de sus dioses.

Éste fue el orden que siempre guardaron de ahí adelante en el repartir las tierras y despojos de los que vencían y sujetaban.[xiii] Con esto los de Azcapuzálco quedaron tan pobres que ni aún sementera para sí tuvieron; y lo más recio fue quitalles* su rey y el poder tener otro, sino sólo al rey de México.

148 = significando, en señal de ser.
149 = «Convocándolos» (*DRAE,* 3).
150 Ver lámina 43 (códice Tovar).
151 el curso.
152 = cumplirlo. Suprimimos interrogación, por estilo indirecto.
153 = comportado.
154 = «Dicho de persona, abandonarla, no ampararla» *(DRAE).*

Capítulo 14

De la guerra y victoria que tuvieron los mexicanos, de la ciudad de Cuyoacán

Aunque lo principal de los *tepanécas* era Azcapuzálco, había también otras ciudades que tenían entre ellos señores proprios, como *Tacuba* y *Cuyoacán*. És **(p. 486)** tos, visto el estrago pasado, quisieran[155] que los de *Azcapuzálco* renovaran la guerra contra mexicanos; y, viendo que no salían a ello como gente del todo quebrantada, trataron los de *Cuyoacán* de hacer por sí la guerra, para la cual procuraron incitar a las otras naciones comarcanas; aunque ellas no quisieron moverse ni trabar pendencia con los mexicanos. Mas, creciendo el odio e invidia* de su prosperidad, comenzaron los de *Cuyoacán* a tratar mal a las mujeres mexicanas que iban a sus mercados, haciendo mofa dellas, y lo mismo de los hombres que podían maltratar: por donde vedó el rey de México que ninguno de los suyos fuese a *Cuyoacán* ni admitiesen en México ninguno dellos.

Con esto, acabaron de resolverse los de *Cuyoacán* en darles guerra, y primero quisieron provocarles con alguna burla afrentosa. Y fue convidarles a una fiesta suya solemne donde, después de haberles dado una buena comida y festejado con gran baile a su usanza, por fruta de postre les enviaron ropas de mujeres: y les constriñeron a vestírselas y volverse así con vestidos mujeriles a su ciudad, diciéndoles que de puro cobardes y mujeriles —habiéndoles ya provocado— no se habían puesto en armas.[156] Los de México dicen que les hicieron en recompensa otra burla pesada, de darles a las puertas de su ciudad de *Cuyoacán* ciertos

155 «quisieron» (O'G. y Alc.). Hoy diríamos «queriendo» o «querrían».
156 Ver lámina 40 (códice Tovar).

13. De cómo fueron los mexicanos provocados a combatir por los de Cuyoacán y acabaron éstos derrotados



EN observar los vecinos de los mexicanos que los de México cuanto más avanzaba el tiempo más crecían y proliferaban, buscaron toda guisa de medios para expulsarlos por la fuerza y por eso se burlaban y se cachondeaban de las mujeres mexicanas que iban en sus mercados. En viendo, sin embargo, que ello no bastaba para provocar a los mexicanos a hacer guerra, invitaron un día los de Cuyoacán a los más distinguidos de los mexicanos a su fiesta y tras haberlos magníficamente tractado con toda suerte de danzas y diversiones, presentáronles para acabar y como última pieza prendas de mujeres y obligáronlos a ponérselas. Luego los enviaron ansí vestidos y entre burlas y mofas en sus casas, como si la naturaleza de mujeres tuviesen y careciesen de hombría. Y tanto afligió ello a los mexicanos que vinieron con un ejército, conquistaron Cuyoacán y persiguieron a sus enemigos por buenas diez millas de camino hasta que por último hubieron de rendirse ante los mexicanos.

Lámina 18. De cómo fueron los mexicanos provocados a combatir por los de Coyoacán, y acabaron éstos derrotados.
(De Bry, vol. XI, Acosta VII, 14).

humazos[157] con que hicieron malparir a muchas mujeres y enfermar mucha gente.

En fin, paró[158] la cosa en guerra descubierta y se vinieron los unos a los otros a dar batalla de todo su poder.[159] En la cual alcanzó la victoria el ardid y esfuerzo de Tlacaellél: porque, dejando al rey Izcóatl peleando con los de *Cuyoacán*, supo emboscarse con algunos pocos valerosos soldados, y rodeando vino a tomar las espaldas a los de Cuyoacán, y cargando sobre ellos les hizo retirar a su ciudad. Y, viendo que pretendían acogerse al templo —que era muy fuerte—, con otros tres valientes soldados rompió **(p. 487)** por ellos y les ganó la delantera, y tomó el templo y se lo quemó y forzó a huir por los campos: donde haciendo gran riza[160] en los vencidos les fueron siguiendo por diez leguas la tierra adentro hasta que, en un cerro soltando las armas y cruzando las manos, se rindieron a los mexicanos: y con muchas lágrimas les pidieron perdón del atrevimiento que habían tenido en tratarles como a mujeres, y ofreciéndose por esclavos al fin les perdonaron. Desta victoria volvieron con riquísimos despojos los mexicanos de ropas, armas, oro, plata, joyas y plumería lindísima, y gran suma de captivos.[161]

Señaláronse en este hecho, sobre todo, tres principales de *Culhuacán* que vinieron a ayudar a los mexicanos por ganar honra: y, después de reconocidos por *Tlacaellél* y probados por fieles, dándoles las divisas mexicanas los tuvo siempre a su lado, peleando ellos con gran esfuerzo. Vióse bien que a estos tres con el general se debía toda la victoria, porque de todos cuantos captivos hubo se halló que, de tres partes, las dos eran destos cuatro.[162] Lo cual se averiguó fácilmente por el ardid que ellos tuvieron: que, en prendiendo alguno, luego le cortaban un poco del cabello y lo entregaban a los demás, y hallaron ser los del cabello cortado en el exceso que he dicho.[163] Por donde ganaron gran reputación y fama de valientes, y como a vencedores les honraron con darles de los despojos y tierras partes muy aventajadas, como siempre lo usaron los mexicanos: por donde se animaban tanto los que peleaban a señalarse por las armas.

[157] = «Humo denso y copioso» *(DRAE).*
[158] = «Ir a dar a un término o llegar al fin» (*DRAE,* 2), devenir.
[159] = «Con todo el vigor o esfuerzo posible» (DRAE, loc. adv.).
[160] = «Causar gran destrozo y mortandad en una guerra» (*DRAE,* fig.).
[161] «cautivos» (todos, menos la Príncipe).
[162] = ellos tres y Tlacaelléll.
[163] = dos tercios.

Capítulo 15

De la guerra y victoria que hubieron los mexicanos de los suchimilcos[164]

Rendida ya la nación de los *tepanécas*, tuvieron los mexicanos ocasión de hacer lo proprio[165] de los **(p. 488)** *suchimilcos*: que, como está ya dicho, fueron los primeros de aquellas siete cuevas o linajes que poblaron la tierra. La ocasión no la buscaron los mexicanos, aunque como vencedores podían presumir de pasar adelante, sino los *suchimilcos* escarbaron[166] para su mal: como acaece a hombres de poco saber y demasiada diligencia que, por prevenir el daño que imaginan, dan en él.

Parecióles a los de Suchimilco que, con las victorias pasadas, los mexicanos tratarían de sujetarlos; y, platicando esto entre sí y habiendo quien dijese que era bien reconocerles desde luego por superiores y aprobar su ventura, prevaleció al fin el parecer contrario de anticiparse y darles batalla. Lo cual entendido por *Izcóatl*, rey de México, envió su general *Tlacaellél* con su gente, y vinieron a darse la batalla en el mismo campo donde partían términos.[167] La cual, aunque en gente y aderezos[168] no era muy desigual de ambas partes, fuélo mucho en el orden y concierto de pelear: porque los *Suchimilcos* acometiéronles todos juntos de montón, sin orden. *Tlacaellél* tuvo a los suyos repartidos por sus escuadrones con gran concierto, y así presto desbarataron a sus contrarios y los hicieron retirar a su ciudad:[169] la cual de presto[170] también entraron siguiéndoles hasta encerrarlos en el templo, y de allí con fuego les hicieron huir a los montes y rendirse finalmente, cruzadas las manos.

Volvió el capitán Tlacaellél con gran triunfo: saliéndole a recibir los sacerdotes con su música de flautas e inciensándole a él y a los capitanes principales, y haciendo otras ceremonias y muestras de alegría que usaban. Y el rey con ellos, todos se fueron al templo a darle gracias a su falso dios, que

[164] «Xuchimilcos» (O'G. y Alc.).
[165] = mismo.
[166] = «Inquirir curiosamente lo que está algo encubierto y oculto, hasta averiguarlo» (*DRAE,* s.v. 4, fig.).
[167] = lindaban sus territorios.
[168] = «Prevención, aparejo, disposición de lo necesario y conveniente para alguna cosa» (*DRAE,* 4).
[169] a.
[170] = rápidamente.

desto fue siempre el demonio muy codicioso de alzarse con la honra de lo que él no había hecho: pues el vencer y reinar lo da no él, sino el verdadero Dios a quien le parece.

El día siguiente fue el rey *Izcóatl* a la ciudad de *Suchimilco* y **(p. 489)** se hizo jurar por rey de los *Suchimilcos*, y por consolarles prometió hacerles bien: y en señal desto les dejó mandado hiciesen una gran calzada que atravesase desde México a Suchimilco, que son cuatro leguas, para que así hubiese entre ellos más trato y comunicación. Lo cual los *Suchimilcos* hicieron, y a poco tiempo les pareció tan bien el gobierno y buen tratamiento de los mexicanos que se tuvieron por muy dichosos en haber trocado rey y república.

No escarmentaron —como era razón— algunos comarcanos*, llevados de la invidia o del temor a su perdición. *Cuytlauáca* era una ciudad puesta en la laguna cuyo nombre y habitación —aunque diferente— hoy dura: eran éstos muy diestros en barquear[171] la laguna, y parecióles que por agua podían hacer daño a México: lo cual visto por el rey,[172] quisiera que su ejército saliera a pelear con ellos. Mas Tlacaellél, teniendo en poco la guerra y por cosa de afrenta tomarse[173] tan de propósito con aquéllos, ofreció de vencerlos con solos muchachos y así lo puso por obra. Fuese al templo y sacó del recogimiento dél los mozos que le parecieron: y tomó desde diez a dieciocho años los muchachos que halló que sabían guiar barcos o canoas, y dándoles ciertos avisos y orden de pelear fue con ellos a *Cuytlauaca*, donde con sus ardides apretó a sus enemigos de suerte que les hizo huir; y yendo en su alcance, el señor de Cuytlauaca le salió al camino rindiéndose a sí y a su ciudad y gente, y con esto cesó el hacerles más mal. Volvieron los muchachos con grandes despojos y muchos captivos para sus sacrificios, y fueron recibidos solemnísimamente con gran procesión y músicas y perfumes, y fueron a adorar su ídolo tomando tierra y comiendo della: y, sacándose sangre de las espinillas con las lancetas los sacerdotes, y otras supersticiones que en cosas desta calidad usaban. Quedaron los muchachos muy honrados y animados, abrazándoles y besándoles **(p. 490)** el rey, y sus deudos y parientes acompañándoles: y en toda la tierra sonó[174] que Tlacaellél con muchachos había vencido la ciudad de *Cuytlauaca*.

La nueva de esta victoria y la consideración de las pasadas abrió los ojos a los de *Tezcúco* —gente principal y muy sabia para su modo de saber—, y así el primero que fue de parecer se debían sujetar al rey de México y convidalle* con[175] su ciudad fue el rey de Tezcoco; y, con aprobación de su consejo, enviaron embajadores muy retóricos con señalados presentes a ofrecerse por súbditos,[176] pidiéndole su buena paz y amistad. Ésta se aceptó gratamente, aunque —por consejo de Tlacaellél— para efectuarse se hizo ceremonia que los de *Tezcúco* salían a campo con los de México, y se combatían y rendían al fin: que fue un auto[177] y ceremonia de guerra, sin que hubiese sangre ni heridas de una ni otra parte. Con esto quedó el rey de México por supremo señor de *Tezcúco*, y no quitándoles su rey sino haciéndole del supremo consejo suyo: y así se conservó siempre hasta el tiempo de Motezuma Segundo, en cuyo reino entraron los españoles. Con haber sujetado la ciudad y tierra de Tezcoco, quedó México por señora de toda la tierra y pueblos que estaban en torno de la laguna, donde ella está fundada.

Habiendo, pues, gozado desta prosperidad y reinado doce años, adoleció* Izcóatl y murió, dejando en gran crecimiento el reino que le habían dado por el valor y consejo de su sobrino *Tlacaellél* (como está referido), el cual tuvo por mejor hacer reyes que serlo él, como ahora se dirá.

Capítulo 16

Del quinto rey de México, llamado Motezuma, primero deste nombre

La elección del nuevo rey tocaba a los cuatro electores principales (como en otra parte se dijo)[178] y juntamente, por especial privilegio, al rey de *Tezcúco* y al rey **(p. 491)** de *Tacuba*. A estos seis juntó *Tlacaellél*, como quien tenía suprema autoridad; y propuesto el negocio salió electo *Motezuma*, primero deste nombre, sobrino del mismo *Tlacaellél.* Fue su elección muy acepta, y así se hicieron solemnísimas fiestas con mayor aparato que a los pasados. Luego que lo eligieron, le llevaron con gran acompañamiento al templo, y delante del brasero que llamaban «divino»[179]

171 = «Atravesar en barco» *(DRAE).*
172 mexicano.
173 «Reñir o tener contienda» *(DRAE).*
174 = se dijo, «susurrarse, esparcirse rumores de una cosa» (*DRAE,* s. v. 11, impers.).

175 = ofrecerle en premio, «ofrecerse voluntariamente con alguna cosa» (*DRAE,* pronominal).
176 «súbitos» (Mat.).
177 = «Composición dramática» *(DRAE).*
178 Véase VI, 24.
179 Véase libro V, especialmente cap. 17.

—en que siempre había fuego de día y de noche— le pusieron un trono real y atavíos de rey: allí, con unas puntas de tigre y de venado que para esto tenían, sacrificó el rey a su ídolo sacándose sangre de las orejas y de los molledos[180] y de las espinillas, que así gustaba el demonio de ser honrado.[181] Hicieron sus arengas allí los sacerdotes y ancianos y capitanes, dándoles todos el parabién.

Usábanse en tales elecciones grandes banquetes y bailes, y mucha cosa de luminarias. E[182] introdújose en tiempo de este rey que para la fiesta de su coronación fuese él mismo en persona a mover guerra a alguna parte, de donde trajese captivos con que se hiciesen solemnes sacrificios, y desde aquel día quedó esto por ley. Así fue *Motezuma* a la provincia de Chalco que se habían declarado por enemigos, donde peleando valerosamente hubo gran suma de captivos, con que ofreció un insigne sacrificio el día de su coronación; aunque por entonces no dejó del todo rendida y allanada la provincia de Chalco, que era de gente belicosa.[183]

Este día de la coronación acudían de diversas tierras cercanas y remotas a ver las fiestas, y a todos daban abundantes y principales comidas y vestían a todos —especialmente a los pobres— de ropas nuevas. Para lo cual el mismo día entraban por la ciudad los tributos del rey con gran orden y aparato: ropa de toda suerte, cacao, oro, plata, plumería rica, grandes fardos de algodón, ají, pepitas, diversidad de legumbres, muchos géneros[184] de pescados de mar y de ríos, cantidad de frutas y caza sin cuento, sin los **(p. 492)** innumerables presentes que los reyes y señores enviaban al nuevo rey. Venía todo el tributo por sus cuadrillas,[185] según diversas provincias: iban delante los mayordomos y cobradores con diversas insignias, todo esto con tanto orden y con tanta policía que era no menos de ver la entrada de los tributos que toda la demás fiesta.[xiv]

Coronado rey dióse a conquistar diversas provincias, y siendo valeroso y virtuoso llegó de mar a mar;[186] valiéndose en todo del consejo y astucia de su general Tlacaellél a quien amó y estimó mucho, como era razón. La guerra en que más se ocupó y con más dificultad fue la de la provincia de *Chalco*, en la cual le acaecieron grandes cosas. Fue una bien notable que, habiéndole cautivado[187] un hermano suyo, pretendieron los *Chalcas* hacerle su rey y para ello le enviaron recados muy comedidos y obligatorios. Él,[188] viendo su porfía, les dijo que si en efecto querían alzarle por rey levantasen en la plaza un madero altísimo, y en lo alto dél hiciesen un tabladillo donde él subiese: creyendo era ceremonia de quererse más ensalzar, lo cual[189] pusieron así por obra. Y juntando él todos sus mexicanos alrededor del madero subió en lo alto con un ramillete de flores en la mano, y desde allí habló a los suyos en esta forma:

»¡Oh, valerosos mexicanos! Éstos me quieren alzar por rey suyo, mas no permitan los dioses que yo, por ser rey, haga traición a mi patria;[190] antes quiero que aprendáis de mí dejaros antes morir que pasaros a vuestros enemigos».[191]

Diciendo esto, se arrojó e hizo mil pedazos. De cuyo espectáculo cobraron tanto horror y enojo los *Chalcas* que luego dieron en[192] los mexicanos, y allí los acabaron a lanzadas como a gente fiera e inexorable, diciendo que tenían endemoniados corazones. La noche siguiente acaeció oír[193] dos búhos dando aullidos tristes el uno al otro, con que los de *Chalco* tomaron por agüero que habían de ser presto destruidos; y fue así, que **(p. 493)** el rey *Motezuma* vino en persona sobre ellos con todo su poder y los venció y arruinó todo su reino.

Y pasando la sierra nevada fue conquistando hasta la mar del Norte*, y dando vuelta hacia la del sur* también ganó y sujetó diversas provincias de manera que se hizo poderosísimo rey. Todo esto con la ayuda y consejo de *Tlacaellél*, a quien se debe casi todo el imperio mexicano. Con todo, fue de parecer (y así se hizo) que no se conquistase la provincia de Tlascala por que tuviesen allí los mexicanos frontera[194] de enemigos donde ejercitasen las armas los mancebos de México, y juntamente tuviesen copia[195] de captivos de que hacer sacrificios a sus ídolos: que, como ya se ha visto,[196] consumían gran suma de hombres en ello y éstos habían de ser forzoso tomados en guerra.

A este rey Motezuma, o por mejor decir a su general Tlacaellél, se debe todo el orden y policía que tuvo México de consejos y consistorios y tribunales para diversas causas,

[180] = «Parte carnosa y redonda de un miembro, especialmente la de los brazos, muslos y pantorrillas» *(DRAE).*
[181] Véase el libro V, cap. 16.
[182] E (todos, emos la Príncipe y Mat.).
[183] Ver lámina 45 (códice Tovar).
[184] «gérmenes» (O'G. y Alc.), mal leido.
[185] = «Grupo de personas reunidas para el desempeño de algunos oficios o para ciertos fines» *(DRAE).* O sea, que entraban a tributar por orden de regiones.
[186] = de la costa del Pacífico a la del Atlántico.
[187] a ellos, nuevamente.
[188] = Su hermano.
[189] Creemos que sobra «cual», quizá lo puso de más el copista o cajista.
[190] = Porque separaba a Chalco del dominio de su hermano, su lugar de nacimiento (patria).
[191] Ver lámina 44 (códice Tovar).
[192] = se abalanzaron sobre.
[193] = oírse, por parte de Chalcas.
[194] = frente.
[195] = «Copia o abundancia de una cosa» *(DRAE).*
[196] Véase libro V, cap. 20.

14. De la impavidez de un mexicano preso



SUCEDIÓ bajo el reinado del rey Montezuma, el primero deste nombre, que su propio hermano, en estando en guerra con los de Chalco, fue hecho prisionero por éstos junto con muchos mexicanos. Y siendo como era éste hermano carnal del rey y héroe intrépido y estando sin rey los de Chalco, quisieron éstos nombrarle rey, mas él rechazó dicho ofrecimiento cuando amablemente se lo hicieron llegar. En ver, sin embargo, que no le servía excusa y que seguían apremiándole e insistiendo en hacerle rey, mandóles construir un pequeño andamio sobre un altísimo poste para explicar sus razones al pueblo, cosa que de buena gana hicieron creyéndolo ganoso de cobrar fama con tales ceremonias. Una vez en lo alto del andamio, reunió a los mexicanos o compañeros presos todos y les expuso la pretensión de los de Chalco, cuyos prisioneros eran, de nombrarle rey y su deseo de negarse y darles un ejemplo, para que prefiriesen acabar descuartizados y en mil pedazos antes que convertirse en perjuros y despreciadores de su patria. Tras estas palabras, arrojóse desde l[illegible]
y quedó estrazado, y en viendo los de Chalco lo sucedido,
se enfadaron y mataron a todos los otros
prisioneros mexicanos.

Lámina 19. De la impavidez de un mexicano preso, fiel a su rey. (de Bry, vol. XI, Acosta VII, 16).

en que hubo gran orden, y tanto número de consejos y de jueces como en cualquiera república de las más floridas de Europa.[xv] Este mismo rey puso su casa real en gran autoridad haciendo muchos y diversos oficiales, y servíase con gran ceremonia y aparato. En el culto de sus ídolos no se señaló menos, ampliando el número de ministros e instituyendo nuevas ceremonias, y teniendo observancia extraña[197] en su ley y vana superstición. Edificó aquel gran templo a su dios *Vitzilipúztli*, de que en otro libro se hizo mención.[198] En la dedicación del templo ofreció innumerables sacrificios de hombres, que él en varias victorias había habido. Finalmente, gozando de grande prosperidad en su imperio, adoleció* y murió: habiendo reinado veintiocho años, bien diferente de su sucesor *Tizocíc*, que ni en valor ni en buena dicha[199] le pareció. **(p. 494)**

Capítulo 17

Que Tlacaellél no quiso ser rey, y de la elección y sucesos de Tizocíc

Juntáronse los cuatro diputados con los señores de Tezcoco y Tacuba, y presidiendo Tlacaellél procedieron a hacer elección de rey: y encaminando todos sus votos a Tlacaellél, como quien mejor merecía aquel cargo que otro alguno, él lo rehusó con razones eficaces que persuadieron a elegir otro. Porque decía él que era mejor para la república que otro fuese rey y él fuese su ejecutor y coadjutor, como lo había sido hasta entonces, que no cargar todo sobre él solo: pues, sin ser rey, era cierto que había de trabajar por su república no menos que si lo fuese.

No es cosa muy usada no admitir el supremo lugar y mando, y querer el cuidado y trabajo, y no la honra y potestad; ni aún acaece que el que puede por sí manejallo* todo huelgue[200] que otro tenga la principal mano, a trueque que[201] el negocio de la república salga mejor. Este bárbaro en esto hizo ventaja a los muy sabios romanos y griegos; y si no, díganlo Alejandro y Julio César, que al uno se le hizo poco mandar un mundo,[xvi] y a los más queridos y leales de los suyos sacó la vida a crueles tormentos por livianas sospechas que querían reinar. Y el otro se declaró por enemigo de su patria diciendo que, si se había de torcer del derecho por sólo reinar,[xvii] se había de torcer: tanta es la sed que los hombres tienen de mandar.

Aunque el hecho de Tlacaellél también pudo nacer de una demasiada confianza de sí, pareciéndole que —sin ser rey— lo era pues casi mandaba a los reyes, y aún ellos le permitían traer cierta insignia como «tiara»,[202] que a solos los reyes pertenecía. Mas con todo merece alabanza este hecho, y mayor su consideración, de tener en más el poder mejor[203] ayudar a la república siendo súbdito que siendo supremo señor, pues en efecto es ello así: que, como en una comedia aquel merece más gloria que toma y representa[204] el personaje que **(p. 495)** más importa —sea de pastor o villano— y deja el de rey o capitán a otro que lo sabe hacer, así en buena filosofía deben los hombres mirar más el bien común y aplicarse al oficio y estado que entienden mejor.[xviii]

Pero esta filosofía es más remontada de lo que al presente se platica.[205] Y con tanto,[206] pasemos a nuestro cuento con decir que, en pago de su modestia y por el respecto[207] que le tenían los electores mexicanos, pidieron a Tlacaellél que —pues no quería reinar— dijese quién le parecía[208] reinase. Él dio su voto a un hijo del rey muerto —harto muchacho— por nombre *Tizocíc*, y respondiéronle que eran muy flacos hombros para tanto peso; respondió que los suyos estaban allí para ayudarle a llevar la carga, como había hecho con los pasados.

Con esto se resumieron,[209] y salió electo el *Tizocíc* y con él se hicieron las ceremonias acostumbradas. Horadáronle la nariz, y por gala pusiéronle allí una esmeralda: y ésta es la causa que en sus libros de los mexicanos se denota este rey por la nariz horada.[210] Éste salió muy diferente de su padre y antecesor porque le notaron[211] por hombre poco belicoso, y cobarde: fue para coronarse a debelar una provincia que estaba alzada, y en la jornada perdió mucho más de su gente[212]

197 = singular, notable.
198 Véase el libro V, cap. 13.
199 se.
200 = consienta con gusto.
201 = Con tal de que, a cambio de que (= «a trueco de», usado en cap. siguiente).

202 Véase en cap. 24 de libro VI la forma de corona de los reyes mexicanos, que describe allí en forma de «mitra». Igualmente las láminas 41, 45 y 46.
203 «poder, mejor» (O'G. y Alc.), cambiando el sentido por la coma.
204 Hoy lo diríamos en otro orden: «Merece más gloria aquel que toma…».
205 = De lo que el tema histórico tratado reclama.
206 = Por tanto.
207 «Respeto» (todos, menos Príncipe).
208 que.
209 = convencieron, «Convertirse, comprenderse, resolverse una cosa en otra» (*DRAE,* 3 pronominal).
210 «horadada» (1792, 1894, Mat.).
211 = definieron, tuvieron.
212 que la.

que cautivó de sus enemigos; con todo esto[213] volvió diciendo[214] traía el número de captivos que se requería para los sacrificios de su coronación, y así se coronó con gran solemnidad. Pero los mexicanos, descontentos de tener rey poco animoso y guerrero, trataron de darle fin con ponzoña, y así no duró en el reino más de cuatro años. Donde se vee[215] bien que los hijos no siempre sacan con la sangre el valor de los padres, y cuanto mayor ha sido la gloria de los predecesores tanto más es aborrecible el desvalor y vileza de los que suceden en el mando, y no en el merecimiento. Pero restauró bien esta pérdida otro hermano del muerto, hijo también del gran Motezuma, el cual se llamó *Ajayaca*, y por parecer de *Tlacaellél* fue electo: acertando más en éste que el pasado. **(p. 496)**

Capítulo 18

De la muerte de Tlacaellél y hazañas de Ajayaca, séptimo rey de México

Ya era muy viejo en este tiempo *Tlacaellél* y, como tal, le traían en una silla a hombros para hallarse en las consultas y negocios que se ofrecían. En fin adoleció*, y visitándole el nuevo rey —que aún no estaba coronado— y derramando muchas lágrimas por parecerle que perdía en él padre, y padre de su patria, Tlacaellél le encomendó ahincadamente[216] a sus hijos, especialmente al mayor, que había sido valeroso en las guerras que había tenido. El rey le prometió de mirar por él y, para más consolar al viejo, allí delante dél le dio el cargo e insignias de su capitán general, con todas las preeminencias de su padre. De que el viejo quedó tan contento que con él acabó sus días: que, si no hubieran de pasar de allí a los de la otra vida, pudieran contarse por dichosos pues de una pobre y abatida ciudad, en que nació, dejó por su esfuerzo fundado un reino tan grande y tan rico y tan poderoso. Como a tal fundador casi de todo aquel su imperio le hicieron las exequias los mexicanos, con más aparato y demonstración* que a ninguno de los reyes habían hecho.

Para aplacar el llanto por la muerte deste[217] su capitán de todo el pueblo, acordó *Axayaca*[218] hacer luego jornada, como se requería para ser coronado. Y con gran presteza pasó con su campo[219] a la provincia de Tehuantepéc, que dista de México doscientas leguas, y en ella dio batalla a un poderoso e innumerable ejército que, así de aquella provincia como de las comarcanas, se habían juntado contra México. El primero que salió delante de su campo fue el mismo rey, desafiando a sus contrarios; de los cuales, cuando le acometieron, fingió huir **(p. 497)** hasta traerlos a una emboscada, donde tenía muchos soldados cubiertos con paja: éstos salieron a deshora[220] y los que iban huyendo revolvieron, de suerte que tomaron en medio a los de Tehuantepec y dieron en ellos haciendo cruel matanza. Y prosiguiendo asolaron su ciudad y su templo, y a todos los comarcanos* dieron castigo riguroso. Y, sin parar, fueron conquistando hasta Guatulco, puerto hoy día muy conocido en la mar del Sur.[221]

Desta jornada volvió *Ajayaca* con grandísima presa y riquezas a México, donde se coronó soberbiamente con excesivo aparato de sacrificios y de tributos y de todo lo demás, acudiendo todo el mundo a ver su coronación. Recibían la corona los reyes de México de mano de los reyes de Tezcoco, y era ésta preeminencia suya. Otras muchas empresas hizo en que alcanzó grandes victorias, y siempre siendo él el primero que guiaba su gente y acometía a sus enemigos, por donde ganó nombre de muy valiente capitán.

Y no se contentó con rendir a los extraños sino que a los suyos rebeldes les puso el freno, cosa que nunca sus pasados habían podido ni osado. Ya se dijo arriba cómo se habían apartado de la república mexicana algunos inquietos y mal contentos que fundaron otra ciudad muy cerca de México, la cual llamaron *Tlatellúlco**, y fue donde es ahora Sanctiago. Estos alzados hicieron bando por sí y fueron multiplicando mucho, y jamás quisieron reconocer a los señores de México ni prestalles* obediencia. Envió, pues, el rey *Ajayaca* a requerilles* no estuviesen divisos sino que —pues eran de una sangre y de un pueblo— se juntasen y reconociesen al rey de México. A este recado respondió el señor de Tlatellúlco con gran desprecio y soberbia, desafiando al rey de México para combatir de persona a persona; y luego apercibió su gente, mandando a una parte della esconderse

213 = a pesar de lo cual.
214 que.
215 «ve» (todos menos la Príncipe).
216 = «Vehementemente» *(DRAE).*

217 Sin «este» (Mat.).
218 «Axacaya» (Príncipe), por error.
219 = «Salir a campo, o al campo = ir a reñir en desafío» *(DRAE).*
220 «De repente, intempestivamente» (*DRAE,* 2), una vez pasados los otros.
221 Donde él desembarcó en 1586, a su llegada de Perú.

entre las espadañas* de la laguna; y para estar más encubiertos[222] o para hacer mayor bur **(p. 498)** la a los de México, mandóles tomar disfreces* de cuervos y ánsares[223] y de pájaros, y de ranas y de otras sabandijas que andan por la laguna, pensando tomar por engaño a los de México que pasasen por los caminos y calzadas de la laguna.

Ajayaca, oído el desafío y entendido el ardid de su contrario, repartió su gente y dando parte a su general —hijo de *Tlacaellél*— mandóle acudir a desbaratar aquella celada de la laguna. Él, por otra parte, con el resto de gente por paso no usado[224] fue sobre Tlatellúlco, y ante todas cosas llamó al que lo había desafiado para que cumpliese su palabra. Y saliendo a combatirse los dos señores, de México y Tlatellúlco, mandaron ambos a los suyos se estuviesen quedos* hasta ver quién era vencedor de los dos. Y, obedecido el mandato, partieron uno contra otro animosamente: donde, peleando buen rato, al fin le fue forzoso al de Tlatellúlco volver las espaldas,[225] porque el de México cargaba sobre él más de lo que ya podía sufrir. Viendo huir los de Tlatellúlco a su capitán, también ellos desmayaron y volvieron las espaldas, y siguiéndoles los mexicanos dieron furiosamente en ellos. No se le escapó a *Ajayaca* el señor de Tlatellúlco porque, pensando[226] hacerse fuerte en lo alto de su templo, subió tras él y con fuerza le asió y despeñó del templo abajo, y después mandó poner fuego al templo y a la ciudad.

Entre tanto que esto pasaba acá, el general andaba muy caliente[227] allá en la venganza de los que por engaño les habían pretendido ganar. Y, después de haberles compelido con las armas a rendirse y pedir misericordia, dijo el general que no había de concederles perdón si no hiciesen primero los oficios de los disfreces* que habían tomado. Por eso, que les cumplía cantar como ranas y graznar como cuervos, cuyas divisas[228] habían tomado; y que de aquella manera alcanzarían perdón y no de otra, queriendo por esta vía afrentarles y hacer burla y escarnio de su ardid. El miedo to **(p. 499)** do lo enseña presto: cantaron y graznaron, y con todas las diferencias de voces que les mandaron a trueco[229] de salir con las vidas, aunque muy corridos del pasatiempo tan pesado que sus enemigos tomaban con ellos. Dicen que hasta hoy dura el darse trato[230] los de México a los de Tlatellúlco, y que es «paso»[231] porque[232] pasan muy mal cuando les recuerdan algo destos graznidos y cantares donosos. Gustó el rey *Ajayaca* de la fiesta, y con ella y gran regocijo se volvieron a México.

Fue este rey tenido por uno de los muy buenos: reinó once años, teniendo por sucesor otro no inferior en esfuerzo y virtudes.

Capítulo 19
De los hechos de Autzol, octavo rey de México

Entre los cuatro electores de México que, como está referido, daban el reino con sus votos a quien les parecía, había uno de grandes partes llamado *Autzol:* a éste dieron los demás sus votos, y fue su elección en extremo acepta* a todo el pueblo; porque, demás de ser muy valiente le tenían todos por afable y amigo de hacer bien, que en los que gobiernan es principal parte para ser amados y obedecidos.

Para la fiesta de su coronación, la jornada que le pareció hacer fue ir a castigar el desacato de los de *Quaxutátlan*,[233] provincia muy rica y próspera que hoy día es de lo principal de Nueva España: habían éstos salteado[234] a los mayordomos y oficiales que traían el tributo a México, y alzádose con él. Tuvo gran dificultad en allanar esta gente, porque se habían puesto donde un gran brazo de mar impedía el paso de los mexicanos. Para cuyo remedio, con extraño* trabajo e invención hizo Autzol fundar en el agua una como isleta hecha de fajina[235] y tierra, y muchos materiales. Con esta obra pudo él y su gente pasar a sus enemigos y darles batalla, en que les desbarató y venció y castigó a su voluntad, y volvió con gran riqueza y triunfo a México a coronarse, según **(p. 500)** su costumbre.

[222] «encubiertas» (O'G. y Alc.).
[223] = «Se le denomina también ganso bravo o salvaje. Es una especie propia de países septentrionales» *(DRAE);* «ansares» (todos).
[224] = por camino desconocido, campo a través.
[225] = huir.
[226] éste.
[227] = «Acalorado, vivo, si se trata de disputas, riñas, peleas, etc.» (*DRAE,* 4, fig.).
[228] = «Señal exterior para distinguir personas, grados u otras cosas» *(DRAE).*
[229] = «Con tal de, a cambio de (trueco = trueque)» *(DRAE).*
[230] = «Entre estudiantes, dar matraca» (*DRAE,* frase desusada), mofarse.
[231] = «Lance o suceso digno de reparo» (*DRAE,* 15), «trance de la muerte o cualquier otro grave conflicto» (*DRAE,* 19).
[232] lo.
[233] «Cuajutatlan» (Mat.).
[234] = «Salir a los caminos y robar a los pasajeros» *(DRAE).*
[235] = «Haz de ramas delgadas muy apretadas que usaban los ingenieros militares, especialmente para revestimiento» (*DRAE,* 4. Fort.).

Extendió su reino con diversas conquistas *Autzol* hasta llegarle a Guatimala,[236] que está trescientas leguas de México. No fue menos liberal que valiente: cuando venían sus tributos (que, como está dicho, venían con grande aparato y abundancia) salíase de su palacio y, juntando donde le parecía[237] todo el pueblo, mandaba llevasen allí los tributos: a todos los que había necesitados y pobres repartía allí ropa y comida y todo lo que habían menester, en gran abundancia. Las cosas de precio como oro, plata, joyas, plumería, y preseas repartíalas entre los capitanes y soldados y gente que le servía, según los méritos y hechos de cada uno.

Fue también *Autzol* gran republicano, derribando los edificios mal puestos y reedificando de nuevo muchos sumptuosos.[238] Parecióle que la ciudad de México gozaba poca agua y que la laguna estaba muy cenagosa, y determinóse echar en ella un brazo gruesísimo de agua, de que se servían los de Cuyoacán. Para el efecto envió a llamar al principal de aquella ciudad, que era un famosísimo hechicero: y, propuesto su intento, el hechicero le dijo que mirase lo que hacía, porque aquel negocio tenía gran dificultad; y que entendiese que, si sacaba aquella[239] agua de madre y la metía en México, había de anegar la ciudad.

Pareciéndole al rey eran excusas para no hacer lo que él mandaba, enojado le echó de allí. Otro día envió a *Cuyoacán* un alcalde de corte a prender al hechicero y, entendido por él a lo que venían aquellos ministros del rey, les mandó entrar y púsose en forma de una terrible águila, de cuya vista espantados se volvieron sin prenderle. Envió otros, enojado *Autzol*, a los cuales se les puso en figura de tigre ferocísimo y tampoco éstos osaron tocarle. Fueron los terceros, y halláronle hecho sierpe horrible, y temieron mucho más. Amostazado[240] el rey destos embustes, envió a amenazar a los de Cuyoacán que, si no le traían atado a **(p. 501)** quel hechicero, haría luego asolar la ciudad. Con el miedo desto —o él de su voluntad o forzado de los suyos— en fin fue el hechicero, y en llegando le mandó dar garrote. Y abriendo un caño por donde fuese el agua a México, en fin salió con su intento echando grandísimo golpe de agua en su laguna: la cual llevaron con grandes ceremonias y superstición, yendo unos sacerdotes incensando a la orilla, otros sacrificando codornices y untando con su sangre el borde del caño, otros tañendo caracoles[241] y haciendo música al agua; con cuya vestidura (digo, de la diosa del agua) iba revestido el principal, y todos saludando al agua y dándole la bienvenida.

Así está todo hoy día pintado en los *Anales mexicanos*, cuyo libro tienen en Roma y está puesto en la Sacra Biblioteca o Librería Vaticana: donde un padre de nuestra Compañía que había venido de México vio ésta y las demás historias, y las declaraba al bibliotecario de Su Sanctidad, que en extremo gustaba de entender aquel libro que jamás había podido entender.

Finalmente el agua llegó a México, pero fue tanto el golpe della que por poco se anegara la ciudad, como el otro había dicho, y en efecto arruinó gran parte della. Mas a todo dio remedio la industria de *Autzol,* porque hizo sacar un desaguadero por donde aseguró la ciudad, y todo lo caído —que era ruin edificio— lo reparó de obra fuerte y bien hecha, y así dejó su ciudad cercada toda de agua como otra Venecia, y muy bien edificada. Duró el reinado déste once años, parando en el último y más poderoso sucesor de todos los mexicanos.

Capítulo 20

De la elección del gran Motezuma, último rey de México

En el tiempo que entraron los españoles en la Nueva España, que fue el año del Señor de 1518 **(p. 501)**, reinaba Motezuma, el segundo deste nombre y último rey de los mexicanos: digo último porque, aunque después de muerto éste los de México eligieron otro —y aún en vida del mismo Motezuma, declarándole por enemigo de la patria según adelante se verá—, pero el que sucedió y el que vino captivo[242] a poder del Marqués del Valle no tuvieron más del nombre y título de reyes, por estar ya casi todo su reino rendido a los españoles. Así que a Motezuma con razón le contamos por último, y como tal así llegó a lo último de la potencia y grandeza mexicana, que para[243] entre bárbaros pone a todos grande admiración. Por esta causa, y por ser ésta la sazón que Dios quiso para entrar la noticia de su

[236] «Guatemala» (1792, 1894).
[237] «parecía al pueblo» (Mat.).
[238] «suntuosos» (todos, menos la Príncipe).
[239] Sin «aquella» (Mat.).
[240] = «Irritado» *(DRAE).*

[241] = caracolas.
[242] Se refiere a Cuauhtémoc.
[243] ser, ocurrir.

Evangelio y reino de Jesucristo en aquella tierra, referiré un poco más extenso las cosas deste rey.

Era Motezuma de suyo muy grave y muy reposado: por maravilla se[244] oía hablar y, cuando hablaba en el Supremo Consejo de que él era,[245] ponía admiración su aviso y consideración: por donde aún antes de ser rey era temido y respetado. Estaba de ordinario recogido en una gran pieza que tenía para sí diputada en el gran templo de *Vitzilipúztli*, donde decían le comunicaba mucho su ídolo hablando con él, y así presumía de muy religioso y devoto. Con estas partes[246] y con ser nobilísimo y de grande ánimo fue su elección muy fácil y breve, como en persona en quien todos tenían puestos los ojos para tal cargo.

Sabiendo[247] su elección, se fue a esconder al templo a aquella pieza para su recogimiento. Fuese por consideración del negocio tan arduo que era regir tanta gente, fuese (como yo más creo) por hipocresía y muestra[248] que no estimaba el imperio, allí en fin le hallaron y tomaron y llevaron con el acompañamiento y regocijo posible a su Consistorio. Venía él con tanta gravedad que todos decían le estaba bien su nombre de Mo **(p. 503)** tezuma, que quiere decir «señor sañudo». Hiciéronle gran reverencia los electores, diéronle noticia de su elección: fue de allí al brasero de los dioses a inciensar,[249] y luego ofrecer sus sacrificios sacándose sangre de orejas, molledos* y espinillas, como era costumbre. Pusiéronle sus atavíos de rey y, horadándole las narices por las ternillas, colgáronle dellas una esmeralda riquísima: usos bárbaros y penosos, mas el fausto[250] de mandar hacía no se sintiesen. Sentado después en su trono oyó las oraciones que le hicieron; que, según se usaba, eran con elegancia y artificio. La primera hizo el rey de Tezcoco, que por haberse conservado con fresca memoria y ser digna de oír la porné[251] aquí, y fue así:

«La gran ventura que ha alcanzado todo este reino, nobilísimo mancebo, en haber merecido tenerte a ti por cabeza de todo él, bien se deja entender por la facilidad y concordia de tu elección, y por la alegría tan general que todos por ella muestran. Tienen cierto muy gran razón, porque[252] está ya el imperio tan grande y tan dilatado que para regir un mundo como éste, y llevar carga de tanto peso, no se requiere menos fortaleza y brío que el de tu firme y animoso corazón; ni menos reposo, saber y prudencia que la tuya. Claramente veo yo que el omnipotente Dios ama esta ciudad, pues le ha dado luz para escoger lo que le convenía. Porque ¿quién dubda* que un príncipe que, antes de reinar, había investigado las nueve dobleces del cielo, ahora obligándole el cargo de su reino con tan vivo sentido no alcanzará las cosas de la tierra para acudir a su gente? ¿Quién dubda que el grande esfuerzo que has siempre valerosamente mostrado en casos de importancia, no te haya de sobrar ahora donde tanto es menester? ¿Quién pensará que en tanto valor haya de faltar remedio al huérfano y a la viuda? ¿Quién no se persuadirá que el imperio mexicano haya ya llegado a la (p. 504) cumbre de la autoridad, pues te comunicó el Señor de lo criado tanta[253] que en sólo verte la pones a quien te mira?

Alégrate, oh tierra dichosa, que te ha dado el Criador un príncipe que te será columna firme en que estribes, será padre y amparo de que te socorras, será más que hermano en la piedad y misericordia para con los suyos. Tienes, por cierto, rey que no tomará ocasión con el estado[254] para regalarse y estarse tendido en el lecho, ocupado en vicios y pasatiempos: antes* al mejor sueño le sobresaltará su corazón, y le dejará desvelado el cuidado que de ti ha de tener. El más sabroso bocado de su comida no sentirá, suspenso en imaginar en tu bien. Dime, pues, reino dichoso si tengo razón en decir que te regocijes y alientes con tal Rey.

Y tú, oh generosísimo mancebo y muy poderoso señor nuestro, ten confianza y buen ánimo: que, pues el Señor de todo lo criado te ha dado este oficio, también te dará su esfuerzo para tenerle. Y el que en todo el tiempo pasado ha sido tan liberal contigo puedes bien confiar que no te negará sus mayores dones, pues te ha puesto en mayor estado, del cual goces por muchos años y buenos».

Estuvo el rey Motezuma muy atento a este razonamiento, el cual acabado dicen se enterneció de suerte que, acometiendo a responder por tres veces, no pudo vencido de lágrimas; lágrimas que el proprio gusto suele bien derramar, guisando[xix] un modo de devoción salida de su proprio contentamiento con muestra de grande humildad. En fin reportándose, dijo brevemente.

»Harto ciego estuviera yo, buen rey de Tezcoco, si no viera y entendiera que las cosas que me has dicho ha sido puro favor que me has querido hacer, pues habiendo tantos hombres tan

244 le.
245 miembro, antes de ser rey.
246 = Con estas cualidades.
247 = Al conocer.
248 de.
249 «incensar» (1792, 1894, Mat.).
250 = «Grande ornato y pompa exterior» *(DRAE).* Es decir, la vanidad y emoción ante la solemne ocasión. Ver lámina 46 (códice Tovar)
251 «pondré» (1792, 1894)
252 «no que» (Mat.), en lugar de «porque».
253 autoridad.
254 real (de rey soberano).

nobles y generosos en este reino echastes mano para él[255] del menos suficiente, que soy yo. Y es cierto que siento tan pocas prendas en mí para negocio tan arduo que no sé qué me hacer, sino **(p. 505)** acudir al señor de lo criado que me favorezca y pedir a todos que se lo supliquen por mí».

Dichas estas palabras, se tornó a enternecer y llorar.

Capítulo 21

Cómo ordenó Motezuma el servicio de su casa, y la guerra que hizo para coronarse

Éste, que tales muestras de humildad y ternura dio en su elección, luego viéndose rey comenzó a descubrir sus pensamientos altivos. Lo primero, mandó que ningún plebeyo sirviese en su casa ni tuviese oficio real como hasta allí sus antepasados lo habían usado, en los cuales reprendió mucho haberse servido de algunos de bajo linaje; y quiso que todos los señores y gente ilustre estuviese en su palacio y ejerciese oficios de su casa y corte. A esto le contradijo un anciano de gran autoridad, ayo suyo que lo había criado, diciéndole que mirase que aquello tenía mucho inconveniente: porque era enajenar y apartar de sí todo el vulgo y gente plebeya, y ni aún mirarle a la cara no[256] osarían, viéndose así desechados. Replicó él que eso era lo que él quería, y que no había de consentir que anduviesen mezclados plebeyos y nobles, como hasta allí; y que el servicio que los tales hacían era cual ellos eran,[257] con que ninguna reputación ganaban los reyes. Finalmente se resolvió de modo que envió a mandar a su Consejo quitasen luego* todos los asientos y oficios que tenían los plebeyos en su casa y corte, y los diesen a caballeros; y así se hizo.

Tras esto, salió en persona a la empresa que para su coronación era necesaria. Habíase rebelado a la corona real una provincia muy remota, hacia el mar Océano del Norte:[258] llevó consigo a ella la flor de su gente, y todos muy lucidos y bien aderezados. Hizo la guerra con tanto valor y destreza que **(p. 506)** en breve tiempo sojuzgó toda la provincia y castigó rigurosamente los culpados, y volvió con grandísimo número de captivos para los sacrificios, y con otros despojos muchos. A la vuelta le hicieron todas las ciudades solemnes recebimientos, y los señores dellas le sirvieron agua a manos haciendo oficios de criados suyos, cosa que con ninguno de los pasados habían hecho: tanto era el temor y respeto que le habían cobrado.

En México se hicieron las fiestas de su coronación con tanto aparato de danzas, comedias, entremeses, luminarias, invenciones, diversos juegos y tanta riqueza de tributos traídos de todos sus reinos que concurrieron gentes extrañas y nunca vistas ni conocidas a México, y aún los mismos enemigos de mexicanos vinieron —disimulados— en gran número a verlas, como eran los de *Tlascála* y los de *Mechoacán.* Lo cual entendido[259] por Motezuma, los mandó aposentar y tratar regaladísimamente, como a su misma persona; y les hizo miradores[260] galanos —como los suyos— de donde viesen las fiestas, y de noche así ellos como el mismo rey entraban en ellas y hacían sus juegos y máscaras.[xx]

Y, porque se ha hecho mención destas provincias, es bien saber que jamás se quisieron rendir a los reyes de México *Mechoacán* ni *Tlascála* ni *Tepeaca*, antes* pelearon valerosamente; y algunas veces vencieron los de *Mechoacán* a los de México. Y lo mismo hicieron los de *Tepeaca*, donde el marqués don Fernando Cortés, después que le echaron a él y a los españoles de México, pretendió fundar la primera ciudad de españoles, que llamó —si bien me acuerdo— Segura de la Frontera; aunque permaneció poco aquella población, y con la conquista que después hizo de México se pasó a ella toda la gente española. En efecto, aquellos de *Tepeaca* y los de *Tlascála* y los de *Mechoacán* se tuvieron siempre en pie con[261] los mexicanos; aunque *Motezuma* dijo a Cortés que de propósito no los habían conquistado, por tener ejercicio de guerra y número de captivos.[262] **(p. 507)**

[255] = el reino.
[256] Hoy suprimiríamos este segundo «no».
[257] = malo, poco refinado.

[258] = Atlántico.
[259] = oído.
[260] = «Corredor, galería, pabellón o terrado para explayar la vista» (*DRAE*, 2).
[261] = «Tenerse en pie con» = mantener el estado de guerra *(DRAE).*
[262] Véase el libro V, cap. 20.

Capítulo 22

De las costumbres y grandeza de Motezuma

Dio[263] este Rey en hacerse respetar, y aún casi adorar como dios. Ningún plebeyo le había de mirar a la cara, y si lo hacía, moría por ello; jamás puso sus pies en el suelo sino siempre llevado en hombros de señores; y, si había de bajarse, le ponían una alfombra rica donde pisase. Cuando iba camino, había de ir él y los señores de su compaña por uno como parque[264] hecho de propósito, y toda la otra gente por de fuera del parque, a uno y otro lado. Jamás se vestía un vestido dos veces, ni comía ni bebía en una vasija o plato más de una vez: todo había de ser siempre nuevo, y de lo que una vez se había servido dábalo luego a sus criados, que con estos percances andaban ricos y lucidos.

Era en extremo amigo de que se guardasen sus leyes: acaecíale, cuando volvía con victoria de alguna guerra, fingir que iba a alguna recreación y disfrazarse, para ver si por no pensar que estaba presente se dejaba de hacer algo de la fiesta, o recibimiento: y, si en algo se excedía o faltaba, castigábalo sin remedio. Para saber cómo hacían su oficio sus ministros también se disfrazaba muchas veces, y aún echaba[265] quien ofreciese cohechos a sus jueces[266] o les provocase a cosa mal hecha: y, en cayendo en algo de esto, era luego sentencia de muerte con ellos. No curaba que fuesen señores, ni aún deudos ni aún proprios hermanos suyos, porque sin remisión moría el que delinquía. Su trato con los suyos era poco: raras veces se dejaba ver, estábase encerrado mucho tiempo y pensando en el gobierno de su reino.

Demás de ser justiciero y grave fue muy belicoso, y aún muy venturoso, y así alcanzó grandes victorias y llegó a toda aquella grandeza que, por estar ya escrita en historias de España, no me parece **(p. 508)** referir más. Y en lo que de aquí delante se dijere, sólo terné[267] cuidado de escribir lo que los libros y relaciones de los indios cuentan, de que nuestros escriptores españoles no hacen mención por no haber tanto entendido los secretos de aquella tierra; y son cosas muy dignas de ponderar, como ahora se verá.[xxi]

[263] = Se propuso.
[264] = «Terreno o sitio cercado y con plantas…» *(DRAE).*
[265] = mandaba.
[266] Repite Mat. «o les provocase cohechos a sus jueces».
[267] «tendré» (1792, 1894).

Capítulo 23

De los presagios y prodigios extraños* que acaecieron en México, antes de fenecerse su imperio

Aunque la divina escritura[268] nos veda el dar crédito a agüeros y pronósticos vanos, y Jeremías[269] nos advierte que de las señales del cielo no temamos como lo hacen los gentiles, pero enseña con todo eso la misma Escritura que, en algunas mudanzas universales y castigos que Dios quiere hacer, no son de despreciar las señales y monstruos y prodigios que suelen preceder muchas veces, como lo advierte Eusebio Cesariense.[270] Porque el mismo Señor de los cielos y de la tierra ordena semejantes extrañezas y novedades en el cielo y elementos y animales y otras criaturas suyas, para que en parte sean aviso a los hombres y en parte principio de castigo, con el temor y espanto que ponen.

En el segundo libro de los *Macabeos*[271] se escribe que, antes de aquella grande mudanza y perturbación del pueblo de Israel causada por la tiranía de Antíoco —llamado *Epífanes*, al cual intitulan las letras sagradas «raíz de pecado»—,[272] acaeció por cuarenta días enteros verse por toda Jerusalén grandes escuadrones de caballeros en el aire, que con armas doradas y sus lanzas y escudos y caballos feroces, y con las espadas sacadas tirándose e hiriéndose, escaramuzaban[273] unos con otros; y dicen que, viendo esto, los de Jerusalén

[268] *Deuteronomio* 18 *(nota del autor),* 10-11 (28, 9-11, Mat.): «No sea hallado en ti quien haga pasar su hija o su hija por el fuego, ni practicante de adivinaciones, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero ni fraguador de encantamientos, ni quien pregunte a Pitón ni mágico, ni quien pregunte a los muertos» (O'G.).
[269] *Jeremías* 10 *(nota del autor),* 2: «Así dijo Jehová: No aprendáis el camino de las gentes, ni de las señales del cielo tengáis temor, aunque las gentes las teman» (O'G.).
[270] *De Demonstratione Evangelica,* Libro 9, demonstración* I *(nota del autor).*
[271] 2 *Macabeos* 5 *(nota del autor)*, 2: «Y aconteció que en todo Jerusalén durante cuarenta días se vieron por el aire hombres de a caballo con armaduras doradas, armados de lanzas, como bandas de soldados» (O'G.).
[272] I *Macabeos* 1 *(nota del autor)*, 11: «Y salió de entre ellos una raíz de pecado, Antioco el ilustre. Hijo del rey Antioco, que había estado en Roma de rehén, y reinó en el cielo ciento treinta siete [años] del imperio de los griegos» (O'G.).
[273] = «Escaramuza, Género, pelea entre los jinetes o soldados de a caballo, que van picando de rodeo, acometiendo a veces y a veces huyendo con gran ligereza» *(DRAE).* Se parece mucho a la definición del Covarrubias.

suplicaban a Dios alzase su ira y que aquellos prodigios parasen en bien. **(p. 509)** En el *Libro de la Sabiduría* también, cuando quiso Dios sacar de Egipto a su pueblo y castigar a los egipcios, se refieren[274] algunas vistas y espantos de monstruos como de fuegos vistos a deshora, de gestos horribles que aparecían. Josefo, en los libros de *De Bello Judaico,* cuenta muchos y grandes prodigios que precedieron a la destrucción de Jerusalén y último cautiverio de la desventurada gente que, con tanta razón, tuvo a Dios por contrario. Y de Josefo tomó Eusebio Cesariense[275] y otros la misma relación, autorizando aquellos pronósticos. Los historiadores están llenos de semejantes observaciones en grandes mudanzas de estados o repúblicas, o religión. Y Paulo Orosio cuenta no pocas.

Sin dubda* no es vana su observancia. Porque, aunque el dar crédito ligeramente a pronósticos y señales es vanidad, y aún superstición prohibida por la ley de nuestro Dios, mas en cosas muy grandes y mudanza de naciones y reinos y leyes muy notables no es vano sino acertado creer que la sabiduría del Altísimo ordena o permite cosas que den como alguna nueva de lo que ha de ser, que sirva —como he dicho— a unos de aviso y a otros de parte de castigo; y a todos de indicio que el rey de los cielos tiene cuenta con las cosas de los hombres. El cual, como para la mayor mudanza del mundo —que será el día del Juicio— tiene ordenadas las mayores y más terribles señales que se pueden imaginar, así para denotar otras mudanzas menores (pero notables) en diversas partes del mundo no deja de dar algunas maravillosas muestras que, según la ley de su eterna Sabiduría, tiene dispuestas.

También se ha de entender que, aunque el demonio es padre de la mentira, pero a su pesar le hace el Rey de gloria confesar la verdad muchas veces; y aún él mismo, de puro miedo y despecho, la dice no pocas. Así daba voces en el desierto,[276] y por la boca **(p. 510)** de los endemoniados, que Jesús era el Salvador que había venido a destruille*. Así, por la Pitonisa,[277] decía[278] que Paulo predicaba el verdadero Dios. Así, apareciéndose y atormentando a la mujer de Pilato le hizo negociar por Jesús, varón justo. Así, otras historias —sin[279] la sagrada— refieren diversos testimonios de los ídolos en aprobación de la religión cristiana, de que Lactancio,[280] Próspero y otros hacen mención. Léase Eusebio en los libros *De la Preparación Evangélica*, y después en los de su[281] *Demonstración*, que trata desto largamente.

He dicho todo esto tan de propósito para que nadie desprecie lo que refieren las historias y anales de los indios cerca* de los prodigios extraños y pronósticos que tuvieron de acabarse su reino y el reino del demonio, a quien ellos adoraban juntamente: los cuales —así por haber pasado en tiempos muy cercanos cuya memoria está fresca,[xxii] como por ser muy conforme a buena razón que de una tan gran mudanza el demonio sagaz se recelase y lamentase, y Dios junto con esto comenzase a castigar a idólatras tan crueles y abominables— digo que me parecen dignos de crédito, y por tales los tengo y refiero aquí.

Pasa, pues, desta manera: que, habiendo reinado Motezuma en suma prosperidad muchos años y puesto en tan altos pensamientos que realmente se hacía servir y temer y aún adorar como si fuera dios, comenzó el Altísimo a castigarle y en parte avisarle con permitir que los mismos[282] demonios a quien adoraba le diesen tristísimos anuncios de la pérdida de su reino, y le atormentasen con pronósticos nunca vistos, de que él quedó tan melancólico y atónito que no sabía de sí. El ídolo de los de[283] *Cholóla*[284] —que se llama *Quezalcóatl*— anunció que venía gente extraña a poseer aquellos reinos. El rey de Tezcúco, que era gran mágico y tenía pacto con el demonio, **(p. 511)** vino a visitar a Motezuma a deshora[285] y le certificó que le habían dicho sus dioses que se le aparejaban[286] a él y a todo su reino grandes pérdidas y trabajos. Muchos hechiceros y brujos le iban a decir lo mismo, entre los cuales fue uno que muy en particular le dijo lo que después le vino a suceder, y estándole hablando advirtió que le faltaban[287] los dedos pulgares de los pies y manos. Disgustado de tales nuevas mandaba prender todos estos hechiceros, mas ellos se desaparecían presto de la prisión: de que el Motezuma tomaba tanta rabia que, no pudiendo matarlos, hacía matar sus mujeres e hijos y destruir sus casas y haciendas.

274 *Libro de la Sabiduría* 17 *(nota del autor)*, 6: «Apareció entre ellos un repentino fuego, terrible en grado sumo: y atemorizados con el miedo de ese rostro, que no se veía, creyeron peores las cosas que veían» (O'G.).

275 *Historia eclesiástica*, libro 1 *(nota del autor)*.

276 *Mateo* I (O'G. dice ¿?)y *Lucas* 4 *(Nota del autor)*, 41: «Y salían también demonios de muchos, dando voces y diciendo: «Tú eres el Cristo, Hijo de Dios»: mas Él riñéndolos no los dejaba hablar, porque sabían que Él era el Cristo» (O'G.).

277 = «Encantadora, hechicera. Úsase en la traducción de algunos lugares de la Escritura» (*DRAE,* 2).

278 *Actos* 16 *(nota del autor)*, 17: «Y aconteció que yendo nosotros a la oración, una muchacha que tenía espíritu pitónico, nos salió delante: la cual daba grandes ganancias a sus amos adivinando. Ésta, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces diciendo: «Estos hombres son siervos del Dios alto, los cuales os anuncian el camino de la salud» (O'G.).

279 recurrir, echar mano de.

280 «Lactancia» (Mat.).

281 Sin «su» (Mat.). Libro antes mencionado en este capítulo.

282 Sin «mismos» (Mat.).

283 Sin «de» (Mat.).

284 «Cholúla» dijo en libro V, cap 9, como decimos hoy.Y en cap. 30 de ese mismo libro emplea su derivado «cholutenses».

285 = «De repente, de improviso» *(DRAE).*

286 = «Preparaban» *(DRAE).*

287 a él mismo.

Viéndose acosado destos anuncios quiso aplacar la ira de sus dioses, y para esto dio en[288] traer una piedra grandísima para hacer sobre ella bravos sacrificios. Yendo a traerla muchísima gente con sus maromas y recaudo[289] no pudieron moverla, aunque porfiando quebraron muchas maromas muy gruesas; mas, como porfiasen todavía, oyeron una voz junto a la piedra[290] que no trabajasen en vano, que no podrían llevarla porque ya el señor de lo criado no quería que se hiciesen aquellas cosas. Oyendo esto Motezuma, mandó que allí se hiciesen los sacrificios. Dicen que tornó otra voz: «¿Ya no he dicho[291] que no es la voluntad del Señor de lo criado que se haga eso? Para que veáis que es así yo me dejaré llevar un rato, y después no podréis menearme». Fue así, que un rato la movieron con facilidad y después no hubo remedio, hasta que con muchos ruegos se dejó llevar hasta la entrada de la ciudad de México; donde súbito se cayó en una acequia y buscándola no pareció[292] más, si no fue en el proprio lugar de adonde la habían traído; que allí la tornaran a hallar, de que quedaron muy confusos y espantados.

Por este proprio* tiempo apareció en el Cielo una llama de fuego grandísima y muy resplandeciente, de figura piramidal, la cual **(p. 512)** comenzaba a aparecer a la media noche yendo subiendo, y al amanecer —cuando salía el sol— llegaba al puesto de mediodía, donde desaparecía. Mostróse deste modo cada noche por espacio de un año, y todas las veces que salía la gente daba grandes gritos —como acostumbran—[293] entendiendo era pronóstico de gran mal.

También una vez, sin haber lumbre en todo el templo ni fuera dél, se encendió todo sin haber trueno ni relámpago, y dando voces las guardas acudió muchísima gente con agua, y nada bastó hasta que se consumió todo: dicen que parecía que salía el fuego de los mismos maderos, y que ardía más con el agua. Vieron otrosí[294] salir un cometa, siendo de día claro, que corrió de Poniente a Oriente echando gran multitud de centellas: dicen era su figura de una cola muy larga, y al principio tres como cabezas.

La laguna grande que está entre México y Tezcoco, sin haber aire ni temblor de tierra ni otra ocasión alguna, súbitamente comenzó a hervir, creciendo a borbollones[295] tanto que todos los edificios que estaban cerca della, cayeron por el suelo. A este tiempo dicen se oyeron muchas voces como de mujer angustiada, que decía unas veces «¡Oh hijos míos!, que ya se ha llegado vuestra destrucción». Otras veces decía «¡Oh hijos míos!, ¿dónde os llevaré para que no os acabéis de perder?». Aparecieron también diversos monstruos con dos cabezas que, llevándolos delante del rey, desaparecían.

A todos estos monstruos vencen[296] dos muy extraño*s: uno fue, que los pescadores de la laguna tomaron un ave del tamaño de una grulla y de su color, pero de extraña hechura y no vista. Lleváronla a Motezuma: estaba a la sazón en los palacios que llamaban «de llanto y luto», todos teñidos de negro porque —como tenía diversos palacios para recreación— también los tenía para tiempo de pena. Y estaba[297] él con muy grande[298] por las amenazas que sus dio **(p. 513)** ses les hacían con tan tristes anuncios. Llegaron los pescadores a punto de mediodía y pusiéronle delante aquel ave, la cual tenía en lo alto de la cabeza una cosa como lúcida y transparente a manera de espejo, donde vio Motezuma que se parecían[299] los cielos y las estrellas, de que quedó admirado volviendo los ojos al Cielo, y no viendo estrellas en él. Tornando a mirar en aquel espejo vio que venía gente de guerra de hacia oriente, y que venía armada peleando y matando. Mandó llamar sus agoreros, que tenía muchos; y habiendo visto lo mismo y no sabiendo dar razón de lo que eran preguntados, al mejor tiempo[300] desapareció el ave que nunca más la vieron, de que quedó tristísimo y todo turbado el Motezuma.

Lo otro que sucedió fue que le vino a hablar un labrador, que tenía fama de hombre de bien y llano, y éste le refirió que estando el día antes haciendo su sementera vino una grandísima águila volando hacia él, y tomóle en peso sin lastimarle y llevóle a una cierta cueva, donde le metió diciendo el águila: «Poderosísimo señor, ya traje a quien me mandaste». Y el indio labrador miró a todas partes a ver con quién hablaba, y no vio a nadie; y en esto oyó una voz que le dijo: «¿Conoces a ese hombre que está ahí, tendido en el suelo?». Y mirando al suelo vio un hombre adormecido y muy vencido de sueño, con insignias reales y unas flores en la mano, con un pebete[301] de olor ardiendo según el uso de aquella tierra: y reconociéndole el labrador entendió que era el gran rey Motezuma. Respondió el labrador, luego de

288 = recurrió a.
289 = otros instrumentos necesarios.
290 diciendo.
291 Hoy diríamos «¿No he dicho ya…?».
292 = apareció.
293 «acostumbraban» (Mat.).
294 = además.
295 = «Salir con ímpetu» (*Covarrubias).*

296 = superan, exceden.
297 «en» (Mat.).
298 pena (falta en todos).
299 = aparecían.
300 = «A lo mejor» *(DRAE),* cuando le pareció.
301 = «Pasta hecha con polvos aromáticos, regularmente en figura de varilla, que encendida exhala un humo muy fragante» *(DRAE).*

haberle mirado: «Gran Señor, éste[302] parece a nuestro rey Motezuma». Tornó a sonar la voz:

> «Verdad dices, mírale cual está, tan dormido y descuidado de los grandes trabajos y males que han de venir sobre él. Ya es tiempo que pague las muchas ofensas que ha hecho a (p. 514) Dios y las tiranías de su gran soberbia, y está tan descuidado de esto y tan ciego en sus miserias que ya no siente. Y para que lo veas, toma ese pebete que tiene ardiendo en la mano, y pégaselo en el muslo, y verás que no siente.»

El pobre labrador no osó llegar ni hacer lo que decían, por el gran miedo que todos tenían a aquel rey. Mas tornó a decir la voz: «No temas, que yo soy más sin comparación que ese rey, yo le puedo destruir y defenderte a ti; por eso, haz lo que te mando». Con esto el villano, tomando el pebete de la mano del rey pegóselo ardiendo al muslo, y no se meneó ni mostró sentimiento. Hecho esto le dijo la voz que, pues vía[303] cuán dormido estaba aquel rey, que le fuese a despertar y le contase todo lo que había pasado; y que el águila, por él mismo mandada, le tornó a llevar en peso y le puso en el proprio lugar de donde le había traído. Y, en cumplimiento de lo que le había dicho, venía a avisarle. Dicen que se miró entonces Motezuma el muslo y vio que lo tenía quemado, que hasta entonces no lo había sentido, de que quedó en extremo triste y congojado.

Pudo ser que esto que el rústico refirió le hubiese a él pasado en imaginaria visión. Y no es increíble que Dios ordenase por medio de ángel bueno, o permitiese por medio de ángel malo, dar aquel aviso al rústico (aunque infiel) para castigo del rey. Pues semejantes apariciones leemos en la divina escritura[304] haberlas tenido también hombres infieles y pecadores como Nabucodonosor y Balam, y la pitonisa* de Saúl. Y[305] cuando algo destas cosas no hubiese acaecido tan puntualmente, a lo menos es cierto que Motezuma tuvo grandes tristezas y congojas, por muchos y varios anuncios de que su reino y su ley habían de acabarse presto. **(p. 515)**

302 se.

303 «veía» (todos, menos la Príncipe y Mat.).

304 *Daniel* II, 1; *Números* 22, 31 (22, 1, Mat); I *Reyes* 28, 7,5 *(nota del autor)*: «Y en el segundo año del reinado de Nabucodonosor, soñó Nabucodonosor sueños, y disturbóse su espíritu, y su sueño se huyó de él»; «Entonces Jehová abrió los ojos a Balaam, y vio al ángel de Jehová que estaba en el camino, y tenía su espada desnuda en su mano. Y Balaam hizo reverencia, e inclinóse sobre su rostro»; «Entonces Saúl dijo a sus criados: buscadme una mujer que tenga espíritu de Pitón, para que yo vaya a ella, y por medio de ella pregunte», etc. (O'G.).

305 aún.

Capítulo 24

De la nueva que tuvo Motezuma de los españoles que habían aportado a su tierra, y de la embajada que les envió

Pues a los catorce años del reinado de Motezuma, que fue en los 1.517 de nuestro Salvador, aparecieron en la mar del Norte unos navíos con gente de[306] que los moradores de la costa —que eran vasallos de Motezuma— recibieron grande admiración; y, queriendo satisfacerse más quién eran, fueron en unas canoas los indios a las naos llevando mucho refresco de comida y ropa rica, como que iban a vender. Los españoles les acogieron en sus naos y, en pago de las comidas y vestidos que les contentaron, les dieron unos sartales de piedras falsas —coloradas, azules, verdes, y amarillas—, las cuales creyeron los indios ser piedras preciosas. Y habiéndose informado los españoles de quién era su rey y de su gran potencia, les despidieron diciéndoles que llevasen aquellas piedras a su señor y dijesen que de presente[307] no podían ir a verle, pero que de presto volverían y se verían con él.

Con este recado fueron a México los de la costa llevando pintado en unos paños todo cuanto habían visto —y los navíos y hombres y su figura—, y juntamente las piedras que les habían dado. Quedó con este mensaje el rey Motezuma muy pensativo, y mandó no dijesen nada a nadie. Otro día juntó su Consejo y, mostrando los paños y los sartales, consultó qué se haría. Y revolvióse en dar orden a todas las costas de la mar que estuviesen en vela, y que cualquiera cosa que hubiese le avisasen.

Al año siguiente, que fue a la entrada del 18,[308] vieron asomar por la mar la flota en que vino el Marqués del Valle don Fernando Cortés con sus compañeros, de cuya nueva se turbó mucho Motezuma; y consultando con los suyos **(p. 516)** dijeron todos que sin falta era venido su antiguo y gran señor *Quetzalcóatl*, que él había dicho volvería: y que así venía de la parte de Oriente, adonde se había ido. Hubo entre aquellos indios una opinión:[309] que un gran príncipe

306 la.

307 = por el momento, en persona.

308 = 1518.

309 = tradición.

les había en tiempos pasados dejado, y prometido que volvería, de cuyo fundamento se dirá en otra parte.[xxiii] En fin, enviaron cinco embajadores principales con presentes ricos a darles la bienvenida, diciéndoles que ellos sabían que su gran señor *Quetzalcóatl* venía allí, y que su siervo *Motezuma* le enviaba a visitar teniéndose por siervo suyo.

Entendieron los españoles este mensaje por medio de Marina, india que traían consigo que sabía la lengua mexicana. Y, pareciéndole a Hernando Cortés que era buena ocasión aquélla para su entrada en México, hizo que le aderezasen muy bien su aposento: y, puesto él con gran autoridad y ornato, mandó entrar los embajadores. A los cuales no les faltó sino adoralle* por su dios: diéronle su embajada, diciendo que su siervo *Motezuma* le enviaba a visitar y que como teniente suyo le tenía la tierra en su nombre, y que ya sabía que él era el *Topilcin*, que les había prometido muchos años había[310] volver a vellos*, y que allí le traían de aquellas ropas que él solía vestirse, cuando andaba entre ellos; que le pedían las tomase, ofreciéndole muchos y muy buenos presentes. Respondió Cortés aceptando las ofertas y dando a entender que él era el que decía, de que quedaron muy contentos viéndose tratar por él con gran amor y benevolencia (que en esto, como en otras cosas, fue digno de alabanza este valeroso capitán).[xxiv]

Y si su traza* fuera adelante, que era por bien ganar aquella gente, parece que se había ofrecido la mejor coyuntura que se podía pensar para sujetar al Evangelio con paz y amor toda aquella tierra. Pero los pecados de aquellos crueles homicidas y esclavos de Satanás pedían ser castigados del cie **(p. 517)** lo, y los de muchos españoles no eran pocos:[xxv] y así los juicios altos de Dios dispusieron la salud de las gentes, cortando primero las raíces dañadas. Y, como dice el Apóstol,[311] «la maldad y ceguera de los unos fue la salvación de los otros».

En efecto el día siguiente, después de la embajada dicha, vinieron a la[312] capitana[313] los capitanes y gente principal de la flota. Y entendiendo el negocio, y cuán poderoso y rico era el reino de *Motezuma*, parecióles que importaba cobrar reputación de bravos y valientes con aquella gente: y que así, aunque eran pocos, serían temidos y recibidos en México. Para esto hicieron soltar[314] toda la artillería de las naos y, como era cosa jamás vista por los indios, quedaron tan atemorizados como si se cayera el Cielo sobre ellos. Después los soldados dieron en desafiallos* a que peleasen con ellos y, no se atreviendo los indios, los denostaron y trataron mal mostrándoles sus espadas, lanzas, gorgujes,[315] partesanas[316] y otras armas, con que mucho los espantaron. Salieron tan escandalizados y atemorizados los pobres indios que mudaron del todo opinión, diciendo que allí no venía su rey y señor *Topilcin* sino dioses y enemigos suyos para destruirlos.

Cuando llegaron a México, estaba Motezuma en la casa de Audiencia. Y, antes que le diesen la embajada, mandó el desventurado sacrificar en su presencia número de hombres y con la sangre de los sacrificios rociar a los embajadores, pensando con esta ceremonia (que usaban en solemnísimas embajadas) tenerla buena. Mas, oída toda la relación e información de la forma de navíos, gente y armas, quedó del todo confuso y perplejo. Y, habido su consejo, no halló otro mejor medio que procurar estorbar la llegada de aquellos extranjeros por artes mágicas y conjuros. Solíanse valer destos medios muchas veces, porque era grande el trato que tenían con el diablo, con **(p. 518)** cuya ayuda conseguían muchas veces efectos extraño*s. Juntáronse, pues, los hechiceros, magos y encantadores, y persuadidos de *Motezuma* tomaron a su cargo el hacer volver aquella gente a su tierra. Y para esto fueron hasta ciertos puestos[317] que para invocar a los demonios y usar su arte les pareció cosa digna de consideración. Hicieron cuanto pudieron y supieron: viendo que ninguna cosa les empecía[318] a los cristianos, volvieron a su rey diciendo que aquellos eran más que hombres, porque nada les dañaba de todos sus conjuros y encantos.

Aquí ya le pareció a *Motezuma* echar por otro camino: y fingiendo contento de su venida, envió a mandar en todos sus reinos que sirviesen a aquellos dioses celestiales que habían venido a su tierra: todo el pueblo estaba en grandísima tristeza y sobresalto. Venían nuevas a menudo que los españoles preguntaban mucho por el rey y por su modo de proceder, y por su casa y hacienda. Desto él se congojaba en demasía, y aconsejándole los suyos y otros nigrománticos que se escondiese, y ofreciéndole que ellos le pornían[319]

[310] = «hacía», diríamos hoy.

[311] Pablo, *Epístola a los Romanos* 11 *(nota del autor)*, 25: «Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seais acerca de vosotros mismos arrogantes: y es que el endurecimiento en parte ha acontecido en Israel, para que entretanto entrase la plenitud de los Gentiles».

[312] nave.

[313] = «Nave en que va embarcado y arbola su insignia el jefe de la escuadra» *(DRAE).*

[314] = disparar.

[315] = «Gorguz (del griego *gergit*, lanza) 1. Especie de dardo, venablo o lanza corta… 3. México, puya, punta» *(DRAE).*

[316] = «(Del italiano *partigiana*) Arma ofensiva, a modo de alabarda, con el hierro muy grande, ancho, cortante por ambos lados… y encajado en un asta de madera fuerte... y regatón de hierro» *(DRAE).*

[317] = «Lugar o sitio señalado o determinado para la ejecución de una cosa» (*DRAE,* 5).

[318] = «Empecer (Del latín *impediscere*, de *impedire*, impedir)… 2, intransitivo. Impedir, obstar» *(DRAE).*

[319] «pondrían» (1792, 1894).

donde criatura[320] no pudiese hallarle, parecióle bajeza y determinó aguardar aunque fuese muriendo. Y, en fin, se pasó de sus casas reales a otras, por dejar su palacio para aposentar en él a aquellos «dioses», como ellos decían.

Capítulo 25
De la entrada de los españoles en México

No pretendo tratar los hechos de los españoles que ganaron a la Nueva España ni los sucesos extraños que tuvieron, ni el ánimo y valor invencible de su capitán don Fernando Cortés: porque desto hay ya muchas historias y relaciones. Y las que el mismo Fernando Cortés **(p. 519)** escribió al emperador Carlos Quinto, aunque con estilo llano y ajeno de arrogancia, dan suficiente noticia de lo que pasó, y fue mucho y muy digno de perpetua memoria. Sólo, para cumplir con mi intento, resta decir lo que los indios refieren deste caso, que no anda en letras españolas hasta el presente.[xxvi]

Sabiendo, pues, *Motezuma* las victorias del capitán y que venía marchando en demanda suya, y que se había confederado con los de *Tlascála* —sus capitales enemigos— y hecho un duro castigo en los de *Cholóla* —sus amigos—, pensó engañarle o proballe* con enviar con sus insignias y aparato un principal que se fingiese ser *Motezuma*. Cuya ficción, entendida por el Marqués de los de *Tlascála* que venían en su compañía, envióle con una prudente reprehensión por haberle querido engañar, de que quedó confuso Moctezuma.

Y, con el temor desto dando vueltas a su pensamiento, tornó a intentar hacer volver a los cristianos por medio de hechiceros y encantadores. Para lo cual juntó muchos más que la primera vez, amenazándoles que les quitaría las vidas, si le[321] volvían sin hacer el efecto a que los enviaba: prometieron hacerlo. Fueron una cuadrilla* grandísima destos oficiales diabólicos al camino de *Chalco*, que era por donde venían los españoles. Subiendo por una cuesta arriba aparecióles *Tezcatlipúca*, uno de sus principales dioses, que venía de hacia el real[322] de los españoles en hábito de los *chalcas,* y traía ceñidos los pechos con ocho vueltas de una soga de esparto: venía como fuera de sí, y como hombre embriagado de coraje y rabia. En llegando al escuadrón de los nigrománticos y hechiceros paróse, y díjoles con grandísimo enojo:

»¿Para qué volvéis vosotros acá, qué pretende Motezuma por vuestro medio? Tarde ha acordado, que ya está determinado que le quiten su reino y su honra y cuanto tiene, por las tiranías grandes que ha cometido contra sus **(p. 520)** vasallos, pues no ha regido como señor sino como tirano traidor.»

Oyendo estas palabras conocieron los hechiceros que era su ídolo, y humilláronse ante él y allí le compusieron un altar de piedra y le cubrieron de flores que por allí había. El, no haciendo caso desto, les tornó a reñir diciendo: «¿A qué vinistes aquí, traidores? Volvéos, volveos luego*, y mirad a México por que sepáis lo que ha de ser della». Dicen que volvieron a mirar a[323] México, y que la vieron arder y abrasarse toda en vivas llamas. Con esto el demonio desapareció, y ellos no osando pasar adelante dieron noticia a *Motezuma*, el cual por un rato no pudo hablar palabra mirando pensativo al suelo. Pasado aquel tiempo, dijo:

«Pues ¿qué hemos de hacer, si los dioses y nuestros amigos no nos favorecen, antes* prosperan[324] a nuestros enemigos? Ya yo estoy determinado, y determinémonos todos que —venga lo que viniere— que no hemos de huir ni nos hemos de esconder ni mostrar cobardía. Compadézcome de los viejos, niños y niñas que no tienen pies ni manos para se defender.»

Y diciendo esto calló, porque se comenzaba a enternecer.[325] En fin acercándose el Marqués a México, acordó *Motezuma* hacer de la necesidad virtud y salióle a recibir como tres cuartos de legua de la ciudad, yendo con mucha majestad y llevado en hombros de cuatro señores, y él cubierto de un rico palio de oro y plumería. Al tiempo de encontrarse bajó el *Motezuma* y ambos se saludaron muy cortésmente, y don Fernando Cortés le dijo estuviese sin pena, que su venida no era para quitarle ni disminuirle su reino. Aposentó *Motezuma* a Cortés y a sus compañeros en su palacio principal, que lo era mucho,[xxvii] y él fue a otras casas suyas; aquella noche los

[320] = persona alguna.
[321] = se.
[322] = «El ejército, y particularmente el lugar donde está el rey y tiene su tienda» (*Covarrubias).*
[323] la ciudad de.
[324] = «Ocasionar prosperidad» *(DRAE).*
[325] = «Ablandar… mover a compasión» (*Covarrubias).*

soldados jugaron[326] la artillería por regocijo, de que no poco se asombraron los indios, no hechos a semejante músi **(p. 521)** ca.

El día siguiente juntó Cortés en una gran sala a *Motezuma* y a los señores de su Corte, y juntos les dijo —sentado él en su silla— que él era criado de un gran príncipe que le había mandado ir por aquellas tierras a hacer bien, y que había en ellas hallado a los de *Tlascála* —que eran sus amigos— muy quejosos de los agravios que les hacían siempre los de México; y que quería entender quién tenía la culpa, y confederarlos para que no se hiciesen mal unos a otros de ahí adelante, y que él y sus hermanos —que eran los españoles— estarían allí sin hacerles daño, antes* les ayudarían lo que pudiesen. Este razonamiento procuró le entendiesen todos bien, usando de sus intérpretes: lo cual percibido por el rey y los demás señores mexicanos, fue grande el contento que tuvieron y las muestras de amistad que a Cortés y a los demás dieron.

Es opinión de muchos que, como aquel día quedó el negocio puesto, pudieran con facilidad hacer del rey y reino lo que quisieran, y darles la ley de Cristo con gran satisfacción y paz.[xxviii] Mas los juicios de Dios son altos y los pecados de ambas partes muchos, y así se rodeó[327] la cosa muy diferente, aunque al cabo salió Dios con su intento de hacer misericordia a aquella nación con la luz de su Evangelio, habiendo primero hecho juicio y castigo de los que lo merecían en su divino acatamiento.

En efecto, hubo ocasiones con que de la una parte a la otra nacieron sospechas y quejas y agravios; y, viendo enajenados los ánimos de los indios, a Cortés le pareció asegurarse con echar mano del rey *Motezuma,* y prenderle y echarle grillos: hecho que espanta al mundo, igual al otro[328] suyo de quemar los navíos y encerrarse entre sus enemigos a vencer o morir. Lo peor de todo fue que, por ocasión de la venida impertinente de un[329] Pánfilo de Narváez a la[330] Veracruz para alterar la tierra, hubo Cortés de **(p. 522)** hacer ausencia de México y dejar al pobre *Motezuma* en poder de sus compañeros, que ni[331] tenían la discreción ni moderación que él. Y así vino la cosa a términos de total rompimiento, sin haber medio ninguno de paz.

326 = usaron. «Tratándose de armas blancas o de fuego, hacer de ellas el uso a que están destinadas» (*DRAE,* s.v. jugar, 10).
327 = abordó, desplegó, desarrolló.
328 hecho, hazaña.
329 tal.
330 población de.
331 = no (proponemos).

Capítulo 26

De la muerte de Motezuma, y salida de los españoles de México

En la ausencia de Cortés, de México, pareció al que quedó en su lugar hacer un castigo en los mexicanos, y fue tan excesivo y murió tanta nobleza en un gran *mitote* —o baile— que hicieron en palacio que todo el pueblo se alborotó y con furiosa rabia tomaron armas para vengarse y matar a los españoles: y así les cercaron la casa y apretaron reciamente, sin que bastase el daño que recibían de la artillería y ballestas,[332] que era grande, a desvialles* de su porfía. Duraron en esto muchos días, quitándoles los bastimentos[333] y no dejando entrar ni salir criatura. Peleaban con piedras, dardos arrojadizos,[334] su modo de lanzas y espadas: que son unos garrotes en que tienen cuatro o seis navajas agudísimas, y tales que en estas refriegas refieren las historias que de un golpe destas navajas llevó un indio a cercén[335] todo el cuello de un caballo.

Como un día peleasen con esta determinación y furia, para quietalles*[336] hicieron los españoles subir a *Motezuma* con otro principal a lo alto de una azotea, amparados con las rodelas* de los soldados que iban con ellos. En viendo a su señor *Motezuma* pararon todos, y tuvieron grande silencio. Díjoles entonces *Motezuma,* por medio de aquel principal a voces, que se sosegasen y que no hiciesen guerra a los españoles, pues estando él preso, como veían, no les había de aprovechar. Oyendo esto un mozo generoso lla **(p. 523)** mado *Cuauhtémoc* ,[337] a quien ya trataban de levantar por su rey, dijo a voces a *Motezuma* que se fuese para bellaco[338] pues había sido tan cobarde, y que no le habían ya de obedecer sino darle el castigo que merecía, llamándole[339] —por más afrenta— de mujer. Con esto, enarcando su arco comenzó a tirarle flechas, y el pueblo volvió a tirar piedras y proseguir su combate. Dicen muchos que esta vez le dieron a Motezuma una pedrada, de que murió. Los indios de

332 = «Arma conocida, y después de la invención de la pólvora no tan usada como en tiempos atrás… con ella se arrojan las saetas. Y también… piedras gruesas» (*Covarrubias).*
333 Es decir, dejándoles de alimentar. «Provisión para sustento de una ciudad, ejército, etc.» (*DRAE,* s.v. 2).
334 y.
335 = «Enteramente y en redondo» *(DRAE).*
336 = «quietarles» (1792, 1894), tranquilizarles.
337 *Quicuxtemoc* (todos), tal vez por confusión del copista.
338 = «El malo y de ruines respetos… que ni teme a dios ni a las gentes» (*Covarrubias)*: que le despedían por ello, «por bellaco».
339 = tildándole, tratándole.

México afirman que no hubo tal, sino que después murió,[340] [de] la muerte que luego diré.

Como se vieron tan apretados, Alvarado y los demás enviaron al capitán Cortés aviso del gran peligro en que estaban. Y él, habiendo con maravillosa destreza y valor puesto recaudo[341] en el Narváez y cogídole para sí la mayor parte de su gente, vino a grandes jornadas a socorrer a los suyos a México. Y aguardando a tiempo[342] que los indios estuviesen descansando —porque era su uso en la guerra cada cuatro días descansar uno— con maña y esfuerzo entró hasta ponerse[343] con el socorro en las casas reales, donde se habían hecho fuertes los españoles. Por lo cual hicieron muchas alegrías y jugaron* la artillería.

Mas como la rabia de los mexicanos creciese sin haber medio para sosegarlos, y los bastimentos les fuesen faltando del todo,[344] viendo que no había esperanza de más defensa acordó el capitán Cortés salirse una noche a cencerros atapados:[345] y habiendo hecho unos puentes de madera para pasar dos acequias grandísimas y muy peligrosas, salió con muy grande silencio a media noche. Y habiendo ya pasado gran parte de la gente la primera acequia, antes de pasar la segunda fueron sentidos de una india, la cual fue dando grandes voces que se iban sus enemigos; y a las voces se convocó y acudió todo el pueblo con terrible furia. De modo que, al pasar la segunda acequia, **(p. 524)** de heridos y atropellados cayeron muertos más de trescientos, adonde está hoy una ermita que —impertinentemente y sin razón—[xxix] la llaman «de los mártires». Muchos, por guarecer el oro y joyas que tenían, no pudieron escapar; otros, deteniéndose en recogello* y traerlo*, fueron presos por los mexicanos y cruelmente sacrificados ante sus ídolos.

Al rey Motezuma hallaron los mexicanos muerto y pasado —según dicen— de puñaladas, y es su opinión que aquella noche le mataron los españoles con otros principales. El Marqués, en la relación que envió al Emperador, antes* dice que a un hijo de Motezuma, que él llevaba consigo, con otros nobles le mataron aquella noche los mexicanos; y dice que toda la riqueza de oro y piedras y plata que llevaban se cayó en la laguna, donde nunca más pareció. Como quiera que sea, Motezuma acabó miserablemente y de su gran soberbia y tiranías pagó el justo juicio del Señor de los cielos, lo que merecía. Porque, viniendo a poder de los indios su cuerpo, no quisieron hacerle exequias de rey ni aún de hombre común, desechándole con gran desprecio y enojo. Un criado suyo, doliéndose de tanta desventura de un rey temido y adorado antes como dios, allá le hizo una hoguera y puso sus cenizas donde pudo, en lugar harto desechado.

Volviendo a los españoles que escaparon, pasaron grandísima fatiga y trabajo porque los indios les fueron siguiendo obstinadamente dos ó tres días sin dejarles reposar un momento, y ellos iban tan fatigados[346] de comida que muy pocos granos de maíz se repartían para comer. Las relaciones de los españoles, y las de los indios concuerdan en que aquí les libró nuestro Señor por milagro, defendiéndoles la madre de misericordia y reina del cielo María maravillosamente en un cerrillo, donde a tres leguas de México está hasta el día de **(p. 525)** hoy fundada una iglesia en memoria de esto, con título Nuestra Señora del[347] Socorro.

Fuéronse a los amigos de Tlascala, donde se rehicieron, y con su ayuda y con el admirable valor y gran traza* de Fernando Cortés volvieron a hacer la guerra a México por mar y tierra, con la invención de los bergantines que echaron a la laguna. Y, después de muchos combates y más de sesenta peleas peligrosísimas, vinieron a ganar del todo la ciudad[348] día de san Hipólito, a 13 de agosto de 1521 años. El último rey de los mexicanos, habiendo porfiadísimamente sustentado la guerra, a lo último fue tomado en una canoa grande donde iba huyendo, y traído con otros principales ante Fernando Cortés. El reyezuelo, con extraño* valor, arrancando una daga se llegó a Cortés y le dijo: «Hasta ahora yo he hecho lo que he podido en defensa de los míos. Ahora no debo más sino darte ésta, y que con ella me mates luego». Respondió Cortés que él no quería matarle ni había sido su intención de dañarles, mas que su porfía tan loca tenía la culpa de tanto mal y destrucción como habían padecido. Que bien sabían cuántas veces les habían requerido con la paz y amistad. Con esto, le mandó poner guardia y tratar muy bien a él y a todos los demás que habían escapado.

Sucedieron en esta conquista de México muchas cosas maravillosas, y no tengo por mentira ni por encarecimiento lo que dicen los que escriben que favoreció Dios el negocio de los españoles con muchos milagros; y, sin el favor del cielo, era imposible vencerse tantas dificultades y allanarse toda la tierra al mando de tan pocos hombres. Porque, aunque nosotros fuésemos pecadores e indignos de tal favor, la causa de Dios y gloria de nuestra fe y bien de tantos millares de almas como

[340] = murió más tarde. Lo explica en este mismo capítulo, pareciendo su autor creer la versión indígena.

[341] = «Seguridad. *Puesto a recaudo* = custodiado» *(DRAE).*

[342] apropiado, en.

[343] = infiltrarse.

[344] a los españoles.

[345] = «*A cencerros atapados*. Loc. adv. Rellenando con yerbas u otra cosa, para que no suenen, los cencerros de las reses, por lo común cuando entran a comer sementeras o pastos del ganado de otro dueño. s. v. 2, fig. y fam. Callada y cautelosamente» *(DRAE).*

[346] = agotados por falta.

[347] de el (Príncipe).

[348] el.

de aquellas naciones tenía el Señor predestinadas requería que para la **(p. 526)** mudanza que vemos[349] se pusiesen medios sobrenaturales, y proprios del que llama a su conocimiento a los ciegos y presos, y les da luz y libertad con su sagrado Evangelio. Y, porque esto mejor se crea y entienda, referiré algunos ejemplos que me parecen a propósito desta historia.

Capítulo 27

De algunos milagros que en las Indias ha obrado Dios en favor de la fe, sin méritos de los que los obraron

Sancta Cruz de la Sierra es una provincia muy apartada y grande, en los reinos del Pirú, que tiene vecindad con diversas naciones de infieles que aún no tienen luz del Evangelio, si de los años[350] acá que han ido padres de nuestra Compañía con ese intento no se la han dado. Pero la misma provincia es de cristianos, y hay en ella españoles y[351] indios bautizados en mucha cantidad.

La manera en que entró allá la cristiandad fue ésta. Un soldado de ruin vida y facineroso[352] en la provincia de los Charcas, por temor de la justicia que por sus delictos le buscaba entró mucho la tierra adentro y fue acogido de los bárbaros de aquella tierra: a los cuales, viendo el español que pasaban gran necesidad por falta de agua y que para que lloviese hacían muchas supersticiones —como ellos usan—, díjoles que si ellos hacían lo que él les diría, que luego llovería. Ellos ofrecieron hacerlo de buena gana. El soldado con esto hizo una grande cruz y púsola en alto,[353] y mandóles que adorasen allí y pidiesen agua, y ellos lo hicieron así. Cosa maravillosa, cargó[354] luego tan copiosísima lluvia que los indios cobraron tanta devoción a la sancta cruz que acudían a ella con todas sus necesidades, y alcanzaban lo que pedían: tanto que vinieron a derribar sus ídolos y a traer la cruz por insignia, y pe **(p. 527)** dir predicadores que les[355] enseñasen y bautizasen, y la misma provincia se intitula hasta hoy por eso Sancta Cruz de la Sierra. Mas, porque se vea por quién obraba Dios estas maravillas, es bien decir cómo el sobredicho soldado —después de haber algunos años hecho estos milagros de Apóstol, no mejorando su vida— salió a la provincia de los Charcas, y haciendo de las suyas fue en Potosí públicamente puesto en la horca. Polo, que le debía de conocer bien, escribe todo esto como cosa notoria que pasó en su tiempo.[xxx]

En la peregrinación extraña que escribe Cabeza de Vaca —el que fue después gobernador en el Paraguay— que le sucedió en la Florida con otros dos o tres compañeros que sólos quedaron de una armada, en que pasaron diez años en tierras de bárbaros penetrando hasta la mar del Sur*, cuenta —y es autor fidedigno— que, compeliéndoles los bárbaros a que les curasen de ciertas enfermedades —y que, si no lo hacían, les quitarían la vida, no sabiendo ellos parte[356] de medicina ni teniendo aparejo* para ella— compelidos de la necesidad se hicieron médicos evangélicos, y diciendo las oraciones de la Iglesia y haciendo la señal de la cruz sanaron aquellos enfermos. De cuya fama hubieron de proseguir el mismo oficio por todos los pueblos, que fueron innumerables, concurriendo el Señor maravillosamente de suerte que ellos se admiraban de sí mismos, siendo hombres de vida común, y el uno dellos un negro.[xxxi]

Lancero fue en el Pirú un soldado, que no se saben dél más méritos[357] de ser soldado. Decía sobre las heridas ciertas palabras buenas haciendo la señal de la cruz, y sanaban luego*: de donde vino a decirse, como por refrán, «el salmo de Lancero». Y, examinado por los que tienen en la iglesia autoridad, fue aprobado su hecho y oficio.

En la ciudad del Cuzco, cuando estuvieron los españoles cercados y en tanto aprieto **(p. 528)** que sin ayuda del cielo fuera imposible escapar, cuentan personas fidedignas —y yo se lo oí— que echando los indios fuego arrojadizo sobre el techo de la morada de los españoles —que era donde es ahora la iglesia mayor—,[358] siendo el techo de cierta paja que allá llaman *icho*[359] y siendo los hachos[360] de tea muy grandes, jamás prendió ni quemó cosa[361] porque una Señora que estaba en lo alto apagaba el fuego luego*, y esto visiblemente lo vieron los indios y lo dijeron muy admirados.

Por relaciones de muchos y por historias que hay, se sabe de cierto que en diversas batallas que los españoles tuvieron

[349] se produjo.
[350] hasta.
[351] O'G. y Alc. eliminan «y», cambiando el sentido de la frase.
[352] = «Facinoroso. Hombre que en la república ha cometido grandes delitos y tiene inclinación de continuarlos» (*Covarrubias)*. Hoy, pendenciero.
[353] «lo alto» (Mat.), cambiando el sentido.
[354] = cayó.
[355] «le» (Mat.).
[356] = nada, ¿arte?
[357] que el.
[358] = Catedral de Cuzco.
[359] «chicho» (O'G. y Alc.). Véase en cap. 12 del libro IV, brevemente aludida.
[360] = «Manojo de paja o esparto encendido para alumbrar» *(DRAE).*
[361] alguna.

—así en la Nueva España como en el Pirú— vieron los indios contrarios, en el aire, un caballero con la espada en la mano en un caballo blanco peleando por los españoles: de donde ha sido y es tan grande la veneración que en todas las Indias tienen al glorioso apóstol Sanctiago. Otras veces vieron en tales conflictos la imagen de Nuestra Señora, de quien los cristianos en aquellas partes han recibido incomparables beneficios. Y, si estas obras del cielo se hubiesen de referir por extenso como han pasado, sería relación muy larga.

Baste haber tocado esto con ocasión de la merced que la Reina de la Gloria hizo a los nuestros cuando iban apretados y perseguidos de los mexicanos: lo cual todo se ha dicho para que se entienda que ha tenido Nuestro Señor cuidado de favorecer la fe y religión cristiana defendiendo a los que la tenían, aunque ellos por ventura* no mereciesen por sus obras semejantes regalos y favores del cielo.

Junto con esto es bien que no se condenen tan absolutamente todas las cosas de los primeros conquistadores de las Indias, como algunos letrados y religiosos han hecho con buen celo, sin dubda*, pero demasiado. Porque, aunque por la mayor parte sin dubda* fueron hombres codiciosos y ásperos y muy ignorantes del modo de proceder que se había de tener entre infieles que jamás habían ofendido a los cristianos, pero tampoco se puede negar que de parte de los infieles hubo muchas maldades contra Dios y contra los nuestros que les obligaron a usar de rigor y de castigo. Y lo que es más: el Señor de todo, aunque los fieles fueron pecadores, quiso favorecer su causa y partido para bien de los mismos infieles que habían de convertirse después —por esa ocasión— al sancto* evangelio, porque los caminos de Dios son altos y sus trazas maravillosas.[xxxii]

Capítulo 28 y último

De la disposición que la divina providencia ordenó en Indias para la entrada de la religión cristiana en ellas

Quiero dar fin a esta historia de Indias con declarar la admirable traza* con que Dios dispuso y preparó la entrada del Evangelio en ellas, que es mucho de considerar para alabar y engrandecer el saber y bondad del Criador.

Por la relación y discurso que en estos libros he escripto podrá cualquiera entender que, así en el Pirú como en la Nueva España, al tiempo que entraron los cristianos habían llegado[362] aquellos reinos a lo sumo y estaban en la cumbre de su pujanza: pues los *ingas* poseían en el Pirú desde el reino de Chile hasta pasado el de Quito —que son mil leguas— y estaban tan servidos y ricos de oro y plata y todas riquezas; y en México *Motezuma* imperaba desde el mar Océano del Norte* hasta el mar del Sur*, siendo temido y adorado no como hombre sino como Dios. A este tiempo juzgó el Altísimo que aquella piedra de Daniel[363] —que quebrantó los **(p. 530)** reinos y monarquías del mundo— quebrantase también los de estotro nuevo; y así como la ley de Cristo vino cuando la monarquía de Roma había llegado a su cumbre, así también fue en las Indias Occidentales.

Y verdaderamente fue suma providencia del Señor. Porque el haber en el orbe una cabeza y un señor temporal (como notan los sagrados doctores)[364] hizo que el Evangelio se pudiese comunicar con facilidad a tantas gentes y naciones. Y lo mismo sucedió en las Indias, donde el haber llegado la noticia de Cristo a las cabezas de tantos reinos y gentes hizo que con facilidad pasase por todas ellas.

Y aún hay aquí un particular notable: que, como[365] iban los señores de México y del Cuzco conquistando tierras, iban también introduciendo su lengua: porque, aunque hubo y hay muy gran diversidad de lenguas particulares y proprias, pero la lengua cortesana del Cuzco corrió y corre hoy día más de mil leguas, y la de México debe correr poco menos.[xxxiii] Lo cual, para facilitar la predicación en tiempo que los predicadores no reciben el don de lenguas como antiguamente, no ha importado poco sino muy mucho. De cuánta ayuda haya sido para la predicación y conversión de las gentes la grandeza de estos dos imperios, que he dicho, mírelo quien quisiere en la suma dificultad que se ha experimentado en reducir a Cristo los indios que no reconocen un señor: véanlo en la Florida y en el Brasil, y en los Andes* y en otras cien partes, donde no se ha hecho tanto efecto en cincuenta años como en el Pirú y Nueva España en menos de cinco se hizo.

Si dicen que el ser rica esa tierra fue la causa, yo no lo niego; pero esa riqueza era imposible habella* ni conservalla*,

[362] Con «a»(O'G. y Alc.), alterando el significado.

[363] *Daniel* 2 *(nota del autor)*, 31-36 (O'G., solo 34): «Tú, oh rey, tuviste esta visión: ante ti se levantaba una estatua muy grande, de extraordinario esplendor y aspecto terrible… Tú seguías mirando; de pronto una piedra se desprendió de un monte sin intervención humana alguna, ahora diremos ante el rey su significado» (S. Pablo).

[364] Fundamentalmente S. Agustín, pero aquí no lo cita, refiriéndose al contexto imperial romano de la llegada del cristianismo.

[365] = a medida que.

si no hubiera monarquía. Y eso mismo es traza* de Dios, en tiempo que los predicadores del E **(p. 531)** vangelio somos tan fríos y faltos de espíritu, que haya[366] mercaderes y soldados que con el calor de la cudicia* y del mundo busquen y hallen nuevas gentes donde pasemos con nuestra mercadería.[367] Pues, como san Augustin[368] dice, «la profecía de Isaías se cumplió en dilatarse la iglesia de Cristo no sólo a la diestra sino también a la siniestra», que es —como él declara— crecer por medios humanos y terrenos de hombres que más se buscan a sí que a Jesucristo.

Fue también gran providencia del Señor que, cuando fueron los primeros españoles, hallaron ayuda en los mismos indios por haber parcialidades y grandes divisiones. En el Pirú está claro que la división entre los dos hermanos *Atagualpa* y *Guáscar*, recién muerto el gran rey *Guaynacápa* su padre, ésa dio la entrada al marqués don Francisco Pizarro y a los españoles, queriéndolos por amigos cada uno dellos y estando ocupados en hacerse guerra el uno al otro. En la Nueva España no es menos averiguado que la ayuda de los de la provincia de *Tlascála*, por la perpetua enemistad que tenían con los mexicanos, dió al marqués don Fernando Cortés y a los suyos la victoria y señorío de México, y sin ellos fuera imposible ganarla ni aún sustentarse en la tierra.

Quien estima en poco a los indios y juzga que con la ventaja que tienen los españoles de sus personas y caballos, y armas ofensivas y defensivas, podrán conquistar cualquier tierra y nación de indios, mucho mucho[369] se engaña. Ahí está Chile, o por mejor decir *Arauco* y *Tucapel*, que son dos valles que ha más de veinticinco años que —con[370] pelear cada año y hacer todo su posible— no les han podido ganar nuestros españoles casi un pie de tierra: porque, perdido una vez el miedo a los caballos y arcabuces y sabiendo que el español cae también con la pedrada y con la flecha, atrévense los bárbaros y éntranse por las picas, y **(p. 532)** hacen su hecho.[371] ¿Cuantos años ha que en la Nueva España se hace[372] gente y va contra los *Chichimecos* —que son unos pocos indios desnudos, con sus arcos y flechas— y hasta el día de hoy no están vencidos, antes* cada día más atrevidos y desvergonzados? ¿Pues[373] los *Chunchos*[374] y *Chiriguanas*, y *Pilcozones* y los demás de los Andes*, no fue la flor del Pirú llevando tan grande aparato de armas y gente, como vimos?[xxxiv] ¿Qué hizo, con qué ganancia volvió? Volvió no poco contenta de haber escapado con la vida, perdido el bagaje[375] y caballos casi todos.

No piense nadie que, diciendo indios, ha de entender hombres de tronchos;[376] y si no, llegue y pruebe. Atribúyase la gloria a quien se debe, que es principalmente a Dios y a su admirable disposición: que, si *Motezuma* en México y el *Inga* en el Pirú se pusieran a resistir a los españoles la entrada, poca parte fuera Cortés ni Pizarro —aunque fueron excelentes capitanes— para hacer pie en la tierra.[xxxv]

Fue también no pequeña ayuda para recibir los indios bien la ley de Cristo la gran sujeción que tuvieron a sus reyes y señores. Y la misma servidumbre y sujeción al demonio, y a sus tiranías y yugo tan pesado, fue excelente disposición para la divina Sabiduría, que de los mismos males se aprovecha para bienes y coge el bien suyo del mal ajeno, que El no sembró.[xxxvi] Es llano* que ninguna gente de las Indias occidentales ha sido, ni es, más apta para el Evangelio que los que han estado más sujetos a sus señores y mayor carga han llevado, así de tributos y servicios como de ritos y usos mortíferos. Todo lo que poseyeron los reyes mexicanos y del Pirú es hoy lo más cultivado de[377] Cristiandad,[378] y donde menos dificultad hay en gobierno político y eclesiástico.

El yugo pesadísimo e incomportable[379] de las leyes de Satanás, y sacrificios y ceremonias, ya dijimos arriba[380] que los mismos **(p. 533)** indios estaban ya tan cansados de llevarlo que consultaban entre sí de buscar otra ley y otros dioses a quien servir. Así les pareció y parece la ley de Cristo justa, suave, limpia, buena, igual y toda llena de bienes. Y lo que tiene dificultad en nuestra ley, que es creer misterios tan altos y soberanos, facilitóse mucho entre éstos con haberles platicado el diablo otras cosas mucho más difíciles; y las mismas cosas que hurtó de nuestra ley evangélica, como su modo de comunión y confesión y adoración de tres en uno y otras tales, a pesar del enemigo sirvieron para que las recibiesen bien en la verdad los que en la mentira las habían recibido. En todo es Dios sabio y maravilloso, y con sus mismas armas vence al adversario, y con su lazo le coge y con su espada le degüella.[xxxvii]

366 «hay» (O'G. y Alc.). Proponemos «que haya [necesidad de] mercaderes…».

367 = la buena nueva evangélica, irónicamente.

368 S. Agustín: *De concordia evangelistarum*, libro II, cap. 36 *(nota del autor)*.

369 = «mucho menos» (O'G. y Alc.), en lugar del doble y enfático «mucho», cambiando del todo el sentido. 1792 y 1894 eliminan el segundo «mucho», y Mat. los separa por una coma, entendiendo bien.

370 = a pesar de.

371 = «Hacer su negocio» *(DRAE),* lograr uno lo que pretende.

372 = reúne, contrata, = «Hacer gente: levantar [=levar] algún capitán soldados» (*Covarrubias)*.

373 contra.

374 «Chuchos» (O'G. y Alc.). «Chuncho» es nombre quechua para indio selvático, en general, y los otros citados son grupos localizados de la montaña o selva peruana, que entonces se llamaban «Andes».

375 = «Equipaje militar de un ejército o tropa cualquiera en marcha» *(DRAE).*

376 = «Tallo de las hortalizas» *(DRAE).*

377 la.

378 indiana.

379 «insoportable» (O'G. y Alc.).

380 Libro V, cap. 22.

Finalmente quiso nuestro Dios (que había creado estas gentes y tanto tiempo estaba —al parecer— olvidado dellas, cuando llegó la dichosa hora) hacer que los mismos demonios enemigos de los hombres, tenidos falsamente por dioses, diesen a su pesar testimonio de la venida de la verdadera ley, del poder de Cristo y del triunfo de su Cruz, como por los anuncios y profecías y señales y prodigios arriba referidos[381] —y por otros muchos que en el Pirú y en diversas partes pasaron— certísimamente consta. Y los mismos ministros de Satanás, indios hechiceros y magos, lo han confesado.

Y no se puede negar, porque es evidente y notorio al mundo, que donde se pone la Cruz y hay iglesias y se confiesa el nombre de Cristo no osa chistar el demonio, y han cesado sus pláticas y oráculos y respuestas y apariencias visibles, que tan ordinarias eran en toda su infidelidad. Y, si algún maldito ministro suyo participa hoy algo desto, es allá en las cuevas o cimas y lugares escondidísimos y del todo remotos del nombre y trato de cristianos: sea el sumo Señor bendito por sus grandes misericordias, y por la gloria de su sancto* nombre.

Cier **(p. 534)** to, si a esta gente —como Cristo les dio ley y yugo suave, y carga ligera— así los que les rigen temporal y espiritualmente no les echasen más peso del que pueden bien llevar —como las cédulas del buen Emperador, de gloriosa memoria, lo disponen y mandan—, y con esto hubiese siquiera la mitad del cuidado en ayudarles su salvación del que se pone en aprovecharnos de sus pobres sudores y trabajos, sería la cristiandad más apacible y dichosa del mundo.[xxxviii] Nuestros pecados no dan muchas veces lugar a más bien. Pero con esto[382] digo —lo que es verdad, y para mí muy cierta— que, aunque la primera entrada del Evangelio en muchas partes no fue con la sinceridad y medios cristianos que debiera ser, mas la bondad de Dios sacó bien de ese mal e hizo que la sujeción de los indios les fuese su entero remedio y salud.

Véase todo lo que en nuestros siglos se ha de nuevo allegado a la cristiandad en Oriente y Poniente, y véase cuán poca seguridad y firmeza ha habido en la fe y religión cristiana donde quiera que los nuevamente convertidos han tenido entera libertad para disponer de sí a su albedrío. En los indios sujetos la cristiandad va sin dubda* creciendo y mejorando y dando de cada día más fructo*, y en otros de otra suerte, de principios más dichosos va decayendo y amenazando ruina.

Y, aunque en las Indias Occidentales fueron los principios bien trabajosos, no dejó el Señor de enviar luego muy buenos obreros y fieles ministros suyos —varones sanctos y apostólicos, como fueron fray Martín de Valencia, de San Francisco; fray Domingo de Betanzos, de sancto Domingo;[383] fray Juan de Roa, de San Agustín—, con otros siervos del Señor que vivieron sanctamente y obraron cosas sobrehumanas. Prelados también sabios y sanctos, y sacerdotes muy dignos de memoria, de los cuales no sólo oímos milagros notables y hechos proprios de Apóstoles, pero aún en nuestro tiempo los conocimos y tra **(p. 535)** tamos en este grado.[xxxix]

Mas, porque el intento mío no ha sido más que tratar lo que toca a la historia propria de los mismos indios, y llegar hasta el tiempo que el Padre de nuestro señor Jesucristo tuvo por bien comunicalles* la luz de su palabra, no pasaré adelante, dejando para otro tiempo o para mejor ingenio el discurso del evangelio en las Indias Occidentales. Pidiendo al sumo señor de todos y rogando a sus siervos supliquen ahincadamente* a la divina Majestad que se digne por su bondad visitar a menudo y acrecentar con dones del Cielo la nueva cristiandad que en los últimos siglos ha plantado en los términos de la tierra. Sea al rey de los siglos gloria y honra e imperio, por siempre jamás. Amén.

Fin del Libro Sextimo

Todo lo que en estos libros desta *Historia Natural Moral de Indias* está escripto[384] sujeto[385] al sentido y corrección de la sancta Iglesia Católica Romana, en todo y por todo. En Madrid 21 de febrero. 1589.

Fue impreso en Sevilla, en casa de Juan de León, junto a las Sieterevueltas, 1590.

Notas finales

i Solamente se ha encontrado al P. Mariana que use esta referencia bíblica para justificar el interés de su historia, insistiendo en lo que une las historias de los pueblos, más que en lo que les separa. Ello le parece llamativo al historiador J. A. Maravall: *Antiguos y modernos,* Madrid,

381 Libro VII, caps. 23 y 27.

382 = aun así.

383 y.

384 Vuelve a presentarse «escritura» en forma de arcaica, como en los Prelimitares. Ver la nota 26 del libro I. Como siempre, hay algunas excepciones en este mismo libro.

385 = someto, hago de acuerdo.

Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966. Dado que ambos se trataron como aliados jesuitas en los años ochenta, no es atrevido pensar que se influyeron mutuamente, al final de la nota, tras la cita.

ii La información que usa sobre los Chichimecas -históricos y los contemporáneos- debió ser amplia por la precisión superior a la que tiene sobre los correspondientes peruanos, llamados «chunchos»; y es importante también en su caracterización de los primitivos americanos, en general y de la llegada externa original.

iii Interesante paralelismo prehistórico cabe hacer entre aztecas e incas, en cuanto afirman sus leyendas proceder tambien de una cueva (Pacaritambo, véase el libro VI, cap. 19). Una cueva peruana y siete cuevas mexicanas. Véase referencias en Jacques Lafaye: *Le Manuscrit Tovar. Origines et croyances des Indiens du Mexique*. Relación del origen de los Yndios / que havitan en esta / Nueva España / según sus Historias. Tratado de los ritos y ceremonias / y Dioses que en su gentilidad / usavan los Yndios de esta Nueva España. Édition établie d'après le manuscrit de la John Carter Brown Library par… Graz (Austria), Akademische-u. Verlagsanstalt. Collection UNESCO d'oeuvres répresentatives. Serie Ibero-Américaine, 1972.

iv El paréntesis la semejanza indica su carácter de frase añadida, a la redacción original. Ver con las menciones reiteradas en libro V, y algunas posteriormente en este mismo libro. Los parecidos con la historia bíblica del pueblo judío parecen pedirle al autor esta precaución.

v Observación de interés arqueológico, que se repetirá en el s. XIX, y motivará una excursión minuciosa del etnohistoriador Adolph Francis Bandellier, gran conocedor de crónicas de Indias que aprendió español —según propia confesión a su amigo el mexicano Icazbalceta— con esta obra de Acosta.

vi Antes dijo que los tepanecas poblaron al occidente de la orilla de la laguna.

vii Obsérvese la diferencia entre ambas materias, historia y filosofía, aquí tan clara y contrastada. El sentido de «historia» aparece en nuestro autor un poco ironizado, pues significa «proceso temporal» y también «narración literaria».

viii Recuérdese el uso mexicano de plumas para confeccionar vestidos, abanicos e incluso cuadros, de que habló el autor en libro IV, cap. 27.

ix Hemos destacado por medio del sangrado estas «oraciones» o discursos, justamente para respetar esta «selección» que el autor sugiere. Algunos de estos discursos recuerdan vivamente los mencionados en obras de Julio César, Plutarco, Tito Livio, y otros textos clásicos que los jesuitas estudiaban como modelo de retórica, a los que Acosta recurre con frecuencia, como índice de civilización, Ver en libro VI, cap. 7 Es conocida la afición humanista a la retórica clásica, como signo de excelencia cultural a imitar, y uno debe mirar este tratamiento «clasicista» como un primer refinamiento etnográfico, no como una desviación europocéntrica: véase F. del Pino (1982, 1992a, 1992b).

x El dios es padre gentilicio del nuevo rey, como padre de los mexicanos. Véase en cap. 10 de este libro la explicación el autor: «Sus dioses, de los cuales tenían por opinión que eran semejanza los reyes».

xi Obsérvese el uso irónico de la creencia cristiana en las hechicerías para todo lo que no comprenden. Se refiere el autor al sistema mexicano de «chinampas» o cultivo en zonas cenagosas, descrito por el autor aquí de pasada, que justifica la enorme productividad agrícola en el Valle de México.

xii El autor retorna al hilo de la narración mexicana, después de haber ensayado una tipología política entre los sistemas políticos de la antigüedad. Tal vez termina por hallar razonable el autor en este caso el estado de «behetría», o reino no absoluto y hereditario, y no resulta así simplemente un partidario de las monarquías.

xiii Acosta habla del pasado azteca como modélico, pero tiene delante de sí una sociedad hispana conquistadora que acaba de instalarse en las Indias, repartiendo tierras y servicios indianos, en premio supuesto a su comportamiento militar honorable. Cabe pensar en el asentimiento que busca el autor de sus contemporáneos respecto a la justicia del señorío azteca, de modo bien diferente a las dudas del virrey Francisco de Toledo sobre la injusta tiranía incaica sobre sus súbditos.

xiv Suena esta narración a bíblica o grecolatina. Véase para una comparación con Cuzco el cap. 13 del libro VI, donde se asocia día de fiesta ritual y de tributo.

xv Insiste el autor en la ponderación política de los americanos. Recuérdese que habla un jesuita que conoce con detalle (en el virreinato peruano, en Madrid, en Roma) la Administración española, en este momento muy moderna en su organización burocrática y de corte.

xvi Véase el juego de palabras («mandar un mundo»), para producir mayor efecto: Alejandro no se conformó con mandar un mundo, y quiso dos. Se dice que Alejandro invadió Asia interior (la India), por parecerle poco dominar la Europa conocida, dominada por griegos y persas. Curioso que no vea el autor la aplicación al caso hispano.

xvii En el año 49 a.C., César desobedeció al Senado romano de licenciar su ejército en la Galia, y regresó con él a Roma para derribar al cónsul Pompeyo y ocupar su lugar.

xviii Téngase en cuenta en toda esta reflexión global sobre un personaje indiano —aparte su espíritu comparativo, aparentemente carente de prejuicios— el componente estoico de preferir hacer bien un oficio que cambiarlo por otro mejor. En realidad Acosta era un personaje influyente sobre los virreyes y arzobispos de Perú (Enríquez y Mogrobejo), lo fue sobre Acquaviva un tiempo (1585-1592), y tuvo peso considerable en la corte de Madrid (1587-99) e incluso en la papal, en sus dos visitas (1588 y 1592-1593). Así que este peculiar personaje mexicano no le era indiferente, personalmente. Puede decirse que en ello se comportaba como un jesuita ideal, que considera estratégico dirigir a los dirigentes. De otro modo esta reflexión sigue fiel en un entorno jesuita, porque se basa sobre la metáfora del personaje poderoso en el teatro, y su importancia comparada con la vida real: tema ubicable en las comedias de Calderón y Lope, alumnos jesuitas.

xix Llama la atención que el autor recurra a la psicología para ofrecer razones propias de los gestos de un actor ajeno, cuya epopeya comenta, y lo haga con este estilo metafórico («guisando») sacado de la materia culinaria, tan prosaica y tan de su gusto. Ya lo ensayó antes varias veces, incluso en este mismo capítulo, cuando comentó su reacción de refugiarse en un templo, al saber su elección. Lo mismo hizo a propósito del gesto de Tlacaellél de no aceptar su elección de rey, en cap. 17 anterior. Este hábito glosador corresponde al dominio moralista jesuita y Acosta era un conocido casuista, consultado por sus contemporáneos de Lima y en España («consultor de casos de conciencia»).

xx Hay alguna deformación eurocéntrica en la descripción, tal vez concesión a su audiencia cercana. El propio Felipe II contemplaba así las fiestas de ciudades europeas a donde le llevaron en sus años mozos: en el viaje de seis meses a través de Italia y Alemania entre 1548 y 1549 se disfrazaba para ver sin ser visto.

xxi Varias veces asume que la conquista de América se ha relatado mucho en escritos españoles, y que él se ocupa de cosas nuevas, de las cosas de indios. Ver el Proemio al lector, y el inicio del cap. 25 de este libro. No obstante, el capítulo siguiente combina este punto de vista nativo con su providencialismo cristiano, que interpreta como profecía cada suceso natural.

xxii Supone este capítulo y siguientes otra especie de interrupción en su relato tomado de fuentes indígenas, lleno de indagaciones bíblicas y milagros, como observamos ya en el libro V a propósito de la religión indiana; y, sin embargo, se empeña el autor en que sigamos concediéndole el mismo crédito que a los testimonios escritos en códices nativos. Porque en este caso, dice se trata de testimonios «cuya memoria está fresca», que insiste en haberlos tomado de testigos americanos, reales y concretos.

xxiii Acosta no vuelve a ocuparse de este mito mexicano, sino del uso hecho por los españoles. No se ocupa del mismo tampoco en el libro V.

xxiv Acosta, que tiene opinión crítica de los conquistadores y su comportamiento, considera excepcional a Cortés, y llega a pensar que su método de paz se adecuaba mucho al plan evangélico. Así lo expresa enseguida, en una posición «providencialista» que deriva en general de los franciscanos, para quien Cortés significa su patrón espiritual, aunque él estuviese en el mundo laico. No creemos del todo en la tesis del profesor J. Lafaye que, al editar el códice Tovar, los sitúa a ambos (Acosta y Tovar) como enfrentados al providencialismo cortesiano.

xxv Nótese el agregado del autor de pecados cristianos, a la versión imperante que eran los pecados de los paganos.

xxvi Ver nota XXI.

xxvii Ha habido mucha discusión al respecto, dado que no se conservaron

tales casas, como lo hicieron los palacios incas. Al respecto, es muy conocida la burla hecha por el abogado norteamericano Lewis H. Morgan sobre estos palacios, y las grandes comilonas ofrecidos en ellos, que indicarían un nivel civilizacional muy superior al de sus queridos Iroqueses. Ver «Moztezuma's Dinner», *North American Review,* 1876, contra el concepto de «naciones civilizadas» propuesto por Hubert H. Bancroft, en base a los informes hispanos. Imprescindible ver de Charles Gibson: «Lewis Henry Morgan and the Aztec «Monarchy» *Southwestern Journal of Anthropology,* 3: 78-84 (1947).

xxviii Ver nota XXIV.

xxix Nótese la contundencia con que Acosta niega verdad histórica al topónimo, pues los soldados no le parecen «mártires». Y razona a continuación, dada su codicia.

xxx Polo debió de relatarle directamente estos informes, pero algo de los sucesos coloniales del Alto Perú dejó escrito en su Informe a Toledo sobre los chiriguanos (1574): «Informe sobre el origen y costumbres de los chiriguanos....». In: Ricardo Mujía, *Bolivia-Paraguay y Anexos*. Exposición de los títulos que consagran el derecho territorial de Bolivia**.** La Paz, APCOB, 1914,t. 2, pp. 102-108.

xxxi Alusión indudable al bajo concepto social del negro, que cubría la mano de obra en haciendas jesuitas, y a quienes ellos se dedicaban misionalmente.

xxxii Este comentario es revelador de su posición jesuita, alejada tanto del bando conquistador como del lascasiano, y cercana de un programa evangélico moderado y adaptado a las circunstancias. Sensible al lado humano de la conquista (la ganancia y las debilidades humanas) y activo en la denuncia y corrección de los excesos hispanos, no quería por ello dejar de ver el lado positivo de la cristianización como meta final. Era otro modo de exigir a la Corona cumplir inexcusablemente su «servicio» a la causa religiosa, como hicieron siempre los jesuitas. El modelo franciscano (la otra orden eminentemente misional) suponía el mismo providencialismo, contrario al rigorismo inquisitorial de los dominicos. Por si quedase duda, el autor añade un último capítulo esclarecedor, donde se trasluce su «filosofía providencialista» de la historia y donde se combina la historia evangélica con el proceso evolutivo de las distintas sociedades, en un programa que pretendió para el área andina el inca Garcilaso. No nos parece, por otro lado, demasiado alejado del P. Acosta la posición de Huamán Poma, que reconoce haber leído al jesuita.

xxxiii Presunción algo exagerada, aunque los misioneros quisieron emplear el nahuatl como el quechua, como lengua franca del norte americano.

xxxiv Acosta estuvo con el virrey Toledo, en la acometida que preparó contra los chiriguanos en 1574, y los vio (o supo de buena tinta) volver vencidos. Alude a esta excursión en el capítulo de las pesquerías, en IV, 15. En este caso lo presenta crudamente (con varios interrogantes retóricos) como un fracaso, consecuencia de la confianza excesiva del lado cristiano en su victoria.

xxxv El autor sigue opinando favorablemente de la capacidad humana americana. Fue algo optimista en su convicción de haberse logrado una cristianización completa de Perú y México (que afirma a continuación), como una generación posterior de jesuitas descubriría, en el llamado «proceso de extirpación idolátrica».

xxxvi Quintaesencia del concepto «instrumental» jesuita del demonio, en el programa evangélico.

xxxvii *Idem*.

xxxviii Como se ve, Acosta no queda tan lejos del P. Las Casas como piensan los lascasistas.

xxxix Obsérvese la nota de conciliación entre órdenes religiosas diversas que postula el autor, al fin de su tratado. En el resto el auor se abstiene de dar nombres propios de miembros de otras religiones. Apenas del agustino Fr. Luis de León se agrega su orden, en n. 305 del libro I, conociendo ya tal vez que sería él quien diera la aprobación oficial a su obra (ver p. 4).

APÉNDICES

GLOSARIO DE TÉRMINOS USADOS POR ACOSTA, Y ANOTADOS A PIE DE PÁGINA

A bulto = aproximadamente.

a maravilla = notablemente.

A vueltas: locución adverbial desusada. Cerca, aproximadamente, casi.

Abusión = «Superstición, agüero» (*DRAE,* 3).

Acedar = «Poner aceda o agria alguna cosa» *(DRAE).*

Acaso = por azar, por casualidad.

Acepto = aceptado, aceptable.

Adolecer = «Caer enfermo o padecer alguna enfermedad habitual» *(DRAE).*

Agraz = «Zumo que se saca de la uva no madura» (*DRAE,* s.v.3).

Agro = «de sabor ácido» *(DRAE,* Desusado*)*. También salvaje, difícil de caminar, montuoso.

Ahincadamente = «Vehementemente» *(DRAE).*

Ahusado = En forma de huso, «más largo que grueso, que va adelgazándose desde el medio hacia las puntas» *(DRAE).*

Al mismo modo = Del mismo modo.

Allegarse = adherirse.

Antes = más bien, al contrario.

Aportar = llegar a puerto.

Arreo = seguidos unos tras otros.

Arroba = «Peso equivalente a 11 kilogramos y 502 gramos» *(DRAE).*

Asaz = bastante.

Bascas = náuseas.

Behetría = «(De *benefactoría*). 1. Antiguamente, población cuyos vecinos, como dueños absolutos de ella, podían recibir por señor a quien quisiesen… 3. (figuradamente) Confusión o desorden» (*DRAE,* 1 y 3).

Beneficio = cultivo, explotación.

Bermejo = Rojo.

Bojar = recorrer el «perímetro o circuito de una isla o cabo» *(*bogeo, boj, del neerlandés *buigen*, doblar. *DRAE).*

Boj = contorno.

Caballero sobre = sentado sobre.

Caniculares = a fines de agosto *(DRAE).*

Canto = borde.

Caracoles = caracolas.

Carrizales = «Carrizo, planta gramínea… de dos metros… y flores en panojas anchas y copudas… para hacer escobas» *(DRAE).*

Cenorias = zanahorias.

Cerca de = acerca de, en casa de, entre.

Cima = encima.

Comarcano = «Cercano, inmediato. Dícese de poblaciones, campos, tierras, etc.» *(DRAE).*

Con todo = a pesar de.

Conferir = cotejar.

Contino = continuo.

Contratación = «Comercio y trato de géneros vendibles» (*DRAE,* 2).

Copia = abundancia.

Cuadrilla = «Grupo de personas reunidas para el desempeño de algunos oficios o para ciertos fines» *(DRAE).*

Curar = cuidar.

Curiosidad = Con aseo o limpieza» (*DRAE,* 2), «Cuidado de hacer una cosa con primor» (*DRAE,* 4).

Cosa trillada = obvia.

Curso = experiencia.

Chácara = «(Del antiguo quechua, *chacra*, moderno *chajra*)… alquería, granja» *(DRAE).*

Chapa = «Hoja o lámina de metal, madera u otra materia» *(DRAE).*

Dar en = referirse a.
De coro = de memoria.
De suso = arriba, supra.
Demás de = además de.
Demos que = suponiendo que, aunque.
Dictado = «Título de dignidad, honor o señorío; como duque, marqués, consejero, etc.; y también cualquier calificativo aplicado a persona» *(DRAE).*
Diputado = destinado para ese uso (*DRAE,* s.v. «destinar»).
Discurso hacia = curso, ruta, camino hacia .
Divertir a = distraer con.
Donaire = burlas.
Donoso = curioso, contradictorio, de burla.
El Apóstol = S. Pablo.
El sabio = Salomón.
El filósofo = Aristóteles.
El poeta = Virgilio.
El trágico = Eurípides.
Embijado = pintado con bija o bermellón *(DRAE),* rojo, sacado del minio o minas de mercurio.
Empecer = «Dañar, ofender, causar perjuicio» *(DRAE).*
En cuadro = «En forma o a modo de cuadrado» (*DRAE,* loc. adverbial).
En señal de = simbolizando.
Encarecer = ponderar mucho *(DRAE,* 2)
Encomendar la via = indicar el camino.
Engolfarse = adentrarse en el mar.
Enjuto = enjugado, seco.
Espadañas = «Planta herbácea… el tallo largo a manera de junco… con una mazorca cilíndrica… (a manera de) pelusa o vello blanco, ligero y muy pegajoso» *(DRAE).*
Estado = «estatura de un hombre», *Covarrubias*, II.
Este siglo = este mundo secular (por oposición al divino).
Exhalación = «Vapor o vaho que un cuerpo echa de sí por evaporación» (*DRAE*).
Extraño = «Algunas veces llamamos extraño lo que es singular y extraordinario» (*Covarrubias)* (extraño artificio, cuidado…)
Fregar = restregar con fuerza una cosa con otra *(DRAE).*
Galanamente = con elegancia y gracia *(DRAE).*
Gesto = cara, aspecto facial.
Gran momento = importancia.
Granjería = «Ganancia y utilidad que se obtiene traficando y negociando» (*DRAE,* 2, figurado).
Grosedad = «Abundancia o fecundidad» (*DRAE,* anticuado).
Habitación = habitabilidad, habitat.
Hacer donaire = burlarse.
Harto = mucho, bastante.
Henchir = llenar del todo un continente.
Hechura de = en forma de.
Humilladero = «Lugar devoto que suele haber a las entradas o salidas de los pueblos y junto a los caminos, con una cruz o imagen» *(DRAE).*
Ijada o ijar: cualquiera de las dos cavidades del cuerpo, simétricamente colocadas entre las costillas falsas y los huesos de las caderas» (*DRAE*).
Jícamas = nombre de varios tubérculos comestibles o medicinales, sobre todo de uno de forma parecida a la cebolla, aunque más grande, duro, quebradizo, blanco y jugoso, que se come aderezado con sal y limón» *(DRAE).*
Jugar (la artillería) = «Tratándose de armas blancas o de fuego, hacer de ellas el uso a que están destinadas» (*DRAE,* s.v. jugar, 10).
Justiciar = ajusticiar.
Juncia = «semejante al junco… y abunda en los sitios húmedos» *(DRAE).*
La Línea = Ecuador.
La vuelta del = hacia, camino de (DRAE)
Librea = «Vestido uniforme…»(*DRAE,* 2)
Llano = «claro, evidente» (*DRAE,* 10, Figurado)
Luego = inmediatamente.
Maguey o manguey = «(Voz antillana) pita» *(DRAE).*
Máquina o fábrica deste mundo = (metáfora en Dedicatoria y cap.1, libro I) estructura del cosmos.
Mar Bermejo = mar Rojo.
Mar del Norte = Océano Atlántico.
Mar del Sur = Océano Pacífico.
Maravedí = «Moneda española de diferentes valores y calificativos… Los Reyes Católicos dieron el valor de 4 y 2 maravedís a sus ínfimas piezas de cobre... Desde la pragmática de 1566, todo el cobre castellano contiene su valoración en maravedís (1, 2, 4, 8, 16)… y en 1854 el gobierno sustituyó la contabilidad de maravedís por la de céntimos» *(Gran Enciclopedia Larousse).*
No nada = verdaderamente nada.
Nora buena = con gusto.
Obra de = «loc. adv. que sirve para determinar una cantidad sobre poco más o menos, cuando no se pude señalar a punto fijo» *(DRAE).*
Ocurrir = venir, acudir.
Peso ensayado = marcado con su ley o quilates de oro o plata.
Plático = práctico, experimentado, entendido *(DRAE).*
Por maravilla = de milagro, rarísimamente.
Por menudo = detalladamente.
Por ventura = «Quizá» *(DRAE).*
Prepósito = jefe, puesto delante.
Presto = «Pronto, al instante» (DRAE, 1, 3).
Primer móvil = el sol, en la teoría aristotélica.

Propincuo = allegado, cercano, próximo *(DRAE).*

Próbido = «Prevenido, cuidadoso y diligente para proveer y acudir con lo necesario al logro de un fin» *(DRAE).*

Quedo = quieto.

Quintal = Peso de cien libras equivalente en Castilla a 46 kilogramos aproximadamente» *(DRAE).*

Ramo = rama.

Rodela = «Escudo redondo y delgado que, embrazado en el brazo izquierdo, cubría el pecho al que se servía de él peleando con espada» *(DRAE).*

Sentir = opinar, parecer, juzgar, opinar, formar, parecer o dictamen (*DRAE,* 1, 2).

Sereno = claro, despejado de nubes o nieblas *(DRAE).*

Sobre pensado = previsto.

Sutil = de poco peso.

Taprobana = antiguo nombre de la isla de Ceilán», confundido con Sumatra.

Tempero = temperamento.

Topar = encontrar.

Traer al ojo = vigilar, ver detenidamente.

Trato = Ver contratación.

Travesía = «Mar. Viento cuya dirección es perpendicular a la de una costa» (*DRAE).*

Traza = «Plan para realizar un fin» (*DRAE,* 2, figurado).

Turar = durar mucho (*DRAE*)

Ultra = además

Vara = «Medida de longitud equivalente a 835 milímetros y 9 décimas» *(DRAE).*

Vizcacha = «Roedor parecido a la liebre, de su tamaño y pelaje y con cola larga como la del gato, que vive en el Perú, Bolivia, Chile y Argentina» *(DRAE).*

Zabana = «(De origen caribe). Llanura, en especial si es muy dilatada, sin vegetación arbórea» *(DRAE),* sabanas.

DICCIONARIO DE TÉRMINOS NO CASTELLANOS EN ACOSTA (1590)[1]

Abasca (Q.): «el ganado del Inga se tejía ropa para él y su corte: una rica de c*umbi* a dos haces, otra vil y grosera que llaman de…» (VI, 15).

Acamapíxtli (N.): «hijo de un gran príncipe y de una señora hija del rey de *Culhuacán…* El nombre deste rey primero [mexicano] *Acamapíxtli* quiere decir «cañas en puño». Y así, su insignia es una mano que tiene muchas saetas de caña» (VII, 8); «Reinó con mucha paz y quietud cuarenta años, celando siempre el bien y augmento de su república» (VII, 9). Ver *Izcóatl,* su hijo.

Acllaguaci (Q.): «En el Perú hubo muchos monasterios de doncellas, que de otra suerte no podían ser recibidas. Y por lo menos en cada provincia había uno, en el cual estaban dos géneros de mujeres: unas ancianas que llamaban *mamaconas*, para enseñanza de las demás; otras eran muchachas [*acllas*], que estaban allí cierto tiempo y después las sacaban para sus dioses o para el Inga. Llamaban esta casa o monasterio…, que es «casa de escogidas»… Alguna semejanza tiene lo destas doncellas, y más lo de las del Perú, con las *vírgines vestales* de Roma que refieren los historiadores» (V, 15).

Ajayaca (N.): «Pero restauró bien esta pérdida otro hermano del muerto [el cobarde *Tizozíc*], hijo también del gran Motezuma, el cual se llamó…, y por parecer de *Tlacaellél* fue electo: acertando más en éste que el pasado» (VII, 17); «Y no se contentó con rendir a los extraños sino que a los suyos rebeldes les puso el freno, cosa que nunca sus pasados habían podido ni osado […] No se le escapó a *Ajayaca* el señor de Tlatellúlco porque, pensando hacerse fuerte en lo alto de su templo, subió tras él y con fuerza le asió y despeñó del templo abajo, y después mandó poner fuego al templo y a la ciudad» (VII, 18).

Ají (T.): «es la que en Castilla llaman «pimienta de las Indias», y en Indias por vocablo general —tomado de la primera tierra de islas que conquistaron [lengua taina]— nombran…, y en lengua del Cuzco se dice *uchu* y en la de México *chili*. (IV, 20).

Alco (Q.): «Verdaderos perros no los había en Indias sino unos semejantes a perrillos, que los indios llamaban…; y, por su semejanza, a los que han sido llevados de España también los llaman…. Y son tan amigos destos perrillos…» (IV, 33).

Alpacas (Q.): «Críanse también los que llaman *guanacos* y *pacos*: que son los carneros, y juntamente los jumentos de aquella tierra, de que se tratará a su tiempo» (III, 20)

Alquible (A.): «E1 modo de matar cualquier res —chica o grande— que usaban los indios, según su ceremonia antigua, es la propia que tienen los moros que llaman el…: que es tomar la res encima del brazo derecho y volverle los ojos hacia el sol, diciendo diferentes palabras conforme a la calidad de la res que se mata» (V, 18).

Andes (Q.): «Lo que llaman *Andes* y lo que llaman *sierra* son dos cordilleras de montes altísimos, y deben de correr más de mil leguas, la una a vista de la otra, casi como paralelas» (III, 20).

[1] Incluye fundamentalmente términos andinos (*aymara* = A., y, sobre todo, *quechua* = Q.), pero hay también algunos mexicanos (*nahuatl* =*N.*, sobre todo), y antillanos *(Caribe =C, o taino, = T.,* sobre todo). A veces se introduce alguno latino (L.), o del castellano o árabe (= A.) coetáneos, chino (= S.) o japonés (= J.) no familiares al lector actual. Seguimos para definir los términos el modelo de «Autoridades», empleado desde antiguo en diccionarios latinos y vernáculas, ponemos siempre uno o varios ejemplos de su uso, para que se perciba el lenguaje propio del autor, además de sus conceptos sobre el mundo indiano (que se acerca al aborigen más de lo imaginado, detectando los cambios habidos al cabo de dos generaciones). No somos exhaustivos en las citas, porque no nos parece necesario para ello, sino solamente como una invitación a su consulta directa.

Antípodes (G.): «hombres que traen sus pies contrarios a los nuetros» (I, 7), «gentes que habitan de la otra parte de la tierra» (I, 8).

Antíctonos (G.): «hombres que habitan al presente en la parte del mundo que responde en contrario» (I, 7).

Añas (Q.): «que es un linaje [de zorras] el más sucio y hediondo de cuantos he visto» (I, 20).

Apachita (*Q.*) *«*Usan cuando van camino echar en los mismos caminos o encrucijadas, en los cerros y principalmente en las cumbres —que llaman…— calzados viejos y plumas, *coca* mascada —que es una hierba que mucho usan [Ver *Coca*]— y, cuando no pueden más, siquiera una piedra. Y todo esto es como ofrenda para que les dejen pasar y les den fuerzas: y dicen que las cobran con esto… Otra ofrenda no menos donosa usan, que es tirarse las pestañas o cejas y ofrecerlas al sol o a los cerros y *apachitas*, a los vientos o a las cosas que temen.» (V, 5).

Appopanaca (Q.): «y cada monasterio tenía su vicario o gobernador llamado…, el cual tenía facultad de escoger todas las que quisiese, de cualquier calidad que fuesen siendo de ocho años abajo, como le pareciesen de buen talle y disposición» (V, 15). [Ver *acllaguaci*].

Apuruco (Q): Y, si en estos carneros vían que cierta carne que está detrás del corazón no se les había consumido con los ayunos y prisión pasada, teníanlo por mal agüero: y traían ciertos perros negros llamados…, y matábanlos y echábanlos en un llano, y con ciertas ceremonias hacían comer aquella carne a cierto género de gente» (V, 18).

Arcabucos (T.): «(que así llaman allá los bosques espesos)» (III: 22)

Areito (*T.*)*:* «en otras provincias de indios se llamaban … (los bailes)» (VI, 28).

Arepas (T.): «Otro modo de comelle más regalado es moliendo el maíz, haciendo de su harina masa, y della unas tortillas que se ponen al fuego; y así calientes, se ponen a la mesa y se comen: en algunas partes se llaman…. Hacen también de la propia masa unos bollos redondos y sazónanlos de cierto modo que duran, y se comen por regalo (IV, 16)

Atahualpa (Q.): «*Topa Inga Yupangui*, padre de *Guaynacápa* y abuelo de…, en cuyo tiempo entraron los españoles en el Perú» (VI, 18).

Atlacúyaváya (N.): «pueblo de los *Culhúas* [Ver]» (VII, 5).

Auras (Q.) Las auras que llaman, y otros las dicen «gallinazas», tengo para mí que son de género de cuervos: son de extraña ligereza y no menos aguda vista. Para limpiar las ciudades y calles son propias, porque no dejan cosa muerta: hacen noche en el campo en árboles o peñas, por la mañana vienen a las ciudades y desde los más altos edificios atalayan para hacer presa. Los pollos de éstas son de pluma blanquizca como refieren de los cuervos, y mudan el pelo en negro» (IV, 17).

Autzol (N.): «Para la fiesta de su coronación, la jornada que le pareció hacer fue ir a castigar el desacato de los de *Quaxutátlan*, provincia muy rica y próspera que hoy día es de lo principal de Nueva España: habían éstos salteado a los mayordomos y oficiales que traían el tributo a México, y alzádose con él […] Extendió su reino con diversas conquistas *Autzol* hasta llegarle a Guatimala, que está trescientas leguas de México. No fue menos liberal que valiente: cuando venían sus tributos (que, como está dicho, venían con grande aparato y abundancia) salíase de su palacio y, juntando donde le parecía todo el pueblo, mandaba llevasen allí los tributos: a todos los que había necesitados y pobres repartía allí ropa y comida y todo lo que habían menester, en gran abundancia […] Parecióle que la ciudad de México gozaba poca agua y que la laguna estaba muy cenagosa, y determinóse echar en ella un brazo gruesísimo de agua, de que se servían los de Cuyoacán […] y así dejó su ciudad cercada toda de agua como otra Venecia, y muy bien edificada» (VII, 19).

Ayllos (Q.): «o linajes» (VI; 13); «o familia» (VI, 20).

Ayma (Q.): «fiesta semejante al *Ituráymi*» (V, 28).

Azcapuzálco (N.): «Éstos crecieron tanto que a la cabeza de su provincia la llamaron *Azcapuzálco*, que quiere decir «hormiguero», y fueron gran tiempo muy poderosos.» (VII, 3); «*tepanécas* cuya cabeza era la ciudad de…» (VII, 9).

Aztlán (N.): «Hay en aquella tierra dos provincias: la una llaman… —que quiere decir «lugar de garzas»—. En estas provincias tienen sus casas y sus sementeras y sus dioses, ritos y ceremonias con orden y policía los *nauatlácas,* los cuales se dividen en siete linajes o naciones» (VI, 2).

Azua (Q.) = Ver chicha

Balsas (T.): «manojos de juncia o espadañas secas bien atadas —que allá llaman *balsas*— y llévanlas a cuestas hasta la mar, donde arrojándolas con presteza suben en ellas, y así caballeros se entran la mar adentro; y bogando con unos canaletes de un lado y de otro se van una y dos leguas en alta mar a pescar».(III, 15); «*Balsas* o *piraguas (C.)* o *canoas (T.)*, que todas ellas son menos que chalupas, y de tales embarcaciones solas usaban los indios» (I, 21).

Bauiano (T.): «o prácticos» (III, 9); «vocablo tomado... de Santo Domingo o de Cuba» (V, 13).

Batata (T): «Algunos déstos se han traído a Europa —como son *batatas*— y se comen por cosa de buen gusto, como también se han llevado a Indias las raíces de acá» (IV, 18).

Bejuco (T.): «o juncos» (V, 15).

*Behetrías (*abreviación de *Benefactoría = L.):* «o comunidades, donde se gobiernan por consejo de muchos, y son como consejos. Éstos, en tiempos de guerra, eligen un capitán a quien toda una nación o provincia obedece. En tiempo de paz cada pueblo o congregación se rige por sí, y tiene algunos principalejos a quien respecta el vulgo; y, cuando mucho, júntanse algunos de éstos en negocios que les parecen de importancia a ver lo que les conviene» (VI, 19).

Bonzos (S.): «De los… —o religiosos— de la China [y del Japón] refieren padres que estuvieron allá dentro haber diversas maneras u órdenes, y que vieron unos de hábito blanco y con bonetes y otros de hábito negro sin bonete ni cabello… Éstos profesan no comer carne ni pescado ni cosa viva sino arroz y yerbas… A las *varelas* —o monasterios destos monjes— van de ordinario los *mandarines* —o ministros de justicia— a recrearse (V, 16).

Buhíos (T): «Los bárbaros *chichimecos* (…) tratando ya con esotra gente (…) fueron aprendiendo dellos y ya hacían sus chozas y *buhíos* y tenían algún orden de república» (VII, 3).

Cacao (N.): —que es una frutilla— en lugar de dinero, y con ella rescatan lo que quieren»(IV, 2, y todo el cap. 22).

Cacique (T): [Ver *curaca*].

Camote (T): «De aquellas raíces que dije algunas son comida ordinaria como *camotes* que, asados, sirven de fruta o legumbres» (IV, 18).

Canoa (T): [Ver *Balsas*]

Cañaris (Q.): «los…, que fueron sus mortales enemigos y favorecieron a los españoles, jamás quisieron conocerles ventaja [a los incas]» (VI, 19).

Capacllamas: [Ver *llama].*

Capacráyme (Q.): «En el mes primero —que en el Pirú se llamaba *ráyme*, y responde a nuestro diciembre— se hacía una solemnísima fiesta llamada Capacráyme, y en ella grandes sacrificios y ceremonias por muchos días, en los cuales ningún forastero podía hallarse en la corte, que era el Cuzco»…. (V, 23)… y por eso la llamaban *Capacráyme*, que es decir «fiesta rica, o principal». (V, 28).

Capolí (N.): «en la Nueva España. Donde también se dan los *capolíes*, que son como guindas y tienen su hueso, aunque algo mayor; y la forma y tamaño es de guindas y el sabor bueno, y un dulce agrete. No he visto *capolíes* en otra parte» (IV, 25)

Capultetco (N.): «los cuales llamaron…, que quiere decir «dios de los barrios». Desta manera se fundó, y de pequeños principios vino a grande crecimiento, la ciudad de *México Tenoxtitlán*» (VII, 7).

Carache (Q.): «Si a alguna res le daba sarna o roña, que allá dicen …, luego había de ser enterrada viva por que no se pegase a otras su mal». (VI, 15)

Catuílla [Ver illapa]

Cayo (Q.): «En este mes [setiembre] se hacía el baile que llamaban *cáyo»* (V, 28).

Cazavi (T): [Ver *yuca].*

Cítua (Q.): «fiesta solemne que llaman…, haciendo la misma ceremonia; y demás de comulgar (si se sufre usar deste vocablo en cosa tan diabólica) a todos los que habían venido de fuera, enviaban también de los dichos bollos a todas las guacas o santuarios o ídolos forasteros de todo el reino» (V, 23).

Coatepantli (N.): «Había, pues, en México el *cu* tan famoso —templo de Vitziliputztli— que tenía una cerca muy grande y formaba dentro de sí un hermoso patio; toda ella era labrada de piedras grandes a manera de culebras, asidas las unas a las otras: y por eso se llamaba esta cerca…, que quiere decir «cerca de culebras». (V, 13).

Coca (Q.): «que es una hoja que los indios precian mucho» (IV, 3); «En el Pirú no se da [el *cacao*], mas dase la coca, que es otra superstición harto mayor y parece cosa de fábula. En realidad de verdad, en sólo Potosí monta más de medio millón de pesos cada año la contratación de la *coca*… porque es mercadería de que hay gran expedición… críase en tierras calidísimas y muy húmedas… Quiere mucho cuidado en cultivarse… entiendo que en efecto obra fuerzas y aliento en los indios… y con ella rescatan, como si fuese moneda, cuanto quieren» (V, 22).

Cocoliste (N): «Y algunas enfermedades generales han consumido gran parte —como el… en la Nueva España—, pero en efecto de parte de su vivienda no se ve que vayan en disminución» (III, 19), Peste.

Cochuchu/ cochucho (Q.): «otras hay que sirven para regalo como el…, que es una raicilla pequeña y dulce que algunos suelen confitarla para golosina» (IV, 18).

Collca (Q.): «Entre las estrellas comúnmente todos adoraban a la que ellos llaman…, que llamamos nosotros «las Cabrillas» (V, 4).

Cóndor (P): «los [pájaros] que llaman *cóndores* son de inmensa grandeza, y de tanta fuerza que no sólo abren un carnero y se lo comen, sino a un ternero» (IV, 37).

Copal, suchicopal (N): «el *copal* y el *suchicopal*, que es otro género como de estoraque e incienso, que también tiene

excelentes operaciones, y muy lindo olor para sahumerios» (IV, 29).

Copey (T): «En la punta o cabo de Santa Elena hay un manantial o fuente de un betún que en el Pirú llaman…. Aprovéchanse los marineros de aquella fuente o pozo de Copey para brear las jarcias y aparejos, porque les sirve como la pez y brea de España para aquel efecto» (III, 17).

Copil (N.): «pasaron poco a poco hasta ponerse una legua de México: en *Chapultepéc*, lugar célebre por su recreación y frescura. En este cerro se hicieron fuertes, temiéndose de las naciones que tenían poblada aquella tierra, que todas les eran contrarias, mayormente por haber infamado a los mexicanos un [tal]…, hijo de aquella hechicera que dejaron en *Malinalco*. El cual, por mandado de su madre, a cabo de mucho tiempo vino en seguimiento de los mexicanos (…) El *Copil* se puso en un cerro que está en medio de la laguna, que se llama *Acopilco*, esperando la destrucción de sus enemigos; mas ellos, por aviso de su ídolo, se fueron a él y tomándole descuidado le mataron y trajeron el corazón a su dios, el cual mandó echar en la laguna; de donde fingen haber nacido un *tunal*, donde se fundó México» (VII, 5).

Coyaráime (Q.): «décimo mes —llamado…, que era septiembre» (V, 23).

Cu, cúes (T): «sus templos: que antiguamente llamaban los españoles el cu, y debió de ser vocablo tomado de los isleños de Santo Domingo o de Cuba, como otros muchos que se usan y no son ni de España ni de otra lengua que hoy día se use en Indias: como son *maíz, chicha, baquiano, chapetón* y otros tales» (V, 13).

Cuahunahuác (N.): «a la cabeza de su provincia llamaron…, que quiere decir «lugar donde suena la voz del águila» —que corrompidamente nuestro vulgo llama «Cuernavaca»—, y aquella provincia es la que hoy se dice «el Marquesado» [del Valle, Hernán Cortés]» (VII, 3).

Cuies/Cuy (Q.): «que son unos animalejos como gazapillos, que comen los indios bien» (V, 18).

Culhúa (N.): «Tras éstos vinieron los que poblaron a *Tezcúco*, que son los de…, que quiere decir «gente corva» porque en su tierra había un cerro muy encorvado… Estos de *Tezcúco* fueron tenidos por muy cortesanos y bien hablados, y su lengua es muy galana» (VII, 3). (Ver *Texcúco*).

Culhuacán (N.): Ver *Acamapiztli.*

Cumbi (Q.): «el ganado del Inga se tejía ropa para él y su corte: una rica de… a dos haces, otra vil y grosera que llaman de *abasca»* (VI, 15).

Curaca (Q): «Verdad es que, cuando el rey tenía hermano legítimo, antes de suceder el hijo sucedía el hermano, y tras éste el sobrino de éste e hijo del primero; y la misma orden de sucesión guardaban los … y señores en las haciendas y cargos» (VI, 12) (A veces substituye este término quechua por el *taino* de «cacique»).

Cusharqui, charqui (Q.): «La carne de las vicuñas no es buena, aunque los indios la comen y hacen *cusharqui*, o cecina, Della». (IV, 40).

Cuyoacán (N.): Ver *Azcapotzalco* y *tepanecas*.

Cuytlauáca (N.): «era una ciudad puesta en la laguna cuyo nombre y habitación —aunque diferente— hoy dura: eran éstos muy diestros en barquear la laguna, y parecióles que por agua podían hacer daño a México… Mas Tlacaellél, teniendo en poco la guerra y por cosa de afrenta tomarse tan de propósito con aquéllos, ofreció de vencerlos con solos muchachos y así lo puso por obra.» (VII, 15).

Chacra/Chácara (Q.)= «Esta fiesta se hace viniendo desde la *chacra* —o heredad— a su casa» (V, 28); «En el Pirú se sustentaban de las heredades —que allá llaman *chácaras*— de sus dioses, las cuales eran muchas y muy ricas» (V, 14).

Chaco (Q.): «Para cazallos (leones), se juntan los indios en torno —que ellos llaman…— y a pedradas y con palos y otros instrumentos los matan». (IV, 34); «La manera de cazar de los indios es *chaco*, que es juntarse muchos dellos —que a veces son mil, y tres mil y más— y cercar un gran espacio de monte, e ir ojeando la caza [de guanaco] hasta juntarse por todas partes» (IV, 40).

Chachalmúa (N): «Llamaban a éstos *chachalmúa*, que en nuestra lengua es lo mismo que "ministro de cosa sagrada": era ésta una dignidad suprema y entre ellos tenida en mucho, la cual se heredaba como cosa de mayorazgo» (V, 20).

Chalcas (N): «Mucho después llegaron los del segundo linaje [*nahuatlaca*], llamados…, que significa «gente de las bocas» y también fundaron otra ciudad de su nombre, partiendo términos con los s*uchimilcos»* (VII, 3).

Changas (Q.): «Los…, que es la nación que poseía el valle de Andaguaylas, que está obra de treinta o cuarenta leguas del Cuzco, camino de Lima» (VI, 21).

Chapultepéc (N.), lugar célebre por su recreación y frescura… un cerro que está en medio de la laguna, que se llama *Acopilco*… laguna… donde fingen haber nacido un *tunal*, donde se fundó México» (VII, 5): «que está una legua de México» (VII, 11).

Chasquis (Q.), «De correos y postas tenía gran servicio el Inga en todo su reino: llamábanles ... que eran los que llevaban sus mandatos a los gobernadores, y traían avisos de ellos a la corte» (VI, 17)

Chili (N.): «pimienta de las Indias» (IV, 20)

Chicha (T.): «El vino del maíz —que llaman en el Pirú *azua*, y por vocablo de Indias común *chicha*— se hace en diversos modos: el más fuerte, al modo de cerveza, humedeciendo primero el grano de maíz hasta que comienza a brotar, y después cociéndolo con cierto orden. Sale tan recio que a pocos lances derriba: éste llaman en el Pirú *sora* y es prohibido por ley, por los graves daños que trae emborrachando bravamente; mas la ley sirve de poco, que así como así lo usan y se están bailando y bebiendo noches y días enteros. Este modo de hacer brebaje con que emborracharse —de granos mojados y después cocidos— refiere Plinio haberse usado antiguamente en España y Francia, y en otras provincias; como hoy día en Flandes se usa la cerveza, hecha de granos de cebada» (IV, 16).

Chichimecos/Chichimecos (N.): «Cuanto yo he podido comprender, los primeros moradores destas Indias fueron deste género, como lo son hoy día gran parte de los *Brasiles* y los *Chiriguanás*, y *Chichimecos* e *Iscaicingas,* y *Pilcozones* y la mayor parte de los *Floridos*; y en la Nueva España todos los *Chichimecos*» (VI, 19); «Los antiguos y primeros moradores de las provincias que llamamos Nueva España fueron hombres muy bárbaros y silvestres que sólo se mantenían de caza, y por eso les pusieron nombre de *chichimécas*» (VII, 2).

Chimalpopóca (N.): «Por sucesor del rey muerto [*Vitzilouítli]* eligieron los mexicanos, sobre mucho acuerdo, a su hijo… —aunque era muchacho de diez años— pareciéndoles que todavía les era necesario conservar la gracia del rey de *Azcapuzálco* con hacer rey a su nieto. Y así le pusieron en su trono, dándole insignias de guerra con un arco y flechas en la una mano, y una espada de «navajas» que ellos usan en la derecha, significando en esto —según ellos dicen— que por armas pretendían libertarse» (VII, 11).

Chocolate: [Ver *cacao*].

Cholutecas (N.): De la fiesta de los mercaderes que usaron los… (…) se llamaba *Quetzaálcoátl* [Ver], y era dios de gente rica, tenía particular veneración y solemnidad» (V, 30).

Chuño (Q.): En cuyo lugar usan los indios otro género de raíces, que llaman *papas*, que son a modo de turmas de tierra, y echan arriba una poquilla hoja. Estas *papas* cogen, y déjanlas secar bien al sol; y quebrantándolas hacen lo que llaman *chuño*, que se conserva así muchos días y les sirve de pan; y es en aquel reino gran contratación la deste chuño para las minas de Potosí —así frescas, cocidas o asadas—; y de un género dellas más apacible, que se da también en lugares calientes, hacen cierto guisado o cazuela que llaman *locro»* (IV, 17).

Chuquichinchay (Q.):»como a cargo de otra estrella que llamaban… —que es tigre— están los tigres, osos y leones». (V, 4).

Chuquiilla: [Ver *illapa*].

*Ezapán (N.): «*los sacerdotes y religiosos de México se levantaban a media noche; y, habiendo inciensado al ídolo los sacerdotes y como dignidades del templo, se iban a un lugar de una pieza ancha donde había muchos asientos, y allí se sentaban; y tomando cada uno una puya de *manguey* —que es como alesna o punzón agudo— o con otro género de lancetas o navajas pasábanse las pantorrillas junto a la espinilla, sacándose mucha sangre… Lavábanse desta sangre en una laguna diputada para esto llamada *Ezapán,* que es «agua de sangre» (V, 17).

Ezuahuacátl (N.): «El tercer dictado [=Título de dignidad, honor o señorío, príncipes electores: Todos estos títulos eran de guerreros] era de los que llamaban…, que es «derramador de sangre», no como quiera sino arañando» (VI, 25).

Gallinazas: [Ver *auras*].

Garúa (del portugués dialectal, *caruja,* «niebla*»)*: «que es una llovizna o humidad muy mansa, con que se encubre el sol. (II, 5); "agua menudilla —que ellos llaman *garúa*, y en Castilla 'mollina'", y ésta a veces llega a unos goteroncillos de agua que cae: pero en efecto no hay tejados, ni agua que obligue a ellos» (III, 20).

Goquis (J.): «que son los demonios en figura de hombres» (V, 25).

*Guaca (Q.): «*o la cosa que se adora es general como sol, luna, fuego, tierra, elementos; o es particular como tal río, fuente o árbol o monte, y cuando no por su especie sino en particular son adoradas estas cosas: y este género de idolatría se usó en el Pirú en gran exceso, y se llama propiamente guaca.*»* (V, 2). «Llamábanlas en el Pirú *guacas*, y ordinariamente eran de gestos feos y disformes; a lo menos, las que yo he visto todas eran así.» (V, 9).

Guacones (Q.): «Otras danzas había de enmascarados, que llaman…, y las máscaras y su gesto eran del puro demonio». (VI, 28).

Guacchallama: [Ver *llama*].

Gualpa (Q.): «de aves domésticas me he maravillado de las gallinas: porque en efecto las había antes de ir españoles, y es claro indicio tener nombres de allá, que a la gallina llaman *gualpa* y al huevo *ronto*; y el mismo refrán que tenemos, de llamar a un hombre gallina para notalle de cobarde, ese propio refrán usan los indios.» (IV, 35).

Guanacos y *vicuñas (Q.),* «que son como cabras monteses ligerísimas, en cuyos buches se hallan las piedras bezaares

que precian algunos, y son a veces mayores que un huevo de gallina, tanto y medio» (I, 21) [Ver *alpaca*].

Guano (Q.): Llaman … el dicho estiércol [de pájaros marinos]—de do se tomó el nombre del valle que dicen de *Lunaguaná*— en los valles del Pirú, donde se aprovechan de aquel estiércol: y es el más fértil que hay por allá» (IV, 37).

Guaoiqui (Q.): «cada rey en vida hacía un ídolo o estatua suya de piedra, la cual llamaba… —que quiere decir «hermano»—, porque a aquella estatua en vida y en muerte se le había de hacer la misma veneración que al proprio Inga: las cuales llevaban a la guerra, y sacaban en procesión para alcanzar agua y buenos temporales, y les hacían diversas fiestas y sacrificios. Destos ídolos hubo gran suma en el Cuzco y en su comarca» (V, 6).

*Guaras (P): «*En estas fiestas se dedicaban los muchachos ingas, y les ponían las *guaras* —o pañetes—, y les horadaban las orejas y les azotaban con hondas los viejos, y untaban con sangre el rostro: todo en señal que habían de ser caballeros leales del Inga» (V, 28).

Guáscar Inga (Q.): «A *Guaynacápa* sucedió en el Cuzco un hijo suyo, que se llamó *Tito Cusi Gualpa*, y después se llamó…, y su cuerpo fue quemado por los capitanes de *Atagualpa*; que también fue hijo de *Guaynacápa*, y se alzó contra su hermano en Quito, y vino contra él con poderoso ejército». (VI, 22).

Guascas «(Q.): Cordeles, 282.

Guayacán (T.): Vegetal, 123.

Guaynacápa (Q.): «*Topa Inga Yupangui*, padre de… y abuelo de *Atagualpa*, en cuyo tiempo entraron los españoles en el Perú […] tuvo por hijo a *Guaynacápa* y una hija llamada *Coya Cusilímay*, y al tiempo de su muerte mandó que estos hijos suyos —hermanos de padre y madre— se casasen, y que la demás gente principal pudiesen tomar por mujeres sus hermanas de padre.» (VI, 18); «Al dicho señor sucedió *Guaynacápa*, que quiere decir «mancebo rico o valeroso», y fue lo uno y lo otro más que ninguno de sus antepasados ni sucesores… Hoy día se muestran muchos edificios y calzadas, y fuertes y obras notables deste rey; fundó la familia de *Temebamba…* Cuando murió, mataron mil personas de su casa que le fuesen a servir en la otra vida» (VI, 22).

Guayra (Q.): «El modo de labrar y beneficiar la plata que los indios usaron fue por fundición, que es derritiendo aquella masa de metal al fuego: el cual echa la escoria a una parte, y aparta la plata del plomo y del estaño y del cobre, y de la demás mezcla que tiene. Para esto hacían unos como hornillos donde el viento soplase recio, y con leña y carbón hacían su operación. A éstas en el Pirú llamaban *guayras* (IV, 5) ver IV, 9.

Hanancuzc (Q.): «dos linajes principales de ingas: unos se llamaron…, y otros *Urincuzco*, y del primer linaje vinieron los señores que conquistaron y gobernaron la tierra» (VI, 20).

Hanansaya (Q.): «En todos sus pueblos usaban dos parcialidades, que eran de … y *Urinsaya*, que es como decir «los de arriba» y «los de abajo» (VI, 13).

Ichúri o ichúiri (Q. y A.): «En las provincias de *Collasuyo* fué y es más universal este uso de confesores hechiceros, que llaman ellos… averiguan —o por suertes o mirando la asadura de algún animal— si les encubren algún pecado, y castíganlo con darle en las espaldas cantidad de golpes con una piedra: hasta que lo dice todo, y le dan la penitencia y hacen el sacrificio» (V, 25).

Illapa (Q.): «Los ingas, señores del Perú, después del Viracocha y del sol la tercera guaca o adoratorio y de más veneración ponían al trueno, al cual llamaban por tres nombres —*Chuquiílla, Catuílla,* e *Intiillapa*— fingiendo que es un hombre que está en el cielo con una honda y una porra, y que está en su mano el llover y granizar y tronar, y todo lo demás que pertenece a la región del aire donde se hacen los nublados. Ésta era *guaca* (que así llaman a sus adoratorios) general a todos los indios del Perú, y ofrecíanle diversos sacrificios. Y en el Cuzco —que era la corte y metrópoli— se le sacrificaban también niños, como al sol». (V, 4); «y de la misma manera nombraban las tres estatuas del *Chuquiílla*, que es e1 dios que preside en la región del aire, donde truena y llueve y nieva» (V, 28).

Icho (Q.): «Llaman… y es a modo de esparto, y con ella dan fuego».(IV, 12).

Ichuris (Q. y A.): «o confesores» (V, 25).

*Iguana (T): «*Harto mejor comida es la de …, aunque su vista es bien asquerosa pues parecen puros lagartos de España» (IV, 38).

Ingaroca (Q.): «El primero que hacen cabeza de linaje destos señores que digo se llamó…, el cual fundó una familia o *ayllo*, que ellos llaman por nombre *Vicaquiráo*» (VI, 20).

Inti (Q.): «es de notar que, en su modo, el demonio haya también en la idolatría introducido Trinidad: porque las tres estatuas del sol se intitulaban *Apoínti*, *Churiínti* e *Intiquaoquí*, que quiere decir «el padre y señor sol», «el hijo sol», «el hermano sol» (V, 28).

Intiillapa: [Ver *illapa*].

*Intiraymi (Q.): «*El séptimo mes —que responde a junio— se llama *Aucaycúzqui…*, y en él se hacía la fiesta llamada en que se sacrificaban cien carneros guanacos, que

decían que ésta era la «fiesta del sol»… que parecen celebrar nuestra solemne fiesta de Corpus Christi (V, 28).

Itlacheáya (N.): «A este espejo o chapa de oro [de Tezcatlipoúca) llamaban *Itlacheáya*, que quiere decir «su mirador».

Ituráymi (Q.): «esta fiesta se llamaba…, la cual se hace de ordinario cuando llueve mucho o poco, o hay pestilencia» (V, 28).

Izcóatl (N.): «Salió de la consulta elegido por rey…, que quiere decir «culebra de navajas», el cual era hijo del primer rey *Acamapíchtli*, habido en una esclava suya; y, aunque no era legítimo, le escogieron porque en costumbres y en valor y esfuerzo era el más aventajado de todos» (VII, 12); «El día siguiente fue el rey *Izcóatl* a la ciudad de *Suchimilco* y **(p. 489)** se hizo jurar por rey de los *Suchimilcos*, y por consolarles prometió hacerles bien» (VII, 15).

Jaujau (T): «De este *cazabi* hay uno más delicado, que es hecho de la flor que ellos llaman *jaujau*, que en aquellas partes se precia; y yo preciaría más un pedazo de pan, por duro y moreno que fuese» (IV, 17) [Ver *yuca*].

Jiquima (Q.): «Otras sirven para refrescar como la …, que es muy fría y húmeda, y en verano en tiempo de estío refresca y apaga la sed» (IV, 18).

Locro (Q.) [Ver *chuño*].

Lúcumas (P): «Pues se hallan otros géneros de frutales y frutas más groseras, como las que llaman *lúcumas*, de cuya fruta dicen por refrán que es madera disimulada» (IV, 26).

Llallahuas (Q.): «A este tono, cualquier cosa que tenga extrañeza entre las de su género les parecía que tenía divinidad, y hasta hacer esto con pedrezuelas y metales, y aún raíces y fructos de la tierra; como en las raíces que llaman *papas* hay unas extrañas a quien ellos ponen nombre…, y las besan y las adoran» (V, 5).

Llama (Q.): «Ninguna cosa tiene el Pirú de mayor riqueza y ventaja que es el ganado de la tierra, que los nuestros llaman «carneros de las Indias», y los indios en lengua general los llaman…» (IV, 41)*; «*Los hatos del Inga y guacas eran muchos y grandes, y llamábanlos *capacllamas*. Los hatos concejiles o de comunidad son pocos y pobres, y así los llamaban *guacchallama*».

Llimpi (Q.): «minio o bermellón —que ellos llaman *llimpi…*con que se tiñen los rostros (IV, 11).

Machacuay (Q.): Otros adoraban una estrella que llaman…, a cuyo cargo están las serpientes y culebras, para que no les hagan mal» (V, 4).

Maíz (T.): [Ver *Zara*].

Malinalco (N.): «Hay de *Mechoacán* a México más de cincuenta leguas. En este camino está … (…) y tienen por grandes hechiceros a los naturales de *Malinalco»* (VII, 5).

*Mamacocha (Q.): «*y al mar —que llamaban…— como los antiguos a la *Thetis* o al *Neptuno»* (V, 4).

Mamacona [Ver *aclla*]

*Mamazara (Q.): «*una *guaca* del maiz, la cual llaman…, tomando de su chacra cierta parte de maíz más señalado en cantidad, … con ciertas ceremonias velando en tres noches; y este maíz meten en las mantas más ricas que tienen, … y la tienen en gran veneración; y dicen que es «madre del maíz» de su chacra, y que con esto se da y se conserva el maíz (V, 28).

Manatí (C.): «extraño género de pescado» (III, 15).

*Manguey o maguey (T.): «*El árbol de las maravillas es el…, de que los nuevos o «chapetones» (como en Indias los llaman) suelen escribir milagros: de que da agua y vino, y aceite y vinagre, y miel y arrope, y hilo y aguja y otras cien cosas» (IV, 23). El arbolmagüey se llama también «cactus» o «pita».

Mamey (T.): «Hay también otras muchas para comer: entre ellas los *mameyes* son preciados, del tamaño de grandes melocotones y mayores. Tienen uno o dos huesos dentro, es la carne algo recia. Unos hay dulces, y otros un poco agros; la cáscara también es recia. De la carne déstos hacen conserva, y parece carne de membrillo» (IV, 24).

Mandarines (S.): [Ver *Bonzos*].

Mango Capac (Q.): «De aquí dicen que procedió *Mangocapa*, al cual reconocen por el fundador y cabeza de los Ingas, y que déste procedieron dos familias o linajes: uno de *Hanan Cuzco*, otro de *Urincuzco»* (I, 25).

*Mancocápa (Q.) (*hijo de *Guaynacápa):* «Muerto *Atagualpa* en Cajamalca y *Guáscar* en el Cuzco, habiéndose apoderado del reino Francisco Pizarro y los suyos,…— les cercó en el Cuzco y les tuvo muy apretados; y al fin, desamparando del todo la tierra, se retiró a Vilcabamba allá en las montañas —que por la aspereza de las sierras pudo sustentarse allí—, donde estuvieron los sucesores ingas hasta [Tupa] Amaro» (VI, 23).

Mechoacán (N.): «la provincia que se llama de…, que quiere decir «tierra de pescado»: porque hay en ella mucho en grandes y hermosas lagunas que tiene… siempre fueron estos *mechoacanes* enemigos de los *mexicanos*.» (VII, 4); «Hay de *Mechoacán* a México más de cincuenta leguas» (VII, 5); «jamás se quisieron rendir a los reyes de México *Mechoacán* (…) y algunas veces vencieron los de *Mechoacán* a los de México» (VII, 21).

Mexi (N.): «El caudillo y capitán que éstos seguían tenía por nombre…: y de ahí se derivó después el nombre de México, y el de su nación mexicana» (VII, 4).

Mezquitas (=A.): «Los edificios y fábricas que los ingas hicieron —en fortalezas, en templos, en caminos, en

casas de campo y otras— fueron muchos y de excesivo trabajo, como lo manifiestan el día de hoy las ruinas y pedazos que han quedado, como se ven en el Cuzco y en Tiaguanaco, y en Tambo y en otras partes,… porque la labor es extraña y para espantar; y no usaban de mezcla , ni tenían hierro ni acero para cortar y labrar las piedras … aunque eran grandes estos edificios, comúnmente estaban mal repartidos y aprovechados, y propiamente como …o edificios de bárbaros . Arco en sus edificios no le supieron hacer, ni alcanzaron mezcla para ello» (VI, 14).

Mita= turno,vez *(Q.): «*Da este árbol cada cuatro meses esta hoja, que llaman allá tres *mitas»* (IV, 22).

Mitimas: «Cuando conquistaba de nuevo una provincia, era su aviso luego luego pasar lo principal de los naturales a otras provincias o a su corte, y éstos hoy día los llaman en el Perú…; y en lugar de éstos plantaba de los de su nación del Cuzco, especialmente los orejones, que eran como caballeros de linaje antiguo» (VI, 12).

Mitotes: «en México se dicen… [los bailes]. En ninguna parte hubo tanta curiosidad de juegos y bailes como en la Nueva España. que es un baile que tenían por tan autorizado que entraban a veces en él los reyes» (VI, 28).

Molle (Q): «El *molle* es árbol de mucha virtud: da unos racimillos de que hacen vino los indios. En México le llaman «árbol del Pirú» porque vino de allá, pero dase también y mejor en la Nueva España que en el Pirú». (IV, 30).

Mollo: «también sacrificaban u ofrecían conchas de la mar, que llamaban *mollo*, y ofrecíanlas a las fuentes y manantiales, diciendo que las conchas eran hijas de la mar, madre de todas las aguas.» (V, 18).

*Moroche (Q): «*Hay diferencia en el maíz, como también en los trigos: uno es grueso y sustancioso, otro chico y sequillo que llaman…» (IV, 16).

Moromoro (Q): «Son estos carneros o *llamas* en dos especies: unos son *pacos,* o carneros lanudos; otros son rasos y de poca lana, y son mejores para carga […] Son de varias colores: unos blancos del todo, otros negros del todo, otros par dos, otros varios que llaman *moromoro»* (IV, 41).

Mote (Q.): «El pan de los indios es el maíz. Cómenlo comúnmente cocido, así en grano y caliente, que llaman ellos…: como comen los chinos y japones el arroz también, cocido con su agua caliente» (IV, 16).

Motezuma (I): «y propuesto el negocio salió electo…, primero deste nombre, sobrino del mismo *Tlacaellél* (Ver…) E introdújose en tiempo de este rey que para la fiesta de su coronación fuese él mismo en persona a mover guerra a alguna parte, de donde trajese captivos con que se hiciesen solemnes sacrificios […] con que ofreció un insigne sacrificio el día de su coronación […] Y pasando la sierra nevada fue conquistando hasta la mar del Norte, y dando vuelta hacia la del sur también ganó y sujetó diversas provincias de manera que se hizo poderosísimo rey. Todo esto con la ayuda y consejo de *Tlacaellél*, a quien se debe casi todo el imperio mexicano. Con todo, fue de parecer (y así se hizo) que no se conquistase la provincia de Tlascala por que tuviesen allí los mexicanos frontera de enemigos donde ejercitasen las armas los mancebos de México, y juntamente tuviesen copia de captivos de que hacer sacrificios a sus ídolos […] A este rey Motezuma, o por mejor decir a su general Tlacaellél, se debe todo el orden y policía que tuvo México de consejos y consistorios y tribunales para diversas causas (…) Edificó aquel gran templo a su dios *Vitzilipúztli*» (VII, 16).

Motezuma (II): «En el tiempo que entraron los españoles en la Nueva España, que fue el año del Señor de 1518, reinaba Motezuma, el segundo deste nombre y último rey de los mexicanos […] Venía él con tanta gravedad que todos decían le estaba bien su nombre de *Motezuma*, que quiere decir «señor sañudo» […] Pusiéronle sus atavíos de rey y, horadándole las narices por las ternillas, colgáronle dellas una esmeralda riquísima: usos bárbaros y penosos, mas el fausto de mandar hacía no se sintiesen (VII, 20); «Éste, que tales muestras de humildad y ternura dio en su elección, luego viéndose rey comenzó a descubrir sus pensamientos altivos. Lo primero, mandó que ningún plebeyo sirviese en su casa ni tuviese oficio real como hasta allí sus antepasados lo habían usado, en los cuales reprendió mucho haberse servido de algunos de bajo linaje» (VII, 21); «No curaba que fuesen señores, ni aún deudos ni aún proprios hermanos suyos, porque sin remisión moría el que delinquía. Su trato con los suyos era poco: raras veces se dejaba ver, estábase encerrado mucho tiempo y pensando en el gobierno de su reino» (VII, 22).

Nahuatlata (N.): «por ser gente política, la llaman *nahuatláta* —que quiere decir «gente que se explica y habla claro»—, a diferencia de esotra [Ver *chichimecas*] bárbara y sin razón» (VII, 2).

Nequén (N.): «que es ropa basta» (VI, 26).

Neyólo Maxítl Iléztli (N.): «Solemnizábase la fiesta deste ídolo [Ver *Quetzáalcóatl*] en esta forma: cuarenta días antes compraban los mercaderes un esclavo bien hecho, sin mácula ni señal alguna así de enfermedad como de herida o golpe; a éste le vestían con los atavíos del mismo ídolo para que le representase estos cuarenta días […] Nueve días antes de la fiesta […] le decían con una voz muy humilde y baja: «Señor, sabrás que de aquí a

nueve días se te acaba el trabajo de bailar y cantar, porque entonces has de morir»; y él había de responder que fuese mucho de horabuena. Llamaban a esta ceremonia…, que quiere decir «el apercibimiento» (V, 30).

Ojota (Q.): «…llaman el calzado que allá usan, que es —como alpargate o zapato de frailes franciscos— abierto» (VI, 18).

Ololúchqui (N.): «una semilla molida que llaman…, que toman los indios bebida para ver visiones, cuyo efecto es privar de juicio… porque el tabaco y el *ololúchqui* tienen gran virtud de amortiguar y, aplicado por vía de emplasto, amortigua las carnes (entre sacerdotes mexicanos)» (V, 26).

Opacuna (Q.): cuando después de haberse confesado hacían los lavatorios llamados… (según está dicho), los había de azotar con ciertas ortigas algún indio monstruoso (V, 25).

Otoronco (Q.): «Los osos, que en lengua del Cuzco llaman…, son de la misma especie de acá, y son hormigueros.» (IV, 34).

Pacari Tambo (Q. = tambo de las *pacarinas*, o ancestros)*:* «cierta cueva por una ventana salieron seis, o no sé cuántos hombres, y que éstos dieron principio a la propagación de los hombres: y es donde llaman *Pacari Tambo* por esta causa. Y así, tienen por opinión que los tambos son el linaje más antiguo de los hombres» (I, 25). [Ver *tambo*].

Pacos: [Ver *alpaca*].

Pachacamac (Q.): «y le ponían nombre de gran excelencia como … o *Pachayachachíc* [Ver] —que es «creador del cielo y tierra»— y *Usapu* —que es «admirable»— y otros semejantes…. Pero en efecto no dejaban de tener alguna [noticia de dios], tal cual, y así le hicieron un templo riquísimo en el Pirú que llamaban el *Pachacamac* que era el principal santuario de aquel reino. Y, como está dicho, es lo mismo *Pachacamac* que el Creador»(V, 3); «Entre todas (casas de adoración, o guacas), fueron dos señaladas: una que llaman de *Pachacama*, que está cuatro leguas de Lima y se ven hoy las ruinas de un antiquísimo y grandísimo edificio, de donde Francisco Pizarro y los suyos hubieron aquella inmensa riqueza de vasijas y cántaros de oro y plata, que les trajeron cuando tuvieron preso al inga *Atahualpa*» (V, 12).

Pachamama: «También adoraban a la Tierra —que llamaban …— al modo que los antiguos celebraban la diosa *Tellus*» (V, 4).

Pachacuti Inga Yupangui (Q.): «A éste [*Viracocha Inga*] sucedió…, que fue muy valeroso conquistador y gran republicano, e inventor de la mayor parte de los ritos y supersticiones de su idolatría» (VI, 20); «Éste fundó la familia llamada *Iñacapanáca*, e hizo una estatua de oro grande que llamó *Indiillapa*, y púsola en unas andas de oro de gran valor» (VI, 21).

Pachayachachíc (Q.): «que es el «Criador del mundo» (VI, 19), «que significa «criador universal» (VI, 21).

Pancóncos (Q): «se hacía la fiesta llamada *Cítua* en esta forma: que se juntaban todos antes que saliese la luna el primer día, y en viéndola daban grandes voces con hachos de fuego en las manos diciendo: «Vaya el mal fuera», dándose unos a otros con ellos. Estos se llamaban…» (V, 28).

Papa (Q.): «Tampoco cría arboleda ni leña, pero suplen la falta de pan con unas raíces que siembran, que llaman …, las cuales debajo de la tierra se dan, y éstas son comida de los indios; y, secándolas y curándolas, hacen dellas lo que llaman *chuño* [Ver], que es el pan y sustento de aquella tierra» (III, 20).

Papa (N.): [Ver *topilzín*].

Papagayo (T): Los… también son de gran vuelo, y se hallan copiosamente en Indias, especialmente en los Andes del Pirú; y en las islas de Puerto Rico y Santo Domingo andan bandas dellos como palomas». (IV, 34).

Paulo [inca] (Q.): «…que se bautizó y favoreció siempre la parte de los españoles contra *Mangocapa*, su hermano» (VI, 23).

Pelas [Portugal]: «danzas sobre los hombros de otros» (VI, 28).

Piraguas (C.): [Ver *Balsas*].

Pírua (Q.): «Y hacen cada uno en su casa una *guaca* del maíz (…) tomando de su chacra cierta parte de maíz más señalado en cantidad, y poniéndola en una troje pequeña —que llaman… (…) y desque está tapado y aderezado adoran esta *pírua* y la tienen en gran veneración» (V, 28).

Plátano, plántano: «Pasando a plantas mayores en el linaje de árboles, el primero de Indias de quien es razón hablar es el plátano; o «plántano», como el vulgo le llama» (IV, 21).

Pongo (Q): «el río Marañón o de las Amazonas… Por éste han navegado diversas veces españoles pretendiendo descubrir tierras que, según fama, son de grandes riquezas: especialmente la que llaman el Dorado, y el Paititi… Tiene un paso que llaman «el Pongo», que debe ser de los peligrosos del mundo porque, recogido entre dos peñas altísimas tajadas, da un salto abajo de terrible profundidad adonde el agua con el gran golpe hace tales remolinos que parece imposible dejar de anegarse y hundirse allí» (III, 18).

Puclla (Q.): «En el Perú vi un género de pelea hecha en juego, que se encendía con tanta porfía de los bandos que venía a ser bien peligrosa su …, que así la llamaban» (VI, 28).

Punas (Q.): «Hay otros despoblados o desiertos o páramos que llaman en el Pirú *punas* (…) donde la cualidad del aire sin sentir corta los cuerpos y vidas humanas» (III, 9).

Punchao (Q.): «En esta misma casa [*Coricancha:* casa del sol en Cuzco] estaba el …, que era un ídolo del sol de oro finísimo con gran riqueza de pedrería, y puesto al oriente con tal artificio que en saliendo el sol daba en él y, como era el metal finísimo, volvían los rayos con tanta claridad que parecía otro sol» (V, 13).

Pururáucas (Q.): «Y así juntó de los montes gran suma de piedras que él escogió y las puso por *guacas*, y las adoraban y hacían sacrificios, y éstas llamaban los…: las cuales llevaban a la guerra con grande devoción, teniendo por cierta la victoria con su ayuda.» (VI, 21).

Quauhxicálli (N.): «Llamábase la piedra…, que quiere decir «la piedra del águila»… Era tan puntiaguda esta piedra que, echado de espaldas sobre ella el que había de ser sacrificado, se doblaba de tal suerte que dejando caer el cuchillo sobre el pecho con mucha facilidad se abría un hombre por medio» (V, 20).

Quetzaálcoátl: «En Cholúla, que es cerca de México y era república por sí, adoraban un famoso ídolo que era el dios de las mercaderías: porque ellos eran grandes mercaderes, y hoy día son muy dados a tratos. Llamábanle …. Estaba este ídolo en una gran plaza en un templo muy alto. Tenía al derredor de sí oro, plata, joyas y plumas ricas, ropas de mucho valor y de diversos colores. Era en figura de hombre, pero la cara de pájaro con un pico colorado,… Llamábanle…, que es «culebra de pluma rica», que tal es el demonio de la cudicia» (V, 9); «Al año siguiente, que fue a la entrada del 18, vieron asomar por la mar la flota en que vino el Marqués del Valle don Fernando Cortés con sus compañeros, de cuya nueva se turbó mucho *Motezuma*; y consultando con los suyos dijeron todos que sin falta era venido su antiguo y gran señor *Quetzalcóatl*, que él había dicho volvería: y que así venía de la parte de Oriente, adonde se había ido (…) En fin, enviaron cinco embajadores principales con presentes ricos a darles la bienvenida» (VII, 24).

Quínua (Q.): «como es tan empinado y entonces estaba mucha parte cubierto de unos árboles que llaman *quínua* y de muy muchas matas» (IV, 6); «En este mes se hacían gran suma de estatuas de leña labrada de *quinua,* todas vestidas de ropas ricas» (V, 28).

Quipo (Q.): «Son unos memoriales o registros hechos de ramales, en que diversos ñudos y diversos colores significan diversas cosas. Es increíble lo que en este modo alcanzaron, porque cuanto los libros pueden decir de historias y leyes y ceremonias y cuentas de negocios todo eso suplen los quipos tan puntualmente que admira… como nosotros de veinte y cuatro letras—guisándolas en diferentes maneras— sacamos tanta infinidad de vocablos, así éstos de sus ñudos y colores sacaban innumerables significaciones de cosas.» (VI, 8).

Quipocamayos (Q.): «Había para tener estos *quipos* o memoriales oficiales diputados —que se llaman hoy día …—, los cuales eran obligados a dar cuenta de cada cosa como los escribanos públicos acá, y así se les había de dar entero crédito». (VI, 8).

Quizo (Q.): «junta de pájaros» (V, 18).

Ráyme: [Ver *Capacráyme*].

Ronto: (Q): [Ver *Gualpa*].

Sangenotocóro (J.): que quiere decir «lugar de confesión» (en Ozaka, Japón) (V, 25).

Sayritopa Inga (Q.): «En tiempo del marqués de Cañete salió de Vilcabamba … y vino a la Ciudad de Los Reyes de paz, y diósele el valle de Yucay con otras cosas, en que sucedió una hija suya» (VI, 23).

Sora (Q.): Ver chicha.

Soroche, (Q.): «que es un metal muy plomizo» (IV: 9). También se refiere al «Mal de alta montaña», que hace difícil la respiración al ascender a ella, que el autor descubre mundialmente como síntoma biológico, sin darle ese nombre quechua/aymara: «(…) y siempre en aquel paraje sentí la alteración y mareamiento que he dicho, aunque en ninguna tanto como en la primera vez de Pariacaca (…) Porque el aire es tan sutil y penetrativo que pasa las entrañas, y no sólo los hombres sienten aquella congoja pero también las bestias (…) y ésa creo es la causa de alterar tan fuertemente el estómago, y descomponer todo el sujeto» (III, 9).

Succanga (Q): «Para tener cierta y cabal la cuenta del año usaban esta habilidad: que en los cerros que están al derredor de la ciudad del Cuzco (que era la corte de los reyes ingas, y juntamente el mayor santuario de sus reinos y, como si dijésemos, otra Roma) tenían puestos por su orden doce pilarejos, en tal distancia y postura que en cada mes señalaba cada uno dónde salía el sol y dónde se ponía. Éstos llamaban *Succanga*, y por allí anunciaban las fiestas y los tiempos de sembrar y coger, y lo demás. A estos pilares del sol hacían ciertos sacrificios conforme a su superstición» (VI, 3).

Suchil (M): «Son los indios muy amigos de flores, y en la Nueva España más que en parte del mundo; y así usan hacer varios ramilletes, que allá nombran *suchiles*, con tanta variedad y policía y gala que no se puede desear más» (IV, 27).

Suchimilcos (N.): «Estos siete linajes [Ver *nahuatlacas*] que he dicho no salieron todos juntos. Los primeros fueron los …., que quiere decir «gente de sementeras de flores». Estos poblaron a la orilla de la gran laguna de México hacia el mediodía, y fundaron una ciudad de su nombre y otros muchos lugares» (VII, 3); «y en señal desto les dejó mandado [*Izcóatl*] hiciesen una gran calzada que atravesase desde México a Suchimilco, que son cuatro leguas, para que así hubiese entre ellos más trato y comunicación» (VII, 15).

Tabaco (A.): «Monardes ha escrito (…) largamente del tabaco, del cual han hecho notables experiencias contra veneno: es el tabaco un arbolillo o planta asaz común, pero de raras virtudes» (IV, 29).

Tacuba (N.): ver *Tepanecas.*

Tambos (Q.): «o chozas donde guarecerse de noche» (III: 9); «caminando por la sierra del Pirú llegué a un *tambo*, o venta» (IV, 40).

Tangatanga (Q.): «ídolo que decían que en uno eran tres y en tres uno» (V, 28).

Tanta (Q.): «El nombre de pan es allá también usado, con propiedad de su lengua: que en el Pirú llaman …, y en otras partes de otras maneras» (IV, 16).

Tahuantin suyo: «Todo el reino estaba dividido en cuatro partes que llamaban…, que eran […] conforme a cuatro caminos que salen del Cuzco, donde era la Corte y se juntaban en juntas generales. Estos caminos y provincias que les corresponden están a las cuatro esquinas del mundo: *Collasuyo* al sur, *Chinchasuyo* al norte, *Condesuyo* al poniente, *Andesuyo* al levante» (VI, 13).

Taquí: «En el Perú llamaban estos bailes comúnmente…» (VI, 28).

*Taruga: [*Ver *vicuña].*

Tenoxtitlán: «Llamaron por eso la ciudad que allí fundaron…, que significa «tunal en piedra»: y sus armas e insignia son hasta el día de hoy un águila sobre un tunal, con un pájaro en la una mano y con la otra asentada en el tunal» (VII, 7).

Tepanécas (N.): «Los terceros fueron los …, que quiere decir «gente del puente», y también poblaron en la orilla de la laguna al Occidente. Éstos crecieron tanto que a la cabeza de su provincia la llamaron *Azcapuzálco*, que quiere decir «hormiguero», y fueron gran tiempo muy poderosos» (VII, 3); «»¡Ah *tepanécas*, ah *azcapuzalcas,* qué mal hacéis vuestro oficio de guardar!» (VII, 12); «Aunque lo principal de los *tepanécas* era Azcapuzálco, había también otras ciudades que tenían entre ellos señores proprios, como *Tacuba* y *Cuyoacán*» (VII, 14).

Tepeaca (N.): «jamás se quisieron rendir a los reyes de México *Mechoacán* ni *Tlascála* ni…, antes* pelearon valerosamente; y algunas veces vencieron los de *Mechoacán* a los de México. Y lo mismo hicieron los de *Tepeaca*, donde el marqués don Fernando Cortés, después que le echaron a él y a los españoles de México, pretendió fundar la primera ciudad de españoles, que llamó —si bien me acuerdo— Segura de la Frontera» (VII, 21).

Teuculhuacán (N.): «Hay en aquella tierra dos provincias: (...) la otra llamada…, que quiere decir «tierra de los que tienen abuelos divinos». En estas provincias tienen sus casas y sus sementeras y sus dioses, ritos y ceremonias con orden y policía los *nauatlácas,* los cuales se dividen en siete linajes o naciones (VII, 2).

Tezcatlipúca (N.): «Otro ídolo había en México muy principal, que era el dios de la penitencia, y de los jubileos y perdón de pecados. Este ídolo se llamaba …, el cual era de una piedra muy relumbrante y negra como azabache, vestido de algunos atavíos galanos… A este mismo ídolo *Texcatlipúca* tenían por dios de las sequedades y hambres, y esterilidad y pestilencia.» (V, 9); *Tezcatlipúca*: después del templo de Vitzilipuztli era el del ídolo *Tezcatlipúca*, que era Dios de la penitencia y de los castigos, muy alto y muy hermosamente labrado… Y todo el templo [estaba] labrado de varias efigies y tallas con gran curiosidad —porque estos dos templos eran como iglesias catedrales, y los demás en su respecto como parroquias y ermitas—. Y eran tan espaciosos y de tantos aposentos que en ellos había los ministerios y colegios, y escuelas y casas de sacerdotes que se dirá después. (V, 13); «Usaban disciplinarse con unas sogas que tenían nudos, y no sólo los sacerdotes pero todo el pueblo hacía disciplina en la procesión y fiesta que se hacía al ídolo *Tezcatlipúca* —que se dijo arriba era el dios de la penitencia—. Porque entonces llevaban todos en las manos unas sogas de hilo de *manguey* [Ver] nuevas, de una braza con un nudo al cabo, y con aquéllas se disciplinaban dándose grandes golpes en las espaldas». (V, 17).

Tezcúco (N.): (Ver Culhúas): «La nueva de esta victoria y la consideración de las pasadas abrió los ojos a los de *Tezcúco* —gente principal y muy sabia para su modo de saber—, y así el primero que fue de parecer se debían sujetar al rey de México y convidalle* con su ciudad fue el rey de Tezcoco; y, con aprobación de su consejo, enviaron embajadores […] Con esto quedó el rey de México por supremo señor de *Tezcúco*, y no quitándoles su rey sino haciéndole del supremo consejo suyo: y así se conservó siempre hasta el tiempo de Motezuma Segundo, en cuyo reino entraron los españoles» (VII, 15).

Tizaapán (N.): «Por consejo del ídolo enviaron sus mensajeros al señor de *Culhuacán*, pidiéndole sitio donde poblar. Y, después de haberlo consultado con los suyos, les señaló a …—que quiere decir «aguas blancas»— con intento de que se perdiesen y muriesen» (VII, 6).

Tizocíc (N.): «y salió electo el … [hijo de *Motezuma*] y con él se hicieron las ceremonias acostumbradas […] Éste salió muy diferente de su padre y antecesor porque le notaron por hombre poco belicoso, y cobarde: fue para coronarse a debelar una provincia que estaba alzada, y en la jornada perdió mucho más de su gente que cautivó de sus enemigos; con todo esto volvió diciendo traía el número de captivos que se requería para los sacrificios de su coronación, y así se coronó con gran solemnidad. Pero los mexicanos, descontentos de tener rey poco animoso y guerrero, trataron de darle fin con ponzoña, y así no duró en el reino más de cuatro años.» (VII, 17).

Tlacaellél (N.): «Llamábase este mozo *Tlacaellél*, sobrino del mismo rey [*Izcóatl]*, y fue el más valeroso capitán y de mayor consejo que jamás los mexicanos tuvieron, como adelante se verá» (VII, 12); «Hechos estos conciertos entre los plebeyos y los nobles (los cuales cumplieron después, de grado o por fuerza, tan por entero como lo prometieron) el rey [*Izcóatl]* nombró por su capitán general a… Con tanto se volvieron a *Azcapuzálco*, y con sus despojos muy ricos y victoriosos a la ciudad de México. «(VII, 13); «el cual tuvo por mejor hacer reyes que serlo él, como ahora se dirá» (VII, 15); «decía él que era mejor para la república que otro fuese rey y él fuese su ejecutor y coadjutor, como lo había sido hasta entonces, que no cargar todo sobre él solo […] Este bárbaro en esto hizo ventaja a los muy sabios romanos y griegos […] aún ellos le permitían traer cierta insignia como «tiara», que a solos los reyes pertenecía» (VII, 17) ;» A estos seis juntó *Tlacaellél*, como quien tenía suprema autoridad; y propuesto el negocio salió electo *Motezuma*, primero deste nombre, sobrino del mismo *Tlacaellél*» (VII, 16); «Pero restauró bien esta pérdida otro hermano del muerto, hijo también del gran Motezuma, el cual se llamó *Ajayaca*, y por parecer de *Tlacaellél* fue electo: acertando más en éste que el pasado [*Tizocíc*]» (VII, 17); «El rey le prometió de mirar por él y, para más consolar al viejo, allí delante dél le dio el cargo e insignias de su capitán general, con todas las preeminencias de su padre (…) Como a tal fundador casi de todo aquel su imperio le hicieron las exequias los mexicanos, con más aparato y demonstración que a ninguno de los reyes habían hecho» (VII, 18).

Tlacatecátl: «Tras éstos [*Tlacohecalcátl*]… grado de los cuatro como príncipes electores… y de ordinario eran hermanos o parientes muy cercanos al rey… Todos estos títulos eran de guerreros] eran los que llamaban…, que quiere decir «cercenador o cortador de hombres» (VI, 25).

Tlacaxípeualiztli (N.): «que quiere decir «desollamiento de personas». Llamóse así porque en ciertas fiestas tomaban un esclavo o esclavos, según el número que querían, y desollándoles el cuero se lo vestía una persona diputada para esto» (V, 20).

Tlacohecalcátl (N.): «Después del rey era el grado de los cuatro como príncipes electores, los cuales —después de elegido el rey— también ellos eran elegidos; y de ordinario eran hermanos o parientes muy cercanos al rey. Llamaban a éstos…, que significa «el príncipe de las lanzas arrojadizas», que era un género de armas que ellos mucho usaban… Todos estos títulos eran de guerreros.» (VI, 25).

Tlalóc (N.): «dios» (V, 13).

Tlatellúlco (N.): «Y, discurriendo por la laguna, vinieron a hallar una pequeña albarrada o terrapleno —que ellos llaman *tlatelolli*—, adonde poblaron dándole nombre de…, que es «lugar de terrapleno». Esta fue la tercera división de los mexicanos después que salieron de su tierra, siendo la primera la de Mechoacán y la segunda la de *Malinalco*» (VII, 8).

Tlascaltécas (N.): «Los de la sexta generación —que son los…, que quiere decir "gente de pan"— […] La cabeza de su provincia llamaron de nombre *Tlascála*: ésta es la nación que favoreció a los españoles y con su ayuda ganaron la tierra, y por eso hasta el día de hoy no pagan tributo y gozan de exención general» (VII, 3); «Con todo, fue [Motezuma] de parecer (y así se hizo) que no se conquistase la provincia de Tlascala por que tuviesen allí los mexicanos frontera de enemigos donde ejercitasen las armas los mancebos de México, y juntamente tuviesen copia de captivos de que hacer sacrificios a sus ídolos» (VII, 16); «jamás se quisieron rendir a los reyes de México *Mechoacán* ni *Tlascála* ni *Tepeaca*, antes* pelearon valerosamente» (VII, 21).

Tlatluícas (N.): «Después llegaron los…, que significa «gente de la sierra»: éstos eran los más toscos de todos y, como hallaron ocupados todos los llanos en contorno de la laguna [de México] hasta las sierras, pasaron de la otra parte de la sierra donde hallaron una tierra muy fértil y espaciosa y caliente, donde poblaron grandes pueblos y muchos: y a la cabeza de su provincia llamaron *Cuahunahuác*» (VII, 3).

Tlillancalquí (N.): «Había otro cuarto [príncipe elector del rey, guerrero] intitulado…, que es "señor de la casa

negra, o de negrura", por un cierto tizne con que se untaban los sacerdotes, y servía para sus idolatrías» (VI, 25).

Tomahaui, tomahavi (Q.): Viento norte.

Tomate (N.): Planta.

*Topa Inga Yupanqui (N.): «…*padre de *Guaynacápa* y abuelo de *Atagualpa*, en cuyo tiempo entraron los españoles en el Perú: porque el dicho *Topa Inga Yupangui* fue el primero que quebrantó esta costumbre, y se casó con *Mamaocllo* , su hermana de parte de padre; y éste mandó que sólos los señores ingas se pudiesen casar con hermana de padre, y no otros ningunos» (VI, 18); «…que fundó la familia que se llamó *Capac Ayllo*». (VI, 21).

*Topilcín (N.): «*El ministro que tenía oficio de matar, que era el sexto de éstos, era tenido y reverenciado como supremo sacerdote o pontífice: el nombre del cual era diferente según la diferencia de los tiempos y solemnidades en que sacrificaba; asimismo eran diferentes las vestiduras cuando salían a ejercitar su oficio en diferentes tiempos. El nombre de su dignidad era *pápa* y *topilzín.» (* V, 20»; «Al año siguiente (…) vino el Marqués del Valle don Fernando Cortés con sus compañeros, de cuya nueva se turbó mucho Motezuma; y consultando con los suyos dijeron todos que sin falta era venido su antiguo y gran señor *Quetzalcóatl*, que él había dicho volvería (…) diéronle su embajada, diciendo que su siervo *Motezuma* le enviaba a visitar y que como teniente suyo le tenía la tierra en su nombre, y que ya sabía que él era el *Topilcin*, que les había prometido muchos años había volver a vellos» (V, 24).

Topo (Q.): «que es legua y media» (VI, 17).

Totora (Q.): «Cría gran copia de un género de junco que llaman los indios *totora*, de la cual se sirven para mil cosas: porque es comida para puercos y para caballos y para los mismos hombres, y de ella hacen casa y fuego y barco, y cuanto es menester; tanto hallan los *uros* en su *totora*» (II, 6).

Toxcolt (N.): «Llámase la soga…, denotando la sequedad y esterilidad del tiempo… llevaban todos en las manos unas sogas de hilo de *manguey* nuevas de una braza, con un nudo al cabo: y con aquéllas se disciplinaban, dándose grandes golpes en las espaldas de la manera que acá se disciplinan el Jueves Sancto» (V, 29).

Tozí (N.): «La principal de las diosas que adoraban llamaban *Tozi*, que quiere decir «nuestra agüela»; que según refieren las historias de los mexicanos fué hija del rey de *Culhuacan*, que fué la primera que desollaron por mandato de *Vitziliputztli*, consagrándola desta arte por su hermana: y desde entonces comenzaron a desollar los hombres para los sacrificios, y vestirse los vivos de los pellejos de los sacrificados, entendiendo que su Dios se agradaba dello» (V, 9).

Tula (N.): «un asiento que se dice…, que quiere decir «lugar de juncia»… con que se hizo un deleitoso lugar» (VII, 5).

*Tuna, tunal (N): «*El *tunal* es otro árbol célebre de la Nueva España, si árbol se debe llamar un montón de hojas o pencas[2], unas sobre otras» (IV, 23).

Tupa Amaru (Q.): «a quien prendieron y dieron la muerte en la plaza del Cuzco, con increíble dolor de los indios viendo hacer públicamente justicia del que tenían por su señor» (VI, 23).

Uchu (Q.): pimiento picante.

Urcu (Q.): «carnero hambriento» (V, 18).

Urcuchillay (Q.): «Atribuían a diversas estrellas diversos oficios y adorábanlas los que tenían necesidad de su favor: como los ovejeros hacían veneración y sacrificio a una estrella que ellos llamaban *Urcuchillay*, que dicen es un carnero de muchos colores, el cual entiende en la conservación del ganado y se entiende ser la que los astrólogos llaman Lira» (V, 4).

Urincuzco (Q.): «dos linajes principales de ingas: unos se llamaron *Hanancuzco*, y otros …, y del primer linaje vinieron los señores que conquistaron y gobernaron la tierra» (VI, 20); «En la otra parcialidad de *Urincuzco* —que… se derivó también del primer *Mangocapa*— se cuentan ocho sucesores en esta forma: a Mangocapa sucedió *Cinchiroca*, a éste *Capac Yupangui*, a éste *Lluqui Yupangui*, a éste *Maytacapa*, a éste *Tarco Guaman*, a éste un hijo suyo— no le nombran—, y a éste don *Juan Tambo Maytapanáca*» (VI, 23).

Urinsaya (Q.): «En todos sus pueblos usaban dos parcialidades, que eran de *Hanansaya y* …, que es como decir «los de arriba» y «los de abajo» (VI, 13).

Uros (Q.): «Son estos *uros* tan brutales que ellos mismos no se tienen por hombres. Cuéntase dellos que, preguntados qué gente eran, res **(p. 96)** pondieron que ellos no eran hombres sino uros; como si fuera otro género de animales. Halláronse pueblos enteros de uros que moraban en la laguna en sus balsas de *totora*, trabadas entre sí y atadas a algún peñasco; y acaecíales levarse [anclas] de allí y mudarse todo un pueblo a otro sitio, y así —buscando hoy adónde estaban ayer— no hallarse rastro de ellos ni de su pueblo» (II, 6).

Usachum (Q.): «suceda nuestra victoria» (V, 18).

Varelas: [Ver *Bonzos*].

*Vicuña (Q.): «*Entre las cosas que tienen las Indias del Pirú notables son las… y carneros que llaman "de la tierra",

[2] = «Hoja o tallo en forma de hoja, craso o carnoso de algunas plantas como el nopal o la pita… (o) de ciertas hortalizas» *(DRAE).* El nopal se llama en otros sitios «chumbo», y es el árbol de que trata el autor.

que son animales mansos y de mucho provecho. Las vicuñas son silvestres, y los carneros son ganado doméstico… Hay otro género que llaman *tarugas*, que también son silvestres y son de mayor ligereza que las vicuñas» (IV, 40).

Vilcabamba (Q.): «y al fin, desamparando del todo la tierra, se retiró a …allá en las montañas —que por la aspereza de las sierras pudo sustentarse allí—, donde estuvieron los sucesores ingas hasta [Tupa] Amaro: a quien prendieron y dieron la muerte en la plaza del Cuzco» (VI, 23).

Villcaronca (Q.): «Y en el Cuzco se mataba con esta ceremonia cada día un carnero raso al sol, y se quemaba vestido con una camiseta colorada; y, cuando se quemaba, echaban ciertos cestillos de coca en el fuego (que llamaban *villcaronca*), y para este sacrificio tenían gente diputada y ganado que no servía de otra cosa» (V,18).

Viracocha (Q.): «y cuentan que de la gran laguna Titicaca salió un *Viracocha*, el cual hizo asiento en Tiaguanaco donde se ven hoy ruinas y pedazos de edificios antiguos y muy extraños, y que de allí vinieron al Cuzco y así tornó a multiplicarse el género humano». (I, 25); «Primeramente, aunque las tinieblas de la infidelidad tienen escurecido el entendimiento de aquellas naciones, pero en muchas cosas no deja la luz de la verdad y razón algún tanto de obrar en ellos; y así comúnmente sienten y confiesan un supremo señor y hacedor de todo, al cual los de Pirú llamaban *Viracocha*» (V, 3); «Y el llamar a los españoles *viracochas* fué de aquí, por tenerlos en opinión de hijos del cielo y como divinos» (V, 3); «Aunque en las palabras había diferencia cuando hablaban con el gran *Ticci Viracocha*, al cual atribuían principalmente el poder y mando de todo, y a los otros como dioses o señores particulares cada uno en su casa, y que eran intercesores para con el gran *Ticci Viracocha2* (V, 4).

Viracocha Inga (Q.): «A éste sucedió un hijo suyo,…: éste fue muy rico e hizo grandes vajillas de oro y plata, y fundó el linaje o familia *Zoczopanáca…* A este Inga le tuvieron a mal que se intitulase *Viracocha*, que es el nombre de Dios, y para excusarse dijo que el mismo Viracocha en sueños le había aparecido y mandado que tomase su nombre.» (VI, 20).

Vitzilipuztli (N.): «Pero la mayor adoración daban al ídolo llamado *Vitzilipuztli*, al cual toda aquella nación llamaba «el todopoderoso y señor de lo creado», y como a tal los mexicanos hicieron el más sumptuoso templo y de mayor altura, y más hermoso y galán edificio: cuyo sitio y fortaleza se puede conjeturar por las ruinas que de él han quedado en medio de la ciudad de México» (V: 4); «ésta era una estatua de madera, entretallada en semejanza de un hombre sentado en un escaño azul, fundado en unas andas… *Vitzilipúztli* quiere decir siniestra de pluma relumbrante»… —que por otro nombre se dice «Patillas»— (VII, 9). «Los sacerdotes de *Vitzilipuztli* sucedían por linajes de ciertos barrios diputados a esto; los sacerdotes de otros ídolos eran por elección, u ofrecimiento desde su niñez al templo» (V, 14).

Vitzilouitli (N.): «Vinieron a las manos los *chalcas* y las otras naciones con los mexicanos, los cuales habían elegido por su capitán a un valiente hombre llamado …» (VII, 5); «Fue la resolución elegir por rey un hijo del antecesor, usando en esto de tan noble término de dalle* por sucesor a su hijo, como él lo tuvo en hacer más confianza de su república: llamábase este mozo *Vitzilouítli*, que significa «pluma rica» (VII, 10).

Vizcacha (Q.) «Roedor parecido a la liebre, de su tamaño y pelaje y con cola larga como la del gato, que vive en el Perú, Bolivia, Chile y Argentina» *(DRAE).*

Xamabuxis (J.): «que son los romeros (peregrinos que van a confesar)» (V, 25).

Yaguarguaque (Q.): «A *Ingaroca* sucedió …, ya viejo: dicen haberse llamado por este nombre, que quiere decir «lloro de sangre»… Éste se enterró en un pueblo llamado Paulo, que está en el camino de *Omasuyo*: éste fundó la familia *Aocailli panáca*» (VI, 20).

Yanacona/Anacona (Q.): «o criado» (IV, 6).

Yanlli (Q.): «leña espinosa» (V, 18).

Ypayna Vitzilipúztli (N.): «que quiere decir «el veloz y apresurado camino de Vitzilipúztli». Hacíase este camino de más de cuatro leguas en tres o cuatro horas; llamaban a esta procesión…» (De México a Chapultepéc, de aquí a Atlacuyavaya, de allí a Cuyoacán, y regreso a México).

Yuca (Q.): «En algunas partes de Indias usan un género de pan que llaman *cazabi*, el cual se hace de cierta raíz que se llama *yuca*. Es la yuca raíz grande y gruesa, la cual cortan en partes menudas y la rallan, y como en prensa la exprimen: y lo que queda es una como torta, delgada y muy grande, y ancha casi como una adarga. Ésta, así seca, es el pan que comen: es cosa sin gusto y desabrida, pero sana y de sustento; por eso decíamos estando en la Española que era propia comida para contra la gula, porque se podía comer sin escrúpulo de que el apetito causase exceso. Es necesario humedecer el *cazabi* para comello, porque es áspero y raspa: humedécese con agua o caldo fácilmente, y para sopas es bueno porque empapa mucho, y así hacen capirotadas dello» (IV, 17).

Zabana o Sabana (C.): «Llanura, en especial si es muy dilatada, sin vegetación arbórea» *(DRAE).*

Zara (Q.): maíz [Ver *mamazara*].

TABLA DE LAS COSAS MÁS PRINCIPALES QUE SE CONTIENEN EN ESTOS SIETE LIBROS*

A

* Recogemos esta «tabla» o lista de cosas notables incluida en la obra de la edición Príncipe —aunque realmente fue recogida idénticamente en todas las anteriores del siglo XX (1591, 1608, 1684, 1792 y 1894, incluyendo algunas traducciónes)—, para informar al lector actual del interés particular despertado por la obra en el pasado, pretendiendo acercar nuestra lectura a la del autor. Por ello también hemos respetado la paginación original, que nosotros marcamos entre paréntesis y en negrita a lo largo del texto.

B

C

D

E

F

G

H

I

J

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

U

V

Y

Z

Índice de láminas

Láminas



Lámina 20. Cerro Rico de Potosí (Wikipedia). (Libro IV, cap. 6).

Lámina 21. Imágenes de un quipu. (Libro VI, cap. 8).

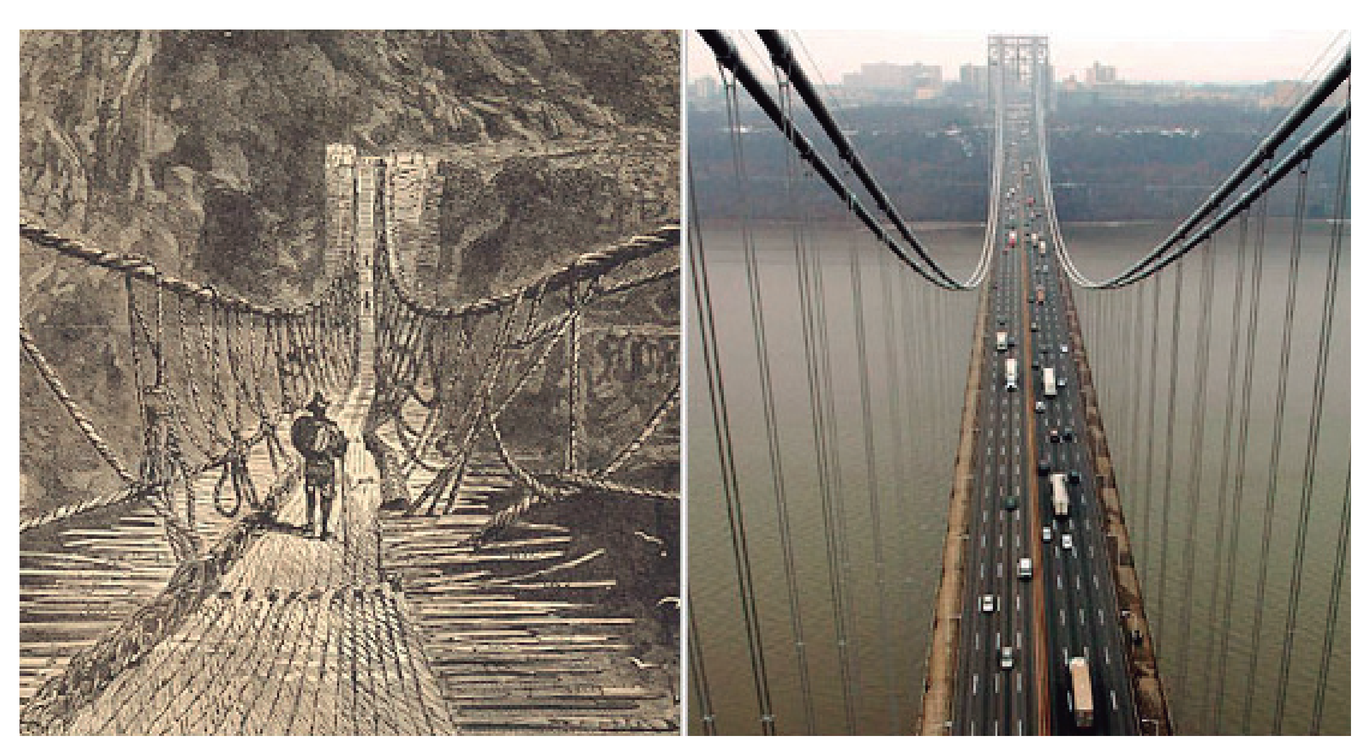


Lámina 22. Puente colgante inca, conservado en Apurimac. (Libro VI, cap. 14).

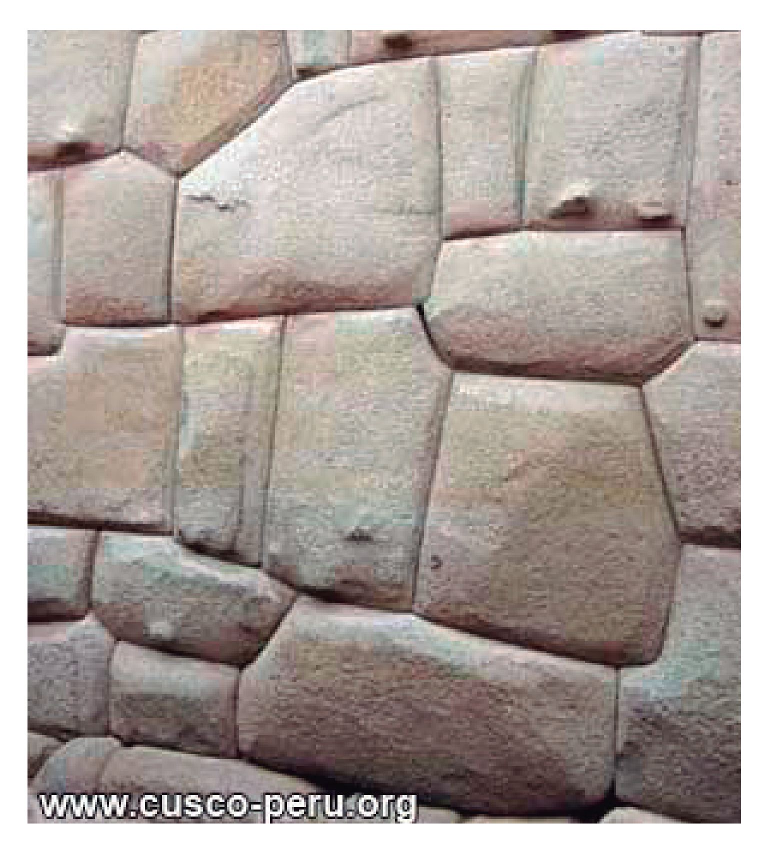


Lámina 23. Muro en una calle del Cuzco. (Libro VI, cap. 14).



Lámina 24. Un modo de enterrar a los muertos con todos sus criados y ajuar. (Libro C, cap. 8).



Lámina 25. Otro modo de enterrar los muertos, quemándolos y enterrando las cenizas. (Libro V, cap. 8).



Lámina 26. Vitzilopuchtli, ídolo principal de los mexicanos. (Libro V, cap. 9).



Lámina 27. Toçí, que quiere decir agüela. Diosa de los Mexicanos. (Libro V, cap. 9).



Lámina 28. Tezcatlipuca, ídolo de la penitencia y su templo. (Libro V, cap.9).



Lámina 29. Idolo particular de Tlaxcala. (Libro V, cap. 9).



Lámina 30. Quetzalcoatl, Dios particular de los de Chulula. (Libro V, cap. 9).

Lámina 31. Templo del ídolo Vitzilopuchhtli. (Libro V, 13).



Lámina 32. Modo de sacrificar sacando el corazón y dando con él en el rostro del ídolo. Era el común. (Libro V, cap. 20).



Lámina 33. Sacerdote de los ídolos, y cómo de noche ofrecía sacrificio quemando encienso y atravesándose las pantorrillas. (libro V, cap. 17).



Lámina 34. Modo de pelear entre el que había de sacrificar y ser sacrificado. (Libro V, cap. 21).

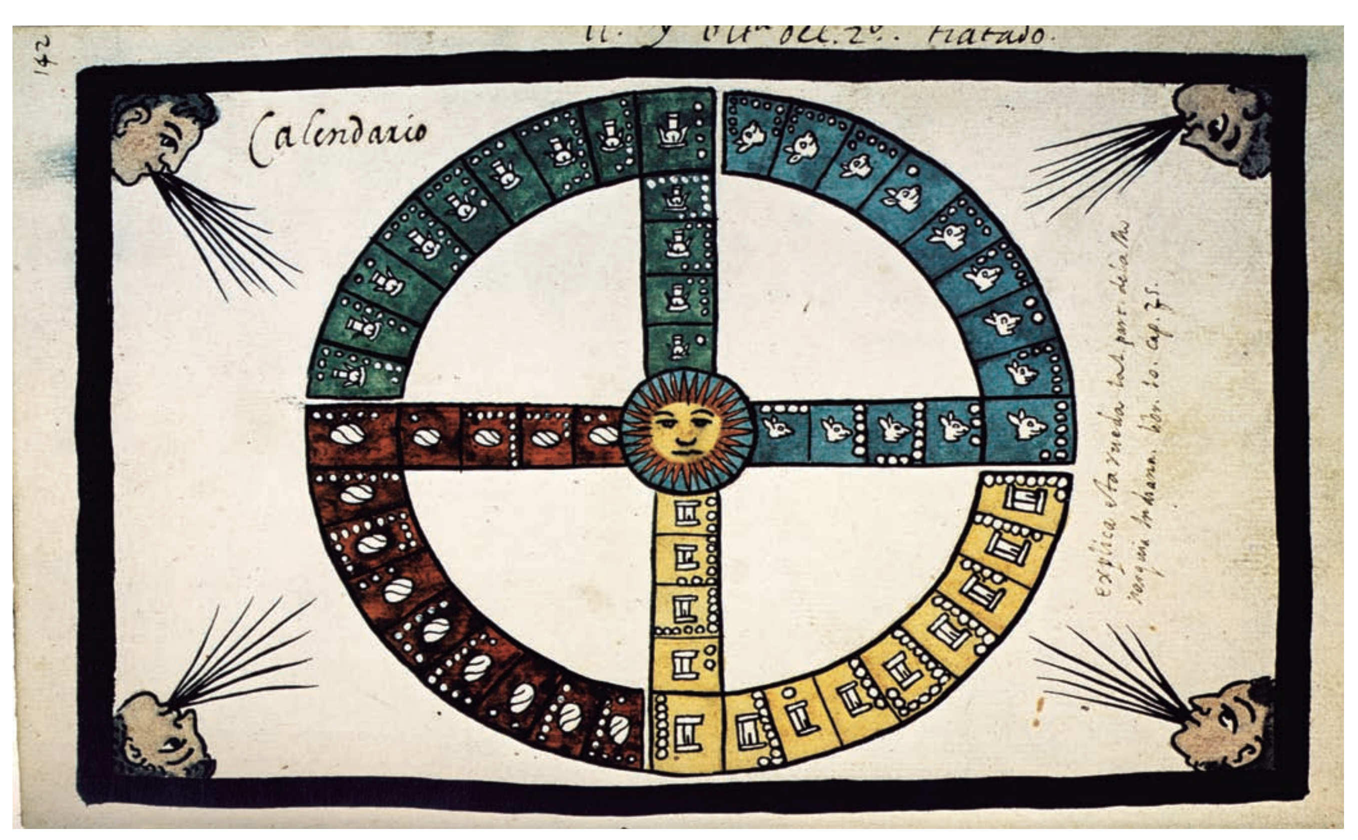


Lámina 35. Calendario, explica esta rueda las part[icularidades] de la Monarquía indiana. (Lib. VI, cap. 2).

Lámina 36. Cuevas de los siete linajes que poblaron en México (Libro VII, cap. 2).



Lámina 37. El modo de bailar de los mexicanos. (Libro VI, caps. 24 y 28).



Lámina 38. Laguna de Tula y Cerro Coatepec. (Libro VII, cap. 5).



Lámina 39. Cerro de Chapultepec (Libro VII, cap. 5).



Lámina 40. Guerra contra Cuyuacan. (Libro VII, cap. 6).



Lámina 41. Acapamich, rey 1º, libro VII, cap. 8).



Lámina 42. El tunal con el Aguila que hallaron en la laguna. (Libro VII, cap. 7).

Lámina 43. Guerra de Azcaputzalco. (Libro VII, cap. 13).



Lámina 44. El que se arrojó por no ir contra su patria. (Libro VII, cap. 16).



Lámina 45. Motecuçuma, primero deste nombre, 6º rey. (Libro VII, cap. 16).



Lámina 46. Motecuçuma 2º, último rey de los mexicanos. (Libro VII, cap. 20).



Josef de Acosta

Historia Natural y Moral de las Indias

Edición crítica de Fermín del Pino-Díaz

EL P. Josef de Acosta (1540-1600) residió en el virreinato peruano una buena porción de años (1572-1586), destacándose entre los primeros jesuitas hispano-americanos por su dinamismo vital y profesional en sus aspectos misionales y teológicos. Residió normalmente en Lima ligado al colegio jesuita y a la Universidad de S. Marcos, pero tuvo ocasión de visitar en tres ocasiones todo el sur del virreinato como para captar con una mirada curiosa las rarezas de la naturaleza peruana —en representación de la tierra equinoccial (Humboldt)— y el ingenio de sus numerosos habitantes. Aparte de muchas obras de tipo práctico, elaboró una historia indiana que recibiría el favor reiterado del público europeo y criollo (destacando el inca Garcilaso y Huamán Poma), admirados todos de su excelente información de primera mano —asesorado por testigos tempranos y autorizados— pero sobre todo de su capacidad de percibir las claves explicativas de su novedad y excepcionalidad. De esta obra —que aquí se presenta con todo cuidado— han partido muchos lectores a navegar por el cosmos, gracias a su lectura. Tal vez se trate de la «crónica de Indias» más editada —nunca en Perú— y citada: sin embargo, hasta ahora no había recibido esta joya libresca el cuidado ecdótico que merece.

El investigador del CSIC Fermín del Pino-Díaz, que lleva tiempo dedicándole su atención como etnógrafo e historiador de las ideas antropológicas, ha reunido todos los elementos necesarios (manuscritos en que se basa, ediciones sucesivas, ilustraciones gráficas...) para que el lector moderno reconozca en su lectura lo que el autor quiso dejarnos ver, así como las varias interpretaciones que se han sucedido, sobre el autor y su magna obra.













ISBN: 978-84-00-08677-0

